FRANCISCO JAVIER GÓMEZ ESPELOSÍN

Memorias perdidas

Grecia y el mundo oriental



AKAL UNIVERSITARIA
Serie Historia antigua

Director de la serie:
José Carlos Bermejo Barrera



Diseño interior y cubierta: RAG

Este libro ha sido publicado con la ayuda de una subvención
del Proyecto H001/99 de la Universidad de Alcalá.

Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid - España

Tel.: 918 061 996
Fax: 918 044 028

www.akal.com

ISBN: 978-84-460-3731-6
Depósito legal: M-457-2013

Impreso en Cofás, S. A.
Móstoles (Madrid)

FRANCISCO JAVIER GÓMEZ ESPELOSÍN

MEMORIAS PERDIDAS

Grecia y el mundo oriental



Para Alejandra, Víctor y Javier,
pequeñas, todavía, pero alentadoras luces
en medio de esta pavorosa oscuridad.

PRESENTACIÓN

La relación del mundo griego con lo que de una manera demasiado genérica denominamos Oriente, que incluye las civilizaciones mesopotámicas, anatolias, sirio-palestinas y Egipto, constituye en la actualidad un tema fundamental dentro de la historia de la Antigüedad tras haber permanecido durante largo tiempo, quizá demasiado, relegado a un segundo plano, al lado de las grandes cuestiones que tradicionalmente han ocupado a los estudiosos de este campo. En un pasado no demasiado remoto todavía se consideraba un ámbito apenas documentado por la evidencia, dadas la ausencia o el silencio de las fuentes clásicas y las dificultades de interpretación que presenta un registro arqueológico demasiado disperso y conflictivo, y, por tanto, un terreno excesivamente propicio para que lo frecuentaran aficionados sin escrúpulos o habilidosos provocadores que deseaban poner en tela de juicio la primacía indiscutible de la civilización griega como marco de referencia de toda nuestra cultura europea y occidental.

El deslumbramiento provocado por Grecia, una Grecia en buena medida irreal e imaginaria, fruto de la idealización y de una lectura parcial y ensimismada de la historia, ha sido sin duda alguna una de las principales causas de la separación, y en algunos momentos hasta segregación, de los dos campos de estudio, el del mundo griego y el de las civilizaciones llamadas orientales, que se repartían el estudio de la Antigüedad. La hegemonía de lo griego y de lo clásico en el terreno académico y educativo nos ha enseñado a mirar con otros ojos ese mundo oriental más extraño y desconocido que, a pesar de su mayor antigüedad, apenas habría incidido en la forma y el desarrollo, completamente originales, de la cultura griega, considerada el modelo único e irrepetible que debía guiar nuestros pasos. La especialización y las dificultades objetivas existentes para el conocimiento de las lenguas orientales, sobre todo a causa de su forma de escritura, han colaborado también en esta tarea de preterición.

Hoy las cosas van cambiando, como todo, de forma acelerada. Los testimonios arqueológicos disponibles han experimentado un crecimiento importante en los últimos años, y también han mejorado y se han sofisticado considerablemente los procedimientos utilizados para su interpretación, más allá de la mera clasificación y datación de los objetos. La difusión de las literaturas orientales a través de ediciones, repertorios críticos o traducciones fundamentadas ha contribuido también de manera importante en esta misma dirección. Su conocimiento ha aportado importantes matizaciones a las fuentes de información clásicas que han obligado a los especialistas del ramo a una lectura mucho más detallada y cuidadosa de lo que, hasta ahora, se consideraban tan solo noticias curiosas y dispersas que parecían poco dignas de atención, pero que, integradas ahora dentro de un contexto más articulado, constituyen indicadores significativos que permiten esbozar, cuando menos, un panorama mucho más complejo y enriquecedor.

Como se ha afirmado en tantas ocasiones, lo que determina verdaderamente el valor objetivo y aprovechable de nuestra documentación es el punto de enfoque y las preguntas que se le formulan. De esta forma, los textos de los poetas líricos o los primeros filósofos, a pesar de su lamentable estado de fragmentariedad, o el relato de Heródoto, tantas veces escudriñado para las más diversas lecturas, todavía nos permiten plantear nuevos interrogantes acerca de una cuestión fundamental para entender el mecanismo de la historia, cuyo modelo parece más cercano al de una serie de comunidades humanas poco articuladas desde el punto de vista étnico o cultural que interaccionan constantemente entre sí que al de un conjunto definido y programado de entidades políticas escasamente maleables y cerradas que adoptan su propio camino sin interferirse apenas unas a otras. Los estudios más recientes acerca de la «mediterranización» o de las redes de conexión en el ámbito de la cuenca mediterránea apuntan claramente en esta dirección.

Es cierto que siempre se ha hablado de las influencias de las civilizaciones orientales en la cultura griega y se han sustanciado sus logros en campos como la literatura, la mitología, el arte o la religión. Con mayor o menor receptividad, esta clase de estudios han estado siempre ahí, especialmente tras los avances conseguidos en el desciframiento y lectura de las literaturas orientales, la más reciente la de Ugarit. Sin embargo, pocas veces se ha intentado describir el marco histórico en el que tales contactos e influencias se producían, indicando el papel y la identidad de sus agentes, y las circunstancias que propiciaban o favorecían este tipo de interacciones. No pueden olvidarse los trabajos llevados a cabo por el estudioso suizo Walter Burkert acerca del periodo arcaico, o los de otros especialistas como Pericles Georges o Margaret Miller sobre la época de las guerras persas. Faltaba no obstante, a nuestro entender, un trabajo de conjunto que pusiera de manifiesto el proceso de continuidad que se ha producido dentro de este ámbito al menos desde la Edad del Bronce hasta el periodo helenístico, y en el que pudieran apreciarse con claridad meridiana los

diferentes elementos que concurren en un fenómeno de estas características. Un proceso complejo y abigarrado en el que intervienen todo tipo de personajes y circunstancias en niveles y contextos diferenciados que, a menudo, resulta muy difícil o imposible de desentrañar. Hoy se habla más de interacción que de influencia con el fin de resaltar el carácter casi siempre paritario de este tipo de fenómenos, en los que los supuestos emisores y los pretendidos receptores no desempeñan siempre los papeles pasivos esperados, sino que ponen en marcha una serie de mecanismos de adaptación y adecuación a nuevos contextos y entornos en los que los modelos y sus imitaciones adquieren nuevas funciones y significados.

Ese es el modesto objetivo de estas páginas; proporcionar un marco global de lectura en que las interacciones del mundo griego con lo que denominamos el Oriente adquiera un significado histórico concreto, más que la mera constatación atemporal de una influencia ejercida en abstracto sin los referentes oportunos que permiten integrarla dentro de un contexto determinado. Somos bien conscientes de nuestras limitaciones, ya que nuestro manejo de la documentación oriental ha tenido siempre que basarse en las lecturas ajenas, si bien nuestra formación filológica en el campo de las lenguas clásicas nos ha incitado continuamente a buscar las mejores transcripciones y nos ha mantenido siempre atentos a la existencia de diferentes variantes e interpretaciones. Esa misma limitación nos afecta en el terreno de la arqueología, pero son pocas las veces en las que, con la sola documentación de este tipo, nos hemos permitido la ligereza de avanzar hipótesis personales, dejando el peso de la argumentación a los repertorios de los especialistas en la materia y a las interpretaciones mejor fundamentadas que corroboran o encajan adecuadamente con los testimonios literarios griegos, que es sin duda el campo donde nos movemos con mayor holgura y comodidad.

Este estudio comenzó hace ya muchos años con un Proyecto de investigación concedido por la Universidad de Alcalá y ha continuado luego pacientemente en años sucesivos, con impulsos y paradas a causa de otro tipo de obligaciones. Culmina ahora, por fin, pero con la conciencia de que podría haberse prolongado todavía por muchos más años dado el volumen de la documentación disponible y la variedad y complejidad de las perspectivas adoptadas. Nuestra tímida esperanza es haber aportado algo a un campo complicado en el que solo la interdisciplinariedad de los estudios clásicos y orientales puede proporcionar algún día respuestas más o menos contundentes, dentro de un terreno excesivamente quebradizo y peligroso en el uso de las hipótesis, pero no por ello menos fundamental si deseamos conocer de veras los inextricables caminos de la historia.

Alcalá de Henares, marzo de 2012

I

HISTORIA DE UN DESENCUENTRO: UNA ARQUEOLOGÍA INTELECTUAL

Al principio era la unidad de los saberes

La actual separación en el estudio del mundo antiguo entre clasicistas y orientalistas arranca de un progresivo desencuentro entre los estudiosos y especialistas de uno y otro campo que se fue acentuando, especialmente en el curso de los siglos xviii y xix, con la creación de dos campos de estudio bien diferenciados que apenas mantenían puentes de comunicación y contacto entre sí. La unidad de los saberes acerca de la Antigüedad se mantuvo casi intacta a lo largo del Renacimiento y en buena parte del siglo xviii, y solo comenzó a romperse de manera definitiva con la emergencia, a lo largo del siglo xix, de un campo propio de especialistas, surgido del desciframiento y la lectura de las fuentes orientales, ya desvinculado casi por completo de los estudios clásicos y fundamentado en el conocimiento de unas lenguas hasta entonces desconocidas y en la aparición de unos restos materiales que comenzaban a mostrar la auténtica imagen de un mundo que, hasta esos momentos, tan solo había resultado accesible a través de las noticias procedentes de la Biblia y de los historiadores grecorromanos[1].

La ausencia de fuentes originales específicas para el estudio del mundo oriental, aparte del Antiguo Testamento, favoreció efectivamente una cierta unidad en el estudio de la Antigüedad, dado que las figuras más sobresalientes del humanismo poseían esta doble competencia; no solo dominaban el griego y el latín, sino que manejaban también las lenguas orientales entonces conocidas, especialmente el hebreo, e incluso algunos también el árabe o el siríaco. Esta doble competencia no estaba motivada

[1] Sobre la invención científica de Mesopotamia, véanse Glassner (2003), pp. 95-135, y Grandpierre (2010), pp. 21-70. Sobre la relación de Oriente con la Biblia, Lemaire (1998), pp. 7-54.

ciertamente por el deseo de conseguir una visión global de conjunto de la historia antigua, sino que su objetivo principal era contribuir a la mejora y expurgación de los textos bíblicos, en un momento en el que los numerosos interrogantes surgidos acerca de la exactitud de la versión latina imperante (la denominada *Vulgata*) hacían del todo necesarios el conocimiento del hebreo y del griego para poder cotejar con autoridad filológica los textos sagrados en su versión original[2]. Fue así un humanista laico como Giannozzo Manetti quien, con su buen conocimiento del hebreo y del griego, pudo aportar la primera comparación entre la versión latina existente y los textos originales escritos en aquellas lenguas. Los esfuerzos por conseguir mejorar el texto bíblico, bien reforzando la autoridad de la versión latina existente atribuida a San Jerónimo, bien corrigiendo algunos de sus importantes errores textuales mediante la escrupulosa aplicación de las técnicas filológicas de los humanistas, tuvieron como primer resultado la edición ejemplar de la *Biblia Políglota Complutense,* aparecida en 1522. Este empeño en producir ediciones multilingües de la Biblia impulsó la incorporación a los *curricula* académicos de lenguas orientales como el siríaco, la lengua de las comunidades cristianas orientales muy próxima al arameo, cuyo estudio se inició en Roma en 1515 de la mano de los delegados de dichas comunidades.

Constituía, por tanto, un hecho frecuente que las mismas personas fueran capaces de dominar tanto las lenguas clásicas, el latín y el griego, como las semíticas, tal como revela un breve listado de algunos de estos personajes. Así, el humanista judío Guglielmo Raimondo de Moncada era capaz de enseñar las lenguas semíticas y el griego en Tubinga, Lovaina y Colonia; el eminente humanista italiano Pico della Mirandola, discípulo del anterior, compartía su interés por el platonismo y los estudios hebreos con el conocimiento del arameo y el árabe; Agostino Giustiniani, obispo de Nebbia, coleccionaba manuscritos griegos y orientales y manejaba con cierta fluidez el latín, el griego, el hebreo, el siríaco y el árabe; Gian Francesco Burana, médico y filósofo veronés, fue editor de las obras de Aristóteles gracias a su conocimiento de las lenguas semíticas, como el árabe y el siríaco, en el que habían sido traducidas algunas de sus obras; Angelus Caninius de Anghiari poseía un profundo conocimiento de las lenguas clásicas y semíticas; el humanista español Fernando de Córdoba hablaba y escribía con fluidez ambos grupos de lenguas; el célebre Elio Antonio de Nebrija fue convocado precisamente por el cardenal Cisneros, a causa de su condición de trilingüe, para colaborar en la *Biblia Políglota;* Diego Hurtado de Mendoza añadió a su conocimiento del griego y del latín también el del hebreo y el árabe, que aprendió en Granada; Hernán Nuñez de Toledo enseñó latín y griego en la Universidad de Alcalá y aunaba tam-

[2] Al respecto puede verse el trabajo de Hamilton (1998).

bién el conocimiento de las dos lenguas semíticas principales. Otras personalidades ilustres en este campo fueron también el célebre Brocense, que fue profesor de griego en Salamanca, o el escritor francés François Rabelais quien, además del griego y el latín, leía también hebreo y árabe[3].

Esta unidad de los saberes acerca de la Antigüedad en su conjunto queda perfectamente reflejada en un personaje de la talla de Johannes Reuchlin, el primer gran representante de los estudios griegos en Alemania en la segunda mitad del siglo XV y la primera parte del XVI. Reuchlin fue también el primero que enlazó con ellos los hasta entonces reducidos estudios orientales, centrados en el conocimiento del hebreo. Dio conferencias sobre el griego y el hebreo y publicó un libro acerca de esta última lengua, provisto de los rudimentos de una gramática y un diccionario[4]. No cabe duda de que la causa principal que propiciaba esta doble dedicación era el deseo ferviente de armonizar la tradición clásica con el cristianismo y romper, definitivamente, con todas las suspicacias y recelos que separaban ambos campos. Sin embargo, esta capacidad de moverse con comodidad en los dos ámbitos lingüísticos, el de las lenguas clásicas y las semíticas, contribuyó, a su manera, al conocimiento de un mundo oriental para el que las únicas fuentes de información entonces disponibles se reducían a la Biblia y al testimonio de algunos historiadores clásicos como Heródoto o Diodoro de Sicilia[5].

Este contexto favorable hizo posible el surgimiento de la primera visión de conjunto de la Antigüedad de la mano de un personaje excepcional como fue José Justo Escalígero en la segunda mitad del siglo XVI[6]. Escalígero constituye efectivamente una figura excepcional desde el punto de vista intelectual ya que, además de las lenguas clásicas, dominaba también las orientales como el hebreo, el árabe, el siríaco y el persa, y poseía tal cantidad de conocimientos sobre la Antigüedad que resulta difícilmente equiparable a cualquier otro personaje, tanto de su propio tiempo como de las épocas posteriores. Dedicó parte de sus esfuerzos a tratar de establecer de manera científica los diferentes sistemas cronológicos que imperaban en la Antigüedad, en la convicción de que la historia antigua debía ser conocida en todo su conjunto[7], abriendo así el campo a otras civilizaciones diferentes de las de griegos y romanos, como las de los persas, babilonios, egipcios y judíos, que habían quedado hasta entonces al margen de dicha consideración. Fue también capaz de establecer comparaciones entre la Biblia y los poemas homéricos, un productivo campo de

---

3 Al respecto, véase Dannenfeldt (1955).

4 Sobre la figura de Reuchlin, véase Pfeiffer (1981), pp. 152 ss.

5 Sobre el conocimiento de Oriente por los autores griegos, véase Drews (1973).

6 Sobre la figura de Escalígero pueden verse las páginas que le dedica al tema el libro de Sandys (1908), 199-204 y, en particular, los estudios de Grafton (1991), pp. 104-144; (1993) y (2001), pp. 279 ss.

7 Grafton (1975).

estudios en el que siguió sus pasos uno de sus discípulos holandeses, Hugo Grotius, quien destacaba por sus enormes conocimientos filológicos, históricos, jurídicos y teológicos, y compuso el que se considera el primer tratado de derecho internacional. Grotius publicó en 1644 un trabajo titulado «Homero y el Antiguo Testamento»[8].

Sin embargo, la dinámica de los tiempos no apuntaba precisamente en la dirección de unidad marcada por Escalígero. Una primera escisión se produjo con la aparición de los estudios orientales propiamente dichos, centrados, claro está, todavía casi exclusivamente en el estudio del hebreo y del árabe, cuya autonomía e independencia de los estudios clásicos desde el punto de vista académico resultó cada vez más evidente tras la decisión adoptada por el concilio de Viena en 1312 de instar al establecimiento de cátedras de hebreo, árabe y siríaco en la corte papal y en las universidades de París, Oxford, Bolonia y Salamanca[9]. El hebreo, que ya había contado con estudiosos serios fuera del ámbito propiamente judío desde la Edad Media, fue consolidándose progresivamente como materia académica dentro de las universidades, sobre todo en medios protestantes, con centros tan destacados como los de Basilea, Leiden y Oxford, pero sin olvidar tampoco importantes contribuciones católicas como las Biblias políglotas de Alcalá de Henares o de Amberes. Sin embargo, todavía no estaban definitivamente rotas las líneas de comunicación entre unos estudios y otros, como prueba la incidencia considerable que tuvo en el campo de los estudios clásicos la obra de Richard Simon, una de las figuras más relevantes dentro de la polémica suscitada en el interior de los estudios hebraicos acerca de la mayor o menor fidelidad del texto de las Sagradas Escrituras, quien sentó las bases de toda la crítica veterotestamentaria posterior con la publicación en 1698 de su *Historia crítica del Antiguo Testamento*[10].

Por su parte, el estudio del árabe se había iniciado ya desde el comienzo del siglo XIV, cuando se promovieron las primeras cátedras de árabe a raíz del decreto del concilio de Viena, y se consolidó en el siglo XVI con la aparición de una figura singular como la de Guillaume Postel, a quien algunos atribuyen la fundación de dicho campo de estudios, seguida después, a lo largo del siglo XVII, con otros destacados personajes de la talla de Jacob Golius y Edward Pococke. Estos estudios empezaron a adquirir personalidad propia con la creciente importancia del conocimiento de la

---

[8] Sobre Grotius, véase Pfeiffer (1981), pp. 215-218. El trabajo de Grotius figura dentro de sus *Annotata ad Vetus Testamentum,* París, 1644, y luego dentro del conjunto de sus obras teológicas, en el primer volumen editado en Ámsterdam en 1679. Sobre la historia de la comparación entre Homero y la Biblia, Burkert (1991).

[9] Sobre la formación del orientalismo, entendido desde la perspectiva de los estudios hebreos y sobre todo árabes, resulta extremadamente útil e interesante el reciente libro de Irwin (2006).

[10] Sobre la figura de Richard Simon, veánse Bietenholz (1994), pp. 229-230; Stroumsa (2001) y Sheehan (2005), pp. 40-45.

literatura árabe, sobre todo tras la publicación de la *Biblioteca Oriental,* obra cumbre a la que dedicó toda su vida el orientalista francés Barthélemy d'Herbelot y que, como reza su subtítulo, contenía todo lo relativo al conocimiento de las culturas orientales, y la aparición en Europa de la primera traducción de las *Mil y una noches,* a cargo del también orientalista francés Antoine Galland a comienzos del siglo XVIII[11].

Sin embargo, la definición cada vez más clara de un campo propio de estudios orientales, netamente diferenciado de los estudios clásicos, no fue la única responsable de la creciente separación entre los dos ámbitos académicos. La ruptura se consumó también a través de ciertas opciones ideológicas que iban a configurar la supremacía casi indiscutible de los estudios clásicos, en particular del griego, y el abandono o la marginación del resto de las culturas antiguas, consideradas claramente inferiores a la griega o susceptibles, al menos, de un menor interés por parte de los verdaderos estudiosos de las humanidades.

La «tiranía» de Grecia

Con este significativo título describía Butler, en una monografía publicada en Cambridge en el año 1935, la influencia ejercida por la Grecia clásica sobre el mundo alemán[12]. La hegemonía casi indiscutible de Grecia dentro del campo de estudios acerca de la Antigüedad se fundamenta en las ideas del estudioso alemán Johann Joachim Winckelmann, a quien el mismísimo Goethe consideró la figura más representativa de su tiempo hasta el punto de designar a toda su época con su nombre[13]. Mostró un gran entusiasmo por las obras de arte griegas, a pesar de que, en realidad, eran solo copias romanas, y proclamó que su imitación constituía el único camino posible para la expresión del verdadero arte, estableciendo de este modo los fundamentos del futuro filohelenismo alemán con su obsesión por la singularidad y originalidad cultural de los antiguos griegos[14]. Su *Historia del arte antiguo,* aparecida en 1764, fue acogida con gran entusiasmo en toda Europa y, aunque incluía también el desarrollo de las formas artísticas en Egipto, Fenicia y Persia, Winckelmann centraba su atención preferente sobre el arte griego y distinguía en su evolución cuatro estilos diferentes, siguiendo en esto los pasos ya marcados por Escalígero en su estudio de la poesía griega. La «noble sencillez y la serena grandeza» de los griegos, que constituye una de las famosas frases que se le atribuyen, no tenía rival den-

[11] Al respecto, véase Irwin (2006), pp. 113 ss.

[12] Butler (1935).

[13] Así, Winckelmann y su época *(Winckelmann und sein Jahrhundert)* fue como tituló Goethe el volumen colectivo editado por él en 1805.

[14] Vick (2002). Sobre la personalidad y la obra de Winckelmann, véanse Pfeiffer (1981), Potts (1994) y Marchand (1996).

tro del arte antiguo, y sus observaciones al respecto constituyeron la base fundamental de la beatificación posterior de la cultura griega que se consumaría después, dentro del movimiento filohelénico europeo, cuyas manifestaciones más destacadas encontramos en Alemania e Inglaterra[15]. La noción idealizada de libertad, responsable última de la grandeza artística griega, se hallaba ausente del resto de las culturas de la Antigüedad, condenadas a vivir en regímenes políticos de carácter despótico y en medio de un clima y una geografía que tampoco contribuyó a desarrollar estas cualidades artísticas, cosa que sí propiciaba, en cambio, el clima templado de Grecia y la adecuada apariencia física de sus gentes. Las ideas estéticas de Winckelmann, con raíces en la geografía, apariencia y talante de sus gentes, conformaron la percepción idealizada de Grecia a lo largo de todo el periodo posterior y contribuyeron de manera decisiva a entronizar su hegemonía sobre el resto de las culturas y civilizaciones de la Antigüedad[16].

Este progresivo aislamiento de los griegos de las culturas y civilizaciones de su entorno se consolidó más tarde con la obra de Friedrich August Wolf, considerado quizá con todo merecimiento el fundador de los estudios homéricos. Wolf se autoproclamó como el primero que había conseguido romper los estrechos vínculos que, dentro de la tradición académica alemana, habían unido el estudio de la filología y la teología matriculándose específicamente como *studiosus philologiae* en Gotinga en 1777. Aunque dicha pretensión no parece del todo justificada, sí es cierto que su determinada decisión de separar el estudio de la Antigüedad de la educación teológica constituyó un paso decisivo en esta dirección[17].

También Wolf, siguiendo los pasos ya marcados en su día por Escalígero, concebía el estudio de la Antigüedad de una forma global, para lo que proponía una disciplina adecuada conocida como *Altertumswissenschaft* (ciencia de la Antigüedad). Sin embargo, Wolf excluía ya de forma explícita, de todo este conjunto, a las culturas orientales, ya que solo griegos y romanos poseyeron una elevada cultura intelectual propia, en tanto que el resto de los pueblos del mundo antiguo, en particular egipcios, judíos, persas y otros orientales, únicamente alcanzaron el nivel de una vida civilizada. De acuerdo con sus particulares ideas en este terreno, ni egipcios ni persas habían disfrutado de las condiciones necesarias de seguridad, orden y ocio para desarrollar las nobles percepciones y el conocimiento. Una verdadera cultura poseía una literatura propia que emergía de la nación en su integridad, y no solo de una casta privilegiada de burócratas o contables, lo que dejaba a griegos y romanos como habitantes exclu-

---

[15] Sobre el filohelenismo alemán, veánse Butler (1935); Rehm (1936); Behler (1988); Wohlleben (1992) y Marchand (1996); sobre el inglés, Stern (1969) y Webb (1993).

[16] Haskell (1991); Ferris (2000), pp. 16-51.

[17] Sobre la figura de Wolf, veánse Bolter (1980); Pffeifer (1981), pp. 287-293; Marchand (1996), pp. 16-24.

sivos y privilegiados de esa Antigüedad cuyo estudio propugnaba con tanta energía, relegando al resto de los pueblos a la vieja categoría de bárbaros. Dicho filtro quedaría todavía más depurado unas páginas después al quedar ya solo los griegos como venerables protagonistas, dado que eran los únicos que habían manifestado las cualidades fundamentales de la auténtica condición humana por la importancia que la individualidad y la autorrealización habían desempeñado dentro de su cultura. A pesar de estas ideas, Wolf no permaneció ajeno a los avances realizados en el terreno de los estudios bíblicos y mostró un enorme interés por los trabajos de Johann Gottfried Eichhorn, cuya *Introducción al Antiguo Testamento* constituyó un modelo directo de sus *Prolegomena ad Homerum,* ya que los criterios utilizados para la reconstrucción de la historia antigua del texto veterotestamentario eran los mismos por los que abogaba Wolf en el terreno de los poemas homéricos[18].

Sin duda, el ambiente intelectual imperante a finales del XVIII y comienzos del XIX propiciaba el surgimiento de tales ideas, que permitían descartar o reducir al máximo la existencia de influencias culturales mutuas entre unos pueblos y otros. En este terreno se ha considerado fundamental la aportación del filósofo alemán Johann Gottfried Herder, quien sostenía que la literatura y toda la cultura espiritual estaban estrechamente conectadas con un pueblo, tribu o raza individual, lo que concedía clara preferencia al estudio de los orígenes y de los desarrollos orgánicos en lugar de a las influencias culturales recíprocas como claves decisivas para la comprensión de las diferentes culturas. Se abogaba así, descaradamente, a favor de la estrecha vinculación de la cultura espiritual producida por un determinado pueblo, una tribu o una raza con unas esencias propias e irrenunciables que los definían como tales. Sin embargo, conviene recordar también que dichas ideas no implicaban de ninguna manera ni la derogación de la necesidad de la trasmisión cultural en la historia humana[19] ni la negación de los méritos respectivos de cada una de las culturas, y de hecho Herder mostró una admiración indisimulada por Egipto, a cuya civilización atribuía la primacía en el surgimiento de la agricultura y en la formulación de la idea de propiedad. Instaba además a valorar los logros conseguidos por cada cultura con respecto a sus propios parámetros, sin introducir criterios ajenos procedentes de otras, como había hecho Winckelmann. Incluso llegaba a reconocer, aunque de manera tímida, el papel que otros pueblos, específicamente Egipto, habían desempeñado a la hora de aportar sus realizaciones culturales en la formación de la civilización griega, a la que sin duda alguna admiraba, pero no a expensas de la denigración del resto de las culturas de la Antigüedad[20].

---

[18] Sobre la influencia de los estudios bíblicos sobre su obra, más específicamente véase Grafton (1981) y (1991), pp. 214-243.

[19] Vick (2002).

[20] Al respecto, véase Norton (1996).

Sin embargo, las ideas que abogaban por la ecuación indisoluble de un pueblo con una cultura, aplicadas a los antiguos griegos, alcanzaron su máxima expresión en la obra del gran filólogo alemán Karl Otfried Müller, quien profesaba una fe inquebrantable en la autenticidad y autonomía del espíritu de cada pueblo y se preocupó cuidadosamente de aislar el desarrollo autónomo del arte y de la religión griegas de las tradiciones orientales y egipcias[21]. Aunque reconocía la probabilidad de que los griegos hubieran tomado prestadas algunas ideas de los pueblos vecinos de Oriente, afirmaba, sin embargo, que estas solo habían adquirido pleno significado cuando fueron luego reformuladas como conceptos propios y precisos ya puramente griegos. El aislamiento virginal de los griegos de todo su entorno quedaba así reafirmado por las contundentes y aparentemente precisas argumentaciones de Müller, quien rechazaba de plano cualquier intromisión oriental en el mundo griego alegando el carácter tardío de la mayor parte de estas informaciones o la existencia de otras posibilidades explicativas más racionales y satisfactorias, como en el caso del término Cabiros, que prefería derivar del verbo griego *kaío* (quemar) y relacionarlo así con la metalurgia vinculada al culto de estas divinidades, que del semítico *kabir* (grande), tal como reconocían los estudiosos de los siglos anteriores. Negaba así de manera expresa la idea, formulada ya por algunos, de que los mitos griegos procedían de Oriente dada la inexistencia de pruebas irrebatibles en esta dirección y la posibilidad fehaciente de explicar la génesis de cualquier mito recurriendo a la rica y prolífica tradición local griega. Como ha señalado Carmine Ampolo, el criterio étnico se convirtió para Müller en el centro de la explicación histórica y lo condujo a eliminar todos aquellos indicios de procedencia no helénica, con el objetivo claro de explicar todos los mitos dentro del exclusivo marco de las estirpes griegas como material disponible para la reconstrucción histórica[22].

Esta privilegiada y virginal soledad de los griegos quedó también confirmada en obras tan influyentes como la *Filosofía de la historia* de Hegel, en la que Grecia aparecía como el único complejo cultural con entidad propia capaz de producir normas para el mundo moderno y en clara oposición dialéctica a un Oriente que constituía su espíritu antitético en todos los aspectos del desarrollo cultural, desde las artes a la religión, pasando por la política y la organización social, dentro del esquema de la historia universal diseñado por el gran filósofo alemán. Se contraponía así, a un mundo en el que el único individuo que disfrutaba de la libertad necesaria

---

[21] Gehrke (1991) y Calder y Schlesier (1998).

[22] Sobre la obra de Müller pueden verse las consideraciones realizadas por Ampolo (1997), pp. 49 ss. No hay que olvidar, sin embargo, que Müller mostró un gran interés por la civilización egipcia, y deben ser convenientemente matizadas las observaciones demasiado radicales relacionadas con su postura; en este sentido, véase Blok (1996).

era el déspota, otro en el que al menos la mayoría gozaba de esta necesaria condición[23].

También resultaron decisivas en esta misma dirección las reflexiones de un personaje de la talla de Wilhelm von Humboldt, reformador del sistema educativo prusiano y fundador de la universidad de Berlín, quien consideraba la lengua griega como la más natural y bella de todas las existentes tras haber emprendido el estudio de una buena cantidad de ellas. Este argumento fue repetido a lo largo de todo el siglo XIX con el objetivo principal de reivindicar el carácter único de los griegos, que los hacía así merecedores de la exclusividad privilegiada de la que disfrutaban dentro del estudio de las culturas de la Antigüedad. Como el propio Humboldt puso de manifiesto en su ensayo de carácter programático *Sobre el estudio de la Antigüedad,* «llamo aquí antiguo exclusivamente a los griegos y, entre ellos, muy a menudo de manera exclusiva a los atenienses»[24]. A comienzos de los años noventa del siglo XVIII, tanto la destacada figura de Friedrich Schlegel como el mismo Humboldt describieron así a los griegos, como un pueblo conectado de forma directa únicamente con la naturaleza y libre, por tanto, de la influencia decisiva de otros pueblos.

Una Grecia, en buena parte artificial e imaginaria, que gozaba de una completa autarquía cultural, fruto del entusiasmo de unos nuevos humanistas alemanes que la erigían como modelo a imitar y que proclamaban orgullosos la extraordinaria sintonía existente entre su propia cultura y la de los antiguos griegos; una Grecia que quedaba así convenientemente aislada de las civilizaciones de su entorno, amparada en una especie de burbuja que la protegía, además, de cualquier influencia nociva en este sentido, cuya posible presencia era, asimismo, contundentemente refutada por sus más fanáticos apologistas. Esa es la visión que aparece reflejada en una historia como la de Ernst Curtius, que fue publicada a lo largo de una década (1857-1867) y se convirtió en una obra tremendamente popular debido a su combinación de filohelenismo, piedad cristiana y nacionalismo alemán. Los griegos aparecían en la historia de Curtius como los únicos responsables de sus grandes logros, debidos en parte a la perfección geográfica de su entorno, descrito de manera entusiasta al inicio de la obra, y, sobre todo, a un sublime desarrollo espiritual que había hecho posible la perfección inigualable de su lengua[25].

El predominio cultural del mundo clásico, efectivamente, ha resultado en muchos momentos casi abrumador. Grecia representaba el comienzo de todas las cosas y el horizonte referencial irrenunciable al que remitían una y otra vez todas las instituciones y actividades modernas. Con su redescubrimiento creciente y riguroso, iniciado a partir del Renacimiento,

---

[23] Sobre la compleja relación de Hegel con Grecia, véanse Schulin (1958) y Ginzo (2002), pp. 219-249.

[24] Sobre el papel de Humboldt, véanse Quillien (1983) y Most (2003).

[25] Sobre la figura de Curtius, véanse Christ (1972), pp. 68-83; Chambers (1990) y Vick (2002).

el mundo clásico se erigió en modelo inapelable de toda la cultura occidental y entró así a formar parte indiscutible de toda una tradición que incorporaba todos sus referentes fundamentales, tanto a nivel político y educativo como artístico e intelectual. Desde esta perspectiva clasicista, aunque era evidente que Grecia no representaba en modo alguno el inicio de la historia humana y que la habían precedido en el tiempo otras culturas y civilizaciones como la egipcia y las mesopotámicas, se argumentaba que los aparentes logros de estas habían sido claramente superados por los de los griegos, capaces de ordenar y explicar el mundo de una manera racional característica, a la que no habían tenido acceso las culturas precedentes, sumidas por lo general en prácticas de carácter oscurantista y dogmático, merecedoras, por tanto, solo de la curiosidad erudita o de las referencias exóticas. En el mejor de los casos, si parecía necesario asumir algún tipo de influencia exterior en el desarrollo de la cultura griega, se hacía con la tranquilizadora certeza de su completa absorción y transformación dentro del nuevo marco cultural helénico, hasta el punto de que dichos elementos externos se habían llegado a convertir en algo totalmente nuevo y diferente de sus orígenes, en un producto, en suma, decididamente griego que «desbarbarizaba» del todo su procedencia anterior.

Indoeuropeos y semitas

El descubrimiento de la noción de indoeuropeo y su contraposición con lo semita constituyó un nuevo obstáculo que fragmentó seriamente la pretendida unidad de los estudios clásicos y orientales, llegando incluso a alcanzar dicha distinción unas connotaciones de contenido claramente racista. Las primeras tentativas en esta dirección, que se iniciaron a mediados del XVIII con la obra pionera de James Parsons, no supusieron un serio peligro, ya que estaban todavía profundamente impregnadas de resonancias bíblicas. El propio Parsons calificó a la lengua originaria, de la que derivaban las lenguas de Europa, de Irán e India, cuya existencia había establecido a través de la comparación de los términos utilizados para los numerales básicos, como la lengua de Japhet, uno de los hijos de Noé que emigró desde Armenia después del episodio del diluvio. La desmesurada extensión de su obra, y las curiosas y extravagantes extrapolaciones de su descubrimiento, empapadas de referencias bíblicas y de errores imperdonables, como la suposición de que las lenguas de los indios de Norteamérica revelaban ciertas características «jaféticas» o la inclusión del magiar dentro de la lista, oscurecieron sus aportaciones dentro de este campo y traspasaron el honor del descubrimiento a la figura de sir William Jones[26].

[26] Al respecto, veánse Mallory (1989), pp. 9 ss., y Sergent (1995), pp. 22 ss.

Sin embargo, también Jones, que a diferencia de Parsons era además un estudioso de reputado prestigio y fundador de la *Royal Asiatic Society,* se mantuvo dentro del terreno de las vinculaciones bíblicas que culminaban en la famosa arca de Noé. Fue en el curso de una conferencia pronunciada en 1796 cuando puso de manifiesto las afinidades existentes entre lenguas como el sánscrito, el latín y el griego, afinidades que podían extenderse también al gótico y el celta e, incluso, al antiguo persa. Estas afortunadas intuiciones culminaron en la segunda mitad del siglo XIX, cuando se sentaron las bases de una comparación lingüística sistemática entre lenguas que revelaban ciertas correspondencias entre algunos sonidos y la propia estructura de las palabras. Los principales artífices de esta tarea, el lingüista danés Rasmus Rask y el alemán Franz Bopp, marginaron ya por completo las referencias bíblicas mediante la utilización de términos distintos como el de tracio en el caso de Rask y el de «lengua original» *(Stammsprache)* en el de Bopp. La idea de una pretendida lengua original, de la que descendían la mayor parte de las lenguas europeas y algunas asiáticas, contrastaba de lleno con la tesis sostenida desde posiciones bíblicas según la cual la lengua primordial de la humanidad había sido el hebreo y Adán el progenitor del que descendían todos los seres humanos[27]. Los semitas, que ya según los patrones del libro del *Génesis* eran herederos de una rama diferente, la de Sem, se situaban ahora como hablantes de unas lenguas que no formaban parte del tronco común descubierto y quedaban así definitivamente al margen, relegados a un segundo plano que, con ciertas interferencias de carácter racial y religioso, les alejaba peligrosamente de quienes detentaban ahora el legado de unas lenguas y unas culturas consideradas netamente superiores.

El concepto de ario, que muchos asocian todavía con el aparato ideológico del nazismo, surgió en realidad mucho antes, en el curso del siglo XIX, cuando los europeos descubrieron la riqueza de las literaturas india e irania y situaron en los espacios del Asia central y en las regiones septentrionales de la India e Irán a sus ilustres antecesores, hablantes nativos de unas lenguas que se consideraban, además, superiores, según un modelo que establecía una evolución lingüística basada en la forma como se indicaban los elementos gramaticales, pasando de un estadio primitivo, en el que la lengua se basaba en palabras simples, como el chino, a otro más evolucionado, en el que los diferentes sufijos se aglutinaban, para culminar finalmente en el tipo flexivo que representaban la mayor parte de las lenguas europeas. La aparentemente ingenua sugerencia lanzada en su día por el indólogo alemán Max Müller, que propugnaba la denominación de arios, acabó convertida en un terrorífico y disparatado torbellino de peligrosas hipótesis en busca de la patria ancestral de una raza de individuos

---

[27] Sobre la debatida y espinosa cuestión de la lengua originaria de la humanidad resulta particularmente ilustrativo Olender (2001).

dolicocéfalos, de piel clara, rubios y de ojos azules que habrían habitado las regiones más septentrionales de Europa, proporcionando un modelo de claros componentes racistas que establecía la evidente superioridad de dicha raza sobre las demás[28].

La noción de indoeuropeo, fundada en un principio en evidentes constataciones de carácter lingüístico que se acabaron confirmando con el correr del tiempo y el incremento de la documentación disponible, sobre todo tras el desciframiento del hitita, acabó convirtiéndose en un peligroso instrumento que, incluso utilizado desde las mejores intenciones científicas, sirvió para configurar un esquema jerárquico prevaleciente de la historia humana que relegaba a una buena parte de la humanidad a una posición marginal, secundaria, sujeta a la dominación y al colonialismo, cuando no perfectamente prescindible y dispuesta para ser eliminada si las circunstancias así lo demandaban. Los prejuicios derivados de esta noción de indoeuropeo podemos descubrirlos todavía en los programas de Filología Clásica, que recomiendan el estudio del hitita o del sánscrito, a pesar del escaso contacto habido entre hititas y micénicos o de la escasa presencia griega en la India anterior a Alejandro, en lugar del ugarítico o del hebreo, contribuyendo así a obstaculizar el estudio de la influencia oriental sobre la cultura griega, tal como ha señalado Sarah Morris[29].

El propio camino de Oriente

Mientras Grecia permanecía entronizada dentro del ámbito cultural y académico europeo, empezaba a abrirse el camino hacia el descubrimiento de un Oriente más auténtico, que se veía progresivamente liberado de su estrecha dependencia de la hermenéutica bíblica[30] y adquiría cada vez más una voz propia y original, que mostraba su particular fisonomía gracias al desciframiento de sus enigmáticas escrituras y a los sorprendentes y afortunados hallazgos arqueológicos. La ausencia de una tradición académica bien consolidada como sucedía en el campo de los estudios clásicos favoreció la existencia de toda clase de incertidumbres en los primeros momentos de su andadura, y convirtió el camino hacia la nueva ciencia en una ruta complicada y difícil.

Este camino hacia el desciframiento de escrituras hasta entonces desconocidas se abrió con el sorprendente hallazgo de la célebre piedra de Rosetta, que tuvo lugar durante el curso de la expedición napoleónica a Egipto a finales del siglo xviii. A pesar de que el peso de la gloria recayó

[28] Poliakov (1974) y Arvidson (2006).

[29] Morris (1989a), p. 47.

[30] La polémica cultural entre unos y otros ha quedado calificada con la designación *Babel und Bibel*. Al respecto, véase Larsen (1995).

en el estudioso francés Jean-François Champollion por haber conseguido finalmente dar con la clave de la escritura jeroglífica, la coronación de la empresa fue también posible gracias a los ensayos previos de personajes como Antoine Silvestre de Sacy y Johan David Åkerblad, que identificaron los grupos de letras que debían corresponder a los nombres propios del texto griego, o como Thomas Young, que llegó a reconocer los cartuchos que contenían los nombres de Tolomeo y Berenice, identificando incluso algunos signos correspondientes a determinados sonidos. El logro descomunal de Champollion supuso una auténtica revolución, ya que facilitaba el acceso al descubrimiento efectivo del mundo oriental con su desciframiento de la escritura jeroglífica, tras haber reconocido diferentes nombres propios en la escritura cursiva de los papiros, cuyas representaciones de escenas religiosas se correspondían con las de las inscripciones jeroglíficas, y haber hallado que las palabras obtenidas mediante las letras así descubiertas eran muy semejantes al copto, una lengua que había estudiado intensamente en sus primeros años y en la que el egipcio se había conservado a lo largo de toda una tradición ininterrumpida[31].

El estudioso alemán Richard Lepsius, que ya había demostrado una extraordinaria capacidad para descifrar lenguas desconocidas en su estudio de las *tabulae Euguvinae,* confirmó los descubrimientos realizados por Champollion y, tras un detenido estudio de los materiales acumulados en París y en Turín, realizó importantes descubrimientos, como el papiro que contenía la lista de los faraones, y adivinó la existencia del *Libro de los muertos* al que pertenecían la mayoría de los textos que aparecían en monumentos, momias y papiros. Su expedición a Egipto en 1842 resultó extraordinariamente productiva en todos los sentidos, desde el envío de numerosos materiales arqueológicos a Berlín hasta la realización de importantes constataciones como el orden preciso de los Tolomeos o la existencia de la brillante civilización de Méroe. Diseñó también las líneas maestras de la historia egipcia a través del cuidadoso establecimiento de la cronología basada en el estudio de los monumentos y en la reconstrucción de la obra de Manetón, el que fuera en su día historiador de los Tolomeos[32].

Sin embargo, la resurrección del antiguo Egipto a través de sus tumbas y sus monumentos, en particular los del imperio antiguo, fue obra del francés Auguste Mariette, quien fue el primero de los grandes arqueólogos a pesar de sus conocidas deficiencias en el terreno estrictamente filológico. En este último campo destacó el alemán Heinrich Brugsch, autor de una gramática demótica y de un diccionario de jeroglífico y demótico, quien trabajó durante un tiempo en colaboración con Mariette. Realizó el primer intento de elaborar una historia narrativa del antiguo Egipto basándose en

---

[31] Sobre la figura y la obra de Champollion, veánse Dewachter y Fouchard (1994) y Faivre-Martin (2009).

[32] Peck (2001).

documentos contemporáneos, y consiguió que la célebre dinastía XVIII se hiciera ampliamente conocida. Pero fue el francés Gaston Maspero el que difundió entre el gran público los grandes avances realizados en el terreno de la naciente ciencia egiptológica, a cuya consolidación contribuyó de manera notable con el hallazgo de numerosos textos religiosos en las pirámides de Sakara y el descubrimiento de las tumbas de las dinastías XVIII a XXI en el Valle de los Reyes. La contribución británica corrió, sobre todo, a cargo del egiptólogo William Matthew Flinders Petrie, quien además de convertirse en uno de los grandes arqueólogos por sus brillantes descubrimientos, entre los que cabe mencionar las ciudades de Tanis y Náucratis o la exploración de Tell el-Amarna, fue también el gran divulgador de Egipto en el mundo de habla inglesa[33].

La clave del descubrimiento de Mesopotamia se hallaba también en el desciframiento de sus desconocidas escrituras, algunos de cuyos textos se conocían ya en Europa desde el siglo XVI gracias a los dibujos hechos por Pietro della Valle y que resultaron accesibles los estudiosos a través de las excelentes transcripciones que el viajero alemán Carsten Niebuhr había realizado de las inscripciones reales de Persépolis y Susa. Sin embargo, el camino del desciframiento de las lenguas orientales antiguas se había iniciado ya a mediados del siglo XVIII con la obra de uno de los principales responsables del enaltecimiento de Grecia a la categoría de ideal, el célebre abate Barthélemy, autor del *Anacarsis,* quien en 1754 presentó ante la Académie des Inscriptions et Belles Lettres su desciframiento de la lengua aramea de Palmira, la ciudad-estado siria que había controlado el comercio entre Roma y Oriente. La empresa fue posible gracias a la existencia de textos bilingües, cuyas cuidadosas copias fueron traídas a Europa por los aventureros británicos Robert Wood y James Dawkins y publicadas en su obra sobre las ruinas de la ciudad, y a la correcta suposición de que la lengua desconocida presentaba ciertas similitudes con el siríaco, que era bien conocido por tratarse de la lengua litúrgica de muchas iglesias orientales[34].

El camino hacia el desciframiento de la escritura cuneiforme resultó mucho más complicado y difícil que el de los jeroglíficos egipcios. Ya habían hecho su aparición en Europa algunos ejemplares de estos misteriosos signos en forma de cuña antes de que Niebuhr aportara copias exactas de las inscripciones de Persépolis y sus alrededores. El propio estudioso ya se había percatado de que existían en dichas inscripciones tres clases de escritura que iban creciendo en función de la complejidad y

---

[33] Sobre el descubrimiento e investigación del antiguo Egipto, pueden verse los excelentes resúmenes de la cuestión presentes en Hornung (2000), pp. 21 ss., Pernigotti (2004) y Tyldesley (2005). Un buen resumen del proceso de desciframiento de los jeroglíficos se encuentra en el librito de Gordon (1968), pp. 31-51.

[34] Véanse, al respecto, Daniels (1995) y Briquel-Chatonnet (2009).

la cantidad de los signos empleados, de unos cuarenta a los cien y hasta varios centenares. Observó igualmente que la escritura seguía una dirección de izquierda a derecha, a diferencia de los alfabetos semíticos más familiares, e incluso llegó a identificar las letras de la primera de las tres escrituras, que supuso que se trataba de un alfabeto debido a su reducido número de signos. Sin embargo, fue el latinista alemán Friedrich Grotefend quien consiguió un avance significativo en esta dirección, al concentrar su atención sobre la primera de las escrituras, que, a la vista de su posición preeminente respecto a las otras dos, supuso correctamente que se trataba del persa, la lengua del Imperio aqueménida. Se dio cuenta de que una misma palabra se repetía de forma insistente en las inscripciones y dedujo que podría tratarse del término utilizado para designar al «rey». Aplicó después los nombres de la dinastía aqueménida, que eran bien conocidos a través de las fuentes griegas, y descubrió con sorpresa que la secuencia así establecida encajaba perfectamente dentro del esquema. Un esquema que se había inspirado en la traducción de las inscripciones de época sasánida que había llevado a cabo el estudioso francés Antoine Silvestre de Sacy.

Sin embargo, no fue Grotefend el que llevó la tarea a su término, sino otros contemporáneos suyos, como el danés Rasmus Rask, que confirmó que se trataba de la lengua persa; el francés Eugène Burnouf, que estableció los valores de casi todos los signos y se dio cuenta de la enorme importancia que el estudio del avéstico, la lengua irania en la que se habían escrito los tratados zoroástricos, tenía para la comprensión final del antiguo persa; el alemán Christian Lassen, que, de forma independiente, identificó un gran número de nombres propios y descubrió que no se trataba de un alfabeto, como había supuesto Niebuhr, sino de un silabario; y finalmente Edward Hincks, un clérigo protestante irlandés que, en 1846, dio el toque final al desciframiento del antiguo persa escrito en cuneiforme.

De cualquier forma, el peso de la gloria del desciframiento recayó sobre la figura del oficial inglés Henry Creswicke Rawlinson. Rawlinson consiguió una copia exacta de las inscripciones situadas en la formidable roca de Behistún, prácticamente inaccesibles por su ubicación, en las que también aparecían textos en tres escrituras diferentes. Gracias a sus conocimientos del persa moderno y de varias lenguas de la India, mediante la aplicación del sistema de Grotefend, Rawlinson consiguió leer el texto persa, que apareció publicado en Londres en 1846. Sin embargo, el crédito del descubrimiento de la más antigua de las escrituras conservadas, la que transcribía el acadio, recae seguramente en la figura ya mencionada de Edward Hincks, que fue atraído hacia el estudio del cuneiforme con la esperanza de poder hallar en el segundo tipo de escritura, la que transcribía el elamita, las claves para elucidar el desciframiento final del egipcio, tarea en la que se hallaba plenamente absorbido en aquellos momentos. Tras varios años de estudio de los materiales disponibles, entre los que se

contaban también las inscripciones de Van, que transcribían el urarteo (descubiertas en 1827 por el alemán Eduard Schultz, pero que debido a su temprana muerte permanecieron inéditas hasta 1840), Hincks fue capaz en 1849 de presentar una lista de 236 signos cuneiformes correctamente leídos y fue, asimismo, el primero que utilizó información gramatical de manera sistemática a la hora de descifrar la escritura, comprobando que se trataba de una lengua semítica, lo que le permitía usar relaciones paradigmáticas entre formas del mismo verbo para descubrir caracteres que codificaban la misma consonante y diferentes vocales o la misma vocal y diferentes consonantes. Resultó así que muchos caracteres tenían de hecho más de una lectura o pronunciación, debido a que la escritura utilizada había sido ideada para una lengua no semítica que ahora conocemos como sumerio. A diferencia de Rawlinson, que se llevó en cambio los honores y destellos de la gloria, Hincks basó su trabajo en una denodada labor filológica sobre los textos publicados que fueron, además, cuidadosamente anotados con transcripciones y lecturas reconocidas en la actualidad como correctas[35].

La confirmación definitiva del desciframiento se llevó a cabo a través de la famosa competición auspiciada por la Royal Asiatic Society, a la que concurrieron independientemente cuatro estudiosos entre los que figuraban los ya mencionados Rawlinson y Hincks. Se trataba de traducir un texto de los anales reales asirios, en concreto un cilindro octogonal de Tiglat-Pileser I hallado en Assur, cuya litografía había caído en manos de William Henry Fox Talbot, uno de los inventores de la fotografía, que remitió su versión sellada a la Sociedad proponiendo que se la comparara con la de Rawlinson. Sometidas las cuatro versiones (a las tres ya mencionadas se había sumado la del francés Jules Oppert) a la valoración de un comité, se pudo comprobar que todas ellas presentaban un elevado grado de consenso, por lo que podía decretarse que la tarea se había completado con éxito. Una vez conseguido de esta forma un fundamento más o menos fiable sobre el que basar todos los sucesivos trabajos, puede decirse que el camino del desciframiento, si no había llegado a su término, había conseguido al menos los sólidos cimientos que precisaba desde el punto de vista filológico para constituirse como disciplina académica con todas las garantías[36].

El progresivo conocimiento de las lenguas orientales antiguas se vio además reforzado por el descubrimiento de los restos materiales de la civilización asiria a partir de 1843, cuando el cónsul francés en Mosul, Paul-Émile Botta, inició las excavaciones en un *tell* cercano a la ciudad conoci-

---

35 Bierbrier (2004). Sobre todo el proceso, véase Lion y Michel (2008).

36 Una extensa y detallada descripción del proceso de desciframiento de las escrituras cuneiformes se encuentra en la obra de Pallis (1956), pp. 94-123. Más recientemente, Lion y Michel (2009), pp. 65-138.

do como Khorsabad. Aconsejado por las gentes del lugar, realizó pronto una serie de hallazgos sensacionales que sorprendieron al mundo, sacando a la luz los restos monumentales del palacio de Sargón II en la que, sin que el propio Botta fuera todavía consciente de ello, había sido la capital fundada por el mismo monarca asirio bajo el nombre de Dur Sharrukin (fortaleza de Sargón). El redescubrimiento del mundo asirio iniciado brillantemente por las excavaciones de Botta se confirmó poco después por los todavía más sorprendentes hallazgos del inglés Austen Henry Layard, quien en 1845 inició sus trabajos en Nimrud y, a pesar de los escasos medios con que contaba en sus comienzos, logró sacar a la luz los impresionantes restos arquitectónicos de los palacios de diversos monarcas asirios en la antigua capital de Kalhu. Sin embargo, su merecida fama se cimentaría sobre todo en el descubrimiento de la antigua Nínive, cuyos restos yacían en un lugar denominado Quyunjik que había sido explorado tres años antes por Botta, quien desistió de su intento, desanimado por la ausencia de hallazgos significativos. Con el apoyo del Museo Británico, al que había prometido enviar los materiales encontrados, Layard descubrió el palacio de Senaquerib con sus célebres relieves en los que se narraba la captura de la ciudad de Lakish y la celebérrima Biblioteca de Asurbanipal, consistente en más de 20.000 tablillas cuneiformes que el soberano asirio había conseguido reunir en su palacio a mediados del siglo VII a.C. Todo el legado de la tradición sumeria, vehiculado desde entonces por acadios y babilonios en una cadena de transmisión ininterrumpida, quedaba ahora así a disposición de los nuevos estudiosos, capaces ya de descifrar sus extraños signos y comprender la lengua en la que estaban escritos. Los descubrimientos de Layard fueron continuados después por Hormuzd Rassam, que había colaborado estrechamente con aquel durante su estancia en Oriente y cuyas artimañas y métodos de trabajo sobrepasaban muchas veces con creces los límites de la diplomacia y la legalidad. En unos momentos de delicado equilibrio en las relaciones entre Francia e Inglaterra, que se disputaban la primacía en la recién iniciada aventura arqueológica oriental y en conseguir el mayor número de tesoros posible para sus respectivos museos nacionales, Rassam rompió todos los acuerdos que habían decidido compartir la excavación de Nínive e inició por su cuenta y de noche trabajos de prospección en la zona asignada a los franceses, destapando nuevos relieves asirios, como las célebres cacerías del león, y numerosas tablillas que formaban también parte de la famosa Biblioteca[37].

Al redescubrimiento de los palacios neoasirios, auténtica punta de lanza del inmenso iceberg mesopotámico, siguió después el hallazgo de la

[37] Sobre el descubrimiento arqueológico de Mesopotamia existe una bibliografía abundantísima. Las referencias principales son la célebre obra de Seton Lloyd (1980); Fagan (2007) y más recientemente Larsen (1996). Sobre la figura de Layard en particular pueden verse los trabajos presentados en Hickey y Fales (1987).

civilización sumeria a manos del vicecónsul francés en Basora, Ernest de Sarzec, en 1877. En el lugar denominado Tello, que correspondía a la antigua Girsu, situada dentro del famoso reino de Gudea en Lagash, sacó a la luz una serie de estatuas (muchas de las cuales representaban al famoso monarca), cuyo estilo difería considerablemente de los relieves asirios, y un gran número de tablillas cuya grafía y lengua tampoco se parecían a las encontradas en Nínive. Aparecían así, por vez primera, los restos visibles de los antiguos sumerios, la cultura base de toda la civilización mesopotámica, a quienes con anterioridad a su efectivo descubrimiento ya Jules Oppert había atribuido la invención del sistema de escritura cuneiforme, claramente ideado para una lengua no semítica. Las excavaciones americanas en Nippur a cargo de un equipo de la universidad de Pensilvania, que se iniciaron en 1888 y prosiguieron hasta finales de siglo, contribuirían a consolidar este nuevo dominio de los estudios orientales con el hallazgo de millares de tablillas que contenían textos administrativos y literarios de época sumeria. El desciframiento final de la lengua sumeria, al que contribuyó de manera importante con sus trabajos el estudioso francés François Thureau-Dangin en 1907, consumó definitivamente el nacimiento de una nueva disciplina en el campo de los estudios orientales. Los catálogos del material reunido en el Museo Británico empezaban a publicarse, con cinco volúmenes monumentales, seguidos por el diccionario elaborado por Friedrich Delitzsch en 1896, y aparecían nuevas revistas como la *Zeitschrift für Assyriologie* o la *Revue d'Assyriologie,* en las que se multiplicaban los trabajos de los estudiosos de este nuevo campo. Las excavaciones arqueológicas, que hasta entonces no se habían caracterizado precisamente por la pulcritud de sus métodos, recibieron su espaldarazo científico a comienzos del siglo XX con los trabajos sistemáticos de Robert Koldewey en Babilonia y de Walter Andrae en Assur. A diferencia de sus predecesores reconstruyeron minuciosamente los planos de los conjuntos arquitectónicos descubiertos, prestaron atención a la estratigrafía de los yacimientos y anotaron cuidadosamente el emplazamiento preciso de cada uno de los objetos hallados en el curso de la excavación. Se iban así completando los pasos necesarios para la construcción de un nuevo campo del saber autónomo y, en alguna medida, autosuficiente, desligado ya del todo de sus antiguos vínculos con el clasicismo o los estudios bíblicos, como era la asiriología.

Todavía nuevos descubrimientos fueron ampliando el ya importante campo de estudios abierto con los hallazgos mesopotámicos. Otro estudioso alemán, Hugo Winckler, ya especializado en los estudios orientales, sacó a la luz en 1906 los restos de la antigua capital de los hititas, Hattusas, situada en el corazón de Asia Menor, de cuya existencia ya se tenían noticias a través de algunos viajeros del siglo XIX, como Charles Texier o William Hamilton, que habían señalado la presencia de diferentes restos monumentales en la región. Winckler encontró en el lugar el archivo real,

consistente en unas 10.000 tablillas escritas en cuneiforme, una parte de las cuales estaba redactada en acadio y podía, por tanto, ser leída, confirmando así que el lugar excavado era ni más ni menos que la verdadera capital de un poderoso imperio hasta entonces tan solo intuido, más que evidenciado, en sus restos materiales a través de algunos hallazgos dispersos y de las referencias al mismo que aparecían en los documentos egipcios de Tell el-Amarna, en los anales asirios y en el Antiguo Testamento. El desciframiento de la lengua hitita corrió a cargo del estudioso checo Bedřich Hrozný, quien se ayudó en su tarea de los ideogramas sumero-acadios empleados por los escribas hititas, lo que permitía adivinar el sentido de algunos pasajes. Hrozný comprobó sorprendido que se hallaba ante una lengua de carácter indoeuropeo, la más antigua documentada, y ya en 1917 pudo ofrecer una descripción general de la misma. En 1922 tuvo lugar la prueba definitiva con la publicación simultánea e independiente de la traducción de un código hitita por parte del mismo Hrozný y de otros dos estudiosos alemanes[38].

Posteriormente, nuevas excavaciones en diferentes lugares de toda la geografía próximo-oriental han continuado aportando preciosos datos e informaciones al corpus de material con el que ya se contaba. Especialmente destacables resultan los hallazgos realizados en Mari, situada en el curso medio del Éufrates, por parte del estudioso francés André Parrot, que en 1933 sacó a la luz los restos de un gran palacio de época paleobabilonia que contenían más de 20.000 tablillas en cuneiforme, entre las que se contaban cartas reales y textos administrativos y oraculares, que proporcionaban un extenso panorama de las relaciones internacionales de la época en las que la ciudad siria desempeñaba un importante papel[39].

Igualmente sorprendentes resultaron los hallazgos realizados en Ugarit, un antiguo puerto localizado en la costa siria, por parte del arqueólogo francés Claude Schaeffer en 1929. Las excavaciones sacaron a la luz un importante centro comercial de la Edad del Bronce que había mantenido importantes relaciones con Egipto, aunque los hallazgos revelaban también la existencia de otras conexiones con el Egeo y con las regiones del interior hasta Babilonia. Además de numerosos objetos de lujo, que atestiguaban la prosperidad del enclave, se encontró también un gran número de tablillas que contenían documentos legales y administrativos, cartas reales a otros soberanos y diversas composiciones de carácter mágico, médico y literario, que, además de ampliar todavía más el material ya existente, han extendido el campo de estudios con el descubrimiento de una nueva lengua, el ugarítico, que ha proporcionado además interesantes paralelismos de carácter literario y mitológico con la literatura griega y el

---

[38] El relato del redescubrimiento de los hititas puede encontrarse en Ceram (1962); Gurney (1976), pp. 1-14 y, más recientemente, en Collins (2007).

[39] Sobre el descubrimiento de Mari, veánse Parrot (1974) y Margueron (2004).

Antiguo Testamento. Al igual que había sucedido con el asirio o el hitita, tres estudiosos, H. Bauer, F. E. Dhorme y Ch. Virolleaud, lograron de forma independiente resultados muy similares en la lectura de las tablillas halladas en el yacimiento, que ponían de manifiesto que se trataba de una nueva lengua semítica escrita en alfabeto[40].

También han sido fundamentales los descubrimientos llevados a cabo en Ebla, situada al sur de la actual Alepo, en Siria, por el estudioso italiano Paolo Matthiae en 1964, que revelaron la existencia de un palacio del tercer milenio que contenía importantes archivos, cuyo estudio ha abierto un nuevo campo de trabajo dentro de los estudios orientales con la aparición en escena de una nueva lengua semítica[41].

En busca de un lugar en la historia

La presencia protagonista de los imperios orientales dentro de la perspectiva de la historia universal se había prácticamente limitado a la famosa sucesión de los imperios que partía de la célebre profecía del *Libro de Daniel* sobre la sucesión de los cuatro imperios, y se había instalado después en las historias universales inspiradas en la tradición cristiana, como la del hispano Orosio, compuesta en el siglo v d.C., en la que se narraba la historia desde los tiempos de Adán hasta su propia época. La siguieron después otras, ya en tiempos medievales, como la del obispo y cronista alemán Otón de Freising, quien escribió su *Crónica o historia de las dos ciudades,* basada en San Agustín y Orosio, o, en época bizantina, el epítome compuesto por Zonaras en el siglo xii.

Este mismo esquema se repitió posteriormente en algunas historias universales. Una de ellas fue la compuesta por el historiador alemán Johannes Sleidanus en el siglo xvi, que llevaba por significativo título *De quattuor summis imperiis* y que sirvió de texto al rey de Prusia Federico Guillermo I. Otros ejemplos, ya en el siglo xvii, son la del jesuita Antonio Foresti, titulada *Mappamondo istorico,* que llegaba hasta casi su propia época, y la del astrónomo y bibliotecario Francesco Bianchini, que llevaba por título *Istoria universale provata con monumenti e figurata con simboli degli antichi,* en la que se intentaba responder a las críticas suscitadas por los pirronistas acerca de la veracidad de los relatos del pasado aportando las pruebas documentales e iconográficas pertinentes[42]. En el siglo xviii nos encontramos con el monumental proyecto británico deno-

---

[40] Sobre los hallazgos de Ugarit y su desciframiento, pueden verse los trabajos de Cunchillos (1994) además del catálogo de la exposición *Le royaume d'Ougarit. Aux origines de l'alphabet,* París, 2004, pp. 69-76.

[41] Sobre Ebla y su descubrimiento, Pettinato (2000).

[42] Griggs (2007), pp. 221-228.

minado *The Universal History,* concebido y auspiciado por el arabista George Sale, que a pesar de las críticas que recibió en este sentido se hallaba todavía bajo el poderoso influjo de la ortodoxia dominante[43]. Finalmente, ya en el siglo XIX, hallamos la historia del inglés George Rawlinson, que era hermano del célebre descifrador de la escritura cuneiforme, y que llevaba por significativo título *The Five Great Monarchies of the Ancient Eastern World,* aparecida en 1867.

Los intentos de escribir una historia universal de la Antigüedad que incluyera a los imperios orientales con una cierta paridad de protagonismo con el mundo grecorromano son relativamente escasos hasta bien entrado el siglo XX, ya en el seno de historias generales como la de Cambridge, cuyos capítulos fueron confiados al cuidado de los especialistas respectivos. Varias circunstancias habían complicado una tarea semejante, como la creciente puesta en entredicho de la Biblia como fuente de la historia sagrada tradicional tras la aplicación al estudio del Antiguo Testamento de métodos de análisis histórico-filológicos y literarios, el apasionado debate científico suscitado en torno a la cronología, en el que tomó parte el mismísimo Newton, la corriente de escepticismo creciente que hizo mella entre algunos estudiosos acerca de la credibilidad de los historiadores griegos, en particular Heródoto y Diodoro, que eran las fuentes clásicas fundamentales sobre la historia oriental, y sobre todo la emergencia de los nuevos estudios orientales, azuzados por los descubrimientos y hallazgos producidos en el curso del siglo XIX.

Todo apuntaba así decididamente hacia la separación definitiva y el cisma entre la historia clásica y la del mundo oriental, pero hubo todavía, sin embargo, algunos loables intentos como el llevado a cabo por el jansenista francés Charles Rollin, cuya *Histoire ancienne des Égyptiens, des Carthaginois, des Assyriens, des Babyloniens, des Mèdes et des Perses, des Macédoniens et des Grecs,* editada en trece volúmenes en París entre los años 1730 y 1738, alcanzó nada menos que quince ediciones en 1823. Rollin, que había contribuido de manera decisiva a revivir el estudio del griego en la universidad de París, elaboró su historia de la Antigüedad con el propósito de proporcionar un amplio manual de historia en su deseo de introducir dichas enseñanzas dentro de los colegios de la universidad[44].

Dentro de esta misma línea cabe situar también la obra del alemán Arnold Heeren, quien en los últimos años del siglo XVIII publicó una obra de carácter general sobre la política, las comunicaciones y el comercio de los pueblos de la Antigüedad y que, debido a la importancia que adquirían en dicha obra las civilizaciones no clásicas, se vio obligado a excusarse por ello y fue objeto de severas críticas por parte de sus contemporáneos[45].

---

43 Griggs (2007), pp. 228-237.
44 Vandermarcq (2006).
45 Sobre la figura de Heeren, veáse Becker-Schaum (1993).

Destaca también en este terreno Barthold Georg Niebuhr, que dedicó nada menos que dos volúmenes de sus *Lecciones sobre historia antigua* a Oriente y Grecia, en una perfecta combinación de helenocentrismo y universalismo, nada sorprendente en el caso de Niebuhr si tenemos en cuenta los viajes a Oriente de su padre, Carsten Niebuhr, que debieron imprimir en su hijo una cierta actitud favorable a las culturas orientales que precisamente entonces empezaban a hacer su aparición dentro del escenario académico[46].

Sin embargo fue la figura singular y casi única de Eduard Meyer, ya en las postrimerías del XIX, la que cierra de forma gloriosa esta corriente universalista. La *Historia de la Antigüedad* de Eduard Meyer constituye ciertamente un acontecimiento extraordinario dentro de la historiografía del mundo antiguo, ya que fue escrita en un tiempo en el que la especialización había alcanzado ya un elevado grado de complejidad y era difícil encontrar estudiosos capaces de manejar con solvencia las fuentes de información originales, tanto grecorromanas como orientales. Meyer no solo conocía las fuentes orientales entonces disponibles, sino que poseía además una visión auténticamente universal de la historia, en la que las diferentes culturas de la Antigüedad, aunque comenzaron como fenómenos aislados, se fueron interrelacionando e influyendo entre ellas con una intensidad cada vez mayor que hacía completamente inviables las historias parciales en las que no se atendiera de forma clara a esta indiscutible conexión universal existente entre cada una de ellas.

Se aunaba así con éxito una visión amplia del mundo antiguo en la que la historia de Egipto y de Oriente Próximo figuraban con igual rango junto a la del mundo grecorromano, con una detallada investigación en numerosos aspectos que implicaban un extenso conocimiento tanto de las fuentes utilizadas como de la literatura científica elaborada al respecto hasta aquellos momentos. Su interés por la historia de la Antigüedad no estaba inspirado por criterios de índole clasicista, sino porque la consideraba la primera época en la evolución del espíritu humano en su intento de dilucidar las cuestiones fundamentales que, desde una perspectiva antropológica universalista, se habían empezado a formular desde los tiempos de Darwin. Sus conocimientos de las lenguas orientales le permitieron abordar una tarea que no estaba ya entonces al alcance de cualquiera, y fue capaz de encabezar cada uno de los libros que componían su historia de la Antigüedad con detallados capítulos sobre las fuentes y la cronología de cada uno de los periodos tratados. La historia de cada uno de los pueblos aparecía ahora convenientemente integrada dentro de una visión global en la que desempeñaban un papel destacado las influencias que ejercieron unos sobre otros[47].

---

[46] Sobre la figura de Niebuhr, veánse Christ (1972), pp. 26-49 y Ampolo (1997), pp. 45 ss.

[47] Sobre la historia de Meyer, veánse Christ (1972), pp. 286-333; Calder y Demand (1990) y Marchand (2009), pp. 206-211.

La marginación general de las culturas orientales en detrimento del mundo clásico dentro de la visión imperante de la historia de la Antigüedad había tenido, como ya se ha visto, algunas notorias excepciones. Ya incluso en el propio Renacimiento comienzan a detectarse una serie de voces discordantes que ponían en tela de juicio la situación privilegiada de griegos y romanos respecto a las otras culturas de la Antigüedad, resaltando los préstamos culturales que habían tenido lugar entre unas y otras, o concedían un lugar privilegiado a las civilizaciones orientales respecto a la incuestionada superioridad de la civilización grecorromana. Una de estas primeras voces, ciertamente un tanto peculiar, fue la del teólogo dominico del siglo XV Joannes Annius de Viterbo, quien atacó a los humanistas por su interés en las historias paganas de Grecia y Roma y propuso para reemplazarlas alternativas que mostraban que los griegos y romanos eran inferiores en comparación a los sabios de Babilonia, Egipto y Etruria. Sin embargo, sus opiniones se fundamentaban en su pretendido dominio de las lenguas orientales, incluso del etrusco, y en la recuperación ficticia de una serie de autores perdidos, muchos de ellos considerados claramente un auténtico fraude, entre los que figuraban el sacerdote egipcio Manetón y el babilonio Beroso, que habrían compuesto unas historias de su propia cultura destinadas al consumo de los lectores griegos[48]. Annius mostró un desprecio evidente hacia los griegos que quedaban tradicionalmente excluidos de las grandes líneas genealógicas que conducían desde el bíblico Noé hasta las dinastías y ciudades de la Europa renacentista, pasando por Troya. Sin embargo, su verdadero objetivo no era otro que corroborar la verdad contenida en el libro del Génesis y consolidar, de esta manera, el concepto de historia universal que tenía sus inicios en la Creación mediante la aportación fraudulenta de supuestas fuentes históricas acreditadas por la tradición[49].

Esta aparente inclinación hacia el mundo oriental se dejó también sentir en el humanista alemán Johannes Böhm, latinizado Boemus, que fue autor en 1520 de una obra pionera de la etnografía, *Omnium gentium mores, leges et ritus (Costumbres, leyes y ritos de todos los pueblos),* en la que alababa a los grandes legisladores y sabios de Oriente; magos, gimnosofistas y sacerdotes egipcios[50].

Sin embargo, el personaje que más destacó dentro de este campo, al conceder la preeminencia a las fuentes bíblicas sobre los autores clásicos, fue probablemente Samuel Bochart, un estudioso protestante francés de la Biblia, cuya famosa obra, *Geographia sacra* (1646), ejerció una notoria

---

[48] Grafton (1991), pp. 76-103.
[49] Al respecto, Bietenholz (1994), pp. 193-195.
[50] Vogel (1995).

influencia sobre la exégesis bíblica en todo el siglo XVII. Hombre de una profunda erudición, Bochart sumaba a sus estudios sobre la Antigüedad clásica el conocimiento de las principales lenguas orientales, como el hebreo, el siríaco, el caldeo y el árabe. La obra mencionada trataba acerca de la información disponible en relación con las más antiguas tribus humanas y sus migraciones, cuyas huellas Bochart creía poder descubrir en los nombres geográficos, que revelarían a su vez el nombre de un antiguo fundador o dirigente. En este sentido consideraba que Moisés, cuyo testimonio se hallaba contenido en algunos pasajes del libro del *Génesis,* resultaba mucho más fiable que los autores clásicos debido a su mayor antigüedad y al hecho de haber obtenido sus conocimientos de todas las fuentes orales y escritas de su propio tiempo y, sobre todo, por revelación divina. La enorme celebridad que alcanzó con su *Geographia sacra* le hizo merecedor de una invitación de la reina Cristina de Suecia.

Bochart creía que el establecimiento de Israel en la tierra prometida precedía con mucho a la supremacía griega, y que los fenicios, quienes compartían su legado con Israel, comenzaron a surcar los mares cuando fueron expulsados tras la muerte de Moisés y trasladaron dicho legado hasta las costas de Grecia y Roma. Una buena parte del mismo quedó reflejada, aunque en una forma miserablemente distorsionada, en las fábulas de la mitología grecorromana pero, afortunadamente, en opinión de Bochart, sus nombres geográficos corrieron bastante mejor suerte. Supuso de este modo que muchos de los nombres referidos por los geógrafos antiguos eran originariamente fenicios, cuya lengua se hallaba estrechamente relacionada con el hebreo. Advirtió que algunas palabras fenicias hacían su aparición en los textos clásicos, como en alguna comedia de Plauto, e intentó explicar su significado a la luz de analogías con el hebreo. Estudió así esta geografía «sacra», tratando de descubrir las raíces hebraico-fenicias de los topónimos de todo el mundo antiguo. Propuso de esta forma que un nombre como el de Lisboa sería un nombre fenicio, *alis ubbo,* que significaría «golfo agradable», por lo que carecía de todo sentido conectar su nombre con los viajes de Ulises, como usualmente se venía haciendo. Tuvo también acierto al demostrar que la antigua Babilonia no podía identificarse con la moderna Bagdad, y que el dios babilonio que en las fuentes griegas aparecía como Belo era idéntico al Baal bíblico. Sin embargo, su creencia en la primacía de las fuentes bíblicas sobre las clásicas lo condujo a concluir que el templo de Zeus Belo que describe Heródoto era tan solo una distorsión de la torre de Babel[51].

Aunque algunos de estos autores se movían dentro de un campo en el que la pura extravagancia o incluso el fraude podían desacreditar sus afirmaciones más arriesgadas, a lo largo del siglo XIX empezaron a dejarse

[51] Bietenholz, (1994), pp. 232-235.

sentir voces mucho más autorizadas que abogaban decididamente por la presencia de elementos orientales dentro de la cultura griega. Una de ellas fue la de un estudioso de la filología clásica, Friedrich Creuzer, quien ocupó la cátedra de filología e historia antigua en la universidad de Heidelberg durante casi cuarenta y cinco años, en la primera parte del siglo XIX. Creuzer, al igual que algunos de sus contemporáneos, había extendido sus intereses más allá de las fronteras de la Antigüedad clásica hacia la historia y la cultura orientales[52]. Su interés por la India y el Próximo Oriente procedía de su vinculación con el círculo que formaban los hermanos Schlegel y el mitógrafo Joseph von Görres. Su obra más importante, *Die Symbolik und Mythologie der alten Völker, besonders der Griechen,* aparecida en 1810, estudiaba la evolución de los símbolos, como encarnación primordial del pensamiento y la experiencia sensorial, hacia los mitos y, desde estos, hacia las religiones, que fueron progresivamente racionalizadas según progresaban la historia y la civilización desde Oriente (la India) hacia Occidente (Grecia). Sostuvo así que la mitología de Homero y Hesíodo procedía de una fuente oriental a través de los pelasgos. Las críticas en su contra arreciaron por parte de quienes pensaban que sus argumentos contaban con bases poco sólidas desde un punto de vista filológico, o porque no reconocían las diferencias fundamentales que separaban el espíritu egipcio del griego, como fue el caso del ya mencionado Karl Otfried Müller, decidido promotor del concepto de una cultura tribal específicamente griega, cuyo modelo alcanzó mucha mayor influencia que el modelo más universal que proponía Creuzer[53].

Dentro de esta corriente heterodoxa hay que mencionar también la obra de algunos estudiosos que lanzaron la idea de una clara influencia semítica en el vocabulario griego o en su mitología, como fueron, respectivamente, Heinrich Lewy con su *Die semitischen Fremdwörter in Griechischen,* publicada en Berlín en 1895, o Robert Brown y su *Semitic Influence in Greek Mythology,* aparecida en Londres en el año 1898. Sin embargo, el intento más destacado fue probablemente el del helenista francés Victor Bérard, conocido sobre todo por su célebre traducción de la *Odisea* y por su intento de descubrir las huellas del periplo de Ulises a lo largo y ancho de la cuenca mediterránea. Bérard, quien ya se había mostrado favorable a la existencia de una cierta influencia semítica en los cultos arcadios, que habían constituido el tema de su tesis doctoral, apostó de manera decidida por los fenicios como primeros impulsores de los viajes por el Mediterráneo, cuyos pasos habría seguido posteriormente el habilidoso héroe griego gracias a las precisas informaciones de carácter geográfico que el autor de la *Odisea* pudo encontrar en periplos de aquel pueblo de aventurados y

---

52 Marchand (2009), pp. 66-71.

53 Sobre el caso Creuzer, véase Marchand (1996), p. 45.

expertos navegantes[54]. Enfrentado así a la ortodoxia universitaria imperante en esos momentos, Bérard proponía a los fenicios como los auténticos instructores geográficos de Homero, que le habrían permitido rastrear con una precisión encomiable los numerosos rincones del Mediterráneo recorridos por su héroe a lo largo de sus navegaciones.

También hay que situar dentro de este mismo campo la obra de algunos semitistas que, desafiando igualmente la ortodoxia imperante, se atrevieron a formular atrevidas e incluso, a veces, arriesgadas hipótesis acerca de las relaciones estrechas entre el mundo oriental y la cultura griega. Es el caso de Cyrus Herzl Gordon quien, a través del establecimiento de una serie de paralelismos entre el Antiguo Testamento y la Biblia, se mostró abiertamente partidario de un origen semítico común de las culturas hebrea y griega, que remontaba al menos a la época de la civilización cretense, en cuya enigmática escritura denominada lineal A creyó descubrir algunas palabras de origen semítico e incluso el esquema típico de dichas lenguas, aventurando así una identificación que no fue ni mucho menos bien acogida entre los estudiosos. La procacidad de sus ideas se vio todavía más comprometida dentro del ámbito académico por su decidido apoyo a la hipótesis de una presencia fenicia en América cuya sola contemplación se hallaba completamente fuera de la perspectiva de la gran mayoría de los estudiosos. Sin embargo, entre sus méritos cabe señalar el hecho indiscutible de haber sido el primero en señalar los paralelismos entre la épica griega y la ugarítica, al reconocer que las numerosas coincidencias existentes entre la literatura homérica, la ugarítica y la bíblica no podían ser accidentales, apuntando de este modo a la existencia de una tradición épica mediterránea oriental cuyas raíces se hundían en el segundo milenio a.C.[55].

En la estela de Gordon, aunque con un mayor prestigio y repercusión, se sitúa también la obra de un profesor de *yiddish* e historia de la universidad americana de Brandeis, Michael Astour, que, con el significativo título de *Hellenosemitica,* fue publicada en 1967. En ella Astour intentaba demostrar el parecido existente entre los mitos griegos, ugaríticos y bíblicos, y planteaba abiertamente el origen semítico de muchos de estos ciclos, como el de Dánao o Cadmo, que podían revelar la presencia de colonos de dicha procedencia en tierras griegas, e incluso apuntaba la posibilidad de que la civilización micénica no fuera otra cosa que la extensión más occidental de las culturas de Oriente Próximo[56]. En una di-

---

[54] Bérard expuso sus tesis al respecto en su obra, *Les Phéniciens et l'Odyssée,* París, 1902. Sobre las ideas de Bérard en este campo, véase Dion (1977) y, más recientemente, Duchêne (2003).

[55] De hecho, sus aportaciones en este terreno fueron acogidas por un estudioso de la talla de Wesbster (1964), pp. 64 ss. Las obras más destacadas de Gordon en este campo son *Homer and Bible. The Origin and Character of East Mediterranean Literature,* Ventnor, NJ, 1967, y *The Common Background of Greek and Hebrew Civilizations,* Nueva York, 1965.

[56] Al respecto, véase la dura reseña de J. D. Muhly aparecida en el *Journal of the American Oriental Society* 85, 4 (1965), pp. 585-588.

rección similar se inscribe también la obra de Ruth Edwards, *Kadmos the Phoenician,* publicada en 1979, que enfatiza el valor de las leyendas griegas para el estudio del periodo micénico[57].

Las evidencias pesan

Los paralelismos entre las culturas orientales y el mundo griego que habían sido ya apuntados a través del estudio detallado del Antiguo Testamento se fueron haciendo cada vez más evidentes con los extraordinarios progresos alcanzados en este nuevo ámbito a lo largo del siglo XIX, poniendo así claramente de manifiesto que el mundo grecorromano no había acaparado en exclusiva el protagonismo de la Antigüedad y poniendo en entredicho la pretendida originalidad y genialidad de los griegos a la hora de articular mitos cosmogónicos y heroicos, o disciplinas y saberes científicos que se atribuían en un tiempo a su proverbial dominio de la racionalidad. Las voces autorizadas que se hicieron eco de tales hallazgos fueron en principio escasas, a pesar de que el peso de las evidencias en esta dirección era cada vez más sólido y contundente, y se encontraron casi siempre con una fuerte resistencia por parte de la filología clásica más tradicional, que se resistía a aceptar la validez e implicaciones que significaban esta clase de evidencias a causa de una combinación de criterios puristas e ideológicos que, muy a menudo, resultaba difícil deslindar.

Algunos estudiosos de rigurosa formación clásica, como el alemán Ludwig Ross, que fue primer conservador de antigüedades en Atenas, o el francés Georges Perrot, primer profesor de arqueología en la Sorbona en 1875, reconocieron sin ambages el importante papel que las civilizaciones orientales habían desempeñado en la configuración de la cultura griega. La estancia de Perrot en Oriente mientras llevaba a cabo exploraciones arqueológicas en las islas griegas y en Asia Menor contribuyó a acentuar su conciencia de que el espacio anatolio había servido de cadena entre el mundo oriental y el griego, y que los pueblos que habitaban dicho territorio habían transmitido a los griegos los conocimientos adquiridos en su contacto con los habitantes del Asia más occidental. Compuso, así, una historia del arte de la Antigüedad en varios volúmenes en la que concedía un lugar importante a estas civilizaciones[58]. Incluso dentro del ala dura de la nueva *Altertumswissenschaft,* de clara matriz helenófila, se hicieron algunas concesiones en esta dirección, si bien se trataba tan solo de aspectos parciales como el de la metrología o el sistema de pesos y medidas, tal como pusieron de relieve estudiosos de la talla de August Boeckh, discípulo de Wolf, y Friedrich Hultsch, ambos escasamente sospechosos de

---

[57] Véase el *review* de Willetts (1981).

[58] Gran-Aymerich (2001), p. 234

flirtear con hipótesis arriesgadas que pudieran poner en entredicho la hegemonía indiscutible de la Antigüedad clásica[59].

Sin embargo, algunos hallazgos arqueológicos realizados a finales del siglo XIX comenzaron a quebrar la imagen aparentemente sólida de una cultura griega idealmente aislada de las influencias del exterior que quedaba casi reducida a su versión más clásica y tradicional. Los sensacionales descubrimientos realizados por Heinrich Schliemann en Micenas y Tirinto a comienzos del último tercio del siglo XIX sacaron a la luz los restos materiales de una nueva civilización, la micénica, desconocida hasta entonces dentro del marco de la historia griega, y que implicaban una evidente ruptura con la imagen ideal de la cultura helénica, a la vista del carácter tosco y hasta «primitivo» de muchos de los objetos que fueron hallados en las tumbas[60]. En esa misma dirección apuntaron también los descubrimientos realizados por Arthur Evans en Creta a comienzos del XX, que significaron la aparición en escena de la civilización minoica y la evidencia de sus intensos contactos con Egipto, a través de los numerosos objetos de esta procedencia que fueron hallados entre los restos materiales del palacio de Cnosos[61].

Siguiendo precisamente la estela marcada por Evans, el célebre arqueólogo británico Leonard Woolley, que alcanzó la fama por el descubrimiento de las tumbas reales de Ur, sacó a la luz, en las costas del norte de Siria, los restos de un emplazamiento portuario de la Edad del Hierro que presentaba cantidades significativas de cerámica griega importada, cuando trataba de documentar las posibles conexiones entre las primeras civilizaciones egeas, especialmente la Creta minoica, y los más antiguos centros culturales de Oriente Próximo. Woolley pretendía, efectivamente, encontrar el puerto de la Edad del Bronce perteneciente al reino interior de Alalakh, donde Woolley había desarrollado su principal actividad como arqueológo, pero dio en cambio con el lugar conocido con su denominación moderna de Al Mina, que constituyó en este sentido una auténtica decepción para su descubridor, dado que perseguía objetivos bien diferentes[62]. Sin embargo, supo reconocer la importancia del hallazgo dentro del contexto de las relaciones entre el mundo griego y las civilizaciones orientales hasta el punto de que llegó a identificar el lugar como la antigua fundación griega de Posideon, a pesar de las dificultades tanto de carácter geográfico como topográfico que desaconsejaban una conclusión semejante[63].

---

[59] Sobre las preferencias indiscutibles de Boeckh, véase Marchand (1996), pp. 42-43.

[60] Sobre la importancia de dichos descubrimientos, Lesley Fitton (2001).

[61] De hecho, el sucesor de Evans en las excavaciones de Cnosos, J. D. S. Pendlebury, publicó un amplio catálogo de objetos egipcios hallados a lo largo del Egeo; Pendlebury (1930). Sobre la figura de Evans y la importancia de sus hallazgos, véase MacGillivray (2006).

[62] Así quedó patentemente reflejado en su obra *A forgotten Kingdom,* Londres, 1953.

[63] Sobre las excavaciones de Woolley en Al Mina, véase Waldbaum (1997). Sobre el lugar en general, Boardman (1999).

Aunque el entusiasmo desatado por la numerosa cerámica griega encontrada en Al Mina quedó luego convenientemente atemperado por las excavaciones posteriores más detalladas que mostraron el carácter claramente no griego del lugar[64], lo cierto es que tales descubrimientos se vinieron a sumar en su tiempo al hallazgo de numerosos objetos votivos de incuestionable factura oriental en algunos santuarios griegos que ponían de manifiesto la existencia de frecuentes e intensos contactos con Oriente. Ese fue el caso de las excavaciones llevadas a cabo por el británico David Hogarth en el templo arcaico de Ártemis en Éfeso en 1904 y 1905, el de las de Richard Dawkins en el santuario de Ártemis Orthia en Esparta, o las de Humfry Payne en el santuario de Hera Akraia en Peracora, en las proximidades de Corinto. En todos ellos habían aparecido ricos depósitos que contenían marfiles, bronces, máscaras votivas u otros objetos, como los famosos escarabeos egipcios, que ponían de relieve la temprana interconexión entre los principales centros de culto del mundo griego y las culturas orientales[65]. Las excavaciones posteriores llevadas a cabo en los santuarios de Hera en Samos y de Zeus en Olimpia no hicieron más que corroborar dicha evidencia, hasta el punto de que el santuario de Olimpia constituye el principal exponente de esta clase de objetos, incluidos los propios lugares de procedencia en Oriente Próximo de donde eran originarios[66].

La presencia de objetos griegos, especialmente cerámica, en establecimientos situados en las costas del norte de Siria e Israel, o incluso en zonas situadas más hacia el interior, como la misma Nínive, ha confirmado la existencia de estos contactos, que en muchos casos se remontarían incluso a tiempos de la en su momento denominada Edad Oscura, es decir, a los siglos X y IX a.C.[67]. La existencia de tales contactos en época tan temprana fue confirmada más tarde por los sorprendentes descubrimientos de Lefkandi, en la isla de Eubea, donde en los años sesenta del siglo XX se excavó lo que parecía una próspera comunidad de la denominada Edad Oscura griega en la que aparecieron diversos objetos de lujo de origen oriental, como bienes suntuarios depositados como ajuar en sus tumbas[68].

Estas evidencias de carácter arqueológico, que ponían de relieve la indiscutible existencia de contactos entre ambas orillas del Egeo en diferentes momentos de la historia, ya fueron convenientemente aducidas en su momento por el ilustre egiptólogo británico William Matthew Flinders Petrie con sus excavaciones en Náucratis en el curso de los años ochenta del siglo XIX, cuando sacó a la luz cantidades de cerámica griega que re-

---

64 Una muestra de este tipo de reacciones lo encontramos en la monografía clásica de Dunbabin (1957), que identificaba el lugar como una ciudad griega.

65 Sobre tales hallazgos, Dyson (2006), p. 193.

66 Guralnick (1989) y (1992).

67 Clairmont (1954-1955).

68 Sobre los hallazgos de Lefkandi puede encontrarse un cómodo resumen en Thomas y Conant (1999), pp. 85-114.

montaban los contactos con el mundo griego hasta el siglo VII a.C.[69] Ciertamente algunos hechos, como la existencia del emporio de Náucratis, eran ya bien conocidos desde Heródoto, al igual que la importancia que los fenicios habían desempeñado en su papel de intermediarios en los primeros tiempos de formación de la civilización griega arcaica. Sin embargo, ahora se aportaban las pruebas materiales correspondientes que avalaban la viabilidad de tales testimonios literarios y confirmaban la constante interacción económica y comercial, y seguramente también cultural, entre el mundo griego y las culturas orientales. Todo apuntaba hacia una situación de fluidez cultural y económica mucho más intensa de la que se había imaginado, sin necesidad de quedar reducida al esquema simplista del enfrentamiento entre unos y otros por el dominio de nuevas tierras y mercados. Los hallazgos de Pitecusas, que ocupaba una posición privilegiada como la primera de las fundaciones griegas establecidas en el Mediterráneo occidental, pusieron de manifiesto la existencia de una estrecha interacción entre griegos y orientales a través de la gran variedad de objetos orientales hallados en sus tumbas, que permitían suponer incluso la existencia de matrimonios mixtos entre sus habitantes[70].

El cúmulo de evidencias en esta dirección no ha hecho más que aumentar a partir de la segunda mitad del siglo XX con algunos descubrimientos arqueológicos de carácter sensacional. Nos referimos en primer lugar a los valiosos restos de dos barcos, de finales de la Edad del Bronce, que naufragaron en las proximidades de las costas meridionales de Asia Menor, excavados por el norteamericano George Bass, quien pasa por ser el auténtico fundador de la arqueología subacuática. La sorprendente variedad de objetos y materias primas que contenían ambos pecios constituye un claro testimonio de la interconexión comercial y económica de toda la cuenca oriental del Mediterráneo durante este periodo[71]. En segundo lugar, hemos de recordar los hallazgos relativamente recientes de importantes fragmentos de pinturas murales de estilo cretense en lugares como la sede de la antigua ciudad de Avaris, situada en el delta egipcio, que fue en su día capital de los hicsos, excavada por el arqueólogo austriaco Manfred Bietak, o en Tell Kabri, en Israel, excavada por el arqueólogo israelita Aharon Kempinski[72].

El progresivo descubrimiento de las civilizaciones indígenas de Asia Menor ha arrojado también alguna luz en esta misma dirección, sobre todo por lo que se refiere a la civilización hitita y sus posibles relaciones con la civilización micénica, con la cuestión de Troya al fondo aun con

---

[69] Phillips (1997); sobre Náucratis, véanse Boardman (1999) y Möller (2000).

[70] Sobre la importancia de Pitecusas en este aspecto, véase Ridgway (1997). Sobre la posibilidad de matrimonios mixtos, Coldstream (1993).

[71] Sobre la importancia de los pecios de Gelidonia y Uluburun, Cline (1994), pp. 100-101.

[72] Sobre las pinturas de estilo minoico en Avaris, véase Bietak (1996). En general, sobre el tema, Davies y Schofield (1995).

todas las incógnitas e interrogantes que todavía plantea[73]. Aunque el conocimiento arqueológico de las civilizaciones posteriores de frigios, lidios y carios progresa más bien lentamente[74], también se han señalado importantes avances en esta dirección, y constataciones como la activa presencia fenicia en las regiones más meridionales de Asia Menor (como es el caso de Cilicia, sobre todo tras el descubrimiento de la inscripción bilingüe –luvita y fenicio– de Karatepe, a la que se han sumado otros hallazgos posteriores), han impulsado a algunos estudiosos a proponer esta vía anatolia como una de las rutas privilegiadas por las que pudieron haber discurrido los contactos e intercambios que tuvieron lugar entre el mundo griego y las culturas orientales[75].

La creciente atención hacia el mundo jónico de Asia Menor por parte de algunos autores como David Hogarth o Charles Picard, especialmente en el periodo arcaico, contribuyó igualmente a destacar la idea de la existencia de un intenso diálogo entre el mundo griego y el oriental en dicho espacio geográfico durante toda aquella época[76]. También ha contribuido en esta dirección el descubrimiento del antiguo reino de Urartu, localizado en torno al lago de Van y en las montañas de Armenia, y particularmente de su espléndido arte en metal, ejemplificado sobre todo en sus famosos calderos, que ha arrojado nueva luz sobre la procedencia oriental de algunos modelos de este tipo de utensilios que fueron muy apreciados dentro del mundo griego[77]. Ha tenido igualmente gran importancia la revalorización de la isla de Chipre como crisol cultural que ha destacado su papel protagonista como intermediaria en todo este extenso y prolongado periodo de contactos e interacciones entre los dos ámbitos[78].

Desde muy temprano se planteó la importancia que pudo tener el impacto creativo del arte oriental en la cultura griega a través de una figura tan significativa como el francés Adrien de Longpérier, quien dirigió el departamento de Antigüedades del Museo del Louvre a mediados del siglo XIX. La contemplación directa de los primeros monumentos del arte asirio llegados desde Mesopotamia a Francia sugirió la posibilidad de que fuera precisamente en Asiria donde hubiera que buscar la fuente de inspiración del primer arte griego, si bien el propio Longpérier reconocía a continuación que los griegos superaron enseguida a sus maestros. Aparentemente desterrado ya el modelo idealista propuesto por Winckelmann, comenzó a reconocerse la deuda contraída por el naciente arte griego con el oriental,

---

[73] Sobre la cuestión puede verse el reciente libro de Bryce (2001).

[74] Sobre el caso de Frigia, véase Kealhofer (2005), y sobre Lidia, Roosevelt (2009). En general, Steadman y McMahon (2011).

[75] Sobre la importancia de la vía anatólica, véanse Röllig (1992) y Burkert (1998). Sobre la importancia de los fenicios en la cultura griega, recientemente, López Ruiz (2010).

[76] Así Hogarth (1909) y Picard (1922).

[77] Barnett (1982), pp. 314-321.

[78] Karageorghis (1968) y (1990).

puesta de manifiesto a través de los numerosos objetos importados y de las nuevas técnicas y motivos característicos, como queda bien reflejado en una obra de carácter pionero como la del arqueólogo danés Frederik Poulsen aparecida en 1912, a pesar de las evidentes limitaciones que todavía ofrecían en este terreno la reducida cantidad de testimonios conservados[79].

La aparición de un periodo denominado «orientalizante» dentro de la historia del arte griego certificaba la existencia de esta influencia, si bien la dejaba al mismo tiempo restringida a un momento determinado de su historia cuya duración excedía en poco la del siglo VII a.C. y constataba la oposición entre un arte griego concebido como naturalista, dinámico y de carácter narrativo, y un arte oriental, que se calificaba como estilizado, estático y de carácter fundamentalmente decorativo, sin incluir apenas mayores matizaciones distintivas dentro de un amplio y vago concepto como este[80]. Sin embargo, empezaron a aceptarse casi de forma unánime algunas evidencias, como la demostración por parte del egiptólogo danés Erik Iversen acerca del origen egipcio del canon de proporciones que imperaba dentro de la escultura griega arcaica[81].

A los testimonios crecientes que han desvelado los continuos hallazgos arqueológicos se han venido a sumar otro tipo de evidencias, procedentes esta vez del desciframiento de las escrituras cuneiformes o alfabéticas orientales y de la lectura y comprensión de su literatura, que han puesto de manifiesto la existencia de ciertos paralelismos, cuando no claras muestras de dependencia, entre diferentes ámbitos de la cultura griega y sus respectivos precedentes orientales[82]. Es quizás en el campo de las ciencias donde dicha deuda quedó plasmada de manera más temprana por los especialistas modernos con estudios interdisciplinares, como el llevado a cabo por el clasicista Franz Boll y el asiriólogo Carl Bezold en su obra conjunta *Reflexe astrologischer Keilinschriften bei griechischen Schriftstellern,* publicada en Heidelberg en 1911, así como en otros trabajos posteriores, en los que quedaba patente la deuda contraída por el mundo griego en el terreno de la astrología con las culturas orientales precedentes, particularmente la babilonia[83]. La importancia de los precedentes babilonios quedó igualmente demostrada en el campo de las matemáticas por parte del gran historiador de la ciencia Otto Neugebauer, quien en

---

[79] *Der Orient und die frühgriechische Kunst,* Leipzig, 1912, donde documentaba aspectos de la contribución fenicia y sugería relaciones de influencia entre el arte neohitita y asirio y el arte griego del periodo arcaico. Sobre la influencia en el arte arcaico griego, véase el célebre trabajo de Barnett (1956). En general sobre el tema, véase Morris (1992).

[80] Sobre los problemas que dicho periodo presenta, Gunter (1990) y (2009), y Riva y Vella (2006).

[81] Iversen (1957).

[82] Un excelente estado de la cuestión al respecto puede verse en López Salvá (1994) y, más recientemente, en López Ruiz (2010). Sobre cuestiones de método, Bernabé (1995).

[83] En este sentido, Pingree (1998).

1928 dejó bien patente que lo que conocemos como el célebre teorema de Pitágoras ya había sido conocido y utilizado en las matemáticas babilonias mil años antes[84]. También en el campo de la medicina griega se han reconocido ciertas deudas con el mundo oriental, especialmente con Egipto y Babilonia, tal como ya señaló en su momento el editor de uno de los tratados hipocráticos y han confirmado después otros estudiosos de la historia de la medicina[85].

El reconocimiento de una cierta dependencia de las culturas orientales por parte de los saberes griegos ha afectado incluso al terreno de la filosofía, que parecía el ámbito más exclusivo y original de la cultura griega. El estudioso alemán Theodor Hopfner pasaba ya revista a tan debatida cuestión en su monografía *Orient und die griechische Philosophie,* aparecida en Leipzig en 1925. La cosa parecía factible por lo que hacía referencia a los denominados filósofos presocráticos, particularmente a los jonios, que desarrollaron su pensamiento dentro de un contexto geográfico abierto, por su situación, a las influencias orientales y así fue estudiado en el célebre trabajo de Martin West acerca de la relación entre estos pensadores griegos y las sabidurías orientales, precedentes o contemporáneas[86]. Así, se ha señalado por ejemplo la deuda de Tales con la cosmogonía egipcia por lo que respecta a una de las ideas centrales de su cosmología como es el hecho de que la tierra flote sobre un gran mar[87]. Sin embargo la posibilidad del influjo oriental se extendió también a la filosofía clásica, representada por Platón, con una respetable cantidad de trabajos que trataban sobre el tema en los que se planteaba la posibilidad de que las teorías del gran filósofo ateniense se hubieran visto afectadas, de alguna manera, por las corrientes del pensamiento oriental, e incluso hasta el propio Aristóteles[88].

Sin embargo, aquellos campos en los que los sorprendentes paralelismos existentes entre el mundo griego y el oriental han llamado poderosamente la atención de los estudiosos han sido el de la mitología, tal como aparece reflejada evidentemente en la literatura, y el de la religión, especialmente tras el desciframiento de los textos mitológicos hititas y, posteriormente, de la literatura ugarítica. Ya en 1933 Franz Dornseiff fue uno de los primeros clasicistas que inició el camino en esta provechosa aunque polémica dirección a través del estudio de formas paralelas de la poe-

---

[84] Neugebauer (1928).

[85] Roscher (1913). En esta misma dirección, Steuer y Saunders (1959). Iversen (1963) ha mostrado también la dependencia de la cirugía craneal hipocrática de las técnicas médicas egipcias que aparecen documentadas en el Papiro Edwin Smith.

[86] West (1971).

[87] Kirk, Raven y Schofield (1983), pp. 92 ss.

[88] Así, pueden mencionarse en este sentido trabajos como los de Geffcken (1929); Festugière (1947); Barbieri (1951); o las monografías de Bidez (1945) y Kerchensteiner (1945). Más recientemente, Jeck (2004). Sobre la posible influencia de la cultura oriental en Aristóteles, véase Dirlmeier (1938).

sía griega y de la oriental, babilonia o fenicia, y, a pesar de sus manifiestos errores y exageraciones en este terreno, contribuyó a ampliar la lista de préstamos griegos tomados de Oriente[89]. La publicación del texto hitita *Reinado del cielo* en 1946, que presentaba la castración del dios del cielo por Kumarbi, supuso el adelanto más significativo en esta dirección, a la vista de las enormes similitudes que ofrecía con el mito griego de Cronos y Urano, tal como aparece reflejado en la *Teogonía* de Hesíodo. El nombre de Kumarbi se ha convertido desde entonces en una referencia habitual para los filólogos clásicos gracias, sobre todo, a los trabajos de Albin Lesky en este terreno[90]. En esa línea hay que mencionar también los trabajos pioneros de Peter Walcot sobre la relación entre la poesía de Hesíodo y Oriente Próximo[91], confirmada en ese mismo año por el imponente aparato de erudición presente en la edición de la *Teogonía* realizada por Martin West, quien intensificaría después esa misma línea de investigación en otros trabajos hasta culminar en su monumental compendio sobre las relaciones de la mitología y la literatura griegas con las de Oriente Próximo[92]. Esta estrecha relación entre los mitos griegos y Oriente Próximo fue explorada también en la segunda mitad del siglo XX por la estudiosa francesa Jacqueline Duchemin, cuyos trabajos más significativos en este terreno han aparecido hace poco reunidos en un solo volumen[93], y ha quedado avalada más recientemente por trabajos como el del historiador suizo de la religión griega Walter Burkert o por la estudiosa española afincada en Estados Unidos Carolina López Ruiz en un reciente trabajo al respecto[94].

Un hecho importante que favorecía este proceso de aceptación progresiva era la condición indoeuropea de los hititas, que se convertían ahora en los representantes del Oriente. Sin embargo, la escasa relación histórica entre hititas y griegos, y la aparición en escena de textos claramente semíticos como los procedentes de Ugarit o la mitología y cosmogonía fenicias que podían detectarse en los fragmentos de Filón de Biblos, cambiaron sustancialmente el panorama a la hora de identificar a los intermediarios. Además, los estudios comparativos con las nuevas literaturas orientales emergentes ponían de manifiesto que, además de los motivos propiamente mitológicos, los paralelismos afectaban también a las técnicas narrativas y al estilo literario de la épica, dejando así patente que la gran poesía homérica no había surgido de repente de la nada ni había existido en medio de un vacío, sino que se había

---

89 Dornseiff (1933). Sobre su figura Werner (1999).

90 Lesky (1950).

91 Walcot (1966).

92 West (1966); (1971); (1978); (1983); (1985) y finalmente *(last but not the least)* (1997). Sobre la genealogía orientalista de la obra de West, Dowden (2001).

93 Duchemin (1995).

94 Un estado reciente de la cuestión a cargo del propio Burkert (2001). De las obras de Burkert en este campo destacan (1992) y (2004). Más recientemente, López Ruiz (2010).

ido configurando dentro de un contexto mucho más amplio de formas literarias que tenían su origen en las literaturas de Oriente Próximo. El mismísimo Homero descendía así tímidamente de su inalcanzable pedestal, para quedar al alcance de la influencia directa o indirecta de las tradiciones épicas de las culturas orientales circundantes[95].

Dentro de este terreno se ha destacado también la importante contribución egipcia al desarrollo de la religión griega. Así, la prestigiosa arqueóloga estadounidense Emily Vermeule identificaba como préstamos tomados de Egipto ideas griegas tan familiares como el peso de las almas de los muertos, la geografía del mundo subterráneo y la figura de Caronte, el propio concepto de los bienaventurados y hasta su mismo nombre, *Makares,* que correspondería al egipcio Maakherou, el alma en forma de ave, y los juegos de mesa a cargo de los difuntos[96]. A esta lista ha añadido Burkert el motivo del fuego que proporciona la vida, una idea que desempeña un papel tan destacado dentro del mito de los misterios de Eleusis[97].

La posibilidad de establecer comparaciones entre las diferentes realizaciones de unas culturas y otras se vio además convenientemente facilitado por los estudios de algunos indoeuropeístas de gran prestigio, como es el caso de Jaan Puhvel, quien ha señalado la enorme dificultad y la extrema cautela necesaria a la hora de discernir estructuras claramente indoeuropeas en el conjunto de la literatura y el mito griegos, relativizando así la vieja pretensión de juzgar tales realizaciones culturales bajo una óptica exclusivamente indoeuropea[98].

Aunque el debate continua vivo en este terreno, y todavía se aceptan con cierta vacilación algunos de los descubrimientos o de las hipótesis mencionados dentro del ámbito más ortodoxo de la filología clásica, puede afirmarse que ya se han superado con creces los antiguos recelos que enfrentaban a una disciplina bien reconocida y consolidada que contaba con sus instrumentos de investigación más sofisticados (resultado de la impagable labor de erudición de la filología alemana del siglo XIX y de la primera mitad del XX), con una ciencia todavía balbuciente que se empezaba a abrir paso dentro del mundo académico del mundo académico y en la que podían cometerse deslices tan significativos como haber transcrito inicialmente el término referido a Gilgamesh como Izdubar, a pesar de la enorme importancia de dicha figura heroica. Ello propiciaba que se contemplaran tales esfuerzos con un cierto desdén desde el lado clasicista que contribuía a reafirmar su conciencia de superioridad frente a los inicios de sus tambaleantes competidores. A ello se sumaron también ciertas modas totalitarias y carentes de método riguroso

---

95 Burkert (1991). Sobre la relación de Homero con Oriente Próximo en general, véase Morris (1997).

96 Vermeule (1984).

97 Burkert (1987), pp. 20 ss.

98 Puhvel (1980), p. 29.

que abogaban por la preeminencia absoluta de Babilonia, Fenicia o Egipto, imitando, con resultados más dispares, los intentos de hegemonía cultural desplegados anteriormente por el filohelenismo más recalcitrante.

A todos los avances mencionados en el terreno de la arqueología (o de los estudios comparados a partir del conocimiento más preciso y riguroso de las literaturas orientales) se ha sumado también una cierta tendencia a la desacralización de la cultura griega por parte de algunos reputados helenistas que han señalado la presencia de algunos elementos distorsionadores o inquietantes dentro del luminoso marco creado por los promotores del milagro griego, presidido siempre por la racionalidad y el equilibrio. En esta dirección cabe mencionar el célebre trabajo de Eric Dodds *Los griegos y lo irracional,* aparecido en 1951, que mostraba la cara oculta de la mente griega y destacaba la importancia de algunas formas de culto profundamente impregnadas de elementos irracionales. En esta misma línea hay que destacar también los trabajos desarrollados por la denominada escuela de París, particularmente a cargo de Jean-Pierre Vernant o Marcel Detienne, que, siguiendo los pasos marcados ya en su momento por Louis Gernet, pusieron de relieve aquellas facetas de la cultura griega que no se ajustaban del todo al esquema racionalista y modélico que se había diseñado desde una óptica idealizante[99].

Una fuerte resistencia

A pesar de la creciente suma de evidencias que apuntan en esta dirección, el reconocimiento de la influencia de las civilizaciones orientales en la formación de la cultura griega en uno u otro momento de su desarrollo ha encontrado fuertes resistencias por parte de algunos destacados estudiosos, que se han negado de forma taxativa a asumir dicha dependencia o han argumentado diferentes y sofisticadas estrategias para paliar sus posibles efectos en el caso de que no quedara otro remedio que asumir dicha posibilidad histórica. Así, la idea de separar el legado mitológico griego del de sus vecinos orientales empezó a cobrar importancia en estudiosos tan destacados de la filología clásica como Heyne, Müller, Welcker o Wilamowitz. Aunque en muchos casos se maquillaban simplemente ciertas tendencias ideológicas claramente antisemitas, muy a la moda en aquellos momentos, la principal estrategia académica consistía en apuntalar el ideal de un genio griego particular capaz de articular y generar por sí mismo las brillantes e ingeniosas narraciones conservadas como mitos a lo largo de la tradición literaria llegada hasta nosotros. Herederos inte-

[99] Iriarte y Sancho (2010). Hay que recordar, no obstante, que estos estudiosos mantenían la dicotomía existente entre Grecia y el mundo oriental, enfatizando dicha separación mediante la existencia de un pensamiento no dogmático que la diferenciaba de estas culturas orientales.

lectuales todos ellos de las ideas de Winckelmann, aunque provistos de la suficiente erudición y acribia filológica como para hacerles conscientes de los errores cometidos por aquel, configuraron el mito de la autarquía intelectual y creativa helénica que fue la marca del neohumanismo alemán y dio origen al denominado milagro griego. Obras como la de Friedrich Gottlieb Welcker, *Griechische Götterlehre,* publicada en 1857, mostraban un agudo contraste entre griegos y semitas, o se menospreciaban claramente las posibles contribuciones orientales hasta el punto de que el propio Wilamowitz pudo afirmar, en 1884, que los semitas y egipcios, a pesar de su reconocida mayor antigüedad como civilizaciones, fueron incapaces de contribuir en nada a la cultura griega, a excepción de unas pocas habilidades manuales, costumbres y utensilios de mal gusto, ornamentos anticuados y repulsivos fetiches para unas todavía más repulsivas divinidades.

Esta tendencia a expulsar decididamente del terreno griego cualquier tipo de injerencia oriental, marcada profundamente por inclinaciones de carácter antisemita, se deja sentir también en la obra del historiador alemán afincado en Italia Julius Beloch, quien concentró particularmente su atención en el pretendido papel intermediario desempeñado por los fenicios en la formación de la cultura griega arcaica[100]. A diferencia de quienes propugnaban su activa presencia en suelo griego y su importante papel en la transmisión de ciertos conocimientos, Beloch negó de manera drástica y contundente su presencia al eliminar cualquier posibilidad de que, en las leyendas existentes, pudiera encontrarse cualquier atisbo de realidad histórica, relegando al terreno de la fantasía cuestiones como el Heracles de Tasos o el fenicio Cadmo. Llegó a sostener incluso que los fenicios fueron solo un pueblo oriental de carácter mítico (llamados así a partir de Phoenix, una divinidad solar a la que se concedía carta de existencia histórica) que fueron posteriormente identificados con los habitantes de las costas levantinas orientales en el periodo arcaico[101].

La negación radical de cualquier tipo de influencia oriental en la cultura griega se dejó sentir también en el terreno de la filosofía con la obra de Eduard Zeller quien, con la publicación de su celebrada obra sobre la filosofía griega y su desarrollo histórico en 1856, argumentó contundentemente contra el supuesto origen oriental del pensamiento helénico[102]. Encontramos similares reacciones en el ámbito del arte, con opiniones tan significativas como las del historiador británico John Boardman sobre la fase orientalizante del arte griego arcaico, a la que consideraba un simple

---

[100] Sobre la historia griega de Beloch, véase Ampolo (1997), pp. 95-102. Sobre su posición historiográfica en general, puede verse el trabajo de Momigliano publicado ahora en Bowersock y Cornell (1994), pp. 97-120.

[101] J. Beloch, *Griechische Geschichte,* 2.ª ed. Estrasburgo 1913, pp. 61 ss.

[102] *Die Philosophie der Griechen in ihrer geschichtlichen Entwicklung,* Teil I, Leipzig, 1856.

periodo de transición catalogado como la «adolescencia» del arte griego, descrito en los siguientes términos: «años impresionables en los que las muchas y variadas influencias a las que estuvo expuesto configuraron una especie de revolución en su aspecto exterior, y esta tardanza solo fue evitada por la cualidad y disciplina de su temprana educación»[103]. En la misma línea, el prestigioso estudioso británico Robert Manuel Cook negaba de manera contundente cualquier tipo de influencia de la escultura egipcia sobre la griega en el siglo VII a.C. por razones de estilo, afirmando que ningún escultor de esa época muestra signos de haber contemplado nunca una estatua egipcia[104].

Ciertamente, la tendencia a separar ambos mundos, el griego y el oriental, como si se tratara de dos entidades homogéneas, cada una de ellas dotada de sus propias características identitarias que favorecían mucho más el enfrentamiento entre los dos mundos que su mutua relación, ha constituido siempre una constante en el estudio de la historia, cuyas fatídicas consecuencias se dejan todavía sentir en la actualidad entre algunos estudiosos. Por si fuera poco, el denominado «renacimiento oriental» que buscaba en la India y sus sabidurías primigenias el origen de toda la filosofía, y los abusos reconocidos de fenómenos como el panbabilonialismo propugnado por Delitzsch, que situaba en Mesopotamia la cuna de todos los conceptos e ideas que aparecían posteriormente reflejados en el Antiguo Testamento, no contribuyeron precisamente a construir una imagen de Oriente que resultara asumible y aceptable para los estudiosos clásicos[105].

Por su parte, dentro del ámbito clasicista, se generaron modelos ideales o abstractos como el denominado «milagro griego», o la existencia de un espíritu o genio típicamente helénico que marcaba de forma indeleble todas las creaciones surgidas en el seno de esta civilización con un sello distintivo propio que no podía ser comparado con el de las restantes culturas de la Antigüedad. Ideas expuestas en obras tan influyentes como la *Historia de la cultura griega* del célebre historiador suizo Jacob Burckhardt, que aspiraba a describir un espíritu griego atemporal que expresaba una serie de características mentales comunes o la suma de cualidades intelectuales propias de los hablantes de esa lengua[106], o de prestigiosos helenistas alemanes como Werner Jaeger, Victor Ehrenberg o Helmut Berve, empeñados tenazmente en el descubrimiento de los valores y esencias propios de la helenidad.

La oposición implacable de los dos mundos, alentada e inspirada en modelos ideológicos antiguos, se deja sentir en obras como las del estu-

---

[103] Boardman (1967), p. 73.

[104] Cook (1967), p. 25.

[105] Schwab (1950) y Marchand (2009), pp. 157 ss.

[106] Sobre la obra de Burckhardt, véase Janssen (1979) y Momigliano en Bowersock y Cornell (1994), pp. 44-53

dioso francés Victor Duruy (quien llegó a ser ministro de Napoleón III y reorganizador de todo el sistema educativo francés a mediados del XIX), en la que se contraponían inevitablemente el modelo de una Europa griega y cristiana frente a un Oriente en el que reinaban de manera permanente el fatalismo y el despotismo[107], o en la pionera historia del helenismo escrita por el historiador alemán Johann Gustav Droysen, a quien se atribuye el descubrimiento historiográfico de dicho periodo, en la que se acentúa el rechazo manifiesto hacia Oriente que flotaba en el ambiente del humanismo alemán de aquellos años de mediados del XIX y se concibe inicialmente la empresa de Alejandro y la expansión helénica en Asia como parte de una lucha eterna entre Oriente y Occidente, llegando incluso a considerar que el objetivo supremo de la civilización helénica fue la «conquista y fecundación espiritual de Asia»[108].

Así, la defensa de la independencia de los griegos de sus parientes indios dentro de la familia indoeuropea constituyó uno de los quehaceres principales de la filología alemana del siglo XIX como forma de establecer el concepto de identidad griega nacional como un modelo de civilización autónoma y autosuficiente. En el periodo entreguerras, en Alemania, surgió un nuevo enfoque hermenéutico que propiciaba la concentración sobre la forma interna individual y el estilo en la interpretación de los logros culturales en detrimento de la influencia exterior. Se descubrió de este modo el estilo geométrico como representación de una forma particular de arte griego que se mostraba especialmente resistente a las influencias orientales y evidenciaba los primeros indicios de un genio artístico indiscutiblemente griego[109].

El último desafío

El ya viejo y controvertido debate sobre las relaciones entre la cultura griega y las civilizaciones orientales se ha avivado de forma notoria y sorprendente a partir de la publicación, en 1987, de un libro que llevaba el provocativo título de *Atenea Negra. Las raíces afroasiáticas de la civilización clásica*[110]. Su publicación generó un intenso y apasionado debate que traspasó el umbral de los medios estrictamente académicos para acaparar la atención del gran público en los Estados Unidos a través de la prensa o incluso de la televisión, que han convertido a su autor en un auténtico protagonista de los medios de comunicación de masas[111]. Su autor,

---

[107] Sobre el contexto historiográfico de Duruy, Loraux y Vidal-Naquet (1990).

[108] Sobre la historia de Droysen y su significado historiográfico, Bravo (1968); Momigliano en Bowersock y Cornell (1994), pp. 147-161 y Ampolo (1997), p. 74.

[109] Coldstream (1977), p. 358.

[110] Traducido el primer volumen de la obra al castellano en Crítica, Barcelona, 1993.

[111] Burstein (1996).

Martin Bernal, reputado sinólogo y especialista en temas de ciencia política, se presentaba como un auténtico *outsider* desde la perspectiva estrictamente clasicista y se atrevía a abordar una cuestión tan espinosa como el lugar privilegiado que disfrutaba (o ¿disfruta?) la cultura clásica dentro del mundo académico y educativo y el papel que pudieron desempeñar las civilizaciones orientales dentro del proceso de su configuración y desarrollo definitivo. En el primero de los cuatro volúmenes de que, en principio, constaba la obra, Bernal pasaba revista a toda la historia de la tradición clásica europea, por lo general de manera exageradamente crítica y, en buena parte, poco fundada desde el punto de vista de la historia intelectual[112], llegando incluso a formular la grave acusación de racismo como uno de los motivos impulsores que habían catapultado a la cultura griega a su posición hegemónica dentro del ámbito cultural y académico en Occidente a lo largo de los dos últimos siglos. En opinión de Bernal, la imagen artificial e idealizada de la cultura griega se habría construido durante el siglo XIX con el fin de ocultar la verdadera realidad histórica, que no era otra que la decisiva contribución de Egipto y los semitas al nacimiento de lo que luego sería la brillante civilización helénica, la cual no habría conseguido alcanzar las altas cotas de desarrollo que la caracterizaron sin estas aportaciones ajenas.

La obra despertó todas las conciencias y susceptibilidades en el ámbito académico estadounidense, desatando una polémica intelectual y política en la que salían a flote viejas querellas y agravios comparativos de algunos colectivos marginados. Bernal recibió, además, diferentes galardones y tuvo una favorable e inusitada acogida entre la comunidad afroamericana de los Estados Unidos, lo que obligó a los estudiosos clásicos a emplearse a fondo para defender el estatus privilegiado de sus disciplinas o para matizar unas afirmaciones que replanteaban seriamente las bases sobre las que se asentaba el predominio intelectual y educativo de la civilización clásica[113].

A pesar de la excesiva dureza mostrada por Bernal hacia toda la historiografía precedente, con una especial belicosidad hacia la filología alemana del XIX, el principal motivo de controversia entre los estudiosos del mundo clásico lo han suscitado sus dos principales puntos de apoyo para su hipótesis central acerca de la influencia ejercida por egipcios y fenicios sobre el mundo griego a lo largo del segundo milenio a.C. Nos referimos a su idea acerca de la existencia de repetidas invasiones y colonizaciones

[112] Así, Marchand y Grafton (1997).

[113] Son ilustrativas a este respecto las numerosas reseñas de que fue objeto el libro tanto en revistas generales como especializadas. Destacamos a este respecto los números especiales consagrados al tema por varias revistas como *Arethusa* (*The Challenge of Black Athena,* Otoño 1989), *Journal of Mediterranean Archaeology* (3, 1990) o *Talanta* (*Black Athena: Ten Years after,* 1996-1997, pp. 28-29). Algunas de las numerosas reseñas a que ha dado lugar la obra son Gordon (1993) y Kristeller (1995).

llevadas a cabo por egipcios y semitas sobre el escenario egeo en diferentes momentos de la historia anterior al final de la Edad del Bronce, y a su firme creencia en que tales acontecimientos habrían quedado reflejados en las leyendas griegas protagonizadas por figuras tan significativas en este terreno como Dánao o Cadmo y en el extenso vocabulario de origen semítico existente en griego antiguo. La importancia concedida a tales relatos míticos como reflejos lejanos de la convulsa realidad histórica del segundo milenio y a través de los cuales podía articularse la reconstrucción propuesta por Bernal, explica en buena medida la ferocidad del ataque emprendido en el primer volumen contra los estudiosos de la filología clásica que habían articulado el método crítico necesario para desactivar precisamente de toda fiabilidad histórica a este material de carácter legendario, en el que se hacía casualmente referencia a la presencia oriental en suelo griego. Entre los principales detractores de la obra de Bernal, cabe mencionar a la célebre helenista norteamericana Mary Lefkowitz quien, tras intentar combatir ardorosamente los que consideraba efectos perniciosos de la *Atenea Negra* en diferentes artículos, condensó posteriormente su respuesta crítica en una monografía cuyo significativo título, *Not out of Africa. How Afrocentrism became an Excuse to Teach Myth as History,* refleja en buena medida cuál era, sin ninguna duda, el principal motivo de disensión[114].

Las deficiencias y los notorios excesos de las tesis de Bernal han sido ya suficientemente debatidas y refutadas para dedicarles aquí un mayor espacio. El denominado «modelo antiguo revisado», que Bernal proponía como principal soporte interpretativo de sus hipótesis, hace ya aguas desde el inicio, dado que ni siquiera el «antiguo modelo» como tal parece haber existido en ningún momento. No hubo efectivamente ninguna versión unificada acerca de los orígenes de la civilización griega, ya que los diferentes elementos que componían dicha teoría (el relato herodoteo de los orígenes egipcios de la religión griega, los relatos míticos que conectan a determinados personajes con Egipto o con Oriente Próximo y los supuestos viajes de artistas e intelectuales griegos a Egipto) conforman un conjunto heterogéneo de difícil cuando no imposible compatibilidad[115].

Sin duda alguna, Bernal ha gestionado con mayor diligencia y talento los conflictivos fundamentos de sus teorías, convertidos en disparatadas y absurdas propuestas por algunos de sus más oscuros antecesores en este campo (como fue el caso del olvidado libro de un profesor de griego y matemáticas que acusaba a Aristóteles de haber plagiado la sabiduría egipcia acumulada en la biblioteca de Alejandría)[116]. Sin embargo, sus

---

[114] Lefkowitz (1996).

[115] Burstein (1996), pp. 14 ss.

[116] G. G. M. James, *Stolen Legacy. The Greeks were not the authors of Greek Philosophy, but the people of North Africa, commonly called the Egyptians,* Nueva York, 1954. Como puede

puntos de partida fundamentales siguen adoleciendo de una fragilidad extraordinaria una vez que son examinados con un cierto rigor, y comportan, en todo caso, una desmesurada petición de principios que conduce a otorgar carta de ley a lo que no son otra cosa que construcciones mitológicas o historiográficas, sin mayor relación con la auténtica realidad que los deseos o aspiraciones de sus autores de ofrecer una explicación más del complejo mundo que los rodeaba. Ni los prejuicios racistas de los filólogos e historiadores europeos del siglo XIX, la mayoría de ellos injustamente atribuidos, son los responsables de la marginación del denominado «modelo antiguo», ni dicho modelo representaba ni mucho menos la ortodoxia dominante en la Antigüedad, ni se ha probado la existencia de una dominación egipcia en la cuenca del Egeo durante el segundo milenio a.C. cuyos ecos han dejado sus huellas en la mitología griega, tal como Bernal propugnaba.

Los prejuicios y la falta de rigor a la hora de analizar la actitud de algunas figuras como Herder o Müller, la confianza ingenua depositada en las afirmaciones de Heródoto y otros autores tardíos, el valor de prueba concedido a etimologías apresuradas y muchas veces carentes de todo fundamento lingüístico, o a mitos de fundación, y el salto excesivamente arriesgado a un vacío documental (que exige a veces la modificación arbitraria de la cronología al uso para ajustar las hipótesis propuestas) constituyen algunas de las características de la obra de Bernal que la desautorizan ampliamente a los ojos de cualquier estudioso responsable. Su extraordinaria capacidad de reacción ante las críticas recibidas, la mayoría de ellas mesuradas y dirigidas hacia los puntos más débiles de toda su argumentación, y la contundencia de sus respuestas[117] no han servido para disipar las numerosas dudas e interrogantes que asedian toda su hipótesis, conminándola a quedar como un desafío más[118], atrevido y poderoso por la contundencia de los medios desplegados en su defensa y el apoyo recibido en diferentes ambientes académicos y políticos, contra la hegemonía cultural del mundo clásico y la aparente marginación de la aportación de otras culturas antiguas al legado cultural forjado por la civilización griega. Como ha señalado Molly Myerowitz Levine

> en el mejor de los casos la obra de Bernal debería servir para impulsar a los especialistas hacia renovados esfuerzos para estudiar Grecia dentro de un contexto mediterráneo, para examinar a fondo la mecánica y los procesos de intercambio cultural, para precisar las definiciones de las formas en

---

comprobarse, ya el propio título del libro deja bien patente las descabelladas pretensiones de su autor. Sobre este tipo de obras, Lefkowitz (1995) y (1996), pp. 122-154.

[117] M. Bernal, *Black Athena writes back. Martin Bernal responds to his critics,* Durham y Londres, 2001.

[118] Sobre el aspecto positivo de dicho desafío, véase Morris (1989).

las que los griegos antiguos eran a la vez similares y diferentes a sus vecinos, al tiempo que para animar a romper las barreras que separan los estudios clásicos de los estudios orientales y la egiptología[119].

Puede afirmarse que dicha hegemonía se halla hoy en día ya mucho más cuestionada que antes, tanto desde fuera como desde dentro, en una visión más generosa de la historia que otorga a cada uno de sus protagonistas el papel decisivo e influyente que ha tenido en el curso de su desarrollo, sin atender ya privilegios insostenibles basados en una tradición venerable, pero revisable en sus postulados fundamentales, y abierta a la discusión y al debate riguroso acerca de la fluidez y constancia de los numerosos y fructíferos intercambios mutuos. Bernal puso el dedo en la llaga, pero no curó la herida, y propuso una terapia mucho más agresiva que la propia enfermedad diagnosticada. Sin embargo, la polémica y el fragor desatados por su intento contribuirán seguramente a la mejoría progresiva, si no a la curación, de un mal endémico que todos o casi todos los estudiosos de uno y otro campo parecen hoy estar de acuerdo en reconocer.

---

[119] Levine (1992).

II

UN MUNDO SIN FRONTERAS: EL MEDITERRÁNEO ORIENTAL EN EL SEGUNDO MILENIO A.C.

La geografía de la movilidad

Nuestra visión de la historia aparece a menudo perfectamente encuadrada en esquemas simplistas y artificiales que producen la falsa impresión de hallarnos ante un mosaico de realidades espaciales bien definidas desde el punto de vista geográfico, movidas por su propia dinámica interna en el terreno político, social, cultural y económico, sin experimentar apenas interferencias del mundo exterior, con el que solo entran en contacto de manera esporádica y ocasional a través de fenómenos como el comercio, la diplomacia o la guerra. Sin embargo, tales fenómenos, a pesar del protagonismo que adquieren en nuestras fuentes de información, representan tan solo la parte más llamativa y visible de un enorme iceberg constituido por una red de procesos de interacción mutua mucho más extensa y diversificada, a través de la cual las diferentes comunidades situadas dentro de un ámbito geográfico se conectan entre sí, superando con relativa facilidad las diferencias paisajísticas, climáticas, culturales y lingüísticas que caracterizan a cada una de ellas. No existían fronteras bien definidas entre unas realidades políticas que se ajustan mal a nuestro moderno esquema del Estado-nación, y los contactos y los intercambios entre unas y otras resultaban frecuentes dependiendo, eso sí, de las condiciones políticas imperantes en la zona y de los avances en la tecnología de los medios de comunicación[1].

Los viajes de unos lugares a otros constituyeron un fenómeno relativamente frecuente en el mundo antiguo, a pesar de las indudables limitaciones existentes en el terreno logístico y tecnológico, y del reducido grupo, tanto en términos absolutos como relativos, que conformaban sus directos

[1] Al respecto véanse Wachsmann (1998) y Parkinson y Galaty (2009).

protagonistas[2]. Viajar constituía efectivamente una experiencia relativamente habitual para un grupo minoritario de individuos que obtenía importantes réditos de carácter social, económico e ideológico de una experiencia arriesgada, exclusiva y privilegiada. Los viajes comportaban indudables riesgos, pero constituían también, en caso de éxito, una oportunidad inigualable para la obtención de productos exóticos de prestigio y de una serie de conocimientos especialmente valiosos en el terreno geográfico e ideológico. La información detallada acerca de las rutas que conducían hacia la fuente de importantes recursos, los contactos establecidos con sus productores o intermediarios, o la simple perspectiva de un horizonte más lejano, que iba más allá de los límites locales o regionales, constituían grandes ventajas para quienes detentaban el protagonismo de esta privilegiada experiencia. A diferencia de la mayor parte de la población, confinada a una experiencia espacial más bien reducida, los viajeros alcanzaban la periferia más extrema, situada al otro lado del mar o más allá de las montañas, dentro de un ámbito espacial que parecía inasequible y que convertía, por tanto, a quienes conseguían traspasar con éxito dichas fronteras, en una especie de héroes rodeados de respeto y admiración, ya que podían exhibir ante los demás los productos u objetos exóticos que habían obtenido en el curso de sus viajes como pruebas tangibles de sus hazañas y cimiento irrebatible de su prestigio social[3].

Sin embargo, el escenario más plausible que podemos reconstruir no es el de una serie de viajeros intrépidos que recorrían el mundo de un extremo al otro. Dada la longitud de las distancias y la tremenda complicación logística del viaje resulta algo aventurado imaginar que un mismo individuo fuera el que recorriera en persona todo el extenso trayecto de una ruta determinada, desde el punto de partida inicial hasta el destino final donde se hallaban los recursos especialmente más buscados, situados muchas veces en regiones lejanas que aparecían rodeadas de una cierta aureola de misterio que hace, a veces, imposible identificar su ubicación dentro del mapa[4]. Probablemente la estrategia más frecuente de los viajes se articulaba a través de una serie de etapas sucesivas, más o menos organizadas, protagonizada cada una de ellas por diferentes agentes que se iban solapando en algunos puntos nodales de la ruta, convertidos así en lugares estratégicos que canalizaban la circulación de los individuos, los productos, las informaciones, la tecnología y las ideas, a larga distancia, de una manera relativamente ágil y continuada. Encontramos una ilustrativa metáfora de este tipo de mecanismo que hacía factibles los viajes y traslados de productos y materias a través de largas distancias en la famosa historia que relata Heródoto para explicar el transporte de las excep-

---

[2] En general sobre el tema, véase André y Baslez (1993), pp. 483 ss.

[3] Helms (1988), y Kristiansen y Larsson (2006), 49 ss.

[4] Este es el caso de la célebre tierra de Punt que aparece mencionada en los textos egipcios; al respecto, Meeks (2003).

cionales ofrendas sagradas que enviaban los hiperbóreos hasta la isla de Delos, según la cual los objetos en cuestión iban pasando de mano en mano, de unos lugares a otros, hasta que alcanzaban su destino final[5].

La cuenca oriental del Mediterráneo se convirtió muy pronto en una vía de comunicación privilegiada que permitía la circulación de sus gentes desde unas regiones a otras y en un espacio abierto de estas características en el que confluían las energías y estrategias de todas las comunidades implicadas[6]. Esta movilidad tuvo en un principio un carácter marcadamente regional y afectó sobre todo al ámbito egeo que, debido a las excelentes condiciones de visibilidad marítima que permitían tener siempre tierra a la vista, favoreció el traslado y la transferencia entre el continente griego, las islas y las costas anatolias occidentales[7]. Las tierras más lejanas de este entorno geográfico solo se vieron afectadas de manera ocasional y esporádica, dadas las mayores dificultades del viaje y a la vista de la escasez de testimonios materiales disponibles que evidencien dicha movilidad. Este fue el caso de Egipto, que aparecía especialmente bien aislado desde el punto de vista geográfico por el espacio abierto del mar situado al norte, o por los desiertos colindantes que lo encerraban por el este y el oeste; o de las costas sirio-palestinas, que gozaron siempre de una posición inmejorable como punto central y nodal de toda una red de intercambios que llegaba por tierra hasta el interior de Mesopotamia. Sin embargo, con el paso del tiempo y la mejora de las comunicaciones marítimas a lo largo de la Edad del Bronce, todas estas regiones acabaron integrándose de forma natural dentro de un contexto geohistórico mucho más amplio que abarcaba, además de las tierras ya mencionadas, algunas de las regiones balcánicas europeas e incluso algunas partes del Mediterráneo central.

El mar constituyó siempre una arteria importante de contacto más que una barrera de separación entre unas y otras regiones de todo este extenso marco geográfico, a pesar de los peligros evidentes que comportaba la práctica de la navegación en unas condiciones técnicas todavía elementales que no permitían un mínimo nivel de seguridad aceptable, tal como revelan textos como el famoso relato egipcio sobre el viaje de Wen Amun, sacerdote del dios que lleva su nombre, que fue hasta Biblos en busca de madera y tuvo que hacer frente a numerosos peligros, o, de manera mucho más dramática y directa, los restos de algunos naufragios que han sido recuperados en esta zona por la arqueología submarina[8]. Sin embargo, durante el perio-

---

[5] Hdt. IV, 32. Sobre este tipo de mecanismos de redes o *network,* Malkin (2011)

[6] Van de Mieroop (2005) y Demand (2011).

[7] Renfrew (1972), Lesley Fitton (2002) y Demand (2011).

[8] Sobre la antigüedad de las rutas marítimas a través del Egeo oriental, veánse McGeehan Liritzis (1988); Agourides (1997) y Arnaud (2005), pp. 207 ss. Sobre las naves, Wachsmann (1998). Sobre los peligros de la navegación, Altman (1988). Sobre el cuento de Wen Amun, véase Lichtheim (2006), pp. 224-230. En el terreno de los naufragios destacan sobremanera los de Uluburun y el del Cabo Gelidonia en la costa meridional de Asia Menor. En general sobre la importancia del mar como medio de comunicación, véase Laffineur (1991).

do final de la Edad del Bronce (1600-1200 a.C.) estos fenómenos de interacción entre las diferentes sociedades de la zona alcanzaron un grado de particular dinamismo, y quizá también una cierta frecuencia e intensidad, a juzgar por la mención de estos contactos a diferentes niveles en textos orientales como los archivos de Amarna y Ugarit, por la presencia en mayor o menor cantidad de objetos y materiales exóticos de diversa procedencia en unos lugares y otros, por el aparente intercambio de productos entre unas regiones y otras, y por la extensión geográfica de algunos productos significativos como los famosos lingotes de cobre en forma de piel de buey, que aparecen desde Cerdeña hasta el interior de las tierras orientales.

El movimiento de gentes de unos lugares a otros implicaba el intercambio de mensajeros y embajadores desde unas cortes a otras, a veces como séquito de compañía de las princesas destinadas a contraer matrimonio en las cortes extranjeras como forma de establecer o reafirmar los lazos políticos entre unos reinos y otros, el traslado de especialistas de todo tipo, desde médicos a artesanos especializados, que dejan sus huellas patentes en los distintos territorios en forma de manifestaciones artísticas de marcado sello exterior o en la posterior difusión de talleres que imitan a nivel local aquellos modelos ajenos, la posible presencia de mercenarios que ponían al servicio del mejor postor su tecnología y sus habilidades bélicas y exhibían posteriormente los méritos de sus hazañas, y posiblemente también la existencia de lo que podríamos considerar comerciantes privados que vehiculaban el intercambio de productos de todo tipo, algunos de ellos destinados de forma expresa a la exportación como la cerámica micénica encontrada en Ugarit[9]. El alto grado de hibridación alcanzado por el conjunto de las manifestaciones artísticas del periodo a través de la mezcla de las tradiciones indígenas respectivas y aquellas otras procedentes del exterior, o del desarrollo de nuevas tradiciones que incorporaban en su interior múltiples fuentes de inspiración ajena, ha llevado incluso a algunos a plantear la existencia de un estilo común cosmopolita e internacional, al menos a nivel de los productos de consumo de las elites dirigentes respectivas, que mostraban especial aprecio por unos objetos caracterizados por sugerencias y connotaciones culturales polivalentes[10].

Dentro de todo este espacio emergen una serie de lugares que adquieren un protagonismo indiscutible y una importancia específica como puntos nodales dentro de toda esta red de intercambios de la cuenca oriental del Mediterráneo. Uno de ellos, es sin duda, la isla de Creta gracias a la posición clave intermedia que ocupa en todo este espacio geográfico. Su posición estratégica como punto nodal de las rutas marítimas entre las costas levantinas, anatolias y egeas, su forma especialmente alargada, la existencia de buenos fondeaderos a lo largo de sus costas, especialmente en las meridio-

---

[9] Peyronel (2008), pp. 135 ss.
[10] Van de Mieroop (2007).

nales, y los abundantes recursos madereros con que contaba, capaces de proporcionar el material de construcción para las naves, constituyeron factores determinantes para el desarrollo de una actividad marítima que se convirtió en una de las principales ocupaciones de sus habitantes[11]. La estrecha relación que Creta mantuvo siempre con el mar dentro del imaginario griego a lo largo de toda la Antigüedad queda bien reflejada en el mito de la talasocracia de Minos, al que hace referencia Tucídides, o en la existencia de una expresión de carácter proverbial, mencionada por Estrabón, que afirmaba «He aquí un cretense que nunca ha visto el mar», utilizada para hacer referencia a quienes fingían no saber algo que en realidad conocían de sobra[12].

Durante la Edad del Bronce, especialmente durante los periodos medio y tardío, Creta pudo quedar perfectamente integrada dentro de una red de conexiones exteriores que vinculaban la isla a los territorios circundantes del resto de las islas del Egeo, Anatolia, Chipre, Oriente Próximo y Egipto, a través de la cual circularon en mayor o menor escala, y con una frecuencia e intensidad variables, las materias primas, los productos elaborados, las ideas, las formas y estilos de vida, o las nuevas tecnologías y sus diversas aplicaciones. Esta integración económica y la correspondiente interacción cultural pudieron afectar también de manera significativa a la propia estructura política y social de la isla. De hecho, algunos han llegado a afirmar que la economía palacial, característica del mundo minoico, constituye la manifestación más occidental de una forma sociopolítica que era esencialmente la misma a través de todo este ámbito espacial, si bien cada una de ellas poseía su propia idiosincrasia, consistente en una estructura política de carácter piramidal, centrada en el palacio, y una economía redistributiva con diferentes grados de libertad e interés mercantil, abocada por ello a la promoción y el desarrollo de las interconexiones entre los diferentes estados de toda esta zona[13].

El viaje por mar desde Creta hasta Egipto resultaba, efectivamente, plausible, si tenemos en cuenta las condiciones de navegación imperantes en el Mediterráneo oriental siguiendo el dictado de las corrientes y los vientos que soplan en esta zona. Sin embargo, dichas condiciones dificultaban enormemente el viaje de retorno a través de esta ruta directa por mar, y obligaban a los navegantes a realizar un recorrido mucho más largo que les conducía, siguiendo el sentido contrario a las agujas del reloj, desde Egipto hasta el Egeo central pasando por las costas sirio-palestinas, la isla de Chipre y las del sur de Anatolia. Esta ruta marítima fue, seguramente, la más

---

[11] Corvisier (2008), pp. 12 ss. y Wallace (2010).

[12] Sobre el mito de la talasocracia cretense, véanse Hägg y Marinatos (1984) y Knapp (1993). El aforismo, en Str. X, 4, 17.

[13] Manning y Hulin (2005), pp. 278 ss. acerca de los problemas que plantea la lectura minimalista o maximalista de los testimonios disponibles para la existencia de estas conexiones.

ampliamente utilizada, tal como parecen revelar algunos pasajes homéricos que ponen de relieve los establecimientos fenicios, o los hallazgos de los barcos naufragados en las costas meridionales de Turquía, y favoreció claramente la prosperidad de ciertos emplazamientos costeros, como Biblos o Ugarit, que hacían las funciones de escalas intermedias y desarrollaban, además, su propio papel nodal dentro de la extensa red de intercambios así establecida.

Aunque parece evidente que la mayor parte de los productos egipcios debieron llegar a Creta a través de esta ruta levantina, tampoco debemos descartar del todo la posibilidad de que algunos de ellos lo hicieran de forma directa a través del mar desde la costa egipcia hasta Creta. La evidencia de las ánforas de almacenaje egipcias halladas en el puerto cretense de Kommos, situado en la costa sur de la isla, constituye una pieza relevante de esta argumentación y aboga a favor de la ruta directa o, al menos, contra el carácter exclusivo de la ruta levantino-chipriota[14]. Estas evidencias de carácter arqueológico, sumadas a las condiciones climáticas reinantes, que no parecen haber cambiado drásticamente desde los tiempos antiguos, y a testimonios explícitos de navegantes posteriores que realizaron este trayecto con mayores o menores dificultades, parecen avalar la existencia y utilización de la ruta directa desde Egipto a Creta al menos a partir del Imperio Medio en adelante[15]. En este sentido se ha apuntado al puerto de Marsa Matruh, situado en la costa norteafricana, como un lugar idóneo que haría las funciones de punto de partida desde el que se establecería la conexión cretense, dada su mayor proximidad a las ciudades faraónicas y a la costa cretense que los puertos del delta, y en el que se han encontrado cerámicas sirio-palestinas, chipriotas y micénicas asociadas a almacenes y talleres, si bien los restos de cerámica minoica hallados en el lugar resultan todavía extraordinariamente escasos en la actualidad[16].

El protagonismo de los contactos e intercambios en el Egeo, que parece haber acaparado Creta durante casi toda la primera parte del último periodo de la Edad del Bronce, se trasladó después al continente griego, donde se había desarrollado la denominada civilización micénica, posiblemente debido, en buena parte, a este nuevo protagonismo dentro de la red de intercambios. Resulta efectivamente significativo este cambio direccional del tráfico de mercancías de Creta hacia el mundo micénico, que se corresponde, además, con el aumento de importaciones micénicas enviadas hacia la cuenca oriental del Mediterráneo. Estas circunstancias pondrían claramente de manifiesto el predominio de los navíos y comerciantes micénicos dentro del contexto egeo, donde parecen haber ejercido una cierta hegemonía al menos durante el siglo XIII a.C., en el que se ha-

---

[14] Watrous (1992), pp. 172 ss.

[15] Algunas de las referencias a estos testimonios más recientes en Warren (1995), pp. 10-11.

[16] Peyronel (2008), p. 157.

brían convertido en los principales referentes de esta zona de cara al mundo exterior[17]. La ruta seguida por los navegantes micénicos era la misma que habían utilizado anteriormente los cretenses, subiendo desde Egipto por las costas sirio-palestinas hasta Ugarit, desde donde partirían luego hasta Chipre, prosiguiendo después por la costa meridional anatolia hasta alcanzar la isla de Rodas y, desde allí, cruzarían el Egeo a través de Tera o Melos para arribar finalmente a los puertos de Nauplia y Tirinto. Curiosamente, la primera representación de una nave micénica aparece en el fragmento de un vaso procedente de Yolcos, en Tesalia, donde, según la tradición mítica, se construyó la famosa nave Argo que habría de conducir a los Argonautas en busca del vellocino de oro[18].

La concentración de productos de procedencia oriental en centros como Micenas, Tirinto y Tebas refleja posiblemente la distribución efectiva de los principales centros de poder dentro de esta área, y evidencia también una cierta diferenciación en la distribución de los productos entre unos reinos y otros. Contrasta así la abundancia de objetos procedentes de Egipto que encontramos en Micenas con su casi total ausencia en Tirinto, donde claramente predominan, en cambio, las importaciones chipriotas, que parecen a su vez casi ausentes de los hallazgos de Micenas. Destaca, por su parte, la presencia en Tebas de una cierta cantidad de sellos orientales de procedencia babilonia, la mayor parte en lapislázuli, con escenas esculpidas de divinidades, héroes y reyes orientales, que no encuentran paralelo en ninguno de los otros reinos micénicos.

Otro de los puntos nodales de este espacio fue, sin duda alguna, la isla de Chipre, que desempeñó también un papel importante dentro de todo este entramado gracias a su privilegiada situación intermedia entre el mundo egeo y las costas orientales levantinas, y a la existencia de recursos metalíferos propios como el cobre[19]. Es muy posible incluso que sus navegantes, junto con los procedentes de las costas sirio-palestinas, fueran los agentes principales de todos los intercambios que discurrían por la cuenca oriental del Mediterráneo, si bien en muchas ocasiones pudieron estar al servicio de otros poderes. El estudio de las marcas sobre la cerámica micénica ha confirmado que la mayor parte de las mismas pertenecen al silabario chipriota, por lo que cabría pensar que todos los vasos marcados hallados en la Argólide estaban destinados a la exportación como parte de un sistema de intercambio en el que Chipre desempeñaba un papel preponderante[20]. La impor-

---

[17] Vanschoowinkel (2006).

[18] Para una visión general de las relaciones exteriores del mundo micénico pueden verse los libros de Hooker (1977), pp. 110-139, y más recientemente, Castleden (2005), pp. 183-196. Sobre la expansión europea, véase Harding (1984); sobre el área occidental y central del Mediterráneo, Laffineur y Greco (2005); sobre la expansión por el interior de Europa, Galanaki *et al.* (2007). Sobre el posible dominio micénico en la cuenca oriental del Egeo, Mee (1986).

[19] Karageorghis y Michaelides (1995) y Peyronel (2008), pp. 159-174.

[20] Hirschfeld (1992).

tancia de la conexión chipriota ha quedado bien probada también por la presencia del término *ku-pi-ri-jo,* alusivo a Chipre, tanto en las tabillas procedentes de Cnosos como en las del continente griego[21]. La isla se convirtió enseguida, a partir de mediados del siglo XIV y durante todo el XIII a.C., en el principal centro de contactos e intercambios de todo Oriente Próximo y de todo el conjunto del Mediterráneo oriental, una realidad que se traduce en la frecuente mención del término *Alashiya* con el que se designaba a la isla en el segundo milenio a.C. en los textos orientales de la época[22].

La indiscutible movilidad de las materias y de los objetos elaborados pudo implicar, en algunos casos, también la de las personas que los fabricaban o la de los técnicos especializados en su elaboración y diseño particulares. El intercambio de esta clase de especialistas entre las grandes cortes orientales del momento parece bien probado a través de archivos como el de El-Amarna o los de Hattusas y Ugarit; falta todavía, sin embargo, la evidencia necesaria que nos permita identificar con seguridad a sus correspondientes egeos dentro de este conjunto privilegiado que, en el mundo oriental, se hallaba bajo el control real y cuyos movimientos eran cuidadosamente controlados[23]. Desconocemos todavía si este mismo estatus real de los especialistas se aplicaba también en el Egeo y, por tanto, ante la aparente ausencia del sustrato político y diplomático que avalaba y consentía el traslado de los artesanos y especialistas orientales correspondientes, resulta difícil imaginar en qué condiciones pudieron viajar dichos personajes de unos lugares a otros. Como indicio de la movilidad que implicaría la presencia de especialistas egeos en tierras lejanas, se ha señalado la existencia de fragmentos de pinturas murales en el estilo considerado minoico en algunos lugares de Oriente Próximo como Tell Kabri y Alalakh, o más recientemente en Egipto, en la ciudad de Avaris, situada en el delta del Nilo. Incluso se ha sugerido la posibilidad de que dicho traslado, al menos en el caso de Egipto, se realizara dentro del contexto de un intercambio matrimonial, tan característico de las relaciones internacionales entre las grandes cortes orientales de esos momentos, tal como aparecen atestiguados en la correspondencia real conservada en los archivos reales[24]. Sin embargo, los interrogantes que subsisten al respecto son todavía considerables.

Otro aparente indicador de la movilidad de especialistas y comerciantes en general por todo el ámbito egeo y próximo-oriental durante el segundo milenio, y particularmente en la última parte de la Edad del Bron-

---

21 Sobre el papel de Chipre durante este periodo, Knapp (1985), Baurain (1994), Graziadio (1998) y Karageorghis (2004).

22 Muhly (1972) y Knapp (1985).

23 Zaccagnini (1983) y Muhly (2005). Sobre las fuentes de información pertinentes, Bryce (2003).

24 Sobre las pinturas murales de Oriente Próximo, véase Niemeier y Niemeier (1998). Sobre las de Avaris, Bietak y Marinatos (1995). Sobre la posibilidad de un intercambio matrimonial con Creta, Hankey (1993b). Al respecto, véase *infra.*

ce, son los restos de naufragios, sobre todo los de Gelidonia y Uluburun encontrados en las costas meridionales de Asia Menor[25], que, además de proporcionarnos importantes informaciones acerca de los productos que se intercambiaban y de los medios de transporte utilizados, nos aportan también la clave para descifrar la posible identidad de al menos algunos de los protagonistas implicados en este proceso. La enorme diversidad en la procedencia de los artículos transportados, que nos remite a casi todo el ámbito geográfico implicado, pone de manifiesto las numerosas escalas realizadas en el curso del fallido viaje, a través de las que se canalizaban las diferentes clases de mercancías. Las dimensiones de la carga, sobre todo en el caso de Uluburun, reflejan también el volumen que alcanzaron los intercambios al menos en algunas ocasiones. Finalmente, la presencia de algunos objetos aislados, que parece que no formaban parte de la carga principal y podrían interpretarse más bien como pertenencias personales de miembros de la tripulación, apuntan hacia la posible identidad de sus posesores, si bien existe cierto debate acerca de su precisa identificación[26]. La presencia en el pecio de Gelidonia de algunas herramientas necesarias para el trabajo del metal, como martillos, pulidores e incluso un yunque, junto con posibles restos de chatarra, podría apuntar hacia la existencia de artesanos especializados en este ramo que andaban viajando de unos lugares a otros[27].

La participación primero de Creta y después de Micenas y Chipre dentro de la red de intercambios que operaba en Oriente Próximo y sus zonas colindantes durante la parte final de la Edad del Bronce parece un hecho indiscutible, si bien su grado de implicación y la frecuencia de los contactos no fueron similares a los de las grandes potencias orientales que emergen como protagonistas consolidados dentro de la correspondencia real conservada al respecto. Se ha propuesto así la existencia, dentro de este «sistema global» del Bronce tardío, de un centro, formado por las principales potencias hegemónicas de la zona como Egipto, Babilonia, Hatti, Asiria o Mitanni, y de una periferia, más extensa, de la que formaría parte el mundo egeo, que habría permanecido así «on the edge of the empires», tal como señaló Bonimovitz[28]. Resulta efectivamente probable que los estados que se sucedieron en el Egeo nunca alcanzaran el protagonismo del resto de las potencias orientales, dada su relativa posición marginal con relación a los grandes escenarios centrales como la costa sirio-palestina, en la que se dirimían los conflictos y se concretaban las aspiraciones hegemónicas más importan-

[25] Bass (1998).

[26] Pulak (1997) apunta hacia la presencia mayoritaria de sirios en la nave con la posible incorporación de uno o dos comerciantes o embajadores micénicos, basándose en el carácter supuestamente heládico de algunas joyas y un par de espadas. Bachhuber (2006) rechaza, sin embargo, dicha posibilidad como única explicación de esta presencia de objetos heládicos.

[27] Bass (1997).

[28] Bonimovitz (1998). En general sobre la cuestión, Morris (2003).

tes. No conocemos el nombre de ninguno de sus monarcas o gobernantes, a diferencia de lo que sucede con el resto de los protagonistas, y los propios topónimos indicativos de las entidades estatales egeas poseen un estatus vago y confuso en nuestra documentación, como revelan los casos de los *keftiu,* de *Tanaja* o de la propia *Ahhiyawa* que se mencionan en los textos egipcios o hititas. Sin embargo, la movilidad de sus gentes parece bien atestiguada dentro de este ámbito a lo largo de este periodo, a través de los diferentes canales que la propiciaban como el comercio, la diplomacia o la guerra, aunque esta movilidad fuera de carácter esporádico y en una escala menor a las del resto de los protagonistas implicados.

El mundo egeo no fue efectivamente un universo cerrado en sí mismo, y en él aparecen algunos indicios de un cierto carácter multicultural, a juzgar por los testimonios que se desprenden de las tablillas en lineal B que parecen aludir a la presencia de gentes no griegas dentro de la sociedad micénica, algunos de cuyos miembros pudieron incluso haber ocupado una posición más o menos relevante[29]. Aunque la entrada de los estados egeos dentro de este escenario fue también relativamente tardía, lo cierto es que los estímulos externos procedentes de este entorno debieron incidir de manera decisiva en el contexto egeo, impulsar la acción de sus dirigentes y propiciar así una forma de respuesta propia que determinó probablemente la propia dinámica histórica de estas comunidades en principio marginales[30].

Evidencias e interrogantes

La circulación de bienes y productos, y en consecuencia de los individuos que los transportaban a lo largo y ancho de todo este ámbito geográfico, parece efectivamente probada por la presencia en el Egeo de materias primas como el oro, el marfil, el estaño o las piedras preciosas que no existían a nivel local, o el cobre y la plata que no eran particularmente abundantes dentro de esta área. También resulta incontestable la presencia, en diferentes lugares de la cuenca del Egeo, de productos acabados que tenían su origen en Egipto o en Oriente Próximo, algunos de ellos además fácilmente identificables por la existencia de marcas como cartuchos en los que figura inscrito el nombre del monarca egipcio correspondiente. Sin embargo, toda esta evidencia no resulta fácil de interpretar a la vista de sus evidentes limitaciones como testimonio y de las enormes lagunas e interrogantes que presenta. Se plantean, así, cuestiones fundamentales como la datación precisa de los diferentes objetos y las condiciones específicas de su llegada *in situ,* los procedimientos utilizados para su transporte, la precisa identidad de sus portadores, la determinación exacta de su función y

[29] Nikoloudis (2008).

[30] Burns (2010), pp. 18 ss.

su significado dentro de su nuevo contexto político y social en el seno de la comunidad receptora, y problemas de un mayor calado como la fluctuación, aparentemente interminable, de la cronología de la Edad del Bronce en el Egeo, la naturaleza precisa de los intercambios que podían realizarse dentro de un marco institucional, ceremonial o comercial, o el papel que desempeñaron dentro del propio proceso de desarrollo político y social de las sociedades receptoras[31].

Existen seguramente también importantes lagunas, en nuestro conocimiento, del papel desempeñado en este proceso de intercambios por los productos de carácter perecedero, que no han dejado apenas rastro en el registro arqueológico, o la posibilidad de que todavía queden importantes parcelas de información ocultas que, hasta ahora, han sido solo tímidamente apuntadas o han quedado inevitablemente soslayadas debido a la condición azarosa y casual de la mayoría de los hallazgos. Hay que contar igualmente con los problemas derivados de la precisa datación de los objetos hallados, de la identificación exacta de su material específico, que ha producido a veces errores de bulto, como considerar objetos de marfil productos que estaban fabricados con hueso, y de la determinación de su lugar de origen, dado el hecho de que muchas aparentes procedencias se han puesto recientemente en entredicho a causa del refinamiento de las técnicas y los métodos de análisis empleados en su estudio.

Las apariencias resultan, además, engañosas cuando consideramos la cantidad de objetos de procedencia oriental hallados en el Egeo, que han sido cuidadosamente catalogados en los distintos repertorios existentes[32]. No hay que olvidar que dicha cifra, aunque en principio parezca ciertamente significativa, debe quedar integrada dentro de la amplia escala espacio-temporal de toda la Edad del Bronce, y vistas así las cosas el número de objetos identificados aparece efectivamente diluido dentro de un periodo tan extenso. Esta situación ha dado lugar a dos tipos de lecturas completamente contrapuestas que adoptan un carácter minimalista o maximalista en función de la percepción, más o menos optimista, de los resultados que la evidencia disponible permite alcanzar. Algunos estudiosos han planteado así la ausencia de una red estable y continuada de intercambios entre el Egeo y el mundo oriental, a la vista de la escasez relativa de la evidencia disponible, y tienden a explicar la presencia aislada de muchos de estos objetos en el escenario egeo como el resultado de una serie inconexa de circunstancias ocasionales que tuvieron un efecto reducido dentro de las sociedades receptoras. Otros, en cambio, defienden la existencia de un marco de intercambios bien establecido y estructurado,

---

[31] Sobre la importancia de los problemas cronológicos que configuran todo el periodo final de la Edad del Bronce en el Egeo, véanse Muhly (1991) y Manning (2010). Sobre la naturaleza de los intercambios en el Bronce egeo, Sherratt (1991), Peyronel (2008) y Cline (2009).

[32] Así, en el repertorio de Cline (2009), figuran 1.184 objetos.

organizado y canalizado desde los centros de poder emergentes, que habría dejado sus rastros visibles en los testimonios conservados, asignando además al mundo egeo un nivel de protagonismo mucho más intenso y activo dentro de este marco, en un papel casi paritario, al menos en momentos determinados, al de las grandes potencias de la época[33].

Los objetos que constituyen nuestro corpus principal de evidencias, aunque aparentemente se presentan como simples testigos mudos de un proceso histórico más amplio y complejo del que se constituyen como los únicos supervivientes, poseen además su propia «biografía» que los envuelve en una serie de circunstancias particulares[34]. La mayoría de ellos proceden de tumbas que se mantuvieron en uso durante un extenso periodo de tiempo y esta circunstancia pudo provocar una cierta confusión en su datación, ya que podrían pertenecer a un tiempo posterior al estrato o conjunto con el que fueron inicialmente asociados, dada la inevitable transposición de parte de los ajuares de unos niveles a otros a causa de la práctica de reubicar periódicamente los sucesivos enterramientos para dejar lugar a los nuevos[35]. Incluso cuando los objetos resultan identificables a través del cartucho egipcio que menciona a un monarca determinado, tampoco tenemos ninguna garantía de que fueran depositados en la tumba inmediatamente después de su fabricación o de su adquisición en tiempos del faraón correspondiente. Los objetos de valor elevado debieron tener una larga vida de carácter errático que los llevó a circular de mano en mano entre diferentes propietarios y en diferentes lugares, por lo que pudo haber transcurrido perfectamente una o varias generaciones entre el momento preciso de su factura y su deposición final en la tumba donde fueron encontrados[36].

Los mecanismos a través de los cuales los objetos en cuestión pudieron haber llegado desde su lugar de procedencia inicial hasta el contexto final donde fueron encontrados por los arqueólogos resultan también muy diversos. Pudo tratarse de un regalo personal destinado a refrendar una relación institucional al más alto nivel ya establecida, incluida por tanto dentro del sistema de intercambio de regalos que operaba desde antiguo como modelo de contacto preferente entre diferentes comunidades. Pudo haber sido también el resultado de un botín de guerra o de acciones de piratería o mercenariado. Existe también la posibilidad de que fuera simplemente el producto colateral de una empresa comercial a mayor escala, como el recuerdo personal conseguido mediante el trampeo ocasional de los marineros que viajaban en el barco, tal como apuntan algunos testimonios del pecio de Uluburun. Incluso pudo ser la consecuencia de un simple hallazgo casual y afortunado o de un robo o extravío.

---

33 Sherratt (2010) y Cline (2010).
34 Gosden y Marshall (1999).
35 Cavanagh y Mee (1998), p. 51.
36 Sherratt y Sherratt (1991), p. 361.

Desconocemos igualmente si el traslado material del objeto desde un lugar a otro supuso también la transferencia de las funciones y la simbología que tenía dentro de su contexto originario con todas sus connotaciones, o si fue solo su condición de producto de carácter exótico y lejano lo que le otorgó sus principales propiedades y significaciones dentro de su nuevo contexto político, social y cotidiano, adquiriendo de este modo una nueva función distintiva que otorgaba prestigio y preeminencia a sus propietarios. Los cambiantes y diversos sistemas de valor imperantes en las diferentes culturas implicadas pueden haber intervenido igualmente, de manera decisiva, a la hora de asignar a un objeto determinado su valor y función específicos desde su manufactura original hasta su deposición final, que lo apartaba definitivamente de la circulación, y todas sus sucesivas manipulaciones[37].

El reconocimiento de todas estas incertidumbres e interrogantes, muchos de ellos seguramente irresolubles, no implica que debamos obviar la evidencia disponible, como es la presencia ya señalada de materiales y objetos elaborados de origen egipcio u oriental dentro del ámbito egeo, algunos de ellos perfectamente identificables por la marca de su procedencia, y negar la existencia de una red de intercambios e interacciones que movilizó materias primas, productos elaborados, bienes de consumo y de lujo, las nuevas tecnologías con las que habían sido elaborados y, probablemente también, al menos en determinados casos, la ideología y los rituales que estaban asociados a ellos en sus regiones de origen. Sin embargo hemos de reconocer que la última fase de todo el proceso, como es la incidencia particular que tuvieron en el desarrollo de las propias comunidades egeas, es la que resulta más incierta y problemática. Es probable que estos procesos de interacción ejercieran una influencia determinante en la propia dinámica política y social de las regiones receptoras y contribuyeran a modificar y transformar sus estructuras político-sociales, a la vista de las enormes diferencias existentes entre los distintos protagonistas implicados en dicha red de intercambios, que iban desde estados organizados con centros políticos provistos de una potente burocracia centralizadora, como era el caso de Egipto, a organizaciones de carácter político secundario que todavía no habían alcanzado una complejidad semejante, como era el caso de las emergentes comunidades egeas[38].

Algunos testimonios excepcionales

El propio Arthur Evans, a comienzos del siglo XX, en el curso de sus excavaciones en Cnosos llamó ya la atención sobre la presencia de objetos de procedencia egipcia en suelo cretense y remontó las relaciones de

---

[37] Manning y Hulin (2005).
[38] Van de Mieroop (2007).

la isla con el país del Nilo a tiempos muy tempranos, que incluso podrían alcanzar hasta el periodo predinástico o el Imperio Antiguo. Sin embargo, el arqueólogo británico John Pendlebury, que sería el auténtico sucesor de Evans al frente de la arqueología cretense, resaltó que el estudio de tales testimonios como indicio claro de las relaciones exteriores de la isla requería de una extrema cautela tras su publicación de todos los objetos egipcios encontrados a lo largo y ancho de la cuenca egea con excepción de Rodas[39]. El cúmulo de evidencias en esta dirección no ha hecho más que aumentar desde entonces, como puede comprobarse a través de los sucesivos repertorios que han venido elaborándose, desde el de Helen Kantor en 1947 hasta los aparecidos en el curso de los años noventa, obra de Connie Lambrou-Phillipson y de Eric H. Cline, o todavía en tiempos mucho más recientes el de Jacke Phillips[40]. Sin embargo, muchos de los problemas que ya fueron detectados por Pendlebury a la hora de interpretar históricamente los datos existentes todavía subsisten en la actualidad, complicados además por las mencionadas fluctuaciones en la cronología de la Edad del Bronce en el Egeo, por el análisis científico de muchos de los materiales hallados con el objeto de precisar su procedencia, o por la adecuación y eficacia de los modelos teóricos aplicados para estudiar el fenómeno de la interconexión entre diferentes culturas y civilizaciones[41].

Los materiales que circulaban por el Egeo eran diversos y los testimonios disponibles no siempre ofrecen una completa fiabilidad. Ese es el caso del denominado Tesoro de Tod, que fue hallado bajo el suelo de un templo en esta ciudad cercana a Luxor. Constaba de una serie de materiales, extraños a Egipto, dedicados al dios Mont. Aunque algunos eran de procedencia mesopotámica, es posible que una amplia cantidad de vasos de plata tuviera su origen en Creta, ya que algunos de estos vasos presentan ciertas similitudes con la cerámica cretense del primer periodo palacial. La datación del hallazgo ha podido hacerse con relativa facilidad, ya que dos de los cuatro cofres de cobre en los que se encontró el tesoro llevaban inscrito el cartucho del faraón Amenemhat II, que reinó desde 1911 hasta 1877 a.C. Lo curioso del asunto es que los vasos, en su mayor parte copas, estaban machacados y doblados, por lo que cabe deducir que no fueron depositados como tales objetos sino, simplemente, como material en bruto. Ello significaría que la plata de la que estaban hechos los vasos constituía uno de los materiales que circulaban por el Egeo, en este caso desde Creta hasta Egipto. Sin embargo, la procedencia minoica de tales objetos no ha sido aceptada por todos los estudiosos, y las pruebas de análisis científico realizadas no han resultado del todo concluyentes. La conexión minoica del tesoro podría todavía sostenerse gracias a la

[39] Pendlebury (1930).
[40] Kantor (1947); Lambrou-Phillipson (1990); Cline (1991); Phillips (2008).
[41] Al respecto, Rehak (1997).

presencia de un pendiente de plata con diseños que pueden tener estrechos paralelos con los de los sellos minoicos[42].

Otros ejemplos presentan menos dudas respecto a su procedencia gracias a la identificación precisa del objeto en cuestión, como es el caso de la parte inferior de una estatua de diorita de un oficial egipcio del Imperio Medio llamado User que fue encontrada en Cnosos. Sin embargo, su datación precisa plantea algunos problemas al haber sido hallada fuera de contexto. La inequívoca procedencia egipcia del objeto y su atribución a un individuo concreto permiten suponer que pudo tratarse de una especie de regalo personal que dejaba constancia de la visita de User a Creta, si bien desconocemos si la referencia que se hace en la inscripción de dicha estatua a una ruedecita de oro guarda algún tipo de conexión con dicho viaje, a pesar de que sabemos que se elaboraban objetos de oro en la región de Malia y de que existen pruebas de su conexión con Egipto durante este periodo[43].

Otro objeto que podría resultar hasta cierto punto perfectamente elocuente acerca de las relaciones existentes entre Creta y Egipto es una tapa de alabastro que fue hallada en Cnosos y que lleva inscrito el cartucho de Khian, el que fue el primero de los monarcas hicsos (1648-1540 a.C.). Es probable que su función fuera la de cimentar o propiciar los intercambios a la manera de un regalo diplomático, dado que sabemos que el mencionado monarca envió otros objetos con su nombre a otras partes de Oriente Próximo, como un vaso de obsidiana a la corte hitita. No sucede lo mismo con un escarabeo del mismo periodo hicso que fue hallado también en Cnosos, al que quizá debemos clasificar dentro de la clase de material secundario que formaba parte del bagaje personal de los comerciantes o viajeros que protagonizaban actividades de carácter comercial o diplomático sin mayores implicaciones.

Algunos de los objetos de procedencia egipcia que fueron hallados en Micenas llevan también inscrito el nombre del faraón egipcio o de su esposa y nos permiten datar, y quizá también explicar, su presencia en suelo griego. Este es el caso del amplio número de objetos que llevan inscrito el cartucho de Amenhotep III o de su esposa, la reina Tiyi. La mayoría de ellos proceden curiosamente de la propia Micenas, e incluyen un vaso y seis placas de fayenza. Se ha sugerido la posibilidad de que todos estos objetos (a los arriba mencionados hay que sumar siete escarabeos hallados en diferentes partes del Egeo) arribaran durante el reinado del propio faraón, quizá como resultado de un viaje realizado hasta allí por el monar-

---

42 Menu (1994).

43 Sobre los contactos entre Creta, Egipto y Oriente Próximo la bibliografía es abundantísima, por lo que aquí destacamos tan solo algunos de los principales estudios generales al respecto, como el de Warren (1995). Un buen resumen del tema, en Lesley Fitton (2002), pp. 63-64 y 96-100, y Phillips (2010).

ca egipcio, que podría estar vinculado a la famosa lista de topónimos egeos que aparece inscrita en el templo mortuorio del faraón situado en Kom el-Hetan. En dicha lista se incluirían los nombres de Amnisos, Festos, Cidonia, Micenas, Tebas o Kato Zakro, Methana (en la Argólide) o Messana (en la zona de Pilos), Nauplio, Citera, Ilios, Cnosos, Amnisos y Lictos[44]. Otra posibilidad sería que dicha lista constituyera el registro de una embajada formal egipcia enviada al Egeo y que, en consecuencia, los objetos inscritos antes mencionados fueran los restos visibles de los regalos destinados a reforzar el establecimiento de relaciones comerciales con la nueva potencia egea que asumía ahora el protagonismo dentro de este contexto geográfico.

Con independencia de la interpretación a la que concedamos mayores probabilidades, lo que parece evidente es la preeminencia de Micenas, en la que fueron hallados nueve de los quince objetos reales inscritos, y el hecho de que sea precisamente tras este momento cuando se produce el giro significativo en la distribución de objetos egipcios desde Creta al continente griego y el gran salto en las exportaciones micénicas hacia Oriente Próximo. Quizá tampoco sea casual la circunstancia de que el término egipcio *Tanaja,* que podría hacer referencia al continente griego[45], haga precisamente su aparición durante el reinado de Amenhotep III, un momento en el que, según ha sugerido Eric Cline, se iniciarían los contactos directos entre las dos entidades políticas, auspiciados quizá por la potencial amenaza que representaba el auge del poderío hitita en ese periodo, bajo los reinados de Tudaliya III y Supiluliuma I, para los intereses egipcios en su zona de expansión natural que era la costa sirio-palestina[46].

Otro hallazgo particularmente ilustrativo es el de una serie de sellos de procedencia oriental, descubiertos en el palacio de Tebas en 1963, dentro de un contexto cronológico correspondiente al Tardo Heládico III B (1300-1200 a.C.). Se trata de un conjunto de unos treinta y ocho sellos de formas y materiales diversos que proceden de diferentes lugares de Oriente Próximo. Doce ejemplares son de procedencia casita y llevan inscrito el nombre del dios Marduk, otros once son de origen sirio aunque fueron reelaborados en Chipre, uno es de origen hitita, y hay un conjunto final de piezas mucho más antiguas de origen mesopotámico que parecen haber

---

[44] Edel (1966). Algunos de los nombres identificados son todavía objeto de polémica, como es el caso de Troya (Ilios) o el de Tebas. También Cline (1998). La repetición en la lista de Amnisos podría constituir un indicio de que se trataba de un itinerario de ida y vuelta.

[45] Esa fue la propuesta de Faure (1968).

[46] Cline (1993). De hecho, como apunta Cline, Amenhotep III llevó a cabo tratados con todos aquellos países que rodeaban el imperio hitita, desde Ugarit y Arzawa hasta Mitanni y Babilonia, reforzando además algunos de ellos mediante el matrimonio con princesas locales. Un escenario plausible que se completaría con las actividades antihititas atribuidas a los Ahhiyawa (¿aqueos?), convirtiéndolos así en el aliado más idóneo para las pretensiones egipcias de bloquear por occidente la expansión de sus grandes enemigos.

sido reunidas a causa de su valor material. Edith Porada ha sugerido la posibilidad de que se tratara de un regalo enviado por un soberano, que identifica con el monarca asirio Tukulti Ninurta I, a otro monarca dentro del ámbito egeo al que consideraba su par, con el fin de conseguir materias estratégicas en su inminente enfrentamiento con los hititas[47].

Sin embargo, la presencia de estos sellos en Tebas se explica mejor desde la perspectiva de la industria lítica correspondiente que desde la de la exhibición de productos de lujo exótico, dado que los sellos fueron hallados junto a una gran variedad de objetos de piedra que incluía material en bruto y piezas sin terminar. El contexto en el que fueron hallados los sellos induce también a pensar que las diferentes representaciones iconográficas que daban sentido a estos objetos dentro de su contexto original mesopotámico ya no tenían dicha significación dentro del nuevo contexto tebano, en el que su papel principal parece quedar reducido a su condición de recursos materiales valiosos. El hecho de que dentro del mismo tesoro fueran encontrados también otros objetos de piedras preciosas como el lapislázuli o el ónice, elaborados en formas típicamente micénicas como el escudo en forma de ocho o el capitel de columna, revela el proceso de transformación que iban sufriendo dichos materiales y que comportaba la marginación o el olvido de sus orígenes y su integración dentro de un nuevo contexto, más familiar, en el que la única excepcionalidad radicaba en el tipo de material extraordinario y valioso con el que estaban fabricados[48].

Evidencias textuales

Los intentos de constatar la existencia de relaciones de cualquier tipo entre los estados egeos y las grandes monarquías orientales a través de los textos literarios aparecen inevitablemente condicionados por la ausencia en el ámbito egeo de anales, tratados o cartas reales, como las que aparecen en Oriente Próximo, y por el carácter de la documentación escrita allí encontrada, reducida prácticamente a las tablillas escritas en lineal B, que se centran casi de manera exclusiva en aspectos puramente administrativos como el registro de entrada y salida de determinados productos o la relación de raciones de alimentos o materiales distribuidos entre funcionarios y dependientes del complejo palacial correspondiente[49]. De esta

---

[47] Porada (1981). Más recientemente, Aravantinos (2001), Jasinck (2005b), pp. 212-213; Van de Mieroop (2007), pp. 179 ss.

[48] Burns (2010), 137-138.

[49] Jasinck (2005a), sostiene la hipótesis de que los micénicos utilizaron la escritura como un medio práctico de su sistema administrativo que no se extendió en ningún momento al funcionamiento concreto de sus relaciones exteriores ni a la difusión de su patrimonio cultural, para lo que contaban con una poderosa tradición oral que ha dejado sus huellas en la épica posterior, quedando así prácticamente fuera de las prácticas habituales de las potencias orientales del momento, incluido Egipto.

forma, la única evidencia de carácter textual que puede proporcionarnos algunas tímidas indicaciones en este terreno son algunos documentos procedentes de Mari, Egipto, o Ugarit, si bien hemos de tener en cuenta que en ellos se hace referencia frecuentemente a topónimos que presentan un carácter problemático a la hora de identificarlos con lugares concretos, ya que dichos términos pudieron variar en su acepción con el paso del tiempo y, precisamente a causa de este uso de carácter limitado y ocasional, quedaron definitivamente olvidados dentro de la memoria histórica local.

Este es el caso de un término como *Kaptara/Kaphtor,* que suele identificarse con Creta[50] y aparece ya mencionado en un tratado geográfico que describe el imperio de Sargón de Acad y que ha sobrevivido hasta nosotros a través de la copia realizada durante el periodo neoasirio (finales del siglo VIII-VII a.C.). Sin embargo la inclusión de Creta en los dominios acadios parece efectivamente demasiado prematura, a pesar de que las expediciones de los monarcas orientales hasta las costas del Mediterráneo constituyan un constante *leit motiv* en sus proclamas de conquista[51]. Resulta, en cambio, más creíble que el término haga referencia a Creta en los textos procedentes del archivo de Mari que datan del siglo XVIII a.C., durante el reinado de Zimri Lim. Uno de ellos es parte de un inventario del estaño que Mari ha recibido desde Oriente y redistribuye a su vez hacia mercados más occidentales, entre los cuales se mencionan gentes de *Kaphtor* que residían, al parecer, en Ugarit. Otros textos listan diferentes objetos de procedencia o manufactura cretense, como un arma con su parte superior incrustada de lapislázuli, otra con incrustaciones de oro, una lanza de madera, dagas de bronce, vasos de metal con decoración grabada, y en uno de ellos se mencionan textiles y un par de zapatos de cuero que fueron enviados como regalo a Hammurabi de Babilonia y fueron posteriormente retornados[52]. La lista de productos parece que encaja bien con la procedencia cretense, ya que sabemos que, en la Creta de los primeros palacios, se fabricaban finas espadas y es muy probable que los talleres palaciales produjeran bienes de lujo, algunos de los cuales hallaron su destino final en el exterior de la isla.

Ciertamente no existen, hasta la fecha, testimonios acerca de la existencia de un comercio directo entre Creta y Mari, que seguramente siempre se llevó a cabo a través de intermediarios, pero la posible presencia de un cretense en Ugarit, un lugar hasta el que llegaba por occidente el estaño distribuido a partir de Mari, podría indicar una cierta integración de la isla dentro de este complejo marco de amplias redes comerciales, aunque fuera a distancia de los principales centros de poder que se hallaban implicados en ellas. De hecho, es muy probable que la patria de las gentes de *Kaptara* haya parecido tan remota a las gentes de Oriente que existía una tradición

---

50 Strange (1980) y su *review* correspondiente a cargo de Merrillees (1982).

51 Cline (2009), p. 26.

52 Cline (2009), pp. 126-127.

según la cual el dios de las habilidades artesanales, Kothar-wa-Hasis, procedía de *Caphtor,* que podría estar conectada con la presencia efectiva en aquellos lugares de finos productos procedentes de Creta. Sabemos también, por estos mismos textos, que desde *Kaptara* se exportaban a Ugarit y Mari cereales, cerveza fermentada, aceite, armas decoradas y tejidos[53].

Sin embargo, el término que ha suscitado un mayor interés entre los estudiosos y ha sido así objeto de un más intenso debate es el de *Keftiu* (identificado habitualmente con Creta por la mayor parte de los especialistas a pesar de algunas voces discordantes), que aparece en los textos egipcios[54]. Se han propuesto así diferentes alternativas según las cuales dicho término haría referencia a la Siria septentrional, a Cilicia o a un área del Mediterráneo oriental que abarcaría en conjunto desde Creta a las costas cilicias en el sur de Asia Menor[55]. El término hace su primera aparición en las *Admoniciones de Ipuwer,* un texto que fue compuesto aparentemente a finales del Imperio Medio pero ha sido preservado en un único manuscrito datable a finales del Imperio Nuevo. En él se hace alusión a un Egipto empobrecido y se lamenta el hecho de que ya no llegue hasta el país el cedro de Biblos, cosa que privaba a sus gentes de los materiales de embalsamamiento, ni tampoco hasta *Keftiu.* En tres textos de la dinastía XVIII se transliteraron fonéticamente al egipcio palabras procedentes del lenguaje de los *Keftiu,* como un encantamiento que se encuentra en el Papiro Médico de Londres, nombres que se consideran *Keftiu* en una tablilla escolar y la famosa inscripción del templo de Kom el-Hetan perteneciente al reinado de Amenhotep III[56].

El término era conocido por los egipcios desde finales del tercer milenio a.C. y aparece mencionado de forma esporádica hasta la época del faraón Tutmosis III, en la primera mitad del siglo XV a.C., cuando se producen las referencias más abundantes, y desaparece prácticamente tras el reinado de Amenhotep III en torno al 1375 a.C. Curiosamente, la mayor frecuencia de aparición en las fuentes egipcias coincide con el grueso del periodo para el que contamos con mayores evidencias de contacto minoico con Egipto y cuando aparecen también registradas otras expresiones como «Islas en medio del gran verde» o *Tanaja,* que podrían hacer refe-

---

53 Cline (2009), pp. 120-121. Sobre la tradición de Kothar y Ugarit, véase Morris (1992), pp. 73 ss. El denominado Texto de Sinaranu (datable a mediados del siglo XIII a.C.), hallado en los archivos de Ugarit, declara que la nave de este comerciante debe quedar exenta de tasación cuando arriba de Caphtor; véase Cline (1999), p. 125.

54 El término *Keftiu* fue asociado con Creta por primera vez por el egiptólogo alemán Heinrich Karl Brugsch a mediados del siglo XIX y fue estudiado después a fondo por Vercoutter (1956). Una puesta a punto reciente, en Sakellarakis y Sakellarakis (1984). Recientemente, Duhoux (2003) sitúa a los minoicos en el propio delta del Nilo, al que haría referencia el término «islas en medio del gran verde» en lugar de al Mediterráneo. Sobre su contexto histórico, Panagiotopoulos (2001).

55 Una puesta en entredicho de la identificación con Creta, Vandersleyen (2003).

56 Kyriakides (2002).

rencia al ámbito geográfico del Egeo[57]. La identificación del término *Keftiu* con Creta parece la hipótesis más probable a pesar de las dudas existentes, a la vista de la representación de emisarios con caracteres y objetos típicamente egeos en las tumbas de los nobles de la dinastía XVIII y, sobre todo, de la asociación del término con otros lugares minoicos como Cnosos, Amnisos, Cidonia y Festos en la famosa relación de topónimos que figura en el templo de Kom el-Hetan, que implica un cierto conocimiento egipcio de la geografía egea con independencia del preciso significado que le otorguemos, bien sea el de una embajada o el de un viaje real efectivo hasta la isla[58].

También existen en las tablillas en lineal B algunas referencias de carácter toponímico o gentilicios, y ciertos términos alusivos a determinados productos que podrían indicar la existencia de contactos con lugares como Egipto, Chipre u Oriente Próximo, a pesar del limitado testimonio que nos ofrecen en este terreno[59]. Encontramos así al menos dos referencias a Egipto y los egipcios que resultan enormemente significativas, ya que la primera de ellas, *mi-sa-ra-jo,* parece relacionada con el término semítico utilizado para designar Egipto, *Misraim,* que aparece en documentos acadios y ugaríticos, y la segunda, *a3-ku-pi-ti-jo* (*aeguptios,* que deriva del nombre de Menfis del Imperio nuevo), corresponde al nombre de un individuo que se hallaba al cargo de un rebaño de ochenta ovejas. Las dos supuestas menciones de Egipto aparecen en tablillas halladas en Cnosos y no encuentran hasta ahora paralelos en el resto de los establecimientos micénicos; ambas derivan también a través de los medios siriopalestinos, indicando de este modo cuál era la vía seguida en el proceso de transferencia. Ambas constituyen finalmente un claro ejemplo de la utilización de topónimos extranjeros como nombres personales, un fenómeno que pone de manifiesto la existencia de contactos con el exterior[60].

Otros dos términos, *ku-pi-ri-jo* y *a-ra-si-jo,* que figuran también en las tablillas encontradas en Cnosos, parecen designar a la isla de Chipre o a productos cretenses destinados a ella. El segundo plantea especiales problemas, ya que implicaría aceptar su equivalencia con el término *Alashiya* con el que se designaba a Chipre en Oriente Próximo durante el segundo milenio a.C. Es utilizado para designar a un pastor en uno de los textos, pero ha podido servir igualmente para calificar bienes o productos destinados a la isla[61]. Otros términos como *a-ra-do-jo, pe-ri-ta* o *tu-ri-jo* podrían ser considerados gentilicios que harían referencia, respectivamente, a gentes de Arad, de Beirut o de Tiro, y pondrían de manifiesto de este

---

57 Cline (2009), pp. 108-120.
58 Rehak (1998).
59 Shelmerdine (1998).
60 Palaima (1991).
61 Cline (1999), p. 126.

modo los posibles contactos egeos con algunos lugares de las costas sirio-palestinas. Por último, existen una serie de términos que podrían considerarse como préstamos semíticos, dado que parecen existir abundantes paralelos en las respectivas lenguas de este área, y harían así referencia a determinados productos procedentes de esta zona. Es el caso de *ku-pa-ro* referido a una especia, *ku-ru-so* al oro, *e-re-pa* al marfil, *ki-to* al tejido que luego se llamaría en griego con este nombre *(chiton)* o *ko-no-ni-pi* para referirse a parte de la decoración de una copa o una silla, a lo que podrían sumarse otros dos términos que aparecen en el lineal A como *su-sa-me* o *ku-mi-na* para referirse, respectivamente, al sésamo y el comino y que reaparecen después en las tablillas en lineal B de Micenas[62].

Sin embargo, el término más complicado dentro de la posible evidencia textual que atestiguaría las relaciones del mundo egeo con Oriente Próximo es, sin duda alguna, el de *Ahhiyawa,* con el que, según la hipótesis más generalizada, se haría referencia a los micénicos o a una parte de ellos en los textos hititas contemporáneos. Es cierto que apenas contamos con un sustrato arqueológico que permita avalar dicha hipótesis, ya que los objetos hititas que han sido hallados en el contexto egeo son más bien escasos y tampoco son especialmente numerosos los de procedencia micénica que han aparecido dentro de las tierras del Imperio hitita, a pesar de la relativa proximidad geográfica de sus respectivos ámbitos de dominio. Sin embargo, la mayoría de los estudiosos aceptan la ecuación entre el término hitita mencionado y la designación de los micénicos que aparece en los poemas homéricos, el término *achaiwoi,* que correspondería a los estratos más antiguos de la tradición que ha llegado hasta nosotros, a pesar de los problemas lingüísticos que presenta y del hecho de que resulte prácticamente imposible determinar la entidad política y geográfica precisa a la que el término hacía referencia[63].

La cuestión continúa abierta en diferentes frentes ya que, como ya hemos mencionado, ni la arqueología ha demostrado hasta la fecha que existan suficientes indicios de una relación directa entre hititas y micénicos, ni parece que los reinos micénicos distribuidos por el Egeo y la Grecia continental constituyeran en conjunto una potencia de cierto calibre como para ser reconocida por la cancillería hitita como uno de sus iguales,

---

[62] Cline (2009), pp. 128-131 y (1999), p. 125.

[63] La cuestión de la posible ecuación entre el término hitita *Ahhiyawa* y la Grecia micénica fue planteada por primera vez por el filólogo suizo Emile Forrer en 1924 para ser contundentemente negada, ocho años más tarde, por Ferdinand Sommer, tras un riguroso y exhaustivo análisis filológico de los textos correspondientes. Sin embargo, la aceptación de la propuesta inicial comenzó a hacerse hueco entre los estudiosos que, con diferentes propuestas de localización, han venido por lo general admitiendo dicha hipótesis. Un estado general de la cuestión, en Bernabé (1986) y, más recientemente, Bryce (1989) y (2006), pp. 100-106. En general sobre la relación entre hititas y micénicos, Güterbock (1983) y (1984); Schachermeyr (1986); Bryce (1989) y (2003); Ünal (1991), Mountjoy (1998). Sobre los problemas de carácter lingüístico que presenta la ecuación, Finkelberg (1988).

si tenemos en cuenta que en uno de los textos mencionados se alude al monarca de *Ahhiyawa* como «mi hermano» por parte del rey hitita, en una clara indicación de un estatus paritario dentro del terreno de la diplomacia internacional. Por otro lado, los defensores de la identificación de *Ahhiyawa* con los micénicos tampoco se ponen de acuerdo a la hora de asignar una localización determinada a dicho reino, con fluctuaciones que van desde algunas islas egeas como Rodas a lugares situados en el continente griego o en la propia península anatolia[64].

Resulta efectivamente un tanto difícil de imaginar que hititas y micénicos se ignorasen mutuamente hasta el punto de no haber dejado ninguna constancia textual o material de sus relaciones. Los objetos de posible procedencia micénica en la corte hitita se reducen a dos, una espada de bronce que lleva grabada en la hoja la dedicatoria en acadio del rey Tudaliya al dios de la tormenta, y un fragmento de un cuenco que lleva incisa la representación de un guerrero micénico muy similar a los que aparecen en el célebre vaso de los guerreros hallado en Micenas[65]. Tampoco resultan especialmente numerosos los productos de procedencia hitita que han aparecido dentro del ámbito egeo, ya que suman tan solo doce objetos[66]. Tampoco los documentos en lineal B, centrados en los asuntos administrativos del propio complejo palacial, aportan mención alguna del Imperio hitita. Desde el lado hitita, los textos que hacen mención del reino de *Ahhiyawa* ponen de manifiesto la existencia de unas relaciones de carácter hostil, dada la constante interferencia de dicho reino en los asuntos anatolios reforzando casi siempre, con mayor o menor éxito, la oposición de diferentes renegados y rebeldes contra el dominio hitita en la zona[67].

Una de las piezas clave a favor de la identificación de *Ahhiyawa* con los micénicos sería el hecho de que uno de sus lugares de actuación principal fuera la ciudad de *Millawanda,* que se ha identificado con Mileto, y de la que sus estrechos vínculos con la civilización micénica han quedado suficientemente probados desde el punto de vista arqueológico[68]. Otro elemento a favor sería también la aparente lejanía de dicho reino respecto de los dominios hititas, ya que parece resultar inalcanzable para sus acciones militares por tierra y se hace necesario recurrir al uso de la diplomacia y el halago, como la ya aludida equiparación simbólica de los dos monarcas respectivos por parte del gobierno hitita, o a posibles medidas de presión exterior, como el tratado suscrito con el gobernante de Amurru

---

[64] Recientemente, Steiner (2007) ha propuesto la localización de *Ahhiyawa* dentro de la península anatolia y su identificación con uno de los poderes anatolios con los que pugnaban los hititas.

[65] Sobre la espada, Ünal *et al.* (1991); Hansen (1994); Cline (1996) y Taracha (2003); sobre el cuenco, Güterbock (1984).

[66] Cline (1991b).

[67] Al respecto, Bryce (2001).

[68] Mellink (1983); Niemeier (2005a) y (2005b); Mee (2005) y Müller Cerka (2005).

en el que el monarca hitita Tudaliya IV impone un cierto bloqueo marítimo a las naves de *Ahhiyawa* que se dirijan a Asiria[69].

Habría que situar también dentro de este posible marco de relaciones casi siempre hostiles entre el Imperio hitita y el mundo micénico la famosa guerra de Troya, que adquiriría una nueva luz si admitimos la identificación de la ciudad de Ilios/Troya con la *Wilusa/Taruisa* que aparece mencionada en los textos hititas[70]. La opción resulta sin duda alguna tentadora, y más si, enfilados hacia esa pendiente, reconocemos en algunos de los nombres que figuran en los textos hititas como Piyamaradus, Tawagalawa, Attarisiya, Akagamuna o Alaksandus sus correspondientes griegos Príamo, Eteocles, Atreo, Agamenón o Alejandro (el otro nombre de Paris), o tenemos en cuenta que la ciudad o el reino de *Wilusa* sufrió algunos ataques durante el siglo XIII a.C. en los que pudo haber estado implicado el reino de *Ahhiyawa.* Sin embargo, el principal problema que sigue provocando el debate en este tema es la situación precisa de *Wilusa,* que solo podemos ubicar mediante su posición relativa con otros países de la zona que aparecen más claramente identificados, como la tierra de los *Lukka,* dentro de la compleja geografía del Imperio hitita y de la Anatolia contemporánea[71].

En este sentido hemos de destacar el riguroso trabajo de Gerd Steiner en el que, además de cuestionar la fragilidad de todas estas dudosas identificaciones nominales, destaca el carácter incompleto de la documentación hitita, lo que nos impide conocer las relaciones efectivas del monarca hitita con los estados de la zona o el tamaño respectivo de los diferentes países mencionados en la documentación, elevando a la categoría de hipótesis arriesgada cualquier intento de delimitación espacial precisa entre unas regiones y otras, especialmente por lo que se refiere a la Anatolia occidental, la zona en la que necesariamente habría que ubicar los conflictivos términos de *Wilusa* o *Ahhiyawa,* que constituyen indudablemente las dos piezas básicas de toda la argumentación anterior[72]. Esta propuesta de localizar ambos topónimos dentro del marco geográfico de la Anatolia suroccidental se fundamenta en el análisis en profundidad del contexto histórico-geográfico de los textos hititas en los que aparecen mencionados, que sitúa *Ahhiyawa* dentro de este ámbito anatolio a la vista de la posibilidad de alcanzar sus dominios por tierra, y restringe la condición de gran reino para *Ahhiyawa* a la documentación hitita de los reinados de Mursili III y Hatusilis III como producto de sus esfuerzos diplomáticos para conseguir su apoyo en los disturbios que asolaban la zona. El trabajo

---

[69] Eric Cline (1991c) ha sugerido incluso la posibilidad de que los hititas llevaran a cabo un embargo comercial contra Micenas.

[70] En general, Bryce (2001), pp. 435-446.

[71] Gurney (1992) y Bryce (2003), pp. 107 ss.

[72] Steiner (2007).

de Steiner constituye, por tanto, un duro golpe para las tentativas de apropiarse de algunos capítulos o episodios significativos del mundo hitita dentro de la historia egea, ya que parece demostrar que sus principales repercusiones tuvieron solo incidencia dentro del marco interior de las zonas de dominio hitita, que parecen haber ignorado o mantenido en una condición marginal a los reinos micénicos contemporáneos[73].

La ambigüedad de las imágenes

Las evidencias de carácter iconográfico que podrían atestiguar la existencia de relaciones y contactos entre el mundo egeo y el mundo oriental presentan también algunos problemas de interpretación que no resulta fácil solucionar. Nos referimos especialmente a la supuesta presencia de elementos egeos en las pinturas murales de algunas tumbas egipcias y en un papiro, y al sorprendente paralelismo desde el punto de vista técnico, estilístico y temático entre los frescos descubiertos tanto en Egipto como en Oriente Próximo y los hallados en Creta o Tera. En el caso de las diez tumbas de altos oficiales egipcios de la dinastía XVIII, cuyas carreras se extienden cronológicamente entre los reinados de los faraones Hapsetsut y Amenhotep III (1480-1380 a.C.), aparecen representados en sus paredes una serie de individuos en procesión ceremonial que visten una indumentaria aparentemente egea y llevan en sus manos productos de esta procedencia como tributo o regalo al faraón correspondiente, en cuya mediación intervino de manera decisiva el oficial propietario de la tumba en la que fueron halladas las pinturas[74]. Sin embargo, las cosas no están del todo claras, ya que en ellas aparecen también representados otros extranjeros, y es muy posible que los pintores tebanos hayan mezclado los rasgos de unos y otros dentro de un estereotipo más general que representaría al extranjero procedente del otro lado del mar y que hayan confundido incluso algunas de las características de los productos que portaban consigo, bien a causa de las convenciones artísticas egipcias, de las fuentes de información utilizadas[75] o de la injerencia de motivos propagandísticos que impulsaban a presentar a todos los presentes como súbditos del faraón. En la tumba de Rekhmire, que fue visir de Tutmosis III, estos personajes aparecen directamente calificados como *Keftiu;* en la de Menkheperreseneb, sacerdote de Amón también durante el reinado de Tutmosis III, reciben igualmente dicha etiqueta pero aparecen al lado de otros pueblos; en las de Amenemhat y Kenamum, del tiempo de Amenhotep II, y en la

73 Freu (1998) y Cline (2008).

74 Wachsmann (1987); Rehak (1998) y Panagiotopoulos (2001).

75 Wachmann (1987) sugiere la existencia de un *pattern book* o muestrario a través del cual extrajeron los modelos a representar. Véanse las *reviews* de Hankey (1988) y Heltzer (1988).

de Anen, del de Amenhotep III, aparece igualmente el término *Keftiu,* pero se considera que las escenas son copias de tumbas anteriores[76].

Las procesiones de extranjeros oferentes representadas en las tumbas tebanas emergen como episodios históricos que marcan un momento culminante en la carrera de los difuntos como mediadores privilegiados entre el faraón y las embajadas llegadas hasta allí, o como sustitutos ocasionales del monarca con todas sus prerrogativas[77]. Sin embargo, dado que se trataba de episodios de carácter cíclico que pudieron repetirse varias veces en la biografía del personaje implicado, es muy posible que las representaciones comentadas fueran entendidas por los medios egipcios como una afirmación de su función más que como la descripción de un acontecimiento determinado. Pero, a pesar de este carácter estereotipado de las representaciones, estas revelan la presencia en Egipto de dignatarios cretenses que, de forma voluntaria, acudían a la corte a mostrar su reconocimiento y portaban consigo regalos valiosos que testimoniaban dicha actitud dentro de las convenciones ceremoniales existentes. No encaja, por tanto, en modo alguno dentro de este contexto la hipótesis de una sumisión temporal del mundo egeo bajo la hegemonía egipcia como algunos han supuesto[78]. Por el contrario, estos testimonios revelan más bien la existencia de un tipo de relaciones ajustadas a los mecanismos del intercambio de regalos, que implicaban cuestiones de paridad y reciprocidad, y cuyo principal objetivo era cimentar y propiciar las relaciones de carácter político y económico entre las dos partes.

Otros testimonios que apuntan también en esta dirección son la representación de un personaje de procedencia egea en una tumba en Menfis perteneciente a Horemheb, el que fuera comandante en jefe de Tutankhamón, cuya inscripción resulta desgraciadamente ilegible[79], y los fragmentos de un papiro pintado hallado en Amarna que contenía una escena de batalla en la que unos posibles guerreros micénicos, provistos de sus correspondientes cascos de colmillos de jabalí, aparecen representados en actitud de correr en ayuda de un soldado egipcio que ha caído en el combate[80].

Un tipo de imágenes algo diferente, ya que no se representa en ellas el recuerdo más o menos estereotipado de unos determinados acontecimientos, sino que constituyen la reproducción formal de algunas escenas y paisajes típicamente minoicos, son los frescos hallados en algunas localidades de Oriente Próximo como Alalakh y Tell Kabri, o los más significativos, procedentes de las excavaciones en Tell el-Dab'a, en el delta del Nilo, donde estuvo situada en su momento la antigua capital de los hicsos[81].

---

[76] Cline (2009), pp. 109-114.

[77] Panagiotopoulos (2001), p. 269.

[78] Recientemente, Bernal en *Atenea Negra.* Al respecto, Lefkowitz (1996), pp. 53 ss. y O' Connor (1996).

[79] Martin (1991), pp. 48-49.

[80] Sobre el papiro, Schofield y Parkinson (1994).

[81] Niemeier y Nimemeier (1998).

Estos últimos frescos se datan en el periodo de los hicsos o a comienzos de la dinastía XVIII, y presentan estrechos paralelismos con las célebres pinturas de Tera y con algunos de los frescos de Cnosos por lo que respecta a su técnica, a su estilo y a su iconografía. Representan escenas de saltadores de toros, que en Creta son asociadas particularmente con Cnosos, y en una de ellas figura como trasfondo un laberinto que aparece visto desde arriba. Existen igualmente otras escenas que presentan claros paralelos en el Egeo, como un acróbata que aparece junto a una palmera, un leopardo, una falda de volantes típicamente minoica de una figura femenina grande, el brazo y la mano de una mujer que lleva flores que parecen cretenses, los fragmentos de una gran figura masculina con el cabello oscuro similar a las cabezas afeitadas de las figuras de Tera, un fragmento de un pie con bota blanca como los del acróbata mencionado, papiros azules con tallos marrones como los de la escena fluvial de Tera, parte de un riton de forma cónica con un asa, un posible río que fluye en diagonal a través de un laberinto pintado, y un hermoso fragmento de un ala de grifo cuyos detalles recuerdan el ala del grifo que soporta a la diosa sentada de Tera[82].

Las pinturas formaban parte de un gran edificio que fue destruido por el faraón Ahmose en el saqueo de Avaris en torno al 1540 a.C., pero podrían pertenecer también en parte al primer periodo de la dinastía XVIII, dado que los intentos de situarlas cronológicamente en una u otra época en exclusiva no resultan demasiado convincentes[83]. Los problemas de datación existentes, que podrían situar las pinturas egipcias en una fase anterior a la de sus supuestos paralelos egeos más inmediatos, contrastan, sin embargo, con una serie de circunstancias favorables que avalarían la hipótesis de que nos hallamos ante un caso de transferencia evidente entre el mundo egeo y Oriente Próximo que pudo haber implicado también la presencia directa *in situ* de los propios autores de las pinturas. Nos referimos a la ausencia de cualquier precedente egipcio en este campo, tanto por lo que respecta al tema en sí como en el uso del fondo rojo y el empleo de la técnica del fresco para los colores del fondo, a la brevedad de su duración, que apunta hacia una influencia que se ejerció solamente en un momento puntual del tiempo, y a las similitudes ya apuntadas respecto a la técnica, temas y estilo, que parecen de factura indiscutiblemente egeos[84]. Dado que Avaris no era un emplazamiento comercial minoico ni se han encontrado materiales minoicos en el nivel de destrucción de la ciudad, su descubridor ha apuntado incluso la posibilidad de que la reina consorte de alguno de los últimos monarcas hicsos o del primer faraón de la dinastía XVIII, Ahmose, fuera de origen minoico[85].

---

82 Bietak (1992).
83 Niemeier y Niemeier (1998), p. 88.
84 Niemeier y Niemeier (1998), pp. 92 ss.
85 Bietak (1992).

Una alternativa a esta hipótesis, que se cimenta en la autoridad de Evans y su suposición acerca de la existencia de pinturas murales cretenses ya en el Minoico Medio III, es admitir la condición efectivamente minoica de los frescos en tema, estilo, color de fondo y técnica, pero reconociendo al mismo tiempo que fueron pintados en Avaris por encargo cretense y se basaron en el conocimiento de la pintura figurativa egipcia, lo que los convertiría de este modo en los primeros frescos minoicos pintados que proporcionaron un modelo para la emergencia de tales obras en Creta, donde luego fueron adoptadas inmediatamente a comienzos del periodo Minoico reciente I A[86].

No existen, en cambio, como contrapartida, casos medianamente claros de representación de personajes egipcios u orientales dentro de la iconografía cretense, a pesar de la presencia de algunos individuos de color negro en los frescos de Cnosos y Akrotiri y de la existencia de evidentes influencias egipcias en las escenas «nilóticas» que aparecen en algunos de los frescos de Akrotiri o en una daga hallada en las tumbas de foso micénicas[87].

Más allá del objeto. Transferencias simbólicas e iconográficas

La presencia de objetos ajenos al contexto propiamente egeo dentro de su ámbito cultural y geográfico no solo pone de manifiesto la evidencia de su traslado a través de diferentes mecanismos, que van desde el regalo diplomático al más alto nivel a los recuerdos personales derivados de un comercio más extenso a gran escala, sino que en numerosas ocasiones nos plantea también la cuestión de la conservación o adaptación local de su significado dentro de la cultura receptora, con la consiguiente elaboración de imitaciones. Este tipo de transferencias queda bien ejemplificado con los famosos escarabeos egipcios que aparecen, en su mayor parte, en las tumbas tipo *tholos* situadas en la llanura de Mesara, al sur de la isla, en las costas que enfilaban hacia el mar de Egipto. Concretamente en Lenda, se encontraron escarabeos egipcios pertenecientes a una época que va desde el primer Periodo intermedio hasta la primera fase del Imperio Medio. En este mismo periodo, correspondiente al Minoico Medio I A, aparecen también en la llanura de Mesara talleres que producían escarabeos minoicos que copian la forma de escarabajo de los egipcios, pero que están tallados en una forma distintiva que impide su confusión con los objetos egipcios originales.

Si tenemos en cuenta que el escarabeo no hizo su aparición en Egipto hasta el 2050 a.C. y que el Minoico Medio I A concluye hacia el 1925 a.C., nos encontramos ante un proceso acelerado de transferencia que se inicia con la invención de estos objetos en Egipto, continúa luego con su poste-

[86] Bietak (1995) y Morgan (1995).
[87] Immerwahr (1988) y Laffineur (1998).

rior importación a Creta y concluye finalmente con el surgimiento de productos de imitación local en la isla. Esta dinámica implicaría una cierta intensidad de los contactos que se establecieron entre el sur de la isla y Egipto durante dicho periodo. Resulta además enormemente sugerente el hecho de que sea precisamente en esa misma época de importación e imitación de los escarabeos egipcios en Creta cuando la ornamentación en espiral, que constituía el diseño más popular entre los sellos minoicos, se convirtiera en la forma principal de adorno de los escarabeos egipcios, lo que podría interpretarse como posible evidencia de un fenómeno de recíproca influencia de la Creta minoica sobre el arte egipcio expresada a través de la glíptica[88].

Este tipo de cuestiones se plantean igualmente a raíz del hallazgo en el cementerio de Phourni en Arcanes, dentro de un contexto correspondiente al periodo ya comentado, de una pieza aislada como un modelo de sistro egipcio, realizado en arcilla. Se trata de una pieza de origen local que fue fabricada como imitación del modelo egipcio, aunque quizá ya se tenía pleno conocimiento del uso y la finalidad que el sistro tenía dentro del ritual religioso egipcio. Esa es, al menos, la impresión que se desprende de la célebre escena que aparece representada sobre el famoso vaso de los segadores de Hagia Triada, en la que el individuo que conduce la procesión esgrime con cierta pericia dicho instrumento con aparentes connotaciones de carácter ritual[89].

Otro caso posible de esta clase de transferencias aparece documentado en la ciudad egipcia de Lahun, situada justo en el borde de la depresión del Fayum, que constituye la ciudad más grande del Imperio Medio que ha sido excavada. En la excavación del lugar Flinders Petrie encontró fragmentos de vasijas que calificó como egeas en cuanto a su posible origen, una circunstancia que adquiere especial relevancia si tenemos en cuenta que lo hizo diez años antes del descubrimiento de los palacios cretenses y cinco antes de los hallazgos de cerámica en la cueva cretense de Kamarés, que darían nombre al tipo de cerámica brillantemente coloreada encontrada en el lugar[90]. Los fragmentos encontrados en Lahun representan un total de más de treinta vasos minoicos. Aunque la cantidad no parece considerable, sí lo es, en cambio, el hecho de que aparezcan vasos egipcios que copian dicho tipo de cerámica, lo que implica, por un lado, la admiración que sentían los egipcios hacia ella a causa de su fina arcilla y de los brillantes colores con que estaba decorada, y por otro, que la cantidad importada debió ser la suficiente como para provocar un impacto en los ceramistas locales e inspirar la imitación de tales objetos. Este tipo de cerámica, junto con posibles imitaciones de carácter local, ha sido encontrada también en Biblos,

[88] Lesley Fitton (2002), pp. 63-64.
[89] Warren (1995), p. 2 y (2005), pp. 223-225.
[90] Phillips (1997), p. 411.

donde sobresalen particularmente dos copas de plata de forma semiesférica provistas de decoración espiral en relieve que cabría interpretar como importaciones cretenses o como imitaciones locales de la cerámica minoica, y en Ugarit, donde se han encontrado algunos fragmentos de cerámica cretense, así como imitaciones locales de esta cerámica minoica[91]. También se han encontrado algunos fragmentos de cerámica de Kamarés en Chipre y en localidades de la costa sirio-palestina como Beirut, Qatna y Hazor.

Otro posible caso de transferencia en el que la iconografía religiosa egipcia puede haber desempeñado un cierto papel es el de la diosa hipopótamo egipcia Taweret que, tal como ha demostrado Judith Weingarten, pasó a convertirse en el «genio» minoico o espíritu de la fertilidad, un tipo de figura frecuente en las escenas rituales minoicas a la que se representa usualmente portando agua o esparciéndola sobre la vegetación o sobre piedras sagradas[92]. El proceso de adopción se inició ciertamente durante el periodo de los primeros palacios, y aunque no sabemos si la diosa egipcia aportó algo de su significado original dentro del panteón cretense, lo cierto es que las figuras que fueron adoptadas a partir de ella se convirtieron en puramente minoicas tanto desde el punto de vista de su contexto como de su significado.

Otro indicio de la posible influencia de la iconografía egipcia sobre el arte cretense serían las placas de terracota procedentes del barrio Mu, en Malia. Destacan en este sentido una esfinge de carácter predominantemente egipcio, con la barba propia de Osiris y la cola, mientras que el rostro parece claramente minoico[93], o un gato que presenta también ciertos paralelismos egipcios si bien no resultan del todo exactos. Sin embargo, el tema ha suscitado algunas dudas ante la posibilidad de que estos apliques hubieran sido fabricados en la isla y a la vista del más que probable origen anatolio para el caso de la esfinge[94], que implicaría además una transferencia simbólica mediante la que un símbolo de autoridad egipcio pasaría a desempeñar dicha función dentro del contexto minoico.

Otras dos piezas que revelan la posible existencia de procesos de transferencia iconográfica e ideológica entre el mundo cretense y el egipcio son el hacha de Ahmose, el faraón de la dinastía XVIII conquistador de Avaris, y la daga de su madre, Ahhotep[95]. Ambas piezas fueron encontradas en la tumba de la reina y presentan una estrecha conexión con el periodo de los hicsos, aunque datan técnicamente del Imperio Nuevo. El hacha constituye un poderoso símbolo de la religión minoica, adoptado y adaptado como símbolo de poder político en Egipto, y el motivo del león

---

[91] Lesley Fitton (2002), pp. 96-97.
[92] Weingarten (1991).
[93] Poursat (1980), pp. 116-118.
[94] Aruz (2008), p. 86.
[95] Kantor (1947), pp. 63-64 y Hankey (1993c).

que decora la daga expresa el modo egeo de simbolizar el poder y la velocidad. La factura egea de la decoración de ambas piezas resulta igualmente clara si tenemos en cuenta que el grifo que figura sobre la hoja del hacha tiene las alas decoradas con el motivo de pluma con muescas, que ya Evans consideró claramente minoico y que aparece ahora confirmado por la aparición del mismo motivo en la figura del grifo de Tera, o el claro origen egeo de la figura del león cazando un toro, en posición de salto en un escenario rocoso, que aparece en la daga de Ahhotep, propuesto igualmente por Evans. Quizá también podría tener origen egeo, aunque esta vez resulta algo más discutible, la posición de galope volante de los animales que son atacados por una figura humana en su representación sobre el mango de plata y oro de la daga del rey hicso Apophis[96].

Otros ejemplos de esta transferencia iconográfica son la pintura de grandes plantas de papiro que aparece en la casa de las Damas de Tera, que ya en su día Nino Marinatos abogó por su derivación de la forma iconográfica egipcia; la punta de oro de un largo alfiler de plata hallado en una tumba de Micenas en la que se representa a la gran diosa de la religión minoica con su guirnalda de papiro y lirio, considerado ya una obra de carácter minoico; y los largos palos fijados a las fachadas de los edificios de los santuarios minoicos que conocemos a partir de sus representaciones sobre vasijas de piedra con escenas en relieve, en pinturas murales y en sellos que contienen escenas de culto. Dichos mástiles pueden haber servido de símbolos del sol en Egipto, y su valor simbólico en términos generales, tanto en Creta como en Egipto, habría sido el de marcadores del espacio sagrado, a la manera de las dobles hachas en hojas de bronce erigidas sobre mástiles en los santuarios minoicos[97].

En busca de un contexto histórico

Ciertamente, no resulta una tarea fácil tratar de integrar toda esta serie de testimonios, aparentemente ilustrativos, dentro de un contexto histórico coherente que nos permita apreciar el alto grado de diversidad y complejidad que alcanzaron los mecanismos de intercambio y contacto entre el mundo egeo y las civilizaciones orientales, así como la percepción de una dinámica histórica que se extendió en la larga duración de todo un amplio periodo cronológico que tuvo, sin duda, sus puntos de inflexión e intensidad. La existencia de alguna clase de contacto entre el mundo egeo y el oriental se remonta seguramente muy atrás en el tiempo, incluso a los inicios de la Edad del Bronce, como muestra la presencia en Creta, desde esta época temprana, de materias primas como el marfil de hipopótamo,

96 Smith (1965), p. 155.
97 Warren (1995), pp. 9-10.

las piedras preciosas y el oro, o algunos objetos exóticos como sellos de marfil con formas y diseños típicamente egipcios, vasijas de piedra, cuentas de fayenza y discos de forma globular y esférica. Ciertamente, aparecen en pequeñas cantidades que resultan, en conjunto, poco significativas, lo que nos lleva a suponer que dichos contactos tuvieron un carácter más bien esporádico y se produjeron seguramente por vía indirecta, ya que resulta complicado imaginar para este periodo la existencia de un proceso de intercambio regular y continuado que se sustentara en bases políticas y económicas de carácter estable.

Los primeros contactos sustanciales entre Creta y Egipto se produjeron posiblemente durante el periodo que, en la cronología arqueológica cretense, se denomina Minoico Antiguo III y Minoico Medio I A, correspondiente al lapso de tiempo comprendido entre 2200 y 1900 a.C. Es efectivamente durante este periodo cuando se detecta en el registro arqueológico una cierta intensificación de los intercambios, que a su vez pudieron haber desempeñado su papel como elemento de aceleración y diversificación de la cultura minoica en el tiempo inmediatamente anterior a la fundación de los primeros palacios. Cuando los complejos palaciales se instauraron en Creta como forma de organización sociopolítica, los contactos con el exterior alcanzaron mayor definición, frecuencia e intensidad, ya que dichos complejos se convirtieron de inmediato en los verdaderos impulsores de los intercambios a larga distancia al proporcionar los incentivos necesarios para ello, como la obtención de materias primas, particularmente metales, y al llevar a cabo las inversiones e infraestructuras imprescindibles para poder realizar tales actividades. Algunos estudiosos han sugerido incluso la posibilidad de que estos contactos exteriores con un mundo en el que predominaban este tipo de estructuras sociopolíticas hubiera propiciado la emergencia de los propios palacios cretenses[98]. Es efectivamente posible, aunque no del todo seguro, que los minoicos aprendieran del exterior cuestiones tan decisivas como la construcción de grandes edificios como centros políticos y religiosos y un complejo sistema de administración basado en los sellos y la escritura. Sin embargo, la posible adopción de ideas externas no impidió que la propia idiosincrasia cretense imprimiera sus propias señas de identidad a la hora de poner en marcha y desarrollar tales estructuras, haciendo de la cultura minoica un fenómeno particular y distintivo dentro de un mundo más amplio en el que estos complejos palaciales como centros políticos y administrativos constituían el modelo imperante.

Tras la fundación de los palacios, Creta se convirtió en un protagonista si no de primer orden, sí al menos lo suficientemente significativo dentro del contexto internacional del momento a un nivel que no había alcanzado hasta entonces. Asumió su papel correspondiente como fuente de

---

[98] Cherry (2010).

productos acabados y centro difusor de los esquemas iconográficos asociados a ellos, así como de receptora final –de manera directa o a través de intermediarios– de objetos y bienes de prestigio procedentes del exterior, cuando no de algunas de las ideas y funciones que estaban estrechamente vinculadas a ellos, casi siempre adaptadas convenientemente a su nuevo contexto cultural e ideológico.

Durante el periodo de los segundos palacios se intensifican también las evidencias de contacto con Egipto a través del hallazgo de cerámica minoica en el país del Nilo y de una serie de referencias a un lugar denominado *Keftiu,* que parece referirse a Creta, en algunos textos de la dinastía XVIII. De la misma forma, se encuentran también en Creta productos procedentes de las costas sirio-palestinas, como las típicas ánforas cananeas, y cerámica chipriota, lo cual se corresponde con una menor cantidad de cerámica minoica hallada en aquellos lugares. Las rutas marítimas que unían entre sí los diferentes puntos de la cuenca oriental del Egeo, desde Egipto a Creta, pasando por las costas sirio-palestinas y Chipre, continuaba vehiculando un tráfico notable de mercancías, entre las que los metales y las materias primas constituían el principal foco de atención, que ha dejado sus huellas en un registro arqueológico sin duda no lo suficientemente expresivo de la intensidad y agilidad de todo este proceso en el que los objetos de lujo desempeñaron también un papel considerable.

En el siglo siguiente (1525-1425 a.C.) contamos también con evidencias de contactos esencialmente económicos y políticos. Materias primas procedentes de Egipto, como el alabastro, parecen seguras, y es posible que también procedieran de allí el cristal de roca (usado para vasos, gemas, cuentas e incrustaciones), la amatista (para cuentas y sellos) y la cornalina (para sellos y joyería). También el marfil de elefante e hipopótamo, que continuó en uso, pudo tener su origen en Egipto, pero existen también otras posibilidades en este campo como el noroeste de Libia o Siria, zonas en las que también Egipto se proveía de este tipo de material. También el oro, que siguió en uso durante el periodo neopalacial, pudo tener su origen en Egipto, cuyas minas proporcionaban en tiempos de Tutmosis III un rendimiento anual de 259 kg. Materias exóticas como los huevos de avestruz, las conchas de tridacna o la malaquita pudieron haber tenido también su origen en el país del Nilo. Es incluso probable que llegaran al Egeo animales salvajes vivos como monos, ya que su presencia en las pinturas murales de Cnosos y de Tera, en una extraordinaria variedad de poses y con cierto conocimiento de los detalles anatómicos, podría evidenciar la contemplación directa de dichos animales por parte de los artistas que los representaron, una circunstancia que podría extenderse también a los antílopes y a alguna ave exótica como la grulla coronada del Sudán[99].

---

[99] Cameron (1968).

El tráfico de materiales y mercancías también se produjo en la dirección contraria, desde el Egeo hacia Egipto. En este sentido apuntan los arcos compuestos egipcios, fabricados posiblemente con cuernos de la cabra salvaje cretense, tal como se desprende de las pinturas en tumbas de la época de Tutmosis III[100], la judía de *Keftiu,* que aparece registrada en el Papiro Ebers, aceites de oliva y sésamo, que pudieron ser considerados susceptibles de importación por parte de Egipto, o el liquen o líquenes, cuyos restos se han hallado en las tumbas de las dinastías XI-XII y comienzos de la XIII, así como en los abdómenes de las momias de las dinastías XIX y XXI[101]. El que no se hayan encontrado restos de dicha planta en Creta no constituye un grave inconveniente para sustentar su exportación a Egipto, ya que no ha podido subsistir en el suelo de la isla, pero quizá podría apuntarse también la posibilidad de otros lugares de aprovisionamiento como la isla de Samos, donde también crece esta planta. Las plantas y sus propiedades curativas o farmacológicas pudieron haber estado también implicadas en los intercambios entre Egipto y el Egeo, al igual que la comunicación de los conocimientos médicos y prácticas mágicas cretenses a Egipto, tal como podría deducirse de la referencia a una fórmula contra la enfermedad asiática «en la lengua de los *Keftiu*» que aparece en el Papiro Médico de Londres, que es una copia de finales de la dinastía XVIII pero deriva de un original más antiguo que puede datarse en un periodo incluido entre finales del segundo periodo intermedio hasta el tiempo de Amenhotep III[102].

Pisamos sobre un terreno algo más firme cuando se trata de identificar en el registro arqueológico productos acabados egipcios que llegaron a Creta a lo largo de los siglos XVI y XV a.C. La evidencia más abundante consiste en los vasos de alabastro que fueron quizá transportados con el propio material en bruto destinado más tarde a la elaboración de vasos minoicos. Aunque la mayoría pertenece a la época de Amenhotep III, como el grupo de la tumba real de Isopata, cerca de Cnosos, es posible que algunos de ellos arribaran a Creta a comienzos del Imperio Nuevo, como podría ser el caso de la pequeña ánfora de alabastro procedente de la tumba de Katsamba que lleva inscrito el cartucho de Tutmosis III. Otros llegaron también durante este periodo a Hagia Triada, Cnosos, Malia, Palecastro y Zakros. Contamos también con una magnífica serie de vasos de piedra egipcia adaptados a las formas minoicas en Creta, algunos de los cuales fueron enviados, tras su elaboración, al continente griego. Los minoicos copiaron también formas egipcias en piedras locales dentro de un proceso que se retrotrae seguramente hasta el periodo protopalacial y que alcanzó su momento de máxima

---

100 Wachsmann (1987), pp. 78-92.
101 Merrillees y Winter (1972).
102 Warren (1995), p. 7.

extensión durante los primeros tiempos del Minoico Tardío[103]. Otra clase de objeto egipcio que fue importado a Creta fueron las cerámicas anfóricas de almacenaje, seguramente con su propio contenido, que desconocemos, descubiertas en el puerto cretense de Kommos, así como cuencos y pies de olla de fayenza hallados en Cnosos y datables en el siglo xv a.C.[104].

El propio Egipto también recibió a su vez, durante el Imperio Nuevo, productos acabados procedentes del Egeo, como cerámica fina con sus probables contenidos, que han sido objeto de discusión apuntándose en la dirección de los aceites perfumados. Parece igualmente seguro que productos textiles con elaborados esquemas bordados fueran exportados desde Creta a comienzos de la dinastía XVIII. Elizabeth Barber ha demostrado que un considerable número de motivos pintados que aparecen en las tumbas egipcias podrían derivar de textiles egeos y, probablemente, de cuero decorado[105]. Los textiles figuran, de hecho, entre los productos que portan los miembros de la supuesta embajada que aparece representada en la tumba de Menkheperreseneb. La mencionada estudiosa norteamericana ha sugerido incluso la posibilidad de que tejedoras cretenses hubieran residido en Lahun durante la dinastía XII. Los modelos de tejidos pintados en los frescos minoicos tardíos y de Tera no dejan lugar a dudas acerca de la cualidad y abundancia de vestidos tejidos y complejamente bordados durante la primera parte del periodo neopalacial.

Sin embargo, el producto que resulta más fácilmente identificable por su particular resistencia continúa siendo la cerámica. Es verdad que la cantidad de cerámica cretense hallada en Egipto y en diferentes lugares de Oriente Próximo no constituye un fenómeno especialmente relevante, pero su distribución a lo largo de la ruta comercial que discurría por toda la cuenca oriental del Egeo revela la importancia, mayor o menor, de los productos cretenses dentro de esta red de intercambios en la que, sin duda alguna, los cretenses compartían protagonismo con otros agentes de la zona que podrían también haber transportado en sus naves bienes y productos de este origen. No poseemos evidencias acerca del papel que desempeñaron los complejos palaciales en todo este proceso, pero resulta difícil imaginar que las naves cretenses que pudieron verse implicadas en el intercambio de productos hubieran podido quedar al margen de la poderosa influencia que dichos complejos ejercían como centros de poder y consumo. Una alternativa mucho más factible es suponer que estos navegantes contaran con el apoyo y supervisión de los complejos palaciales a la hora de emprender sus viajes y realizar sus actividades, con independencia del grado de adscripción o dependencia que mantuvieran respecto a ellos. A la vista del testimonio que se desprende de los naufragios de Gelidonia y Uluburun, el principal carga-

---

[103] Warren (1995), p. 8.
[104] Watrous (1992), pp. 162-163.
[105] Barber (1991).

mento de las naves (metales o algún tipo de productos perecederos) estaba destinado principalmente al consumo de los gobernantes, y su parada final serían los almacenes de los principales centros de poder. Sin embargo, dicha circunstancia no impedía que los capitanes de barcos y algunos miembros de la tripulación realizaran sus propias transacciones ocasionales en bienes casuales como la cerámica y objetos de adorno. Este sería el caso de algunas formas de cerámica que parecen poco adecuadas para haber servido como recipientes de cualquier tipo de productos y que acabaron, finalmente, entre los restos de las casas de una ciudad egipcia.

El protagonismo cretense por parte del ámbito egeo dentro de la red de intercambios del Mediterráneo oriental pasó a manos de los micénicos a partir de mediados del siglo XV a.C. No conocemos la naturaleza exacta de las relaciones existentes entre la civilización minoica y el mundo micénico, pero lo cierto es que, tras un periodo de intensas relaciones entre los dos ámbitos, la presencia micénica en la cuenca oriental del Egeo acabó imponiéndose por completo durante los siglos XIV y XIII a.C. No parece probable que nos hallemos ante un escenario en el que la sustitución del dominio minoico por el micénico fuera el resultado de una simple conquista militar. Posiblemente los emprendedores micénicos supieron sacar partido de la debilidad minoica, cuyas causas precisas resultan también un tanto elusivas. Los niveles de destrucción que presentan algunos de los establecimientos cretenses parecen más propios de una catástrofe natural cuando los daños son generalizados o, cuando el nivel de destrucción presenta un carácter altamente selectivo, podría indicar el resultado de una insurrección local. Fuera como fuese, el hecho es que los productos micénicos se impusieron en el mercado internacional de la época, desde Egipto a Oriente Próximo, dentro de una extensa red de intercambios que adoptaba diferentes fisonomías, desde el comercio impulsado y protegido por los propios complejos palaciales, entre los que se incluía el intercambio formal de regalos reales entre los propios dirigentes políticos, a la actividad más o menos regulada de comerciantes individuales que recorrían de forma itinerante los diferentes puertos de la zona en busca de los productos más demandados en todo este ámbito, tal como han puesto de relieve los restos de los naufragios ya mencionados encontrados en las costas meridionales de Asia Menor[106].

La presencia de objetos de procedencia micénica abarca un extenso espacio geográfico, desde el Mediterráneo central y occidental hasta las costas sirio-palestinas y Egipto, con interesantes derivaciones, seguramente de carácter esporádico y ocasional, hacia el interior del continente europeo, de donde procedían productos como el ámbar, utilizado en la elaboración de algunos objetos ornamentales encontrados en las tumbas reales micénicas. La emergencia de Micenas como protagonista en el escenario internacional

---

[106] Burns (2010), pp. 8 ss.

parece algo evidente a juzgar por la presencia de una abundante cantidad de cerámica micénica del tipo más fino en la ciudad de Tell el-Amarna, dentro del espacio del propio palacio real, o en la tumba del visir de Amenhotep III en Saqara[107], y por la posible visita de una embajada egipcia a tierras del Egeo que estaría documentada en la lista de topónimos egeos del templo funerario de Amenhotep III en Kom el-Hetan, una circunstancia que estaría también refrendada por el hecho significativo de que de los veintiún objetos con el cartucho de un faraón nada menos que doce pertenecen al mencionado Amenhotep III y su esposa[108].

Los contactos micénicos con Egipto continuaron durante el reinado de Akenatón, el denominado faraón hereje, e incluso en tiempos posteriores, a pesar de la relativa ausencia de objetos de procedencia micénica en tierras egipcias tras el reinado de dicho faraón. Como ha señalado Eric Cline, es probable que nos hallemos ante un accidente más de la investigación arqueológica dado el hallazgo de cerámica micénica en la tumba de Maya, el tesorero de Tutankhamón, o el escarabeo de fayenza de Horemheb encontrado en Cnosos, por no mencionar los objetos de fabricación egipcia descubiertos en el pecio de Uluburun, cuya datación correspondería precisamente al periodo inmediatamente posterior a la época de Amarna[109]. Las numerosas importaciones egipcias halladas a lo largo del Egeo en contextos cronológicos correspondientes al siglo XIII a.C. y la considerable cantidad de vasos micénicos encontrados en Egipto en el contexto cronológico de la dinastía XIX ponen de manifiesto que las relaciones entre dichos ámbitos habían retornado a su punto álgido, si es que había tenido lugar la supuesta decaída antes referida en el curso de la dinastía XVIII.

Sin embargo, los principales testimonios con que contamos a la hora de reconstruir un escenario histórico plausible para los intercambios que tenían lugar en el Mediterráneo oriental en estos momentos del periodo final de la Edad del Bronce y de intentar identificar con algunos visos de posibilidad la identidad de sus protagonistas principales son los dos naufragios, ya comentados, de Uluburun y Gelidonia, datados respectivamente a finales de los siglos XIV y XIII a.C., que constituyen los restos de dos grandes barcos mercantes, destinados a la realización de largos trayectos por mar, que iban haciendo su ruta de Este a Oeste cuando resulta-

---

[107] Sobre la cerámica micénica en Egipto, que ya fue hallada por Flinders Petrie durante sus excavaciones en la ciudad de Amarna en la última década del siglo XIX, véanse Hankey (1993) y Hankey y Aston (1995).

[108] En este sentido, Cline (2009) y Jasinck (2005b), pp. 214-215, que incluye también como posible testimonio de estas relaciones micénicas con Egipto el pasaje de los anales de Tutmosis III en el que se hace referencia al tributo del príncipe de *Tanaja,* que podría identificarse con Micenas. Cline (1991d), p. 42, aboga también por la posible presencia de una embajada egipcia en Micenas en época de Amenhotep II sobre la base de los dos monitos de terracota, hallados respectivamente en Tebas y Tirinto, que llevan el cartucho de dicho faraón. Más recientemente, Phillips y Cline (2005).

[109] Cline (1993), pp. 28-29.

ron fatalmente hundidos en el fondo del mar por circunstancias concretas que desconocemos. Entre los restos de ambas embarcaciones se han encontrado evidencias de la comida de sus respectivas tripulaciones, seguramente de carácter internacional al igual que sucede hoy en día, y pequeños objetos que pertenecían al patrimonio personal del capitán de la nave o de algunos de sus tripulantes, reunidos seguramente en el curso de la ruta a lo largo de los diferentes puertos de arribada por los que había discurrido el viaje hasta el momento del naufragio[110].

La variada procedencia de los materiales encontrados a bordo y la extraordinaria diversidad cultural que predomina en todos los objetos elaborados, especialmente en el caso del pecio de Uluburun, dificulta una identificación precisa del origen de ambas embarcaciones, si bien la utilización de un determinado tipo de ancla de piedra en el caso del barco naufragado en Uluburun apunta hacia un contexto sirio-palestino. George Bass, el excavador principal de ambos pecios, propuso un origen fenicio o cananeo para la nave del cabo Gelidonia, si bien es más probable que se tratara de una embarcación chipriota. Uno y otro barco muestran, de cualquier modo, el carácter internacional de las redes comerciales que discurrían a lo largo de las costas del Mediterráneo oriental durante todo este periodo[111].

El contenido del barco naufragado en Uluburun constituye un auténtico microcosmos de las redes comerciales y marítimas que conectaban el Egeo con Egipto y Oriente Próximo durante este periodo de finales de la Edad del Bronce. Contenía diez toneladas de lingotes de cobre procedente de Chipre, casi una tonelada de lingotes de estaño de procedencia desconocida, más de ciento cincuenta lingotes de vidrio en varios colores, pigmentos, resina de terebinto, maderas preciosas, marfil, grandes tinajas –del tipo denominado canaanita– repletas de cerámica micénica y chipriota, joyas de plata y oro, pesos de bronce, huevos de avestruz y otra serie de objetos menores entre los que figuran un escarabeo de oro de Nefertiti, caparazones de tortuga destinados a ser utilizados como instrumentos musicales, sellos mesopotámicos o una tablilla de madera plegable con bisagras de marfil y sus correspondientes rebajes internos, en su día rellenos de cera, que estaba destinada a la escritura. El cargamento refleja así el mundo internacional de Oriente Próximo tal como aparece reflejado en las cartas de El-Amarna, que ya señaló en su día Bass, y la naturaleza precisa y los porcentajes aproximados de los objetos y productos de origen oriental encontrados a lo largo del ámbito egeo durante el Bronce tardío, según ha indicado Eric Cline[112].

El cargamento del navío naufragado en el cabo Gelidonia contenía principalmente lingotes de bronce y de cobre en forma de piel de buey,

---

110 Peyronel (2008), pp. 174-185 y Cline (2009), pp. 100-105

111 Bass (1987) y (1998) y Pulak (1997), y (2001).

112 Cline (2009), p. 100. Un amplio muestrario de este barco y del cargamento que portaba, en Yalçin, Pulak y Slotta (2005).

herramientas de bronce rotas almacenadas en cestos de mimbre destinadas seguramente a su reciclaje, algunos escarabeos, un sello de forma cilíndrica procedente de Siria y cerámica de uso doméstico. La mayor parte de su cargamento era así de procedencia sirio-palestina o chipriota y esa pudo haber sido también la procedencia original de la nave. A diferencia del caso de Uluburun, el contenido del barco naufragado en el cabo Gelidonia representaría, en opinión de Cline, la aventura de un comerciante privado que iba recorriendo el Mediterráneo oriental de puerto en puerto como una empresa personal en busca del beneficio económico[113]. Uno de los muchos agentes y procedimientos a través de los cuales circularon los materiales y bienes de consumo dentro de todo este ámbito geográfico, cuando no también las ideas y motivos artísticos estrechamente asociados a ellos.

A pesar de las dificultades «de carácter técnico», que imponen serias restricciones a la hora de reconstruir el escenario histórico y dejan abiertos numerosos interrogantes, la existencia de una extensa red de conexiones en todo el ámbito oriental del Mediterráneo de la que formaban parte, con un grado mayor o menor de implicación y protagonismo, los reinos micénicos, parece constituir un hecho indudable. Este intenso entramado de relaciones de carácter político y comercial, que encuentra su reflejo textual correspondiente en las célebres cartas de El-Amarna, en los archivos reales de Hattusas o en los de la ciudad de Ugarit, abarcaba desde el Egeo y las costas anatolias a Egipto y las tierras del interior mesopotámicas, pasando por Chipre y las costas sirio-palestinas. El impulso dado a las nuevas tecnologías de navegación (con el desarrollo de auténticos barcos mercantes capaces de navegar en mar abierto[114]) y una economía comercial (hasta cierto punto equilibrada, en la que participaban tanto iniciativas individuales como empresas auspiciadas por los complejos palaciales y que canalizaba la circulación de materias primas, especialmente metales, y productos elaborados) contribuyeron de manera decisiva a la promoción de esta poderosa red de intercambios, que se sustentaba a su vez sobre la producción creciente de una industria artesanal desarrollada sobre todo en los centros urbanos emergentes del Mediterráneo oriental como Ugarit en el norte de Siria, Enkomi en Chipre, Kommos en Creta, o Ura en Cilicia occidental.

Una parte significativa de este comercio estaba compuesta por una amplia gama de objetos de lujo, como vasijas, muebles, armas y textiles, elaborados con materiales valiosos como el oro, la plata, el marfil, el alabastro o la fayenza, destinados al consumo de las elites gobernantes en el Mediterráneo oriental y en Oriente Próximo, cuyo eclecticismo en su iconografía, estilo, tecnología y materiales usados provocó un cierto descon-

113 Cline (2009), 101

114 Casson (1991), pp. 6-22; Meijer (1986), pp. 1-10; Morrison (1980), pp. 9-13 y Wachsmann (1998), pp. 123 ss.

cierto entre los estudiosos, a la vista de las dificultades existentes a la hora de determinar su precisa asignación artística o su centro de producción originario. Surgió así el ambiguo término de «estilo internacional» como etiqueta práctica con la que designar todo este material en cuya elaboración y ornamentación se han entremezclado diferentes temas y motivos hasta un punto de «hibridación visual consciente», tal como ha señalado recientemente Marian Feldman. El objetivo sería evitar el predominio definido de cualquier cultura que pudiera sentirse como extranjera o ajena a dicho contexto y construir un lenguaje visual común que contribuyera a cimentar las relaciones mutuas de los participantes y a crear la sensación de exclusión entre todos aquellos que habían quedado fuera de tan privilegiado círculo, ya que sus diferentes miembros trataban por todos los medios de mantener la paridad y el reconocimiento dentro de dicho ámbito en un proceso en el que el estatus no estaba fijado para siempre, sino que implicaba la negociación habilidosa y constante por parte de sus protagonistas con el predominio de la diplomacia sobre el simple recurso a la fuerza de las armas[115].

La participación del mundo micénico dentro de todo este entramado parece evidente a la vista tan solo de los numerosos objetos de procedencia oriental y egipcia hallados en Micenas, como vasijas de fayenza, sellos de forma cilíndrica, escarabeos, ánforas cananeas, diversos objetos de bronce, cristal, piedras preciosas y marfil. La mayoría de ellos son objetos de reducido tamaño y de escaso o nulo valor funcional, salvo las ánforas cananeas utilizadas seguramente como contenedores de otros productos como vino, resinas, aceites o cuentas de vidrio, por lo que cabría interpretarlos, según ha propuesto Eric Cline, como las «baratijas» o los restos visibles derivados del comercio internacional a mayor escala en otros productos fundamentales como metales, vino, aceite, grano y textiles[116]. La presencia de cerámica micénica en diferentes lugares situados a lo largo de las costas sirio-palestinas testimonia igualmente la importancia alcanzada por los reinos micénicos dentro del comercio internacional de este periodo, particularmente en Ugarit, donde aparecen además tipos que apenas se han detectado en otras partes y donde se ha sugerido incluso la posibilidad de que llegara a albergar una «colonia» de comerciantes micénicos[117].

---

[115] Feldman (2006) prefiere hablar en cambio de «una koiné artística internacional» resultado de la adopción activa y la mezcla de elementos particulares derivados de varias tradiciones artísticas culturalmente definidas cuyos motivos primarios, como criaturas fabulosas o vegetación exuberante, se hallan relacionadas con la legitimidad y el poder de la realeza y simbólicamente asociadas con el bienestar de la sociedad y el estado. Sobre el estilo internacional, véase Caubet (1998). Sobre la transferencia de motivos artísticos, Crowley (1989).

[116] Cline (1995).

[117] Esta posibilidad fue ya sugerida en su día por Claude Schaeffer, el excavador de Ugarit; Schaeffer (1937). En general, sobre las relaciones de los micénicos con Oriente Próximo, véanse Jasink (2005b), Bell (2005) y Vanschoowinckel (2006).

La enorme importancia de Ugarit en el contexto del comercio internacional durante los siglos XIV y XIII a.C. ha sido puesta de manifiesto no solo por los hallazgos arqueológicos realizados *in situ,* sino también por los textos encontrados en sus archivos que revelan la presencia de las diferentes lenguas y sistemas de escritura vigentes en Oriente Próximo durante este periodo, haciendo del lugar un auténtico punto de encuentro de las diferentes culturas abocadas a la cuenca del Mediterráneo oriental[118]. A pesar de la ausencia de informaciones textuales acerca de los vínculos comerciales con el Egeo, a diferencia de lo que sucede con el resto de los protagonistas implicados en esta red de intercambios internacional, la existencia de relaciones comerciales con el mundo micénico queda bien probada por los hallazgos arqueológicos, especialmente por los vasos micénicos, la mayoría procedentes de la Argólide, encontrados en el lugar cuya cantidad es tan solo superada por los ejemplares de cerámica chipriota[119]. No se trataba tan solo de vajilla de calidad, provista de representaciones figuradas con escenas de carros, cuya ausencia en suelo griego parece indicar su destino exclusivo como productos de exportación, sino también de contenedores de aceite o perfume, como algunos pequeños vasos micénicos del tipo de las píxides, vasos con estribo y cantimploras, y pequeñas figurillas en forma de toro o de las letras griegas *fi* y *psi* además de ritones zoomorfos. La significativa presencia de términos de origen semítico en las tablillas de lineal B que aluden a productos comerciales, ya mencionados, como el comino, el sésamo, el oro, el marfil o la pasta de vidrio azul, resulta igualmente ilustrativa de la existencia de tales relaciones[120]. La producción de textiles de lino y aceite perfumado en cantidades industriales, organizada desde el palacio, ha quedado confirmada por el elocuente testimonio proporcionado por las tablillas de Pilos, que evidencian el tipo de materiales que circulaban en la dirección opuesta como productos de intercambio dentro de esta extensa red comercial.

Un mundo, en definitiva, en el que las aparentes fronteras entre los diferentes estados y comunidades, su diversa naturaleza y envergadura o la distancia física que los separaba no impidieron la circulación de materias, productos e individuos que propiciaron procesos de interacción que vehiculaban la transferencia de tecnología y estilos, o la comunicación de creencias e ideas de unos lugares a otros, con una frecuencia e intensidad

---

[118] Monchambert (2004).

[119] Bell (2005) señala la posibilidad de que fueran los chipriotas de Enkomi los auténticos intermediarios que hubieran transportado la cerámica micénica hasta Ugarit, a la vista de las diferencias que existen entre este lugar y Sarepta, en la costa del Líbano, donde la relación comercial con el mundo micénico parece haber operado de forma más directa, a juzgar por la cantidad de cerámica encontrada frente al resto de los establecimientos de la zona y su desproporción con los hallazgos de cerámica chipriota.

[120] Duhoux (1988); Palaima (1991), pp. 278-279 y Shelmerdine (1998). En general sobre el tema, Masson (1967) y Szemerenyi (1974).

que fue variando con el curso de los tiempos y a tenor de las circunstancias políticas imperantes en todo este amplio contexto geográfico. Los procesos de interacción derivados de un amplio espectro de actividades, que solemos etiquetar bajo el término más genérico de comercio, pero cuyo funcionamiento preciso y la identidad específica de sus agentes resulta casi imposible de definir y deslindar, favoreció el desarrollo político y socioeconómico de las comunidades más débiles en este apartado o que no desempeñaban el papel principal y protagonista dentro de todo el sistema, como era el caso de los estados egeos, ya que proporcionó productos alimenticios y objetos de lujo, propició el surgimiento y consolidación de nuevos oficios y expresiones artísticas y dio nueva forma a las estrategias de prestigio y poder[121]. La emergencia de los complejos palaciales cretenses y de las elites micénicas, enterradas en las tumbas de pozo dentro de una dinámica política y cultural en estrecha asociación con la presencia y afluencia de materiales exóticos procedentes del ámbito oriental, parece un fenómeno indiscutible[122].

Lejos de la pretensión formulada por sir Arthur Evans, quien atribuía la formación de la civilización minoica al movimiento de gentes procedentes de África y Asia occidental, hoy en día parece claro que el papel desempeñado por el intercambio exterior con vecinos más desarrollados y sofisticados como los estados de Oriente Próximo y Egipto resultó decisivo en el proceso de cambios que acabó estructurando, desde una perspectiva interna, las sociedades egeas. La importancia del viaje y la adquisición de productos exóticos como resortes de poder, destacada en su día por Mary Helms, y de la demanda y el consumo de exhibición *(conspicuous consumption)* dentro de las sociedades que participaban en este sistema de intercambios, apuntada por Andrew y Susan Sherratt, que conduce a una fase final en la que la producción local resulta estimulada y reestructurada por este comercio externo, constituyen dos factores determinantes de todo este proceso[123]. Según fue aumentando la escala de intercambios a lo largo de la Edad del Bronce, la diversidad y complejidad de los ámbitos y agentes de interacción debió haberse incrementado también de forma paralela, por lo que es muy probable que coexistieran durante todo este periodo diferentes procedimientos y mecanismos de intercambio que, a veces, pudieron resultar complementarios y cuyo rastro, traducido en una evidencia disponible escasa, dispersa y de ambigua interpretación, no nos permite reconstruir sus distintas etapas, con sus correspondientes altibajos, salvo en una manera excesivamente genérica e hipotética, ni identificar con seguridad a sus principales agentes, que tan

[121] Burns (2010), p. 291.

[122] Si bien no se trató de un fenómeno circunscrito a las elites palaciales, a juzgar por su difusión en otros contextos, por ejemplo, en la Argólide; Burns (2010a).

[123] Helms (1988) y Sherratt y Sherratt (1991).

solo podemos vislumbrar de tanto en tanto, o definir con precisión los parámetros y estrategias concretas que regulaban estas actuaciones o su incidencia decisiva en la propia dinámica interna de las sociedades participantes.

III

EL LEGADO DE LA EDAD DEL BRONCE

Luces en la oscuridad

La extensa red de intercambios que había funcionado a lo largo y ancho de la cuenca oriental del Mediterráneo durante la parte final de la Edad del Bronce y que implicó un amplio proceso de transferencia a casi todos los niveles entre sus diferentes protagonistas se vio, al menos momentáneamente, interrumpida o alterada al inicio del siglo XII a.C. Fueron tiempos complicados y difíciles, ya que se produjeron una serie de destrucciones en cadena, aunque no simultáneas, y se abandonaron numerosos establecimientos, todo ello acompañado de importantes movimientos de población, que sacudieron con cierta intensidad el equilibrio de fuerzas reinante durante el periodo anterior y rompieron la estabilidad general que propiciaba y facilitaba extraordinariamente todos estos contactos. Estas circunstancias históricas, que parecen bien documentadas por la arqueología y los testimonios escritos, dieron paso a una visión extremadamente pesimista del nuevo periodo que se abría a partir de esos momentos, reconstruyendo una época caracterizada por una imagen decididamente catastrofista, que en opinión de algunos estudiosos llegó a alcanzar incluso dimensiones apocalípticas[1].

La idea de una época oscura *(Dark Age),* un periodo casi carente de historia debido a la desesperante ausencia de fuentes de información textual y a la extremada pobreza material del registro arqueológico, que apenas habría dejado rastros consistentes, se impuso casi sin dificultad entre la mayor parte de los estudiosos[2]. Sin embargo, en la actualidad se ven las

---

[1] El título de la obra de Van Effenterre (1974), *La seconde fin du monde,* resulta bastante significativo a este respecto.

[2] Las dos grandes obras de referencia básicas en este aspecto han sido las de Snodgrass (1971) y Desborough (1972). Más recientemente, dentro de la misma visión catastrofista, Drews (1993).

cosas sin tanto dramatismo y de manera muy diferente gracias al progreso de las excavaciones, que han aumentado de forma considerable nuestra documentación material, y al refinamiento alcanzado por la metodología arqueológica elaborada dentro del terreno de la protohistoria, mucho más atenta a los detalles que una arqueología clásica pendiente en exceso y, a veces, en exclusiva de los grandes monumentos y obras de arte[3]. Esta nueva perspectiva, aunque no ignora la existencia de un cambio sustancial en las estructuras políticas y económicas que habían caracterizado todo el periodo anterior, contempla toda esta época de forma muy diferente. Se ha podido comprobar así que el alcance y las consecuencias de los cambios experimentados en esos momentos no resultaron tan extraordinariamente devastadores como parecía en un principio, hasta el punto de imaginar incluso un escenario compuesto por una serie de comunidades dispersas y aisladas, tremendamente empobrecidas y autárquicas por necesidad, que habían sufrido de este modo las consecuencias directas de una brusca y absoluta interrupción de los intercambios entre unas regiones y otras o del contacto con el mundo exterior, especialmente Oriente, que había constituido uno de los rasgos definitorios de la Edad del Bronce[4].

El colapso sufrido por diferentes entidades políticas, tanto dentro del ámbito egeo como en el de Oriente Próximo, a finales de la Edad del Bronce significó efectivamente la práctica desaparición de los sistemas administrativos rigurosamente centralizados de los complejos palaciales, con sus instrumentos correspondientes como la escritura y la existencia de un artesanado especializado a su servicio que practicaba sofisticadas tecnologías y surtía de bienes de prestigio a las elites gobernantes locales y extranjeras. Sin embargo, estas circunstancias no supusieron la ruptura total de las comunicaciones por las antiguas rutas de navegación ni el final repentino de los contactos entre unas comunidades y otras, aunque cambiaran drásticamente la escala, la frecuencia y el carácter de las intercomunicaciones[5]. Los movimientos de población provocados por las destrucciones siguieron probablemente las rutas bien conocidas por las que había discurrido el comercio desde tiempos inmemoriales por toda la cuenca oriental del Mediterráneo y, en algunos casos, cuando comportaron un traslado definitivo de gentes desde unos lugares a otros, el destino final elegido no eran nuevas tierras hasta entonces desconocidas, sino enclaves bien conocidos que habían sido ampliamente frecuentados durante el periodo anterior, como pudo haber sido el caso de la isla de Chipre o de las costas occidentales y meridionales de Asia Menor[6].

[3] Para una nueva visión del periodo, véanse Raaflaub (1997), pp. 5-7; Schnapp-Gourbeillon (2002) y Deger-Jalkotzy y Lemos (2006). Algunos aspectos parciales en Langdon (1997).

[4] En general sobre el periodo, Dickinson (2006).

[5] Crielaard (1998) y Muhly (2003).

[6] Así Karageorghis (2001) y Muhly (2003).

Uno de los movimientos masivos de población que tuvieron lugar durante este periodo es el de los llamados «Pueblos del Mar», un término de carácter genérico que engloba a una serie de gentes de diverso origen que deambularon por toda la zona oriental del Mediterráneo en busca de pillaje y que aparece mencionado, de forma ambigua y poco concluyente por lo que respecta a su posible identificación, en las inscripciones egipcias de la época que celebran la resonante victoria del faraón contra ellos tras haber rechazado su ataque frontal contra el país del Nilo[7]. Se ha apuntado la posibilidad de que algunos de los contingentes que formaron parte de estas oleadas destructivas tuvieran su origen en el Egeo, ya que entre ellos figuran dos colectivos, designados sucesivamente por las fuentes egipcias como *ekwesh* y *denyen,* que, mediante tentadores paralelismos lingüísticos podrían evocar, respectivamente, los nombres de los aqueos y los dánaos, dos de los términos genéricos con los que aparecen designados los griegos dentro de los poemas homéricos[8].

Los *ekwesh* figuran como principales aliados procedentes de ultramar de los atacantes libios de Egipto que fueron exitosamente rechazados por el faraón Merneptah hacia el 1220 a.C., tal como consta en las inscripciones de Karnak y en la llamada «estela de la victoria» que fue encontrada en Tebas. Al parecer, eran uno de los aliados más importantes de los libios, a la vista del importante número de bajas sufrido, nada menos que 2.201, que solo resulta inferior al de los propios libios, y se menciona de forma expresa su procedencia de los países del mar, tal como consta en la estela de Athribis. Sin embargo, existen importantes dificultades para su ubicación como pueblos egeos, ya que en las representaciones aparecen circuncidados, una circunstancia que no corresponde para nada con el aspecto o la costumbre de las poblaciones egeas de esos momentos, mientras que aparece como una práctica común entre las poblaciones semitas. También existen dificultades desde el punto de vista lingüístico, ya que el sufijo final parece más propio de las tierras anatolias, de donde podrían proceder algunos de los otros pueblos mencionados en las inscripciones egipcias y donde los *ekwesh* podrían encontrar igualmente acomodo si suponemos que se trataba de las gentes de la tierra de *Ke* (Que, en Cilicia)[9].

Uno de los elementos que más favorecen la identificación de este colectivo con los aqueos depende estrechamente de la aceptación de la ecua-

---

[7] El nombre de Pueblos del Mar es una expresión moderna que fue introducida por primera vez por el egiptólogo francés Gaston Maspero a finales del siglo XIX, ya que las inscripciones reales egipcias se refieren a los nombres individuales de los diferentes pueblos que proceden de «en medio del gran verde» o «de las islas». Acerca de su concepción, Silberman (1998). La monografía tradicional sobre el tema es la de Sandars (1978), pero se encuentra hoy algo desfasada. Más recientemente sobre la cuestión, Oren (2000) y Faucounau (2003).

[8] Sandars (1978); Hooker (1982) y Faucounau (2003), pp. 101-131.

[9] Barnett (1975b), p. 365.

ción del término hitita *Ahhiyawa* con los micénicos, ya que en los documentos hititas dicho reino aparece vinculado en ocasiones con los *lukka,* uno de los nombres que también figura, junto con los *ekwesh,* en las inscripciones egipcias, y que aparece implicado en operaciones de piratería y razias por mar contra el territorio dominado por el imperio de Anatolia central[10]. Sin embargo, todavía subsisten numerosos interrogantes al respecto y no puede afirmarse, por tanto, de forma concluyente que al menos una parte de los micénicos, encuadrados bajo esta designación egipcia, participaran de forma activa en este proceso de destrucción y desplazamiento de poblaciones dentro del marco de la cuenca oriental del Mediterráneo, si bien tampoco puede descartarse del todo dicha posibilidad, dada su prácticamente probada presencia en la costas occidentales de Asia Menor en aquellos momentos[11].

El otro de los términos mencionados, *denyen,* presenta también graves problemas para su identificación definitiva con los dánaos[12]. El término figura entre los nombres de los diferentes pueblos procedentes de Oriente que atacaron Egipto en tiempos del faraón Ramsés III en 1179 a.C., cuyo aplastante triunfo sobre las fuerzas invasoras aparece reflejado de forma imponente en los relieves representados sobre los muros del templo de Medinet Habu. Dichos relieves, acompañados de la inscripción correspondiente, describen una batalla naval y un enfrentamiento posterior en tierra que tuvo lugar en Djahi, una localidad situada en algún lugar al sur de las costas sirio-palestinas. Se ha puesto en entredicho la condición de documento histórico de tales relieves a causa de su carácter eminentemente propagandístico e ideológico, ya que su principal objetivo no era describir determinados acontecimientos históricos, sino ensalzar de la manera adecuada las virtudes militares y religiosas del faraón reinante, recurriendo incluso a mencionar entre sus logros hazañas que habían llevado a cabo sus más ilustres predecesores[13].

Los *denyen* mencionados en las inscripciones (donde figuran como *dnjn*) aparecen descritos como gentes procedentes del mar, ya que en el Papiro Harris (el papiro egipcio más largo existente, donde se resumen los acontecimientos más importantes del reinado de Ramsés III, si bien fue preparado por su sucesor en el trono, Ramsés IV) el propio faraón se jacta de haberles dado muerte «en sus islas». Su identificación con los *dánaoi* homéricos fue ya sugerida en su momento por los primeros egiptó-

---

[10] Sandars (1978), pp. 107-115.

[11] Niemeier (1998).

[12] Un estado de la cuestión, en Gardiner (1947), pp. 124-127; Faucounau (2003) y Cultraro (2006), p. 253.

[13] Sobre los relieves y su significación, veánse Sandars (1978), pp. 118 ss.; Drews (1993), pp. 51 ss. y, más recientemente, Drews (2000), donde se menciona la bibliografía relevante anterior acerca del análisis histórico de los relieves que cuestiona seriamente las campañas asiáticas de Ramsés III. Sobre el carácter retórico de las inscripciones, Cifola (1988).

logos que leyeron las inscripciones en el siglo XIX, quienes consideraron que el término era una forma ortográfica revisada del antiguo *Tanaya* o *Tanayu* con el que los egipcios se referían a los habitantes del Egeo, posiblemente los griegos[14]. Una ecuación que quedaría además corroborada por la asociación posterior de la figura de Dánao con Egipto dentro del mito griego, convirtiéndose así en el eco distante de la práctica egipcia de denominar de esta forma a los griegos[15].

Sin embargo, las cosas no son tan sencillas, ya que existen otras posibilidades más factibles. Así, en otros textos egipcios se designa a este pueblo como *danuna,* como en una de las cartas de El-Amarna en la que se menciona a su rey y se sitúa su territorio de origen al norte de Ugarit, o como *dene,* en el *Onomasticon* de Amenope, una lista de nombres de ciudades de Siria y Palestina con sus tribus correspondientes que se data a finales del XII o inicios del XI a.C., y en la famosa inscripción bilingüe de Karatepe, datada en el siglo VIII a.C., se alude al pueblo de los *danunios* dentro de un contexto claramente local perteneciente al espacio geográfico de Cilicia. Todo ello parece aconsejar su identificación dentro de este ámbito del sur de Asia Menor, una zona donde aparece, además, el topónimo Adana, que en la forma Adaniya figura también en los textos hititas más antiguos[16]. También su aspecto exterior, al menos tal como aparecen representados en los relieves de Medinet Habu, vestidos con una especie de gorro compuesto por plumas o hierbas que se agarra con una cinta bajo el mentón, los asimila más bien a otros componentes de los Pueblos del Mar, como los Peleset y los Tjekker, que parecen ubicarse en su origen dentro de este mismo contexto geográfico[17].

No obstante, a pesar de las dificultades de todo tipo que presentan estas dos identificaciones, no puede descartarse por completo la posible presencia de elementos egeos dentro del conglomerado étnico al que se ha denominado Pueblos del Mar, sobre todo si tenemos en cuenta que parece bien probada la presencia micénica en la costa occidental de Asia Menor, concretamente en Mileto, que hay que identificar con la *Millawanda* de

---

[14] Argumentos al respecto, en Carruba (1995). La identificación ha sido igualmente asumida sin resquicios por Bernal en el segundo volumen de su *Atenea Negra.*

[15] Una crítica a esta hipótesis que niega a la leyenda de Dánao cualquier implicación directa con los acontecimientos de la Edad del Bronce, Hooker (1977), pp. 50-51. Sobre la figura de Dánao en este sentido, Gruen (2011), pp. 229-233.

[16] La identificación de los *dnnym* o *danuna* con los antiguos habitantes de Adana parece definitivamente demostrada por Laroche (1958), ya que el término fenicio *dnnym* corresponde siempre en luvita bien al término *adanawa,* bien a *adanawani,* por lo que los danunios no son otros que los habitantes de Adana y de su región. El país, citado bajo ese nombre, *danuna,* podría aparecer también en la lista de ciudades conquistadas en Siria, inscrita sobre el obelisco blanco de Asurnasirpal II en el siglo IX a.C., en las tablillas de Alalakh, bajo la forma *Atanni,* y en una inscripción fenicia hallada en Zincirli de mediados del IX a.C., en la que se menciona que el rey de los danunios había ejercido un cierto dominio sobre el país de Sam'al. Al respecto, Bunnens (1986), pp. 232-233 y Vanschoonwinkel (1990), pp. 195-197.

[17] Finkelberg (2005), pp. 151 ss. y (2006), pp. 111 ss. acerca de la procedencia egea de los filisteos.

los textos hititas, y quizá también en otros lugares de la geografía anatolia meridional y, por tanto, no sería descabellado imaginar que hubieran participado activamente en una prolongada serie de incursiones cuyo principal objetivo parece que era más el saqueo, aprovechando el vacío de poder creado por la situación de inestabilidad imperante en todo el Mediterráneo oriental, que su instalación permanente en otros territorios[18]. La práctica de la piratería por parte de los reinos micénicos no constituía nada fuera de lo habitual y, de hecho, las incursiones hacia Egipto en busca de botín del falso cretense que pretende simular Odiseo podrían constituir un recuerdo inmemorial de tales actividades[19]. Las escuetas y dispersas noticias, siempre procedentes de las fuentes orientales, especialmente egipcias, que tenemos acerca de esta clase de ataques, constituye seguramente tan solo la punta del iceberg visible de un fenómeno mucho más amplio y complejo que afectó a casi todo este ámbito geográfico y a sus zonas periféricas colindantes, entre los que muy bien podría figurar la supuesta realidad histórica enmascarada en la mítica guerra de Troya[20], y que parece más el resultado o síntoma de los disturbios que caracterizaron todo este periodo que la causa directa o el origen de los mismos.

La tradición mítica griega, concentrada en poemas épicos como los *Nóstoi* o la *Melampodia* atribuida a Hesíodo, recoge una serie de noticias acerca de la emigración de algunos héroes griegos hacia las tierras de Oriente tras la guerra de Troya o la destrucción de Tebas a manos de los Epígonos[21]. Así Teucro, el hijo de Telamón, fue hasta Chipre, donde fundó Salamina; Agapenor, el dirigente de los arcadios, se dirigió también hacia la isla, donde fundó a su vez la nueva Pafos; Anfíloco, el hijo de Anfiarao, marchó hacia Panfilia y Cilicia, donde fundó la ciudad de Malos, fundación que comparte en otros testimonios con el adivino Mopso, quien a su vez habría conducido a los emigrados hasta las regiones levantinas de Siria y Palestina[22]. Como señaló Frank Stubbings, todo el periodo de los retornos constituye un relato acerca de naufragios y errares, de es-

[18] Niemeier (1998) y (2005b).

[19] Así en *Odisea* XVII, 425 ss. Sobre las actividades de piratería micénicas, Casson (1991), pp. 44 ss. Sobre la significación del episodio egipcio de la *Odisea,* Froidefrond (1971), pp. 42 ss.

[20] De hecho, el ciclo épico de los *Nóstoi* o retornos de los diferentes héroes que participaron en la guerra de Troya y su dispersión por todos los rincones del Mediterráneo, tanto oriental como occidental, constituyó el modelo mítico apropiado para explicar la presencia griega en el exterior y quizá dar también cuenta, de manera claramente distorsionada, de un fenómeno migratorio generalizado acaecido tiempo atrás que había dejado su rastro dentro de la tradición oral de la que había surgido la poesía épica. Véanse las consideraciones de Malkin (1998) y Finkelberg (2005), pp. 149 ss.

[21] Sus huellas se dejan ver en el texto de Str. XIV, 4, 3 y 5, 16, y Apolod., *Epítome,* 6.

[22] El caso particular de Mopso, que aparecería además confirmado por la aparición del nombre en los documentos orientales, como los textos hititas o la inscripción bilingüe de Karatepe, resulta especialmente significativo de la presencia griega en estas tierras y su reflejo en las tradiciones míticas posteriores. Baldriga (1994); Oettinger (2008), Bremmer (2008) y López Ruiz (2009) y (2010), pp. 41-43.

tablecimientos forzados en tierras lejanas, de regreso a hogares rotos y dominados por las luchas familiares, de las emigraciones consiguientes para construir de nuevo la vida en nuevas tierras[23].

El propio Heródoto se hace también eco de tales tradiciones cuando menciona que Anfíloco habría sido el fundador de la ciudad de Posideo, situada «en la frontera entre cilicios y sirios», que los cilicios recibían antiguamente la denominación de hipaqueos o que los panfilios descendían de los soldados que acompañaron a Anfíloco y Calcante tras la dispersión de los griegos que volvían de Troya[24]. Aunque parece ciertamente difícil imaginar que tales tradiciones se hagan eco fiel de las migraciones acaecidas a finales de la Edad del Bronce y al inicio de la denominada Edad oscura, se ha considerado que la dispersión de cerámica micénica III C fabricada localmente a lo largo de las costas del Mediterráneo oriental, desde Tarso en Cilicia hasta Ascalón en Palestina, vendría a reflejar en el terreno material del registro arqueológico la veracidad esencial de dichas leyendas[25].

La posibilidad de que, al menos en sus inicios, la implantación de los filisteos en Palestina estuviera estrechamente relacionada con los movimientos de población procedentes del Egeo, a la vista de la utilización de formas cerámicas y tecnologías específicamente micénicas, constituye así una vía más, hasta ahora particularmente debatida entre los estudiosos, hacia la presencia de gentes egeas, seguramente micénicos, en estas costas orientales. Sin embargo, a pesar de estas evidencias arqueológicas, a las que se han sumado recientemente algunos elementos cultuales como figurillas de arcilla de una diosa sentada al estilo micénico y una inscripción procedente de Ekron en la que podría aparecer mencionada la griega Potnia, lo cierto es que los filisteos asentados en Palestina quedaron enseguida asimilados al entorno cananeo en el que habitaban, adoptando la lengua y escritura locales así como sus principales divinidades, de forma que su posible legado egeo fue casi olvidado y las influencias locales se convirtieron en preponderantes tras un siglo y medio de asimilación, según ha señalado Moshe Dothan[26].

Sin embargo, existen serias dudas a la hora de trasladar al terreno de la realidad histórica toda esta serie de hipótesis, ya que, a pesar de su tentadora apariencia, no consiguen sobrepasar dicha condición. Así, es muy posible que la cerámica de tipo micénico III C hallada en diferentes lugares del Mediterráneo oriental haya tenido sus comienzos en el periodo precedente al denominado colapso que terminó con la existencia de los complejos palaciales micénicos, pero dada la combinación de elementos

---

[23] Stubbings (1975), pp. 354-355.
[24] Hdt. II, 91 y VII, 91.
[25] Así, Finkelberg (2005), pp. 149 ss.
[26] Dothan y Dothan (1992), p. 177

chipriotas y micénicos que la caracteriza, parece que, de haberse producido una migración oriental, habría que señalar más bien en dirección de la isla que del propio ámbito egeo o del continente griego, dado que Chipre se presenta como el lugar más idóneo donde pueden haber tomado forma los diferentes elementos del nuevo complejo cultural que caracteriza toda esta zona, con la incorporación incuestionable de claros elementos locales cananeos en la región palestina[27].

Más que en los movimientos migratorios perfectamente organizados que aparecerían reflejados en las posteriores leyendas de fundación o en los relatos de los *Nóstoi,* deberíamos pensar en un flujo constante de gentes que iban en busca de la seguridad y las nuevas oportunidades que ofrecían algunos lugares como Chipre, y para ello recorrían las antiguas rutas marítimas por las que había discurrido anteriormente un tráfico regular y controlado de todo tipo de productos, con los esquemas artísticos e ideológicos que comportaba todo este próspero sistema de intercambios. Seguramente se trataba, sobre todo, de aquellos especialistas en determinadas habilidades artesanales cuyos servicios ya no eran demandados, o de los comerciantes que disponían de las naves para el transporte, más que de familias enteras dedicadas a la agricultura, las cuales llegado el caso debieron trasladarse dentro de un ámbito geográfico mucho más reducido[28].

La continuidad de las rutas

Aunque los cambios provocados por la caída del sistema palacial micénico debieron resultar indudablemente traumáticos y demoledores en su momento para el conjunto de la población, que dependía por completo de las estructuras administrativas que garantizaban su subsistencia de una manera organizada, y abrieron una cierta brecha con el mundo completamente diferente en muchos aspectos que siguió después, no puede descartarse la existencia de una cierta continuidad con el periodo anterior en algunos terrenos[29]. Uno de ellos bien pudo haber sido el del contacto del ámbito egeo con el mundo exterior de Oriente Próximo, si bien la intensidad y la frecuencia de tales relaciones se redujeron considerablemente y el flujo de productos, objetos, tecnologías, esquemas figurativos o elementos ideológicos se resintió inevitablemente de las perturbaciones causadas en todo este espacio geográfico en la fase final de la Edad del Bronce.

El sistema de relaciones diplomáticas internacionales a larga distancia que había funcionado sobre todo en la segunda mitad del segundo milenio

---

[27] Dickinson (2006a), pp. 62 ss.

[28] Sobre el traslado de esta clase de especialistas y el marco histórico en el que se enmarca, López Ruiz (2010), pp. 171-202.

[29] Schnapp-Gourbeillon (2002), pp. 183 ss. y Dickinson (2006b).

desapareció casi por completo a pesar de que algunos de sus protagonistas, como Egipto, Asiria o Babilonia, conservaron todavía durante un tiempo su condición de grandes potencias, y en algunos lugares como la isla de Chipre se mantuvo casi intacta la estructura de sociedades urbanas altamente sofisticadas que había posibilitado la existencia de una red internacional de intercambios. Las rutas comerciales que discurrían por el interior de Anatolia o el norte de Siria se vieron indudablemente afectadas por el derrumbamiento del Imperio hitita, que transformó todos sus dominios en un conjunto heterogéneo de pequeños principados independientes. La práctica del comercio, favorecida anteriormente por las circunstancias, se convirtió ahora en una auténtica aventura que solo los más poderosos se hallaban en condiciones de seguir afrontando con alguna expectativa razonable de éxito. Así, solo los gobernantes y los miembros de las elites dirigentes eran ahora capaces de controlar los medios y recursos necesarios para continuar proveyéndose de una serie de productos demandados en medio del vacío provocado por la ausencia de una organización estatal más extensa que garantizara el flujo regular de tales objetos[30].

Dentro de estas nuevas condiciones, en las que solo unos pocos eran capaces de continuar proveyéndose de materiales y productos procedentes del exterior, se hacía necesario garantizar la seguridad de las transacciones mediante el establecimiento de sólidos lazos personales en los diferentes puertos de atracada por los que discurría la ruta mediante el intercambio de «regalos» como bienes de prestigio para ser utilizados dentro de contextos ceremoniales o rituales. La presencia de tales objetos pone así de manifiesto la existencia de contactos comerciales, cuyo objetivo principal continuaba siendo muy probablemente la adquisición de metales como la plata o de algunos productos manufacturados. Se explicaría de este modo la concentración de los hallazgos de esta clase de objetos de prestigio en determinados lugares, que podrían haber servido de puntos de parada intermedios en las rutas que conducían desde Oriente Próximo hasta Perati, en el Ática, desde donde se controlaban las minas de Laurión, hasta el norte del Egeo a través del estrecho del Euripo, o hacia el Mediterráneo central a través de Creta y las costas occidentales griegas. La función de tales lugares como *gateways communities* (comunidades que hacían las veces de puertas de entrada hacia diferentes redes de comercio local) donde los comerciantes extranjeros podrían encontrar productos locales que se sumarían a sus cargos y desde donde los productos extranjeros que arribaban con ellos se distribuirían por el interior del país o hacia otras zonas, posiblemente ya mediante naves egeas, constituye así una posibilidad que conviene tener en cuenta[31].

Ciertamente, algunos de los productos más indicativos de la existencia de relaciones comerciales con el exterior, como los tipos estandarizados

---

30 Crielaard (1998).
31 Popham (1994) y Dickinson (2006a), p. 203.

de lingotes de metal o los grandes contenedores cerámicos, desaparecen aparentemente del contexto arqueológico del Egeo aunque sobreviven en algunos lugares de Oriente Próximo. Aparecen, sin embargo, las célebres jarras de estribo y otros contenedores más pequeños, un hecho indicativo de que el aceite perfumado que transportaban todavía se producía para comerciar con él, si bien la elaborada decoración de los vasos revela quizá la intención de realzar el valor de los propios contenedores como objetos de lujo, lo que podría indicar que se encuentran dentro del contexto del intercambio de carácter ceremonial mencionado anteriormente. Hacen también su aparición dentro del registro arqueológico de este periodo pequeños objetos como figurillas, cuentas, sellos, amuletos, pesos de piedra, alfileres, vasijas de bronce ocasionales, cuchillos y piezas de armadura de bronce. Algunos de estos objetos pertenecen sin duda a periodos precedentes, pero continuaban siendo valorados como productos de lujo por su material exótico, y algunos de ellos eran incluso reelaborados, poniendo de relieve el hecho de que su principal razón de ser como portadores de prestigio era precisamente su origen extranjero.

Los contactos se redujeron considerablemente en escala, y fueron probablemente el resultado de relaciones de carácter esporádico y oportunista más que la traducción de un esquema sostenido de intercambios tal como había funcionado durante el periodo anterior, pero lo cierto es que todavía llegaban hasta Creta y algunos puntos del continente griego algunos productos de origen oriental, como revelan los fragmentos de un vaso de origen sirio-palestino encontrado en Tirinto, o algunos de los objetos pertenecientes al denominado tesoro de la misma localidad, que suele datarse en su conjunto dentro del inicio de este periodo[32].

El legado épico

La existencia de contactos del mundo griego con Oriente Próximo durante el periodo que siguió a la caída de los complejos palaciales micénicos, aunque ciertamente mucho más fugaces y esporádicos que durante la Edad del Bronce, puede apreciarse también a través de los rastros dejados en la tradición épica que acabó adquiriendo entidad literaria con la composición de los poemas homéricos. La mayor parte de los estudiosos reconoce en la actualidad la continuidad de la tradición épica desde la época micénica, aunque con las sucesivas e inevitables actualizaciones realizadas constantemente a lo largo del proceso de transmisión oral, a la vista de las evidencias de carácter lingüístico y poético, como la existencia del propio verso hexamétrico, aparentemente poco apropiado para la lengua griega,

---

[32] Maran (2006).

que apuntan hacia una tradición anterior, que incluso podría ser minoica en opinión de algunos, o de la más que probable existencia de una narrativa heroica en la Edad del Bronce que aparece traducida solamente en representaciones visuales[33].

No resultan así sorprendentes las referencias que aparecen, dentro de los poemas homéricos, a lugares como Egipto, Chipre o Fenicia, si bien no todas ellas aluden al mismo periodo y posiblemente representan el reflejo visible del largo trecho cronológico recorrido por la tradición oral en la que se sustentan durante su proceso de transmisión. La presencia de dichos lugares dentro del relato épico no debió suscitar ninguna sorpresa en un auditorio relativamente familiarizado con tales referentes como horizontes geográficos, reales aunque lejanos, de un mundo exterior hasta los que se podía llegar por medios naturales, con todos los riesgos y peligros que tal empresa comportaba, ya que se hallaban situados dentro de un espacio tangible que parece hallarse estrictamente separado de ese otro mundo imaginario que recorre Odiseo en su largo peregrinar después de atravesar un lugar emblemático y definitorio, por su condición liminal, como era el cabo Maleas, situado al sur del Peloponeso[34].

A lo largo de los poemas existe efectivamente la sensación de una cierta continuidad geográfica entre el mundo griego, más familiar al poeta y su auditorio, y aquellas otras regiones situadas en la cuenca oriental del Mediterráneo hasta las que podía llegarse siguiendo las rutas marítimas habituales que enlazaban ambos espacios geográficos a través de puntos tan significativos como las islas de Creta o de Chipre, o la costa fenicia, con la emblemática ciudad de Sidón, que sirve de escala a Menelao en su viaje de retorno desde Egipto. No sucede, en cambio, lo mismo con el espacio más occidental que se extiende más allá de Ítaca, carente por completo de referentes geográficos reales y envuelto en un halo de misterio, que aparece configurado esencialmente por referentes de carácter cosmológico o mítico. Resulta así un hecho bastante significativo que un poema como la *Odisea,* cuyo contenido refleja muy posiblemente a nivel poético las primeras experiencias de exploración de la cuenca occidental del Mediterráneo que se llevaron a cabo en los inicios del periodo arcaico[35], establezca una línea divisoria aparentemente nítida entre los dos espacios, incluyendo dentro del mundo conocido (que

33 Sobre el desarrollo de la tradición épica desde la época micénica, veánse West (1988); Sherratt (1990); Bennet (1997), pp. 523 ss. y Latacz (2003), pp. 352 ss. Morris (1989b) ha sugerido que las pinturas del fresco en miniatura de Tera avalan la existencia de una poesía micénica, llegando incluso a encontrar en la propia representación visual paralelos con temas, fórmulas y episodios poéticos. Sobre el origen minoico de la poesía hexamétrica griega, Ruijgh (1985), pp. 150-151 y 166-167.

34 De hecho, el espacio oriental relativamente bien conocido constituye el escenario de los viajes de Menelao (Chipre, Fenicia, Egipto), que contrasta abiertamente con los de Odiseo; al respecto, Gómez Espelosín (2004). Resulta igualmente significativo que, cuando Odiseo trata de inventar historias que resulten persuasivas para su auditorio, sitúa sus viajes por el primero de los escenarios y los puebla de los viejos protagonistas, a diferencia de lo que le sucede en la realidad del poema.

35 En este sentido, Murray (1988/1989).

permitía el normal funcionamiento de las actividades humanas y se hallaba pautado por una serie de referentes geográficos más o menos familiares) tan solo el ámbito específicamente egeo y las regiones orientales circundantes, una zona en la que, curiosamente, las actividades «coloniales» griegas se vieron mucho más constreñidas y limitadas que en las áreas más occidentales. Una posible explicación de esta aparentemente extraña dicotomía apuntaría así también hacia la continuidad de una experiencia, tanto en el terreno real como en el imaginario reflejado en la tradición épica, que hacía del mundo egeo un elemento activo más dentro de este amplio conjunto geográfico.

Sin embargo, quizá el legado más importante de la Edad del Bronce que ha quedado reflejado dentro de la poesía épica son los numerosos paralelismos existentes con otras tradiciones orientales, que algunos autores como Escalígero habían advertido ya respecto a la Biblia en el siglo XVII y que fueron luego considerablemente ampliados al resto de las literaturas orientales tras el desciframiento de las escrituras y el conocimiento de las lenguas correspondientes en el curso de la segunda mitad del XIX y la primera mitad del XX[36]. El extenso repertorio de temas y motivos que la tradición épica griega comparte con las literaturas orientales, así como las múltiples semejanzas de carácter estilístico, resultan ciertamente sorprendentes y difíciles de negar hasta para aquellos que todavía se empeñan en defender a toda costa la originalidad singular de la cultura griega. Resulta así bastante significativo que un estudioso tradicional, poco sospechoso de inclinaciones orientalistas, como fue Cecil Maurice Bowra, catedrático de Poesía en Oxford y autor de libros tan emblemáticos como *La Atenas de Pericles,* dedicara numerosas páginas a hablar del *Gilgamesh* en su libro sobre *Poesía Heroica,* publicado en 1952[37].

Se han detectado así, dentro de los poemas homéricos, algunos de los motivos centrales de la épica acadia, como la naturaleza de la realeza, el combate heroico y el viaje peligroso del héroe, la constante interacción con los dioses o la búsqueda de la inmortalidad. Existen también importantes correspondencias en el terreno de las concepciones cosmogónicas, como la pareja primordial formada por Océano y Tetis, que encuentra su paralelo en los Apsu y Tiamat de la épica de la creación babilonia, o la división del cosmos en tres dominios entre los diferentes dioses, tal como aparece en el *Atrahasis*. Por no mencionar las escenas de asedio y de batalla que aparecen en la literatura egipcia del periodo ramésida, como el poema sobre la batalla de Qadesh contra los hititas, muy similares a las que presenta la *Ilíada* en su relato de la captura de Troya[38].

---

[36] Un buen resumen de la cuestión, en Morris (1997). Más recientemente, Burkert (2002), pp. 9-52.

[37] Bowra (1952), con varias reimpresiones.

[38] Sobre estos paralelismos en el caso de la *Ilíada,* Burkert (1983) y (2005); Abusch (2001) y Bachvarova (2005). En el de la *Odisea,* Stella (1955), pp. 36-48, 111-128 y 141-149 y, más recientemente, Louden (2011).

Los paralelismos afectan igualmente a los aspectos formales que constituyen el principal armazón de la poesía épica, como los epítetos, las escenas típicas o los versos formulares, a la vista de correspondencias específicas y concretas que descartan la invención paralela o la pura coincidencia dentro de un repertorio de carácter más general[39]. Destacan, en este terreno, algunos pasajes de la *Ilíada* en los que se hace referencia al ámbito de los dioses, como la idea de una catástrofe de la humanidad decidida por el dios supremo o la escena del encuentro entre el hombre y la divinidad, que presenta a una diosa injuriada por un mortal que se lamenta luego ante su padre y recibe la correspondiente reprimenda posterior, que presentan sorprendentes paralelismos con poemas acadios, como el *Gilgamesh* y el *Atrahasis,* con aparentes dependencias incluso en el terreno lingüístico, como sucede con el nombre de Dione, que parece un calco de Antu[40].

Resulta extremadamente difícil determinar el momento preciso en el que se produjeron tales concurrencias y reconstruir el proceso efectivo que permitió el trasvase de estos elementos orientales hacia la tradición épica griega, si bien lo más probable es que existiera una cierta gradación cronológica correspondiente a los diferentes periodos del largo proceso de formación de una tradición oral que hunde sus raíces, al menos, en la época micénica. Incluso podríamos imaginar que algunas de estas transferencias podrían haberse producido mucho antes, si admitimos la hipótesis del origen cretense para una estructura rítmica como el hexámetro y tenemos en cuenta los contactos del mundo minoico con el mundo oriental y el enorme grado de influencia que ejerció la civilización minoica sobre el mundo micénico.

La posibilidad de que algunas de estas transferencias hubieran sido incorporadas ya dentro de la tradición épica cretense sobre la que se conformaría después el universo poético micénico podría argumentarse a partir de la existencia de una cierta continuidad con los periodos subsiguientes, incluso cuando Cnosos pasó a estar bajo el control micénico y también, posteriormente, tras la desaparición de las estructuras palaciales, cuando la isla continuó ocupando una posición destacada dentro del flujo de intercambios con Oriente, como revelan los hallazgos de la cueva del monte Ida, donde existía un santuario cuya continuidad cultual parece asegurada desde tiempos inmemoriales y donde se hallaron algunos objetos de bronce de excelente calidad, como un tímpano y unos escudos, o la importancia creciente que siguió desempeñando el puerto de Kommos, al sur de la isla, donde pudieron haberse instalado algunos comerciantes fenicios desde al

---

[39] En este sentido resulta prácticamente insuperable el repertorio establecido por West (1997).

[40] Burkert (2002), pp. 29 ss., que subraya también las diferencias ya que la escena de Afrodita y Diomedes no tiene el mismo peso ni en función del desarrollo posterior de la narración ni en relación con su trasfondo ritual.

menos el siglo x a.C.[41]. Esta posibilidad podría estar también avalada por algunos factores significativos como la condición pionera de Creta en la emergencia de las primeras leyes escritas, como las de Gortina; el hecho de que el alfabeto cretense resulte muy próximo del original semítico, una circunstancia que haría de la isla uno de los lugares apropiados para la adopción del alfabeto fenicio, o el prestigio religioso que siempre acompañó a sus habitantes como purificadores especializados. Sin embargo, la ausencia total de testimonios que evidencien la existencia de una tradición poética cretense, dado que no se ha encontrado ningún fragmento métrico en la isla ni se conoce poeta alguno a lo largo de su historia, constituye un importante obstáculo a la hora de sustanciar dicha hipótesis.

Una posibilidad más factible es que algunas de estas transferencias se hubieran realizado durante el periodo micénico, a la vista de las intensas relaciones de los palacios micénicos con lugares como Ugarit, cuya literatura presenta claros paralelismos con la tradición griega que ya fueron señalados en su día por el semitista Cyrus H. Gordon[42], o con Egipto durante el periodo de El-Amarna[43]. Algunos argumentos de cierto peso que podrían validar esta hipótesis son los préstamos lingüísticos semíticos que aparecen en las tablillas de lineal B, algunos de los nombres y epítetos divinos mencionados en ellas y el hecho de que las principales sagas heroicas griegas tengan su sede principal en centros micénicos, como ya demostró con solvencia el estudioso sueco Martin P. Nilsson antes del desciframiento del lineal B[44]. De la misma forma, la posible existencia de una poesía épica micénica, implícita en las imágenes de los tocadores de lira y en algunas escenas de carácter heroico, a la que ya hemos aludido anteriormente, constituiría el contexto particularmente apropiado para dar cabida a tales transferencias de motivos, temas o elementos lingüísticos y métricos procedentes de las tradiciones orientales[45].

La conexión chipriota

Otro de los escenarios privilegiados en los que pudieron producirse esta clase de contactos es, sin duda, la isla de Chipre, ya que gracias al mantenimiento de sus contactos con Oriente y el mundo griego de manera casi constante, incluso en el periodo que siguió a la desaparición de los

[41] Schnapp-Gourbeillon (2002), pp. 165 ss. y Wallace (2010), pp. 195 ss.

[42] Gordon (1967), que reproduce como monografía el trabajo publicado en 1955 en *Hebrew Union College Annual* 26, pp. 43-108. Sobre la influencia de la literatura ugarítica, West (1997), pp. 84-90.

[43] Helck (1979), pp. 84 ss.

[44] Mullen Jr. (1980). La probada tesis de Nilsson se expuso en Nilsson (1932).

[45] Sobre la existencia de una épica micénica, Webster (1964), pp. 91-135; West (1988) y Latacz (2003), pp. 352-362.

complejos palaciales, y la presencia de diferentes colectivos como pobladores de la isla, con un importante proceso de aparente helenización, se convirtió en el lugar adecuado que podía proporcionar numerosas oportunidades al intercambio cultural[46]. Las conexiones comerciales, culturales e incluso políticas de Chipre con la costa sirio-palestina y Egipto remontan a la Edad del Bronce cuando, bajo la denominación de *Alashiya,* aparece mencionada como protagonista destacado en los intercambios de todo tipo que se reflejan en la correspondencia de El-Amarna o en los textos de Ugarit[47]. La cantidad considerable de objetos orientales encontrados en Chipre y la existencia de un artesanado especializado que fabricaba esta clase de productos en la propia isla revelan la intensidad y frecuencia de estas relaciones con el exterior y la presencia de unas elites guerreras, cuya opulencia ha quedado demostrada en los ajuares de sus tumbas, que consumían y controlaban este flujo de productos, objetos e informaciones desde la posición privilegiada y estratégica de sus ciudades portuarias que constituían un punto nodal casi inevitable de las rutas marítimas que enlazaban toda la cuenca oriental del Mediterráneo.

La continuidad de buena parte de los establecimientos de la isla después del periodo de turbulencias que significó el final de los complejos palaciales del Egeo y de algunas partes de Oriente Próximo, y la llegada a la isla de elementos procedentes del Egeo que ejercieron una influencia destacable en sus formas de vida y quizás en la propia evolución política de toda la zona, facilitaron la existencia de contextos culturales bilingües en los que pudo producirse la toma de contacto y la adaptación de sus nuevos habitantes procedentes del ámbito egeo con una parte importante del legado literario de las culturas orientales, en unos momentos en los que las relaciones directas del continente griego con aquellas regiones más orientales resultaban mucho más complicadas y difíciles debido a las circunstancias imperantes. La conjunción de tradiciones épicas en la isla se deja sentir en la leyenda posterior acerca de las fundaciones de ciudades por héroes griegos llegados a Chipre tras la dispersión que siguió a la guerra de Troya, como Teucro en Salamina o Agapenor de Palepafos[48]. Los nuevos reinos surgidos en el siglo XI a.C. en la isla parecen ajustarse en efecto a las antiguas realidades micénicas, pero se adaptan a las condiciones locales y a los modelos imperantes en el Mediterráneo oriental con los que la isla no había perdido casi nunca el contacto, favoreciendo de este modo la conservación y la transferencia de motivos, temas y estilos entre las diferentes tradiciones culturales que confluían ahora en este espacio. La aparición en una tumba de Palepafos de una copa en la que aparece representa-

---

[46] Sobre la importancia general de Chipre en este terreno, Baurain (1997), pp. 138-146; Crielaard (1998) y Karageorghis (2004).

[47] Karageorghis (2004), pp. 40 ss.

[48] Iacovou (1999).

do un episodio de combate de un héroe contra un monstruo, que algunos identifican como la lucha de Heracles contra la hidra de Lerna, y la importación de productos orientales en el lugar a partir del siglo XII a.C. constituyen posiblemente las dos caras de la moneda de un proceso complejo de interacción en el marco de una sociedad mixta desde el punto de vista étnico, cultural y lingüístico, en la que los intercambios, los ajustes y las reinterpretaciones se hallaban a la orden del día. La presencia posterior de los fenicios en la isla, en lugares como Kition o Amatunte, no hizo más que confirmar y potenciar esta condición de escenario multicultural privilegiado en el que los intercambios y contactos de todo tipo se producían posiblemente de manera continuada e incesante[49]. La existencia en la isla de un tipo de escritura, el denominado silabario clásico chipriota, puesto en marcha hacia el 1000 a.C. y utilizado para escribir el dialecto griego arcadio-chipriota que tuvo continuidad durante siglos constituye también una circunstancia favorable que pudo haber contribuido a vehicular de forma más duradera esta clase de transferencias, si bien no contamos con los testimonios necesarios que permitan avalar dicha utilización.

El norte de Siria

Otro escenario plausible para la transferencia de motivos y temas épicos de las literaturas orientales hacia la tradición poética griega, facilitado quizá igualmente por un componente bilingüe, pudo haber sido la región de Siria, que, en palabras de Martin L. West, aparece como la *grand junction* donde confluían todas las rutas y donde los diferentes elementos egipcios, mesopotámicos, hititas y hurritas encontraron especial acomodo, ya que dicho territorio constituía la conexión terrestre que enlazaba las diferentes zonas hegemónicas del Antiguo Oriente, desde Egipto y Mesopotamia hasta la Anatolia hitita, y al mismo tiempo representaba el punto final de arribada de las rutas procedentes del oeste, a través del Egeo, que discurrían a lo largo y ancho de la cuenca mediterránea[50]. En la zona confluyeron además casi todas las tradiciones literarias orientales, con la consiguiente asimilación de influencias diversas y el desarrollo de una cultura mixta tras el procesamiento de dichas influencias.

Así, las tradiciones hititas sobrevivieron posiblemente a la desaparición del imperio en la serie de principados neohititas que ocuparon toda esta región, como es el caso de Carquemish, donde se ha detectado un

---

[49] Sobre la presencia fenicia en Chipre, véase Lipinski (2004), pp. 37-76. Acerca de la relación pacífica de coexistencia entre griegos y fenicios en Chipre, Demand (2004). En general sobre el papel conector de la isla durante todo este periodo, Knapp (2008).

[50] West (1997), p. 4; sobre el carácter de Siria de punto de encuentro entre Oriente y Occidente, Woolley (1946).

grado de continuidad destacable incluso en su tradición dinástica[51]. También pudieron hacerlo las tradiciones cananeas, conservadas al menos parcialmente *in situ,* tras la violenta destrucción de Ugarit, en las emergentes ciudades fenicias (a pesar de que no contamos con la evidencia necesaria en este terreno). La formación posterior de los estados arameos, que entraron muy pronto bajo la órbita de influencia asiria y, en consecuencia, dentro de la larga y cuidada transmisión de todo el legado cultural sumerio-acadio, contribuyó todavía más a la consolidación de estas tradiciones ancestrales, que seguramente ya habían figurado antes dentro del patrimonio cultural y literario de Ugarit. El norte de Siria era, por tanto, el lugar adecuado para que las diferentes tradiciones orientales que convergían en este importante enclave pudieran influir en la formación de la tradición griega, sobre todo si tenemos en cuenta que existen testimonios viables acerca de una frecuentación temprana de la zona, que podría datarse en la segunda mitad del siglo x a.C., por parte de navegantes griegos en lugares de la costa como Al Mina, Bassit y Tell Sukas, donde incluso algunos han llegado a suponer la existencia de auténticos *emporia* griegos a la vista del abundante material cerámico encontrado en ellos[52].

El caso de Al Mina resulta, indudablemente, el más llamativo y polémico de todos. El lugar, situado en su día en la desembocadura del río Orontes al norte de Siria, fue excavado por Leonard Woolley, el célebre descubridor de las tumbas reales de Ur, en los años 1936 y 1937, en un intento de encontrar la conexión entre el Egeo y las civilizaciones orientales[53]. No encontró exactamente lo que buscaba ya que, en lugar de un puerto perteneciente a la Edad del Bronce, sacó a la luz los restos de un modesto enclave del inicio de la Edad del Hierro que proporcionó la cantidad de cerámica griega más importante hasta ahora encontrada en las costas sirio-palestinas. Esta circunstancia condujo a su excavador a identificar este lugar con la antigua Posideo, un enclave fundado por los griegos, que se convertía de este modo en la colonia griega a partir de la cual se habrían transmitido todas las influencias orientales en el arte griego durante los primeros tiempos del arcaísmo[54]. Sin embargo, algunos estudios posteriores, más detenidos y pormenorizados (no se olvide que el objetivo de Woolley era encontrar el puerto de un reino interior de la Edad del Bronce), comenzaron a poner en entredicho el carácter eminentemente griego del establecimiento sirio. Así, Clairmont, que elaboró un catálogo de los vasos y fragmentos hallados a lo largo de las costas sirio-palestinas, afirmó que los hallazgos esporádicos de cerámica griega en estos lugares no

---

[51] Hawkins (1988).

[52] Boardman (1980). Sobre el carácter de los posibles *emporia* griegos de la zona, Perreault (1993). Más escéptico sobre la posibilidad de que hubiera griegos de forma permanente en todos estos establecimientos se muestra Niemeier (2001).

[53] Woolley (1938).

[54] Dunbabin (1957), pp. 25-29.

probaban la existencia de relaciones comerciales directas con los griegos[55]. Poco después, Du Plat Taylor demostró que las cerámicas locales y chipriotas halladas en el lugar eran mucho más numerosas y más antiguas que la cerámica griega, y que todos los objetos restantes encontrados eran de clara factura local[56]. Todas las evidencias materiales apuntaban así hacia la identificación del lugar como un establecimiento indígena, ya que ningún elemento arquitectónico mostraba signos visibles de influencia griega en el método de construcción ni en los materiales empleados, en la disposición de las estancias ni tampoco en el plano urbanístico, no había enterramientos griegos ni los cacharros habituales de la vida cotidiana, y las pocas inscripciones griegas existentes, reducidas a meros grafitos, eran ampliamente superadas por las de la lengua local[57].

De esta forma, los testimonios arqueológicos disponibles parecían aconsejable concluir que Al Mina fue, desde su fundación en el último cuarto del siglo IX a.C., un puerto cananeo al que pudieron acudir de forma esporádica y temporal algunos navegantes griegos, que serían los responsables de los rastros cerámicos aparecidos en el lugar y cuyas visitas se fueron haciendo más frecuentes a partir del último cuarto del siglo VIII a.C. Sin embargo, resulta igualmente cierto que el número de piezas griegas hallado en Al Mina supera con creces al de cualquier otro establecimiento de la costa sirio-palestina, especialmente a lo largo de los siglos IX y VIII a.C., y esta circunstancia debió tener alguna significación especial, que bien podría traducirse en la presencia temporal o estacional de comerciantes griegos. Esto ha llevado a algunos helenistas de primera fila como Cook o Boardman y, más recientemente, Lane Fox (quien ha dado incluso nombre al lugar como *Potamoi Karon*) a sostener la vieja idea, con algunos importantes matices, de la existencia en el lugar de un establecimiento griego, si bien algunos estudiosos han optado por una vía intermedia, como admitir la presencia esporádica griega en forma de *enoikismós* o establecimiento parcial dentro de la población local, al igual que sucedía con los otros posibles candidatos de Bassit y Sukas[58]. Dada la naturaleza cosmopolita de todos los puertos de la zona, no sería extraño encontrar en lugares como Al Mina gentes de procedencias diversas que intercambiaban sus productos y también, en buena medida, sus informaciones y sus ideas. Entre ellos debieron figurar, en forma más o menos minoritaria, los

---

55 Clairmont (1954/1955), p. 90.

56 Du Plat Taylor (1959).

57 Sobre la historia del debate acerca de Al Mina, Waldbaum (1997) y Niemeier (2001).

58 La defensa de Al Mina como establecimiento griego a partir de finales del IX a.C., en Boardman (1990) y, más recientemente, *idem* (2002) y Lane Fox (2008), pp. 137-157. Sobre la condición de *enoikismós,* Riis (1991).Un estado de la cuestión, en Perreault (1993), pp. 66-68; Luke (2003) y Lehmann (2005). Kearsley (1999) ha sugerido la posibilidad de que el establecimiento hubiera servido como puesto de guarnición de mercenarios griegos. Más recientemente sobre la cuestión, Luraghi (2006).

griegos y particularmente los eubeos que, al hilo de las circunstancias cambiantes de los tiempos, encontrarían allí inmejorables ocasiones para contactar e intercambiar experiencias con sus vecinos más orientales[59].

Otro de los posibles puntos de contacto de la zona es Bassit, que ha sido identificada con Posideo. Allí se han encontrado cuatro fragmentos de cerámica griega de mediados del siglo x a.C., pertenecientes a ánforas eubeo-cicládicas, que son, junto con otros cuatro encontrados en Tiro, los restos cerámicos más antiguos descubiertos hasta ahora en Oriente. Se trata además de vasos con forma cerrada, es decir, de los que eran usados para el transporte de determinadas sustancias, valiosos por tanto por su contenido, a diferencia de la vajilla de mesa, que resulta más habitual en estos lugares. Da la impresión, en consecuencia, que la reanudación de los contactos entre el mundo griego y el oriental, si es que alguna vez llegaron a interrumpirse del todo, remonta al menos a la segunda mitad del siglo x a.C., y que el montante principal de los intercambios realizados eran productos de tipo agroalimentario, posiblemente el aceite. Sin embargo, al igual que sucede con Al Mina, Bassit no fue tampoco un establecimiento griego, dado que hay que esperar hasta el siglo VI a.C. para encontrar rastros visibles de una presencia griega estable en la zona, como una casa en la que se encontraron importaciones de cerámica ática o una tumba cuyo mobiliario funerario está compuesto exclusivamente por vasos griegos[60].

Algo parecido sucede finalmente con Tell Sukas a pesar de que los rastros de presencia griega en el lugar son mucho más numerosos y diversificados, pues, aparte de la posible identificación de un templo griego en el lugar a partir de algunos de sus elementos arquitectónicos más distintivos, se ha encontrado allí el único objeto de uso diario –un huso en arcilla local– que porta una inscripción griega, pero ninguno de ellos puede datarse antes del último cuarto del siglo VII a.C.[61].

Así, aunque los navegantes griegos frecuentaban esta región costera al menos desde mediados del siglo VIII a.C., no existe ninguna prueba arqueológica firme que permita calificar los establecimientos mencionados como colonias griegas o lugares donde existiera una presencia estable de habitantes griegos. Solo en el último tramo del siglo VII a.C. empiezan a hacer su aparición pruebas –más consistentes que la sola cerámica– que

---

[59] Lemos (2005). Coldstream (2008) aboga por la posibilidad de que la cerámica griega presente en Al Mina, consistente principalmente en *skiphoi* y otros vasos habituales para el banquete, pueda haber resultado un atractivo artículo de comercio destinado a la exportación tierra adentro, a la capital del reino neohitita de Unqi, cuya capital, Tell Tayinat, ha producido también la cantidad más grande de importaciones griegas con respecto a las otras capitales de estos reinos. Sobre el reino de Unqi y sus relaciones con el Egeo, véanse Harrison (2001) y Janeway (2006-2007). Sobre las excavaciones en Tell Tayinat, Harrison (2009) y (2010).

[60] Courbin (1990).

[61] Lund (1986). Sobre el posible templo griego, Riis (1970). Sobre Tell Sukas como posible establecimiento griego, véanse Riis (1982) y Boardman (2006), p. 522. En contra de dicha opción, Niemeier (2001), p. 15.

nos invitan a suponer una presencia más permanente, como inscripciones griegas sobre vasos elaborados localmente, fabricación local de formas cerámicas griegas o tumbas indiscutiblemente griegas. A diferencia de lo que sucedía en otros lugares, como Náucratis en Egipto, donde los griegos vivían en barrios perfectamente delimitados y regularizados por la autoridad local, la impresión que se desprende de la documentación disponible para la región del norte de Siria es la de una población mucho más mezclada en la que fenicios, griegos, chipriotas y habitantes nativos del lugar se codeaban unos con otros, facilitando de esta forma un contexto en el que los intercambios y las transferencias culturales e ideológicas pudieron haber alcanzado un nivel considerable.

El milagro eubeo

Los eubeos ocupan, sin duda, una posición privilegiada dentro del contexto de los primeros contactos griegos con las regiones orientales durante este periodo, tal como revela el hecho de que su cerámica figure entre las formas más antiguas halladas en estas regiones[62]. Su protagonismo destacado en este terreno quedó confirmado de forma elocuente tras el sensacional descubrimiento de Lefkandi, en la isla de Eubea, que comenzó a excavarse en los años sesenta del siglo XX de la mano de arqueólogos griegos y británicos. Allí apareció un edificio de ciertas dimensiones, de forma alargada y absidal, que estaba rodeado por un peristilo exterior de columnas de madera y que albergaba en su interior las tumbas de dos personas, un hombre y una mujer, provistos ambos con un rico ajuar de enterramiento, y otra más que contenía los esqueletos de cuatro caballos con sus correspondientes bocados de hierro en sus bocas. El hallazgo constituyó una auténtica revelación para los estudiosos de este periodo, acostumbrados a la pobreza y precariedad que caracterizaba hasta entonces el registro arqueológico de la época[63].

Sin embargo, el hallazgo más revelador fue, quizá, la presencia de objetos de procedencia oriental en algunas de sus tumbas que indicaban la aparente continuidad de las relaciones de la isla con el mundo exterior, dentro de un contexto general como el de la denominada Edad Oscura, que parecía haber dejado completamente aisladas a unas comunidades de otras. Sin duda, estos contactos no tuvieron la intensidad y la frecuencia de tiempos anteriores, y debieron experimentar altibajos considerables y, segura-

[62] Sobre el papel destacado de los eubeos en este periodo, Desborough (1976); Boardman (1980), pp. 39 ss.; Lemos (1992) y, más recientemente, Lane Fox (2009), *passim.* Expresa sus dudas al respecto Papadopoulos (1997).

[63] Sobre el hallazgo y sus implicaciones, Popham, Sacket y Themelis (1980) y (1993). Sobre el impacto producido, Thomas y Conant (1999), pp. 85-114, y Morris (2000), pp. 218 ss.

mente, también algunas interrupciones más o menos prolongadas, pero la misma existencia de tales objetos, incluso en el caso de que se tratara simplemente de reliquias del pasado, dado el valor añadido que implica su deposición como bienes de prestigio en las tumbas, delata la enorme importancia que dichos contactos seguían teniendo dentro del imaginario social del momento, ya que la posesión de bienes y productos exóticos procedentes de lugares lejanos contribuía a realzar y reforzar el estatus social, y probablemente también político, de quienes eran capaces de conseguirlos, bien fuera de forma directa o a través de intermediarios[64].

Así, a mediados del siglo XI a.C. se produjo en Lefkandi un periodo de innovación que promovió los contactos exteriores, tal como revelan, entre otros objetos, un collar de cuentas de fayenza y una jarrita de procedencia sirio-palestina. Tras un tiempo de aislamiento, dichos contactos se reanudaron a lo largo del siglo X a.C., tal como ponen de manifiesto los hallazgos del cementerio cercano al edificio monumental antes mencionado, donde se han encontrado diferentes ajuares con objetos de incuestionable procedencia oriental, como dos cuencos de bronce que llevan grabadas escenas características de la iconografía de la zona. El primero de ellos presenta un friso principal en el que aparecen de forma heráldica repetida unos grifos provistos de yelmo que flanquean el típico «árbol de la vida» y otro inferior en el que se reconocen diferentes palmeras y animales. El segundo, mucho peor conservado que el anterior, presenta también el típico motivo del árbol, flanqueado esta vez por esfinges, y una escena principal en la que una fila de tres mujeres lleva ofrendas hacia una mesa con vasos, tras de la cual se hacen más ofrendas a una diosa o sacerdotisa sentada que aparece acompañada por una serie de músicos.

Se han encontrado también otros vasos de bronce con escenas de ofrendas egipcias o de carácter egiptianizante, además de diversos objetos también de bronce, como un mango de maza, una escama de armadura y un par de grandes ruedas. Son igualmente abundantes los objetos de fayenza y pasta de vidrio en diferentes formas, como un vaso en forma de racimo de uvas, otro de forma anular y una placa que representa a un león. Hacia Egipto apuntan otros objetos, como un collar de pendientes que representa a la diosa Isis y a una diosa con cabeza de león provista de una corona; tres anillos, algunos escarabeos y sellos grabados, uno con una cabeza humana y otro con la figura de un león. Incluso se detecta un claro conocimiento de las ideas y técnicas orientales en los productos locales, como las joyas que adornaban a la mujer enterrada en el edificio monumental, un pendiente de oro en forma de media luna con pequeños triángulos granulados o un collar con cuentas espirales y un gran disco central, hasta el punto de haberse sugerido la posibilidad de que un artesano oriental hubiera emigrado hasta

---

[64] Lemos (2001) y Crielaard (2006).

Eubea y fuera así el responsable de esta clase de productos[65]. La circulación de productos de origen oriental continuó, al menos, hasta la primera parte del siglo IX a.C. con una clara impronta chipriota que se deja sentir en la cerámica y en algún objeto particular como un centauro de terracota. Sin embargo, a finales de este siglo, los cementerios excavados fueron abandonados y los testimonios en este sentido procedentes del establecimiento en sí resultan más bien escasos.

Otros escenarios alternativos

El caso de Lefkandi, aunque resulta excepcional por la cronología, por las dimensiones y la cantidad de los hallazgos, no es único por lo que respecta a la presencia de objetos de procedencia, oriental dentro del mundo griego de la época. En los cementerios atenienses del siglo IX a.C. han aparecido también objetos de esa procedencia como un cuenco de bronce fenicio, discos de fayenza y sellos de marfil, además de una serie de joyas de oro muy elaboradas que muestran la aplicación de técnicas orientales como el granulado o la filigrana, a pesar de que sus resultados finales no encuentran paralelos evidentes con el material hallado en Oriente Próximo. Signos de contacto con Oriente se aprecian también a partir del siglo X a.C. en las islas más sudorientales del Egeo, donde se producen imitaciones de los frascos de ungüentos fenicios, que también han llevado a algunos a postular la presencia temporal de artesanos fenicios en el lugar[66].

Pero es sobre todo en Creta, especialmente en el cementerio de Cnosos, donde se detectan las huellas más evidentes de esta clase de contactos, especialmente con Chipre. Esa parece ser la procedencia de los asadores de hierro encontrados en el lugar, así como de un cuenco de bronce de forma semiesférica que lleva grabado en fenicio el nombre del propietario, y también la isla pudo haber actuado como agente intermediario de objetos de clara procedencia oriental, como un trípode de bronce, un león de plomo, un pendiente de marfil y collares de fayenza. La presencia en Creta de objetos importados de procedencia oriental, que suman un total de ciento cuarenta catalogados, llegados a la isla durante el periodo que media entre el 1100 y el 700 a.C., y concentrados principalmente en la región de Cnosos y de la cueva del monte Ida, pone así de manifiesto la continuidad de los contactos con el exterior durante toda la denominada época oscura[67]. Si bien la mayoría de los objetos hasta ahora descubiertos son de pequeño tamaño y fácilmente transportables –lo que sugiere su utiliza-

[65] Popham (1994), pp. 17-25, con ilustraciones de los objetos mencionados en el texto.
[66] Coldstream (1982) y Negbi (1992).
[67] Destaca en este campo los estudios de Hoffman (1997); Stampolidis y Kotsonas (2006) y Walace (2010). Sobre los fenicios en Creta, Demand (2011), pp. 235-238.

ción como elementos de prestigio al haber sido hallados, sobre todo, en tumbas y santuarios–, no hay que descartar que se produjeran otro tipo de importaciones de carácter más utilitario, como demuestran las ánforas de transporte encontradas en el puerto de Kommos, al sur de la isla. A diferencia de lo que sucede en otros lugares del mundo griego, en Creta se conservaron a lo largo de este periodo algunas de las técnicas artesanales de la época minoica que habían hecho de sus objetos un producto demandado en otros lugares de Oriente Próximo o Egipto, por lo que es también probable que algunos de los objetos elaborados que, por su grado de calidad desde un punto de vista técnico, han sido considerados importaciones, sean obra de artesanos cretenses locales que continuaron dichas tradiciones ancestrales.

Los inevitables fenicios

Los famosos –y a veces elusivos– fenicios, identificados sobre todo a través de sus principales ciudades de Tiro y Sidón, constituyen otro de los protagonistas colectivos que, junto con los eubeos, desempeñaron un papel destacado, aunque seguramente tampoco exclusivo, dentro de esta red de intercambios de productos entre el mundo griego y el oriental durante este periodo, ya que aparecen estrechamente relacionados con estos tres ámbitos del mundo griego en los que encontramos productos y objetos de origen oriental[68]. La ciudad de Tiro constituye el primer destinatario de la cerámica griega en Oriente, ya que en esta ciudad es donde han aparecido hasta la fecha los ejemplares más antiguos[69]. Sidón aparece mencionada ya en la *Ilíada* como una ciudad opulenta, de la que proceden excelentes tejidos o magníficos cuencos de plata que son utilizados preferentemente como regalos para los reyes que visitan el lugar[70]. Son bien conocidos los problemas que comporta el término «fenicios», que no fue ni generado ni utilizado por estas gentes, sino por los griegos, mediante el cual designaban también a otras poblaciones procedentes de la costa siria e incluso de las regiones del sur de Anatolia[71]. Sin embargo, los griegos tenían clara conciencia de la existencia de antiguos contactos con los habitantes de las costas sirio-palestinas, cuyas actividades comerciales constituyeron uno de los ejes centrales del sistema de intercambios existente, y reflejaron la experiencia directa de tales contactos a través de leyendas y estereotipos que han dejado sus ecos en los poemas homéricos y en la literatura griega

[68] Sobre los fenicios en general, véanse Markoe (2000) y Woolmer (2001).

[69] Coldstream (2008). Un panorama que puede cambiar a raíz del hallazgo publicado en Maeir, Fantalkin y Zukerman (2009).

[70] VI, 291 y XXIII, 743.

[71] Baurain (1986).

posterior, reflejando seguramente las circunstancias cambiantes por las que atravesó dicha relación a lo largo de todo este periodo[72].

La relación de los fenicios con el mundo griego fue larga y compleja y no puede quedar reducida, ni mucho menos, al esquema simplista de una pura competencia, desmedida y feroz, por el control de las rutas y los recursos que se obtenían a través de ellas, como se interpretó durante un tiempo todavía no demasiado lejano. Por lo que sabemos en la actualidad, dejando de lado el fantasma de viejos estereotipos llenos de prejuicios injustificados, fenicios y griegos colaboraron estrechamente, de forma armoniosa y organizada, en numerosos lugares del ámbito mediterráneo, llegando a compartir incluso los mismos espacios dentro de los nuevos dominios «coloniales» del Mediterráneo occidental, como sucede en Pitecusas, donde se han encontrado indicios evidentes de la presencia fenicia estable en el lugar, a pesar de que todavía se considera dicho establecimiento como la primera fundación griega en Occidente[73]. Los ecos de esta colaboración han quedado reflejados en algunos pasajes de la tradición literaria griega como sucede, en el caso de Estrabón, a la hora de hacer balance de los conocimientos geográficos de Homero sobre el extremo occidente, que cita a los fenicios como una de sus posibles fuentes de información al respecto[74]. Esta presencia conjunta de griegos y fenicios en diferentes lugares del Mediterráneo, incluidos algunos puntos del propio mundo griego, debió generar necesariamente la aparición de contextos de carácter mixto y bilingüe, que incluían quizá también los matrimonios entre miembros de las respectivas elites, creando de esta forma un medio especialmente idóneo para el aprendizaje de técnicas, prácticas, usos y costumbres –e incluso de motivos míticos y sus expresiones literarias y rituales–, si bien hemos de imaginar dicho fenómeno como un proceso mucho más dinámico, complejo e interactivo, protagonizado por sus participantes, que excluía un escenario más simple en el que una parte de ellos quedaba limitado al papel de meros receptores pasivos de tales novedades[75].

Resulta efectivamente impensable que un logro de tal envergadura como es la adopción y adaptación del alfabeto se hubiera producido solo por el efecto de un golpe de genio individual o como consecuencia de una serie de contactos puntuales y esporádicos. Por el contrario, todo apunta

---

[72] Sobre los fenicios en la tradición literaria griega, véase Bunnens (1979). Sobre los fenicios en los poemas homéricos, Muhly (1970) y Winter (1995).

[73] Osborne (1996), pp. 115-116. Acerca de la colaboración en este ámbito, Markoe (1992).

[74] Str. III, 2, 13. Crielaard (1996). Acerca de la colaboración entre griegos y fenicios, Coldstream (1998) y Fletcher (2004).

[75] En general sobre el papel de los fenicios, Kopcke (1992); Coldstream (2000) y Niemeyer (2004). Sobre la posibilidad de matrimonios mixtos, Morris (1997b) y Coldstream (1998). Sobre la decisiva importancia de los fenicios en la transferencia de motivos literarios al mundo griego, López Ruiz (2010), pp. 23-47.

a imaginar un largo proceso de ensayos y pruebas que culminaron finalmente con la adaptación de las letras del alfabeto fenicio para transcribir la lengua griega, a pesar de las numerosas dificultades que implicaba dicha tarea dada la diferencia existente entre las dos lenguas. El inicio del proceso hay que situarlo probablemente en el siglo IX a.C., si no antes, a pesar de que los primeros testimonios que conservamos datan todos ellos del siglo VIII a.C. Dos poderosas razones que permiten avalar esta datación más antigua son la existencia de diferentes variantes locales en la adopción del alfabeto, visible ya en las primeras inscripciones (lo que implica un periodo de práctica lo suficientemente prolongado como para permitir esa diversificación), y la aparición de inscripciones redactadas en un alfabeto copiado sobre el griego por parte de etruscos o frigios a lo largo del siglo VIII a.C.[76].

La adopción del alfabeto constituye, de este modo, el resultado efectivo de una larga cooperación mutua entre griegos y fenicios en alguno de los lugares donde estas poblaciones mantuvieron un contacto lo suficientemente prolongado y estrecho para que dicho proceso culminara de forma exitosa. Todo el ámbito geográfico anteriormente examinado, desde Lefkandi, en Eubea, hasta la isla de Creta, se ajusta bien a este perfil, ya que en todos ellos parece patente la existencia de contactos prolongados y estables entre fenicios y eubeos, si bien el lugar que presenta las mejores credenciales en este terreno es la propia isla de Eubea. En ella encontramos el contexto de carácter aristocrático que pudo haber favorecido e impulsado una invención semejante, ya que contaba con una tradición heroica, y existían concursos poéticos como los juegos celebrados en honor de Anfidamante de Calcis, a los que alude el poeta Hesíodo[77]. Resulta igualmente significativo que sea precisamente en la fundación eubea de Pitecusas donde aparece la mayor concentración de inscripciones del siglo VIII a.C., entre las que figura la celebérrima copa de Néstor en la que se parodia un verso homérico[78].

Todo parece así apuntar hacia el marco del simposio, o banquete aristocrático de carácter ritual, como el contexto más apropiado en el que pudo producirse la recepción y posterior difusión de un instrumento como la escritura, que fue luego posteriormente aplicada a la fijación de la tradición poética que, curiosamente, se produce también hacia esta misma época. Este reducido ámbito de las elites aristocráticas, con todo el espíritu competitivo que caracterizaba su modo de comportamiento, era, a fin de cuentas, el receptor principal de los bienes de prestigio de procedencia oriental que

[76] La bibliografía sobre el origen del alfabeto y su adaptación es abundantísima, pero sigue siendo fundamental el estudio de Jeffery (1990). Un buen resumen de la cuestión, en Isserlin (1988); Schnapp-Gourbeillon (2002), pp. 262 ss., y más recientemente Bourguignon (2010).

[77] Hes., *Op.,* 654.

[78] Mazarakis Ainian y Leventi (2009), pp. 214-215.

aparecen en sus tumbas y, en consecuencia, sus miembros, o al menos algunos de ellos, aparecen como los agentes más adecuados de la cadena de intercambios, entendida sobre todo como regalos o bienes de lujo, que predominaba a lo largo de todo este periodo[79]. Seguramente no es casualidad que Eubea fuera también el ámbito en el que, aparentemente, la tradición poética cristalizó y donde adquirió su forma definitiva y normativa[80]. En Eubea pudieron haber confluido las diferentes tradiciones épicas del norte y noroeste del Egeo, tal como puede apreciarse por la extensa gama de relaciones que la isla mantenía con todas estas regiones, bien probadas a través del registro arqueológico[81], y a donde además iban a parar los aedos en busca de la fortuna y prosperidad que ofrecían sus gobernantes, como el individuo que aparece enterrado en Lefkandi. Los contactos exteriores de la isla con el mundo oriental pudieron haber favorecido igualmente la transferencia de motivos, temas y técnicas poéticas como diferentes tipos de fórmulas y símiles, de la tradición literaria oriental a la griega, que se aprecian de manera muy clara tanto en los poemas homéricos como en la poesía hesiódica.

Martin L. West ha sugerido, como solución más factible a la hora de explicar el proceso de transferencia de una tradición a otra, la existencia de un cierto número de poetas bilingües, posiblemente orientales, que se habrían establecido en Grecia y habrían aprendido allí a componer poesía épica a la manera griega. Evidentemente, era preciso conocer obras como el *Poema de Gilgamesh* –que había circulado extensamente a lo largo de los siglos por todo Oriente Próximo, vehiculado en diferentes tradiciones y traducido a varias lenguas– para poder aplicar algunas de estas técnicas, como sucede en la descripción de Aquiles rugiendo sobre el cadáver de Patroclo cual leona que ha perdido a sus cachorros, o construir episodios como la queja de Afrodita a Zeus tras el encuentro hostil con Diomedes[82]. Estos poetas habrían formado parte del colectivo privilegiado de artesanos especializados cuya posible presencia en suelo griego aparece detectada en el registro arqueológico mediante la asimilación de ciertas técnicas en el arte del metal o de la joyería y que, a la vista de la velocidad con la que dichas técnicas fueron adoptadas, da la impresión de que compartieron sus conocimientos con sus discípulos griegos, integrándose rápidamente en su nuevo entorno y traspasando sus habilidades a sus descendientes ya completamente helenizados[83].

---

[79] Sobre la importancia del simposio como mecanismo de transferencia cultural, véase Matthäus (1999). Sobre los medios aristocráticos como agentes de este tipo de intercambios, Coldstream (1983); Raaflaub (2004); Niemeyer (2004) y Crielaard (2006).

[80] Así, West (1988), pp. 166 ss., donde despliega los correspondientes argumentos de tipo lingüístico que avalan dicha hipótesis. Más recientemente, Cassio (1998).

[81] Lemos (1998).

[82] West (1997), pp. 609 ss.

[83] Sobre la presencia en suelo griego de especialistas orientales, Coldstream (1982) y Burkert (1983) (1992), pp. 9-40.

La relación entre fenicios y griegos era, a fin de cuentas, del todo inevitable desde el momento en que las rutas de expansión marítima fenicia hacia el Mediterráneo occidental en busca de materias primas, sobre todo metales, pasaban indefectiblemente por el espacio egeo como único corredor viable en aquella dirección, a la vista de las enormes dificultades que planteaba la navegación a lo largo de las costas norteafricanas –desprovistas de buenos puertos y lugares adecuados para el fondeadero puntual de las naves que las protegieran del viento del norte, y donde existía además el peligro de encallar en los fondos arenosos de las Sirtes, en la actual costa libia.

También los propios griegos, en particular los eubeos al principio, llevaron a cabo sus propias iniciativas en este terreno, estableciendo los pertinentes contactos a lo largo de las costas sirio-palestinas que afectaron de forma si no privilegiada, al menos sí especial, a las ciudades de Tiro, tal como revelan los hallazgos de cerámica, y Sidón, que figura de forma prominente aunque escasa en los poemas homéricos[84]. La fama de Eubea como patria de navegantes era, al parecer, proverbial, si tenemos en cuenta el calificativo con que se la designa en el *Himno Homérico a Apolo; nausikleites,* «famosa por sus naves»[85], y constituía, por tanto, el partenaire adecuado de los fenicios en sus singladuras occidentales. La colaboración y la coexistencia pacífica parecen haber predominado claramente sobre cualquier tipo de diferencias, que seguramente existieron, tal como reconocen incluso los defensores más acérrimos del protagonismo e independencia griegos en temas de colonización mediterránea, como es el caso de Boardman[86]. Resulta lógico pensar, en consecuencia, que del contacto mutuo surgieran contextos claramente favorables al intercambio de motivos, ideas y técnicas artísticas y literarias, intercambios que, con el paso del tiempo, y bien a través de la presencia de especialistas orientales en suelo griego o como resultado de la existencia de ámbitos bilingües y multiculturales como pudieron haber sido Chipre, Creta, Al Mina o Pitecusas, acabarían finalmente dando sus resultados en la adopción y asimilación de las mismas dentro de la tradición propiamente griega[87].

El caso de Jonia

Otro de los posibles escenarios en los que pudo haberse producido el encuentro de culturas y tradiciones entre el mundo griego y las civiliza-

---

[84] Coldstream (2008).

[85] *Hym. Hom. ad Apol.* III, 31.

[86] Boardman (1980), p. 273. Ridgway (1997) sugiere incluso que los eubeos se habían integrado fácilmente dentro de la red comercial fenicia preexistente. También se muestran partidarios de un ambiente de colaboración autores como Crielaard (1995), p. 231, y Tandy (1997), p. 71. En cambio, Winter (1995), pp. 254-255, defiende un cierto grado de competitividad en el comercio mediterráneo durante el periodo arcaico.

[87] Sommer (2007).

ciones orientales es el espacio geográfico jonio en Asia Menor, vinculado de manera más o menos intensa a las civilizaciones anatolias que fueron surgiendo a lo largo de este periodo, si bien parece contar con menores posibilidades que los contextos marítimos anteriormente analizados[88]. Se trataba también de una zona en la que la presencia griega durante la Edad del Bronce parece asegurada –al menos por lo que respecta a la ciudad de Mileto– y en la que pudo haber existido, por tanto, una cierta continuidad cuando se produjo la transferencia masiva de población griega hacia toda la costa occidental durante los siglos que sucedieron a la caída de los complejos palaciales micénicos. Ciertamente, no existen fundamentos históricos, textuales o arqueológicos que permitan atestiguar esta continuidad de las comunidades griegas de la zona con el periodo anterior, ya que todos los testimonios relativos a la denominada migración jónica impulsada desde Atenas en los momentos que siguieron a la guerra de Troya tienen poco que ver con las realidades históricas de unos establecimientos cuyos vestigios materiales no nos permiten en ningún caso remontarnos hacia atrás más allá del siglo VIII a. C., y sí, en cambio, se explican mejor desde la perspectiva de los intereses políticos e ideológicos de la propia Atenas, en unos momentos en los que pretendía afianzar su hegemonía sobre toda la zona, o desde los deseos de los habitantes de estas comunidades de adquirir una genealogía ilustre, como forma de afianzar su identidad griega, frente a un entorno indígena anatolio que amenazaba su supervivencia[89].

De cualquier modo, las ciudades griegas instaladas en las costas occidentales de Asia Menor a partir del siglo VIII a.C. entraron en contacto, no siempre pacífico, con las civilizaciones frigia y lidia que se implantaron en la región tras la desaparición del Imperio hitita. Los frigios ocuparon el mismo espacio central en el interior de la meseta anatolia, y los lidios una de sus zonas marginales en la parte más occidental de la península. No sabemos hasta qué punto ambas civilizaciones conservaron la memoria de la antigua tradición hitita, que sin duda sobrevivió en algunas de las regiones marginales del imperio como Cilicia o el norte de Siria; es más que probable que en muchos aspectos de su cultura, sobre todo en el caso frigio, resultaran sus inevitables herederos. Dos probables indicios acerca de esta continuidad con la cultura hitita del segundo milenio son el hallazgo de una estatua frigia de Cibeles en la antigua capital hitita, de interpretación discutida, y la posibilidad de que el culto de la diosa madre de Pesinonte se remonte a la Edad del Bronce, a la vista de la correspondencia

[88] La vía anatolia fue la propuesta principal efectuada en su momento por Mazzarino (1989), pp. 273-291.

[89] Un panorama general sobre Jonia, en Emlyn-Jones (1980); Ragone (1996) y Greaves (2010). Sobre las migraciones jonias a Asia Menor, Lemos (2007), y sobre la identidad jonia y sus orígenes, Crielaard (2009).

del mito de Agdistis con el de Ullikummi[90]. Se ha destacado también la continuidad con el mundo hitita en algunos aspectos de la cultura material frigia y en algunas de sus tradiciones artísticas, como es el caso de la escultura exenta o de la música, e incluso en el nombre de su más célebre monarca, Midas, que es más antiguo que la posible llegada de los frigios a Anatolia y aparece ya atestiguada en las fuentes hititas[91].

Griegos y frigios

La conexión de Frigia con el mundo oriental parece fuera de toda duda, ya que era en esa dirección hacia donde dirigía sus ansias de expansión política y donde se hallaban sus principales puntos de interés, al igual que había sucedido con sus antecesores hititas. Las excavaciones llevadas a cabo en la capital frigia de Gordion han mostrado la evidencia de los contactos de la corte frigia con el norte de Siria y Urartu, especialmente con la primera de estas regiones, en la forma del intercambio diplomático de regalos, como revelan los arreos de caballo en marfil hallados en un tesoro, o tres grandes calderos de bronce con sus bordes decorados con demonios en forma de pájaros o cabezas de toro[92]. Conocemos también, a través de las fuentes asirias, la existencia de un tratado suscrito entre Midas y el príncipe Pisiri, de la ciudad siria de Carquemish, en el 717 a. C.[93].

La existencia de una vía de comunicación desde el centro de la península anatolia hasta las regiones del norte de Siria y el interior de Mesopotamia por la que discurrían las mercancías, al menos desde la fundación del establecimiento del *karum* de Kanesh por los comerciantes asirios a comienzos del segundo milenio, parece probada, y por ella debieron de circular también, llegado el caso, los ejércitos hititas cuando llevaban a cabo sus campañas hacia su zona de expansión natural en todo este ámbito geográfico. Los estrechos vínculos de la corte hitita con toda la tradición cultural del norte de Siria y Mesopotamia se establecieron también probablemente gracias a la asidua e intensa frecuentación de esta ruta, que ponía en comunicación ambos espacios geográficos a través de Cilicia, que luego se convertiría en un tramo destacado del denominado camino real persa que discurría desde Sardes a Susa[94]. Los frigios heredaron

---

[90] Bittel (1963), pp. 7-21, ha trazado el mapa de la difusión del culto a través de la Anatolia meridional hasta Frigia.

[91] Así, Dunbabin (1957), pp. 63 ss., llega a sugerir incluso que pudo haber habido un intento por parte de la monarquía frigia de reclamar sus antecedentes en el mundo real hitita. Barnett (1975a), pp. 430 ss.

[92] Sams (1993) y (1997). Sobre los influjos estilísticos del arte de Oriente Próximo sobre el frigio, Prayon (1987). Sobre las excavaciones de Gordion, Kealhofer (2005).

[93] Luckenbill (1927), para. 8.

[94] Sobre la existencia de dicha vía, Birmingham (1961) y Burkert (1998).

así, en el siglo VIII a.C., una importante vía de comunicación con el mundo oriental que tenía ahora su punto de partida en la nueva capital, Gordion, y esta circunstancia facilitó el desarrollo de transferencias culturales tan importantes como la del culto de la gran diosa madre con su iconografía y su nombre, Kubaba, que era en la Edad del Bronce la diosa principal de Carquemish, un Estado que mantuvo estrechas vinculaciones políticas con el Imperio hitita a lo largo de su historia y que se mantendría luego, tras la desaparición de este último, como uno de los principados neohititas más importantes de toda esta zona[95].

La presencia de Frigia como protagonista destacado dentro del contexto internacional de Oriente Próximo durante todo este periodo aparece bien atestiguada en las fuentes asirias correspondientes al reinado de Sargón II, en las que se menciona a un rey llamado Mita, de Mushki, que la gran mayoría de los estudiosos ha identificado con el legendario pero no menos real rey Midas que aparece en la tradición griega[96]. Durante el reinado del monarca asirio tuvo lugar una enconada disputa entre los dos reinos, en la que se hallaban directamente implicados el norte de Siria y las regiones anatolias sudorientales, que culminó en el 709 a.C. con un acuerdo que sancionaba la supremacía asiria sobre los territorios que se extendían más allá del río Halis[97]. Las operaciones frigias en el frente oriental de Anatolia, que comportaban el enfrentamiento armado con Asiria, han quedado también reflejadas en dos inscripciones en lengua y escritura frigias –procedentes del antiguo reino de Tiana, en Capadocia, que había actuado como mediador entre las dos potencias– en las cuales figura la expresión «confines de Midas»[98]. Sin embargo, las relaciones entre las dos potencias expansionistas no siempre fueron hostiles y hubo momentos en los que se produjo un cierto intento de aproximación amistosa por parte de Midas quien, en un

---

[95] Bittel (1963), pp. 7-21, ha trazado el mapa de la difusión del culto de esta diosa desde Carquemish hasta Frigia a través de la Anatolia meridional, donde había también implantados estados o principados neohititas durante los siglos IX y VIII a.C.

[96] La identificación del Mita que aparece en las inscripciones asirias con el frigio Midas de la tradición griega fue propuesta por primera vez por el estudioso alemán H. Winckler a finales del siglo XIX, y pareció quedar posteriormente confirmada por el hallazgo de una inscripción de Tiana cuyo texto, redactado en frigio, contiene el nombre de Midas. Sin embargo, Laminger-Pascher (1989) ha rechazado dicha ecuación. Recientemente sobre la cuestión, Wittker (2004). Lo más probable es que los Mushki fueran un pueblo procedente del norte o del noreste que ocupó las regiones próximas al Éufrates y que, más tarde, se fundiría con los frigios en un solo reino por obra de Midas. Sobre la leyenda griega de Midas, véase Roller (1983).

[97] Fuchs (1994), p. 93 (incorporación de Carquemish en el sistema provincial asirio después de haber solicitado el apoyo frigio); pp. 109-110 (conflictos militares en Cilicia con la ocupación asiria de fortalezas en poder de Midas); pp. 124-125 (deposición del rey de Tabal, que pretendía pasarse del lado frigio); p. 126 (interferencias frigias en el reino de Melidu); pp. 127-128 (construcción de tres fortalezas para proteger los confines con el territorio frigio); pp. 171-175 (campaña asiria en territorio frigio y acuerdo de sumisión).

[98] Brixe y Lejeune (1984), vol. I, pp. 264-266. Sobre el papel mediador de Tiana, véase Parpola (1987), 1.ª parte. Sobre la implicación frigia en el sureste de Anatolia, Vassileva (2008).

acto claramente conciliatorio, envió al gobernador asirio de la zona dos emisarios del reino de Que, en Cilicia, que iban camino de Urartu para tratar de establecer una alianza de carácter claramente antiasirio. Ambos imperios, el frigio y el asirio, jugaron así sus respectivas cartas en todos los terrenos, especialmente el de la confrontación militar, pero también el del entendimiento político y diplomático, en esa carrera común hacia la expansión respectiva de sus distintos territorios a costa de los estados menores intermedios, que se veían así obligados a militar en uno u otro de los bandos en conflicto como única forma viable de subsistencia política[99].

Este reino frigio con ambiciones expansionistas hacia Oriente que entró en conflicto con Asiria mantuvo también evidentes relaciones con el mundo griego. Así, sabemos por el testimonio de Heródoto que Midas fue el primer rey no griego que dedicó una ofrenda en el santuario de Delfos, consagrando en el lugar el trono real sobre el que se sentaba para impartir justicia[100]. Aunque la realidad histórica de dicha ofrenda ha sido especialmente cuestionada, proponiéndose, entre otras opciones, que el autor de la ofrenda hubiera sido un monarca posterior que llevara el mismo nombre, no hay que descartar por completo que el mítico rey de la tradición legendaria griega fuera el auténtico protagonista del evento, a la vista de la sólida evidencia arqueológica que parece documentar la existencia de contactos entre la costa griega de Asia Menor y el reino frigio durante la época de Midas, y la noticia conservada que nos informa acerca del matrimonio del monarca con una princesa de la ciudad eolia de Cumas[101]. Ambas informaciones, la dedicación del trono en Delfos y el matrimonio con una princesa de Cumas, constituyen, según Muscarella, un escenario histórico coherente acerca de las relaciones de amistad y alianza existentes entre el mundo griego de la época y el reino de Midas, que buscaba de esta manera establecer vínculos de alianza estables con las regiones situadas hacia occidente, las cuales parecían mucho menos cerradas y hostiles a sus ambiciones que el flanco oriental, donde chocaba constantemente con las aspiraciones expansionistas asirias[102].

Las mutuas relaciones entre griegos y frigios beneficiaron ampliamente a las dos culturas si atendemos a la tradición según la cual los griegos aprendieron mucho de los frigios en el campo de la música, como el uso del *aulós,* que aparece ya testimoniado hacia finales del siglo VIII a.C., o a aquella otra, quizá menos fiable, que atribuye a Esopo un origen frigio como inventor de la fábula de animales, un género tradicional dentro de las literaturas orientales que era transmitido generalmente de manera oral. Son también numerosos los objetos de bronce de origen frigio que han

---

[99] Lanfranchi (1996). Sobre la interacción entre las elites respectivas de ambas potencias y su posible incidencia marginal en el mundo griego, Ebbinghaus (2008).

[100] Hdt. I, 14.

[101] Muscarella (1989) y Cassola (1997).

[102] Muscarella (1989).

aparecido en santuarios griegos, especialmente en el Hereo de Samos, en forma de fíbulas, cinturones, cuencos con asas anulares y refuerzos, y calderos con cabezas de toro o figuras de sirenas sobre sus bordes. En la dirección opuesta se dejan notar también las transferencias, como en el caso del alfabeto, derivado directamente del griego, o en el estilo de vida de la clase dominante con la adopción del simposio, tal como revelan los hallazgos del tipo de vajilla adecuada para este tipo de celebraciones en las tumbas de Gordion[103], o incluso la propia titulatura real de Midas, que aparece atestiguada en una inscripción de Yazilikaya[104].

Griegos y lidios

Otro de los reinos anatolios con los que los griegos de Jonia estuvieron en contacto fue Lidia, cuya emergencia como Estado poderoso e independiente parece que hay que vincular con la pérdida de hegemonía sufrida por el reino frigio a consecuencia de las incursiones de los cimerios, quienes asolaron buena parte de Asia Menor durante la primera parte del siglo VII a.C.[105]. Aunque en algunas tradiciones griegas se hace remontar su genealogía real hacia un pasado en el que la vinculación con Oriente aparece destacada, y tanto su lengua como algunos de los nombres de sus primeros monarcas, Candaules o Mirsilo, presentan claras credenciales anatolias que enlazan con la tradición anterior de la Edad del Bronce, lo cierto es que el aspecto que presenta su civilización, hasta la fecha no del todo bien conocida, resulta aparentemente mucho más helenizante que oriental[106].

Es verdad que los lidios, al igual que los frigios, se vieron también implicados en los asuntos de Oriente y aparecen así mencionados en las fuentes asirias correspondientes al reinado de Asurbanipal. Su rey Giges (Guggu de Ludu en los textos asirios) buscó el apoyo del monarca asirio en su lucha contra los cimerios, que aparecían como un peligro común para ambos estados. Inspirado por un sueño, envió su embajador a la corte asiria y, a pesar de los problemas de comunicación derivados del desconocimiento de la lengua lidia por parte de los asirios, parece que al final Giges obtuvo algún tipo de ayuda en su lucha contra los invasores nómadas procedentes del norte. En una embajada posterior, Giges envió a Asurbanipal dos caudillos cimerios que habían sido capturados, junto a una serie de regalos tendentes a reforzar los lazos de alianza existentes dentro de los esquemas imperantes dentro de la política internacional de Oriente Próximo.

[103] De Vries (1980).

[104] Cassola (1997), pp. 145-146.

[105] Vassileva (2006).

[106] Así, sobre las tradiciones griegas acerca de la historia arcaica de Lidia, véase Talamo (1979). Sobre el reino de Lidia en general, Mellink (1991) y Roosevelt (2009). Sobre la helenización del arte lidio, Boardman (1980), pp. 96 ss.

Seguramente Giges buscaba así su legitimación y reconocimiento dentro del escenario internacional más relevante tras su usurpación del trono lidio, y lo hacía indudablemente en el contexto próximo-oriental[107]. Sin embargo, este mismo objetivo le condujo a establecer relaciones con Egipto y a apoyar al faraón Psamético I en operaciones antiasirias, tratando quizá también de sacar partido de la momentánea debilidad asiria, mediante el envío de los mercenarios jonios y carios que combatieron al lado del faraón, incurriendo así en deslealtad manifiesta hacia su anterior aliado, quien decidió abandonarlo a su suerte y provocó su caída; Giges pereció en el curso de un nuevo enfrentamiento con los cimerios[108].

La alianza entre Lidia y Asiria, que se mantuvo vigente durante al menos dos generaciones, sirvió para abrir o reactualizar una ruta de comunicación directa entre Sardes y Nínive a través de la que circularon los envíos de regalos y tributos entre sus monarcas, pero que fue seguramente también utilizada con propósitos comerciales, militares y culturales[109]. La imitación de la cultura imperial asiria y de su estilo de vida debió dejarse sentir con fuerza en la corte lidia, dado el sistema de expansión empleado por los asirios, consistente en utilizar las elites gobernantes de los diferentes países y regiones sometidas como principal canal de influencia en sus esfuerzos por asimilar dichos territorios dentro de su imperio[110]. A través de dicha vía penetró, en el mundo lidio primero y en el griego de las ciudades jonias después, una serie de influencias orientales procedentes de Asiria, entre las que hay que mencionar el culto de Kubaba de Carquemish y algunos elementos de lujo como el parasol y la *kline,* una especie de diván en el que se sentaban los asistentes a los banquetes[111]. No hay que olvidar tampoco la indiscutible influencia de la literatura acadia, vehiculada a través de la poesía real neoasiria, en la épica homérica, que ya hemos mencionado, o el hecho significativo de que todos los grandes nombres de los considerados primeros filósofos griegos procedan de ciudades que se hallaban situadas en la periferia más próxima del reino lidio. La alianza lidia con Asiria significó de esta forma una importante puerta de entrada para la influencia cultural asiria en el mundo griego, a la vista de las relaciones destacadas e intensas que los lidios mantuvieron también con los griegos[112].

---

107 Burkert (1995).

108 Lanfranchi (1990), pp. 109-112 y (1996).

109 Que la célebre ruta real que iba desde Susa a Sardes, que fue utilizada luego durante el Imperio aqueménida como principal arteria de comunicación con los dominios occidentales, fue originalmente una construcción asiria, parece un hecho bien admitido, ya que discurría a través del núcleo territorial del Imperio asirio; véase Kessler (1997).

110 Parpola (2003) y Burkert (2004).

111 West (1997), pp. 32-33. Se ha sugerido incluso la posibilidad de que la introducción de la moneda, acaecida durante el reinado del monarca lidio Aliates, hubiera podido estar inspirada en modelos asirios anteriores; véase Radner (1999).

112 Franklin (2008).

Efectivamente, a pesar de esta decidida inclinación oriental de los monarcas lidios, que volvió a reafirmarse con Ardis cuando trató de restaurar la alianza asiria con Asurbanipal, y posteriormente con Creso, que buscó la alianza egipcia con el faraón Amasis y quizá con Nabonido de Babilonia –quien pudo haber ejercido las funciones de mediador en el conflicto con los medos de Ciaxares–, los lidios miraron también de forma preferente hacia el mundo griego, con el que mantuvieron unas relaciones todavía más estrechas e intensas que los frigios. Sus principales monarcas, de Giges a Creso, fueron bien conscientes del prestigio que proporcionaba, dentro de este terreno, una buena relación con el santuario de Delfos, a donde enviaron costosas y espectaculares ofrendas, como las seis cráteras de oro de Giges, la enorme crátera de plata con su soporte en hierro de Aliates o la estatua de un león de oro erigida sobre lingotes del mismo metal y las dos cráteras de oro y de plata que mandó erigir Creso[113]. En esa misma dirección, Creso buscó también la amistad con Esparta mediante la elaboración de una genealogía *ad hoc* que culminaba en la emblemática figura de Heracles y a través de una importante donación de oro para la estatua de Apolo del monte Tornax[114].

En esta línea de intentar conseguir el reconocimiento dentro del mundo griego, las ciudades jonias ocupaban un lugar especial dada su posición fronteriza con el reino lidio y el hecho de que sus naturales deseos de expansión hacia la costa chocaban frontalmente con las aspiraciones de las ciudades que ocupaban aquellos territorios. Sin embargo, a pesar de los numerosos conflictos que enfrentaron a las ciudades jonias con los principales monarcas lidios, que atacaron de forma reiterada algunas de estas ciudades, el nivel de interacción que alcanzaron las mutuas relaciones entre griegos y lidios fue ciertamente considerable. Las transferencias culturales circularon en las dos direcciones, si bien la balanza final parece decantarse claramente del lado helénico, que consiguió imponer su fisonomía en diferentes manifestaciones artísticas como la cerámica o el diseño arquitectónico en todo el ámbito lidio y, a través de él, también en el antiguo territorio frigio que todavía continuaba existiendo por aquel entonces. La introducción de motivos iconográficos griegos, como el enfrentamiento entre Teseo y el Minotauro, aparece así reflejado en la decoración arquitectónica de Sardes y Gordion, y los motivos figurativos griegos se imponen a los viejos esquemas decorativos de la cerámica indígena[115]. De Lidia adoptaron los griegos algunas novedades musicales –como la lira de siete cuerdas, que aparece ya representada sobre un fragmento de vaso griego del siglo VII a.C.–, un cierto estilo de vida –que se ponía de manifiesto en el vestido y los banquetes y que se convirtió en motivo de repro-

113 Hdt. I, 14; 25 y 50-51.
114 Hdt. I, 69.
115 Mellink (1991), pp. 650.

bación por parte de quienes veían una clara interferencia con el modo de vida tradicional griego–, la forma de unos vasos lidios que contenían el famoso perfume *bakkaris* y, sobre todo, el uso de la moneda. Los monarcas lidios, y en especial Creso, se convirtieron enseguida en referentes legendarios, no solo como poseedores de poder y riquezas, sino también como portadores de un destino trágico, cuyos ecos han quedado reflejados tanto en la tradición literaria griega contemporánea, concretada sobre todo en los poetas líricos, como en la tradición posterior que aparece recogida en Heródoto[116]. Sardes, la sede de la corte lidia, aparece así en el imaginario de los poetas griegos de los siglos VII y VI a.C. como un lugar fastuoso en el que se practicaba un modo de vida lujoso y confortable en medio de aparatosos banquetes, ingeniosos pasatiempos y brillantes veladas musicales[117].

Esta aparente fascinación por el mundo lidio se tradujo igualmente en el terreno político, sobre todo a partir de Aliates, cuando comenzó a hacerse sentir el peso político y cultural de una aristocracia lidizante que, a partir de esos momentos, configuró una buena parte de la vida política de la región, y alcanzará su punto culminante con Creso, convertido después por la tradición griega en una figura positiva, último baluarte del helenismo anatolio frente a los persas, que resulta finalmente salvado de la pira y transportado al país de los hiperbóreos[118]. Creso fue, ante todo, un conquistador que ejerció su dominio sobre las ciudades griegas de Asia Menor, tal como resalta Heródoto, pero desempeñó también el papel de patrón de los griegos de Asia, como revelan sus generosas ofrendas de oro en el templo de Dídima o los tambores de las columnas del gran templo de Ártemis en Éfeso que llevan grabado su nombre como oferente. Su corte fue además visitada por todos los sabios de Grecia, incluido el ateniense Solón, y contó además con la participación en su ejército de algunos de los talentos más destacados de la Jonia de aquel entonces, como era el caso de Tales, quien ayudó a que las tropas lidias pudieran atravesar un río[119]. Probablemente la existencia de un importante componente anatolio en el reino lidio resulta indiscutible, tal como parecen atestiguar determinados objetos como los marfiles de Éfeso, y este aspecto seguramente se irá definiendo de forma progresiva según avancen las excavaciones, a pesar de que su incidencia precisa en la formación del arte griego de las ciudades jonias está todavía por determinar. Sin embargo, la realidad más perceptible con-

---

[116] Lombardo (1990) y Burkert (2004b).

[117] Son célebres las alusiones de Safo a «los carros de los lidios y los infantes con sus armas» o a «los bellos zapatos de cuero, hermoso trabajo de Lidia» o su afirmación elogiosa acerca del amor que profesaba a su hija, a quien no cambiaría ni por toda Lidia. En general sobre Sardes como centro de moda femenina, Page (1951), p. 69. También Píndaro, en su fr. 125, alude a los banquetes de los lidios.

[118] George (1994), pp. 169 ss.

[119] Hdt. I, 29 y 75.

tinúa siendo la fachada helénica o helenizante que presenta toda la cultura lidia, puesta sobre todo de relieve en las ofrendas enviadas a los santuarios griegos por los monarcas lidios, casi todas ellas elaboradas por artesanos griegos, como el célebre Teodoro de Samos, artífice de la enorme crátera de plata ofrendada por Creso en Delfos, y en la aportación destinada a la construcción de los grandes templos de la zona, como el famoso Artemision de Éfeso. La decidida apuesta lidia a favor de las dos direcciones, la oriental y la occidental, culminó en un estruendoso fracaso en Oriente tras su derrota frente a los persas, pero dejó un legado imborrable en la otra dirección cuyos ecos, con algunas inevitables distorsiones, todavía perviven a través la literatura y de los grandes monumentos griegos.

Jonia fue siempre una zona de contactos privilegiada entre el mundo griego y el oriental, sobre todo desde la Edad del Bronce hasta la conquista persa, y seguramente lo fue también después, a la vista de la supervivencia tenaz de las civilizaciones anatolias indígenas dentro de nuevos escenarios políticos, de más amplia cobertura, que no supieron ni pudieron eliminar todos aquellos elementos que no acababan de ajustarse del todo con la nueva uniformidad cultural de los dominadores del momento. Allí, los griegos, instalados de forma estable en la región desde fechas muy tempranas tal como vienen confirmando las excavaciones de Mileto, convivieron de forma casi continuada con los indígenas e incluso emparentaron de forma duradera con ellos, inaugurando de esta forma nuevas identidades dentro de un marco cultural helénico que asumía así constantemente nuevos influjos procedentes de las culturas y civilizaciones circundantes. La propia figura de Heródoto, de ascendencia caria, su tío el poeta épico Paniasis o el logógrafo Janto de Lidia son solo quizá la parte emergente más visible de un enorme iceberg donde, con el paso del tiempo, se habían ido destilando este tipo de fusiones. La supuesta ascendencia fenicia de Tales, mencionada por Heródoto[120], representa también en buena medida la conciencia, ya desvaída, de esta clase de realidades. La Jonia arcaica proporcionó de esta forma el caldo de cultivo más factible para que dichos contactos alcanzaran la influencia duradera que quedó luego plasmada, de forma ya indefectible, en nuevas realidades culturales cuya estampa final indiscutiblemente griega no ocultaba del todo, sin embargo, sus orígenes mucho menos definidos, en los que la interferencia y la transferencia cultural de otras realidades ajenas al helenismo desempeñaron un papel determinante en su configuración definitiva.

---

[120] Hdt. I, 170.

IV

ESPLENDORES DE ORIENTE

Dos universos diferentes

La relación entre el mundo griego y las civilizaciones orientales a partir del periodo arcaico estuvo siempre marcada por un desequilibrio evidente entre las dos partes. Por un lado, los griegos no constituyeron nunca un Estado homogéneo y unitario, sino que vivían diseminados en una gran cantidad de pequeñas comunidades que dominaban un territorio reducido –con las conocidas excepciones de Esparta y Atenas–, poseían limitados recursos y una estructura sociopolítica mucho menos compleja y desarrollada que las de sus vecinos orientales. Las denominadas civilizaciones orientales constituían un conjunto, ciertamente heterogéneo, del que formaban parte tanto algunos poderosos imperios –como el asirio y el babilonio– y grandes estados –como Egipto o Urartu– como los pequeños reinos y las prósperas ciudadesestado que componían el variado mosaico de las costas sirio-palestinas. El mundo griego aparecía así situado en una zona marginal, o de frontera, de un ámbito geográfico compuesto por estados mucho más ricos y complejos que eran contemplados con admiración desde la distancia, y que se presentaba además como el escenario ideal que ofrecía numerosas oportunidades, tanto a los soldados de fortuna –dada la constante necesidad de efectivos para las guerras de expansión– como a los artesanos y comerciantes, que podían participar lucrativamente en sus circuitos y redes comerciales proporcionando una serie de servicios que sus monarcas y las elites dirigentes demandaban[1].

Esta manifiesta disparidad de recursos y la enorme diferencia entre sus respectivas estructuras sociopolíticas se tradujo también en la cantidad y

[1] Kuhrt (2002b).

diversidad de la documentación que generaban, cuyos restos conservados constituyen hoy en día el material histórico disponible que tenemos a nuestro alcance. Conocemos de este modo la existencia de grandes archivos orientales en los que quedaron puntualmente reflejadas muchas de las operaciones administrativas que se llevaron a cabo en el interior de sus dominios, las numerosas cartas que intercambiaban los funcionarios provinciales con la corte central o la correspondencia diplomática entre los diferentes estados, o las ampulosas inscripciones reales que ensalzaban, de manera hiperbólica, las grandes hazañas realizadas por los monarcas más destacados. En cambio, en el mundo griego no tenemos nada semejante y nos encontramos tan solo con algunos fragmentos poéticos dispersos y difíciles de interpretar a falta de un contexto claro, tanto desde el punto de vista literario como histórico, y con una pléyade de nombres ilustres cuyas obras han dejado solo el eco distorsionado y lejano de sus palabras en citas posteriores muy reelaboradas, o con la escueta mención de algunos términos procedentes de ellas que aparecen completamente fuera de contexto. Solo los poemas de Homero y Hesíodo, cuya composición podemos ubicar en el inicio de este periodo, o las *Historias* de Heródoto, que aunque fueron elaboradas en época muy posterior reflejan algunas tradiciones orales que remontan a dichos momentos, arrojan una luz desigual y desvaída sobre una realidad histórica que era seguramente mucho más compleja, diversa y estratificada de la que somos capaces de reconstruir a través de un material tan desgarrado y confuso como el que el azar imprevisible de la historia ha permitido llegar hasta nosotros[2].

La desproporción evidente de estatus y envergadura entre un mundo y otro comportaba también perspectivas mutuas completamente diferenciadas. Desde la perspectiva griega, estos grandes imperios aparecían como inigualables gigantes, gobernados por poderosos monarcas y provistos de toda clase de riquezas, que contaban con esplendorosas ciudades rodeadas de imponentes murallas y adornadas por magníficas construcciones. Un panorama ideal que contrastaba abiertamente con comunidades pequeñas que se autogobernaban mediante el dominio de las aristocracias locales, que exhibían ciudades con una modesta apariencia urbana, pues solo el templo consagrado a la divinidad principal alcanzaba en ocasiones dimensiones de carácter monumental. Esta flagrante contraposición entre un mundo y otro dio lugar a diferentes tipos de reacciones. Las elites dirigentes griegas, estimuladas por el ejemplo, comenzaron un proceso de emulación consciente del lujo de las cortes provinciales y procedieron a la adopción de algunas de sus costumbres. En cambio, hubo quienes mostraron un rechazo orgulloso y desairado hacia un mundo que les parecía estar repleto de toda clase de excesos y que no se compadecía bien con la

---

[2] Sobre la problemática de las fuentes acerca de la época arcaica griega, véase Baurain (1997), pp. 1-43.

forma de vida tradicional griega, que había sido siempre mucho más austera y ordenada. Encontramos esta clase de reacciones en las afirmaciones del poeta Focílides, quien se decanta abiertamente por una ciudad griega pequeña y bien gobernada frente a la insensatez que demuestra una gran capital como Nínive[3], en las de Arquíloco, quien muestra su aparente desdén hacia la inmensa fortuna del monarca lidio Giges en lo que parece un acto de autoafirmación moral[4], o en las protestas de Jenófanes hacia la forma de vida sofisticada y sensual que habían adoptado muchos de sus conciudadanos de Colofón[5].

Esta reacciones de carácter hiperbólico y moralizante adoptadas por algunos personajes, relevantes desde el punto de vista intelectual, que pretendían ejercer de alguna manera su magisterio sobre la comunidad, nos revelan que, seguramente, la opinión griega mayoritaria justo iba en la dirección opuesta. El esplendor, la riqueza y la forma de vida lujosa y sofisticada de las civilizaciones orientales, más que el rechazo moral, debió de suscitar entre la mayor parte de sus vecinos griegos un alto grado de fascinación y admiración indisimulada, no solo por parte de sus elites, que deseaban emular este modo de vida en la medida de sus posibilidades, sino también por parte de todos aquellos que veían aquellos territorios lejanos como una auténtica tierra de promisión en la que hacer fortuna, atraídos por el señuelo que representaba la posible prestación de determinados servicios de carácter técnico, artesanal o militar, o por el simple ejercicio ocasional de la piratería[6]. Declaraciones tan contundentes como las de la poetisa lesbia Safo, «Yo amo una forma de vida lujosa *(habrosune)*», las críticas expresadas por Jenófanes hacia sus conciudadanos de Colofón o el testimonio de Tucídides acerca de la forma de vida de la aristocracia ateniense en tiempos no muy lejanos al suyo, junto a las escasas pero significativas noticias acerca de la actuación griega en la periferia o en el centro de los imperios orientales, apuntan efectivamente en esta dirección[7].

Por el contrario, los griegos aparecen en la perspectiva oriental, tal como ha quedado reflejada en sus registros documentales, de forma mucho más discreta, distante y esporádica, envueltos en el confuso término de «jonios» (*Yaunaya,* que correspondería a la forma más antigua del nombre *Iawones*) que en algunos casos podría englobar también a otras

---

[3] Existen, sin embargo, serias dudas sobre la autenticidad del fragmento que, recientemente, ha sido atribuido más bien a un autor judío de la Alejandría helenística del siglo I d.C. en lugar de a Focílides; véase Korenjak y Rollinger (2001).

[4] Archil., fr. 19 W.

[5] Xenoph., fr. 3 D-K.

[6] Acerca de la admiración de los griegos hacia las civilizaciones orientales, Schwabl (1961). En general sobre el encuentro de los griegos con estas civilizaciones, Weiler (1996).

[7] Sapph., fr. 58 L-P; Th. I, 6, 3-5. Sobre la importancia del término *habrosune* como definición de un estilo de vida distintivamente aristocrático en la época arcaica, Kurke (1992).

gentes no griegas que habitaban las regiones de Asia Menor[8]. Mediante dicho término, al menos cuando la lectura es correcta y no presenta otras alternativas más factibles, se hacía referencia una serie de gentes más o menos definidas desde un punto de vista político o territorial que habitaban tierras lejanas de ultramar, situadas en los confines occidentales de los grandes imperios mesopotámicos, que solo interferían periódicamente en su área de influencia y casi siempre de forma ocasional y limitada. Se trataba, en consecuencia, de un mundo ajeno y extraño, del que probablemente se tenían pocas informaciones relevantes y que solo entraba dentro de la dinámica que regulaba el ritmo y la vida de estos imperios en momentos puntuales y determinados que carecían por completo de una significación general capaz de dotarles de una personalidad específica y bien reconocida dentro de su órbita cotidiana.

Griegos y asirios: las piezas del puzle

El Imperio neoasirio fue la primera de las grandes potencias orientales con las que los griegos entraron en contacto en el curso del primer milenio a.C. Su relación durante los siglos VIII y VII a.C. aparece, sin embargo, tremendamente condicionada, y seguramente también ampliamente distorsionada, por el estado lamentable de la documentación disponible que afecta a uno y otro lado. Desde el punto de vista griego carecemos por completo de una fuente contemporánea de carácter histórico y narrativo que nos describa con un cierto detalle los acontecimientos de este periodo. Nuestra única posibilidad en este terreno son las *Historias* de Heródoto que, lejos de ser contemporáneas, fueron compuestas a mediados del siglo V a.C., en plena época clásica, cuando muchos de estos acontecimientos habían quedado ya definitivamente sepultados en el olvido de la memoria colectiva o se contemplaban solapados ya del todo con las circunstancias presentes que, en la imaginación histórica griega, representaban la lógica continuación o la evolución natural de ese lejano pasado anterior. Las fuentes de información de Heródoto acerca de los siglos precedentes, especialmente por lo que respecta a las tierras y pueblos no griegos, eran fundamentalmente tradiciones de carácter oral que habían finalmente coagulado en una serie de anécdotas y relatos de carácter esencialmente folclórico y moralizante, y que habían sufrido la remodelación inevitable en función de las circunstancias históricas e ideológicas del presente[9]. Las noticias acerca del Imperio neoasirio en el relato herodoteo resultan más

[8] Sobre los problemas que comporta el término «jonios» en las fuentes orientales, donde aparece como Yamnaiu/Yaunaiu, en general, véanse Brinkman (1989), Parker (2000) y Rollinger (1997) y (2001).

[9] Murray (1987) y (2001) y Luraghi (2005).

bien decepcionantes, ya que toda su información ha quedado circunscrita a unas pocas alusiones dispersas que, sin embargo, parecen indicar que el historiador poseía mayores conocimientos del tema de los que efectivamente demuestra y que, quizá, habrían podido quedar bien reflejados en el frustrado *logos* asirio al que hace referencia en dos pasajes de su obra[10].

Fuera como fuese, lo cierto es que la relación entre el mundo griego y el Imperio neoasirio, que debió traducirse en una serie de acontecimientos protagonizados por determinados personajes, ha quedado completamente desdibujada en las páginas de Heródoto, quien tan solo nos presenta algunas pinceladas puntuales del impacto que dicho imperio debió de provocar en los griegos del periodo arcaico a través de la pervivencia en la memoria colectiva del nombre de sus capitales y de algunos personajes legendarios que enmascaraban figuras históricas distorsionadas, así como de la huella imborrable que dejó la indudable primacía de los asirios dentro de la sucesión de los imperios que desempeñaron la hegemonía dentro del territorio asiático en la tradición posterior[11].

Desde el punto de vista asirio, el panorama no resulta mucho más prometedor, dada la posición marginal del mundo griego respecto a un imperio que focalizaba sus miras y objetivos en la dirección opuesta, hacia Oriente, y la ausencia notable de una literatura de carácter discursivo o descriptivo similar a la que encontramos dentro de la tradición griega[12]. Dentro de los esquemas de expansión y dominación asirios sus principales focos de interés se dirigían preferentemente hacia el sur y hacia el este, donde se hallaban además sus rivales más destacados en esta pugna por la hegemonía. El frente más occidental, en el que los griegos aparecen en escena solo de forma ocasional, quedaba así relegado a un segundo plano, por lo que ha dejado necesariamente menos reflejos documentales que otras intervenciones en las otras regiones del imperio. De esta forma, todas las posibles referencias al mundo griego que aparecen en las fuentes de información asirias quedan reducidas a escuetas alusiones dentro de la documentación contemporánea de carácter real y administrativo[13]. Dichas alusiones chocan de entrada con las dificultades que entraña la terminología utilizada, su lectura correcta en los documentos fragmentarios conservados y la interpretación de su preciso significado a la hora de identificar sus referentes concretos desde un punto de vista político y geográfico[14]. Estas escasas menciones aparecen además insertadas dentro de un contexto ideológico y propagandístico en el que el principal objetivo no era proporcionar una

---

[10] Hdt., I. 106 y 184. Sobre el supuesto *logos* asirio de Heródoto, Gómez Espelosín (2010b), donde se menciona la bibliografía precedente al respecto.

[11] Drews (1973), pp. 45 ss.

[12] En este sentido, sobre los problemas derivados de las fuentes orientales, Van de Mieroop (1999).

[13] Kuhrt (2002a)

[14] Brinkman (1989) y Rollinger (1997).

información determinada, sino hacer patente la potencia de los soberanos asirios dentro de unos dominios que se consideraban universales en el seno de los complejos mecanismos que regulaban la política administrativa del imperio dentro de los diferentes territorios que lo conformaban[15].

La referencia más antigua a los griegos que encontramos en los textos orientales aparece en una carta correspondiente al reinado del monarca asirio Tiglat-Pileser III, que reinó entre el 744 y el 727 a.C. La carta fue escrita por un oficial asirio llamado Qurdi-Assur-lamur, que aparece mencionado en otros documentos procedentes de Kalhu (Nimrud) y se hallaba, al parecer, al mando de la región costera de Siria, encargado quizá de las relaciones con el reino de Tiro, por entonces protectorado asirio[16]. El oficial informaba en ella al monarca acerca del ataque que habían sufrido algunas ciudades costeras de la zona por parte de unas gentes a las que califica como «jonios» y del rechazo inmediato de dicha iniciativa hostil por su parte cuando, una vez conocida la noticia de su llegada desde el mar, reunió las tropas disponibles en la región y consiguió con su rápida intervención que los atacantes se retiraran de nuevo en su barcos, «perdiéndose en medio del mar»[17]. Conocemos solo los nombres de dos de las ciudades atacadas por los jonios, Samsimuruna y Harisu, ya que el tercero figuraba en la parte rota de la tablilla, y aunque no resulta posible identificarlos con localidades concretas, sabemos que se trataba de ciudades de la costa fenicia situadas en las proximidades de Biblos, Arvad y Sidón. Los jonios eligieron así como objetivo principal de su ataque algunas pequeñas ciudades de la costa, desprovistas aparentemente de la protección necesaria, con el fin de evitar los grandes puertos de la costa fenicia que contaban seguramente con muchos mayores recursos de defensa contra esta clase de incursiones. Los protagonistas de la incursión aparecen así representados como una pequeña banda de piratas que escogía los puntos más vulnerables de aquellos territorios con el fin de conseguir la mayor cantidad de botín posible sin otra clase de aspiraciones, tal como pone de relieve el hecho de que la simple aparición en escena de las tropas asirias provocara su inmediata retirada hacia el mar, ya que sabían perfectamente que el Imperio asirio en esos momentos no contaba con una flota lo suficientemente poderosa para impedir tales ataques[18].

Sin embargo, estos jonios no aparecen ni siquiera vagamente localizados dentro del texto asirio ni sus intenciones se especifican claramente,

---

[15] Tadmor (1997) y (1999). Sobre las fuentes asirias en general Garfinkle (2007).

[16] Lanfranchi (2000), p. 15 y n. 30.

[17] Se trata de la carta, conocida como Nimrud 69, que fue descubierta por arqueólogos británicos en las excavaciones de la antigua capital asiria, Kalhu, y formaba parte de un archivo administrativo que incluía la correspondencia enviada al monarca asirio por los oficiales provinciales. Sobre este texto, véanse Parker (2000) y Fales (1992), pp. 52 ss. Sobre el lamentable estado del documento y las dificultades que comporta su lectura, Luraghi (2006), p. 30.

[18] Braun (1982), pp. 15 ss.

por lo que tanto su base de operaciones como los objetivos, escala y naturaleza del ataque permanecen en la más completa indefinición[19]. Lo único que parece claro es que esta fugaz aparición de los jonios en las fuentes asirias no constituye seguramente la primera vez que dicho colectivo emerge dentro del horizonte del imperio, a la vista de que su simple mención, sin más especificaciones de ninguna clase, resulte aparentemente suficiente para que las autoridades asirias cobren ciencia precisa de la naturaleza de la puntual amenaza, que más que un hecho aislado que acaba de producirse da la impresión de constituir un simple eslabón de una cadena de hechos repetidos en los que se hallaban constantemente implicados los mismos protagonistas[20].

Esta es efectivamente la impresión que se desprende de la siguiente mención de los jonios, que aparecen de nuevo como rivales de los asirios en los *Anales* de Sargón II, que se conservan inscritos sobre las paredes de su palacio en la recién fundada capital de Dur-Sharrukin (Khorsabad). En ellos se hace alusión a las campañas que dicho monarca llevó a cabo en las regiones más occidentales del imperio y en las que tuvo que enfrentarse con los mencionados jonios, quienes al parecer llevaban a cabo desde hacía tiempo incursiones contra la ciudad de Tiro y la tierra de Que (en Cilicia), interrumpiendo de este modo el tráfico comercial por la zona[21]. Otros textos procedentes de Dur-Sharrukin, en los que se hace alusión a las conquistas más lejanas del monarca, permiten reconstruir un contexto factible ya que en ellos Sargón se jacta repetidamente de haber derrotado y capturado a los jonios «en el medio del mar, como peces», e indica que eran gentes «que habitan en medio del mar hacia el atardecer»[22]. En todos los casos los jonios aparecen asociados con el Mediterráneo, pero no se especifica nada más acerca de su localización precisa, si bien se utiliza su nombre sobre todo como el indicador significativo que sirve para definir los confines más occidentales que alcanzó la expansión asiria a través de la victoria conseguida sobre un pueblo hostil que aparece dibujado en la distancia[23]. Una vez más, su inclusión dentro de los registros asirios no posee ninguna finalidad puramente informativa acerca de un pueblo desconocido hasta esos momentos, sino que presenta un carácter claramente

---

[19] Kuhrt (2002b), p. 18.

[20] Parker (2000), p. 75 y Rollinger (2001), p. 239.

[21] Lie (1929) y Fuchs (1994), p. 109, quien ha reconstruido y reeditado la versión fragmentaria de los anales a través de una comparación minuciosa de textos paralelos

[22] Elayi y Cavigneaux (1979).

[23] Kuhrt (2002b), p. 19. Lanfranchi (2000) entiende el conflicto asirio con los jonios dentro de la estrategia global de Sargón II para resistir la presión efectuada tanto por frigios y griegos sobre el reino cilicio de Que, dadas las buenas relaciones existentes entre el reino frigio y los griegos durante este periodo, e impedir así el debilitamiento del control gubernamental asirio en la zona a favor de poderes locales semiautónomos. Al menos una parte de los griegos habría secundado así la propaganda antiasiria del reino frigio cuyos intereses de expansión en la región chocaban frontalmente con los asirios.

propagandístico e ideológico, ya que destaca por encima de todo la capacidad del monarca de vencer a sus enemigos más lejanos, que aparecen aquí significativamente equiparados a los peces del mar, y su vencedor representado como un pescador, indicando quizá con ello que había sabido enfrentar adecuadamente la situación a pesar de encontrarse dentro de un medio extraño que no era el habitual dentro de las campañas de conquista asirias[24]. Lo que parece deducirse de estas vagas noticias es la actuación de los jonios como piratas que operaban en estas regiones orientales a través de repetidos ataques sobre determinados enclaves costeros desde unas bases que quizá deberíamos situar en las costas cilicias occidentales, en las que podría haber habido establecimientos griegos en esa época[25].

De hecho, fue precisamente en Cilicia donde el sucesor de Sargón, Senaquerib, tuvo que hacer de nuevo frente a los jonios, si es que admitimos como histórica la información proporcionada por una fuente de carácter tardío que presenta, además, importantes y complejos problemas en su transmisión. Nos referimos a la noticia procedente de la versión armenia de la *Crónica* de Eusebio de Cesarea que tendría su origen en la obra del sacerdote babilonio Beroso, quien en el siglo III a.C. compuso una historia sobre su país titulada *Babiloniaká,* escrita en griego[26]. La cadena de transmisión que lleva desde Beroso, en el siglo III a.C., hasta Eusebio, quinientos años después, habría pasado al menos a través de dos intermediarios, primero el historiador griego del siglo I d.C. Alejandro Polihistor y después Abideno, autor de la época de los Antoninos, quien compuso una historia caldea[27]. Polihistor hacía referencia a una batalla terrestre entre griegos y asirios que culminó finalmente, no sin grandes dificultades, con la victoria del monarca asirio. Senaquerib ordenó erigir en el lugar, como conmemoración de su triunfo, una estatua sobre la que hizo constar el recuerdo de su valor y su heroísmo para el conocimiento de los tiempos futuros, y construyó la ciudad de Tarso, a la que dio el nombre de Tharsin, siguiendo el modelo de Babilonia. El resumen de Abideno, en cambio, hacía alusión a una batalla naval entre jonios y asirios en las costas cilicias, de la que también salió victorioso el monarca asirio tras haber conseguido poner en fuga a las naves enemigas. Construyó después el templo de los atenienses y erigió columnas de bronce sobre las que hizo inscribir sus gloriosas hazañas. Al igual que en el resumen de Polihistor, se menciona la construcción de la ciudad de Tarso siguiendo el modelo babilonio. Existen algunas diferencias entre ambos textos, entre ellas la

[24] Rollinger (2001), p. 240 y (2009).

[25] Desideri y Jasinck (1990), pp. 151-163 y Luraghi (2006), p. 32. La fama posterior de los piratas cilicios llegó a ser proverbial, especialmente durante el periodo helenístico.

[26] Sobre la obra de Beroso, Burstein (1978) y Verbrugghe y Wickersham (1996).

[27] Beros., FGrHist 680 F 7, 31 y Abyd., FGrHist 685 F 5, 6.

variante griegos/jonios como oponentes de los asirios, que podría explicarse fácilmente por problemas de interpretación posterior. Sin embargo, los dos tienen seguramente su origen en la misma fuente original, que no es otra que la obra del babilonio Beroso, cuyo punto de partida era la tradición asiria conocida en su momento por dicho historiador, pero que fue luego deformada y ajustada por los sucesivos resúmenes efectuados ya dentro de la tradición historiográfica griega, que en sus noticias referentes a Asiria ignora por completo esta clase de informaciones[28].

Si contextualizamos este testimonio, esta supuesta confrontación entre asirios y griegos es posible que hubiera tenido lugar en el curso de la campaña que Senaquerib emprendió en el 696 a.C. con motivo de la rebelión de un tal Kirua de Illubru, un acontecimiento que recogen las fuentes asirias pero en el que no se menciona, en cambio, en ningún momento la presencia griega en la zona. Dentro de este esquema, los jonios habrían formado parte de la coalición antiasiria tejida en esos momentos, si bien su presencia dentro de ella no implicaría en modo alguno la existencia de establecimientos permanentes griegos en la región, sino la llegada ocasional de dichos contingentes a la zona, donde ya habían intervenido también antes en tiempos de Sargón II[29]. Arnaldo Momigliano ya interpretó en su día la intervención jonia contra los asirios como un simple acto de piratería que trataba de aprovechar las dificultades temporales por las que estaba atravesando el reinado de Senaquerib[30].

Sin embargo, es probable que nos hallemos ante un hecho de mayores implicaciones si tenemos en cuenta la noticia, parece que verídica, acerca de la estatua del rey erigida en el lugar para conmemorar la victoria, y admitimos también la posible presencia de jonios entre los cautivos occidentales que fueron desplazados a Nínive tras una de las campañas del rey, según consta en una inscripción procedente de uno de los toros alados del palacio sudoriental de Nínive y de una versión fragmentaria, conservada en un prisma, que ha sido objeto de diferentes interpretaciones[31]. Según el contenido de dicha inscripción, Senaquerib habría utilizado artesanos de procedencia siria que construyeron en Nínive naves en condiciones de navegar en cuyas tripulaciones debieron haber figurado también sidonios, tirios y posiblemente jonios, ya que la dudosa lectura del térmi-

---

[28] Haider (1996), p. 86 n. 49; Lanfranchi (2000), pp. 26 ss. Sobre la calidad de las fuentes cuneiformes en las que dicha información estaría basada, véase Dalley (1999).

[29] Sobre el episodio en general, Desideri y Jasinck (1990), pp. 153 y ss; Haider (1996), pp. 85-91 y Lanfranchi (2000).

[30] Momigliano (1934).

[31] Frahm (1997), p. 117 colacionó de nuevo el texto y concluyó que la lectura más probable era «jonios» *(Yamnaa),* ya que estaba formada por cinco signos, excluyendo así la posibilidad de que fuera «chipriotas» *(Yadnanaa),* que había propuesto inicialmente Luckenbill, compuesta por seis signos. Kuhrt (2002b) se muestra, en cambio, partidaria de la lectura minimalista, aceptando la lectura del término referido a los jonios como referente a Chipre *(Yadnana).*

no que aparece en la inscripción, y que ha sido leído con problemas por Frahm como *Yamnaja,* encaja bien con las habilidades marineras que se reconocía en las fuentes asirias a dicho colectivo étnico desde los tiempos de Tiglat-Pileser III. Unos y otros son mencionados como «botín de guerra» procedente de una de las campañas del rey, que podrían haber sido hechos prisioneros durante el curso de la primera revuelta cilicia, al inicio del reinado de Senaquerib, o durante su campaña posterior contra la rebelión de Kirua. Dicha noticia nos proporcionaría el único testimonio acerca del destino final de los griegos que fueron capturados por los asirios en sus diferentes enfrentamientos, y podría apuntar también a la presencia de griegos en la propia capital asiria de Nínive o en regiones del interior del imperio, una circunstancia que constituiría una forma de contacto con las realidades asirias mucho más personal y directa de la que podría derivarse de enfrentamientos de carácter esporádico, librados además en los confines más occidentales de los dominios asirios[32].

La explicación de la oposición jonia a la expansión asiria en la zona a partir de la posibilidad de una presencia griega estable en Cilicia en forma de colonia en la ciudad de Tarso –tal como han pretendido algunos a partir de una valoración excesiva de la reducida evidencia arqueológica y de algunos testimonios literarios tardíos[33]– no parece convencer del todo a los estudiosos. En su lugar, parece por ahora más factible la hipótesis que justifica dicha intervención jonia como una interferencia externa más, quizá de la misma manera que se habían producido durante el reinado de Sargón II. Es probable que el líder rebelde local, Kirua, solicitara la ayuda ocasional de los jonios –cuya presencia en aquella región era casi constante por aquel entonces– quizá como naves de apoyo que acompañaban y defendían las rutas comerciales que discurrían por aquellas aguas, bien enrolándolos en sus fuerzas como mercenarios o recabando su colaboración militar directa a través de un acuerdo con sus respectivas patrias de origen[34]. El posterior incremento de la cerámica griega en lugares como Tarso y Mersin después de los niveles de destrucción asociados con la represión asiria de la revuelta, podría así entenderse, como ha sugerido Lanfranchi, dentro de la línea seguida por los monarcas asirios de integrar dentro de las estructuras del imperio a los rebeldes ya subyugados o a los enemigos exteriores capturados. De esta forma, tanto los posibles *empo-*

---

[32] Rollinger (2001), p. 243.

[33] Bing (1971). Haider (1996), p. 89, habla más bien de un *emporion* que de un establecimiento colonial en la región. Sobre las falsas pretensiones genealógicas de las ciudades de la zona, que buscaban como fundadores dioses griegos o héroes durante el periodo helenístico y romano, Strubbe (1984-1986). La posibilidad de una presencia griega en la zona cobra algún viso mayor de coherencia tras la aparición de nombres griegos en una tablilla neoasiria hallada en Tarso, Schmitz (2009).

[34] Así Lanfranchi (2000), p. 30. Sobre la facilidad de «reconversión» entre comerciantes y piratas o mercenarios en aquellos momentos del primer arcaísmo, véase Luraghi (2006).

ria griegos presentes en la región como el área de incidencia de sus actividades comerciales se habrían visto considerablemente reforzados y ampliados, dándose incluso la posibilidad de que hubieran llegado a sustituir parcialmente a la población local, que se había visto mermada por las pérdidas experimentadas en el curso del conflicto y quizá también por las deportaciones masivas a otras regiones del imperio, tal como los asirios solían llevar a cabo después de algunas conquistas. La remodelación urbana de Tarso, a la que se le habría incluso cambiado también el nombre, de acuerdo con el testimonio de Beroso, por parte de Senaquerib podría avalar esta posibilidad[35]. Quizás, al igual que había sucedido con la política seguida anteriormente por Sargón II a lo largo de la costa siria –permitir el establecimiento de griegos en la zona cuando ya se hallaba firmemente bajo el control directo asirio–, Senaquerib hizo lo propio en Cilicia y adoptó la misma clase de política favorable al establecimiento comercial extranjero, en este caso griego, que ya había puesto en práctica su padre en otras regiones del imperio[36].

Los jonios vuelven a reaparecer más tarde de nuevo en los textos correspondientes al reinado de Esarhadón, en una inscripción en la que el monarca asirio se jacta de haber sometido bajo su dominio a «todos los reyes en medio del mar, desde la tierra de Chipre y la tierra de Jonia hasta la tierra de Tarsisi», de quienes recibía además el tributo correspondiente[37]. Nuevamente, el principal objetivo de las fuentes asirias es resaltar la capacidad de conquista del monarca de turno que había conseguido alcanzar con sus campañas aquellos lejanos dominios, más que proporcionar información concreta acerca de unos acontecimientos determinados. El término «jonio» aparece también en otro texto administrativo perteneciente al mismo reinado en el que se mencionan una serie de pagos en plata relacionados con la reina madre dentro de un contexto fragmentario que, con independencia de su correcta interpretación, podría evidenciar la presencia de un griego en la propia capital asiria, si bien desconocemos completamente el papel o la función que pudo haber desempeñado en ella[38]. También aparece el término Jonia *(Yaman)* en un contexto fragmentario en el que se menciona una serie de cuencos que fueron entregados como tributo desde algunas regiones occidentales entre las que figuran la cilicia Que, la ciudad de Ekron y el pueblo de los moabitas[39].

---

[35] De hecho, en las fuentes asirias se refiere que prisioneros de guerra deportados fueron instalados en el país rebelde, Illubru, y entre ellos podrían haber figurado perfectamente los jonios capturados en los enfrentamientos con los asirios. Sobre Senaquerib y Tarso, Dalley (1999).

[36] Sobre la posible presencia de griegos entre la población local cilicia, Schmitz (2009).

[37] Borger (1956), p. 86. En el texto queda aparentemente clara la diferencia entre Chipre y Jonia así como la posibilidad de que dicho territorio haya que situarlo en el oeste, en función de la identificación de Tarsisi con la ciudad de Tarso; Haider (1996), pp. 86-88, n. 151.

[38] Fales y Postgate (1992), 56, n.º 48 línea 6.

[39] Fales y Postgate (1995), 31, n.º 34, lin. 9.

Otro documento, que por razones de carácter prosopográfico ha sido datado también en tiempos de Esarhadón, es una carta que hace referencia a quince individuos que fueron enviados como fugitivos a dos oficiales asirios por parte del gobernador de la ciudad de Der, situada en el Tigris, al este de Babilonia. Entre los nombres que figuran en la carta al menos uno de ellos, *Addikritusu,* parece corresponder al griego Antikritos, quien tendría su origen en la isla de Chipre y cuya presencia en tierras asirias podría explicarse por su condición de mercenario[40]. De cualquier modo, la importancia de dicho texto consiste sobre todo en atestiguar, por vez primera, la presencia indiscutible de un griego dentro del propio territorio asirio en la primera mitad del siglo VII a.C., lo que confirmaría, aun desde esta dimensión tan exigua, que la presencia de griegos en el imperio no se hallaba limitada a sus regiones más occidentales en las condiciones antes referidas[41]. Igualmente dentro de los Anales de Esarhadón, tal como fueron luego reproducidos sin modificaciones por su hijo Asurbanipal, figuraba una lista de diez reyes chipriotas vasallos, algunos de los cuales llevan nombres indiscutiblemente griegos como Alcestor de Idalion, Filágoras de Chitros, Eteandros de Pafos, Areto de Solos, Dámaso de Curion, Admeto de Tamasos, Onaságoras de Ledra y Buthrites de Marion[42].

La relación entre el mundo griego y el asirio debió resultar mucho más amplia y compleja de lo que permiten deducir las escasas noticias que conservamos en las fuentes contemporáneas disponibles, tanto de un lado como del otro, y de los problemas de lectura e identificación que plantea el término utilizado para designar a los griegos, dada su imprecisión general, ya que podría incluir a otros colectivos anatolios, y su confusión frecuente con el término utilizado para designar la isla de Chipre. De cualquier modo, la segura presencia de elementos griegos en Chipre durante este periodo y la utilización de dicho término en época aqueménida para referirse, ahora sí con mayores garantías, a los griegos, parecen avalar un sustrato mucho más amplio del que permiten vislumbrar nuestras fuentes. Existen también algunos testimonios dudosos que podrían incrementar el dossier, pero presentan considerables dificultades desde el punto de vista fonético y lingüístico[43]. Este es el caso de un documento legal neoasirio que se data en el 659 a.C., en el que se describe la venta de mujeres a dos testigos que llevan por nombres *Iamanuyu* o *Iamaniu,* el segundo de los cuales aparece descrito como el líder de un grupo de cincuenta individuos que podrían estar implicados en asuntos militares[44].

40 Rollinger y Korenjak (2001).

41 Rollinger (2009), p. 36.

42 Lipinski (1991).

43 Brinkman (1989) ha demostrado filológicamente que el término *Yamanu* es incompatible con la designación de carácter adjetival *Yamnaya,* lo que excluye en su opinión la condición de jonios de aquellos individuos que portan dicho nombre.

44 Kwasman (1988), p. 179, n.º 146.

Contamos también con una tablilla de censo en la que aparece mencionada una tal *Iamania* que vive con sus tres hijos en una casa[45]. Así mismo, el nombre de Jonia podría aparecer también en una lista léxica de territorios en la que su ubicación geográfica entre Hilakku (Cilicia) y Melid (Malatia) podría favorecer esta identificación propuesta, a pesar de la peculiar forma de escritura del término en cuestión[46].

Finalmente, contamos también con algunos textos en los que figura el nombre de persona *Iamani,* el más célebre de los cuales es un individuo de la ciudad filistea de Asdod, probablemente un soldado, que se alzó con el poder tras una revuelta en tiempos de Sargón II[47]. Tras la deposición por parte de Sargón del rey de la ciudad, que había dejado de enviar el tributo debido, el monarca asirio impuso un hombre de su confianza que fue al parecer derribado por el tal *Iamani,* quien habría contado a su favor con el apoyo total de los habitantes de la ciudad. Considerado lógicamente desde la perspectiva asiria como un impostor ilegítimo que se había apoderado del trono, *Iamani* huyó hacia Egipto cuando tuvo noticia del acercamiento de las tropas asirias. Sin embargo, fue finalmente entregado en manos de Sargón por el rey de Nubia, que gobernaba Egipto en aquellos momentos[48].

De una manera o de otra, parece incuestionable que la relación entre griegos y asirios fue sobre todo una relación a distancia (*Fernverhältnis,* tal como la ha calificado Barbara Patzek), con independencia del número mayor o menor de protagonistas directos, sobre todo desde la vertiente griega, que pudieran haber intervenido en estos contactos. Desde la óptica griega, el Imperio neoasirio se erguía en la distancia como un gigante temible que, por primera vez en la historia, seguramente se convertía en la cara visible y unificada de todo el espacio oriental, tal como revela la posición preeminente de Asiria a la cabeza de la lista de los sucesivos imperios que se fueron sucediendo en el curso de la historia[49]. Además, desde un punto de vista estrictamente económico, la consolidación de una estructura unitaria que controlaba todo Oriente Próximo supuso la creación de un enorme mercado para los griegos, ya que las elites gobernantes en los diferentes territorios del imperio, perfectamente integradas dentro del modo de vida asirio, constituían un objetivo comercial extremadamente interesante a la hora de intentar proveer a sus demandas. La tradición griega sobre Sardanápalo, que hacía referencia a Asurbanipal, guarda se-

---

45 Fales y Postgate (1992), p. 145, n.º 220.

46 Fales y Postgate (1992), p. 4, n.º 1.

47 La noticia acerca de la rebelión y la posterior huida de dicho individuo cuando se enteró de la llegada de las tropas asirias aparece en diferentes textos: Fuchs (1998), pp. 44-46 (transliteración) y pp. 73 ss. (traducción); Fuchs (1994), pp. 132-135 (transliteración) y p. 326 (traducción); pp. 219-222 (transliteración) y pp. 348 ss. (traducción); p. 76 (transliteración), p. 308 (traducción); y una inscripción procedente de Tang-i-Var, Frame (1999).

48 Sobre los problemas que plantea esta identificación, Rollinger (2001), pp. 245 ss.

49 Drews (1965).

guramente la memoria distorsionada de las extraordinarias riquezas que atesoraba la corte asiria en sus últimos momentos de esplendor, tal como puede deducirse de la referencia de Heródoto a la historia de los ladrones del tesoro del rey, y quizá también del primero de los dos Sardánapalos que parecía distinguir Helánico de Lesbos, al que calificaba de emprendedor frente a la disoluta figura del segundo, procedente quizá de una fase posterior en la que Asiria había pasado ya a ocupar un segundo plano[50].

La existencia de conflictos mutuos quedó completamente olvidada en la tradición historiográfica griega, hasta el punto que tuvo que ser un babilonio, Beroso, el que trajera de nuevo a la memoria la noticia de uno de aquellos lejanos conflictos, e incluso también en la tradición que acompañaba a la estatua del rey Senaquerib en las cercanías de Anquiale, atribuida a Sardanápalo, donde tan solo se hacía figurar la meritoria construcción de la ciudad, dejando de lado las circunstancias históricas precisas que rodearon la erección de dicho monumento. El estudioso italiano Giovanni Lanfranchi ha sugerido la existencia de una propaganda antiasiria enarbolada por Midas y apoyada quizá por el prestigioso santuario de Delfos, con el que el rey mantenía buenas relaciones, y se la ha señalado como la última responsable de la actitud hostil que algunos griegos pudieron haber mantenido hacia el Imperio asirio en sus primeras etapas, actuando además dentro de un contexto inicial de lógica preocupación por el futuro de las relaciones comerciales con los territorios de Oriente que se encontraban ahora en poder de los asirios[51]. Las cosas habrían cambiado de forma sustancial tras la represión de la rebelión en Cilicia, con el florecimiento creciente del comercio griego entre los diferentes puertos del Mediterráneo oriental que ahora, en su mayoría, se hallaban bajo el control asirio, un progreso además conseguido a expensas del comercio fenicio, cuyas elites no habían sido todavía incorporadas dentro del imperio y con el que podían entrar en competencia en determinados contextos.

Desde el punto de vista asirio, los griegos aparecían también en la distancia, posiblemente mucho más difusa ya que sus territorios se hallaban situados fuera de la órbita de expansión imperial asiria y, a diferencia de lo que sucedía en otros contextos más cercanos, resultaba difícil asignarles tanto un territorio geográficamente definido como una identidad política determinada, perfectamente perceptible a través de la figura o el nombre de sus reyes o gobernantes. Los primeros encuentros se hicieron siempre a través de la mediación de otros poderes consolidados dentro de la escena internacional del momento, como fueron primero los frigios de Midas y más tarde los lidios de Giges. Los conflictos atestiguados en las fuentes mencionadas constituyen así pequeños episodios dentro de un contexto internacional más amplio, en el que los griegos no desempeña-

---

[50] Hdt. II, 150, 3, y Hellanic, fr. 63

[51] Lanfranchi (2000), p. 32.

ron ni mucho menos el papel protagonista, apareciendo más bien en la retaguardia de una potencia expansionista como Frigia o implicados dentro de revueltas locales de las que esperaban sacar algún provecho. No resulta así extraño que el término utilizado para designarlos, el de jonios (con sus correspondientes variantes), tuviera un significado en buena medida impreciso y ambiguo, indicativo tan solo de la extrema distancia hasta donde habían llegado las conquistas asirias por Occidente, tal como aparece reflejado en los textos relativos a los reinados de Sargón II o Esarhadón. Tampoco sorprende la ausencia total de referencias en las fuentes asirias a las actividades comerciales desarrolladas por los griegos dentro de su ámbito de expansión, y que parecen bien documentadas por la arqueología[52], o a sus actividades como mercenarios dentro del imperio, que podría también haber tenido su traducción en el testimonio arqueológico[53], dado el carácter de las inscripciones reales asirias, que concentran su atención exclusiva sobre los acontecimientos bélicos y las gloriosas hazañas llevadas a cabo por sus monarcas como afirmaciones ideológicas acerca del rey y de la divinidad superior que lo protegía.

De esta forma, puede afirmarse que la presencia griega en Oriente Próximo durante el Imperio neoasirio estuvo marcada principalmente por las actividades comerciales con interferencias constantes de acciones de saqueo y piratería efectuadas en los mismos territorios, sin que pueda establecerse una línea nítida de separación absoluta entre tales ocupaciones[54]. La mayor parte de estas acciones tuvieron lugar en los márgenes más occidentales del imperio, como son las costas del norte de Siria y Fenicia y el sur de Anatolia, particularmente Cilicia. Podría suponerse incluso la posible presencia de mercenarios griegos, seguramente en cantidades reducidas, que desarrollaron sus actividades dentro del Imperio asirio, a la vista de algunos testimonios dispersos de carácter literario y de ciertas evidencias de carácter arqueológico que podrían apuntar en esta dirección[55]. Quizá, el testimonio literario más significativo sea el que hace referencia al ya mencionado *Addikritusu.* Otro posible testimonio podría ser el fragmento de Aristágoras de Mileto transmitido por Polieno, en el que se mencionan mercenarios carios luchando del lado del faraón Psamético en un momen-

---

[52] Al respecto véase Haider (1996), pp. 60 ss.

[53] Luraghi (2006), pp. 36 ss., señala el testimonio aportado por un cuenco de plata fenicio hallado en Chipre en el que se describe el asedio de una ciudad y del que forman parte, tanto en los atacantes como en sus defensores, tropas aparentemente griegas junto con contingentes asirios, y dos piezas procedentes de Samos y Eretria, citadas más adelante, que pondrían de manifiesto que los individuos que las dedicaron habían combatido en el ejército asirio de Tiglat-Pileser y tomado parte en la conquista de la ciudad de Damasco, de donde procedían ambas como botín de guerra obtenido por el rey Hazael contra el reino arameo de Unqi.

[54] Knorringa (1926), pp. 9-11; Mele (1979), pp. 43-44 y Tandy (1997), p. 74.

[55] Betalli (1995), pp. 43-49. Sobre la presencia de mercenarios griegos en Oriente, Niemeier (2001), pp. 16-24; Kaplan (2002) y Luraghi (2006).

to en el que se hallaban todavía al servicio asirio[56]. Dada la pertenencia de los carios al medio geográfico de Asia Menor occidental, podría suponerse que también algunos griegos jonios pudieron haber tomado parte en esta misma campaña. Otro posible testimonio sería un fragmento de Abideno en el que se menciona a un tal Pitágoras que habría apoyado a Esarhadón con tropas procedentes de Bizancio[57]. Aunque se ha identificado a este personaje con el célebre filósofo, parece que hay que entenderlo como un error de Abideno, que habría errado también en la mención de la ciudad, ya que Bizanta, en Cilicia, parece una candidata mucho más apropiada al contexto, si bien existe un elevado grado de especulación acerca de toda la noticia que la convierte en una pieza difícil de integrar dentro de un conjunto en el que las intuiciones y los deseos de encajar noticias dispersas pesan, a veces, más que el conjunto de las evidencias incuestionables[58].

Es cierto que la presencia directa de elementos griegos en el interior del Imperio asirio apenas cuenta con testimonios arqueológicos que la refrenden, si exceptuamos el puntual y hasta ahora aislado hallazgo de un fragmento de cerámica griega en Nínive que podría agruparse por su clase con los hallazgos de Al Mina o de los otros lugares de Siria donde se ha encontrado cerámica griega[59]. Sin embargo, la también escasa documentación textual se ampliaría de forma importante si sumamos aquellos textos asirios en los que aparecen individuos denominados *Iaman* seguidos de otros sufijos que el habitual -*aya* con el que solemos identificar el gentilicio «jonio» en las fuentes orientales. Se trata de individuos que actúan en el interior del imperio, que poseen casas y familias, un cierto estatus que les permite figurar como testigos en determinados procedimientos administrativos y que incluso, en una ocasión al menos, aparecen desempeñando funciones oficiales. Se trata sin duda de un tipo de documentación bien diferente de las inscripciones reales o de los *Anales,* dado que consiste sobre todo en textos legales cuyo foco principal de interés resulta completamente diferente de las anteriores. Como ha señalado Robert Rollinger, nos hallaríamos así en presencia de situaciones bien diferenciadas

---

[56] Polyaen. VII, 3

[57] Abyd. *FGrHist* 685, F 5 (7).

[58] Sobre las numerosas especulaciones que rodean la noticia, Haider (1996), pp. 91 ss. Betalli (1995), p. 48, relaciona la figura de este Pitágoras con el Pilágoras de Chitros que aparece mencionado en una carta de tiempos de Esarhadón. Brown (1984) cree reconocer también la presencia de mercenarios griegos en las filas asirias a través de su identificación del nombre *Yamani* que aparece en algunas tablillas de Nínive. Se ha señalado la posibilidad de que hubiera mercenarios jonios en las filas asirias reclutados por Esarhadón en Cilicia o mencionados como tales en un texto fragmentario de su reinado, sin olvidar la interesante sugerencia de Haider (1996), pp. 73-74, acerca de la posibilidad de que el faraón egipcio Psamético se hubiera familiarizado con los mercenarios griegos, que luego utilizó como fuerza armada, cuando aquellos servían todavía bajo los asirios en unos momentos en los que Egipto era vasallo de Asiria, y esta envió tropas a Egipto para reinstaurar a Psamético en el trono, según consta en fuentes asirias; Luraghi (2006), pp. 35 ss.

[59] Boardman (1997).

a la hora de focalizar nuestro conocimiento preciso de las relaciones existentes entre los griegos y el Imperio neoasirio, ya que dependemos por completo del tipo de fuentes que utilizamos, en las que, por su naturaleza diferente y la clase de intereses que captaban, quedaban registrados segmentos de la realidad bien diferentes que resulta extremadamente difícil coordinar entre sí o integrarlos dentro de un marco histórico global más amplio, con numerosos focos y matices del que constituían tan solo un aspecto parcial e incompleto[60].

¿Un legado asirio?

La relación del mundo griego con el Imperio asirio no queda limitada a las informaciones dispersas que se desprenden de las escasas y problemáticas noticias hasta ahora comentadas. Asistimos así a la sorprendente irrupción de objetos y productos «orientales» en torno al 700 a.C., primero en tumbas y casas y posteriormente en los grandes santuarios griegos, y a la rápida adopción, imitación y transformación de motivos, ideas, técnicas e imágenes procedentes del arte oriental dentro del arte griego, en un periodo que se conoce como orientalizante y que ha sido recientemente objeto de importantes controversias[61]. Una gran parte de los objetos, motivos y técnicas que se detectan en el mundo griego contemporáneo, especialmente en el trabajo en bronce y en el tallado en marfil, proceden sobre todo de la región del norte de Siria o de la isla de Chipre, y ambas se hallaban en aquellos momentos de los primeros siglos del primer milenio a.C. bajo el control y el dominio del Imperio neoasirio. Aparecen así, en suelo griego, una serie de productos típicamente orientales como los cuencos de bronce y de plata hallados en Atenas, Olimpia y Delfos, además de en Etruria y el sur de Italia, algunos de los cuales llevan incluso inscripciones arameo-fenicias, grandes calderos decorados con sirenas o serpientes, un tímpano y una serie de escudos de bronce hallados en Creta y una serie de piezas en metal, procedentes del arnés de caballos, artísticamente elaboradas. Una de estas últimas piezas ha podido ser perfectamente identificada gracias a la inscripción que porta como un objeto que, en su día, perteneció al rey Hazael de Damasco, que debemos datar a finales del siglo IX a.C. aunque ambas piezas fueron depositadas en los santuarios de Apolo en Eretria y en el de Hera en Samos, donde han sido halladas, probablemente a mediados del siglo VIII a.C.[62].

---

[60] Rollinger (2001), p. 251. Sobre la perspectiva de las fuentes orientales respecto al mundo griego, Kuhrt (2002a).

[61] Sobre la importancia del arte orientalizante en el desarrollo del arte griego, Helck (1979); Boardman (1980), pp. 35 ss.; Whitley (2001), pp. 102-133. Una discusión acerca de su impacto, en Hauser (2001). Una extensa reevaluación de todo el conjunto, en Gunter (2009).

[62] Burkert (1992), pp. 15-16. Sobre su valor como testimonio de la presencia de mercenarios griegos en las filas asirias, Luraghi (2006), pp. 38 ss.

Ciertamente, la afluencia de objetos de origen oriental hacia el mundo griego se remonta en el tiempo al menos hasta el siglo x a.C., como revelan los cuencos de bronce encontrados en diferentes lugares de Grecia –como el Cerámico de Atenas[63]–, pero es durante los siglos viii y vii a.C. cuando alcanza su máximo apogeo y resulta especialmente visible en los principales santuarios griegos. Muchas de las piezas halladas revelan claros precedentes asirios, que tienen su origen bien en el propio corazón del imperio, bien en sus dominios más occidentales situados en el norte de Siria. Muchos de estos objetos no han encontrado además su correspondiente contrapartida en los contextos arqueológicos orientales, como sucede con un camello de bronce con su jinete de origen asirio encontrado en Camiro, en la isla de Rodas, o una placa de bronce de origen neohitita pero de clara apariencia asirianizante que procede de Olimpia[64]. Este es también el caso de los grandes calderos provistos de un pie de forma cónica que fueron encontrados en Olimpia, pero aparecen ilustrados en los relieves murales que decoran el palacio de Sargón II en Dur-Sharrukin. Esos mismos precedentes asirios podrían afectar a un excepcional cuenco en forma de cabeza de toro que fue encontrado en el Hereo de Samos, a pesar de que los objetos del mismo tipo que portan consigo los oficiales asirios en los relieves palaciales tienen la forma de cabeza de león.

También podrían tener un origen asirio algunas de las estatuillas de bronce que representan la figura humana, que fueron halladas también en Samos, como las de dos oficiales, uno con barba y otro sin ella, la de una divinidad con una corona en forma de cuerno igualmente desprovista de barba o la de un hombre arrodillado[65]. Una posible procedencia asiria parece detectarse también para las carrilleras de bronce en forma de caballo cuyos modelos originales aparecen ilustrados en un relieve del palacio de Senaquerib en Nínive, un mango de daga de bronce decorado con cabezas de demonios, que reflejan la figura de Pazuzzu, y dos sellos cilíndricos, uno de calcedonia, que contiene una compleja escena en la que aparecen diferentes divinidades ante un sacerdote (y como trasfondo algunos de los símbolos divinos mesopotámicos más habituales, como el disco solar alado o la luna creciente), y el otro de esteatita, decorado también con una escena de carácter religioso y provisto de una inscripción identificativa de un personaje llamado Anabeltaklak. A la lista se suman, al menos, dos mazas de batalla que encuentran claros paralelismos con las que llevan los soldados asirios representados en los relieves de Arslan Tash o con algunos ejemplos excavados en Dur-Sharrukin, y un anillo de bronce para sostener las riendas del caballo, decorado con dos cabezas de halcón en sus dos lados.

---

[63] Markoe (1985).

[64] Curtis (1994) y Guralnick (1992).

[65] La numerosa bibliografía sobre los hallazgos del santuario de Samos puede encontrarse en Guralnick (1992), p. 329 n. 12 y Kyrieleis (1993).

De Asiria procede también, por último, una de las tres estatuillas que representan a un hombre junto a un perro sentado, interpretadas como ofrendas votivas en honor de Gula, la diosa babilonia de la salud[66].

Algunos de los objetos orientales hallados en el santuario de Samos proceden de talleres situados en los dominios septentrionales del imperio asirio –como Urartu–, tal como sucede con la figura del dios provisto con una corona de cuernos o con la mayor parte de las campanas; de regiones situadas más hacia el este –como Luristán–, de donde procede una jarra de bronce de factura excepcional y un bocado de caballo; o del norte de Siria, como las estatuillas de bronce de animales erguidas sobre un soporte –un anillo o un estandarte– y quizá también los diferentes arreos de caballo. Aunque desconocemos la identidad precisa de quienes hicieron estas dedicaciones en los santuarios griegos donde han sido halladas, todas ellas podrían integrarse dentro de una extensa categoría; las ofrendas realizadas por los propios griegos tras un regreso afortunado de un largo viaje repleto de peligros, un colectivo que incluiría también, evidentemente, a los mercenarios[67]. Ciertamente, se trata a todas luces de objetos de prestigio, muchos de los cuales están decorados con símbolos de carácter religioso, como el ya mencionado frontal de caballo, hallado en el santuario de Hera en Samos, que pertenecía al rey Hazael de Damasco, y que podrían interpretarse bien como el resultado de un botín excepcional conseguido por mercenarios que combatieron en Oriente, bien como regalos obtenidos dentro del sistema de intercambio entre las respectivas elites dirigentes que pasaron del ámbito privado al terreno de exhibición pública más paradigmático, los santuarios, que se habían convertido en los lugares apropiados en los cuales desplegar el prestigio conseguido a través de estas ofrendas, a la manera en la que ya lo habían hecho poco antes monarcas extranjeros como Midas o Giges[68]. Quizá los valiosos objetos orientales que durante los siglos IX y VIII a.C. habían constituido el patrimonio de unos pocos y apenas habían tenido incidencia dentro del panorama artístico contemporáneo, que había seguido los patrones de decoración geométrica imperantes, pasaron ahora a formar parte de un patrimonio colectivo simbólico, escenificado en los grandes santuarios panhelénicos, que servía para airear a los cuatro vientos las gloriosas hazañas y el prestigio conseguido por sus oferentes, y daba lugar a una intensa y efectiva influencia sobre el repertorio decorativo y temático de un arte relativamente menos elitista o, al menos, mucho menos costoso que los recipientes metálicos, como la cerámica.

Esta interacción de las elites orientales que se hallaban bajo la égida del Imperio asirio con las de algunas regiones griegas (en concreto, de esa Grecia central definida, en términos arqueológicos y culturales, por Ian

---

66 Gunter (2009), pp. 142 ss.

67 Luraghi (2006) y Gunter (2009), pp. 142 ss.

68 Sobre el estatus de los mercenarios en el arcaísmo griego, Kaplan (2002).

Morris, en la que quedarían incluidas las ciudades del Egeo, desde Rodas y Eubea hasta Corinto y Atenas[69]) habría quedado igualmente reflejada en la difusión de determinadas formas de cerámica griega en numerosos puntos de las costas sirio-palestinas y en algunos enclaves del interior, y que en algún caso excepcional podrían haber alcanzado incluso las grandes capitales asirias, como es el caso de Nínive, lugar de hallazgo del fragmento de cerámica griega antes mencionado.

Incluso se ha sugerido recientemente la posibilidad de que tales contactos (cuyas consecuencias prácticas irían lógicamente mucho más allá de lo que las tenues evidencias arqueológicas y las dispersas y descontextualizadas noticias de las fuentes griegas y asirias permiten sospechar) hubieran propiciado una serie de cambios sustanciales dentro de las sociedades griegas participantes, creando toda una nueva facies cultural que algunos estudiosos han considerado incluso semejante a una revolución, caracterizada por la emergencia de nuevas realidades políticas, sociales y culturales que definen el denominado periodo arcaico de la historia griega[70]. Quizá la sociedad cambiante que aparece reflejada en los poemas homéricos, en la que se perfilan algunos nuevos horizontes y perspectivas tanto en el escenario político, comercial y guerrero así como una nueva concepción del pasado, revela a su manera, más a modo de resonancia que de mera traducción directa, la decisiva importancia del mundo oriental y en concreto del asirio en todo este largo y complejo proceso.

El peso de las poderosas y consolidadas tradiciones orientales, que se visualizaban y verbalizaban por doquier en los dominios del Imperio asirio –incluidas las regiones más occidentales en el norte de Siria o en las costas sirio-palestinas–, tuvieron que ejercer necesariamente un impacto considerable sobre aquellos griegos que, en calidad de piratas, cautivos, comerciantes, especialistas, mercenarios y quizá también de legados, tuvieron la oportunidad de contemplarlas *in situ,* dentro de un contexto histórico mucho más complejo y diversificado que el que se ha planteado a veces (y en el que los contactos quedarían limitados a solo determinados niveles de la sociedad y a ciertos momentos puntuales en los que, generalmente por vía indirecta, se habrían adoptado en préstamo algunas innovaciones culturales)[71]. La enorme importancia que la contemplación directa del arte palacial neoasirio tuvo como una de las fuentes principales de inspiración para la tradición visual griega del comportamiento aristocrático parece hoy en día bien probada a través de la adaptación griega de tradiciones artísticas asirias, tanto para ilustrar temas reales como legendarios en la pintura de vasos. Como ha señalado Ann Gunter, el repertorio de imágenes adoptado por los

---

69 Morris (1998), pp. 13-36.

70 Así, Snodgrass (1989) y, más recientemente, Raaflaub (2000).

71 Al respecto pueden verse las consideraciones de Gunter (1990), y más en extenso en *idem* (2009).

artistas griegos fue cuidadosamente seleccionado de entre una variedad de posibles fuentes porque tenían un determinado significado dentro del contexto en el que eran usadas y porque resultaban artísticamente apropiadas. La necesidad de expresar una ideología aristocrática que experimentaban las nacientes y ambiciosas elites de algunas ciudades griegas encontró, en los modelos asirios disponibles, la fuente de inspiración adecuada en temas tan significativos como la práctica de la caza o el banquete. Jean-Marie Dentzer ha demostrado, en este último terreno, la adquisición directa y deliberada de las nociones cortesanas y su correspondiente expresión visual de las prácticas asirias por parte del mundo griego arcaico, especialmente a la vista del sorprendente grado en que la ideología aristocrática griega reflejaba los conceptos de la realeza oriental[72].

Los contextos de interacción fueron seguramente mucho más amplios de lo que suponemos a partir de las escasas evidencias disponibles. La formidable estabilidad política conseguida por el Imperio asirio (que, aunque resultase precaria en determinados momentos a causa de las rebeliones internas, ha llegado a denominarse como una auténtica *pax assyriaca*) y su carácter multicultural (con la adopción de las tradiciones babilonias y arameas) crearon un escenario adecuado para este tipo de contactos[73]. No en vano, es precisamente durante el reinado de Asurbanipal cuando se produce la gran concentración de toda la tradición literaria y sapiencial en la célebre biblioteca, descubierta en su día por Layard, que convertía a la capital asiria en el centro fundamental donde había quedado recogida toda la tradición oriental anterior y proporcionaba así oportunidades de difusión de su conocimiento como quizá no se habían producido anteriormente. Todas estas circunstancias favorables fueron probablemente aprovechadas por los griegos, y se produjeron importantes transferencias entre una cultura y otra que variaron seguramente en función de las situaciones concretas en las que el encuentro tuvo lugar. Las extraordinarias similitudes en motivos, temas y estilos de la cerámica griega de este periodo y los relieves murales de los palacios asirios contemporáneos exigen seguramente la presencia directa de algunos de estos artistas en territorio asirio.

Otra vía de contacto fue posiblemente el establecimiento de Al Mina, que, salvando las distancias, pudo haber gozado de un estatus similar al de Náucratis en Egipto, dado que se hallaba dentro de los territorios que estaban bajo directo control asirio, haciendo así necesaria la existencia de cierto tipo de negociaciones que debieron propiciar contextos de intercambio más sofisticados y duraderos que los que podía generar la simple transferencia de

72 Dentzer (1982) y, más recientemente, Matthäus (1999).

73 No hay que olvidar la importancia de los traslados masivos de población dentro de la estrategia de los monarcas asirios a la hora de favorecer esta multiculturalidad de los diferentes territorios que componían el imperio; Bustenay (1979) y Lackenbacher (2008).

bienes[74]. La decisiva importancia que debió tener el Imperio asirio, con todo el legado cultural mesopotámico a su espalda, en la formación de un mundo griego emergente dispuesto a obtener de los contactos con el mundo exterior los estímulos necesarios que precisaba su propia y particular dinámica cultural, no ha quedado justamente reflejada en nuestras fuentes de información, lo que ha conducido a una valoración inadecuada de su papel determinante en todo este proceso. La falta de una tradición narrativa asiria a la manera griega y la pérdida o el «olvido» del correspondiente *logos* asirio en las historias de Heródoto –que podría haber paliado la ausencia de una obra de similares características contemporánea a los acontecimientos– constituyen también importantes limitaciones en este sentido[75]. Sin embargo, la evidencia disponible en otros campos, como el ya mencionado de los motivos y temas artísticos presentes en la cerámica griega contemporánea o la difusión de ciertos motivos, personajes e historias estrechamente asociados con el universo iconográfico, cultural y religioso asirio –o de la tradición mesopotámica anterior, pero que fueron vehiculados a través del mundo asirio–, nos incita a pensar que el peso de la influencia asiria en el mundo griego resultó mucho más determinante de lo que parece, si bien resulta extremadamente difícil encajar y coordinar entre sí los diferentes retazos y destellos que iluminan, de forma esporádica, todo este intenso y apasionante proceso de asimilación cultural dentro de un cuadro histórico perfectamente homogéneo. La lista en este terreno resulta ciertamente considerable; desde el célebre árbol de la vida a figuras como la Gorgona o los demonios Gello y Lamia, por no mencionar todo el repertorio ideológico que aparece incorporado en prácticas como el simposio, ciertos rituales mágicos o religiosos como los depósitos de fundación, el rito de sustitución o procedimientos adivinatorios como el examen de líquidos derramados sobre un plato (lecanomancia), de las entrañas de un animal sacrificado o del vuelo de las aves, algunos tipos de yelmos, los numerosos paralelismos detectados en diferentes géneros literarios o el poderoso influjo de prácticas aristocráticas como el uso de lechos en el banquete o la existencia de magistraturas de carácter anual[76].

Los griegos y Babilonia

La sucesión de hegemonías en Oriente Próximo, con el ascenso correspondiente del nuevo Imperio babilonio –que sustituyó a la dominación

[74] Luraghi (2006) y Boardman (2006).

[75] Sobre el *logos* asirio de Heródoto, véanse Drews (1973), pp. 92-95; Macqueen (1978) y Kuhrt (1982).

[76] En general sobre las numerosas influencias asirias, Dalley y Reyes (1998), pp. 85-106. Algunos casos concretos, en West (1991); Parpola (1993); Hopkins (1934); Dezso (1998) y Faraone (2002). En el terreno literario, West (1997). Una visión de conjunto más articulada de todo el proceso, en Gunter (2009).

asiria tras la destrucción de Nínive en colaboración con los medos en el 612 a.C.– no supuso quizás importantes cambios en la relación del mundo griego con esta parte del orbe durante el periodo arcaico. Los griegos mantuvieron su presencia en tierras orientales y, a juzgar por los documentos disponibles, posiblemente la incrementaron con relación al periodo inmediatamente anterior. Aunque los griegos no aparecen mencionados como tales en ninguna de las inscripciones reales, figuran, sin embargo, en la documentación procedente de los archivos reales y en documentos privados de otras ciudades del imperio. Los textos de los archivos reales datan del tiempo de Nebuchadnezzar II (592/591 a.C.), y contienen una lista de raciones mensuales de aceite de sésamo entre cuyos beneficiarios aparecen algunos griegos mencionados por su nombre. Figuran entre un numeroso grupo de extranjeros que podrían ser deportados o exiliados y, a juzgar por el nombre que llevan, podrían ser de origen anatolio más que propiamente griego, si bien resulta bastante significativo que sean calificados como «jonios» *(Yamanaya)* desde una perspectiva oriental[77]. Algunos de ellos eran al parecer especialistas, ya que aparecen calificados como carpinteros y organizados en reducidos grupos de trabajo; otros parecen haber actuado como representantes oficiales en calidad de mensajeros o diplomáticos. De cualquier modo, lo más significativo es la apariencia que presenta la corte neobabilonia como un medio internacional que empleaba a individuos provenientes de diversas partes del imperio y de tierras vecinas a sus dominios, entre los cuales pudieron haber figurado los griegos.

Entre los documentos privados figura uno que menciona la asignación de una cierta cantidad de lana azul púrpura procedente de Jonia para ser usada en Uruk para la confección de vestidos[78]. Sus implicaciones acerca de la presencia de griegos –mercaderes en este caso– en la zona pueden ser meramente hipotéticas si consideramos la posibilidad de que se trate de un tipo de lana más que de una designación concreta de origen, o la más que probable intervención de intermediarios fenicios o chipriotas en su posible transporte hasta allí, lo que dejaría el protagonismo de los griegos reducido tan solo a la primera etapa del proceso[79]. Sin embargo, también se mencionan otros productos que tienen su origen en Jonia, como dos documentos de la ciudad de Uruk –en los que se hace referencia a la importación desde *Yaman* de 295 minas de cobre y 130 minas de hierro– que parecen demostrar que las redes de intercambio del Imperio neobabilonio alcanzaban lugares tan apartados como Jonia o el propio continente griego, si atendemos al testimonio de algunos textos griegos que asocian

---

77 Kuhrt (2002b), pp. 20-22 y Rollinger (2009), pp. 36-39.

78 Weisberg (1980), p. 253.

79 Kuhrt (2002b), p. 20. En cambio, Rollinger (2009), p. 37, intenta contextualizar la noticia recurriendo a paralelismos bíblicos o griegos que permiten suponer la existencia de un comercio griego de esta clase con el mundo oriental contemporáneo.

tanto la lana azul púrpura, antes mencionada, o el comercio del hierro, con tierras griegas continentales[80].

Lo que parece claro es que el conocimiento del mundo griego se había ampliado de forma considerable dentro de los medios orientales, y que el término tradicionalmente utilizado, «jonios», que incluía seguramente también a algunas regiones anatolias, comenzó a adquirir una cierta ecuación geográfica con las gentes que habitaban las regiones del Egeo a tenor del testimonio de una crónica babilonia que nos informa acerca de una incursión de Nebuchadnezzar II en Egipto, en la que se alude a un lugar calificado como *Putu-Yaman,* que parece designar a la ciudad de Cirene, lo que indicaría la necesidad creciente de diferenciar y precisar en el terreno terminológico los distintos espacios geográficos en los que habitaban estas gentes[81].

Se ha señalado también la posible presencia de mercenarios griegos en las filas babilonias a partir del caso bien conocido del hermano del poeta Alceo, Antiménidas, cuyo victorioso y triunfal retorno de la campaña asiática refleja el primero en uno de sus poemas[82]. Alceo celebra el regreso de su hermano desde los confines de la tierra y rememora la victoria conseguida sobre un gigantesco guerrero, victoria que aparece avalada por una espada, con empuñadura de marfil remachada en oro, que Antiménidas había traído consigo como muestra del pago obtenido por sus servicios. La aparición del nombre de la ciudad de Ascalón junto al de Babilonia en otro de los fragmentos de Alceo ha conducido a pensar que su hermano podría haber tomado parte en la conquista de dicha ciudad palestina, en el 604 a.C., por parte de Nebuchadnezzar II, si bien existen también otras posibilidades, como alguna de las dos campañas que los babilonios libraron contra Jerusalén en 597 y 586 a.C.[83].

La fascinación ejercida por la ciudad de Babilonia sobre el imaginario griego ha quedado –aunque sea pálidamente– reflejada en los fragmentos del poeta Alceo, que utiliza el calificativo de «sagrada» para referirse a ella dentro de un contexto que podría hacer referencia a la campaña en la que participó su propio hermano Antiménidas como mercenario al servicio de Nebuchadnezzar II en el curso de sus conquistas palestinas durante los primeros años del siglo VI a.C., a la que hace referencia de forma más explícita en otro de sus fragmentos[84]. Hay que añadir también la posible

---

80 Así Rollinger (2009), p. 37, recurre a un fragmento de Demócrito de Éfeso y a un texto de Plutarco para el primer caso y a la *Odisea* homérica para el segundo.

81 Rollinger (2007).

82 Fragmento 350 Voigt. Acerca del poema, Page (1975), pp. 223-226.

83 Así, Page (1975). La propuesta de Ascalón deriva de Quinn (1961).

84 Alc., fr. B 16. Page (1975), pp. 223-224, ofrece diferentes posibilidades como contexto militar para la actuación del hermano de Alceo. Conocemos el nombre de Antiménidas gracias a la mención directa que hace Estrabón (XIII, 2, 3) en su elenco de las personalidades de la ciudad de Mitilene. El otro fragmento es V. 350. Según un escolio a este fragmento, citado por Mazzarino (1943), p. 76, la expedición habría tenido lugar durante el reinado de Nebuchadnezzar II contra la ciudad de Jerusalén.

evidencia arqueológica que proporcionan lugares como Tell Kabri o Mezad Hashavyahu, dos fortalezas de la región de Palestina que pudieron albergar tropas mercenarias de esta clase, y los grafitos procedentes del palacio de Nabonido –en el oasis de Taima, en Arabia, donde buscó refugio el último monarca de la dinastía neobabilonia–, en los que figuran al menos dos nombres que podrían ser griegos que formaban parte de los soldados y del entorno real[85]. Uno de ellos, de nombre *Endio/Enodio,* fue miembro de la guardia real del monarca babilonio; otro personaje con el mismo nombre parece haber sido sirviente del rey, y un tercero, cuyo nombre podría ser interpretado como *Sraton o Sroton* (que cabría remitir a un Estraton o Estroton), formaba parte de altos cargos militares.

La admiración que la ciudad de Babilonia suscitó entre los griegos que tuvieron la oportunidad de contemplarla dejó indudablemente sus huellas en la tradición posterior, tal como podemos comprobar sobre todo a través de la famosa descripción de la ciudad que figura en las *Historias* de Heródoto o del impacto que su desmesurado tamaño, contemplada al menos desde los parámetros griegos, dejó en la memoria colectiva, tal como puede apreciarse en algunas alusiones que aparecen en la *Política* de Aristóteles[86]. La descripción que hace Heródoto de la ciudad destaca su enorme extensión y su trazado, resalta la ausencia de equivalentes en otras partes del orbe, y muestra admiración por sus espléndidos santuarios y algunas obras públicas como los diques construidos por Semíramis o los canales de Nitocris. La propia imagen de la ciudad como motivo evidente de admiración *(thomastá)* concentra toda la atención del historiador y relega a un segundo plano el relato de las hazañas puramente políticas o militares de sus monarcas, que son convenientemente postergados hacia un malogrado *logos* asirio que nunca se llegó a realizar.

Tras la destrucción de Nínive, Babilonia se convirtió en la nueva capital emblemática del mundo oriental a todos los efectos, y resulta difícil imaginar que los ecos de su esplendor, difundidos por doquier, no alcanzaran de alguna manera el ámbito griego. Es igualmente probable que el reinado de Nebuchadnezzar II dejase también huellas de su impacto en el mundo griego tanto por sus célebres construcciones en la ciudad –a pesar de que su nombre ha quedado enmascarado por el de Nitocris en el relato herodoteo– como por sus campañas –contra Egipto–, en cuyas filas participaban mercenarios griegos, o por su decisivo papel como mediador entre lidios y

---

[85] Sobre las fortalezas palestinas mencionadas, véanse Fantalkin (2001); Niemeier (2001), pp. 22-24 y Boardman (2006), p. 523. En general sobre la presencia de griegos en Palestina, Wenning (2001). Sobre los hallazgos en Taima, Hajajneh (2001).

[86] Rollinger (1993), ha demostrado de manera convincente que la descripción herodotea no deriva de su propio testimonio presencial sino que solo se ajusta en sus líneas generales a la imagen que los griegos de su tiempo podían tener de la ciudad a partir de las informaciones proporcionadas por individuos que como el hermano de Alceo habían visitado de hecho la ciudad. Las alusiones de Aristóteles en la *Política,* 1265 a y 1276 a. Véase Dalley (1996).

medos[87]. No en vano, el aura mítica que alcanzó la ciudad persistió con fuerza incluso después de la caída del Imperio neobabilonio a manos de los persas, que la adoptaron como una de sus principales capitales, y más tarde por el propio Alejandro, que pensaba convertirla en la futura capital de su nuevo imperio. La destacada importancia de Babilonia en el surgimiento –precisamente en este periodo– de la ciencia griega, particularmente en el terreno de la astronomía y de las matemáticas, ha sido ya bien estudiada, y es igualmente bien conocida la decisiva influencia de las cosmogonías orientales, sobre todo babilónicas, y de la literatura sapiencial en el nacimiento de lo que denominamos los primeros filósofos griegos[88].

Los griegos y Egipto

Egipto constituyó, sin duda alguna, otro de los grandes referentes orientales para el mundo griego durante todo el periodo arcaico. Los griegos ya conocían el país del Nilo desde la Edad del Bronce, pero lo redescubrieron ahora de forma mucho más intensa y consolidada a través de la presencia, permanente o estacional, de numerosos griegos que sirvieron como mercenarios en las filas egipcias y de otros muchos que se instalaron en el nuevo establecimiento de Náucratis, un emporio potenciado por los propios faraones egipcios, lo que supuso la oportunidad, mejor o peor aprovechada, de conseguir un conocimiento más profundo de la cultura y de las formas de vida de un país que había permanecido hasta entonces sumido prácticamente en la nebulosa de un horizonte geográfico distante y lejano hasta el que tan solo llegaban unos pocos aventureros[89]. Ese es posiblemente el caso que aparece reflejado en una de las falsas historias urdidas por Odiseo tras su regreso a Ítaca, cuando asume la personalidad de un cretense que había llevado a cabo una expedición de saqueo en tierras de Egipto y que, a pesar de que el ataque culminó en un desastre, pudo, sin embargo, salvar su vida al acogerse a la clemencia del rey egipcio, quien lo mantuvo durante siete años en su corte[90]. Heródoto menciona una historia similar cuando hace referencia a la llegada a Egipto de unos «hombres de bronce» que ayudarían a conseguir el poder al faraón Psamético I según le había vaticinado un oráculo. Tales individuos no eran otros, según indica el propio historiador griego, que un contingente

[87] Sack (2003), pp. 23 ss.

[88] Sobre la deuda de la ciencia griega con la oriental, existe un buen balance en Lloyd (1991). Sobre el influjo de las cosmogonías babilonias, Burkert (2004), pp. 49-70 y López Ruiz (2010), pp. 87 ss.

[89] Sobre la presencia griega en Egipto durante este periodo, Austin (1970), Braun (1982a) y Haider (1996) y (2004). Sobre la visión de Egipto por los griegos en general, Froidefrond (1971), Vasunia (2001) y Moyer (2011).

[90] *Odisea,* XIV, 246-258. Una variante de esta misma historia, en XVII, 424-444.

de jonios y carios que habían llegado a Egipto en busca de botín[91]. Psamético supo granjearse su amistad y, mediante grandes promesas, consiguió que apoyaran su causa, convirtiéndose de esta forma en los primeros mercenarios griegos que actuaron al servicio del mencionado faraón[92].

Parece evidente que fue con el reinado de este faraón, a mediados del siglo VII a.C., cuando tuvo lugar la llegada, más o menos masiva, de mercenarios griegos a Egipto, si bien existen dudas acerca de la forma en que Psamético I pudo establecer contacto con ellos, ya que algunos han interpretado la noticia transmitida por Heródoto como una versión literaria del envío de tropas mercenarias por parte del rey lidio Giges para ayudar al faraón a liberarse del dominio asirio, mientras que otros como Peter Haider han sugerido la posibilidad de que Psamético adquiriera familiaridad con este tipo de combatientes a través de los contingentes que servían bajo los asirios y que al parecer, según consta en fuentes asirias, habrían ayudado a reinstaurar a Psamético en el trono tras derrotar al faraón etíope Tanutanami en unos momentos en los que Egipto era un Estado vasallo de Asiria[93]. De cualquier forma, la presencia de mercenarios griegos, particularmente jonios, en Egipto no fue, en consecuencia, el resultado de la simple aparición repentina de algunos piratas que fueron luego incorporados por el faraón en las filas egipcias, sino el resultado de un proceso mucho más complejo dentro del que se hallaban implicadas otras potencias de la época, como Asiria o Lidia, y en el que debieron mediar negociaciones con un contingente más o menos organizado que había acudido a Egipto combatiendo bajo otra bandera. La enorme importancia de la figura de Psamético I en el terreno de las relaciones de Egipto con el mundo griego ha quedado bien reflejada en las historias que circulaban en Grecia acerca de su figura, algunas de las cuales han dejado sus ecos en la propia historia de Heródoto[94], y en la significativa adopción de su nombre por parte de algunos griegos[95].

A diferencia además de otras aventuras de esta clase en Oriente Próximo –como la del hermano del poeta Alceo, ya mencionada–, los mercenarios griegos que llegaron a Egipto en tiempos de Psamético I se establecie-

---

[91] Hdt. II, 152, 4.

[92] Una historia parecida con alguna variante aparece también en Polieno (Polyaen. VII, 3); en ella, el faraón comprende el oráculo que había recibido su enemigo –según el cual este debía guardarse de los gallos– al enterarse, por medio de un cario que estaba a su servicio, de que las gentes de dicho lugar llevaban penachos sobre sus yelmos. Reclutó así a muchos carios y venció en la batalla decisiva a su rival.

[93] La sugerencia, en Haider (1996), pp. 93-94. Sobre los mercenarios griegos en Egipto, Betalli (1995), pp. 54-73; Niemeier (2001) y Luraghi (2006).

[94] En este sentido destacan su rechazo de los escitas (I, 105), su intento por averiguar el pueblo más antiguo (II, 2), la ausencia de fondo de las fuentes del Nilo (II, 28) o la defección de guerreros egipcios a los etíopes (II, 30).

[95] Conocemos así el nombre de un mercenario que figura en la inscripción de Abu Simbel, un sobrino del tirano Periandro de Corinto y posiblemente también el propietario de un vaso ático del siglo VII a.C. Sobre Psamético, véase Spalinger (1976).

ron de forma permanente en el país, a instancias del propio faraón al que habían prestado sus servicios. Según nos informa Heródoto, el monarca les habría concedido unos terrenos junto al Nilo que recibieron el nombre de «Campamentos» *(Stratopeda),* además del derecho de matrimonio con mujeres egipcias –a juzgar por el testimonio de fuentes posteriores que hablan de colectivos mixtos–, asegurándose de esta forma la permanencia de una fuerza militar que le resultaba del todo necesaria para afrontar los diferentes desafíos que amenazaban su reinado, tanto desde el interior del país como desde el exterior[96]. De hecho, Psamético instaló también guarniciones –que pudieron contar con la presencia de contingentes griegos– en lugares estratégicos como Elefantina, situada en la frontera nubia; Marea, al oeste de la actual Alejandría, frente a la amenaza libia; y en Daphne, situada al este. A pesar de que Heródoto no menciona expresamente la presencia griega en estos tres lugares, al menos en dos de ellos se han encontrado indicios suficientes de carácter arqueológico que podrían confirmar esta razonable expectativa, ya que aparecen griegos situados en Elefantina en momentos posteriores, y en las excavaciones realizadas en Tell Defenneth –que podría identificarse con Daphne– se han hallado fragmentos de cerámica griega de finales del siglo VII a.C., dentro de un edificio que bien pudiera haber desempeñado las funciones de una fortaleza o de un almacén y que se ha datado en el tiempo de Psamético I[97].

La implicación de los mercenarios griegos en la vida egipcia fue mucho más allá de su simple actuación en el terreno militar, a juzgar por una serie de importantes testimonios que abogan a favor del desempeño, por parte de algunos de estos griegos, de cargos destacados que les pusieron en estrecho contacto tanto con los poderosos medios sacerdotales, que constituían uno de los ejes articuladores de la vida en el país, como con el resto de la población egipcia, especialmente por parte de aquellos que vivían fuera de Náucratis, lo que les permitió un cierto grado de integración en su forma de vida[98]. Uno de los testimonios más elocuentes en este terreno es la estatua hallada en las cercanías de Priene, ofrendada por un tal Pedón, originario al parecer de esta ciudad, en la que el interesado pone de manifiesto los beneficios que obtuvo del faraón durante su estancia en Egipto, como un brazalete de oro y el gobierno de una ciudad como premios por su valor y su excelencia. A pesar de que la inscripción de la estatua está redactada en griego, el oferente se hizo representar a la manera egipcia y aparece así vestido solo con un taparrabos y con el torso desnudo, y realizó la ofrenda también dentro de la tradición egipcia para asegurarse la salud y prosperidad tratando de establecer su familiaridad con el dios mediante

---

96 Hdt. II, 154; Austin (1970), pp. 18-19 y Lloyd (1975), pp. 14 ss.

97 Austin (1970), pp. 19-20; Braun (1982), p. 44; Betalli (1995), pp. 53-73; Niemeier (2001) y Haider (1996), pp. 95 ss. y (2004).

98 Haider (2001).

la colocación de la efigie en su santuario[99]. Como ha señalado Jean-Marie Bertrand, el monumento en sí constituye un elocuente testimonio de la poderosa seducción que la civilización egipcia ejerció sobre los primeros griegos que pisaron el país de forma más o menos estable[100].

Otro testimonio elocuente del alto grado de implicación de los griegos en la vida egipcia es el papiro procedente de Hermópolis, redactado en demótico y datado a comienzos del siglo VI a.C., en el que aparece mencionada la petición de un sacerdote de Thoth, dirigida a un oficial griego llamado Aristón, gobernante de un distrito, para que prestara asistencia a un grupo de sacerdotes que portaban consigo un Ibis sagrado muerto para su enterramiento en el Fayum[101].

La presencia de mercenarios griegos en las filas egipcias continuó durante el reinado de los sucesores de Psamético I. Conocemos así su posible participación en la campaña que Necao II llevó a cabo en Siria-Palestina durante los últimos años del siglo VII a.C., en un intento de frenar la creciente amenaza babilonia que culminaría con su derrota final en Carquemish en el 605 a.C. Las excavaciones de Leonard Woolley en esta última localidad sacaron a la luz dos objetos aparentemente griegos como una greba y un escudo que Boardman consideraba de elaboración griega y databa a mediados de siglo o en un tiempo poco posterior. Ambas piezas podrían haber pertenecido a mercenarios griegos que luchaban del lado egipcio, dado que el escudo en cuestión fue encontrado en un edificio acompañado de numerosos objetos egipcios, algunos de los cuales portaban el cartucho identificativo del propio faraón[102]. Sabemos además que Necao II dedicó en el santuario de Apolo en Bránquidas, en los alrededores de Mileto, la armadura utilizada en el curso de la campaña, lo que podría indicar también una demostración de agradecimiento por la participación griega en la campaña, y es probable que esta presencia griega se dejase sentir igualmente en el terreno de la flota de guerra preparada para operar en el Mediterráneo y el mar Rojo, habida cuenta de la ausencia de especialistas en este terreno dentro del ámbito puramente egipcio, y del título de su almirante Hor, a quien se designa como comandante de los griegos[103].

La participación griega en la campaña de Nubia, emprendida por Psamético II en el 591 a.C., parece también bastante factible, a juzgar por las inscripciones o grafitos dejados en las piernas de las gigantescas estatuas

[99] Sobre la inscripción, Masson y Yoyotte (1988), y Ampolo y Bresciani (1988).

[100] Bertrand (1992), pp. 30-31.

[101] Burstein (1996), p. 28.

[102] Boardman (1980), p. 115; Niemeier (2001), pp. 19-21.

[103] Hdt. II, 159. Acerca de la inscripción, Braun (1982), p. 50. Otra prueba más de la presencia de mercenarios griegos en tiempos de Necao II sería la fortaleza excavada por arqueólogos israelíes en el Sinaí, si es que hay que identificarla con Migdol, donde han aparecido numerosas ánforas del siglo VI a.C. y los primeros enterramientos de cremación griegos hallados en Egipto; Boardman (1980), p. 134.

de Abu Simbel por algunos de los mercenarios griegos y carios que formaron parte de la expedición[104]. Se ha sugerido la posibilidad de que algunos de ellos fueran los descendientes directos de los primeros mercenarios enrolados por Psamético I a raíz de las formas egipcias que presentan algunos de sus nombres, pero dicha suposición no es del todo segura. Otros revelan su procedencia griega indiscutible al mencionar su patria de origen, como es el caso de Elesibio de Teos, Pabis de Colofón o Telefo de Yálisos, en Rodas. Uno de ellos, a pesar de su indiscutible patronímico griego (Teocles), lleva incluso el nombre del faraón egipcio, Psamético, indicando de este modo su admiración o asimilación de las propias costumbres del país en el que, al parecer, se había asentado de forma permanente.

La utilización de mercenarios griegos continuó también con Apries, quien los empleó para contrarrestar el descontento egipcio, generalizado, que amenazaba su continuidad en el trono tras la derrota sufrida en la expedición contra Libia, y fracasó en el intento, a pesar del numeroso contingente con que contaba al respecto (treinta mil carios y jonios según nos informa Heródoto)[105]. Su sucesor en el trono, Amasis, que había conducido la rebelión egipcia en contra de Apries, no desdeñó tampoco la utilización de dichos contingentes, que según Heródoto fueron trasladados desde sus emplazamientos asignados por Psamético I hasta Menfis, donde le sirvieron como guardia personal[106], si bien también mantuvo al parecer guarniciones griegas en otros puntos estratégicos como era el caso de Daphne, donde se ha encontrado una gran cantidad de cerámica griega que pertenece a los años de su reinado, entre el 570 y el 526 a.C.

Con independencia de los mercenarios, la presencia griega de carácter estable en Egipto quedó efectivamente consolidada con el establecimiento de Náucratis, cuya fundación constituye efectivamente un punto de inflexión decisivo en las relaciones entre Egipto y el mundo griego. Su fecha de fundación resulta polémica, ya que entran en contraste el relato de las fuentes literarias –particularmente Heródoto– con el testimonio de la arqueología, que indica que hay que situarla seguramente durante el reinado de Psamético I, a juzgar por restos de cerámica corintia hallados en el lugar que datan de los años 630-620 a.C.[107]. Según el testimonio de Estrabón –cuya información deriva posiblemente de la tradición local de Náucratis que se convirtió en una importante ciudad en época romana–,

[104] La noticia de la expedición, en Hdt. II, 161. Las inscripciones, en Meiggs y Lewis (1969), pp. 12-13 (n.º 7) y Bertrand (1992), pp. 35-36. Al respecto, Haider (1996), pp. 104 ss.

[105] Hdt. II, 163.

[106] Hdt. II, 154

[107] Sobre dicha polémica puede verse el reciente trabajo de James (2003), que ofrece una historia de la cuestión. En general sobre el emplazamiento, su función y su historia pueden verse la reciente monografía de Moller (2000) y los volúmenes colectivos reunidos por Höckmann y Kreikenbom (2001) y por Villing y Slotzhauer (2006). Sobre la adecuación entre las informaciones proporcionadas por Heródoto y los hallazgos arqueológicos, Bowden (1996).

habrían sido los milesios quienes habrían fundado el establecimiento en tiempos de Psamético I, tras arribar al país con treinta naves y haber derrotado a un tal Inaro aguas arriba en el Nilo[108]. La asociación del nombre de Inaro con Libia y el extremo occidental del delta podría encajar con la lucha que el faraón egipcio sostuvo contra los reyezuelos que estaban implantados en esta zona, lucha para la que contó con el apoyo de mercenarios griegos.

El lugar se transformó muy pronto en un verdadero emporio en el que convivían, sin aparente conflicto, griegos de diferentes procedencias. El faraón Amasis concedió a la ciudad un nuevo estatus que regularizó su situación y la convirtió en el auténtico punto de entrada de todas las mercancías a Egipto, que ahora discurrían a través del nuevo establecimiento griego[109]. Los beneficios obtenidos por el faraón resultaban bien evidentes, ya que ejercía el control tributario sobre la ciudad griega y la convirtió, de hecho, en el puerto mediterráneo de Egipto, que había permanecido hasta entonces casi vuelto de espaldas a dicho mar. Seguramente, a este momento corresponde la fundación del denominado Helenio, un santuario erigido de forma conjunta por diferentes ciudades griegas de Asia Menor –tal como han confirmado las inscripciones sobre la cerámica hallada en el lugar–, que sustituiría así a los diferentes templos particulares del periodo anterior, destinados posiblemente a reflejar los intereses de cada una de las ciudades implicadas en la fundación del enclave, como Mileto, Samos, Quíos y Egina. Situada en las proximidades de Sais, la floreciente y pujante capital de la dinastía imperante en esos momentos en Egipto, Náucratis tuvo que reflejar de alguna manera el influjo ejercido por el esplendor artístico y monumental de dicha capital, algunos de cuyos más destacados monumentos han dejado sus ecos en las páginas de Heródoto[110].

A diferencia del resto de los establecimientos griegos extendidos por toda la cuenca mediterránea, Náucratis debía su existencia al interés y al favor demostrados por las autoridades egipcias, lo que propició la llegada al lugar de comerciantes procedentes de diferentes estados griegos que gestionaban sus intereses, en conjunción con las exigencias egipcias, a través de unos magistrados, denominados *prostátai,* a los que hace referencia Heródoto y que seguramente actuaban tanto como magistrados de la propia comunidad como una especie de representantes consulares de sus respectivos compatriotas y residentes en la ciudad[111]. La capacidad de atracción de Náucratis fue considerable, y hasta ella llegaron gentes de todas partes, abriendo con ello

---

[108] Str. XVII, 801-802.

[109] Carrez-Maratray (2005) considera la posibilidad de que hubiera otros *emporia* en Egipto a través de los que se canalizaba la entrada de productos ajenos en el país, y pone en tela de juicio la actitud filohelena de Amasis con la decisión que favoreció el monopolio de Náucratis.

[110] Hdt. II, 130, 169-170 y 175-176. Cook (1937). Sobre las excavaciones de la ciudad, Wilson (2006).

[111] Hdt. II, 178.

las puertas de Egipto y de su antigua civilización a los ojos de los griegos, con lo que se creó el contexto histórico adecuado a través del cual fertilizaron los impactos e impresiones recibidas por los griegos en su encuentro con esta extraña cultura. De esta forma no resultaría sorprendente que fuera a partir de esos momentos cuando comenzara a consolidarse un flujo de informaciones acerca de Egipto mucho más consistente y estable, cuyos resultados más llamativos han quedado reflejados posiblemente en el libro II de las *Historias* de Heródoto[112].

Las intensas relaciones del mundo griego con Egipto durante todo este periodo (canalizadas a través del flujo de mercenarios que combatieron en el ejército egipcio, algunos de los cuales pudieron incluso asentarse en el país, y del floreciente establecimiento griego de Náucratis) tuvieron importantes consecuencias en casi todos los niveles[113]. Los griegos que viajaron a Egipto y tuvieron oportunidad de conocer, con mayor o menor profundidad, algunos rasgos distintivos de su cultura y modos de vida, fueron cada vez más numerosos[114]. Los rastros de este trasiego se detectan tanto en la literatura, especialmente en algunas de las noticias conservadas en Heródoto, Diodoro y Estrabón, como en la arqueología a través de las huellas dejadas por los viajeros griegos en algunos monumentos egipcios o por estatuas como la ya mencionada de Pedón y los numerosos objetos de procedencia egipcia hallados en suelo griego, especialmente en santuarios como el de Hera en Samos[115]. La época saíta de la historia egipcia –caracterizada por la restauración del gobierno faraónico tradicional y por un retorno cultural al pasado como fuente primordial de la propia identidad egipcia– constituyó una auténtica edad de oro para las relaciones entre el mundo griego y la cultura egipcia, tal como ha señalado Jan Assmann[116]. Toda la imagen griega de Egipto, que aparece reflejada en el relato de Heródoto y en la literatura griega posterior, deriva posiblemente de este periodo.

La existencia del emplazamiento griego de Náucratis propició enormemente las oportunidades de intercambio entre ambas culturas y creó el contexto adecuado que permitió que el viaje hasta Egipto se convirtiera, para muchos griegos, en una experiencia factible y hasta casi habitual. Un indicio evidente del flujo comercial que circulaba en ambas direcciones es la célebre anécdota referida por Heródoto sobre el samio Coleo, quien circulaba desde su patria hacia Egipto, en una ruta considerada como habitual, hasta que fue desviado de ella, hacia el extremo occidente, a causa de la fuerza de los vientos. Dicho trayecto, de Samos a Egipto, constituiría así el

[112] Vasunia (2001).

[113] Pernigotti (1993) aboga por la formación de una comunidad griega en Egipto perfectamente asentada en el país e integrada por completo en sus costumbres y modo de vida.

[114] Laronde (1995) y Kaplan (2003).

[115] Un amplio catálogo de esta clase de objetos, en Skon-Jedele (1994) y en Guralnick (1997).

[116] Assmann (2001).

anclaje real de una historia de características más bien fabulosas que culmina con la aventura excepcional del navegante[117]. También destaca la postura favorable hacia los griegos de los faraones de la dinastía XXVI, que llegaron incluso a establecer relaciones de amistad con algunos tiranos griegos, como fue el caso de Amasis con Polícrates de Samos[118]. Según el testimonio de Estrabón, el poeta Alceo afirmaba en uno de sus poemas que había viajado hasta Egipto, y el hermano de Safo, Caraxo, comerciaba en vino con Náucratis y llegó incluso a tener relación con una famosa cortesana del lugar[119]. Egipto se convirtió en el destino habitual de algunos intelectuales griegos como Solón, Pitágoras o Tales, a pesar de que en muy pocos casos tenemos constancia factible de sus viajes hasta el país del Nilo y el tema se convirtió enseguida en un tópico mediante el que se intentaba establecer un vínculo directo entre la nueva sabiduría griega, representada por estos personajes, y la antigua cultura egipcia, considerada la más auténtica de todas por su gran antigüedad[120].

El viaje de Solón aparece mencionado de pasada en Heródoto y confirmado en Plutarco con la cita de uno de sus fragmentos poéticos, en el que el propio poeta hacía referencia explícita a la geografía del país[121]. Los casos de Pitágoras o Tales resultan algo más problemáticos en función de los testimonios disponibles pero, dadas las relaciones de amistad existentes entre Egipto y sus respectivas patrias de origen, no resulta disparatado imaginar un contexto histórico favorable a tales aventuras[122]. Sabemos, efectivamente, también de los viajes de los escultores Telecles y Teodoro de Samos, quienes habrían aprendido en Egipto la famosa técnica de modelar una escultura en dos partes para luego unirlas de manera perfecta en la pieza final, y del de Hecateo de Mileto, mencionado expresamente por Heródoto en una de las escasas referencias que contiene su obra sobre la vida del historiador jonio, cuya presencia en Egipto se considera del todo innecesario explicar[123].

Egipto se convirtió de este modo durante todo este periodo en uno de los principales protagonistas del horizonte intelectual griego, si bien resulta tremendamente complicado establecer de qué manera se tradujeron,

---

117 Hdt. IV, 152.

118 Acerca de la importancia estratégica que pudieron alcanzar dichas relaciones, véase Wallinga (1991).

119 Str. I, 2, 30 (Alceo); XVII, 1, 33 (Caraxo). Alusiones de la propia Safo al asunto, en fr. 5, 15 Page y en Hdt. II, 135.

120 Montiglio (2000).

121 Hdt. II, 177; Plu., *Sol.,* 26 (fr. 28 West).

122 Sobre el viaje a Egipto de estos filósofos, véanse Froidefrond (1971), p. 120 y Kirk, Raven y Schofield (2008), pp. 114-116 (Tales) y pp. 295-296 (Pitágoras).

123 D. S. I, 98 (Telecles y Teodoro). Sobre Hecateo, Hdt. II, 143. Al respecto, Kimball Armayor (1987) y West (1991). Si bien es muy probable que el viaje se realizara ya cuando el país se hallaba bajo el dominio persa, que es cuando, como señala Heródoto, fueron muchos los griegos que visitaron Egipto; Hdt. III, 139, 1.

dentro del propio panorama cultural griego, este cúmulo de experiencias particulares. Las dificultades de comunicación existentes entre griegos y egipcios todavía se dejan sentir en las páginas de Heródoto, que atribuye precisamente la formación de la escuela de intérpretes que había en su tiempo a los días de Psamético I, evidenciando de este modo que el esfuerzo lingüístico corrió siempre a cargo de uno de los dos lados, en este caso el egipcio[124]. Braun señala que la mayoría de los griegos se hallaban mal preparados para poder entender algo de la mentalidad egipcia, y aduce como prueba la significativa traducción irónica y menospreciante que los griegos hicieron de algunos de los elementos más emblemáticos de la cultura egipcia, como en el caso de las pirámides, que fueron interpretadas como simples «pastelillos de queso», los obeliscos como «pequeños espetones» o los omnipresentes cocodrilos como inofensivas lagartijas[125]. Ciertamente, la relación entre dos mundos tan diferentes no debió resultar nada fácil, a pesar de las facilidades que deparaba el contexto histórico favorable de un gobierno egipcio bien dispuesto hacia la presencia griega y que había utilizado además sus prestaciones militares para asentarse en el poder, y de la existencia de un centro como Náucratis, que canalizaba seguramente la mayor parte de los intercambios a todos los niveles.

La creciente fascinación griega por Egipto, que acabaría derivando en el origen de la moderna egiptomanía, tuvo en la arquitectura y escultura monumentales que adornaban las principales ciudades del país uno de sus pilares fundamentales. La contemplación de tales monumentos suscitó un proceso de emulación en el mundo griego que se tradujo en el surgimiento de los primeros grandes templos y de las primeras estatuas de gran tamaño. Aunque se ha destacado la importancia decisiva de las tradiciones locales egeas en este proceso, parece un hecho evidente que la experiencia egipcia resultó, de una u otra manera, decisiva, ya que contribuyó a acelerar el proceso, permitiendo a los griegos construir mejor con materiales y técnicas arquitectónicas más duraderas y eficientes. La polémica acerca del peso de la influencia egipcia sobre la arquitectura griega prosigue todavía, pero parece cada vez más claro que los resultados griegos no fueron meras copias de sus posibles modelos egipcios, ya que no se asemejan a ellos ni en el plano ni en los detalles. Así, el orden dórico, que parece una invención propiamente griega, se creó y se desarrolló a través de la emulación que había significado la experiencia egipcia como una respuesta original dentro de las tradiciones locales a lo que los griegos habían podido contemplar en Egipto[126].

---

[124] Hdt. II, 154.

[125] Braun (1982a), p. 54. En sentido contrario se manifiesta Froidefrond (1971), p. 120. Una valoración a fondo del tema, en Assmann (2001).

[126] Sobre la influencia egipcia en la arquitectura griega, Hurwit (1985), pp. 179-186; Osborne (1998), pp. 70 ss., y Bietak (2001).

Parece que también la influencia egipcia pudo resultar decisiva en el surgimiento de la escultura griega de carácter monumental, como revela el tipo denominado *kouros,* cuya repentina aparición y su mismo proceso de evolución formal –a pesar de las evidentes diferencias que presenta con respecto a sus posibles modelos egipcios– resulta difícil imaginar sin el impacto producido por la contemplación directa de las esculturas monumentales egipcias correspondientes. Sin embargo, al igual que sucedió con la arquitectura, los escultores griegos pudieron aprender ciertas técnicas en Egipto, tal como revela la anécdota referida a Telecles y Teodoro que relata Diodoro, pero, más que imitar a sus modelos, iniciaron un proceso de emulación que derivó en unos resultados completamente originales, tanto desde el punto de vista de las realizaciones técnicas como desde el de su significado dentro de la comunidad[127].

Más complicado resulta seguir el rastro preciso de la influencia egipcia en otros terrenos, como el de las creencias religiosas y mitológicas o el de las ideas, a causa sobre todo de las extraordinarias limitaciones que proporciona la evidencia comparativa en el terreno de la etimología o de los posibles préstamos lingüísticos, y de las arriesgadas extrapolaciones a que pueden dar lugar supuestos elementos comunes que presentan una considerable incertidumbre a la hora de considerarlos agentes decisivos dentro del proceso de interacción cultural[128]. Se han apuntado así algunos interesantes paralelismos entre las creencias religiosas egipcias y las griegas, como los existentes entre las figuras de Dioniso y Osiris, o en las ideas acerca de la inmortalidad del alma, de su destino en el Elisio, o de la forma de su viaje al más allá, que podrían resultar aceptables[129]. El relato de Heródoto incide especialmente en este sentido, al afirmar que los nombres de los dioses, los festivales y las procesiones, los misterios religiosos o la creencia en la transmigración de las almas tienen su origen en el país del Nilo[130]. La profunda densidad cronológica de la cultura egipcia y su manifiesta ritualidad promovieron probablemente el surgimiento de tales ideas entre los primeros observadores griegos. Sin embargo, la transferencia de este tipo de ideas desde el mundo egipcio a la cultura griega se vio extraordinariamente dificultada por algunas circunstancias determinantes, como

---

127 Sobre el origen de la escultura griega, Cook (1967), Hurwit (1985), pp. 186-202; Kyrieleis (1996) y Osborne (1998), pp. 75 ss.

128 Algunas de estas debilidades se detectan claramente en una obra reciente como la de Drew Griffith (2008), que intenta argumentar acerca de la influencia egipcia sobre las creencias religiosas griegas relacionadas con la vida en el más allá, que, además de a los poemas homéricos, afectarían también a los misterios de Eleusis y a otros aspectos del sistema.

129 Así Burkert (2004), pp. 72-74; sobre las creencias en la inmortalidad del alma, Vermeule (1984), pp. 131 ss. Algunos paralelismos en el terreno mitológico han sido señalados por Ilsley Hicks (1962) o Koenen (1994). También resulta convincente la posible influencia egipcia en el cabello azul de los dioses homéricos; Drew Griffith (2005).

130 Hdt. II, 50 (los nombres de los dioses); 58 (festivales y procesiones); 49, 51, 81 y 171 (misterios religiosos); 109 (transmigración de las almas).

la distancia que implicaba el desconocimiento de la lengua egipcia por parte de los griegos, el ámbito relativamente reducido de sus contactos –que se veía limitado prácticamente al establecimiento de Náucratis a partir del reinado de Amasis–, las dificultades inherentes que presentan las creencias e ideas egipcias contempladas desde el exterior, o la enorme diversidad del marco social e institucional que imperaba en uno y otro mundo[131]. Seguramente hubo interacción cultural entre las dos culturas, más en la dirección griega que al contrario a la vista de los desequilibrios mencionados, tal como revelan las noticias conservadas en los textos literarios y las numerosas piezas encontradas en los santuarios griegos, tanto las originales procedentes de Egipto como sus imitaciones a nivel local[132], pero resulta extremadamente complicado seguir sus huellas e integrarlas dentro de un contexto histórico coherente que defina sus sucesivas etapas y sus distintos agentes privilegiados, ya que la principal evidencia con que contamos, la de los paralelismos de carácter filológico y mítico, provocan un elevado grado de subjetividad en el intento de identificarlos e interpretarlos dentro de este terreno tan evasivo, a causa de su dispersión y aislamiento.

La fascinación oriental

Los griegos del periodo arcaico debieron quedar necesariamente sorprendidos y fascinados por los grandes imperios orientales que ocupaban el espacio más lejano de sus horizontes geográficos, y aparecían en su imaginación como escenarios privilegiados de riqueza y prosperidad en los que podían encontrar grandes oportunidades de promoción y subsistencia. La forma de vida de sus elites, caracterizada por el lujo y la sofisticación *(habrosyne),* constituyó un modelo a imitar por las aristocracias griegas como un modo de distinguirse del resto de la población[133]. Sin embargo, la enorme disparidad de recursos entre el mundo griego y las civilizaciones orientales –y la contraposición flagrante entre el paisaje político y social extremadamente fragmentado de unas comunidades pequeñas y dispersas, y el poderoso entramado territorial, político, social y administrativo que conformaban estos imperios– convertía a menudo a los griegos en unos simples oportunistas que operaban en la sombra –y muchas veces al margen– de estas grandes potencias en actividades tan distintas como las de soldados de fortuna, especialistas técnicos como carpinteros o escultores, comerciantes, intelectuales e incluso cortesanas

---

131 De hecho, los griegos presentes en Egipto que optaban por permanecer en el país, a los que se ha aludido anteriormente, más bien se integraban dentro de la cultura egipcia en lugar de actuar como elementos activos de transferencia cultural. Se ha subrayado también la extrema dificultad de encontrar dentro del léxico griego préstamos de origen egipcio; Holton Pierce (1971).

132 Haider (2004).

133 Kurke (1992).

que acudían a las cortes orientales o a sus satélites provinciales más próximos en busca de fortuna. La relación entre un mundo y otro se canalizaba en ocasiones a través de algunos establecimientos griegos consolidados, como es el caso de Náucratis, o el de algunas ciudades portuarias siriopalestinas que pudieron albergar temporalmente algunos de estos colectivos, como fue quizá el caso de Al Mina y otros enclaves de la zona. En otros casos existían posiblemente vínculos de carácter institucional, como los que unían a Psamético I con los Cipsélidas de Corinto, o a Amasis con el tirano Polícrates de Samos.

La gran diversidad de contextos de carácter colectivo o personal, la enorme variedad de sus protagonistas o la aparente densidad de las redes y rutas de intercambio entre unos lugares y otros emerge solo de manera casual y esporádica a través de nuestros escasos y dispersos testimonios, muchos de ellos pertenecientes a los documentos orientales, que siguen presentando hasta la fecha importantes dificultades de lectura e interpretación. Lo que percibimos de este modo son tan solo algunos destellos puntuales de una realidad histórica mucho más rica y compleja, sin que podamos precisar la dinámica y el flujo de los acontecimientos que configuraban su historia. Muchos de los griegos que viajaron hasta Oriente regresaron a sus lugares de origen cubiertos de gloria gracias al brillo esplendoroso de sus hazañas, que aparecía factualmente traducido en objetos excepcionales, como la espada con empuñadura de oro del hermano de Alceo o algunas de las dedicatorias de carácter suntuario que menciona Heródoto y que la arqueología detecta en el terreno de los grandes santuarios griegos de la época, convertidos ahora en un espléndido escaparate, como el de Hera en Samos, que aparece especialmente privilegiado en este sentido por la cantidad y calidad de sus hallazgos, refrendado aparentemente por el protagonismo destacado que asume en los textos literarios[134]. El camino de las transferencias se inicia para nosotros en los objetos encontrados o en las noticias existentes al respeto en los textos literarios, nos conduce después hacia los individuos que los transportaron o utilizaron en sus nuevos contextos, cuando resultan conocidos, y que les dieron quizá también nuevas significaciones, y debería concluir con el impacto que tuvieron en el terreno tecnológico, intelectual o religioso de las sociedades receptoras, en este caso la griega. Sin embargo, es precisamente esta última fase del proceso, quizá la más decisiva desde el punto de vista histórico por las consecuencias que pudo tener en el desarrollo de las iniciativas locales, la que más escapa a nuestro conocimiento. La costosa reconstrucción de un contexto histórico coherente y probable que integre los diferentes datos dispersos y explique sus actuaciones nos recuerda simplemente la sorprendente diversidad de escenarios, situaciones, protagonistas y motiva-

---

[134] Sobre el santuario de Samos y sus hallazgos, Guralnick (1997), con referencias bibliográficas anteriores; Kyrieleis (1993) y Morris (2006).

ciones dentro de un mundo en el que las supuestas fronteras se convertían más bien en filtros, y los contactos de todo tipo resultaban mucho más fluidos y porosos de lo que llegamos a imaginar[135].

[135] La posible reconstrucción de un contexto ampliamente multicultural como el de los mercenarios que actuaron en Egipto bajo la dinastía saíta, reconstrucción llevada a término por Kaplan (2003), constituye una muestra de las posibilidades por considerar. Sobre las diferentes fases del periodo y sus diversos contextos de explicación, Fantalkin (2006).

V

LOS GRIEGOS Y EL IMPERIO PERSA

El legado de las guerras médicas

El mundo griego y el Imperio persa entraron en contacto hacia mediados del siglo VI a.C. con la derrota de Creso, el rey de Lidia, y la conquista de las ciudades jonias de Asia Menor, y durante más de doscientos años mantuvieron una relación complicada e intensa que solo culminó, aparentemente, con la victoria final de Alejandro sobre Darío III en el 331 a.C. Sin embargo, la impronta principal que dicho contacto ha dejado en el recuerdo ha sido, casi únicamente, las guerras que los enfrentaron en el primer cuarto del siglo V a.C. y que culminaron con la victoria de los griegos[1]. La hostilidad mutua ha sido así el marco fundamental que ha marcado inexorablemente dichas relaciones, dejando en un segundo plano otras formas de interacción entre unos y otros que se produjeron a lo largo de todo este largo periodo. Esta focalización excesiva sobre el conflicto ha contado además con la complicidad de autores tan destacados como Esquilo o Heródoto, que le proporcionaron unas dimensiones épicas y dramáticas difíciles de igualar a pesar de las críticas de Tucídides en este sentido[2]. La influencia de Heródoto, sin duda el principal cronista de todos estos acontecimientos, resultó decisiva en toda la historiografía posterior, desde la Antigüedad hasta tiempos bien recientes, y ha favorecido la adopción de una perspectiva descaradamente progriega que deja en silencio a la otra parte, a pesar de todas sus matizaciones acerca de la propia naturaleza del conflicto y de la imagen, hasta cierto punto mesurada y objetiva, que ofrece de los persas[3].

---

[1] Sobre el impacto de las guerras en la mentalidad colectiva y en el recuerdo griegos, Hornblower (2001) y Rhodes (2007).

[2] Th. I, 1; 20 y 21, 2.

[3] Sobre la visión mucho más matizada de Persia en Heródoto, Romm (1998), pp. 173-190; Isaac (2004), pp. 257 ss.; Flower (2006); Gruen (2011a) y (2011b), pp. 21-40. Sobre la pers-

Esta perspectiva del conflicto declaradamente griega no surge solo de la lectura e interpretación parcial del relato de Heródoto. Es también el resultado de los efectos perniciosos de una agresiva y triunfalista propaganda ateniense, elaborada a raíz de su victoria sobre los persas en las primeras etapas del conflicto y que culminó en la mitificación posterior de todas sus acciones y protagonistas. La victoria de Atenas sobre los persas, que fue seguida inmediatamente por la construcción de su imperio marítimo en el Egeo y por la desacomplejada proclamación de sus aspiraciones hegemónicas, adquirió enseguida dimensiones heroicas y convirtió la guerra contra los persas en un hito determinante de la propia historia de la ciudad, tal como era percibida por sus habitantes, ya que había significado el final de la tiranía, había reforzado y consolidado sus instituciones y había elevado a las alturas la propia autoestima de sus ciudadanos[4]. El discurso propagandístico ateniense, articulado primero a través de la tragedia y después a través de la retórica y la filosofía, proclamaba la incuestionable superioridad cultural y política de los atenienses sobre los persas, y, en consecuencia, del resto de los griegos por extensión, y contraponía a los griegos, representantes paradigmáticos de la libertad y la civilización, frente a unos persas que encarnarían el despotismo y la barbarie por antonomasia[5].

Este mensaje se difundió a través de una literatura especialmente brillante y de unas artes visuales ciertamente espectaculares, en foros como las representaciones teatrales y los discursos pronunciados ante la asamblea o en los tribunales o mediante la exhibición del impresionante botín de guerra obtenido en los combates y la contemplación de los numerosos trofeos y monumentos que fueron erigidos por doquier para conmemorar la victoria e inmortalizar la memoria de los caídos en las batallas, y caló profundamente en todos los niveles de la sociedad ateniense[6]. No resulta extraño, por tanto, que las relaciones entre griegos y persas a lo largo de los siglos v y iv a.C. hayan quedado irremediablemente fosilizadas en un esquema ideológico dominado por los prejuicios y los estereotipos, surgidos y estimulados a raíz de la victoria griega, a pesar de que en el largo periodo de casi doscientos años en el que ambos mundos estuvieron en contacto los enfrentamientos bélicos directos entre unos y otros solo constituyeron algunos momentos puntuales, aunque, desde el punto de

---

pectiva griega del conflicto, Wiesehofer (2005), pp. 60 y 83-109. Una visión algo más equilibrada del enfrentamiento, en Briant (1996) y Cawkwell (2005). Acerca de los riesgos que supone un giro demasiado brusco de la situación que comporta una excesiva crítica hacia la parcialidad de las fuentes griegas, Harrison (2011). Sobre la historiografía moderna de las guerras persas, Bowden (1998).

4 Loraux (1986).

5 Sobre el papel fundamental desempeñado por los persas en la emergencia y consolidación del estereotipo del bárbaro, Hall (1989) y Gruen (2011a), pp. 9-52.

6 Thompson (1956) y Miller (1997).

vista griego, parecieran ciertamente cruciales y resultaran así determinantes[7].

La preeminencia de una visión progriega del conflicto se ha visto igualmente favorecida por la ausencia notoria entre los persas de fuentes de carácter narrativo que puedan equipararse al relato de Heródoto. Lo más parecido que podemos encontrar a la hora de equilibrar la balanza desde un punto de vista narrativo son las inscripciones reales, en las que han quedado reflejadas, de manera sucinta y grandilocuente, las grandes hazañas de sus monarcas, inscripciones cuya finalidad, sin embargo, era ideológica y propagandística más que informativa, ya que pretendían destacar la concepción universalista y carismática de la realeza aqueménida[8]. Ese es el mensaje fundamental que aparece reflejado en la célebre inscripción de Behistún en la que se describen los acontecimientos que precedieron a la toma del poder por Darío I y la lucha que hubo de sostener contra sus principales oponentes, inscripción que el monarca hizo erigir en un enclave de las rutas que ponían en comunicación las diferentes regiones del imperio y cuyo contenido difundió después, a través de diferentes copias, por casi todos sus rincones[9].

Existe así un desequilibrio enorme en el balance final de nuestras fuentes de información, ya que el estallido de emociones y pasión que desborda la poesía de Esquilo o el relato dramático y vivaz que hace Heródoto de los acontecimientos no encuentran una respuesta adecuada en el otro lado que nos permita equilibrar o modular el tono del relato. Tales destellos literarios contrastan abiertamente con la aparente frialdad de unos registros reales que muestran un carácter repetitivo y grandilocuente, fruto de la retórica propagandística de la corte aqueménida, o con el conjunto de noticias puntuales y dispersas acerca del funcionamiento de la maquinaria administrativa del imperio que aparece reflejado en las numerosas tablillas halladas en Persépolis y en numerosos documentos, escritos en arameo y babilonio, procedentes de otras regiones del imperio como Egipto, Bactria o la propia Babilonia[10].

El interés griego por el Imperio persa era el resultado de la compleja mezcla entre el temor que provocaba la presencia cercana y amenazante de una potencia imperial de esta envergadura y la fascinación que suscita-

[7] De hecho, apenas sabemos nada acerca de las relaciones greco-persas antes de la rebelión jonia ya que toda la literatura compuesta en esos momentos, por Escílax o Hecateo, se ha perdido. Sobre las relaciones entre ambos mundos, Momigliano (1975), pp. 123-150; Muscarella (1977); Walser (1984); Dalley y Reyes (1998), pp. 107-111; Wiesehöfer (2004) y Rollinger (2006).

[8] Root (1979)

[9] Sobre la inscripción, Wiesehöfer (1996), pp. 13-21; Briant (1996), pp. 136-139; Lecoq (1997), pp. 187-217.

[10] Sobre las fuentes persas en general, Wiesehöfer (1996), pp. 7-28; (2003), pp. 14-23; Kuhrt (2007). De hecho, la primera historia moderna del Imperio aqueménida en la que su autor se esforzaba por adoptar un punto de vista persa fue la de Albert Olmstead, publicada en Chicago en 1948.

ba un mundo distante, opulento y exótico que representaba la antítesis del modo de vida tradicional griego. Esta curiosidad propició el surgimiento de una extensa literatura en griego sobre el Imperio persa que, a pesar de las cuantiosas pérdidas sufridas en el curso del proceso de transmisión, ha dejado, sin embargo, numerosas huellas en la tradición literaria conservada hasta nosotros[11]. Se trata sobre todo de un cúmulo de noticias dispersas y descontextualizadas sobre la forma de vida de sus reyes, sus rigurosos esquemas jerárquicos y su pomposo y estridente ceremonial de corte, en las que se mezclan los contenidos veraces, las anécdotas individuales que resultan sospechosas por sus tintes de carácter tópico y moralizante, y todo tipo de rumores, habladurías y leyendas carentes de fundamento que son, simplemente, el resultado de la fantasía griega o del frecuente malentendido de unas prácticas culturales ajenas interpretadas desde la perspectiva cultural helénica[12].

A pesar de la enorme importancia que las fuentes griegas tienen desde el punto de vista informativo para la construcción de una historia del Imperio persa, nos proporcionan tan solo un relato parcial e indiscutiblemente sesgado que aparece siempre además condicionado por sus propios intereses y prejuicios. Nuestras limitaciones informativas continúan siendo importantes tomando incluso en cuenta la creación de toda una literatura especializada en el tema –los denominados *Persika,* que centraban normalmente su atención sobre asuntos que no estaban directamente relacionados con las guerras e intentaban proponer una particular visión desde dentro del imperio–, debido a la conservación fragmentaria de todos sus representantes, a su adecuación a los dictados de la época en la que fueron redactadas esta clase de obras y al estímulo competitivo que alentaba a sus autores en el intento de superar a sus inmediatos predecesores[13]. Aunque en la mayoría de los casos nos trasmiten informaciones importantes acerca del imperio, se trata siempre del resultado de una interpretación griega y, por tanto, a veces resulta tremendamente complicado delimitar con precisión lo que constituiría el auténtico «núcleo informativo aqueménida» que pudo dar origen a la noticia conservada en nuestras fuentes de información[14].

Dos factores que condicionan de forma inevitable todas las fuentes de información griegas son la focalización desmesurada sobre el conflicto que enfrentó a los griegos con el Imperio aqueménida y la visión necesariamente sesgada y parcial del gigante persa, construida desde uno de los

---

[11] Lenfant (2007) y (2009).

[12] Sobre los condicionantes de las fuentes griegas acerca de los persas, Lenfant (2011), pp. 4-23. Sobre la necesidad de su interpretación rigurosa en confrontación con los documentos aqueménidas, Sancisi-Weerdenburg y Kuhrt (1987). Véase también al respecto West (2007) y Harrison (2011).

[13] Sobre los *Persika,* Lenfant (2007) y (2009) y Stevenson (1997).

[14] Briant (1996), p. 16. Sobre los peligros de dicha metodología, Harrison (2011).

márgenes occidentales del imperio. Esta visión helenocéntrica se deja sentir incluso cuando los persas se convierten en el centro principal de atención e interés narrativos, ya que su papel queda casi siempre limitado al de personajes secundarios que configuran el trasfondo dramático, ideológico y propagandístico de un relato en el que todas las acciones y preocupaciones, de carácter político, militar o cultural, resultan siempre inevitablemente griegas. Esta percepción del imperio y de sus relaciones con el mundo griego a través de categorías y valores propiamente griegos se vio condicionada, además, por una visión bipolar del mundo que establecía el contraste entre la indiscutible superioridad de los griegos y un mundo bárbaro, completamente ajeno y hostil, en el que los persas se convirtieron enseguida en el protagonista más relevante y destacado[15].

La aparición de Persia en el horizonte griego

La casi repentina aparición del Imperio persa en el horizonte de percepción griego y su inmediata irrupción dentro de sus límites territoriales tuvieron unos efectos, indudablemente traumáticos, que han quedado reflejados en su literatura. El mundo griego había contemplado hasta entonces, confortablemente instalado en la distancia protectora de la periferia más occidental, la emergencia sucesiva y la consiguiente expansión de los grandes imperios orientales. La imagen desdibujada y distorsionada de los imperios neoasirio y neobabilonio, que aparece reflejada en la tradición literaria griega a través de algunas noticias puntuales y descontextualizadas, es seguramente el resultado del conocimiento parcial y distorsionado de un grupo minoritario de protagonistas griegos que, como soldados, comerciantes o artesanos, se habían adentrado en sus dominios. El mar mediaba entre un mundo y otro, tal como resaltan las escasas inscripciones asirias que mencionan a los griegos, y ni siquiera por tierra se hallaban estrechamente comunicados ya que, a través de la península anatolia, los reinos de Frigia y Lidia sirvieron siempre de filtro y parachoques actuando como mediadores o interlocutores privilegiados con aquellas grandes potencias, lo que relegó a los griegos a una posición fronteriza y marginal dentro de la imagen del mundo prevaleciente en aquellos medios[16].

Sin embargo, ahora por primera vez la expansión de un imperio oriental como el persa llegaba hasta las mismas puertas de las ciudades griegas de Asia Menor. La derrota de Creso por los persas y la fulgurante caída de Sardes en el 546 a.C. en manos de Ciro tuvieron así un enorme y profundo impacto entre los griegos. El reino de Lidia y particularmente su último monarca, Creso, representaban, dentro del imaginario griego, el paradig-

[15] Lenfant (2011), pp. 11-14.
[16] Kuhrt (2002).

ma ideal de la fortuna y el poder tal como queda bien reflejado en el relato de Heródoto[17]. Creso había mantenido fructíferas relaciones con algunos estados griegos como Esparta y había realizado importantes y espectaculares ofrendas en sus santuarios más destacados. Aunque los lidios no eran griegos, habían establecido con el mundo jonio un notable proceso de interacción que ha dejado sus reflejos en los escasos fragmentos de la literatura de la época que ha sobrevivido hasta nosotros, y en la propia cultura material del reino lidio[18]. Esta relativa familiaridad de los griegos con el reino lidio, en el que se movían con una cierta comodidad, quedó repentinamente turbada por la irrupción de los persas, que ya no constituían un mundo tan cercano y conocido. No resulta, por tanto, nada extraño que la entrada de los persas dentro del espacio propiamente griego se convirtiera en un momento memorable que constituía un tema tópico de las conversaciones y debates que tenían lugar en el curso de los banquetes griegos de la época, tal como refleja el poeta Jenófanes[19], o el protagonismo trágico que adquirió de repente la propia figura de Creso, convertido en víctima emblemática de la *hybris* humana y de las desastrosas consecuencias que comporta el inevitable y repentino cambio de fortuna[20].

No resulta fácil reconstruir la auténtica dimensión emocional del impacto que produjo en el mundo jonio el hecho de encontrarse por primera vez en su historia dentro del ámbito de expansión de un imperio oriental –y sometido, en consecuencia, a los designios de sus monarcas–, dada la pérdida de casi toda la literatura griega contemporánea. A fin de cuentas, como señala Arnaldo Momigliano, los griegos no habían vivido nunca dentro de un imperio[21]. Sin embargo, todavía podemos detectar algunas de las reacciones fundamentales que desencadenó este acontecimiento dentro de la conciencia griega de aquellos momentos. El temor que los persas provocaron con la sorprendente rapidez de su avance en su conquista de Asia Menor y la enorme facilidad con que tomaban las ciudades tras un corto asedio fue, sin duda, una de ellas. Es muy probable que, dentro de las filas lidias, hubiera contingentes de las ciudades griegas de la zona y que, por tanto, hubieran tenido la oportunidad de contemplar en

---

[17] Hellmann (1934) y Segal (1971).

[18] Roosevelt (2009).

[19] Xenoph. fr. 18 D: «Estas cosas se suelen decir cabe el fuego en invierno,/ reclinado en un blando sofá tras de haber bien comido,/ bebiendo un dulce vinillo y royendo garbanzos:/ ¿Quién eres, de qué gente, y qué años cuentas amigo?/ ¿Cuál era tu edad a la llegada del Medo?» (traducción de C. García Gual, Alianza).

[20] La figura de Creso alcanzó incluso dimensiones trágicas, tal como puede apreciarse en la célebre ánfora de Misón, de comienzos del siglo v a.C., en la que aparece representado sentado sobre la pira que iba a consumar su vida por orden de Ciro, y míticas, al ser trasladado milagrosamente desde la pira hasta la tierra sagrada de los hiperbóreos por la intervención directa de Apolo, tal como lo describe Baquílides. Segal (1971) y George (1994), pp. 167 ss. Sobre las dimensiones más cotidianas del acontecimiento en sí, Greenewalt (1992).

[21] Momigliano (1979), p. 123. Así aparece en Str. XV, 1, 23.

directo los métodos expeditivos utilizados por los persas en este terreno; sólidas rampas de asedio y terrazas de asalto que permitían una fácil aproximación de las máquinas de guerra hasta los mismos muros de la ciudad y facilitaban su rápida captura, a pesar de las imponentes fortificaciones de defensa que poseían algunas ciudades de la zona[22].

Otro elemento fundamental del temor suscitado por los persas fue, sin duda, la ingente cantidad de sus efectivos, hasta un número que superaba con creces todas las expectativas griegas, incluso aunque demos por sentada la notoria exageración de Heródoto y otras fuentes cuando nos proporcionan cifras absolutas. Esta imagen de una multitud enorme e indescriptible ha quedado reflejada de forma poética en el coro de *Los Persas* de Esquilo:

> El impetuoso señor de la populosa Asia lanza contra
> toda la tierra un enorme rebaño de hombres […]. En
> sus ojos brilla la sombría mirada del dragón sanguinario;
> tiene mil brazos y miles de marinos […] Nadie es
> reputado capaz de hacer frente a este inmenso torrente de hombres
> y con poderosos diques contener el invencible oleaje del mar. Irresistible
> es el ejército de los persas y su valiente pueblo (vv. 86-94).

La insistencia del poeta en esta dirección queda bien patente a través de adjetivos como «populosa» para calificar a Asia o expresiones de carácter metafórico que resaltan esta circunstancia como «enorme rebaño de hombres», «mil brazos y miles de marinos», «inmenso torrente de hombres» o su comparación con el «invencible oleaje del mar». Toda una poderosa galería de imágenes dispuesta a evocar en el auditorio una sensación familiar y bien conocida ante la llegada de los persas. De hecho, Esquilo había cambiado la perspectiva de la guerra trasladando el dolor de la derrota hacia los persas, a diferencia de lo que había llevado a cabo con la caída de Mileto su predecesor, Frínico, quien fue multado por evocar en los atenienses el recuerdo de las desgracias sufridas durante el ataque persa a la ciudad jonia y avivar seguramente el desánimo que provocaron tales acontecimientos.

La sensación de pavor suscitada por la repentina irrupción de los ejércitos persas dentro del espacio griego se deja sentir también en la aparición de numerosos oráculos que presagiaban el saqueo y la destrucción de ciudades, invitaban a sus habitantes a la huida masiva hacia lugares seguros, o animaban incluso a la transgresión de algunos de los tabúes de la conducta griega, como la entrega al enemigo de un suplicante que había buscado refugio en un santuario, como sucedió en el caso del líder rebelde lidio Pacties cuando trató de buscar refugio en la ciudad de Cumas.

---

[22] Hdt. I, 162. Picard (1980), pp. 23 ss. y Balcer (1995).

La reacción persa ante el apoyo que los griegos habían prestado a los lidios suscitó también un alud de temores, sobre todo cuando fracasaron los intentos de negociar con Ciro para tratar de preservar bajo la hegemonía persa unas condiciones similares a las que las ciudades jonias habían disfrutado bajo el dominio lidio[23]. Solo Mileto, que al parecer se había mantenido al margen de las operaciones bélicas de Creso, consiguió el estatus que la reconocía como «amiga y aliada» de Ciro. El resto decidió reforzar de forma considerable sus fortificaciones defensivas y solicitar la ayuda de los espartanos. Sin embargo, la reacción de Ciro no fue tan dura como se esperaba, con independencia de la veracidad del episodio que narra el encuentro de Ciro con el espartano Lacrines en Sardes y la airada reacción del monarca ante el atrevimiento del enviado espartano, quien lo había llegado a amenazar en caso de que pensara atacar a los jonios. Ciró puso a un mandatario persa a cargo de Sardes y a un lidio, el mencionado Pacties, que tenía la misión de transportar el oro de Creso y de los demás lidios, y regresó de inmediato a Ecbatana, donde le reclamaban asuntos del imperio mucho más urgentes[24].

Otro posible indicio de esta sensación de temor e incertidumbre creada entre los griegos fue el apoyo entusiasta de algunas ciudades de la zona a la rebelión del lidio Pacties contra Ciro, confiando quizá en que todavía existía la posibilidad de revertir la situación tras la forzada marcha de Ciro hacia el interior del imperio y a la vista de los escasos efectivos persas que había dejado en la región. Un aliciente adicional en este terreno fue la continuidad de los esquemas lidios de poder, ya que el mencionado Pacties había desempeñado muy probablemente una posición relevante bajo el reinado de Creso y contaba todavía con suficientes recursos a su disposición para poder iniciar la rebelión. Sin embargo resulta significativo que no todas las ciudades jonias se sumaran por igual a la causa rebelde, ya que la lista de nombres que se menciona en el momento de la represión es ciertamente reducida, y afectó especialmente a Priene, Magnesia del Meandro y Focea. Las suaves medidas adoptadas por Ciro y la llegada de un contingente militar persa bajo las órdenes de Mazares debieron incitar a la mayoría a mantenerse leales o a la expectativa y, de hecho, la política de Mazares de facilitar las rendiciones tuvo buenos resultados, si juzgamos a partir de lo sucedido con Mitilene o Quíos, que decidieron entregar al caudillo rebelde lidio ante las sustanciosas ofertas de los persas, ya que prometieron entregar una cuantiosa suma a los mitilenios y el territorio continental de Atarneo a los quiotas[25].

La falta de apoyo que ambas ciudades mostraron hacia la causa rebelde resulta significativa, aunque se tratara en ambos casos de ciudades insulares que, en esos momentos, todavía estaban fuera del alcance persa

[23] Hdt. I, 141. Boffo (1983) y Cawkwell (2005), pp. 30-45.
[24] Hdt. I, 152-153. Briant (1996), pp. 45-48.
[25] Hdt. I, 160.

debido a la inexistencia de una flota aqueménida. La actitud mayoritaria de los jonios del continente tampoco pareció avalar la resistencia heroica o la adopción de decisiones desesperadas, como revela el rechazo de la propuesta efectuada por Biante de Mitilene –quien sería considerado después por la tradición uno de los siete sabios– de abandonar Jonia y zarpar en una expedición común con rumbo a Cerdeña, tal como nos informa Heródoto[26]. De hecho, tan solo dos ciudades, Focea y Teos, optaron por esta solución, y sus habitantes decidieron abandonar sus respectivas patrias para marchar en masa a Occidente o hacia la costa tracia[27]. La reacción persa afectó así con especial intensidad represiva a las ciudades que habían tomado una parte activa en la revuelta de Pacties, mientras que se optó por la negociación u otros métodos de persuasión con aquellas que habían permanecido a la expectativa, habían mostrado un menor entusiasmo por la causa rebelde o las que, como Mileto, habían optado declaradamente por mantener su lealtad hacia los persas, tal como revelan los dictados emitidos por el influyente oráculo de los Branquidas, en Dídima, a la consulta de los de Cumas acerca de la entrega de Pacties. Pero el alcance de la represalia ni siquiera resultó determinante para el futuro de las ciudades más señaladas, a pesar de que se nos dice que fueron arrasados sus respectivos territorios y tomadas sus ciudades, ya que aparecen desempeñando de nuevo un papel relevante en los acontecimientos inmediatamente posteriores, lo que indica la rapidez o la relativa facilidad con la que se recuperaron del golpe sufrido poco antes. Solo la ciudad de Focea mantuvo una guarnición persa, y ello hay que atribuirlo más bien a la excepcionalidad de su condición, ya que se trataba de una ciudad desierta de habitantes situada en una posición estratégica clave[28].

Jonia y los persas

A la vista del desarrollo efectivo de los acontecimientos, por tanto, no parece que la ocupación persa de Jonia comportara la desaparición de su prosperidad económica ni de su florecimiento cultural a pesar de algunos testimonios especialmente llamativos, tanto a nivel individual –que podría ejemplificar la salida de Jenófanes de su patria natal– como colectivo –reflejado de forma paradigmática en el abandono masivo de Focea–[29]. De hecho, algunos indicios importantes de carácter monetario apuntan más bien en la dirección

[26] Hdt. I, 170.

[27] Hdt. I, 164 (Focea). Hdt. I, 168 (Teos).

[28] Sobre la excepcionalidad de Focea, Cawkwell (2005), p. 34.

[29] Incluso los recalcitrantes foceos y los habitantes de Teos, que abandonaron respectivamente sus patrias ante la llegada de los persas, regresaron, al menos en parte, a sus hogares abandonados, a pesar de que ahora se hallaban bajo dominio persa; Hdt. I, 165, 3 (Focea) y Str. XIV, 1, 30 (Teos).

opuesta, ya que parecen revelar que la conquista persa estimuló el desarrollo de algunas cecas significativas en la región y la acuñación de monedas de electro y plata que contribuyeron a propiciar una extensiva red de intercambios con el interior del continente asiático y con las islas del Egeo[30]. Lo cierto es que la permanencia de las ciudades jonias dentro del Imperio persa resultó, a la larga, beneficiosa desde un punto de vista económico, a juzgar al menos por los resultados mejor conocidos del siglo IV a.C., que revelan un proceso de crecimiento y prosperidad que ha dejado sus huellas visibles en el registro arqueológico y aparece reflejado en la abundancia de cecas y en la utilización creciente de la moneda de bronce empleada en el comercio, o en el crecimiento urbano y arquitectónico de las ciudades de la zona durante todo este periodo[31]. El interés persa, centrado principalmente en la recaudación del tributo, no pasaba precisamente por favorecer una reducción de la actividad económica en la región por lo que, en momento alguno, se tuvo la intención de impedir el libre comercio que circulaba por las rutas y emporios de la zona, que se hallaban ahora, además, dentro de los dominios persas. Incluso la dominación persa constituyó una circunstancia favorable para el desarrollo del comercio y la circulación de bienes con la mejora de las rutas, la expansión del imperio alcanzada bajo el reinado de Darío I, que extendía sus dominios hasta la India, y la existencia de la denominada *pax persica* que facilitaba y favorecía el desarrollo y la intensidad de los intercambios[32].

Ciertamente, algunas cosas habían cambiado de forma notoria, como es el carácter reversible del tributo que los jonios pagaban a Creso, ya que el oro y la plata que salían de Jonia por esta vía revertían de alguna manera a los medios griegos a través de las ofrendas que los monarcas lidios –y particularmente Creso– realizaban en los santuarios griegos, o de la activa participación de estos monarcas en la financiación de la construcción de templos. Ahora, en cambio, la mayor parte de los recursos extraídos por esta vía tenían su destino final en Susa, sin ninguna posibilidad de retorno hacia el mundo griego. Sin embargo, es igualmente cierto que los persas respetaron los santuarios griegos e incluso concedieron exenciones de tributos a algunos de ellos, aunque no se conoce ninguna ofrenda persa en los santuarios griegos a la manera en que lo habían venido haciendo hasta entonces los monarcas anatolios, frigios o lidios. De todos modos, si mesuramos la prosperidad según los parámetros propiamente griegos por la suntuosidad de las ofrendas, por el número de víctimas ofrecidas en sacrificio y por las grandes construcciones realizadas, la situación de Jonia en la segunda mitad del siglo VI a.C. no parece la de una región en estado de decadencia económica,

[30] Balcer (1991). Una visión general del comercio en época persa, en Dandamaev (1972), pp. 49-52.

[31] Starr (1975), pp. 82 ss. y, sobre todo, Georges (2000), pp. 2-10.

[32] Gallotta (1980), p. 243. Sobre el interés de los persas en la estabilidad interna y la prosperidad, Hdt. VI, 42-43. Sobre las implicaciones de este eslogan, Brosius (2005).

ya que los canteros jonios revelan una gran actividad en estos momentos. Se construye el gran Artemision de Éfeso, y el magistrado encargado de su gestión y mantenimiento recibirá el nombre de *Megabixos,* una palabra de origen persa que significa «el que está al servicio del dios, que sirve o satisface al dios», como ha demostrado Benveniste[33]. También se reconstruye el templo de Dídima a partir del 540 a.C., y es durante este periodo cuando hemos de datar también la estatua de bronce que se albergaba en el interior y las de los Bránquidas, la familia sacerdotal que se hizo retratar a lo largo de la vía sagrada que conducía hasta el santuario[34].

Tampoco parece que se hubiera producido una cierta ruptura desde el punto de vista cultural si tenemos en cuenta que, con la integración de Jonia dentro del espacio persa, se abrieron numerosas posibilidades para muchos griegos de emplear su talento o sus habilidades particulares como artesanos, médicos o exploradores y navegantes, tanto al servicio de la propia corte aqueménida como de las respectivas capitales provinciales de las satrapías más próximas, como Dascileo y Sardes. Este fue el caso de los artesanos y canteros que tomaron parte activa en la construcción de las grandes capitales aqueménidas –tal como revelan algunas inscripciones persas o las marcas dejadas por ellos en el curso de las obras–, como los que Ciro pudo haber utilizado para la construcción de su palacio en Pasargada, cuyo rastro, desde el punto de vista técnico, fue cuidadosamente identificado en su día por el arqueólogo sueco Carl Nylander a través del empleo de algunos instrumentos concretos utilizados para el corte y el tallado de la piedra o para el transporte de los bloques desde la cantera hasta el lugar de construcción del edificio[35].

Sabemos también de algunos navegantes que realizaron exploraciones marítimas al servicio de Darío I en los momentos previos a la gran expansión oriental y occidental del imperio, como el célebre Escílax de Carianda, que es mencionado de manera explícita por Heródoto dentro de un contexto en el que se deja entrever la presencia de otros especialistas griegos o anatolios de esta clase dentro de las expediciones que precedían a las campañas militares[36]. Finalmente, el aumento de los conocimientos que se produjo en casi todos los terrenos, favorecido e impulsado por la extraordinaria apertura de horizontes que significó la extensión de los límites del imperio bajo Darío I, y la mejora de las condiciones que permitían un mejor y más rápido intercambio y circulación de las ideas y las informaciones de todas clases, fueron, ciertamente, considerables[37].

---

33 Benveniste (1966).

34 Véase al respecto la famosa carta de Darío I a Gadatas en la que hace referencia a la buena disposición del santuario del dios hacia su persona, cfr. Briant (2001).

35 Nylander (1970), después confirmados también por Hanfmann (1975), p. 15. También Francis (1980), pp. 65 y 68.

36 Hdt. IV, 44. Martin (1965).

37 Panaino (2001), p. 93.

Es muy posible que los resultados de este ambiente y estas circunstancias, extremadamente favorables para el impulso de los conocimientos, se vieran reflejados en una obra de características enciclopédicas como la de Hecateo de Mileto, quien fue capaz de llevar a cabo una descripción de la tierra conocida en esos momentos. Dicha tarea, a causa del enorme bagaje de conocimientos que implicaba, resulta imposible de imaginar sin las enormes facilidades para el viaje y la circulación de individuos e informaciones que propiciaba la impresionante y eficaz red de caminos y vías reales que habían construido o reforzado los monarcas aqueménidas[38]. Pero no se trataba solo de un incremento considerable de los conocimientos geográficos sino que incluso la propia concepción global del espacio geográfico, que aparece reflejada en la expresión griega *oikoumene* o mundo habitado –en la que quedaban integradas todas las tierras y pueblos del orbe organizados y distribuidos territorialmente en dos grandes continentes como Asia y Europa con sus respectivos límites–, puede perfectamente derivar, de forma más o menos directa, de la experiencia persa en la gestión y administración de un imperio que aparece catalogado y articulado en diferentes satrapías y regiones. Este esquema del orbe quizá aparecía ya reflejado en la mencionada obra de Hecateo y todavía podemos detectar los ecos de dicha concepción universal, con todos sus matices de carácter ciertamente polémico, en la descripción que hace Heródoto del orbe, deudora seguramente tanto de la obra de su antecesor, como de su propia experiencia personal directa de una realidad política que podía constatarse de manera bien visible en la sucesión y relación de tierras y pueblos sometidos al dominio aqueménida[39].

Tampoco resulta casual que sea precisamente en estos momentos cuando en el mundo griego de Jonia se ponen los cimientos de algunas disciplinas de carácter técnico, como la astronomía, que habían gozado de un amplio desarrollo en la tradición oriental que se remonta a Babilonia, ni puede descartarse del todo la posibilidad de que los llamados primeros pensadores griegos recurrieran a algunos aspectos llamativos del pensamiento religioso iranio como andamiaje intelectual sobre el que fundamentar sus especulaciones de carácter cosmológico, a pesar de los numerosos problemas de todo tipo que comporta el estudio de este tipo de transferencias[40].

---

[38] Graf (1994). De hecho, Hecateo pudo visitar Egipto gracias a la conquista persa, al igual que numerosos griegos, tal como nos recuerda el famoso pasaje de Heródoto antes citado. Burstein (2009).

[39] Sobre la decisiva importancia de Persia en el aumento y la estructuración del conocimiento geográfico griego, Bianchetti (2008), pp. 31 ss.; Gómez Espelosín (2011) y Prontera (2011). También Miltner (1952).

[40] La cuestión acerca de la posible influencia del pensamiento religioso persa en los comienzos de la filosofía griega, que se inicia curiosamente también durante dicho periodo de dominación persa, ha suscitado un amplio e intenso debate entre los estudiosos, que no se ponen de

La familiaridad de los griegos de Asia Menor con el mundo persa debió ser considerable, ya que se vieron obligados a convivir con él desde el momento de la conquista y se vieron implicados en prácticamente cada nivel dentro del proceso de expansión del imperio persa[41]. Estos contactos se intensificaron todavía más tras la instalación de los nuevos centros representativos del poder aqueménida en ciudades como Sardes y Dascileo, capitales de las nuevas satrapías en las que se integraban estos territorios dentro de la organización del imperio. Se explica así que casi todos los tratados escritos acerca del mundo persa, los denominados *Persika,* fueran precisamente obra de individuos originarios de estas regiones griegas. La presencia persa en Asia Menor tuvo una duración prolongada, ya que se extendió casi desde el mismo momento de la conquista hasta la llegada de las tropas de Alejandro, a diferencia de lo que sucedió con los griegos del continente, cuyo contacto más directo con los persas tuvo lugar durante un breve periodo de tiempo, aquel en el que se desarrollaron las intervenciones armadas de Darío I y Jerjes en el 490 y en los años 480 y 479 a.C.

Las ciudades griegas de Asia Menor formaron parte de los dominios aqueménidas durante tres generaciones en el curso del periodo arcaico y de nuevo a lo largo de una buena parte del siglo IV a.C., y esta circunstancia favoreció de manera indudable los contactos y las relaciones entre un mundo y otro, tanto en el terreno individual como en el colectivo, y se tradujo en fenómenos como el aprendizaje mutuo de las respectivas lenguas, la existencia de matrimonios mixtos o la adopción de ciertas prácticas y objetos derivados de la presencia manifiesta en la zona de mandatarios persas que, desde sus fastuosas residencias provinciales, propiciaban y estimulaban un inevitable proceso de emulación y adaptación por parte de las elites dirigentes locales que se mantuvieron en el poder durante todo este periodo de dominación aqueménida.

Esta enorme receptividad hacia la cultura y modos de vida persa en algunas ciudades griegas de la zona aparece probablemente reflejada en algunas noticias como la afirmación de carácter desdeñoso sobre Éfeso que se atribuye al dirigente espartano Lisandro, cuando dijo que encontró la ciudad a finales del siglo V a.C. a punto de estar completamente barbarizada a causa de la mezcla de las costumbres persas, dado que se hallaba situada en medio de Lidia y era allí donde pasaban la mayor parte de su tiempo los generales del Gran Rey[42]. Ciertamente, los objetos de procedencia persa que se han encontrado en toda la zona no son numerosos, pero algunos

---

acuerdo al respecto, dadas las numerosas dificultades que existen a causa de la condición lamentable y fragmentaria en que nos ha llegado la obra de estos primeros pensadores como Ferécides, Anaximandro, Heráclito o Empédocles, y la ausencia de una inspiración religiosa común en su forma de interpretar el mundo; Duchesne-Guillemin (1966); West (1971); Momigliano (1979), pp. 123 ss. y Burkert (2004), pp. 59-124.

[41] Momigliano (1975), p. 125.

[42] Plu., *Lys.,* 3, 3.

ejemplos destacados como un sello aparecido en Troya, las versiones locales de las formas de la vajilla aqueménida, la adopción y uso de sus unidades de peso y la transferencia de motivos y modelos extraídos de la iconografía real –como la postura de los caballos, el tipo del arquero o algunas descripciones de batallas– revelan el alcance de la incidencia persa y su intensidad a pesar de la dispersión y escasez de los testimonios conservados[43]. La significativa presencia persa en la zona –no solo en las capitales sino también en los grandes dominios rurales que eran entregados por el rey a miembros de la aristocracia persa como forma de compensación o pago por los servicios prestados– y la exportación de la iconografía imperial desarrollada en las grandes capitales del imperio hasta los centros de poder regionales favorecieron e impulsaron todo este proceso de aculturación.

Las enormes diferencias que separaban ambos mundos en el terreno político tampoco resultaron decisivas si tenemos en cuenta que la dominación persa no se tradujo en la imposición de un determinado régimen a las ciudades sometidas ni en su adscripción inmediata como simples provincias del imperio. El principal interés de los nuevos dominadores se limitaba al mantenimiento del estatus de lealtad hacia el monarca, que se concretaba en el pago de los impuestos y en la aportación de contingentes militares para las campañas de conquista cuando fuera necesario. El reconocimiento formal de la soberanía se realizaba a través de la ceremonia de la entrega de la tierra y el agua, que fue malinterpretada por los griegos como un acto de ciega sumisión de su autonomía política a los dictados del rey persa[44]. La dominación persa se ha asociado además, de forma interesada, al establecimiento de tiranías en las ciudades jonias como uno de los primeros efectos de la conquista que habría contribuido de manera importante a suscitar la antipatía y el desarraigo griegos hacia los nuevos dominadores. Sin embargo, sabemos que muchos de estos tiranos ya ejercían su gobierno en las ciudades griegas antes de la llegada de los persas, y que la política persa en este terreno consistió simplemente en afianzar su dominación prestando apoyo a aquellos individuos o elites dirigentes que estaban dispuestos a aceptar este nuevo marco político, con la clara conciencia por su parte de que esta actitud «colaboracionista» podía derivar a su vez en la consecución de importantes beneficios personales[45].

La implicación directa de algunos griegos con los nuevos dominadores persas se hizo ya patente inmediatamente antes de la conquista, si tenemos en cuenta el testimonio de Diodoro acerca de un tal Euríbato de Éfeso, quien se habría pasado al bando de Ciro trar ser enviado por Creso, con el fin de enrolar mercenarios en las filas lidias, al Peloponeso; Euríbato habría puesto en conocimiento del monarca persa los planes lidios

---

[43] Miller (2002).
[44] Kuhrt (1988).
[45] Austin (1990).

al respecto[46]. Posiblemente no fue este el único caso y hubo también otros que percibieron con claridad que la situación se acabaría decantando finalmente del lado persa, a la vista de su propia experiencia como combatientes, contra el avance persa en Asia Menor, en las filas del contingente lidio en la batalla de Pteria. Conocemos así a un tal Pitarco de Cízico, a quien Ciro habría confiado el gobierno de siete ciudades en la región del Helesponto, un territorio que podría haber formado parte de la tierra real lidia y que fue concedida a Pitarco como pago de los servicios prestados a la causa persa, dentro de un sistema de prestaciones y donaciones por parte real que se mantuvo vigente a lo largo de todo el Imperio aqueménida[47].

Tras la victoria sobre Creso y la conquista de Lidia, los persas se instalaron en estas regiones de Asia Menor como soberanos y establecieron una colonización de la zona que afectaba especialmente a las áreas rurales, tal como reflejan algunos topónimos como el de *Llanura de Ciro,* que aparece mencionado por Estrabón en su descripción de la región[48]. Esta forma de control significó la instalación de elementos de la aristocracia persa en la región que construyeron residencias y parques de caza, los famosos *paradeisoi,* y pusieron así al alcance de las miradas griegas, especialmente de sus elites, su forma y estilo de vida basado en el «consumo de exhibición» que marcaba su estatus y su posición relevante dentro de la jerarquía política y social del imperio. La difusa lejanía de los grandes complejos palaciales y sus brillantes y espectaculares fastos ceremoniales se trasladaba así, ahora, a las inmediaciones de las ciudades griegas de Asia Menor, a través de estas residencias y de las capitales de las nuevas satrapías, Dascileo y Sardes, donde residían los respectivos gobernadores de la zona, los sátrapas, personajes de alto rango dentro de la corte persa que se hallaban a veces emparentados directamente con la propia familia real, y cuyos complejos residenciales y recreativos constituían una réplica representativa, aunque a pequeña escala, de los grandes palacios que adornaban las principales capitales aqueménidas.

Se creó de este modo el marco adecuado que favorecía la interacción constante del Imperio persa localizado en la zona de Asia Menor con las

---

46 D. S. IX, 32.

47 El testimonio figura en Ateneo, I, 54, 30, quien menciona como fuente de información al historiador Agatocles de Babilonia (FGrHist 472 F 46); véanse Briant (1996), p. 46 y Cawkwell (2005), p. 83. Una inscripción hallada en las cercanías de Persépolis contiene el nombre griego Pitarco, a quien se atribuye el usufructo de unas canteras cercanas. Algunos lo han identificado con el Pitarco de Cízico antes mencionado, pero es posible que se tratara de un descendiente de aquel, ya instalado en el seno del Imperio persa después de haber caído en desgracia entre sus conciudadanos tras haber intentado hacerse con la tiranía y haber sido expulsado de la ciudad. Canali (2007), p. 6, considera también la posibilidad de que ya por entonces comenzaran a hacer su aparición dentro de la cancillería imperial textos redactados en griego, como el aparecido en Persépolis que menciona el reparto de raciones de vino, uno de los pagos reales a los notables del imperio; Lewis (1977), pp. 4-5.

48 Str. XIII, 4. Sekunda (1985).

elites dirigentes de las ciudades griegas, dispuestas en buena parte a imitar esta forma de vida, al igual que habían hecho con la monarquía lidia, y a sacar el máximo partido personal y político de las relaciones establecidas a través de estos medios, sobre todo dentro de un imperio como el aqueménida que propiciaba esta clase de ambiciones por parte de las elites locales como forma de asegurar su control de las zonas sometidas[49].

Griegos en Persia

La presencia de griegos dentro de los límites del Imperio aqueménida, que ya se había iniciado con Ciro, continuó y se incrementó notoriamente durante el reinado de Darío I, cuando aparecen mencionados en los textos persas con una frecuencia mucho mayor que en el periodo precedente[50]. Esta circunstancia se vio posiblemente reflejada en la terminología empleada por los persas para designar a los griegos, ya que fue necesario añadir calificaciones adicionales al viejo término *«Yauna»,* que había sido tradicionalmente empleado al menos desde los asirios, como *«Yauna del continente», «Yauna que habitan en el mar»* o *«Yauna que habitan más allá del mar»,* términos que parecen hacer referencia a los jonios propiamente dichos, a los habitantes de las islas del Egeo y a los griegos del continente[51]. Además, por primera vez, los griegos aparecen representados como tales dentro de un contexto próximo-oriental en algunos monumentos persas como la tumba de Darío I en Naqsh-i-Rustam, en la que aparece el monarca sentado sobre un trono que es soportado por treinta personajes representativos de los pueblos sometidos al imperio, que pueden ser además perfectamente identificados a través de inscripciones trilingües, o en las escalinatas de Persépolis, cuyos relieves escenifican el desfile procesional de las delegaciones de los pueblos sometidos al imperio en el momento de presentar sus regalos o su tributo al monarca[52].

Los griegos aparecen igualmente mencionados durante el reinado de Darío I en una inscripción que describe la participación de los diferentes pueblos que constituyen el imperio en la construcción del palacio de Susa. En ella los griegos figuran como los responsables del transporte de la madera de cedro desde Babilonia hasta Susa y son citados también como canteros, y se indica además que el material utilizado para los relieves procede de Grecia[53]. La excavación arqueológica de las grandes capitales persas ha proporcionado también evidencia de esta participación de artesanos espe-

[49] Briant (1987), pp. 9 ss.
[50] Rollinger (2009), p. 39.
[51] Sancisi-Weerdenburg (2001) y Rollinger (2006).
[52] Rollinger (2006b) y (2009), p. 40.
[53] Rollinger (2006-2007).

cializados de origen griego en su construcción. Se menciona también la presencia de griegos en el interior del imperio en algunos documentos de carácter oficial y privado, como un recibo de cebada de un tal Bazbaka, quien aparece denominado como «superior de los griegos» y que se hallaba al cargo de una serie de individuos, relacionados con la organización aqueménida de la tierra, que debían desempeñar sobre todo actividades de carácter militar pero también civil, como programas de construcción[54]. La participación de griegos como especialistas destacados dentro de la corte persa en tiempos de Darío I se concreta en una serie de nombres ilustres, como el médico Demócedes de Crotona, que había sido capturado en la corte de Polícrates, el tirano de Samos, al que al parecer prestaba anteriormente sus servicios[55], el ya citado navegante Escílax de Carianda, que navegó desde el Indo hasta Suez[56], o el ingeniero samio Mandrocles, que construyó el puente sobre el Bósforo en el 513 a.C. y ofrendó después en el templo local de Hera una parte de la recompensa otorgada por Darío, consistente en un cuadro en el que se representaba el paso de las tropas persas sobre el puente, con Darío sentado sobre un trono mientras contemplaba orgulloso el espectáculo, y una inscripción en la que se hacía referencia a la gloria que Mandrocles había aportado a su patria al ejecutar las órdenes del rey[57].

El Imperio persa –especialmente las regiones más occidentales de sus dominios– se convirtió también para algunos exiliados políticos griegos en la opción preferente a la hora de buscar refugio, como sucedió en el caso del tirano ateniense Hipias cuando fue obligado a abandonar la ciudad por una intervención espartana y, gracias a la mediación del tirano de Lámpsaco, entró a formar parte del círculo de Darío I[58]. Otros personajes que encontraron también refugio en la corte persa fueron Gorgo, el rey de Salamina (Chipre), cuando fue depuesto por su hermano Onésilo, quien se había sumado a la rebelión iniciada por los jonios contra la dominación persa[59], o Escites, el tirano de Zancle, que había sido confinado en un lugar apartado de Sicilia y consiguió escapar a Persia, donde permaneció ya para siempre colmado de riquezas por el monarca, que lo consideró el más honesto de los griegos por haber regresado a Persia tras haber sido enviado en una misión a su isla natal[60]. En Persia recaló también el monarca espartano Demarato, cuando fue obligado al exilio mediante las truculentas maniobras de su co-

---

54 Rollinger (2007).

55 Hdt. III, 129-138. Griffiths (1987).

56 Hdt. IV, 44.

57 Hdt. IV, 88. En general sobre la presencia de especialistas griegos en el Imperio aqueménida, sobre todo en el terreno de la arquitectura y la escultura, Richter (1946); Goosens (1949-1950); Amandry (1965).

58 Hdt. V, 64. Sobre el exilio de Hipias en Persia, donde pudo haber permanecido durante casi veinte años, Cagnazzi (2001), pp. 13-34.

59 Hdt. V, 104.

60 Hdt. VI, 24.

lega en el trono de Esparta, Cleómenes, quien llegó incluso a corromper al oráculo de Delfos con este fin. El monarca se había mostrado contrario a llevar a cabo una expedición de castigo contra los eginetas, que habían optado por la sumisión ante los persas. Demarato fue muy bien acogido por Darío I y le concedió la posesión de tierras y ciudades[61].

La presencia de consejeros griegos en la corte persa, que parece evidente en tiempos de Darío I y sus sucesores, no era algo nuevo y podría incluso remontar al reinado del propio Ciro si concedemos plena validez a la alusión de Heródoto relativa a la presencia de griegos junto al monarca persa cuando recibió en Sardes al enviado espartano que se atrevió a amenazarlo si atacaba alguna de las ciudades griegas[62]. A partir de Darío I, la presencia griega en la corte persa empezó a convertirse en un fenómeno casi habitual, ya que encontramos en ella desde algunos tiranos jonios, como Histieo, tirano de Mileto, que fue uno de los aliados más fieles de los persas durante la campaña escítica y fue convocado luego a la corte por Darío I con el objetivo de hacerlo consejero suyo[63], hasta ilustres miembros de las elites dirigentes de muchas ciudades griegas, como los Aléuadas de Tesalia o los Pisistrátidas atenienses, que desempeñaron al parecer un papel destacado en el desencadenamiento de la expedición de conquista persa encabezada por Mardonio[64].

Incluso los dos grandes protagonistas de la victoria griega en la guerra contra los persas, el ateniense Temístocles y el espartano Pausanias, acabaron finalmente seducidos (o abducidos) por la causa persa y decidieron, por circunstancias diferentes, depositar en ella sus respectivas lealtades. La curiosa historia del encuentro de Temístocles con el rey persa, que parece que debemos identificar con Artajerjes I, contiene sin duda elementos evidentes de carácter novelesco y apologético, pero revela también algunos indicios significativos acerca del conocimiento que poseía el antiguo estratego ateniense sobre los procedimientos de ascenso y promoción que funcionaban dentro de la corte persa. Entre ellos figuraba la posibilidad de contar con algún tipo de apoyo dentro de la propia corte, como la presencia de otros griegos que ya poseían la influencia necesaria dentro de este medio, como era el caso de su anfitrión, Nicógenes, o de la mujer eretria que le facilitó el encuentro con el ministro persa Artabano.

Otro de los requisitos fundamentales era la aceptación de las exigencias de carácter ceremonial y protocolario que comportaba la posibilidad de pre-

---

[61] Hdt. VI, 70, 2.

[62] Hdt. I, 153.

[63] Hdt. V, 23-24, que supone que todo el episodio obedece a las intrigas de Megabazo, quien no se fiaba de la lealtad de Histieo.

[64] Hdt. VII, 6, 2. Es posible que haya que considerar entre sus miembros, por parte de los tesalios, a los hermanos Torax, Eurípilo y Trasideo, a quienes encontramos después en el séquito de Mardonio (Hdt. IX, 58), y al ateniense Diceo, quien, tras haberse granjeado prestigio entre los persas, participó también en la campaña contra Grecia (Hdt. VIII, 65, 1).

sentarse ante el rey o el reconocimiento de la condición divina del monarca, que Temístocles enmascaraba traduciéndola a términos griegos, utilizando como excusa el vaticinio del oráculo de Dodona que le había aconsejado presentarse ante el homónimo del dios. La necesidad de conocer la lengua persa constituía otro requisito imprescindible para la promoción dentro de la corte, que ya había puesto en práctica anteriormente el jonio Histieo. Por último, resultaba extrictamente necesario conocer que la relación con el rey, que se expresaba a través del intercambio casi ritual de favores, debía siempre decantarse a favor del monarca con el fin de resaltar su magnanimidad y generosidad hacia sus súbditos. Temístocles obtuvo así la concesión del usufructo de varias ciudades de Asia Menor y el disfrute de ciertas prerrogativas –como la participación en las cacerías reales, el poder ser admitido en presencia de la reina madre o el ser instruido en la doctrina de los magos[65].

En el caso de Pausanias, nuestras fuentes de información destacan su extremada ambición como el motivo principal que le indujo a buscar la alianza con el rey persa, ávido como estaba de ejercer el mando sobre toda Grecia[66]. Sin embargo, con independencia de cuáles fueran sus verdaderas intenciones –que por otro lado resulta extremadamente difícil de valorar de manera objetiva–, parece que Pausanias era igualmente consciente del tipo de comportamiento que se esperaba de él dentro de este contexto de colaboración y de los mecanismos necesarios para entrar con éxito dentro de la órbita política y diplomática de la corte persa. Así, cuando capturó Bizancio, liberó en secreto a los parientes y familiares del rey persa que había en la ciudad, consciente de que luego, llegado el caso, podría utilizar como baza a su favor dicha conducta dentro del contexto de relaciones interpersonales con el rey dentro de la corte persa. Utilizó también un intermediario cualificado en estas lides, como Góngilo de Eretria, que al parecer era un viejo colaborador de los persas y se hallaba ya perfectamente integrado dentro de la maquinaria diplomática reconocida por ellos, buscó una alianza de carácter matrimonial como forma de enraizar dentro de la corte, y ofreció la inevitable sumisión formal de Grecia al poder del rey persa. La respuesta favorable de Jerjes, emitida a través de un alto dignatario de su confianza que iba a ocupar además la satrapía de Dascileo, avalaba que los procedimientos utilizados por Pausanias habían seguido el camino correcto y habían alcanzado sus objetivos. Las acusaciones vertidas por los griegos en su contra, afirmando que se había adaptado por completo a los persas en la forma de vestir o en su dieta alimentaria, hay que interpretarlas seguramente como la reacción hostil ante un modo de comportamiento que no se entendía desde la perspectiva griega.

[65] Plu., *Tem.* 26-29; Tuc. I, 137-138, donde se expresa con mayor claridad el favor realizado por Temístocles a los persas en forma de aviso para la retirada de Jerjes en Salamina o el no haber destruido los puentes que facilitaban la retirada del monarca. Podlecki (1975), pp. 41-42 y Cagnazzi (2001), pp. 35-59.

[66] Th. I, 128, 5.

Los contactos entre los dos mundos no se vieron frenados de forma repentina ni siquiera con el conflicto suscitado con la rebelión jonia y las posteriores expediciones persas de represión y saqueo, a pesar de la apabullante impresión de los efectos de la propaganda ateniense, que concentra su atención principal en el antagonismo irreductible de los dos campos. Como es bien sabido, no se produjo una respuesta unitaria por parte griega ante la amenaza de agresión persa. Los estados griegos que se declararon partidarios de alcanzar un entendimiento con los persas, los que se decantaron claramente de su lado o los que se mostraron reacios a formar parte de la alianza defensiva dirigida por Atenas y Esparta fueron más numerosos que los que militaban con entusiasmo en la causa griega. Muchos consideraban que su alianza e incluso su sumisión a los persas podía resultar a la larga menos perjudicial para su propia supervivencia política que su alistamiento en el bando rebelde, encabezado por estados que poseían evidentes aspiraciones hegemónicas de carácter panhelénico.

Otros actuaron movidos por los viejos principios que regulaban la vida política internacional griega según los cuales convenía siempre adoptar el lado opuesto de sus vecinos más próximos, con los que mediaban constantes reivindicaciones territoriales o disputas atávicas por las fronteras. Del lado de los persas se alinearon así algunas elites dirigentes como los Aléuadas de Tesalia, comunidades enteras como los locrios y una parte importante de los beocios alineados con Tebas, o algunos personajes destacados como Góngilo de Eretria, que actuó como mediador con líderes destacados como el espartano Pausanias, o los samios Teomestor y Fílaco, que fueron luego recompensados por Jerjes por haber mantenido su lealtad durante la batalla de Salamina[67]. El odio hacia Tebas o hacia Esparta decantó las posturas que adoptaron en el conflicto, respectivamente, plateos y argivos. Incluso en Atenas, cuando hubo que adoptar la decisión determinante a la hora de construir una flota, pesó mucho más la hostilidad hacia la vecina isla de Egina que los preparativos necesarios ante una inminente invasión persa. Incluso dentro de la propia alianza helénica se puso de manifiesto la fragilidad de un frente común ante los persas con constantes problemas de entendimiento a la hora de articular la defensa común, dado que primaban siempre los intereses locales más inmediatos –como la defensa del propio territorio–, y las continuas sospechas de traición entre los aliados, que afectaron incluso a uno de los adalides de la alianza como la propia Atenas.

La enemistad visceral hacia los persas que parece caracterizar el comportamiento griego no desempeñó en realidad el papel determinante que

[67] Hdt. VIII, 85; Gillis (1979).

se le atribuye dentro de la propaganda ateniense. La búsqueda de una alianza con el Imperio persa, una alternativa más al alcance de la política exterior de los estados griegos, no era particularmente desdeñada, en principio, a causa de principios ideológicos irrenunciables. Los propios atenienses, que impulsaron en su momento el frente antipersa y dirigieron militarmente parte de la campaña, buscaron también una alianza con el Imperio aqueménida mucho antes de que se desatara el conflicto, cuando inmediatamente después del triunfo de Clístenes sobre sus adversarios políticos en el 508 a.C. se enviaron legados desde Atenas hacia Sardes con el fin de conseguir dicho objetivo[68]. Se ha supuesto que el propio Clístenes pudo haber sido el promotor de la iniciativa, ya que curiosamente desaparece por completo del escenario político ateniense tras el sonoro fracaso de la intentona y su figura política aparece, además, enormemente desdibujada en toda la tradición ateniense posterior, a diferencia de lo que sucede con Solón e incluso con Pisístrato. Incluso durante el conflicto hubo en Atenas partidarios de pactar con los persas si tenemos en cuenta la acusación, lanzada contra los Alcmeónidas, que les recriminaba el haber hecho señales al enemigo con un escudo puesto frente a los rayos del sol, con el fin de indicarles que la ciudad se hallaba en aquellos momentos carente de defensas, dado que las tropas atenienses estaban en Maratón, y era, por tanto, el momento oportuno para pasarse al adversario. Incluso Milcíades, el vencedor de Maratón, había jugado ya la carta persa cuando era tirano de la región del Quersoneso y parece que aceptó la supremacía persa sin demasiada resistencia. De hecho, su hijo, Metíoco, fue acogido después por el rey con todos los honores, a pesar de que había sido capturado cuando su nave fue interceptada en la ruta hacia Imbros, y se casó con una noble persa, de la que tuvo una notable descendencia[69].

Hubo, efectivamente, importantes personajes de diferentes estados griegos que se sumaron de manera entusiasta a la causa persa, como los tebanos Timegénidas y Atagino, Hegias de Éfeso, los adivinos Hegesístrato de Élide e Hipómaco de Léucade, Critobulo de Torone, Timóxeno de Escione o Jenágoras de Halicarnaso, quien salvó la vida a Masistes, el hermano de Jerjes, cuando el general persa Artaíntes se disponía a matarlo[70]. Algunos, como Timegénidas y Atagino, que mantuvieron una relación privilegiada con el general persa Mardonio, parece que contaron a su favor con el respaldo mayoritario de la población. Timegénidas aconsejó a Mardonio que custodiara los pasos del Citerón con el fin de impedir el paso de los griegos, y Atagino actuó como anfitrión de un suntuoso banquete al que asistió el propio general persa acompañado de otros cincuen-

68 Hdt. V, 73. Raubitschek (1964).
69 Holladay (1978).
70 Hdt. IX, 38 (Hipómaco); VIII, 127 (Critobulo); VIII, 128 (Timóxeno); 107 (Jenágoras).

ta nobles[71]. De la importancia de su papel como líderes habla a favor el hecho de que, tras la batalla de Platea, los griegos vencedores exigieran a los tebanos su entrega bajo la amenaza de un asedio que continuaría hasta la destrucción final de la ciudad. Los tebanos se negaron en redondo a secundar dicha petición y tuvieron que ser los propios líderes, que justificaban su actuación asegurando que no habían hecho otra cosa que secundar la postura general adoptada por la ciudad, quienes decidieron entregarse, confiados en que podrían todavía salvar sus vidas mediante soborno y conseguir así la supervivencia de Tebas[72].

La existencia de partidarios de los persas en el mundo griego y la presencia de importantes contingentes persas en suelo europeo incluso después de la batalla de Platea en lugares como Bizancio, Chipre y, especialmente, en algunas ciudades de Asia Menor, revela la ausencia de cualquier barrera entre unos y otros que obstaculizara por completo toda comunicación y contacto incluso durante los momentos de mayor enfrentamiento. La situación de Bizancio puede resultar ilustrativa a este respecto, ya que en la ciudad se encontraban nobles persas de alto rango, que Pausanias pudo luego utilizar como «moneda de cambio» en su intento por aproximarse al rey, y se daba el contexto favorable para que el regente espartano adoptara algunas costumbres persas, indicando de esta forma el alto grado de aculturación que Bizancio había alcanzado por entonces, cuando llevaba casi una generación bajo el dominio aqueménida[73]. También en Chipre se daban unas circunstancias similares, si bien hemos de contar con algunas informaciones confusas y de una cierta incertidumbre respecto a la cronología de los acontecimientos. Parece así que los griegos chipriotas no manifestaron ningún entusiasmo por sumarse a la campaña de la Liga ateniense contra la isla, que pudo iniciarse en el 450 a.C., y, de hecho, una ciudad griega como Marion tuvo que ser tomada al asalto[74]. También en el caso de Asia Menor se ha supuesto que la ausencia notable de algunas ciudades de la zona –como Eritras, Focea, Latmos, Miunte, Teos y Cumas– de las listas de tributos al Imperio ateniense del 454/3 y 452/1 a.C. podría constituir un claro indicio de su persistencia dentro del bando persa, en una época en la que las operaciones bélicas contra el imperio encabezadas por Cimón habían alcanzado su máxima intensidad, hasta culminar con la famosa batalla del Eurimedonte[75]. Seguramente, la actividad

[71] Hdt. IX, 16; 38, 2. Habría que añadir a otros muchos tebanos y beocios en general, que acudieron al banquete, como Tersandro de Orcómenos, que aparece mencionado por Heródoto como fuente de una curiosa anécdota.

[72] Hdt. IX, 86-88.

[73] Th. I, 130; Miller (1997), pp. 10-11, que señala cómo un ciudadano de Bizancio llevaba el nombre persa de Zopiro.

[74] D. S. XII, 3, 3. En general, Parker (1976).

[75] Miller (1997), p. 18. De hecho, en un decreto ateniense –de datación incierta pero concerniente a la ciudad de Eritras– en el que se recogen las regulaciones necesarias tras la revuelta de

recaudatoria ateniense y el descontento suscitado entre sus primeros aliados contribuyeron también a alimentar las rebeliones en el seno del imperio y a fomentar su inclinación hacia el otro bando.

Las relaciones comerciales entre el mundo griego y el Imperio persa se mantuvieron durante el siglo v a.C., como revela el hallazgo de monedas y cerámica griegas por todo el territorio del imperio, a pesar de las guerras y de las rivalidades imperialistas. El propio discurso fúnebre de Pericles pone de relieve el hecho de que a Atenas llegaban productos procedentes de todas partes del orbe gracias a su dominio de los mares, y el cómico Hermipo representaba a Dioniso importando a Atenas todo tipo de bienes. Había además un importante mercado de esclavos que circulaba en ambas direcciones, como prueba el relato relativo a Hermótimo que nos ha conservado Heródoto, y la abundancia relativa de nombres de esclavos en Atenas que denotan su procedencia de los territorios sometidos al Imperio persa[76]. La cerámica ática aparece extendida a lo largo de todas las costas del Imperio e incluso llega a penetrar en el interior, hasta la propia meseta irania, aunque en cantidades mucho menores. Lo esencial está constituido por vasos, destinados al consumo de vino o al transporte de aceite, que eran de una cualidad artística mediocre. Esta situación se comprueba en lugares como Chipre, la costa siria y Palestina, o en algunas regiones costeras de Asia Menor como Licia. No constituye, por tanto, ningún producto de lujo en el imperio, a diferencia de lo que sucedía en Etruria o Escitia. Se la encuentra sobre todo en las zonas que hacen la función de puntos de contacto con las regiones del interior del imperio[77].

También las monedas reflejan las diferentes fluctuaciones de los intercambios entre ambos mundos. A comienzos de siglo v a.C. las monedas, procedentes de diferentes lugares del mundo griego, fluían hacia el imperio donde, una vez desprovistas de su valor como curso legal, adquirían importancia solo en función de su peso en metal y eran, por ello, transformadas o refundidas según el gusto de sus posesores. Parece que este movimiento de dinero hacia el Imperio persa se hallaba en gran parte vinculado a la presencia del ejército persa, ya que el movimiento de monedas se detiene de forma brutal con la retirada de dichas tropas y el número de piezas griegas correspondientes a los años 480-460 en el imperio es mínimo. Es preciso esperar a la segunda mitad del siglo para volver a encontrar numerosos tesoros de monedas griegas, en las que el tipo ateniense aparece de forma predominante y casi absoluta.

---

algunos de sus aliados, se hace mención expresa en una de sus cláusulas a la prohibición de acoger exiliados que habían buscado refugio entre los medos, una circunstancia que parece indicar también que se había producido la expulsión de Atenas de un grupo de partidarios de los persas; Meiggs-Lewis (1969), nº 40.

[76] Hdt. VIII, 104-106 (sobre Hermótimo). Sobre los esclavos, Lewis (2011).

[77] Sobre la difusión de la cerámica ática en las costas y el interior del imperio persa, Perreault (1986).

El contacto de los griegos con el Imperio persa, protagonizado por individuos destacados o por colectividades más amplias, tanto en tiempo de guerra como durante periodos de paz fue intenso y constante. Muchos griegos viajaron hasta la corte persa o hasta sus dependencias provinciales más próximas en Asia Menor, bien formando parte de legaciones o, a nivel más personal, en busca de acogida y refugio de sus propios enemigos griegos. También existió una estrecha relación entre los persas y algunos importantes santuarios griegos que gozaron de ciertos privilegios y prerrogativas, como fue el caso del Artemision de Éfeso, del de Dídima en Mileto, o del de Apolo en Magnesia del Meandro[78]. La familiaridad directa con el imperio persa y sus gentes había sido hasta entonces patrimonio exclusivo de los griegos de Asia Menor, que se hallaban enclavados dentro de los dominios del imperio desde la conquista de Ciro y podían contemplar sus cortes provinciales y las residencias de sus gobernantes. Sin embargo, las campañas persas en el continente extendieron esta familiaridad más allá del Egeo, a través de la presencia masiva de las tropas persas, de la contemplación directa de su forma de vestir y su armamento o de la vida fastuosa y opulenta de sus generales en campaña, que se tradujo en la captura de un cuantioso y espléndido botín[79].

Todas estas circunstancias fueron generando un conjunto más o menos coherente y sólido de informaciones que, de forma quizá parcial, acabó filtrándose a la literatura y al arte griegos contemporáneos. Se trataba en muchos casos de noticias de carácter banal que aparecían además frecuentemente descontextualizadas y eran leídas en clave interpretativa griega, fuera, por tanto, de su encaje original dentro de la realidad histórica persa[80]. Se entremezclaban noticias veraces más o menos fundamentadas con rumores interesados que habían difundido sus propios protagonistas, con los ecos inevitables de la propaganda en una u otra dirección, y con la correspondiente dosis de tópicos y estereotipos que suelen condicionar la percepción de una cultura ajena. La pérdida irremediable de casi toda la literatura contemporánea de los primeros momentos de contacto entre griegos y persas nos impide constatar la forma concreta en que dicho conocimiento había traspasado las fronteras de la realidad y había quedado reflejado dentro de la tradición literaria. Este es el caso de la tragedia de Frínico *Las Fenicias,* que fue representada en el 476 a.C. y que tenía como tema principal la derrota de Jerjes, ya que tan solo conservamos el primer verso y algunas palabras sueltas de toda la obra[81].

[78] Burkert (2004), pp. 106-107.

[79] Miller (1997), pp. 29-62. Sobre la importancia de la guerra como forma de contacto cultural, Ulf (2009), p. 101.

[80] En la literatura, Cantarella (1966); Bourriot (1981); Tuplin (1996), pp. 132-167 y Gruen (2011), pp. 9-75. En el arte, Bovon (1963); Miller (2006-2007).

[81] Dumas (1985), p. 290.

Hemos tenido, en cambio, mayor fortuna en el caso de Esquilo, ya que su tragedia *Los persas* ha llegado completa hasta nosotros. Se puso en escena en Atenas en el 472 a.C., cuando ya habían transcurrido siete años desde la intervención persa en suelo griego, y es de imaginar que los conocimientos acerca del imperio y sus gentes se habían acrecentado de manera importante a través de las propias campañas que se desarrollaron en suelo griego. Esquilo constituye el único protagonista directo de las guerras médicas que luego escribió una obra en la que reflejaba de alguna manera su propia experiencia. En un golpe de genialidad, decidió trasladar la acción del drama hasta la misma corte imperial persa de Susa, e intentó reflejar el desarrollo de los acontecimientos desde el punto de vista de los vencidos. De cualquier modo, la obra constituye un testimonio fundamental del interés que todavía suscitaba en el auditorio ateniense todo lo relacionado con los persas, y nos revela al menos una parte del conjunto de informaciones disponibles en aquellos momentos. Esquilo refleja de forma elocuente la enorme distancia que separaba dos mundos contrapuestos, y pone en escena un Oriente que aparece caracterizado por un lujo y una riqueza desbordantes, por una gran opulencia y esplendor, por la supremacía de la casta gobernante y el derecho divino del monarca, por el tributo material y personal que pagaban los innumerables súbditos del imperio, por la magnificencia del entorno real y por el dominio abrumador de los persas sobre todo el continente asiático[82].

En la obra de Esquilo hacen su aparición algunos datos acerca del imperio que derivaban del conocimiento existente en aquellos momentos, como los nombres de los comandantes persas, la genealogía de sus reyes o algunos elementos de la geografía del imperio. La mayoría de estas noticias, como los nombres de lugares y personajes, o las costumbres y formas de vida que caracterizan en escena a los persas, formaban parte del saber común acerca del imperio dentro del imaginario colectivo ateniense. Sin embargo, da la impresión que la mención de tales nombres tiene mucho más que ver con la sensación de exotismo y extrema lejanía que comportaban para el auditorio ateniense que con una referencia precisa y concreta a la geografía del Imperio aqueménida, dado que la mayoría de los espectadores no poseía nada semejante a nuestros mapas o enciclopedias para situar con claridad los diferentes topónimos que aparecen mencionados a lo largo de la obra[83]. *Los persas* nos presenta ya una visión del Imperio aqueménida, claramente definida desde el punto de vista ideológico, que se encuadra dentro de las líneas maestras de la propaganda ateniense, según la cual una monarquía débil y decadente había sucumbido inevitablemente ante los griegos a causa de la

[82] Francis (1980), p. 72.

[83] Una reciente edición de la obra con comentario, Garvie (2009). Sobre las dificultades de interpretación del significado concreto de la obra, Gruen (2011), pp. 9-21, con referencia a las diferentes teorías que se han ofrecido al respecto.

superioridad política, militar y moral de estos, en un estereotipo que acabaría adquiriendo con el paso del tiempo la fuerza de una explicación histórica[84].

La familiaridad relativa de una gran parte del mundo griego con el Imperio persa aparece también reflejada en el vocabulario, al que se habían incorporado ya por entonces algunos términos especialmente significativos de la cultura persa como *sátrapa, parádeisos, parasanga, aggaros* o *magos*[85]. Los intercambios comerciales con las regiones más occidentales del imperio en Asia Menor revelan también la existencia de un flujo continuado de importaciones expresamente dirigidas hacia los mercados orientales dentro del Imperio aqueménida, como la reducida selección dentro del enorme repertorio griego de un tipo determinado de cerámica (*lékythoi,* cráteras, *kylikes* y *skyphoi,* y escasos *oinochoes,* por ejemplo) y los motivos iconográficos representados en su decoración, tal como parece desprenderse de los hallazgos de cerámica ática en lugares como Dascileo o Gordio[86]. Los persas se convirtieron en un motivo habitual de la vida griega, sobre todo ateniense, como evidencia el éxito de la obra de Heródoto, las constantes alusiones de la comedia o las numerosas representaciones en el arte griego en diferentes maneras y actitudes[87]. Así, el testimonio de los *Acarnenses* de Aristófanes nos muestra que el envío de embajadores a Persia y la recepción de sus propios legados constituían para los atenienses un hecho habitual que no requería de ulteriores explicaciones[88]. La existencia de tratados de paz con el imperio y la posibilidad de recurrir al rey en busca de alianza o de recursos contra los propios enemigos griegos, como Esparta durante la guerra del Peloponeso, debieron constituir un contexto político bien conocido que hacía factibles todo este flujo de informaciones, no exentas, sin embargo, de los estereotipos que, en un ambiente político y cultural como el ateniense, caracterizaban a todo el mundo exterior[89].

Las embajadas atenienses comenzaron a constituir, en efecto, un hecho relativamente frecuente a partir del reinado de Artajerjes II. La más famosa fue quizá la que llegó hasta la corte del rey, en Susa, encabezada por el rico ateniense Calias junto con otros atenienses ilustres, entre los que pudo haber figurado el célebre Pirilampes, a quien el rey obsequió con pavos reales que luego exhibiría en Atenas[90]. Una segunda legación

---

84 Sobre la popularidad inmensa de la obra en Atenas, donde fue nuevamente representada en el último tercio del siglo v a.C., Hutzfeld (1999), p. 161.

85 Benveniste (1966).

86 De Vries (1977) sobre el tipo de cerámica importada al imperio persa y (1997) sobre las excavaciones de Gordio. Tuna-Norling (1998), sobre las de Dascileo.

87 Sobre los persas en Aristófanes, Dumas (1985). Sobre los persas en el arte griego, Schoppa (1933) y Miller (2006-2007).

88 Ar., *Acarn.,* 61-127. Acerca de la información sobre los persas en la obra de Aristófanes, Dumas (1985) y Pretagostini (1998).

89 Lisarrague (1997).

90 Sobre la fecha y los objetivos y consecuciones de la famosa embajada que habrían derivado en la debatida paz de Calias, Meister (1982) y Badian (1993), pp. 1-72.

fue enviada a cargo del mismo representante más adelante, otra después, conducida por Diótimo, con motivo de la revuelta de Samos[91], y finalmente la de Epílico, cuyo objetivo era al parecer llevar a cabo un tratado de amistad eterna con el rey[92]. Conocemos igualmente algunas embajadas espartanas –y al menos una de Argos que coincidió en la corte de Susa con los enviados atenienses de Calias– que tenían como finalidad solicitar del nuevo rey, Artajerjes II, la continuidad de la amistad que la ciudad peloponesia había mantenido ya con su antecesor en el trono[93].

La poderosa retórica propagandística ateniense de la victoria no consiguió, además, reducir el atractivo y la fascinación que lo persa ejercía sobre, al menos, una buena parte de la sociedad ateniense, a juzgar por la corriente de «persomanía» que afectó de manera indiscutible a la aristocracia ateniense, especialmente en la década del 430 al 420 a.C., tal como ha demostrado de forma contundente la estudiosa canadiense Margaret Miller[94]. La captura como botín de suntuosos objetos de oro y plata que portaban consigo los persas, sus espléndidos equipamientos en armas –como el *akinakes,* una espada corta terminada con apliques dorados o de oro–, los brazaletes y collares con los que adornaban sus cuerpos, o sus tiendas de campaña ricamente ornamentadas y decoradas con toda clase de utensilios, produjeron un gran impacto en los medios atenienses y griegos en general y contribuyeron de forma decisiva a acrecentar el gusto y la ambición entre los aristócratas locales por poseer cosas similares y emular conductas y comportamientos de quienes todavía continuaban siendo, a pesar de su derrota a manos de los griegos, los dueños y señores de buena parte del orbe conocido. Una parte considerable de estas riquezas se tradujo en los magníficos monumentos conmemorativos alzados a raíz de las victorias en los diferentes santuarios, pero otra, mucho más difícil de evaluar, quedó seguramente en manos privadas, como revelan las acusaciones dirigidas contra Calias a consecuencia de su supuesto enriquecimiento personal con los despojos persas hallados en Maratón, o en las noticias dispersas acerca del hallazgo afortunado de tesoros por parte de algunos individuos, procedentes en su mayor parte de las derrotas navales persas o de algunos de sus naufragios frente a las costas griegas[95].

La captura de la tienda de Mardonio en Platea, con todos sus espléndidos y lujosos contenidos, constituyó para muchos griegos la primera gran ocasión de contemplar en directo toda la magnificencia y el boato del esplendor real persa, que quizás hasta entonces solo habían conocido de segunda mano en un relato caracterizado, sobre todo, por el predominio

[91] Damastes FGrHist 5, F 8 = Str. I, 3, 1.
[92] And. 3, 29. En general sobre las embajadas atenienses a Persia, Miller (1997), pp. 109-133.
[93] Hdt. VII, 151.
[94] Miller (1997).
[95] Plu. *Arist.,* 5 ss. (Calias); Hdt. VII, 188-191 (hallazgo de Aminocles).

de leyendas y rumores[96]. El botín incluía también animales exóticos como los camellos y asistentes especializados al servicio del rey y sus nobles como cocineros y panaderos, eunucos y concubinas. Las campañas posteriores en la zona norte del Egeo proporcionaron también a los atenienses la oportunidad de conseguir objetos de lujo y contemplar la exhibición de la manera ostentosa de vivir de la nobleza persa. El botín conseguido en la batalla de Eurimedonte y quizá también en las campañas posteriores en Egipto y Chipre –para las que apenas contamos con una información aceptable– proporcionaron así, a los atenienses, una considerable cantidad de riquezas que contribuyó de manera decisiva a su prosperidad material como colectividad y al embellecimiento monumental y paisajístico de la propia ciudad. Los cambios operados en la mentalidad individual y colectiva con la irrupción de tales riquezas, y la oportunidad de poseerlas o contemplarlas en directo, tuvieron que ser necesariamente importantes, aunque su alcance preciso resulte difícil de evaluar[97]. De hecho, el botín conseguido contra los persas permitió a los griegos contemplar un estándar de riqueza y confort muy diferente al que estaban habituados.

Influencias persas en la vida griega

El impacto producido por la riqueza y la opulencia persa se puede percibir también a través de algunas manifestaciones artísticas y monumentales de Atenas, que podrían reflejar la influencia evidente de algunos objetos determinados o de algunos motivos decorativos e iconográficos típicamente aqueménidas. Ese es el caso del cuenco profundo provisto con una superficie negra acanalada y brillante, cuya presencia en suelo griego se detecta desde los primeros momentos de contacto, a finales del siglo VI a.C., pero que se incrementa de forma notoria en el segundo cuarto del siglo siguiente como efecto indiscutible de los despojos persas. En el caso de transferencias iconográficas, podría mencionarse la nueva apariencia que presentan algunos episodios del mito griego en los que figuran monarcas orientales, ahora retratados con la vestimenta típica persa –siguiendo probablemente el modelo proporcionado por las escenas de la corte aqueménida que aparecían en sellos, como es el caso del frigio Midas o del egipcio Busiris, que son representados ahora atendidos por guar-

[96] Hdt. IX, 80 (descripción del botín de Platea).

[97] Destaca así la provisión de zonas ajardinadas en el ágora y otras zonas de Atenas por Cimón que podrían imitar los conocidos y célebres *paradeisoi* persas que podían haber contemplado en cualquiera de las residencias de los sátrapas de las regiones más próximas sin necesidad de acudir a las grandes capitales del imperio; Plu., *Cim.* 13, 5. Los escasos pero significativos objetos de procedencia aqueménida encontrados en suelo griego revelan quizás, a la manera de punta de iceberg, lo que constituyó el enorme flujo del botín persa que culminó en ofrendas votivas en los santuarios o como depósitos en las tumbas; Miller (1997), pp. 40-43.

dianes y con un portador de parasol–[98]. También podría incluirse, dentro de este apartado, la aparición de cabezas de león con los rizos de la melena en forma de sol radiante que figuran como adorno de algunos escudos griegos representados en la cerámica del periodo de las guerras persas. Otros motivos, como los grupos de animales en combate o la renovada presencia de monstruos, fueron inspirados probablemente por la presencia de dichos esquemas en objetos como sellos, textiles o joyas, y se detectan así en algunas manifestaciones artísticas griegas del siglo IV a.C.

La influencia persa se dejó sentir igualmente en otros medios, como la arquitectura, con la aparición de la característica sala hipóstila que caracterizaba los palacios aqueménidas en edificios emblemáticos como el Odeón de Pericles –construido en el tercer cuarto del siglo V a.C., parecía una imitación de la tienda real de Jerjes capturada tras la victoria de Platea a causa de su tejado piramidal, seguramente con la finalidad de evocar la atmósfera persa con un objetivo propagandístico–[99]. Otro posible resultado de la influencia puntual persa es el Pritaneo, construido en forma circular, que para los atenienses presentaba el aspecto de un parasol y lo denominaban de esta forma *(skias),* junto con el de *tholos* (edificio redondo), ya que ningún otro edifico posterior de esta clase fue construido de esta manera tan especial. Otro elemento de la arquitectura persa que fue emulado de forma ocasional fue el característico capitel con dos cabezas de animal que aparece en el santuario de Heracles en Tasos.

También algunos de los monumentos destinados a conmemorar la victoria griega presentaban elementos inconfundibles de la iconografía oriental, como la columna serpentiforme de Delfos, erigida sobre un trípode dorado para celebrar la victoria en Platea, o la Palma que conmemoraba la conseguida en el río Eurimedonte, situada también en el mismo santuario[100]. Incluso se ha sugerido la posibilidad de que las grandes construcciones monumentales de la propia acrópolis ateniense fueran una respuesta deliberada, de carácter simbólico, al poder imperial erigido en Persépolis, al comparar tanto en estructura como en detalle el famoso friso de las Panateneas con los célebres relieves que adornaban las escalinatas que daban acceso al palacio imperial[101].

---

98 Miller (1988) sobre Midas y (2000) sobre Busiris.

99 Plut., *Per.,* 13, 5-6. Miller (1997), pp. 218-242.

100 Stähler (1992), pp. 15-22 y (1989).

101 Se ha destacado el hecho de que ambos relieves presentan una forma tripartita y conceden el lugar más importante al elemento central, además de que ambos se hallan situados en el lugar preciso en el que tenían lugar las respectivas ceremonias y de que desempeñaban la función de tesoros. Uno y otro, la apadana de Persépolis y el Partenón, constituían de este modo el punto focal de la política, de la religión y de las finanzas de ambos imperios, el persa y el ateniense; Root (1985). Es incluso probable que la tasación del impuesto llevada a cabo por Aristides sea también un préstamo del Imperio persa, dado que ya Artafernes había fijado de esta manera el tributo prestado por las ciudades jonias tras medir su tierra en parasangas y la amplia tradición de la fiscalidad basada sobre los ingresos de la tierra en las monarquías orientales.

Otro de los elementos de procedencia persa que entró a formar parte del repertorio social ateniense fueron algunas determinadas prendas de vestir como el *kandys,* un manto con mangas largas que aparece representado en los relieves de Persépolis; el *ependytes,* una especie de túnica que llevaban las mujeres por encima del manto; o los *persikai,* una especie de calzado femenino que se puso de moda en Atenas y cuyo nombre deja entrever que se hallaba estrechamente relacionado con el vestido persa. El mundo persa, y en particular sus satrapías más occidentales, proporcionaron también nuevos indicadores que permitían expresar visualmente la nueva jerarquía social imperante dentro de la Atenas clásica, como el uso creciente del parasol, del abanico o del espantamoscas, que constituyen usos claramente importados de Oriente junto con el esclavo que los portaba, si bien su uso principalmente masculino en los medios orientales fue transformado en una práctica femenina[102], o la posesión de animales exóticos como el pavo real, que fue introducido en Atenas a mediados del siglo v a.C. como resultado del regalo hecho por Artajerjes I a Pirilampes, que sirvió como embajador ante la corte persa.

Problemas de entendimiento

Hubo ciertamente algunos obstáculos para el buen entendimiento entre ambos mundos a pesar de su proximidad geográfica, el periodo de tiempo relativamente extenso en el que se mantuvieron en contacto y la cantidad de individuos implicados en dichas relaciones y su posición destacada dentro de la sociedad. Uno de los principales fue, sin duda, la lengua. Los griegos capaces de hablar la lengua persa fueron pocos, tal como revela la insistencia con la que Tucídides resalta el tiempo que había tenido que emplear Temístocles para hacerse con el manejo de la lengua y los usos del país[103]. De este modo, la forma de comunicación más frecuente debió ser a través de los intérpretes, la mayoría de los cuales eran originarios de Asia Menor. Hecateo y Heródoto no parecen haber conocido la lengua persa, mientras que es posible que Ctesias la hablara. Por el contrario, era relativamente fácil encontrar griegos capaces de hablar arameo, ya que era la lengua franca de todo el imperio hablada en los medios costeros, a los que los comerciantes griegos tenían acceso más habitual.

Una dificultad añadida era el carácter ajeno a la mentalidad griega de las instituciones y de la religión persas[104]. Era considerablemente difícil interpretar, en términos propiamente griegos, asuntos como la esclavitud o la rígida jerarquización de la sociedad persa que establecía una relación de servidumbre entre los diferentes estratos, y que no se correspondía de ningún

---

[102] Miller (1992).
[103] Th. I, 138.
[104] Momigliano (1979).

modo con su traducción al término *doulos,* esclavo, en el terreno griego. El diálogo mantenido entre el espartano Agesilao y el sátrapa Farnabazo constituye un ejemplo ilustrativo de esta clase de malentendidos[105]. Resultaba tremendamente complicado para cualquier griego entender los resortes fundamentales de la monarquía aqueménida, una realeza de carácter casi absoluto que otorgaba plenos poderes a un hombre elegido por Ahura Mazda para conducir a su pueblo a la conquista del mundo y para asegurar la mediación entre los hombres y la divinidad en el respeto de la justicia, de la verdad y la ley. El único marco viable dentro de la mentalidad griega que permitía incorporar una imagen de estas características era la del tirano. Es por ello que Heródoto utiliza el famoso debate constitucional entre los persas como forma de explicar la subida al poder de un Darío que representaba un gran cambio dentro de la monarquía aqueménida. La combinación de diversos elementos explicativos, como los esquemas griegos de gobierno, y algunas alusiones a la realidad institucional aqueménida más compleja muestran las dificultades a las que debe enfrentarse el historiador a la hora de trasladar un mundo al otro mediante explicaciones coherentes y racionales.

¿Persas helenizados?

Los avances experimentados en el conocimiento mutuo entre griegos y persas afectaron también lógicamente a la percepción persa de la mentalidad griega y su forma de entender el mundo, tal como ponen de manifiesto algunos intentos por parte persa de utilizar la genealogía mítica griega como marco negociador de relevancia histórica para conseguir una postura favorable o una alianza oportuna en tiempo de conflicto. Ese parece que fue el argumento principal esgrimido por Datis en Atenas, cuando trataba de convencerles para que aceptaran la sumisión a los persas, alegando que los atenienses eran descendientes de Medos, que había sido el fundador del Imperio medo[106]. Esta misma línea de comportamiento podría explicar también otros casos, como la restitución por parte del mismo Datis a la ciudad de Tanagra de una estatua de Apolo que había encontrado en un barco fenicio[107], o la operación ideológica que implicaba el traslado de la patria originaria de Memnón a Susa en lugar de a Etiopía, desde donde habría llegado tras haber sometido todos los pueblos que se encontraban en su ruta[108].

---

[105] Plu., *Ages.,* 12

[106] D. S. X, 27

[107] Paus. X, 28, 6.

[108] Paus. X, 31, 7. La atribución a Jerjes por parte de Heródoto de conocimientos sobre el linaje de Pélope como frigio, y su justificación de la conquista basándose en esta circunstancia, podrían incluirse también en esta dirección; Hdt. VII, 8g, 1 y 11, 4. En este sentido, cabría mencionar igualmente la credibilidad que merecían los razonamientos persas a la griega que Heródoto atribuye al famoso debate constitucional (III,80-82), o a Ciro a la hora de iniciar sus conquistas (IX, 122).

Esta circunstancia marcó seguramente también la política seguida por los sátrapas occidentales, algunos de los cuales alcanzaron un gran protagonismo dentro de la historia griega. Poseían un buen conocimiento de las condiciones y características de la política interna de las ciudades griegas, y fueron capaces de apoyar a unas contra otras o intervenir de forma directa dentro de cada uno de los estados griegos mediante el soborno de sus dirigentes más destacados. Así, Farnabazo, que había sido nombrado máximo mandatario persa de las regiones más occidentales del imperio, envió emisarios cargados de oro a las ciudades griegas con el fin de explotar el resentimiento corintio y tebano contra las ambiciones hegemónicas de Esparta, generando una situación que desembocaría en la llamada guerra de Corinto. La política persa en Grecia fluctuaba en sus apoyos a Esparta o a sus enemigos, en función de las valoraciones o inclinaciones personales de los sátrapas de Asia Menor, considerados seguramente por el rey verdaderos expertos en el tema. De esta forma, las grandes potencias griegas buscaron siempre por igual el apoyo persa para sus acciones, y se cuidaron mucho de romper la hegemonía persa en la zona no solo con sus acciones sino incluso con sus palabras[109]. Del mismo modo Ciro el Joven, conocedor de la enorme importancia que tenía a nivel propagandístico el eslogan de la libertad y la autonomía para los griegos, concedió cierta autonomía a las ciudades griegas de Asia con el fin de crear el ambiente propicio que le permitiera después reclutar partidarios para su campaña contra su hermano en la lucha por el trono persa.

Entre griegos y persas

El contacto directo entre el mundo griego y el Imperio persa afectó también a otros escenarios intermedios, como las regiones interiores de Asia Menor, que se convirtieron casi desde el principio de la dominación aqueménida en una especie de «fascia intermedia» entre helenismo e iranismo –tal como señaló en su día David Asheri– entendida como un fenómeno de larga duración que no dependía mecánicamente de los acontecimientos bélicos o diplomáticos entre los dos mundos y que abarcaba en su interior antiguas civilizaciones anatolias que reflejan el encuentro y la compenetración de las dos grandes culturas dominantes en aquellos momentos[110]. La ocupación persa significó la unificación política de toda esta zona, su incorporación al imperio en satrapías y otras divisiones, y el impulso de contactos mutuos regulares gracias al desarrollo de las vías de comunicación y a la organización del ejército imperial sobre la base de las

[109] Así sucedió en la formulación oficial del tratado de alianza entre Atenas y Quíos en 384 a.C.; Tod II, 118.

[110] Asheri (1983).

aportaciones respectivas de contingentes armados locales, todo lo cual favoreció la emergencia y el desarrollo de fenómenos como la simbiosis o el sincretismo en unas dimensiones que no se habían alcanzado en los siglos precedentes, en los que los contactos quedaban casi limitados a nivel local. Como señaló Asheri, fue el propio Imperio persa el que, al absorber en su ámbito de dominio a los griegos de las zonas costeras de Asia, abrió las puertas a la helenización de estas regiones del interior.

Se trataba de una zona en la que ya desde antiguo existía una mezcla de diferentes poblaciones y, por tanto, complicaba extraordinariamente la tarea de describir de forma compacta y definida todo este ámbito según los parámetros utilizados por los historiadores antiguos[111]. La enorme diversidad lingüística de la zona hizo inevitable y necesaria la existencia de numerosos individuos trilingües que eran capaces de manejarse en al menos tres lenguas, la suya propia, el griego y el arameo, convertida en lengua oficial y franca de todo el Imperio aqueménida. Dentro de este ámbito deben incluirse miembros de las elites dirigentes anatolias, algunos de los cuales manifestaron también cierta inclinación intelectual –como el lidio Janto de Sardes, el cario Escílax de Carianda o el licio Menécrates de Jantos– y decidieron escribir la historia de sus respectivos países en griego, así como todos aquellos, quizá mucho más numerosos, que ocuparon puestos como intérpretes y escribas dentro de la administración persa, algunos destacados comandantes militares, y la mayor parte de los comerciantes que circulaban con asiduidad y comodidad entre ambos mundos. Es a esta clase de individuos a la que hay que atribuir la responsabilidad principal como mediadores entre las diferentes culturas a la hora de filtrar el conocimiento de una a la otra[112].

Sin embargo, la existencia de un fenómeno de bilingüismo de mayores dimensiones en toda esta zona del imperio viene testimoniada sobre todo por las inscripciones de esta clase que se han hallado en diferentes regiones anatolias, así como por las monedas que portan igualmente leyendas bilingües, como las greco-arameas que aparecen en Cilicia. No está en cambio claro, ni mucho menos, quiénes eran los destinatarios precisos de estas inscripciones que, en la mayoría de los casos, son redacciones paralelas y equivalentes en el contenido más que traducciones propiamente dichas, tal como ha demostrado Emile Laroche[113], y si las diferencias en el uso lingüístico enmascaraban o solapaban otro tipo de diferencias socioeconómicas, como la existente entre las elites dirigentes y las masas populares, o entre los ámbitos respectivos de la ciudad y el campo.

El fuerte carácter mixto de las antiguas ciudades griegas instaladas en las costas de Asia Menor al menos desde el siglo VIII a.C. había ya propi-

[111] *Ibidem,* (1983), p. 18.
[112] *Ibidem,* (1983), pp. 22 ss.
[113] Laroche (1979).

ciado ciertos fenómenos de sincretismo y aculturación con las civilizaciones anatolias precedentes y contemporáneas. A las aportaciones lidias en el terreno musical, monetario, lúdico y alimentario, o a las carias en armamento o vestimenta, se vinieron a sumar los elementos de procedencia específicamente persa o babilonia referentes a la indumentaria de lujo o al ceremonial religioso, vehiculados más fácilmente tras la ocupación aqueménida. La presencia de diferentes componentes étnicos, los matrimonios mixtos, la incorporación de algunos santuarios rurales frigios, lidios o carios en el territorio de algunas ciudades, y todos los influjos derivados del contacto continuado con las poblaciones circundantes, convirtieron a las ciudades griegas de la zona en auténticos crisoles culturales en los que se entremezclaban desde antiguo las distintas influencias procedentes de los dos mundos en contacto que encontraban en ellas su traducción más específica.

La ocupación persa había aumentado todavía más esta mezcolanza mediante la política de trasplante masivo de poblaciones –aunque practicada en menor escala que sus antecesores asirios– o la instalación de guarniciones y colonias con contingentes provenientes de los distintos rincones del imperio. Las dos grandes capitales satrápicas de la región, Sardes y Dascileo, eran ciudades cosmopolitas en las que se escribía y hablaba en varias lenguas; en Sardes, las inscripciones atestiguan la vitalidad de las comunidades lidia y caria o la presencia de elementos propiamente griegos o helenizados que revelan inscripciones, gemas greco-persas, los bajorrelieves en estilo griego y algunos datos dispersos en la tradición literaria, como la presencia en la ciudad del comerciante quiota Panionios o del sofista beocio Próxeno[114]. También en Dascileo se han encontrado indicios significativos de este carácter cosmopolita que revela la fusión de elementos griegos, persas o arameos, como las bulas de época de Jerjes o algunos bajorrelieves de arte greco-persa que aparecen en estelas, una de las cuales presenta una inscripción en arameo[115].

Tampoco los medios rurales de la zona, mucho más extensos, escaparon a la mezcla de culturas y poblaciones durante el periodo aqueménida si tenemos en cuenta la existencia, ya aludida anteriormente, de grandes dominios rurales –que también incluían ciudades, aldeas y fortalezas– que habían sido entregados por el monarca persa, como premio o «salario» por sus servicios, en manos de aristócratas persas, locales e incluso griegos, convirtiéndolos de este modo en vasallos del rey. Estos personajes controlaban los enormes recursos de la zona desde sus residencias, a través del tributo saldado por las aldeas y predios dependientes, y disponían también de contingentes armados capaces de una actuación inmediata en las proximidades si las circunstancias así lo requerían. Las huellas

---

[114] Hdt. VIII, 106, 2 y X., *Anab.,* III, 1, 8.
[115] Kaptan (2002) y Nollé (1992).

de esta presencia persa en toda la zona se dejan sentir en la onomástica, en la toponimia y en algunos cultos religiosos.

Conocemos un cierto número de personajes de origen griego que fueron instalados en la zona como dinastas locales y que, con el paso del tiempo, convirtieron sus dominios en auténticos islotes de cultura grecopersa, entre los cuales figuran el ya mencionado Pitarco de Cízico, que controlaba siete ciudades de la Tróade; Hipoclo y los Pisistrátidas en Lámpsaco y Sigeo; Góngilo de Eretria y Demarato de Esparta, con sus respectivos descendientes en el valle del Caico; Temístocles en Magnesia del Meandro; Amintas el asiático en Alabastra en Frigia; Alcibíades, a quien el sátrapa Farnabazo ofreció el castillo de Grineo; la dinastía de Zenias y Manias en la Tróade o, en la misma zona, Memnón de Rodas, que incluso se había casado con una noble persa[116].

También resultó determinante, en este sentido, la numerosa presencia de exiliados griegos filopersas que fueron acogidos por los sátrapas de esta zona movidos por intereses políticos de calado imperial o local. Así, sabemos de los exiliados oligarcas samios instalados en Anaia, de los delios expulsados por los atenienses en Adramitio –donde posiblemente contribuyeron a la definitiva helenización de la ciudad a pesar de su corta estancia–, de los exiliados mitileneos en la Tróade, de los exiliados quiotas en Atarneo, y de los mil demócratas milesios internados por Tisafernes en Blaudos –en el área lindante entre Lidia y Frigia–, todos ellos en el curso del siglo v. a.C. Constituyeron pequeñas comunidades compactas, provistas de órganos de gobierno semiautónomos e integradas en el sistema tributario militar persa bajo el control de los sátrapas, las cuales se convirtieron en puestos avanzados del helenismo en la región donde fueron instaladas, agregándose así al «gran mosaico multicultural, pluriétnico y políglota de la fascia intermedia» de Asia Menor[117].

Otro de los caminos seguidos por la infiltración cultural helénica fue la presencia notoria de artistas, acuñadores, poetas, músicos e intelectuales griegos en toda esta zona, convocados por un dinasta anatolio, un sátrapa persa o un potentado local que encargaba una obra en cuya realización contaban con ciertas libertades interpretativas en el estilo y la técnica, a pesar de que las directivas temáticas corrieran a cargo del comitente. Son así frecuentes las obras de carácter mixto que aparecen a lo largo de la geografía de Asia Menor, como sarcófagos greco-persas, tumbas lidias excavadas en la roca con capiteles jonios y epitafios escritos en lengua licia, sellos y gemas de arte greco-persa o anatolio-orientales, pinturas y bajorrelieves con representaciones temáticas griegas en las que aparecen también elementos iconográficos asirio-babilonios con inscripciones en lengua local, o las numerosas acuñaciones monetarias con símbolos grie-

[116] Asheri (1983), p. 52.
[117] *Ibidem,* p. 54.

gos, cabezas de sátrapas y escritos griegos, arameos o epicóricos. No resulta fácil, obviamente, determinar con precisión la «nacionalidad» de sus autores, ya que podrían pertenecer al mundo griego, al persa, al anatolio o tratarse de equipos mixtos en los que entraban a formar parte gentes procedentes de estos diferentes medios. También debieron de viajar por estas regiones los poetas y citaredos, como es el caso bien conocido de Estratónico quien, entre finales del siglo v y las primeras décadas del siglo iv a.C., recorrió toda esta zona, desde Asos e Ilión en la Tróade hasta Fasélide y Side en las regiones meridionales de Panfilia, pasando por Éfeso, Caunos Milasa y Rodas[118].

Otro tipo de penetración griega en toda esta zona intermedia de los contactos entre el mundo griego y el Imperio persa fue la de los mercenarios griegos, y contingentes armados en general, que intervinieron a lo largo de todo este periodo, desde el ataque de los jonios contra Sardes que daría lugar a la rebelión jonia del 499 a.C. y las campañas de Cimón en Licia, Caria, Panfilia en el 468 a.C., hasta la famosa expedición de Ciro el Joven hasta Cunaxa, en la que participó Jenofonte, o las campañas de los espartanos Tibrón, Dercílidas y Agesilao en la Tróade, Caria, Lidia y Frigia en las primeras décadas del siglo iv a.C. Dichas actividades bélicas no redundaron únicamente en saqueos y devastaciones, sino que implicaron también estrechos contactos humanos, tanto en el interior de los propios contingentes entre individuos de diferentes procedencias étnicas como en el exterior, entre los propios soldados y los habitantes de la zona. Los soldados se encontraban en los campos de batalla, pero también en los grandes desfiles, como el que realizó Ciro el Joven en Caistropedion; en los mercados en los que se adquirían los víveres y todo tipo de impedimenta, y en los momentos de tregua y reposo, como en la famosa escena de danza que realizaron los mercenarios griegos ante un auditorio estupefacto compuesto por paflagonios descrita por Jenofonte[119].

Licia, un espacio singular

Una de las regiones mejor conocidas y estudiadas de esta «fascia intermedia» es, sin duda alguna, Licia, donde tras la conquista persa se constituyó una nueva clase dominante de carácter licio-iranio bajo el dominio de un gobernador local que, enseguida, transformó su poder en una dinastía hereditaria. Conocemos a algunos de estos dirigentes licios a través de la suntuosidad de sus monumentos sepulcrales y de los rastros dejados en la onomástica local de la zona durante siglos. Se trataba, seguramente, de las típicas concesiones hechas por el monarca persa a los grandes señores que

[118] Sobre Estratónico, véase Maas (1931)

[119] X., *Anab.,* VI, 1, 5-13. En general, Tourraix (1999).

habían servido a sus órdenes. Incluían la asignación de tierras, con ciudades y aldeas tributarias que se extendían en torno a castillos fortificados donde residían estos nuevos señores, quienes comandaban los contingentes licios de las tropas imperiales, acuñaban moneda, administraban sus respectivos territorios, amaban los fastos de las cortes orientales y se hacían luego enterrar en majestuosos monumentos sepulcrales cuyos bajorrelieves representaban sus gestas militares, sus audiencias en la corte y sus temas favoritos religiosos o mitológicos. Para ello, contaron con la impagable colaboración de artistas y artesanos griegos[120]. A diferencia de lo que había sucedido en Lidia o Caria, en las que el proceso de helenización había efectuado grandes progresos en el periodo previo a la conquista persa, en Licia fue durante esta fase de su historia cuando se llevaron a cabo los contactos más intensos y continuados.

Un caso curioso de los cambios experimentados en esta zona es la existencia de un dinasta que lleva el significativo nombre griego de Pericles, frente a los nombres indígenas o iranios que caracterizan al resto de los dirigentes locales a lo largo de este periodo. Gobernó la zona entre el 380 y el 360 a.C., y dio un giro importante en la política filopersa de los dinastas vasallos que habían tenido su residencia principal en la ciudad de Jantos, tomando parte en la revuelta de los sátrapas contra Artajerjes II. Hizo desparecer de sus monedas las tradicionales cabezas de los sátrapas y se hizo construir en Limira, de donde era originario, un *heroon* provisto de un pórtico con cariátides a la manera del Erecteo ateniense.

No menos significativo resulta el caso de Pixodaros, el hermano más joven del célebre Mausolo de Caria, a quien sustituyó durante un tiempo en el gobierno local a causa del apoyo prestado por aquel a la revuelta de los sátrapas antes mencionada y de nuevo volvió al poder en el 341, tras la desaparición de Mausolo y la sucesión en el mando de su viuda Artemisia, su hermano Idrieo y su hermana Ada. En el curso de su mandato, se erigieron documentos tan importantes como la inscripción trilingüe del Letoon de Jantos, y un decreto votado por cuatro ciudades del valle del río homónimo. Poseía una esposa capadocia, negoció el matrimonio de su hija con la corte macedonia –acabó por dársela a un noble persa, Orontobates–, mantuvo una cancillería en arameo y promovió la difusión de los cultos carios en toda Licia[121].

Sobre el poderoso sustrato de una civilización local se formó, durante este periodo, una supraestructura licio-persa que representaba e introducía desde arriba el iranismo, mientras que desde el exterior se fueron infiltrando, como de forma clandestina, el arte, la mitología y la poesía griegas a pesar de que no contaban con una infraestructura interna en el país (no sabemos de la existencia de colonias griegas en la zona durante el

---

120 Asheri (1983), p. 60.

121 Hornblower (1982), pp. 220 ss.

periodo arcaico aunque, durante el siglo VI a.C., los grandes santuarios licios como el Letoon de Jantos o el oráculo de Patara habían atraído ya a algunos peregrinos griegos y se habían creado tradiciones que vinculaban la región al mundo griego, como la leyenda homérica de Belerofonte o la emigración a la zona de un Sarpedón procedente de Creta, que es mencionada por Heródoto)[122]. Los artistas, poetas y cantores que los dinastas licios atrajeron hasta sus respectivas cortes fueron activos portadores de estas influencias helénicas.

La inscripción trilingüe de Jantos ilustra perfectamente la situación cultural de la zona, con el licio como lengua que se dirige a la gran mayoría de la población, el arameo que representa el *establishment* satrápico oficial, y el griego puesto al servicio de los visitantes extranjeros del país. También las monedas, acuñadas todas ellas localmente, constituyen una buena ilustración de esta misma situación, ya que contienen el estándar persa, llevan leyendas en licio o en griego, y símbolos griegos u orientales como la cabeza de sátrapa con la tiara tradicional en una cara y, en la otra, la cabeza armada de Atenea. Sucede lo mismo con los famosos monumentos sepulcrales de los dinastas licios, que muestran la fusión de temas iconográficos iranios con estilos artísticos típicamente griegos. El papel de Licia en el desarrollo del denominado arte greco-persa constituye un hecho –reconocido por los estudiosos– que han venido a confirmar recientes hallazgos arqueológicos realizados en la zona que evidencian los ya conocidos fenómenos de sincretismo y simbiosis en las artes y el culto[123].

Otras regiones más hacia el interior, como Capadocia o el Ponto, permanecieron mucho más inmunes a los influjos helénicos y mantuvieron durante largo tiempo la impronta irania dejada por los persas; sin embargo, las monedas procedentes de las costas del norte y el sur de Anatolia se movieron desde una a la otra a través del interior a lo largo del siglo IV a.C. y fueron así atesoradas por algunos individuos, lo que permite detectar un notable incremento de la actividad económica en toda la región, sobre todo a través del comercio, que debió de estar bajo el control de los templos y de los grandes señores que dominaban esos territorios.

Alejandro y la helenización de Asia

La conquista de Alejandro parece haber cambiado todo este escenario de contactos mutuos e influencias entre el mundo griego y el Imperio persa, sobre todo desde una percepción moderna, deslumbrados como estamos por el fragor de las grandes batallas libradas en Gránico, Iso o Gaugamela, y la falsa impresión que se desprende de las fuentes griegas que nos presen-

122 Hdt. I, 173.
123 Asheri (1983), p. 65.

tan a un Imperio persa decadente y en ruinas que no es capaz de resistir el imparable empuje y la nueva energía desplegada por el joven conquistador macedonio[124]. Sin embargo, como suele suceder a menudo, las apariencias engañan a pesar de la influencia inevitable de la retórica y la propaganda que rodean estos decisivos acontecimientos. Las rupturas provocadas por la conquista macedonia del Imperio aqueménida fueron evidentes a casi todos los niveles, incluidas algunas de las acciones más brutales, como el incendio y destrucción de Persépolis, la emblemática capital de los persas, que todavía en la actualidad resulta complicado explicar de forma completamente satisfactoria[125]. Los nuevos dirigentes del imperio eran macedonios y no iranios, y su atrevido monarca no pudo evitar la fuerte oposición y resistencia demostrada por los vencidos que, sobre todo en el corazón del imperio, plantaron decididamente cara al invasor[126].

Sin embargo, no fueron mucho menores las continuidades. Alejandro era bien consciente de la importancia de contar con el apoyo de la aristocracia irania si pretendía convertirse en un legítimo heredero de los aqueménidas y gobernar un extenso imperio en la manera en que lo habían hecho sus antecesores. Como consecuencia, muchas de sus medidas estuvieron condicionadas por esta necesidad; la adopción del ceremonial de corte persa, de algunos elementos emblemáticos de la vestimenta regia, la implicación política y militar de sus principales dirigentes o las bodas con jóvenes de la nobleza irania, que practicó en persona y trató de extender a sus principales cuadros de mando macedonios[127]. Mantuvo igualmente en vigor las estructuras administrativas y territoriales del antiguo imperio y sus sistemas fiscales de tasación, así como la política monetaria y financiera de sus monarcas[128]. Su política de acercamiento a las elites iranias se inició ya en la primera fase de la conquista, tal como revelan sus negociaciones con las autoridades cívicas locales y con el representante principal de la jerarquía aqueménida en Sardes, el sátrapa Mitrenes, y constituiría el inicio de una corriente, generalizada tras la victoria de Gaugamela, de integrar en su entorno a los nobles persas que aceptaban colaborar con

124 Briant (2001).

125 Al respecto existe abundante bibliografía: Borza (1972); Balcer (1978); Hammond (1992); Sancisi-Weerdenburg (1993); Hatzopoulos (1997); Ciancaglini (1999). Existe la posibilidad de que Alejandro no hubiera entendido todavía la verdadera función de la realeza aqueménida y se hubiera dejado llevar por sus deseos de venganza fruto de los reveses sufridos en la conquista de la ciudad y de la hostilidad inicial de sus habitantes, mientras que a su regreso de la India, cuando parecía que había ya integrado en sus planes el proyecto de suceder a los persas como uno más de la dinastía, se arrepintiera de lo acontecido, tal como reflejan oportunamente nuestras fuentes.

126 Briant (1996), pp. 869-871.

127 Sobre las limitaciones de la política irania de Alejandro, Bosworth (1980) y (1996).

128 Briant (2010), pp. 113-114, sobre los deseos de Alejandro de asegurar la continuidad administrativa del imperio manteniendo en su puesto a los sátrapas persas de las regiones más orientales.

él. Alejandro había entendido perfectamente que su dominio del imperio no podía cimentarse solamente en la victoria en el terreno militar, sino que precisaba también de una cierta continuidad en el terreno político, y para ello necesitaba preservar la relación entre dones y servicios que habían fundamentado la estrecha alianza entre el monarca persa y las aristocracias locales. Alejandro supo atraerse la lealtad de personajes como Mazeo, el sátrapa de Babilonia, o Abulites, el de Susa, que mantenían puestos clave en un momento estratégico decisivo, y de cuya actitud, favorable o no, podía depender el éxito definitivo de la campaña[129]. Consiguió de esta forma que muchos nobles persas trasfirieran su alianza personal con Darío III hacia su persona, siempre cimentada en las victoria militares consecutivas, al precio del mantenimiento de sus posiciones privilegiadas dentro de la nueva estructura política surgida de la conquista.

De la continuidad de las estructuras del Imperio aqueménida no solo hablan las alianzas con las aristocracias locales ya mencionadas, reforzadas ocasionalmente por el matrimonio, como en el caso de Roxana o las bodas de Susa, y los gestos emblemáticos como la adopción del ceremonial de corte y la vestimenta real persa o el entierro solemne de Darío III y la preservación cuidadosa e interesada de la tumba de Ciro en Pasargada. Algunas medidas concretas de carácter más pragmático, como la fundación de ciudades en regiones clave del imperio como Bactriana y Sogdiana, la constitución de un cuerpo de contingentes iranios asociado estrechamente a su persona, o el nombramiento de macedonios sensibles a la realidad persa, como Peucestas, marcaron también el camino en la misma dirección.

Resulta así bastante significativo que la mayor parte de las ciudades fundadas por Alejandro estuvieran situadas en aquellas lejanas regiones del Imperio persa, generalmente sobre el enclave de antiguas fundaciones aqueménidas o en sus inmediaciones, y que sus motivos para su fundación tuvieran mucho más que ver con razones de estrategia y cierta continuidad con la dominación persa anterior que con la supuesta intención de establecer puestos difusores de la cultura helénica en el continente asiático[130]. También es ilustrativo el intento de alistar en las tropas de la expedición los contingentes orientales necesarios en función de las circunstancias, un acontecimiento que tuvo lugar justo después de la también significativa desaparición violenta de Clito el Negro en Maracanda, un proceso que se vería reforzado y confirmado más tarde en el 324 con la llegada de los denominados epígonos que habían sido entrenados a la

[129] Briant (1996), p. 889.

[130] Así la célebre Alejandría la última *(Alexandria eschate),* pensada como un lugar idóneo para la defensa de los confines septentrionales del imperio, cfr. Arr. IV, 1, 3. Sobre las ciudades fundadas por Alejandro, la mayoría de ellas situadas en la cercanía o en el propio lugar de fortalezas o capitales satrápicas aqueménidas, Fraser (1996), pp. 172 ss.

macedonia y que fueron conscientemente utilizados por Alejandro para contrarrestar el descontento de sus tropas que se exteriorizó de repente en el motín de Opis[131]. Finalmente el nombramiento de Peucestas como sátrapa de Pérside abona igualmente esta línea de comportamiento si tenemos en cuenta que se trataba de un personaje de su entorno inmediato, de probada lealtad y presto del todo a adecuarse a la nueva situación mediante la adopción de la vestimenta persa, el aprendizaje de la lengua y su total integración dentro del modo de vida de sus nuevos súbditos, un comportamiento que no solo agradó al propio Alejandro, que seguramente había realizado la opción adecuada en este terreno, sino también a los propios persas que veían así respetadas sus tradiciones[132].

Estas eran probablemente las intenciones de Alejandro en su deseo ferviente de afianzar un imperio personal cuya única salida viable era el reforzamiento y la continuidad con las viejas estructuras aqueménidas, que habían demostrado su validez y su operatividad a la hora de mantener cohesionado el imperio. Sin embargo, como suele suceder a menudo, las intenciones quedan a veces muy lejos de una realidad que se muestra tozuda e inmune a las tentativas de cambio o adaptación que se formulan desde fuera en un contexto como el persa que nunca acabó de aceptar la figura de Alejandro dentro de sus propios esquemas y construyó además una imagen hostil de su persona que aparecía dibujada en la tradición irania posterior como un brutal conquistador y el destructor de los libros sagrados del Avesta[133]. Sus intentos por adaptarse a la nueva situación resultaron a la postre infructuosos dado que no fue aceptado nunca por los persas, que lo veían como un extraño que solo de forma superficial y circunstancial había tratado de adoptar los elementos básicos de la realeza aqueménida sin terminar de entender del todo su verdadero significado. Fracasó en su intento de conservar intactos los vínculos que unían a la aristocracia persa con el monarca a través del sistema de intercambios de regalos –o dones– y servicios –o prestaciones– que imperaba dentro del imperio; las rebeliones de los sátrapas probaban la falta de afinidad con el nuevo gobernante a pesar de haber conservado sus cargos de manera temporal dentro de la estructura del nuevo imperio. No entendió tampoco Alejandro el verdadero papel de la religión cuando hizo apagar los fuegos sagrados con motivo de la muerte de Hefestión a pesar de que no era el monarca, única circunstancia considerada justificable para proceder a una medida semejante. Por último, desatendió también la importancia ideológica de las grandes capitales persas y su estrecha relación itinerante con

[131] Arr. VII, 6, 2. Sobre los problemas que presenta el pasaje, Badian (1965).

[132] Arr. VI, 30, 2-3. Sobre la persona de Peucestas, Heckel (1992), pp. 263-267.

[133] Alejandro se convirtió en el ejemplo del tirano demoníaco, «aquel maldito Alejandro el griego» como es definido en la literatura zoroástrica, enviado por Ahriman para traer la duda entre los hombres de buena religión, Panaino (2001), p. 80. También sobre este aspecto, Brosius (2002), p. 172 y Shahbazi (2003).

la presencia del monarca en cada una de ellas que reflejaba el orden y la estabilidad dentro del imperio.

La larga experiencia con lo persa que poseía Alejandro, ya iniciada desde la antigua conexión existente entre Macedonia y el imperio –que se remontaba al menos hasta el siglo v a.C.–[134], o su admiración e imitación de la figura de Ciro con su solemne entrada en Babilonia y sus acciones de reconstructor de los templos de la ciudad, su concesión de la libertad a los ariaspas emulando también la conducta de Ciro, o sus expediciones hacia la India o por el desierto de Gedrosia[135], no sirvieron a Alejandro de mucho, a juzgar por los resultados. La fuerte oposición de los persas en el propio corazón del imperio, que condicionó seguramente su airada reacción con Persépolis, o los sucesivos intentos de sublevación conducidos desde allí en su ausencia durante la campaña en la India, revelan las dificultades a las que hubo de hacer frente en este terreno. A pesar de su experiencia y de su buen conocimiento del imperio, Alejandro se situó siempre en una posición intermedia –entre macedonios y persas– cuyo principal objetivo era garantizar su propia posición de dominio personal dentro del imperio surgido de la conquista, y esta actitud ambigua respecto a ambas tradiciones determinó posiblemente su fracaso en las dos direcciones, con el descontento macedonio hacia una conducta que no se entendía desde los paradigmas ancestrales patrios y la oposición frontal de los persas, circunstancialmente enmascarada en la sumisión y la condescendencia pero presta siempre a aprovechar cualquier momento favorable para lanzarse a la sedición[136].

Resulta tremendamente difícil evaluar la actitud generalizada de los persas hacia la figura de Alejandro más allá de los estrechos círculos del poder asociados a las grandes familias aqueménidas o a sus inmediatos parientes y colaboradores. Seguramente lo que incidió de manera más decisiva en su percepción de la conquista fueron las masacres indiscriminadas llevadas a cabo en el curso de algunas campañas y los saqueos como el de Persépolis con el incendio consiguiente de la capital persa que debió quedar bien grabado en la retina y la memoria de todos los iranios. La violenta campaña contra los uxios, culminada solo con la intercesión de la madre de Darío III, el ataque a las Puertas Persas, el mencionado incendio de Persépolis –que suscitó las quejas en este sentido de Parme-

---

[134] Así, Amintas había ofrecido la tierra y el agua a Darío I (Hdt. V, 18, 1) y la infantería macedonia había luchado en el ejército de Jerjes durante la campaña del 480 a.C. (Hdt. VII, 185), y, por su parte, Alejandro I había actuado como mediador entre Mardonio y los atenienses tratando de convencer a estos últimos acerca de la conveniencia de su aceptación (Hdt. VIII, 136). A ello hay que sumar la presencia de Artabazo en la corte macedonia con su hija Barsine, que luego se convertiría en la pareja sentimental de Alejandro.

[135] Alejandro como *philokuros,* Str. XI, 11, 4. Sobre su actitud con los ariaspas, Arr., *Anab.,* III, 27, 4. Sobre su relación con la figura de Ciro, Brosius (2002), 174 ss.

[136] Briant (2010), pp. 101 ss.

nión por considerarlo contrario a sus propios intereses–, la sumisión implacable de paretecos y mardos, la persecución sin tregua de los participantes en la revuelta de Satibarzanes en Aria o las durísimas contiendas libradas en las satrapías superiores y la cadena de represiones llevada a cabo a su regreso de la India, constituyeron los elementos necesarios para configurar una visión negativa y aterradora de un conquistador imparable que no daba tregua a sus enemigos y era capaz de arrasar territorios enteros si se le mostraban hostiles o impedían su avance mediante una férrea resistencia[137].

La actitud mostrada por los griegos instalados en las regiones más remotas del imperio que, según nos cuenta Diodoro, «soportaban penosamente su implantación en país bárbaro» y «echaban de menos la vida cultural y las costumbres de los griegos»[138], tampoco debió colaborar mucho en la construcción de una visión positiva de la conquista por parte de los persas e iranios en general. Inmersos dentro de un ambiente extraño y ajeno debieron mostrar abiertamente su rechazo continuado a permanecer en aquellos lugares que se transformó en rebelión abierta, primero cuando corrió el rumor de que Alejandro había muerto en la campaña contra los malios, y después tras conocerse ya de forma segura la noticia de la muerte del rey[139].

Asia y los seléucidas

Los sucesores de Alejandro que ocuparon los antiguos territorios que conformaban el viejo Imperio aqueménida, los seléucidas, abogaron también por una política de continuidad con las estructuras y procedimientos persas como única manera viable de mantener bajo su dominio un territorio tan extenso y diversificado desde el punto de vista étnico, cultural y lingüístico. De entrada, el propio fundador del imperio, Seleuco, fue el único de los diádocos que conservó su esposa irania, Apama, y dio así origen a una dinastía mixta que podía quizá entender mejor la conveniencia y la oportunidad de conservar en funcionamiento las viejas pero eficaces estructuras del imperio, eligiendo como centro de su poder Babilonia e indicando, de este modo, que se arraigaba dentro de la política oriental tradicional y que estaba dispuesto a dedicar tanta energía a sus posesiones orientales como a las que se hallaban centradas en torno al área mediterránea, donde se encontraban las principales ciudades del imperio[140]. Sin embargo, a pesar de estas evidentes señas de continuidad

---

137 El aspecto más negativo y descarnado de la conquista ha sido enfatizado por Bosworth (1996).

138 D. S. XVII, 99, 6 y XVIII, 7, 1.

139 Sobre los griegos en Asia central en este período, Widemann (2009), pp. 21 ss.

140 Briant (1990) y Sherwin-White y Kuhrt (1993).

con el pasado, los seléucidas tampoco emprendieron nunca una cruzada para la difusión de la cultura griega por todos sus dominios como podría dar a entender su política de fundación de ciudades a lo largo y ancho de todo el territorio de su imperio –destinada sobre todo a consolidar su dominio territorial del mismo modo en que lo habían hecho sus antecesores inmediatos, desde los propios aqueménidas hasta el mismo Alejandro–. La aparición de «focos del helenismo» en diversas regiones del interior del vasto imperio, concretadas en inscripciones, edificaciones o denominaciones onomásticas, no constituyen la prueba de una creciente helenización del mundo iranio, sino el reflejo puntual de la presencia de elementos griegos, la mayoría de las ocasiones ligados estrechamente a las estructuras administrativas del imperio o a unas elites locales que buscaban en la aproximación a los nuevos dominadores una forma cómoda y no traumática de conservar su posición y sus privilegios dentro de la nueva situación política[141].

Ciertamente, los testimonios de que disponemos nos impiden conocer cuál era la actitud del conjunto mayoritario de la población hacia los nuevos dominadores macedonios, desde Alejandro a sus inmediatos sucesores. Uno y otros buscaron intensamente la continuación de la política tradicional aqueménida, basada en conseguir la alianza de las elites locales y el favor y la bendición de las divinidades propias de cada lugar mediante el buen trato dispensado a los templos locales y la labor de reconstrucción llevada a cabo en ellos. El resto de la población asistía, probablemente indiferente, a los sucesivos cambios de dominador, dado que su situación de dependencia apenas experimentó cambios sustanciales en el paso de una situación a la otra. Los procesos de helenización que revela la adopción de nombres griegos o la presencia de objetos griegos afectaron casi en exclusiva a estos medios privilegiados de la población, que eran quienes se hallaban en más estrecho contacto con los nuevos dominadores y aspiraban a encontrar su lugar bajo el sol dentro del nuevo esquema. Esa es la situación que nos encontramos en el Egipto de los Tolomeos, que nos resulta mucho mejor conocida que la del Imperio seléucida a causa del importante testimonio, proporcionado por los papiros, que reflejan una sociedad tremendamente jerarquizada y colonial en la que los contactos e interacciones entre las dos culturas, la griega y la egipcia, se producen en los niveles más altos, quedando el conjunto de la población sometido al abuso habitual de los funcionarios, a las tropelías del ejército a la hora de encontrar alojamiento en las aldeas o condenada a la huida al desierto

[141] Esa es la conclusión a la que llegan Sherwin-White y Kuhrt (1993), pp. 141-187, en su estudio de algunos casos muy representativos como el de Babilonia u otros enclaves más apartados del imperio –como es el caso de Ai Khanoum en el actual Afganistán– o Failaka en el golfo Pérsico.

como última forma de evitar tales atropellos[142]. No sabemos hasta qué punto una situación semejante resulta extrapolable al mundo seléucida, pero es muy probable que *mutatis mutandis* las cosas resultaran en buena medida parecidas, al menos en el campo. La diferencia principal reside quizás en las ciudades, mucho más numerosas en el Imperio seléucida que en Egipto, donde apenas quedaban reducidas a la gran capital alejandrina. La arqueología de los establecimientos seléucidas no parece detectar situaciones de marginación o *apartheid* de la población indígena local respecto a los recién llegados, que convivían más o menos unos al lado de los otros dentro del mismo recinto urbano de nueva creación[143]. Pero aun así no parece, como se ha señalado anteriormente, que la corriente de helenización alcanzara a otros estratos que aquellos que se hallaban implicados directamente en las tareas de gobierno debido a su vinculación más o menos estrecha con los nuevos dominadores y administradores del reino. Las viejas tradiciones continuaron en vigor, y da la impresión que los lugares griegos o helenizados constituyeron, simplemente, una especie de islas dentro de un mundo que continuaba siendo esencialmente mesopotámico.

Griegos y partos

El mundo griego y el iranio se mantuvieron en contacto desde la aparición en el horizonte griego del Imperio aqueménida hasta el Imperio seléucida que ocupó en buena medida, tras la muerte de Alejandro, sus antiguos dominios. Sin embargo, el dominio seléucida de las regiones orientales del imperio que incluían los territorios iranios quedaron fuera de su control directo de forma definitiva en el 129 a.C., cuando los partos irrumpieron con fuerza contra Antíoco VII, monarca que había tratado de recuperar infructuosamente aquellos viejos dominios, ya puestos en jaque por la aparición en escena de los partos más de cien años antes, en el 247 a.C., cuando acabaron con la vida del gobernador seléucida Andrágoras, que había iniciado una rebelión contra el gobierno central. Desde esos momentos los partos, surgidos de las poblaciones nómadas que habitaban al este del Caspio, comenzaron a familiarizarse con las tradiciones y formas de vida griegas. Bajo el reinado de Mitrídates I, que es considerado el auténtico fundador del Imperio parto, los dominios partos se extendieron hasta Mesopotamia, y esta orientación hacia el helenismo quedó bien plasmada en el sobrenombre que se otorgó el propio monarca, «filoheleno», posiblemente reflejando de este modo la necesidad de contar con el apoyo de los griegos que

[142] Sobre la situación de los griegos en Egipto, Orrieux (1983) y Lewis (1986) y en general sobre los documentos, Lenger (1964).

[143] Sherwin-White y Kuhrt (1993), pp. 161 ss.

constituían la casta dominante entonces en esta parte de su nuevo imperio, sobre todo tras su captura de Seleucia del Tigris, que había sido concebida por los seléucidas como la capital de su reino[144]. El griego era, además, la lengua de la administración central seléucida, y los artistas y artesanos griegos dominaban la cultura material de la corte real. No resulta, por tanto, extraña la influencia ejercida por la cultura griega en un naciente Estado parto que utilizaba el griego en las inscripciones de sus monedas y seguía como sistema de datación la era griega de los seléucidas[145]. Sin embargo, a pesar de estas veleidades helenizantes, dictadas quizá por la necesidad de consolidar un imperio incipiente, el reino parto revela una tendencia claramente iranizante, como se desprende del propio nombre del monarca, o de la forma de escritura en cuneiforme que se utilizaba dentro de la administración real[146].

Sin embargo, con los partos irrumpe un nuevo estilo que cambia por completo el panorama anterior. La pervivencia de los antiguos templos de estilo babilonio o el uso del cuneiforme, que se habían mantenido vivos durante el Imperio seléucida, son sustituidos ahora por una tradición completamente nueva que utiliza formas griegas pero con una estética muy diferente en todas las artes, estética que constituye una auténtica mezcla de las dos culturas principales, la griega y la irania. Su enfrentamiento con Roma, que había adoptado el legado helenístico, pudo haber estimulado el inicio del cambio, que se produjo posiblemente ya a finales del siglo I d.C. De manera significativa el rey parto deja ya de ser denominado «filoheleno», se construye una nueva residencia real en Ctesifonte que margina a la griega Seleucia del Tigris y aparecen inscripciones en arameo en las monedas partas[147]. También comienzan a desaparecer lentamente, a mediados del siglo II a.C., los elementos griegos que caracterizaban la vida de reinos vasallos vecinos como Caracene o Elimaide, bien visibles en el caso de la ciudad de Susa, que conservó su administración griega y un carácter griego general durante largo tiempo[148].

Las cosas habían cambiado ciertamente, pero la dicotomía visceral marcada por el atávico enfrentamiento entre Oriente y Occidente revivía impulsada ahora por los romanos, que denominaban a los partos como persas, erigiéndose así aquellos en los nuevos defensores de los viejos valores que habían sido los triunfadores en tiempos ya más bien lejanos. Del mismo modo, asistimos también a una renovación del tema de Alejandro como Dioniso en la poesía de tiempos de Augusto, que hacía referencia al emperador en sus campañas orientales o que trataba de halagarlo

---

[144] Momigliano (1975), pp. 138 ss. Wolski (1993), pp. 79-83.
[145] Grajetzki (2011).
[146] Curtis (2007).
[147] Curtis (2007), p. 16.
[148] Grajetzki (2011), pp. 18 ss.

como si se hubiera convertido, de hecho, en un auténtico conquistador de Oriente[149]. Los contactos, los intercambios, las complicidades, las transformaciones experimentadas por ambos mundos a lo largo de todo este amplio espacio de tiempo quedaban así de nuevo resumidos en el viejo enfrentamiento de Oriente y Occidente que solo contaba una parte de toda una larga historia.

---

[149] Hornblower (2001), p. 55.

VI

LA INVENCIÓN DE ORIENTE

Un estereotipo duradero

La división habitual entre Oriente y Occidente, que ha acabado calando profundamente en nuestra percepción y configuración general de la historia, no constituye ningún hecho natural derivado de la existencia de unas fronteras físicas insalvables –que marquen de manera bien definida cada uno de los espacios respectivos– o de la separación absoluta entre dos formas de vivir diametralmente opuestas a lo largo de la historia que solo entran en contacto a través de la guerra o de la confrontación inevitable de dos ideologías contrapuestas[1]. No existen, efectivamente, esta clase de fronteras geográficas en un mundo en el que el mar, en este caso el Mediterráneo, ha actuado siempre más como espacio de comunicación entre unos territorios y otros que como barrera de separación a través de la existencia de una serie de redes y rutas comerciales por las que ha discurrido, casi de manera constante y desde tiempo inmemorial, un flujo de materias, productos, mercancías, gentes, tecnologías e ideas desde unos lugares a otros[2]. El viejo modelo que propugnaba un espacio mediterráneo dividido en pequeñas células de carácter estático, con rígidas estructuras y poderosas instituciones, ha sido sustituido ahora por otro mucho más dinámico y plural que aparece regido por la movilidad de las personas y la consiguiente interacción entre unas comunidades y otras[3].

---

[1] En este sentido destaca el reciente libro de Padgen (2011), que pone precisamente el acento sobre esta cuestión ya desde el propio título de la obra.

[2] Recientemente han abundado los trabajos que insisten sobre estas interconexiones dentro del ámbito mediterráneo, como Sherratt y Sherratt (1998); Foxhall (2003); Knapp y Blake (2004); Malkin, Constantakopoulou y Panagopoulou (2007); Malkin (2011) y Demand (2011).

[3] Horden y Purcell (2000); Purcell (2003) y Morris (2003).

Asimismo, cada vez parece algo más evidente que hablar de culturas o identidades como si se tratara de espacios cerrados y homogéneos –que entrarían en contacto solo de forma ocasional, a través de fenómenos como la guerra o el comercio, al menos durante el llamado periodo arcaico– resulta tremendamente complicado y hasta anacrónico. El empleo de algunas etiquetas de carácter general como «griegos», «fenicios» u «orientales» –sin mayores especificaciones– puede resultar cómodo desde un punto de vista epistemológico o didáctico, pero constituye también un enfoque de carácter reductor a la hora de intentar entender en profundidad un mundo mucho más complejo que no tenía fronteras definidas y en el que las diferencias étnicas, culturales y lingüísticas no constituían un obstáculo para el intercambio de productos e informaciones, o incluso para la colaboración en actividades de gran calado que podían redundar en el mutuo interés –como la expansión gradual por toda la cuenca mediterránea en busca de materias primas o de nuevos territorios donde instalarse de manera estable o definitiva–[4]. Un ámbito, en consecuencia, que favorecía toda clase de interacciones y potenciaba fenómenos como la imitación, la asimilación, la adaptación o la simple apropiación de productos, técnicas, motivos decorativos, imágenes, relatos, costumbres, creencias o ideas entre unas comunidades y otras[5].

La existencia de dos entidades bien diferenciadas como Oriente y Occidente constituye, por tanto, una simple construcción ideológica que remonta seguramente a los griegos –y quizá de forma particular a los atenienses– como resultado inevitable del enfrentamiento con el Imperio persa en las primeras décadas del siglo v a.C. y toda la secuela de acontecimientos que se derivaron tanto en el terreno político como en el cultural e ideológico[6]. Se generó así una imagen del mundo completamente polarizada que, difundida a través de la retórica y la historiografía griegas, ha pervivido a lo largo de la historia hasta convertirse en el esquema referencial predominante, como un espacio compartido y nítidamente diferenciado en el que, por un lado, los griegos representaban de forma paradigmática la civilización con todas sus cualidades de carácter militar, político y moral, y por otro los bárbaros, identificados ahora sobre todo con los persas, encarnaban el despotismo, el lujo

---

[4] Sobre la indistinción de culturas e identidades en el periodo arcaico, véase Hall (2005). Sobre la colaboración e interrelación de griegos y fenicios, Crielaard (1996) y Niemeyer (2004).

[5] Una discusión luminosa sobre el esquivo concepto de influencia puede encontrarse en Will (1986). Sobre la necesidad de establecer una metodología adecuada para el estudio de estas cuestiones en el terreno de la literatura, Bernabé (1995).

[6] Es precisamente a los griegos a quienes apunta decididamente como primeros responsables directos en la generación del llamado orientalismo Edward Said, en su celebérrimo estudio sobre la cuestión; Said (2002). En este sentido, Hall (1989). Sin embargo, es muy posible que la conciencia de diferenciación con otros pueblos surgiera ya en el periodo arcaico, y sobre todo en Asia Menor, como apunta Tuplin (1999), y que pudo haber dejado ya sus huellas en la *Odisea* homérica; Gómez Espelosín (2004).

desmedido, la corrupción, y la debilidad y la cobardía en el campo de batalla[7].

Esta ideología de carácter exclusivista tuvo también su traducción correspondiente en el terreno geográfico con la definición de dos continentes, Europa y Asia, que pasaron a simbolizar respectivamente toda esta serie de características. Se trazaron así unos límites espaciales que diferenciaran con claridad ambos continentes y se estableció incluso una relación de carácter determinista entre el paisaje, los recursos y el clima que predominaban en cada uno de ellos, y el carácter y las costumbres de sus respectivos habitantes. Europa, que en el inicio tan solo designaba a la Grecia central, tal como aparece por primera vez en el *Himno homérico a Apolo,* se extendió mucho más allá de estos límites para abarcar todas las tierras situadas hacia el norte y el oeste del mundo griego, y comenzó a adquirir unas connotaciones positivas que enmascaraban la presencia, dentro de este ámbito, de otros muchos pueblos bárbaros que los griegos no consideraban precisamente partícipes de la forma de vida civilizada que ellos pretendían representar[8].

Asia, por su parte, un término procedente quizá del mundo hitita y su denominación de una parte de la geografía anatolia[9], se identificaba ahora con un Imperio persa que había unificado políticamente un territorio inmenso del que los griegos comenzaban a percibir la enorme extensión, tal como queda bien reflejado en los versos de Esquilo o en las páginas de Heródoto, e incluía dentro de su espacio lugares habitados por los griegos desde tiempo inmemorial, como las ciudades que jalonaban las costas occidentales de Asia Menor, o un lugar tan emblemático como Troya, que había comenzado a adquirir todas las características que afectaban a esta parte del orbe, desprendiéndose de su inicial anclaje, mucho más cercano y familiar, dentro de la órbita homérica[10]. El mundo griego, disperso y fragmentado en numerosos Estados y enfrentado en interminables querellas mutuas, empezó a adquirir conciencia de su propia identidad a través de esta confrontación con el «otro», que aparecía ahora perfectamente definido e identificado en el Imperio persa, elevado a la condición de enemigo proverbial y hereditario de un helenismo triunfante que aspiraba a reivindicarse continuamente mediante el vivo e interesado recuerdo de esta confrontación fundacional[11]. Esos fueron, al menos, los ideales que enarbolaron sus pretendidos paladines, como los atenienses y espartanos, primero,

---

[7] Diller (1962); Hall (1989) y los trabajos recogidos en Harrison (2002).

[8] *Hym. Hom. Apol.,* 290-291. Sobre la idea de Europa, véanse Ninck (1945); Hartog (1996b) y Sordi (1986) y (2000). En general sobre la construcción ficticia de los continentes, Lewis y Wigen (1997).

[9] Mazzarino (1947), pp. 43 ss.; Georgacas (1969), pp. 22 ss.

[10] Sobre la asianización de Troya, Hall (1989) y Tourraix (2000), pp. 47-73. Sobre los griegos en Asia, Georges (1994).

[11] Hall (2002), pp. 273 ss.; Marincola (2007).

y Alejandro y los macedonios después, haciendo de Asia y de sus habitantes el objetivo principal de colonización y conquista, capaz de redimir por completo los males que afectaban al mundo griego contemporáneo[12].

De la cosmología a la geografía

Los conceptos de Oriente y Occidente tienen su origen en la representación cosmológica del mundo que estructuraba el espacio en función de la salida y la puesta del sol y convertía dichas indicaciones en la referencia fundamental a la hora de situar, siempre de forma vaga necesariamente, un territorio determinado dentro de un mapa imaginario griego que apenas podía contar con otro tipo de anclajes[13]. Esa es fundamentalmente la noción que permite expresar la situación dentro de los poemas homéricos, como refleja la afirmación de la diosa Atenea cuando, en forma de pastor, echa en cara a Odiseo su desconocimiento de Ítaca, una isla bien conocida tanto para «cuantos habitan hacia la aurora y el sol» como para «cuantos están hacia atrás, hacia el crepúsculo sombrío», en una expresión que indica de manera global todo el mundo conocido y habitado[14]. Este continúa siendo el ámbito de orientación fundamental a una instancia mucho más local, como puede apreciarse en la escena de la identificación de Odiseo ante los feacios, cuando sitúa su patria «hacia occidente» en relación con las otras islas, «hacia la aurora y el oriente», que constituyen el espacio geográfico dentro del que se encuentra ubicada[15]. De hecho, la sensación de desorientación que Odiseo y sus compañeros experimentan tras su llegada a la isla de Circe tiene que ver con el desconocimiento de la precisa localización desde allí de estos puntos cardinales básicos[16].

Oriente y Occidente, entendidos respectivamente como la salida y la puesta del sol, sin ninguna clase de anclaje geográfico, constituyen los auténticos puntos axiales de toda la geografía mítica mucho antes de que los avances en los conocimientos geográficos impusieran el deseo de localizar dentro del mapa algunos de estos lugares emblemáticos. Esa era la posición originaria de un lugar como el país de Eetes, donde se hallaba custodiado el famoso vellocino de oro antes de acabar situado en una remota Cólquide que las exploraciones crecientes del mar Negro comenza-

---

[12] Ceaucescu (1991).

[13] Ballabriga (1986).

[14] *Od.* XIII, 240.

[15] *Od.* IX, 25-26.

[16] «Amigos, no sabemos por dónde queda el alba y dónde el ocaso, ni por dónde el sol que a todos alumbra se irá bajo tierra ni por dónde aparecerá. Así que meditemos a toda prisa a ver si aún nos queda algún recurso. Pienso yo que tal vez ninguno.», *Od.* X, 190-193 (traducción de C. García Gual, Alianza). Una sensación similar experimenta al parecer en la isla de Calipso, cuya única referencia para su ubicación es que se hallaba situada «en el ombligo del mar», *Od.* I, 50.

ban a vislumbrar en sus confines más orientales[17]. Así lo atestigua la estrecha relación de la familia real con el sol, del que Eetes era hijo, o con las hijas de una fuerza singular como el río primordial, Océano, que rodeaba la tierra por todas partes en la cosmología más arcaica. El nombre original del país, Eea, coincide sospechosa y significativamente con el de la isla de Circe –hermana de Eetes y, por tanto, también hija del sol–, que aparece ubicada en el extremo más oriental del mundo a juzgar por las breves indicaciones que nos ofrece Odiseo acerca de su ubicación: «donde están la mansión y los espacios de danza de la Aurora matutina y las salidas del sol»[18].

Esa misma condición liminal, pero en el punto opuesto, es la que poseen otras tierras de esta naturaleza, como la célebre isla Eritía, cuyo mismo nombre, «la rojiza, la del color del sol al atardecer», indica cuál era el lugar extremo del mundo donde se hallaba. Al igual que sucedía con la Eea del vellocino, que fue el objetivo de los Argonautas, Eritía albergaba los hermosos ganados de Gerión y se convirtió, de esta forma, en el destino de uno de los doce trabajos de Heracles. También, en la misma medida, fue adquiriendo con el paso del tiempo ciertas connotaciones de carácter geográfico al aparecer asociado su nombre a los puntos más conocidos del extremo occidente, como eran Tartesos o las columnas de Heracles, lugares por los que habría pasado necesariamente el héroe en su viaje hasta la isla[19]. También hacia el extremo occidente parece que hay que situar la morada de las Gorgonas, otra isla del Océano llamada Sarpedonia que, según el testimonio de Hesíodo, se hallaba «al otro lado del ilustre Océano en el confín del mundo hacia la noche, donde las Hespérides de aguda voz»[20]. Al igual que las anteriores, la isla se convirtió en el destino final del fabuloso viaje del héroe Perseo que, de la misma forma que Heracles u Odiseo, tuvo que utilizar medios extraordinarios para alcanzar el lugar, dado que se trataba siempre de tierras situadas más allá del alcance de los seres humanos, en un espacio de carácter cosmológico y primordial en el que tan solo la orientación este/oeste, vinculada de forma clara y directa a la salida y puesta del sol, con todas sus consecuencias y condicionantes, constituía el único punto de referencia. La inevitable tendencia a la localización geográfica del lugar dentro de la tradición griega se aprecia en su asociación posterior con las regiones más occidentales de África, tal como

---

17 Vian (1974), pp. XXVI-XXXIX.

18 *Od.* XII, 2-3 (traducción de C. García Gual, Alianza).

19 Así, aparece ya asociada a Tartesos en el poema de Estesícoro, que constituye la mención más antigua de este territorio del extremo occidente peninsular; Stesich. Fr. 9 = PMG 184. Más tarde fue asociada estrechamente con la ciudad fenicia de Gades, como aparece en Heródoto (IV, 8) y Ferécides (FGrHist 3 F 18 [b]).

20 Hes., *Theog.,* 274-275 (traducción de A. Pérez Jiménez, Gredos). Curiosamente, en Esquilo se asocia la morada de las Gorgonas a la llanura de Cistene, situada precisamente en el otro extremo del mundo, hacia oriente; A., *Prometeo,* 793.

figuran en autores helenísticos como Dionisio Escitobraquión o en el famoso Periplo de Hanón[21].

Oriente y Occidente se erigieron así en el eje de referencia fundamental dentro de la cosmología griega arcaica, en la que el primero aparecía definido como el país de la Aurora y el sol, por tanto de la luz y de la fertilidad extrema y opulenta, y el segundo, en cambio, aparecía asociado a las tinieblas y la oscuridad, y en consecuencia a la muerte[22]. Esta es la visión unidireccional que caracteriza la imagen del mundo en los poemas homéricos –como ya había apreciado Völcker en 1830– como primer y único heredero conocido de toda una tradición literaria a la que se había trasvasado el imaginario mítico, más arcaico, en el que esta clase de elementos de carácter cosmológico primaban de forma clara sobre las indicaciones geográficas, a veces tan solo tímidamente apuntadas, dentro de un mundo en el que la irrupción de los conocimientos geográficos iba ampliando un horizonte mucho más limitado, de carácter local, condicionado por completo por las salidas y puestas de sol, comprobables a diario y de manera estacional, que permitían extender la mirada de manera vaga, imprecisa y ciertamente misteriosa en aquellas direcciones axiológicas. La progresiva irrupción de la geografía dentro de este horizonte fundamental se aprecia también levemente dentro de este mismo escenario, y la extrema vaguedad de unos puntos cardinales definitorios irá siendo sustituida por la mención y denominación de unos horizontes mejor definidos y delimitados, aun permaneciendo todavía dentro de un marco titubeante e impreciso en el que resultaba tremendamente difícil ubicar con seguridad un territorio lejano determinado.

Asia en el horizonte

La configuración de Asia como el espacio oriental por antonomasia dentro de la imaginación griega debió iniciarse desde época muy temprana, si bien la aplicación del término para calificar toda la extensión geográfica de las tierras hacia oriente tiene lugar seguramente a lo largo del periodo arcaico. De hecho, el nombre de Asia como tal no aparece en los poemas homéricos, con la significativa excepción del adjetivo «asiático» *(asíos),* que se aplica a la pradera situada junto al cauce del río Caístro, en Asia Menor, dentro del famoso pasaje del libro segundo en el que se ilustra mediante imágenes cotidianas el imponente avance de las tropas aqueas hacia Troya[23]. La asociación del nombre con esta región se detecta también en algunos de

---

[21] Al respecto, Gómez Espelosín (2010a), pp. 31-33.

[22] Arrighetti (1966).

[23] *Il.,* II, 461. La mención se ha señalado como uno de los posibles indicios que nos permitirían localizar la patria del poeta en esta zona de Asia Menor, con la que parece tener una cierta familiaridad; Kirk (1985), p. 164.

los fragmentos de los poetas líricos griegos, como es el caso de Arquíloco, que alude a un personaje como «dueño de Asia, criadora de rebaños», en lo que podría interpretarse como una referencia al monarca lidio Giges, mencionado en otros de sus poemas[24]; de Mimnermo, quien alude a la «bella Asia» en su poema sobre Esmirna al recordar la emigración hasta allí desde la mesenia Pilos[25]; o de Safo, que menciona «el resto de Asia» dentro de un pasaje, extremadamente complicado desde el punto de vista textual, cuyo contexto narrativo parece remitir a la llegada de Héctor y Andrómaca a Troya[26]. El posible origen hitita del término en cuestión, *Asuwa,* utilizado para describir una región occidental de Anatolia, y estas aplicaciones de los poetas líricos griegos de la época arcaica parecen avalar la idea de que, en el inicio, dicha denominación se aplicaba al territorio de Lidia, una impresión que quedaría confirmada por la noticia de Heródoto acerca de la reivindicación del nombre por parte de los lidios, que lo atribuían a Asies, hijo de Cotis y nieto de Manes, uno de sus míticos reyes, y la justificación de dicha pretensión mediante la existencia, en la ciudad de Sardes, de una tribu que llevaba dicho nombre, *Asíade*[27].

La expansión lidia hacia oriente, que la llevó a establecer relaciones con los babilonios y a enfrentarse con los medos primero y con los persas después, hizo a los griegos tomar conciencia de la magnitud de un continente cuyas dimensiones iban mucho más allá de los dominios lidios. Sin embargo, la conquista persa de todos estos territorios fue la circunstancia decisiva que condujo a la identificación progresiva de un nombre que tenía tan solo connotaciones de carácter regional con una escala más continental, estableciendo así la ecuación casi definitiva entre el nombre de Asia y la extensión de los dominios imperiales persas bajo los aqueménidas. Ese es ya el horizonte que se contempla en Esquilo, tal como podemos apreciar en *Los Persas,* donde dicho término equivale casi siempre a las tierras del imperio[28]; en Píndaro, cuando alude a la «espaciosa Asia»[29], y sin duda alguna en Heródoto, que no solo hace pivotar su descripción del orbe en función de la expansión imperial persa o declara expresamente en ocasiones esta equivalencia, sino que resalta incluso las consecuencias nefastas de los intentos sucesivos de romper estas aparentes fronteras mediante las acciones de conquista de otros territorios externos a ellas,

---

[24] Archil., Fr. 227; acerca de su correcta interpretación, Dyer (1965).

[25] Mimn., Fr. 9 = Str. XIV, 1, 4.

[26] Sapph., fr. 44 Page.

[27] Hdt. IV, 45. Sobre el nombre y su historia, véase Mazzarino (1989), pp. 47 ss.

[28] Así, en *Per.* 12 («toda la fuerza nacida en Asia»); 56 («de toda Asia siguen tribus…»); 61 («la tierra entera de Asia»); 74 («el audaz líder de la populosa Asia»); 249 («oh ciudadelas de toda Asia»); 548-549 («toda la tierra de Asia está gimiendo»); 584 («los habitantes de Asia»); 718 («el audaz Jerjes ha vaciado todo el continente»); 763 («que un solo hombre dominara sobre toda Asia criadora de rebaños»); 929 («la tierra de Asia, oh rey del país»).

[29] *Ol.* VII, 19.

como Ciro en el caso de los masagetas, Darío con los escitas o el propio Jerjes con Grecia[30]. Esa misma identificación de Asia con los dominios persas continuó también después, como puede apreciarse en alguno de los discursos de Isócrates o en diferentes pasajes de Jenofonte[31].

La idea de Asia como dominio proverbial de los persas era algo específicamente griego ya que dicho título, «rey de Asia», no figura como tal dentro de la extensa y variada titulatura real aqueménida que enfatiza, eso sí, su dominio sobre todas las esquinas del mundo en una clara aspiración al imperio universal dentro de una tradición típicamente mesopotámica[32]. Esa perspectiva griega queda bien reflejada en las propias aspiraciones de Alejandro, quien reclama ya dicho título una vez puestos los pies en la Tróade con su sacrificio propiciatorio a Protesilao, por haber sido el primero que había desembarcado en Asia durante la expedición griega contra Troya; lo resalta más adelante en una de las cartas enviadas a Darío III tras la batalla de Iso, y lo proclama de forma elocuente tras su victoria decisiva en Gaugamela[33]. Con independencia del significado que decidamos otorgar a dicha titulatura y de qué intenciones tuviera Alejandro al adoptarlo[34], lo cierto es que el monarca macedonio fue progresivamente tomando conciencia de la enorme inmensidad de Asia según avanzaba hacia su interior y se alejaba de sus expectativas la posibilidad de encontrar el mar exterior que delimitaba aquellos dominios orientales. Su estancia en la India y sus informaciones, más o menos precisas, acerca de la existencia de otros muchos reinos y tierras más allá del último límite hasta el que sus tropas decidieron avanzar, debió resultar ciertamente determinante en este terreno[35]. No sorprenden, por tanto, sus manifestaciones

---

30 Al respecto, Romm (1998), pp. 79 ss. Sobre la pretensión persa de ejercer su dominio sobre Asia, Hdt. I, 4; I, 130; I, 192; V, 49; IX, 116.

31 Isocr., *Evag.* 65 y 68; *Paneg.,* 178 y 179; *Phil.,* 66; Xen., *Mem.* III, 5, 11 y ese puede ser igualmente el significado que aparece en los diferentes pasajes de la *Ciropedia,* como IV, 2, 2; 3, 2; 5, 16; 6, 11; V, 1, 7; VI, 1, 27; VII, 2, 11; VIII, 1, 6; 5, 23 y 7, 7.

32 La única excepción sería la expresión que figuraba en la inscripción sobre su tumba, pero es muy posible que no existiera como tal o que fuera simplemente de época posterior ya bajo la influencia de Alejandro; véase Heinrichs (1987).

33 D. S. XVII, 17 (Cruce del Helesponto); Arr., *Anab.,* I, 16, 7 y Plu., *Alex.* 16, 18 (envío de la inscripción votiva tras la batalla de Gránico); Arr., *Anab.,* III, 9, 6 (la batalla de Gaugamela decidirá el dominio de Asia); IV, 15, 6 (declaración a Farasmanes de llegar a la India y hacerse dueño de Asia); V, 26, 2 (Asia bajo su dominio, quizá todavía en perspectiva aqueménida por la identificación de los macedonios con los nuevos sátrapas); VII, 15, 4 y VIII, 35, 8 pueden ser interpretados también en esa misma perspectiva, ya que habla de conquista efectiva realizada y no de proyectos o empresas inconclusas.

34 En este sentido, Fredricksmeyer (2000).

35 Arr. *Anab.,* V, 25. La impresión de haber superado claramente los límites de los dominios imperiales persas se ve reflejada en el discurso de Alejandro a sus tropas en el motín del Hífasis; Arr., *Anab.,* V, 25, 4. A diferencia de sus observaciones optimistas y tendentes, sin duda, a la persuasión de sus hombres sobre la distancia corta que separaba el Hífasis del Ganges y del mar exterior, parecen mucho más realistas y extraídas de una información más veraz sus afirmaciones algo más adelante, cuando dice que, en caso de optar por el regreso, «serán muchos los pueblos aguerri-

a su regreso de la campaña india en Mesopotamia, cuando señala que los monarcas persas habían detentado el dominio tan solo de una parte muy pequeña de Asia y, por ello, no podían haberse denominado en justicia Grandes Reyes[36]. Asia comenzaba ahora a mostrar unos perfiles geográficos más claramente definidos, especialmente por lo que a su inmensa extensión hacia oriente se refiere, y empezaba a quedar claro que toda ella no había sido conquistada por los persas, ni habían coincido sus dominios imperiales con todo este amplio territorio continental. Alejandro es considerado como el auténtico descubridor de Asia en toda su envergadura y es, por ello, perfectamente lógico que tras la conquista comenzara a deshacerse la vieja ecuación que había hecho, del continente asiático, el dominio proverbial de los aqueménidas santificado por los dioses[37].

La creación de una frontera imaginaria

La existencia de dos continentes distintos, Europa y Asia, como partes fundamentales que estructuraban el mundo habitado, remonta al menos a la vieja geografía jonia, tal como podemos deducir de los comentarios y acotaciones de Heródoto a esta singular división del orbe[38]. El propio historiador jonio parece reconocer la existencia de estas dos entidades a pesar de las críticas y matizaciones que ofrece al respecto y, de hecho, toda su obra aparece estructurada desde el principio como la historia del enfrentamiento de estos dos continentes. Según afirma Heródoto en el inicio de su obra, remitiendo tal información a los persas más versados en los relatos del pasado, las acciones hostiles entre unos y otros se iniciaron ya en tiempos remotos con el rapto de la argiva Io por parte de los fenicios, y prosiguió después, ya en una ininterrumpida cadena, con los de la princesa fenicia Europa por parte de los cretenses, el de Medea por parte de los expedicionarios de la nave Argo, y finalmente el de Helena por parte del troyano Paris, rapto que desencadenó la famosa guerra y, con ello, la primera irrupción violenta de los griegos en tierras de Asia antes de que los asiáticos lo hicieran en Europa[39].

Europa y Asia, especialmente la segunda, adquieren así ya en esta visión de las cosas –que Heródoto remite hábilmente hacia los persas y que quizá no es estrictamente necesario suponer que se trate de una mera invención–[40], una entidad precisa capaz de abarcar en su interior a poblacio-

---

dos que quedarán entre el Hífasis y el mar oriental y también muy numerosos los que habitan desde el mar oriental hasta el Hircanio.» Arr., *Anab.,* V, 26, 3 (traducción de A. Guzmán, Gredos).

36 Arr., *Anab.,* VII, 1, 3.

37 Ferrary (1998).

38 Hdt. IV, 36. Sobre la cuestión, Jacob (1991), pp. 51 ss., y Thomas (2000), pp. 75-101.

39 Hdt. I, 1-4.

40 Prontera (2011).

nes tan distintas como los fenicios, los colcos o los troyanos, que luego se definirá sobre todo por el dominio de los persas sobre todos estos pueblos y territorios. Por lo que respecta a Europa, los protagonistas son siempre los griegos, bien cretenses, tesalios o aqueos, sin que el resto de pueblos continentales que habitaban dichos territorios tuvieran ningún tipo de responsabilidad en dichos actos. Se define así una Europa prevalentemente griega que solo adquirirá una dimensión continental, a pesar de hallarse desprovista de marcadores espaciales significativos tanto en el terreno puramente geográfico –ya que se desconocen sus límites por el norte y el oeste–, como en el etnográfico[41], en función de su creciente oposición frente a Asia en el terreno ideológico e imaginario. Enfrente se articula un Asia mucho más estructurada desde un punto de vista geográfico, con evidentes marcadores espaciales y etnográficos –a pesar de todas sus lagunas e incongruencias–, que aparece conectada entre sí a través de su función como territorio del dominio aqueménida. Ambos continentes presentan, sin embargo, la misma clara vocación geopolítica, una como la tierra de los griegos y la otra como la patria fundamental de los bárbaros, que establecerá la dicotomía eterna e irredimible entre ambos.

La división del mundo entre dos continentes, Europa y Asia, suponía necesariamente el establecimiento de sus confines respectivos y la identificación precisa de sus fronteras. La forma más habitual de estructurar los espacios interiores era a través de los ríos que actuaban como ejes articuladores fundamentales y, por ello, fueron dos los candidatos propuestos para distinguir los respectivos territorios. Algunos se inclinaban por el Fasis, un río que fluía en dirección occidental hasta desembocar en la parte más oriental del mar Negro; otros, en cambio, abogaban por el Tánais, que fluía en dirección sur para terminar desembocando en la denominada laguna Meótide (el actual mar de Azov)[42]. La elección de una u otra frontera tenía importantes implicaciones a la hora de decidir la situación de Asia con respecto a Europa, al sur o al este, dado el curso diferente de los dos ríos y sus respectivos tamaños, ya que la elección de una frontera horizontal, el Fasis, implicaba necesariamente que la extensión de Europa era mucho mayor que la de Asia, llegando incluso a doblarla si se reconocía la existencia de un tercer continente, Libia, en lugar de considerarlo simplemente como una parte más de Asia. La disputa acerca de los límites se desplazaba así hacia las regiones más septentrionales y orientales del orbe, en los confines del mar Negro y, curiosamente, hacia dos regiones en las que la presencia griega parece detectarse desde muy

---

41 Recuérdese en este sentido la célebre contribución de Giuseppe Nenci acerca de los bárbaros en occidente y su significativa expresión al respecto, *Barbari senza etnografía;* Nenci (1990).

42 Hdt. IV, 45, 2. Sobre la división continental y sus variantes, Thomas (2000), 75 ss. y Romm (2010).

temprano en la época arcaica. La denominada colonización del mar Negro corrió fundamentalmente a manos de los milesios, y quizá no es pura casualidad que fuera en los medios intelectuales de dicha ciudad donde surgieran por primera vez esta clase de debates y disquisiciones[43].

Nuestro desconocimiento proverbial de Hecateo, y la incertidumbre existente acerca de en qué medida la tradicional división de su obra sobre la descripción del orbe en dos libros, Europa y Asia, refleja ciertamente su propia concepción de la estructura del mundo[44], nos conduce irremediablemente hacia nuestro testimonio más firme y más seguro en toda esta cuestión, la *Historia* de Heródoto, en la que aparece claramente reflejado el desconcierto existente al respecto en tiempos del historiador y la dificultad, o la imposibilidad, de determinar con precisión quiénes fueron sus artífices y las razones precisas que condujeron a dichas conclusiones[45]. Heródoto asume, en efecto, el carácter arbitrario y absurdo de tales distinciones en un espacio que, geográficamente, es uno, y resalta la extrañeza que le produce el hecho de haber asignado, a cada uno de los continentes, un nombre de mujer cuyas motivaciones afirma desconocer por completo[46]. Sin más complicaciones, el historiador parece aceptar la división tradicional entre Europa y Asia, pero traslada significativamente su auténtica línea divisoria al Helesponto, que se convierte en el lugar emblemático que articula verdaderamente el salto de un continente al otro, tal como se aprecia en el episodio de la invasión de Jerjes, o en el significativo final de todo su relato con la crucifixión del persa Artaictes en ese mismo lugar[47]. Asia se convierte así en la «tierra del rey», en el dominio asignado por la divinidad al Imperio persa tras su conquista de los medos que, dentro de la dinámica histórica griega, habían sido los anteriores dominadores de todo este espacio. Sin embargo, dichas asignaciones tenían unos límites difíciles de traspasar y cuya transgresión deliberada comportaba la ruptura de un delicado equilibrio con sus terribles consecuencias, tal como podemos apreciar a través del destino sufrido sucesivamente por Ciro, Darío y Jerjes. Asia comenzaba así al otro lado del Helesponto, tal como implicaba la condición asiática plenamente asumida ya de los troyanos. Tanto la propia guerra de Troya como la aventura de Jasón y los argonautas eran concebidas ahora como un ataque en toda regla, por parte de los griegos, hacia un territorio que era ya considerado inequívocamente asiático. Dos dominios, por tanto, perfectamente establecidos uno aparte del otro por la divinidad, en una estructura geopolítica que los hombres no podían aspirar a transgredir sin exponerse a las consecuencias terribles que un acto de naturaleza sacrílega como este podía comportar[48].

---

[43] Greaves (2002), pp. 104 ss.

[44] Nicolai (1997); Prontera (2001).

[45] El debate aparece bien reflejado en Hdt. IV, 36-45. Al respecto, Thomas (2000), pp. 75 ss.

[46] Hdt. IV, 45, 2 ss.

[47] Boedeker (1988); Romm (1998), pp. 77 ss.

[48] Bichler (2007).

Esta división geopolítica sancionada por la divinidad comportaba, sin embargo, algunos problemas como la existencia de ciudades griegas dentro del ámbito propiamente asiático, que era preciso justificar de alguna manera si se quería formar parte del conjunto helénico *(to hellenikón)* que comenzaba ya a definirse esencialmente a través de la oposición griegos/bárbaros, territorializada en la existencia antagónica de los dos continentes[49]. Los griegos establecidos en Asia Menor experimentaron siempre una cierta sensación de extrañeza con su entorno o, al menos, esa es la impresión que desearon trasmitir algunos medios intelectuales en unos momentos en los que se debatía abiertamente la división estructural del mundo en dos continentes. Los testimonios acerca de la clara conciencia de un entorno diferente aparece ya en el célebre catálogo troyano, que hace la función de *«pendant»* al famosísimo catálogo de las naves aqueo. Los aliados de los troyanos constituyen un conjunto especialmente heterogéneo y extraño, compuesto sobre todo por pueblos tracios y anatolios, a pesar de que en la épica homérica los troyanos comparten con los aqueos un cierto estatus de relativa familiaridad que se extiende incluso al ámbito lingüístico y religioso, y no aparecen en modo alguno como la representación paradigmática del «otro» o como simples asiáticos, con todas las connotaciones que dicha condición implicará ya en pleno siglo v a.C.[50]. La presencia entre los aliados troyanos de pueblos como los paflagonios, los halízones, los misios, los frigios, los meonios, los carios y los licios constituye, efectivamente, toda una radiografía etnográfica, quizás un tanto errática y condicionada por el tono arcaizante que le supone Kirk, de las regiones occidentales de Asia Menor que configuraban el entorno habitual y referencial de los griegos dentro de este espacio, desde el norte hasta el sur. Curiosamente, la única aparición en toda la poesía homérica del término «bárbaro», aplicada a la forma de hablar de los carios, tiene lugar en este pasaje, y seguramente no es casualidad que los carios constituyeran el contexto indígena fundamental de una ciudad como Mileto y que, en muchos momentos, formaran con los propios jonios un colectivo de mercenarios no siempre fácil de discriminar. Da la impresión así que podría haber existido, por parte jonia, un cierto deseo de distanciarse de dicho contexto atribuyendo todo este espacio pregriego, habitado por gentes que no hablaban griego, al campo aliado de los troyanos, que eran, en este caso, el enemigo principal que batir[51].

La situación de los griegos de Asia Menor, a medio camino entre dos mundos, emerge ahora cada vez con mayor claridad a través de los testi-

---

[49] Hartog (1996a), pp. 92 ss.

[50] *Il.,* II, 816-877. Al respecto, Kirk (1985), pp. 248-263. También Tourraix (2000), pp. 28 ss.

[51] Resulta así extremadamente curioso que esta mención se haga explícitamente de un colectivo como los carios, que apenas tienen protagonismo en el poema, frente a unos licios que constituyen uno de los contingentes principales de la alianza troyana y que, curiosamente, asumen un escaso protagonismo en el catálogo, circunstancia señalada ya con sorpresa por Kirk (1985), p. 262.

monios arqueológicos, como sucede en el caso de Lesbos, donde se detecta un alto grado de continuidad, desde el final de la Edad del Bronce hasta el periodo arcaico, que revela la existencia de una sociedad cuyas conexiones culturales con el mundo anatolio y oriental eran mucho más fuertes que las que existían con el mundo griego continental y el de las islas egeas[52]. Una continuidad que se detecta también en el terreno literario a pesar del estado lamentable que presenta la poesía lírica de este periodo, tal como parece percibirse a través del estudio detallado de alguno de los fragmentos del poeta Alceo[53]. También en la poesía de Safo se aprecia una estrecha relación con el contexto lidio, que aparece casi siempre como el horizonte referencial de algunas comparaciones o como el destino habitual de las muchachas salidas de su círculo, que han ido a parar a Sardes. Sin embargo, podría apreciarse también un cierto sentido de la distancia entre Safo y ese mundo, que aparece siempre lejano al sentimiento de la poetisa y separado de ella por «un vasto mar»[54].

Este intento de distanciamiento con el entorno indígena anatolio se detecta también en Heródoto cuando critica abiertamente el exclusivismo jonio de las doce ciudades, que pretendía, entre otros objetivos, hacer también tabla rasa de un pasado mucho más oscuro en el que la mezcla de poblaciones parece haber constituido la circunstancia predominante[55]. Ese es el contexto al que alude el mismo Heródoto cuando refiere la costumbre imperante en Mileto sobre la actitud de las mujeres, originariamente indígenas, que no comían nunca con sus maridos ni les llamaban por su nombre, en recuerdo del asesinato de sus padres y esposos que los griegos habían llevado a cabo en los primeros tiempos de la colonización de la zona[56]. La existencia de leyendas de fundación que remitían el origen de los colonos a ciudades como Atenas podría también inscribirse dentro de esta dirección, sin que ello comporte la negación de su función dentro de los planes de justificación de la hegemonía ateniense sobre la zona en tiempos posteriores[57], especialmente si tenemos en cuenta la estrecha relación que los milesios mantuvieron en todo momento con el reino lidio, y después con los persas hasta el momento de la rebelión jonia.

---

52 Spencer (1995); Rose (2008) y Parker (2008), según el cual esta corriente afectaría también a toda la zona de habla eolia del Egeo nororiental.

53 Dale (2011).

54 Así podría desprenderse del encomio que hace del amor hacia su hija, que no cambiaría por toda Lidia (fr. 152 D); de la comparación entre el amable paso de su antigua compañera Anactoria y el desfile de carros de guerra de los lidios (fr. 27 D), o de la sensación de extrema lejanía que la separa de su antigua compañera, ahora en Sardes, a través del mar (fr. 98 D). Sobre la relación de Safo con el mundo anatolio incluso en el terreno lingüístico, Watkins (2007).

55 Hdt. I, 146. Sobre otros objetivos, Asheri (1988), p. 350.

56 Hdt. I, 146, 3.

57 Greaves (2002), pp. 77 ss. Sobre el carácter posterior de las leyendas de fundación jonias, reelaboradas o inventadas de acuerdo con las convenciones de los géneros literarios atenienses del siglo v a.C., Greaves (2010), pp. 222 ss.

Por último, dentro de esta dirección habría que incluir también el esquema explicativo que aparece trazado en el célebre tratado hipocrático, *Aires, aguas y lugares,* según el cual Europa y Asia constituyen dos categorías completamente diferentes, dos entidades separadas y perfectamente separables, cuyos elementos diferenciales proceden de las condiciones ambientales, del clima, de las aguas, de los vientos, y de las costumbres que, inevitablemente, generan en sus respectivos habitantes[58]. Curiosamente, los únicos griegos que aparecen mencionados en el tratado son precisamente los griegos de Asia Menor, y lo hacen como auténtica excepción a la regla enunciada, ya que habitaban en unas condiciones climáticas especiales que favorecían la emergencia de un carácter diferente al que se presuponía por norma en los habitantes de Asia[59]. La perspectiva imperante en el tratado es claramente la de los griegos de Asia Menor, que parecen empeñados en destacar, por encima de todo, su carácter excepcional dentro de un medio, el asiático, que parecía condenarles de entrada a la marginación dentro del mundo griego y a la pura y simple barbarie[60].

Historias griegas de Oriente

Fueron precisamente los medios intelectuales griegos de Asia Menor los que manifestaron, por primera vez, un cierto interés por las tierras y pueblos que se extendían más allá de sus horizontes geográficos. Un interés que fue estimulado de forma decisiva por la aparición de los persas y su conquista de todo el continente asiático. Es probable que las actividades colonizadoras milesias en el mar Negro y los contactos tempranos con Egipto –que derivarían en la fundación de Náucratis– hubieran ya propiciado el interés griego por estas tierras lejanas que constituían una especie de antítesis, en casi todos los terrenos, desde el entorno ambiental y geográfico, al de sus costumbres y formas de vida, con el mundo que ellos conocían, tal como ha quedado reflejado tanto en las Historias de Heródoto como en el tratado hipocrático *Aires, aguas y lugares,* en los que las tierras de Escitia, al norte del mar Negro, y Egipto adquieren un protagonismo desmesurado en comparación con el resto de los territorios. De hecho, fue precisamente en Asia Menor donde surgió este tipo de literatura, a pesar de que en el mundo griego continental se tenían ya noticias del Mediterráneo occidental desde casi los inicios del periodo arcaico.

---

[58] Sobre el famoso tratado, Staszak (1995), pp. 125 ss.

[59] *Aires,* 16, 5. Este esquema circulaba ya en los medios jonios a partir de lo que se desprende del famoso pasaje de Hdt. I, 142, 1-2, en el que destaca también la condición ideal de Jonia en este terreno, a pesar de las más bien pocas simpatías que el historiador muestra hacia ellos.

[60] Sobre la perspectiva griega de Asia Menor en el tratado, Backhaus (1976), pp. 172-173, y Thomas (2000), p. 94.

Hecateo fue, al parecer, el primero que intentó ordenar los conocimientos disponibles acerca del mundo, y en particular los referidos al mundo oriental, a un Asia en poder de los persas, cuyos dominios conocía a la perfección según el célebre testimonio de Heródoto, y que, fundado en este conocimiento, habría instado de esta forma a sus compatriotas jonios para que renunciaran a emprender una descabellada guerra contra los persas[61]. El estrecho contacto con los lidios que había precedido a la dominación persa no parece que estimulara la emergencia de una literatura de esta clase, a pesar de que en el ámbito griego debieron difundirse algunas tradiciones, fundamentalmente de carácter oral, acerca de algunos de sus reyes como Giges y, especialmente, el célebre Creso a partir de sus extraordinarias ofrendas realizadas en el santuario de Delfos[62]. Es igualmente probable que las historias referidas por los mercenarios que lucharon en Oriente al servicio de los monarcas orientales, asirios, babilonios o egipcios, dejaran también su poso dentro de esta tradición en la que el mundo oriental aparecía caracterizado fundamentalmente por la extraordinaria riqueza de sus monarcas y la grandeza y el esplendor de sus capitales. Sin embargo, Hecateo no escribió ninguna historia acerca del mundo oriental y se limitó más bien, al parecer, a utilizar sus conocimientos prácticos sobre todo este ámbito geográfico para enmendar las tradiciones existentes acerca del pasado, tal como puede deducirse de la escasa evidencia que poseemos acerca de sus obras[63].

Hubo, sin embargo, otros autores que debieron escribir obras en las que quedaban reflejados algunos de los conocimientos acerca de la historia de los grandes imperios orientales, al menos en sus líneas más generales y con especial atención en la figura destacada de algunos de sus monarcas, cuya memoria distorsionada había conseguido traspasar hasta el mundo griego. Tan solo conocemos algunos nombres, como los de Dionisio de Mileto, Caronte de Lámpsaco y Helánico de Lesbos, pero es probable que hubiera otros cuya memoria no ha conseguido sobrevivir ni siquiera a través de los escuetos y escasos fragmentos que nos permiten vislumbrar, no siempre con acierto, las obras de los tres autores mencionados[64]. Existen importantes dudas acerca de su precisa cronología y de su relación con la obra de Heródoto, pero parece claro que todos ellos pertenecen al ámbito oriental del mundo griego y que debieron de componer sus obras en tiempos de Darío I y Jerjes, por lo que se hallaban ya bien familiarizados con el imponente desarrollo que el Imperio persa había alcanzado bajo el gobierno de este monarca. Fuera como fuese su obra –una cuestión que resulta prácticamente imposible de solventar–, lo cierto es

[61] Hdt. V, 36, 2: «enumerando todos los pueblos sobre los que imperaba Darío y el poderío de que disponía» (traducción de C. Schrader, Gredos).

[62] Drews (1973), pp. 5 ss. De hecho, la primera noticia acerca de la existencia de unos *Lidiaka* la tenemos solo con Janto, ya en pleno siglo v a.C.

[63] Drews (1973), p. 14.

[64] Sobre las dificultades a la hora de evaluar a estos autores, Lenfant (2009), pp. 5 ss.

que el conocimiento y la familiaridad con la historia persa que demuestran tanto Esquilo como, posteriormente, el propio Heródoto, ha podido tener al menos parte de sus fundamentos en obras de esta clase, a pesar de las dificultades de carácter cronológico que hacen improbable que cualquiera de los tres autores mencionados, incluido el misterioso Dionisio, sean anteriores al dramaturgo ateniense. El protagonismo destacado que tuvo la ciudad de Mileto en todos los acontecimientos relacionados con el imperio, desde la conquista persa de Asia Menor hasta la revuelta jonia, que queda bien reflejado en la obra de Frínico *La caída de Mileto,* y el hecho de que el primero de los autores conocidos proceda de dicha ciudad, podrían hacernos suponer la existencia en la misma si no de obras ya plenamente redactadas de ese género que luego serían los *Persika,* sí de tradiciones orales y abundantes noticias de todo tipo acerca de la génesis y desarrollo del Imperio aqueménida.

Nada sabemos con precisión acerca de Dionisio, quien al parecer compuso dos obras diferentes sobre el Imperio persa, unos *Persika* y unos *Acontecimientos posteriores a Darío (Ta meta Dareion)* que parecen reflejar claramente la cesura representada en la historia del imperio por la figura clave de Darío I, una circunstancia que se puede apreciar también en la tragedia de Esquilo, *Los Persas.* Aunque la aparición de la obra de Dionisio, y seguramente todo el género de los *Persika* en sí, estuviera condicionada por las guerras con los persas, que se presentan como el auténtico catalizador de este tipo de literatura, es muy posible que en ella se recogieran tradiciones anteriores relacionadas con el mundo oriental –como el préstamo del alfabeto por parte de los fenicios– que ahora se percibía completamente unificado bajo el dominio político de los aqueménidas[65].

Tampoco sabemos demasiado acerca de la obra de Caronte, cuyos escuetos fragmentos revelan que trataba fundamentalmente de las relaciones entre griegos y persas, una cuestión que podía ser abordada a la perfección desde un observatorio privilegiado como su ciudad natal, Lámpsaco, que había desempeñado un papel relevante en la conquista persa y permaneció luego dentro de los dominios del rey, ya que formaba parte de la donación con la que Jerjes decidió premiar a Temístocles. Al igual que Dionisio, Caronte mostraba cierto interés en la historia del Imperio persa anterior a las guerras médicas pero su relato, a juzgar por el supuesto volumen de su obra, era extraordinariamente breve y conciso, por lo que resulta complicado suponer que pudiera haber figurado como una de las fuentes de Heródoto[66].

La obra de Helánico de Lesbos se inscribe también dentro de estas mismas coordenadas. Fue realizada por un autor nacido en un ámbito estrecha-

[65] Sobre la importancia de las guerras médicas como catalizador de este tipo de literatura, Drews (1973), p. 36. Sobre la obra de Dionisio, Moggi (1972); Drews (1973), pp. 20-22, y Lenfant (2009), pp. 10-13.

[66] Sobre Caronte, Drews (1973), pp. 24-27; Moggi (1977) y Lenfant (2009), pp. 14-16.

mente vinculado al dominio persa, que se inició con la derrota de Polícrates de Samos en el 517 a.C. y concluyó tras la batalla de Micale en el 479 a.C., por lo que pudo contar con fuentes de información local adecuadas a su objetivo. Mostraba gran interés por la historia del Imperio persa anterior a las guerras y utilizó tradiciones anteriores relacionadas con imperios como el asirio o el babilonio, por considerar que todo el Oriente se hallaba ahora bajo el dominio de los persas y, en consecuencia, todas las noticias existentes sobre este ámbito encontraban perfecta cabida en una obra dedicada al imperio. La posible confusión de Atosa con la legendaria Semíramis indica probablemente el grado de fusión y confusión que esta reordenación del mundo comportaba a la hora de encajar, dentro de un conjunto más o menos ordenado, toda la historia oriental conocida hasta entonces. La obra, en la medida que podemos juzgarla a partir de los fragmentos conservados, consistía básicamente en una historia del imperio que se remontaba hasta la dominación asiria y babilonia, precedentes a la meda, en la que se mezclaban algunos episodios destacables –como la sucesión de Cambises o la expedición de Jerjes– con noticias acerca de las costumbres –como la cremación de los muertos–, y un claro intento de encajar la historia oriental dentro de los esquemas genealógicos griegos a través de la identificación de sus héroes epónimos con los pueblos y regiones del Imperio aqueménida[67]. Su brevedad, y el hecho de formar parte de un conjunto más amplio y heterogéneo que definía los intereses diversos de su autor en la variedad de obras atribuidas a su persona, inhabilita igualmente a Helánico como fuente fundamental de las historias de Heródoto.

El relato de Heródoto constituye así nuestro único anclaje seguro, en toda esta historia, a la hora de juzgar la manera en la que el mundo oriental bajo la égida persa era percibido por los griegos, al menos tal como aparece reflejado en las páginas magistrales de nuestro historiador. Nuestra ignorancia acerca de sus posibles predecesores y las dificultades de establecer una cronología relativa precisa con los nombres ya mencionados convierten la cuestión de sus posibles modelos para la composición de su historia en un debate permanentemente abierto, sin visos de alcanzar una solución definitiva[68]. No es cuestión de abordar aquí el complejo problema de la composición de la obra herodotea, sino de destacar únicamente su posición privilegiada dentro de la literatura griega del mundo oriental, tanto por sus dimensiones, que debió de superar ampliamente las de sus predecesores o contemporáneos, como por el enfoque crítico de la validez de sus fuentes, si bien no estuvo exento de algunos de los «defectos» que los historiadores modernos señalan como propios de la historio-

[67] Sobre la obra de Helánico, Drews (1973), pp. 22-24; Ambaglio (1980), pp. 59-102, y Lenfant (2009), pp. 16-24.

[68] Véase al respecto el juicio de Fowler (1996), que sitúa a Heródoto dentro de un contexto historiográfico más amplio compartido con otros muchos autores.

grafía antigua, cual es la admisión sin más de ciertas noticias de carácter fabuloso, dado que no hay que olvidar que abarcó en su obra una gama de géneros y estilos diferentes que fue utilizando en el curso de la misma con propósitos bien distintos[69].

A pesar de las enormes diferencias que separan la obra de Heródoto de las de sus predecesores o contemporáneos, existe también una cierta línea de continuidad con las mismas, ya que Heródoto, al igual que ellos, procedía también de una ciudad situada en el interior del imperio y, a pesar de sus numerosos viajes, parece que nunca llegó a pisar el corazón del Imperio persa, por lo que toda su información acerca del mismo procedía de tradiciones orales recogidas en sus márgenes, como las regiones occidentales de Asia Menor o la isla de Samos, donde el historiador tuvo una estancia prolongada, o de los estereotipos y clichés existentes al respecto en el propio interior del mundo griego, que emergen ya claramente en la tragedia de Esquilo[70]. Su descripción de las tierras más orientales del imperio se hace, por tanto, desde la distancia, sin la implicación del testimonio personal y directo que alienta otros pasajes de su obra, como el relativo a Egipto, donde indica las fuentes de su información. Sin embargo, Heródoto es capaz de proporcionar detalles precisos sobre algunas facetas de la vida persa, como el sistema de satrapías y tributos vigentes en el imperio, el sistema de comunicaciones o la vida en la corte. Su admiración indisimulada por algunos aspectos de la cultura persa le valió incluso el calificativo derogatorio de *philobarbaros* por parte de Plutarco.

De hecho, toda la primera parte de su obra constituye un extenso panorama de los pueblos y territorios sometidos al imperio que proporciona la descripción del orbe conocido más completa que ha llegado hasta nosotros. Sin embargo, no se trata de descripciones casuales independientes, inducidas por el gusto y la curiosidad etnográfica, sino que constituyen una parte perfectamente integrada dentro del esquema general de toda la obra, dado que las respectivas historias de Lidia, Babilonia o Egipto concluyen precisamente con la llegada de los persas y su conquista de estos territorios. Es, en definitiva, la historia de los grandes reinos que figuraban dentro del horizonte griego del periodo arcaico y que han sido sometidos finalmente por los persas. Grandes monarcas que tuvieron una estrecha conexión con el mundo griego, como Creso o Amasis, cayeron finalmente ante el empuje imparable de los persas, y fueron también conquistadas ciudades esplendorosas como Babilonia o Menfis. La victoria griega sobre el imperio adquiría de este modo dimensiones heroicas, al haber resistido con éxito un impulso de conquista que se ha-

[69] Sobre la obra de Heródoto dentro de las historias de Oriente, Drews (1973), pp. 45-96.

[70] Sobre los viajes de Heródoto, véase Brown (1988). La polémica sobre las tierras que visitó en persona abarca incluso a Egipto y las regiones del mar Negro, si bien existe un cierto consenso en admitir la posibilidad de que visitara realmente estos lugares. El caso de Babilonia, de la que ofrece una detallada y admirada descripción, ofrece mayores dudas; véanse Rollinger (1993); Prontera (2000); Dalley (1996) y (2003) y Henkelman *et al.* (2011).

bía mostrado irrefrenable hasta con los reinos y ciudades más poderosos de la historia. Sin la descripción de la historia y las maravillas de estos grandes países conquistados por los persas, que Heródoto emprende en toda la primera parte de la obra, la victoria increíble de los griegos habría perdido, por tanto, toda su significación. Esta es la gran diferencia que separa la historia de Heródoto del resto de los *Persika* anteriores o contemporáneos[71].

La aplicación constante de la *historie,* en sus tres variantes de lo visto, lo oído y el análisis propio acerca de estos testimonios, a lo largo de todo su relato, constituye igualmente su verdadera marca distintiva, tal como se aprecia particularmente en el *logos* lidio con el que inicia su historia del enfrentamiento entre los dos mundos, Grecia y Oriente. A diferencia de las explicaciones anteriores, que retrotraían el conflicto a antiguos raptos de mujeres perpetrados por unos y otros sucesivamente en una cadena interminable, Heródoto contrapone su propia explicación, basada en dicho procedimiento, que le conduce a considerar a Creso como el auténtico iniciador de las hostilidades, con sus ataques a las ciudades griegas de Asia Menor. Combina de esta forma las historias que circulaban por Atenas, las informaciones obtenidas de los propios lidios con los que pudo entrevistarse, el elocuente testimonio acumulado en Delfos de las espléndidas ofrendas de sus monarcas o su propia contemplación del territorio lidio y sus lugares más señalados.

Sin embargo, a pesar de sus incontestables innovaciones, Heródoto, como ya se ha dicho, continuaba una línea tradicional, emprendida por sus antecesores, que centraba su atención en algunos temas fundamentales, como la extraordinaria riqueza de los monarcas orientales –puesta de manifiesto en las ofrendas a los santuarios griegos o en su forma de vida–, las grandes obras realizadas por ellos –como las magníficas construcciones de la ciudad de Babilonia o los imponentes monumentos de Egipto–, sus conquistas más allá de sus propias fronteras –como las de Sesostris o Ciro–, y la antigüedad de unas culturas que superaban de forma considerable la densidad cronológica de los griegos, incapaces de auparse hasta semejante pasado remoto y glorioso. Las historias de Egipto, Babilonia o Lidia contrastan así abiertamente con las de regiones como Escitia o Libia, que no ofrecen, lógicamente, el mismo calado cronológico, personal o monumental, y debe buscarse su particular impronta en la singularidad de sus ríos o en las costumbres exóticas de sus habitantes. La fascinación griega por Oriente, un Oriente representado particularmente por Lidia, Babilonia y Egipto, que ya se había dejado sentir con fuerza a lo largo del periodo arcaico, alcanza ahora su máximo grado de expresión en la historia de Heródoto, que deja curiosamente en un segundo plano a unos persas carentes, en principio, de esta clase de maravillas, como se aprecia en

[71] Drews (1973), 66-67.

la ausencia de cualquier descripción de las grandes capitales persas, pero cuya sorprendente gran hazaña había sido precisamente la conquista y dominación de toda Asia en una cadena que se había iniciado con el imperio de los asirios, había continuado con los medos y, tras la interrupción ocasionada por la invasión escita, prosiguió nuevamente con ellos para concluir finalmente con el ascenso ya imparable de los persas[72].

La «enciclopedia oriental» herodotea hacía ya prácticamente inviable cualquier otra tentativa ulterior de esta clase y, de hecho, no se llevó a cabo en los tiempos inmediatamente posteriores ninguna obra similar en dimensiones o con un enfoque tan globalizador. El mundo oriental había quedado ya hacía tiempo estereotipado en el Imperio persa y esta fue la única dirección posible para los autores que siguieron los pasos de Heródoto, como Ctesias, que contaba a su favor con su larga estancia en la corte aqueménida –y todas las aparentes ventajas que podían derivarse de esta circunstancia– para elaborar un relato diferente y más veraz de la historia y los entresijos de la realeza persa. Al igual que sus antecesores, procedía de una ciudad situada en los márgenes del imperio que había estado bajo la dominación persa pero, a diferencia de ellos, tuvo la oportunidad de vivir durante un tiempo en la corte persa como médico al servicio de Artajerjes II y de su madre, Parisátide, lo que debió proporcionarle la ocasión propicia para conocer a determinados personajes de ese entorno real, de viajar por el imperio acompañando a la comitiva real en sus desplazamientos regulares y asistir en persona a algunos acontecimientos destacados, como la batalla de Cunaxa donde culminó la aventura de Ciro el Joven y sus mercenarios griegos en el intento de destronar a su hermano. Escribió, además, otras dos obras estrechamente relacionadas con su estancia en Persia: un tratado sobre la India repleto de fantasías y otro sobre los tributos de Asia en el que recogía los diferentes productos alimenticios que arribaban a la corte persa desde todos los rincones del imperio, adornado con algunos detalles acerca de cada una de las regiones mencionadas. Su condición de experto en el tema le valió una enorme popularidad, y su tratado sobre la historia persa constituyó la obra de referencia durante mucho tiempo, hasta el punto de que, a pesar de no haber llegado hasta nosotros de forma directa, contamos con una información suficiente para hacernos una idea de sus intenciones, métodos y contenido. Su relato acerca de la historia de asirios y medos fue utilizado como fuente principal de información por autores posteriores como Diodoro y Nicolás de Damasco, y la obra en conjunto fue abreviada por el patriarca Focio en su célebre *Biblioteca*[73].

---

[72] Hdt. I, 95. Ya Immerwahr (1966), p. 42, había señalado como tema fundamental de la historia de Heródoto la unificación de Asia, el intento de expansión del imperio más allá de sus límites y el fracaso de dicha tentativa.

[73] La bibliografía sobre Ctesias es considerable, por lo que remitimos aquí a los tratamientos más recientes, como los de Drews (1973), pp. 103-116; Lenfant (2004), pp. VII-CCVI; (2009), pp. 24-31 y Llewellyn-Jones y Robson (2010), pp. 1-90, en los que se encontrarán las referencias a la abundante bibliografía anterior.

Ctesias presentaba su obra en abierta y declarada confrontación con Heródoto, a quien acusaba de mentiroso y de *logopoios,* enarbolando a su favor mejores credenciales que las de su antecesor, en lo que al uso de la *historie* respecta, a la hora de avalar sus informaciones, ya que había sido testigo presencial de la mayor parte de lo que incluía en su relato o lo había escuchado de los labios de los propios persas[74]. Ctesias centraba su atención en aquellos aspectos y episodios de la historia oriental que habían sido pasados por alto en la obra de Heródoto, como la historia de Asiria, y resumía, en cambio, las partes que en el relato de su antecesor habían sido objeto de un tratamiento más extenso como los reinados de Cambises, Darío y Jerjes, que quedaban condensados en dos libros, frente a los cinco que ocupan en la obra herodotea. Su obra continuaba además hasta el reinado de Artajerjes II, ofreciendo de esta forma una información que estaba completamente ausente del relato de su predecesor, que concluía el mismo con el reinado de Jerjes y su derrota a manos de los griegos. Tampoco dedicaba mucho espacio a la narración de las guerras entre griegos y persas, resueltas de forma sumaria, salvo en aquellos casos en los que deseaba enmendar la plana a Heródoto, quien había cometido, en opinión de Ctesias, importantes errores, como la verdadera causa de la invasión de Jerjes o la anterioridad de la batalla de Platea con respecto a la de Salamina.

El grueso de la historia de Ctesias concentraba su atención sobre aspectos internos de la corte aqueménida donde los eunucos y las mujeres acaparaban un desmedido y sospechoso protagonismo en el retrato interior de un imperio encauzado irremisiblemente hacia la decadencia a causa de estas debilidades[75]. La historia del imperio aparecía constantemente marcada por las revueltas, los complots y las intrigas cortesanas, en un relato lleno de historias complicadas y entretenidas en el que los acontecimientos eran ampliamente dramatizados con vistas a provocar en el lector un claro efecto sensacionalista ante un mundo que se desvelaba ahora en toda su integridad, gracias a su testimonio de primera mano. No parece haber habido digresiones de carácter etnográfico como en Heródoto acerca de los pueblos sometidos al imperio, y las relaciones entre griegos y persas quedan apenas reducidas a una posición marginal dentro de la obra. Su perspectiva era, a fin de cuentas, interna, realizada en principio desde el propio interior del imperio, y desde dicha atalaya privilegiada los acontecimientos griegos no adquirían las dimensiones heroicas que poseían dentro de la conciencia griega. Su aparente inmersión en lo que algunos denominan «la pequeña historia» habría estado igualmente propiciada por el contexto en el que vivía, el de una corte en la que las intrigas pudieron haber tenido un papel más relevante y real del que imaginamos

[74] Phot., *Biblioteca,* 72, 35b35-36ab.

[75] Sancisi-Weerdenburg (1987).

y haber condicionado, de este modo, su propia experiencia personal y su visión de toda la historia persa previa y la de los pueblos anteriores[76].

Ctesias continuaba de todas formas la línea, ya asumida por sus predecesores, de incluir dentro de la historia del Imperio persa la de sus inmediatos antecedentes en el dominio de Asia, como los asirios y los medos, equiparando una vez más la envergadura del imperio al dominio progresivo del continente asiático en una cadena de hegemonías que culminaba con el triunfo final de los aqueménidas. Sin embargo, abundaba en un tema que hasta entonces no había sido desarrollado por sus antecesores: la historia de personajes destacados de la historia asiria como Sardanápalo o Semíramis, a pesar de que algunos indicios permiten suponer que dichas figuras ya existían en la tradición conservada en el mundo griego[77]. Ctesias se convierte así en el auténtico difusor de un modelo de monarca oriental depravado, repleto de toda clase de vicios, que ocasionará la ruina definitiva de su imperio, cuyo recuerdo pervivirá a lo largo de la literatura y la tradición antiguas[78] a pesar de que, a partir de un momento dado, el estereotipo así creado aparezca desvinculado de su originario contexto oriental para convertirse simplemente en un modelo de decadencia perfectamente aplicable a otros personajes de la historia[79]. Los arquetipos orientales, encarnados en Semíramis y Sardanápalo, constituyen efectivamente una creación de Ctesias, a quien cabe atribuir la invención de un Oriente caracterizado por una tendencia al lujo desenfrenado, a la crueldad desmedida, a las conjuras de harén y a la decadencia moral como elementos definitorios de un mundo en el que las mujeres y los eunucos desempeñaban un notable protagonismo[80].

En esta misma línea parecen haber proseguido dos autores de *Persika* que escribieron sus obras hacia mediados del siglo IV a.C., Dinón de Colofón y Heraclides de Cumas, quienes concentraron su atención preferente en el reinado de Artajerjes II[81]. El primero de ellos parece haber seguido el modelo establecido por Ctesias, si bien parece que corregía y enmendaba la plana a su antecesor ofreciendo versiones alternativas de algunos acontecimientos. Sus principales campos de interés parecen haber sido, por un lado, todo lo relacionado con la jerarquía de la corte y la majestad

---

[76] Stronk (2007) y Lenfant (2009), pp. 30-31.

[77] De hecho, Sardanápalo aparece ya citado en Helánico, que distinguía dos personajes del mismo nombre pero completamente diferentes en carácter (FGgHist fr. 63), y en Hdt. II, 150, en un pasaje en el que se alude a su riqueza proverbial. Semíramis aparece escuetamente mencionada en Hdt. I, 184, entre los monarcas babilonios.

[78] Así, en los historiadores de Alejandro que identificaron un monumento hallado en Anquiale, en el sur de Asia Menor, como la tumba de Sardanápalo, en cuya inscripción hacía gala de su disipada forma de vida; Arr., *Anab.,* II, 5, o más tarde en Plb. VIII, 10 y XXXVI, 15, que lo compara con Prusias de Bitinia.

[79] Lenfant (2001).

[80] Sancisi-Weerdenburg (1987), pp. 43-44.

[81] Lenfant (2009).

real, y por otro, las prácticas religiosas de los persas y la actividad de los magos en este terreno. Aunque su visión de las cosas era indiscutible e irremediablemente griega, no hay que descartar que tuviera acceso a algunas tradiciones orientales que, aun distorsionadas a causa de la *interpretatio graeca,* constituyen indicios fiables acerca de la historia oriental.

La obra de Heraclides parece haber sido algo diferente, a pesar de las dificultades que comporta cualquier intento de reconstruir la estructura general de su relato y el enfoque de su contenido. Parece que se concentró en la historia persa, obviando cualquier referencia a los imperios asirio y medo que se había convertido, al menos desde Ctesias, en el esquema narrativo fundamental de la historia oriental desde la perspectiva griega. Sus detalladas y puntuales descripciones de las prácticas de palacio y de la etiqueta de corte –como la organización de las comidas reales con la distribución precisa de sus huéspedes de acuerdo con la jerarquía y sus correspondientes raciones– sugieren que Heraclides estaba bien informado al respecto, pues dichas noticias parecen casar con los documentos originales persas, como las tablillas de Persépolis, y aduce además como explicación de dicho comportamiento una forma racional de compensar y remunerar los servicios prestados, en lugar de acudir a la tradicional caricatura griega que consideraba tales extravagancias como simples muestras de lujo desorbitado.

Aunque no escribió un tratado a la manera de los *Persika* ya comentados, Jenofonte figura también de forma destacada entre los autores griegos que escribieron acerca de la historia oriental. Lo hizo de forma no sistemática y adoptando diferentes perspectivas según el tipo de obra y los objetivos que perseguía en cada una de ellas, por lo que puede decirse que su actitud hacia los persas no puede circunscribirse a una etiqueta determinada, caracterizada unívocamente por la admiración y el respeto o el desprecio y la hostilidad[82]. El Imperio persa, y en especial algunos personajes destacados del mismo, como el joven príncipe Ciro o el sátrapa Tisafernes, constituyen el tema de fondo de algunas de sus obras, como *La Ciropedia,* el *Anábasis* o *Agesilao,* y aunque en muchos casos sirven tan solo de trasfondo sobre el que emerge con mayor claridad su idea del buen monarca, como en la *Ciropedia,* o la personalidad y la virtud de sus protagonistas griegos, como sucede en el caso del *Anábasis* o de *Agesilao,* lo cierto es que la actitud de Jenofonte hacia Persia ofrece una compleja gama de tonalidades que parece decantarse finalmente más hacia la admiración que hacia el desprecio. En este sentido, resulta bastante significativo el hecho de que eligiera a un rey persa, Ciro, el fundador del imperio, como marco ideal y portavoz emblemático de una ideología y unos valores en los que aparecen entremezclados elementos indiscutiblemente griegos con otros, procedentes del mundo persa, con los que pudo haberse

---

[82] Hirsch (1985), pp. 140 ss.

familiarizado en el entorno del joven Ciro durante la primera parte de la campaña de los famosos diez mil, o durante su posterior estancia en Asia Menor al lado del monarca espartano Agesilao[83].

La tradición griega acerca del mundo oriental, y en particular sobre el Imperio persa, continuó posteriormente, como puede apreciarse en los amplios capítulos que le dedica Diodoro en su *Biblioteca histórica* o en la *Vida de Artajerjes* escrita por Plutarco. Es muy posible que uno y otro se hayan servido principalmente de la obra de Ctesias como fuente de información principal, pero esta dependencia no excluye en modo alguno otras posibilidades. Ciertamente, no existen demasiadas alternativas viables en esta dirección si tenemos en cuenta que el interés por Persia quedó reducido al estereotipo de la monarquía de carácter despótico que aparecía envuelta en un ambiente de corrupción moral y decadencia, tal como aparece reflejado en las obras de Platón y Aristóteles, que, a pesar de su intereses políticos, pasan casi completamente por alto cualquier consideración a fondo del sistema político persa.

Tampoco los historiadores de Alejandro, a pesar de que tuvieron también la oportunidad inmejorable de contemplar en persona las realidades del imperio, supusieron un avance considerable en este terreno ya que, a juzgar por lo que podemos deducir acerca de sus obras, no mostraron el más mínimo interés por describir detalladamente dicho contexto fuera de la mera actuación militar de Alejandro y sus consecuencias inmediatas, ni por analizar cuáles pudieron haber sido las causas internas de la derrota persa aparte de la fuerza imparable del monarca macedonio. En el mejor de los casos se limitaron a reproducir los viejos clichés derivados de Ctesias sobre la vida en la corte y a insistir en las historias maravillosas acerca de aquellos lejanos confines. Sabemos que Clitarco, el más célebre de estos historiadores, describió la ciudad de Babilonia pero encontramos indicios de que hubiera dedicado una parte de su obra a tratar acerca de las instituciones persas, al menos por lo que ha podido quedar reflejado en el libro XVII de Diodoro, quien pudo haberlo utilizado como una de sus fuentes de información. Algunos, como Policlito de Larisa o Cares de Mitilene, trataron de algunos aspectos, como la enorme variedad de los ingresos reales o las costumbres voluptuosas del monarca persa, en un tono que seguramente buscaba como objetivo más el entretenimiento y satisfacer la curiosidad morbosa de sus lectores que la información en sí, a pesar de las aparentes facilidades que tenían a su disposición para incrementar considerablemente dicho repertorio. Por lo que al resto de la historia oriental respecta, el esquema continuó siendo el mismo que había establecido Ctesias, con los personajes de Semíramis y Sardanápalo acaparando todo el protagonismo de un relato que tan solo incidía de forma

[83] Tuplin (1990) y Masaracchia (1997).

reflexiva en la imparable sucesión de los imperios que la repentina irrupción de la dominación romana obligaba a poner en perspectiva dentro de una visión teleológica y providencialista de la historia[84].

El notable desinterés de los intelectuales seléucidas por la historia irania contemporánea dejó prácticamente fosilizado el conocimiento de la historia del mundo oriental después de la conquista de Alejandro. Una historia que, iniciada con los asirios y su dominio de Asia, había concluido ahora con la derrota final de los aqueménidas a manos del monarca macedonio y el inicio de una nueva era. Resulta así bastante significativo que el principal historiador de este ámbito y este periodo, Megástenes, concentrara en exclusiva su atención sobre la India, concebida todavía por aquel entonces como la región más extrema del mundo hacia oriente, y lo hiciera no tanto como una manera de acrecentar los conocimientos que se tenían al respecto –ahora considerablemente ampliados gracias a la propia experiencia de Megástenes como embajador en la corte de Chandragupta–, sino de ofrecer un cuadro idealizado y utópico que sirviera de apoyo al gobierno seléucida contemporáneo para el que el autor trabajaba[85]. La India y sus maravillas, que ya habían alcanzado su máximo apogeo con la obra de Ctesias específicamente dedicada al tema, los *Indika,* continuaba ahora en esa misma dirección con Megástenes, desplazando hacia el terreno de la utopía y la reflexión política y social, o hacia el puro repertorio de maravillas *(thaumasia),* cualquier otro tipo de interés histórico acerca del mundo oriental[86]. De hecho, la obra de Megástenes constituirá la fuente principal y definitiva de información acerca de la India, un territorio que, paradójicamente, aparecía cada vez más lejano y misterioso tras haber quedado desde muy temprano completamente fuera de los dominios seléucidas y lejos, por tanto, del alcance de la *autopsía* griega[87].

Historias de Oriente en griego

La visión griega de Oriente había alcanzado sus propios límites. Las posibilidades de conquista se habían agotado ya al inicio del reino seléucida, y solo la figura excepcional de Alejandro emergía como capaz de conseguir una dominación que se hizo finalmente imposible por la obstinada oposición de sus tropas a continuar adelante[88]. Las dificultades de obtener una imagen adecuada a la realidad de todos aquellos territorios habían sido también considerables debido a la inevitable intervención de la *interpreta-*

---

84 Plb. XXIX, 21
85 Zambrini (1983) y (1985)
86 Dihle (1964).
87 Zambrini (1987).
88 Besso Mussino (2000).

tio graeca, que filtraba todas las informaciones disponibles y las modelaba en un grado mayor o menor de deformación que las apartaba de la realidad. Casi todas las historias griegas de Oriente habían sido hechas desde la distancia, pero ni siquiera la presencia *in situ* garantizaba una visión de las cosas más objetiva y neutral, como revelan con claridad los relatos de Ctesias o de los historiadores de Alejandro, mucho más preocupados por contradecir o enmendar a sus predecesores y exaltar sus propias capacidades que por aportar una buena porción de informaciones nuevas y más veraces.

Solo la propia voz de los indígenas parecía así capaz de ofrecer una imagen diferente y menos sesgada, pero debían hacerlo en griego y construir un relato moldeado dentro de los esquemas griegos si querían alcanzar con su mensaje a sus auténticos destinatarios, y conseguir así el objetivo de ofrecer una imagen más auténtica de estas civilizaciones ancestrales, que habían sido valoradas hasta entonces de manera imprecisa y apresurada por quienes, como extranjeros, no se hallaban en las condiciones adecuadas para comprender la situación ni la mentalidad que las sustentaba, ni podían tener acceso a las fuentes de información privilegiadas que salvaguardaban dicha memoria cultural. Asistimos de este modo, durante el periodo helenístico, a un intento desesperado por parte de algunos miembros destacados de las elites indígenas de integrar dentro del saber griego una visión de las culturas orientales más acorde con la realidad.

La tarea había tenido ya precedentes en el siglo v a.C. en la obra del lidio Janto, autor de un tratado acerca de su país[89]. Dioniso de Halicarnaso le consideraba un autor con un conocimiento excepcionalmente sólido de la historia más antigua que no tenía parangón a la hora de narrar la historia de su propio país[90]. No sabemos con seguridad si Heródoto conoció la obra y la utilizó en alguna medida para la elaboración de su *logos* lidio, si bien casi todos los indicios disponibles apuntan en contra de esta última posibilidad, siendo mucho más probable que rechazara conscientemente el tipo de narraciones y explicaciones que abundaban en la obra de Janto[91]. A juzgar por los fragmentos de que disponemos, los *Lydiaka* de Janto era una obra en la que se entremezclaban los mitos, las anécdotas de carácter sensacionalista y la información histórica más sólida, y si Heródoto aprendió algo específico de ella fue el arte de introducir leyendas orientales en su historia. Esta inclinación «oriental» se revela igualmente en algunas informaciones acerca de las conexiones de Lidia con las grandes potencias orientales como Babilonia, a donde uno de sus reyes, Meles, habría ido en exilio, o sobre la fundación de la ciudad de Ascalón por un general lidio[92]. Aunque su información acerca del periodo anterior a los Mérmnadas presenta todas las apa-

---

[89] Sobre Janto de Lidia, véanse Pearson (1939), pp. 109-138, y Mehl (2003).
[90] D. H., *Antigüedades Romanas,* I, 28.
[91] Pearson (1939), pp. 132 ss.
[92] Nic. de Dam., fr. 45; Xanth., fr. 23.

riencias de un relato de carácter legendario, tendente a rellenar el vacío existente, en el que se retrotraía el origen de sus reyes hasta el héroe Sandón, parece que Janto decidió adaptar para un público griego todas estas historias procedentes de la tradición local indígena.

Sin embargo el primero que inició una auténtica corrección de la visión griega de Oriente fue el sacerdote babilonio Beroso, quien en los primeros años del siglo III a.C. compuso una obra titulada *Babyloniaka* que abarcaba la historia de su país desde los orígenes más remotos hasta la muerte de Alejandro[93]. Beroso afirmaba que había hecho uso de antiguos registros, como los archivos de los templos, o de tradiciones sacerdotales a las que no habían tenido acceso otros autores anteriores, griegos claro está, que habían descrito la historia de su país o habían hecho referencias a la misma. Contradice así a los que habían escrito acerca de la legendaria Semíramis atribuyéndole la fundación de Babilonia y la construcción de sus grandiosos edificios[94]. Su capacidad de adentrarse en la literatura mesopotámica y en las tradiciones todavía accesibles, y su propia identidad babilonia, constituían sin lugar a dudas sus mejores prerrogativas a la hora de intentar avalar su posición dentro de la historiografía griega[95]. Sin embargo, a pesar de haber escrito en griego y haber imitado conscientemente las formas narrativas griegas, que resultaban extrañas a una tradición mesopotámica que carecía de este tipo de género literario, la obra de Beroso no tuvo éxito y fue poco leída. De hecho, lo poco que nos ha llegado de ella ha recorrido un complicado y complejo proceso de trasmisión que pasa primero a través de los resúmenes de Alejandro Polihistor y Juba de Mauretania en el siglo I a.C., después por los de Abideno y Julio Africano en los siglos II y III d.C., para culminar finalmente en la obra de Eusebio de Cesarea, ya en el siglo IV d.C., que se ha conservado a través de su traducción al armenio. La pérdida de importancia de Babilonia durante el periodo seléucida, que fue sustituida por la nueva capital de Seleucia sobre el Tigris, y su práctica desaparición de los focos de atención del mundo griego explican en buena medida el destino de la obra de Beroso, recogida tan solo a través de las citas de autores, como Josefo o Eusebio, interesados en corroborar la evidencia de las Sagradas Escrituras. Su inevitable anclaje dentro de las tradiciones mesopotámicas, en las que las listas de reyes apenas iban asociadas con algunos hechos destacables, no le hizo atractivo a los ojos griegos, habituados a encontrar deleite en una narración mucho más densa y detallada que, a pesar de las pretensiones y las apariencias, Beroso no fue capaz de conseguir.

En la misma línea de Beroso hay que situar la obra del también sacerdote Manetón, quien compuso un tratado sobre Egipto, *Aigyptiaka,* en el pri-

---

93 Burstein (1978) y Verbrugghe y Wickersham (1996), pp. 13-91 y Dillery (2007), pp. 222-225.

94 Fr. 9a, 142.

95 Kuhrt (1987).

mer cuarto del siglo III a.C[96]. Era un miembro destacado de la casta sacerdotal egipcia colaboradora de los Tolomeos que contribuyó a establecer el nuevo culto a Serapis[97]. Al igual que Beroso, Manetón emprendió su obra con la idea explícita de dar a conocer a los griegos la enorme profundidad cronológica de la historia de su país e integrar así su historia del nuevo patrimonio cultural común que se hallaba escrito en griego, la lengua de los dominadores. También como Beroso, basaba sus detalladas informaciones de carácter cronológico y dinástico en las escrituras sagradas de los egipcios, a las que no habían tenido acceso los escritores griegos anteriores. A pesar de la enorme utilidad que las listas cronológicas proporcionadas por Manetón han tenido para los historiadores modernos, su obra tampoco tuvo buena acogida entre los medios griegos, y los fragmentos que nos han llegado de la misma tienen también su origen, como sucedía en el caso de Beroso, en las obras de Josefo y Eusebio. Manetón había intentado aunar las dos tradiciones encajando dentro del esquema cronológico proporcionado por las listas reales todos aquellas piezas de narrativa que pudo encontrar diseminadas a través de géneros tan diversos como los textos de carácter profético y oracular, las biografías reales y los textos de instrucción y la denominada historia del rey, pero, a pesar de sus esfuerzos en esta dirección, no encontró el auditorio que deseaba[98]. Su relato de los acontecimientos no buscaba explicaciones más allá de los hechos en sí y seguramente esta actitud chocaba frontalmente con los intereses literarios griegos, habituados a descubrir las causas y a proporcionar explicaciones de lo sucedido[99].

Sabemos también de otras iniciativas semejantes en este mismo terreno, como las de un historiador judío, Demetrio, que escribió en griego una historia de su pueblo en el siglo III a.C. Por lo poco que conocemos acerca de su obra, de la que tan solo poseemos seis fragmentos, estableció una cronología bíblica que marcaba los momentos clave de la historia de Israel y alegaba así a favor de la gran antigüedad de su pueblo. En esta misma línea hay que señalar también la obra de Eupólemo, un sacerdote y embajador judío del siglo II a.C. que compuso una historia sobre los reyes de Judea que llegaba desde Adán hasta su propio tiempo. Al igual que Demetrio, abogaba en defensa de la gran antigüedad del pueblo judío, cuya historia se remontaba hasta los tiempos más remotos de la historia, superando de este modo a las historias paganas alternativas, las de los griegos, que intentaban por su lado defender sus prerrogativas en este campo.

Dentro de esta tendencia a presentar la historia de su propio país escrita en griego, hay que mencionar también las obras de Apolodoro de Arte-

---

96 Sobre Manetón, véanse Verbrugghe y Wickersham (1996), pp. 95-212; Dillery (2007), pp. 225-228 y Moyer (2011), pp. 84-141.

97 Plu., *De Isid.,* 28.

98 Dillery (1999).

99 *Ibidem,* pp. 98-99.

mita y Filón de Biblos. El primero era un griego, súbdito de los Arsácidas, que vivió en las primeras décadas del siglo I a.C. y compuso una historia de los partos, la primera de la que tenemos noticia[100]. Aunque a diferencia de los autores citados anteriormente no existían precedentes griegos en esta dirección, resulta altamente significativo que Apolodoro argumentara, en contra de la tradición anterior, que los griegos instalados en aquellas regiones habían conquistado muchos más pueblos que el propio Alejandro, evidenciando así un conocimiento inmediato que los demás no podían tener. Sirvió como fuente de información principal acerca de todas estas regiones de Asia a autores posteriores como Estrabón o Trogo Pompeyo mostrando de manera palmaria el vacío existente en este terreno de la geografía del continente asiático, tras los historiadores de Alejandro, vacío que solo podía ser llenado por un individuo como Apolodoro, conocedor de primera mano de estos territorios, pues se hallaba integrado dentro del reino parto que controlaba ahora todo este espacio[101].

Por lo que respecta a Filón de Biblos, se trata de un autor del siglo I-II d.C. que escribió una historia de Fenicia basada, según él, en los escritos de un autor antiquísimo llamado Sanchuniatón[102]. Al parecer se trataba más de un relato de carácter evemerista que de una historia de tipo narrativo a la manera griega en la que primaban los elementos cosmogónicos, teogónicos y aquellos relacionados con el origen de la civilización, pero el hecho de fundar su relato en una fuente tradicional indígena, que es de suponer no se hallaba al alcance de otros autores griegos, constituye un procedimiento característico en esta tendencia a la reivindicación cultural del mundo oriental por parte de sus propios protagonistas, aunque fueran personajes estrechamente vinculados a los medios políticos y culturales griegos.

Sabidurías de Oriente

Una de las principales razones por las que el mundo oriental ejerció casi desde el principio una atracción irresistible sobre el mundo griego fue la gran antigüedad de estas civilizaciones comparadas con la propia, tal como aparece perfectamente reflejado en una famosa escena que nos relata Heródoto, cuando Hecateo trazó ingenuamente su genealogía en Tebas que le llevaba, después de dieciséis generaciones, a enlazar con los dioses, y quedó anonadado ante la que podían exhibir a su vez los sacerdotes egipcios,

---

100 Sobre Apolodoro de Artemita, véanse Gardiner-Garden (1987); Alonso Nuñez (1989) y Nikonorov (1998).

101 De hecho, Estrabón destaca que ha encontrado en la obra de Apolodoro noticias mucho más puntuales que las de otros autores acerca de regiones como Hircania o la Bactriana, a pesar de que ambas debieron de figurar en el relato de los historiadores de Alejandro. Str. XV, 1, 3.

102 Sobre Filón, véanse Baumgarten (1981) y Attridge y Oden (1981).

capaces de remontarse hasta trescientas cuarenta y cinco generaciones sin alcanzar todavía la divinidad[103]. Esta impresionante densidad cronológica convertía a sus habitantes en gentes de memoria y saber muy superiores a las de los griegos, ya que habían sido los primeros en entrar en contacto con los dioses y en regular las relaciones adecuadas con ellos, estableciendo las reglas fundamentales de la piedad y la organización de sus cultos. Las grandes culturas orientales se fueron sucediendo en su función de auténticas escuelas de sabiduría en las que los intelectuales griegos buscaron permanentemente los fundamentos de la cultura y la civilización[104].

La primera de todas fue, sin duda, Egipto, a causa de su temprano descubrimiento y de los intensos contactos que el mundo griego mantuvo con el país del Nilo desde la época arcaica. El viaje a Egipto de los intelectuales griegos se convirtió enseguida en un tema habitual y en un elemento esencial que debía figurar dentro del currículum de los grandes pensadores griegos. La larga lista de visitantes griegos ilustres de Egipto que figura en Diodoro incluye a personajes tan diversos como los poetas Homero y Solón, los filósofos Pitágoras, Eudoxo, Demócrito y Platón, además de figuras míticas como Orfeo, Museo, Melampo, Dédalo y Licurgo[105]. Era en Egipto donde se hallaban los orígenes de la religión y de sus diversos cultos y ceremonias, de las prácticas científicas como la astronomía o la medicina, tal como podemos leer en las páginas de Heródoto, que se convierte así en el primer repertorio completo de la egiptomanía y de los diferentes temas que configuran este fenómeno[106]. De allí procedían efectivamente los nombres de los dioses, ya que los egipcios fueron los primeros que adoptaron advocaciones para doce dioses y les dedicaron altares, estatuas y templos[107]. Fueron también los primeros que celebraron solemnidades religiosas, procesiones portando imágenes y ofrendas rituales[108]. Fueron igualmente pioneros en las prácticas de purificación necesarias a la hora de entrar en los santuarios[109]. Eran también los más versados en los relatos y tradiciones por su apego absoluto a la memoria del pasado[110]. Descubrieron también a qué dios pertenecía cada mes y cada día, y en qué avatares se verá implicado, cómo morirá y qué será en la vida cada hombre en particular según el día de su nacimiento, así como muchos más presagios que el resto de la humanidad junta[111]. Descubrie-

---

[103] Hdt. II, 143.

[104] Sobre la fascinación griega por las denominadas sabidurías bárbaras, Momigliano (1975). Más recientemente, Burkert (2004a).

[105] D. S. I, 96.

[106] Hartog (1996a), pp. 49-86; Vasunia (2001), pp. 110-135 y Moyer (2011), pp. 42-83.

[107] Hdt. II, 4, 1-2.

[108] *Ibidem,* 58.

[109] *Ibidem,* 64.

[110] *Ibidem,* 77.

[111] *Ibidem,* 82.

ron igualmente el ciclo del año y dividieron su duración a partir de la observación de los astros, y todo el país estaba lleno de médicos[112].

A la vista de todas estas características no resulta extraño que los principales actores culturales griegos, ya fueran, poetas, filósofos, o legisladores, marcharan a Egipto en busca de sabiduría e hicieran de su estancia en el país del Nilo un elemento esencial de su biografía. Egipto se convirtió así en un auténtico laboratorio de ideas y experiencias que sirvió de cobertura, real e imaginaria, a las principales iniciativas griegas. Era de Egipto de donde procedían los nombres de los dioses y sus principales cultos, algunos ritos como el de Dioniso, prácticas adivinatorias como la que se hacía a través de las entrañas de las víctimas, creencias esotéricas acerca de la inmortalidad del alma, oráculos como el de Dodona e incluso un héroe como Perseo. Egipto constituía también un modelo por la continuidad y estabilidad de sus instituciones, que se remontaban muy atrás en el tiempo, y no es extraño, por tanto, que fuera hacia Egipto a donde dirigieron sus miradas algunos teóricos griegos como Isócrates o Platón en busca de modelos alternativos a una polis griega que se debatía entonces en medio de terribles conmociones internas. Egipto contaba, además, con una poderosa casta sacerdotal versada en toda clase de conocimientos y saberes que se había convertido en el principal interlocutor de los visitantes griegos[113].

La visión idealizada de la sabiduría egipcia alcanzó su máximo grado de expresión con la obra de Hecateo de Abdera, quien compuso a finales del siglo IV a.C. un tratado sobre el país en el que destacaba la anterioridad de la civilización egipcia sobre la griega, ya que habían sido los primeros en utilizar el lenguaje articulado y en nombrar a las dos divinidades primordiales, Isis y Osiris, deidad esta última que habría recorrido el mundo difundiendo la práctica de la agricultura y la civilización[114]. Esta primacía de Egipto queda perfectamente reflejada en la historia de Diodoro, que pudo haber utilizado entre otras la obra de Hecateo como fuente de información e inspiración, ya que es con la descripción de la historia mítica del país con la que abre su relato de la historia del mundo.

Con el lugar privilegiado de Egipto dentro del imaginario griego como cuna esencial de toda sabiduría empezó a competir la India tras su descubrimiento efectivo con la conquista de Alejandro. La tierra de los confines orientales del orbe, que había aparecido a los ojos griegos como el escenario de toda clase de maravillas, tal como se reflejaba ya en Heródoto y sobre todo posteriormente en Ctesias y los propios historiadores de Alejandro, adquirió también el prestigio de la sabiduría personificada en los célebres gimnosofistas, los famosos individuos con los que había conversado y debatido el propio Alejandro y que pasarían a convertirse después

---

112 *Ibidem,* 4 (el ciclo del año) y 84 (los médicos).
113 Bernand (1994).
114 Murray (1970).

de él en uno de los iconos fundamentales de dicha condición privilegiada[115]. Sin embargo, no parece que el conocimiento real del pensamiento indio fuera muy lejos, ya que toda la imagen de estos personajes y sus doctrinas de carácter ascético aparecen claramente distorsionadas y filtradas a través de la *interpretatio graeca* de las aporías cínicas. De hecho Onesícrito, quien podría estar en el origen de nuestras informaciones a este respecto, vincula sus doctrinas a las de personajes como Pitágoras, Sócrates o Diógenes, e incluso se dice que Pirrón habría sido profundamente influido por ellos tras su estancia en la expedición de Alejandro[116].

Más complicado aparece el tema del prestigio de los magos persas, a la vista de las dificultades que presenta la evidencia disponible, casi toda ella de carácter fragmentario y espurio, y de la problemática relación existente entre Zoroastro y los magos por un lado, y el zoroastrismo y los aqueménidas por otro[117]. La primera mención de Zoroastro aparece en la obra de Janto de Lidia sin que esté ni mucho menos clara la relación existente entre dicho personaje y los magos que figuran también entre sus fragmentos[118]. Las referencias a su nombre o a las doctrinas dualistas iranias se repiten después a lo largo del siglo IV a.C. entre miembros de las escuelas platónica y aristotélica, o en el historiador Teopompo. Incluso se detecta ya una cierta confusión entre los sacerdotes caldeos y los magos en el caso de Aristóxeno, el discípulo de Aristóteles que afirmaba que Pitágoras había sido discípulo del caldeo Zaratas, que constituye otra versión griega del nombre de Zoroastro[119]. La aparición de estas alusiones dentro de la escuela platónica ha conducido a algunos a proponer la figura de Eudoxo de Cnido como el principal responsable de la introducción de la sabiduría persa entre los griegos, a pesar de que nunca estuvo en Persia y de que sus conocimientos acerca de las doctrinas de los magos pueden haber quedado limitadas a vagas generalidades sobre el conflicto entre el bien y el mal. La admiración evidente de la escuela platónica y aristotélica hacia los magos persas dio pie a una serie de especulaciones en las que se mezclaban las propias ideas platónicas con las supuestamente orientales relacionadas con la astrología, la vida en el más allá o los misterios de la naturaleza. Hermipo, un estudioso peripatético del siglo III a.C., escribió un libro sobre los magos y propuso su teoría acerca del origen oriental de la sabiduría griega. Una serie de obras atribuidas a Zoroastro y otros magos, todas ellas falsas, empezaron a circular por el mundo helenístico, algunas de las cuales fueron después oportunamente refutadas por un estudioso de la talla de

---

115 Plu., *Alex.,* 64; Arr., *Anab.* VII, 1, 5-6 y VIII, 11, 1-8.

116 Str. XV, 1, 59-60 y 65; D. L. IX, 61 y 63. Sobre los gimnosofistas, Karttunen (1989), pp. 111 ss. y (1997), pp. 55 ss.

117 Momigliano (1975), pp. 141 ss. Ribichini (2001) y Burkert (2004a), pp. 102 ss. Por no mencionar toda la compleja problemática existente acerca de la cronología precisa de los textos avésticos y su relación con la figura histórica de Zoroastro.

118 Kingsley (1995).

119 Fr. 13 Wehrli.

Porfirio. Toda esta proliferación se basaba, sin duda, en la teoría de que los pensadores griegos habían aprendido algunas de sus verdades básicas de sabios orientales, teoría que había sido formulada por Sotión, autor de biografías de filósofos griegos del siglo III a.C. que sirvió de fuente de información a la conocida obra sobre el mismo tema de Diógenes Laercio. La creciente pérdida de interés por Persia como organización política que se detecta desde tiempos de Alejandro dejó limitado el campo a sus creencias religiosas y a su código moral, idealizados más allá de los límites de la credibilidad. Esto condujo a concentrar el interés y la atención en la sabiduría de los magos y en su líder espiritual Zoroastro, un Zoroastro y unos magos que eran, en buena medida, el resultado de la imaginación de los propios griegos o de indígenas helenizados que tejieron sus propias especulaciones sobre la pureza, la dependencia de los astros, la vida en el más allá o las técnicas mágicas.

La existencia en todas estas culturas de castas sacerdotales especializadas que constituían un auténtico depósito de la sabiduría tradicional acumulada y practicaban todo un ceremonial, e incluso una indumentaria y una forma de vida específica que los aislaba del resto de la población y les otorgaba un prestigio indiscutible, fascinó sin duda alguna a los primeros griegos que entraron en contacto con dichas civilizaciones. Eran, además, los auténticos interlocutores de griegos ilustrados como Hecateo o Heródoto que visitaban el país y actuaban luego como perfecta cobertura para todas sus informaciones. La idea de que se trataba de una sabiduría aprovechable ya figura en la historia de Heródoto, que remite a Egipto casi toda la sabiduría griega relacionada con la divinidad y otras disciplinas, pero se extendió de forma espectacular durante el periodo helenístico, cuando la desconfianza hacia las instituciones propias en algunos medios intelectuales y la idealización de las tierras bárbaras, sobre todo orientales, propiciaron este tipo de actitudes[120]. No resulta así extraño que se construyera posteriormente toda una geografía de carácter hagiográfico, tal como aparece reflejada en la *Vida de Filóstrato* de Apolonio de Tiana que, a lo largo de su viaje iniciático, se ve obligado a visitar los diferentes lugares emblemáticos donde existían esta clase de sabios[121].

Genealogías bárbaras

La forma más habitual de organizar y explicar el mundo para los griegos fue casi siempre el discurso genealógico que integraba, a través de

---

[120] Momigliano (1975).

[121] Elsner (1997). La ubicación de los gimnosofistas en Etiopía o su duplicación con los sabios de la India no resulta extraña dentro de esa concepción que vinculaba incluso geográficamente ambos territorios como excrecencias meridional y oriental del oriente. Al respecto, Schneider (2004).

esta clase de relaciones dentro de una estructura o un esquema familiar, el resto de los pueblos del orbe. Era como una especie de mapa, como ha señalado Robert Fowler, en el que los nombres que figuraban dentro de él, asociados con una serie de historias o actividades, proporcionaban a sus «lectores» su sentido de la historia y su lugar dentro del mundo[122]. La forma de afrontar el Oriente no constituyó, en este sentido, ninguna excepción. La temprana aparición de estos pueblos dentro del horizonte griego debió de estimular de inmediato su incorporación dentro de este esquema, si bien los indicios que nos permiten apreciar dicho proceso pertenecen casi todos ellos al siglo v a.C. Efectivamente, algunos personajes como Pélope, Dánao o Cadmo, que aparecen asociados desde muy temprano con lugares tradicionales de la geografía griega como el Peloponeso, Argos o Tebas, en un momento determinado comenzaron a adquirir un evidente colorido oriental que los convirtió de repente en extraños dentro de su tierra, cuya presencia allí era preciso explicar a través de los esquemas tradicionales. Todos ellos presentan en un principio las características propias del héroe fundador y epónimo, pero fueron luego adaptados a un esquema que pretendía explicar la relación con el mundo oriental o la presencia en el mundo griego de algunos elementos culturales procedentes de dicho ámbito, como el alfabeto o los cultos de Deméter.

Pélope aparece asociado desde muy temprano al Peloponeso, al que dio nombre, al menos desde mediados del siglo vii a.C.[123], pero no se menciona para nada su procedencia oriental y aparece como el padre de los diferentes fundadores de las ciudades más importantes de la región. Sin embargo, a partir del siglo v a.C. todos nuestros testimonios afirman con rotundidad su origen asiático, desde Píndaro, que lo considera lidio, a Baquílides, Heródoto o Sófocles, que lo califican como frigio[124]. Incluso Tucídides resalta su origen asiático basándose en las informaciones de «aquellos que han tomado de sus antepasados las tradiciones más fiables sobre el Peloponeso»[125]. Su descendencia de Tántalo, que aparecía asociado al monte Sípilo, cerca de Esmirna, y su hermana Níobe lo vinculaban también irremediablemente a estos mismos orígenes[126]. Se ha sugerido la posibilidad de que la leyenda de Tántalo y Pélope estuviera vinculada desde muy temprano a la región de Eólide, en el norte de Asia Menor, dada la ubicación geográfica del monte Sípilo junto a Esmirna y la aparición del nombre Mírtilo como ayudante de Pelope en la carrera contra Enomao por la mano de Hipodamia, que nos recuerda el nombre del tirano lesbio Mírsilo[127]. De esta manera, los habitantes eolios de la zona podrían haber jus-

---

122 Fowler (1998/1999).
123 Tyrt., fr. 2 D.
124 Pi., *Ol.,* I, 24 y IX, 9; B. VIII, 31; Hdt. VII, 8g 1 y 11, 4 ; So., *Ajax,* 1292.
125 Th. I, 9.
126 Sobre el mito de Pélope en general, Lacroix (1976).
127 West (1985), 158.

tificado su presencia en la región como el retorno a la patria de su antecesor a través de la figura de Orestes, de quien los Pentílidas, la familia más poderosa de Mitilene, se consideraba descendiente[128], e incluso se habría desarrollado allí la leyenda troyana que centraba el protagonismo en dos de sus descendientes directos como eran Agamenón y Menelao.

Fuera como fuese, lo cierto es que la figura de Pélope no aparece relacionada con las sagas reales frigia o lidia a pesar de su origen asiático, y no asume tampoco los rasgos derogatorios que, a partir de la guerra con los persas, comienzan a adquirir todas estas figuras de la tradición mítica relacionadas con Oriente. Píndaro lo presenta como el fundador de una institución tan griega como los juegos olímpicos, y Tucídides destaca el hecho de que había traído innumerables riquezas desde Asia a un país pobre como el Peloponeso y había recibido por ello grandes honores de sus habitantes y había dado incluso nombre al país a pesar de ser extranjero[129]. Sin embargo, todo ello no oculta tampoco el hecho de que la descendencia asiática del Peloponeso fuese considerada como un argumento favorable por los persas a la hora de justificar su agresión a Grecia, tal como aparece en Heródoto, o que las afirmaciones de Tucídides en este sentido puedan ser interpretadas dentro de un contexto de máxima hostilidad entre Esparta, al frente de la liga peloponesia, y Atenas, y como contraposición evidente a la pretendida y celebrada autoctonía ateniense. De hecho, la figura de Pélope aparece en el teatro como indudablemente asiática dentro de un contexto político e ideológico en el que dicho origen era considerado como el paradigma de la barbarie, y esa es también la impresión que se deduce de la iconografía ateniense de dicho periodo[130]. El personaje mítico de Pélope parece revelar, en suma, las distintas vicisitudes y circunstancias que condicionaron la visión de Oriente entre los griegos, desde una percepción más objetiva en la que predominaba la fascinación por la riqueza y la aportación de nuevas técnicas e instituciones a la degradación de un territorio bárbaro definido en contraposición al modelo griego ideal encarnado por Atenas.

Las figuras de Dánao y Cadmo presentan un panorama algo diferente al de Pélope, ya que aparecen respectivamente relacionados con Egipto y Fenicia, dos ámbitos geográficos aparentemente bien precisos con los que los griegos habían mantenido contactos desde la Edad del Bronce. Ambos desempeñan un papel destacado dentro de genealogías que la tradición presenta como genuinamente griegas, relacionados entre sí a través del obligado peregrinaje de Io, y son portadores de realizaciones culturales

---

128 Sobre las colonias de Orestes en Eólide ya hablaba Helánico de Lesbos en fr. 32.

129 Sobre la valoración positiva de Pélope, véase Gruen (2011a), pp. 227-229.

130 Hall (1989), p. 168 y Miller (2005), pp. 70-75. Más adelante Apolonio de Rodas lo presenta como el antepasado de los paflagonios, un pueblo no particularmente bien valorado por los griegos a juzgar por su papel en la comedia como paradigmas de barbarie; A. R. II, 357-359 y 790. Ese es también el origen que le otorga D. S. IV, 73-74.

importantes que cambiaron por completo la fisonomía de la región y las costumbres de sus habitantes[131]. A diferencia de Pélope, su ascendencia egipcia y fenicia aparece ya bien reconocida desde época temprana, ya que parece que así se calificaba a Dánao en el poema épico perdido la *Danaida,* y Cadmo aparecía ya relacionado con Europa en el poema de Eumelo dedicado a dicha figura y en Estesícoro[132].

Dánao y sus hijas aparecen así ya plenamente barbarizados, tanto en su aspecto como en su lengua, en las *Suplicantes* de Esquilo, que fue representada en el 460 a.C., cuando acuden como fugitivos hacia Argos en busca de refugio, a pesar de que alegan en su defensa un indiscutible pedigrí helénico, ya que se presentan nada menos que como descendientes de la princesa argiva Io[133]. Son, sin embargo, finalmente aceptados en la ciudad griega, que decide afrontar los riesgos que comporta dicha decisión frente a la amenaza egipcia. Ese mismo toque orientalizante, aunque solo en determinados rasgos que no parecen afectar de lleno a su indumentaria, es el que adoptan en la representación de los vasos griegos de la época, según ha mostrado Margaret Miller[134]. De cualquier modo, su ascendencia griega parece resultar definitiva y es su importante legado cultural, como la creación de fuentes de agua que hace viable la práctica de la agricultura, los ritos de Deméter o la construcción de las naves, lo que se destaca de forma particular como aportación decisiva a su nueva comunidad que, en realidad, significaba tan solo el retorno a la patria ancestral de sus antepasados. La ambigüedad de la figura de Dánao, de origen griego pero criado durante generaciones en Egipto, se pone de manifiesto en el relato de Heródoto, que parece atribuir a los propios egipcios la reivindicación de su origen como tal, ya que afirmaban que era de Quemis y ese fue, además, el origen de las ofrendas efectuadas en Lindos por el faraón Amasis, por considerar que el templo de Atenea del lugar había sido fundado por las hijas de Dánao[135].

El origen fenicio de Cadmo tampoco parece objeto de discusión, dado que así figura en los principales testimonios disponibles y en ninguna parte de la tradición conservada parece ponerse en tela de juicio dicha condición[136]. Aunque Cadmo no aparece explícitamente mencionado en los poemas homéricos, la calificación de cadmeos que se adjudica a los tebanos hace suponer con cierto fundamento que la fundación de la ciudad por dicho personaje se consideraba ya como algo adquirido que no requería de más explicación. Esa impresión se desprende igualmente del relato de Heródoto, que no vacila en ningún momento a la hora de asignar

---

[131] Brillante (2001).
[132] Fr. 1 Bernabé *(Danaida)* y fr 9-11 K (Eumelo) y Stesich. 195 PMG.
[133] Vasunia (2001), pp. 33-58; Gruen (2011a), pp. 230-232.
[134] Miller (2005), pp. 75-79.
[135] Hdt. II, 91, 3 y 182.
[136] Sobre Cadmo, véase Edwards (1979), pp. 17-44.

un origen expresamente fenicio a Cadmo y de reconocer las importantes aportaciones que trajo consigo, como el alfabeto[137], o de la tragedia de Eurípides, *Fenicias,* que asume como habitual la procedencia fenicia de Cadmo y su fundación de la ciudad de Tebas[138].

Dánao y Cadmo aparecen así como una especie de héroes culturales que podrían reflejar, de manera distorsionada y ajustada a los esquemas de la genealogía mítica, los contactos y las relaciones entre el mundo griego y el oriental a lo largo de toda la época arcaica, con especial relevancia de Egipto a partir del establecimiento de Náucratis como punto de cruce de ambos mundos y observatorio privilegiado de la cultura egipcia. Ambos figuran dentro de la genealogía de Io en la que aparecen también otras figuras mucho menos emblemáticas y significativas, carentes de una historia narrativa adjunta, como es el caso de Belo, Fénix, Libia o Cílix, cuya función parece haber quedado limitada a servir de epónimos de los respectivos pueblos a los que representaban, todos ellos situados además dentro de un área de acción griega durante el periodo arcaico.

La inserción de Oriente dentro del esquema genealógico griego se produjo también de otra manera, mucho más forzada y artificial que en los casos anteriormente comentados. El descubrimiento de los imperios orientales y el eco dejado por algunos de sus nombres, interpretados a la griega, como el de la antigua capital asiria Nínive identificada muy pronto con el nombre de un imaginario monarca llamado Nino que habría sido su fundador, condujo a elaborar una historia acerca de dicho personaje y a integrarlo dentro del esquema genealógico griego que daba «sentido histórico» y carta de ley a su presencia en el mundo. El personaje aparece como tal mencionado por primera vez en Heródoto, dentro de la genealogía ilustre de la primera dinastía de reyes lidios que eran de origen heráclida[139]. El primero de ellos, Agrón, era hijo de Nino, nieto de Belo y bisnieto de Alceo, antepasado del héroe griego. De esta forma Nino aparece integrado dentro de una genealogía que lo conecta con Heracles y lo convierte, junto con su padre Belo, el fundador de Babilonia, en los antecesores ilustres de la primera dinastía lidia que poseía un anclaje griego, ya que sus predecesores en el trono habían sido originarios de Anatolia. Seguramente se trata del resultado de intentar vincular las antiguas dinastías orientales a un héroe griego como Heracles, capaz de ofrecer con sus numerosos viajes y aventuras la cobertura «histórica» necesaria para esta clase de operaciones de remodelación de un pasado remoto, percibido tan solo a través de los ecos lejanos de tradiciones orales locales, que era imprescindible articular dentro de los esquemas genealógicos griegos. De hecho, ni Nino ni Belo habían reinado en Sardes, y su presencia solo servía para dar lustre y antigüedad a la dinas-

---

137 Hdt. II, 49; IV, 147, 4; V, 57-58.

138 E. *Ph.,* 4-6; 216-219; 244-248; 280-282; 291; 638-648.

139 Hdt. I, 7.

tía lidia dentro de un marco en el que las conexiones del país con el mundo babilonio y asirio no habían pasado del todo inadvertidas, como revela el propio Heródoto cuando señala la intervención mediadora del monarca babilonio en la guerra entre lidios y medos[140].

La historia de Nino como primer rey de Asiria aparece, sin embargo, desarrollada en la obra de Ctesias, quien lo consideraba un individuo especialmente belicoso que reunió un extraordinario ejército, se lanzó a la conquista de Asia y acabó fundando la ciudad de Nínive[141]. Su inserción como hijo de Belo, tal como figuraba en Heródoto, aunque no aparece mencionada en el curso del relato que se nos ha conservado en Diodoro, parece que sí figuraba en el relato original de Ctesias, a juzgar por el fragmento conservado en la *Crónica* de Eusebio de Cesarea que refiere dicha filiación para el monarca asirio[142]. De esta forma, el relato de Ctesias no haría otra cosa que dotar a una figura mítica, inventada por los griegos para dar cuenta de la realidad lejana del Imperio asirio y su capital, del contenido histórico necesario que quizá originalmente no poseía aprovechando su posición privilegiada en la corte persa y su posible acceso a las tradiciones y leyendas que circulaban en dicho ambiente.

La figura de Belo no aparece desarrollada históricamente de la misma manera que Nino, a pesar de su estrecha relación con el nombre de la ciudad de Babilonia y del enorme atractivo y fascinación que dicha ciudad ejerció siempre sobre la imaginación griega. Integrado dentro de la genealogía de Io como hijo de su nieta Libia y del dios Poseidón, nuestra única información sobre sus hazañas aparece en Diodoro, quien relata que Belo habría enviado colonos hacia Babilonia y, tras haberse asentado a orillas del Éufrates, habría fundado una casta de sacerdotes llamados caldeos, que a imitación de los egipcios, se dedicaron a la observación de los astros[143]. La noticia se incluye dentro del intento de demostración, aparentemente por parte de los propios egipcios, de la primacía de Egipto sobre el resto de los pueblos y como el origen primero de toda forma de sabiduría, un argumento que habría figurado ampliamente desarrollado dentro de la obra de Hecateo de Abdera en su intento de exaltar la grandeza y antigüedad de la monarquía tolemaica[144]. Belo, que reflejaba muy posiblemente el dios semítico Baal en una forma de culto o denominación añadida, como señor *(belu)* al babilonio Marduk, que se extendía desde Mesopotamia hasta el norte de Siria, no tuvo, por tanto, ninguna otra función que la de mero vínculo o eslabón de la cadena dentro del esquema genealógico que iba articulando la progresiva ampliación del horizonte geográfico

---

[140] Hdt. I, 74, 3.
[141] D. S. II, 1, 4 ss. (= fr. 1b Lenfant, 2004).
[142] Eus., *Chron.,* p. 28, 28-29 Karst = fr. 1a (Lenfan, 2004).
[143] D. S. I, 28, 1.
[144] Murray (1970).

griego y la necesidad de integrar dentro del mismo a los nuevos pueblos que aparecían dentro de este marco a través de personajes emblemáticos o de rasgos sobresalientes como el nombre de dicha divinidad oriental[145].

Este proceso de integración se extendió igualmente a los nuevos pueblos orientales que aparecían en el horizonte, como los medos y los persas. Su condición de enemigos ancestrales, tal como eran presentados por la propaganda ateniense posterior a las victorias en las guerras médicas, no impidió que fueran objeto de esta misma operación de remodelado que convertía a todos los pueblos del orbe en descendientes de alguno de los principales héroes de la saga helénica. La existencia del nombre de Medea, que figuraba dentro de la saga argonáutica dentro de la tradición griega, y su aparente similitud con el nombre con el que los griegos designaban a los predecesores de los persas en el dominio de Asia, los medos, constituyó así una irresistible tentación a la hora de establecer los vínculos genealógicos adecuados a la hora de integrar a este nuevo pueblo dentro del esquema griego. Ya Hesíodo hacía mención en la *Teogonía* de la existencia de su hijo Medeo, fruto de su unión con el héroe Jasón, que aparecía desvinculado de cualquier historia y podría, por tanto, constituir el punto ideal de anclaje para una genealogía semejante[146]. Sin embargo, era la propia Medea –según nos informa Heródoto, atribuyendo dicha noticia a los propios medos– la que habría dado origen a la denominación de los medos, quienes antes de su llegada se llamaban arios, si bien se indica que había llegado hasta allí desde Atenas, y sabemos por Pausanias que había llevado consigo a un hijo de este nombre, fruto de su relación con Egeo[147]. La ubicación de la mítica Eea en la Cólquide y su asignación al dominio asiático facilitaba además las cosas, ya que Medea aparece como una de las piezas clave de la supuesta argumentación persa a la hora de hacer recaer sobre los griegos la responsabilidad final de su enemistad[148].

El mismo camino fue recorrido para los persas, quienes podían ser fácilmente identificados con el nombre del héroe Perseo. Dicha asociación aparece ya presente, aunque de manera metafórica, en *Los Persas* de Esquilo, cuando se alude a la descendencia del monarca persa de una «raza de oro» en una alusión, quizás, al mito de Perseo con la forma en la que Zeus engendró al héroe en forma de lluvia de oro[149]. Si dicha hipótesis es cierta, esto significaría que la asociación de la figura de Perseo con el origen de los persas formaba parte ya del imaginario colectivo ateniense a comienzos del siglo v a.C., tal como supone Gruen. Lo que parece fuera de toda duda es que la historia como tal era ya una realidad en tiempos de

---

145 West (1997), p. 446.

146 Hes., *Theog.,* 1000. West (1966), p. 430.

147 Hdt. VII, 62; Paus., II, 3, 8.

148 Hdt. I, 2, 2.

149 A., *Pers.,* 79-80. Hall (2007), p. 114; Gruen (2011a), p. 256.

Heródoto, que relata cómo los persas cambiaron su nombre de arteos por el de persas a partir del hijo de Perseo y Andrómeda, Persa, quien fue dejado allí por su padre a causa de que Cefeo, el monarca anterior, carecía de descendencia masculina[150]. La historia de la vinculación de Perseo con el nombre de los persas y su condición de fundador epónimo habría incluso traspasado hasta los propios persas que, según Heródoto, la habrían utilizado a la hora de establecer una alianza con los argivos, ya que su ciudad era la patria originaria del héroe que les había dado el nombre[151]. Es posible que, además de la similitud aparente del nombre, también hubieran contribuido algo a esta asociación los elementos claramente orientales que aparecían en la leyenda y la representación del héroe y sus aventuras dentro del arte griego, como el rostro monstruoso de la Gorgona y la capacidad mortal de su mirada, o algunas partes de su equipación, como el saco llamado *kibisis* donde guardó la cabeza del monstruo o el instrumento con el que le cortó la cabeza[152]. El propio Heródoto señala en una ocasión que los propios persas reclamaban la ascendencia asiria original de Perseo, quien luego se había convertido en griego a diferencia de todos sus antepasados, que eran de origen egipcio, en una doble demostración de la relativa facilidad con la que dichas historias eran asumidas o utilizadas por los propios pueblos afectados dentro de esta negociación de carácter político, como en la de Argos y Jerjes ya señalado, o cultural, y quizá también del carácter ambiguo de algunos de estos héroes, como Perseo o Heracles, que podían representar facetas narrativas o incluso elementos iconográficos que hacían su aceptación o adaptación un proceso mucho más factible[153].

Estereotipos, realidades y la construcción de la historia

La percepción griega del mundo oriental, traducido desde muy temprano en la realidad política y cultural de los grandes imperios de Egipto y Mesopotamia, constituyó siempre el resultado de una extraña mezcla de fascinación y rechazo frente a un mundo más extenso, más rico y poderoso que el de los estados griegos de cualquiera de los periodos en los que ambos ámbitos estuvieron en relación, al menos hasta las conquistas de Alejandro. Los griegos se sintieron casi siempre empequeñecidos y tremendamente impresionados por la antigüedad y riqueza de estas grandes potencias que emergían ante sus ojos en la cuenca oriental del Mediterráneo y en las

---

150 Hdt. VII, 61.

151 Hdt. VII, 150. La historia fue al parecer aceptada por ambas partes a las que convenía la situación; cfr. George (1994), pp. 66-71.

152 West (1997), p. 454.

153 Hdt. VI, 54. Sobre las características orientales de Perseo, véanse Hopkins (1934); Burkert (1987b), pp. 26-34 y Gufler (2002); sobre Heracles, véanse Levy (1934); Bonnet y Jourdain-Annequin (2001) y Chiodi (2004).

tierras adyacentes del interior. El *tópos* de la sucesión de los imperios, que ya aparece diseñado en Heródoto y continúa después con Ctesias y Polibio, constituye una ilustración elocuente de esta sensación intimidatoria, ya que diseñaba un esquema de la historia en el que los griegos no desempeñaban ningún papel relevante y dejaban el protagonismo principal a los grandes imperios de Oriente[154]. Esta primacía de los imperios de Oriente sobre la propia historia griega, que quedaba siempre en un segundo lugar dentro del esquema narrativo secuencial o que tan solo podía equipararse en su época heroica, ha quedado bien reflejada en las historias universales y en el papel primordial que en ellas ha desempeñado la historia asiria[155].

Esta primera sensación de admiración e impotencia se transformó de forma radical a partir de las guerras contra los persas a comienzos del siglo v a.C., cuando la sorpresa de la victoria dio paso a un fuerte sentimiento de autoestima que iba naturalmente acompañado de la correspondiente operación de menosprecio y derogación de un adversario que se convertía, a partir de entonces, en el estereotipo fundamental del bárbaro, del no griego, sometido a un régimen de carácter despótico que no permitía la floración de las libertades individuales que definían la forma de vida griega. Sin embargo, el peso imponente de la propaganda no impidió que la percepción más directa de la realidad continuara ejerciendo su influencia a través de la imitación de unas formas de vida más lujosas y sofisticadas de las que los griegos podían permitirse, a pesar de haber resultado vencedores en el conflicto. Persia continuaba allí y seguía incidiendo de manera decisiva en la vida política de las ciudades griegas, como quedó bien patente en el resultado de la guerra del Peloponeso o en la famosa Paz del rey que imponía sus condiciones de juego a todo el mundo griego en las primeras décadas del siglo iv a.C. Las continuas embajadas a la corte persa de unos estados y otros, la elevación de los sátrapas más occidentales del imperio a la categoría de protagonistas, como Farnabazo y Tisafernes, la proliferación de tratados sobre Persia dentro de la literatura griega o los encendidos alegatos de algunos oradores contra el que consideraban el enemigo primordial, constituyen claros indicios de esta abrumadora permanencia del Imperio persa como horizonte referencial dentro de la vida griega.

El mundo oriental fue siempre, a fin de cuentas, un gran desconocido para la gran mayoría de los griegos. La fascinación de la distancia funcionó primero en las dos direcciones, la de la emulación de las elites y la del rechazo moralista de quienes consideraban que la entereza en este terreno constituía la única defensa contra la absorción total, como nos revelan algunas manifestaciones de los poetas y filósofos del periodo arcaico. La conquista persa de las ciudades jonias y su integración dentro del Imperio aqueménida favoreció un mejor conocimiento de las realidades orientales, posibilitando

154 Mendels (1981).
155 Drews (1965).

quizá una mayor movilidad de sus especialistas y sus elites por las rutas bien custodiadas y organizadas que unían las diferentes satrapías. Sin embargo, para los griegos continentales, que experimentaron la presencia persa en forma de agresión armada o a través de la visita de embajadores y legados, el grado de exotismo y extrañeza no hizo más que aumentar dentro de la percepción global mediante la contemplación de los botines conseguidos en las batallas o de la propia percepción de la forma de vida persa en su aspecto más estrafalario y excepcional. El relato de Heródoto no se explica bien del todo sino como un intento perspicaz de relativizar tales diferencias y de circular mejor pertrechado en medio de los estereotipos y de la propaganda oficial que trataban de construir una auténtica frontera ideológica y mental, a la par que física, entre los dos mundos confrontados.

Sin embargo, la actitud de Heródoto no fue ni mucho la habitual, tal como podemos percibir a través de los calificativos de filobárbaro con que le obsequió posteriormente un autor como Plutarco, emblemático defensor de las esencias del helenismo. Lo más habitual fue convertir el Oriente en el paradigma de la alteridad política y en un escenario lejano y exótico donde podían acontecer toda clase de intrigas y crueldades, un mundo en el que personajes como los eunucos y las mujeres desempeñaban un protagonismo inusual y desfavorable, y en una tierra de maravillas, apta para situar en ella todo tipo de fabulaciones, tal como podemos apreciar en la obra de Ctesias. La fractura entre los dos ámbitos, Oriente y Occidente, Asia y Europa, griegos y bárbaros, se había ya producido de forma irremediable, y resultan ciertamente elocuentes el desinterés de los filósofos por el sistema político persa en un tiempo de reflexión acerca de la forma mejor de gobierno y la continuidad de los esquemas establecidos por Ctesias, un privilegiado y excepcional testimonio, a pesar de que fueron muchos los que viajaron realmente hasta el Oriente formando parte de la expedición de Alejandro. Los avances conseguidos en el conocimiento del medio debieron de ser formidables, y, a pesar de nuestra ignorancia al respecto debido al espectacular naufragio de la literatura helenística, por lo que podemos deducir a partir de los fragmentos conservados o de los ecos dejados en autores posteriores como Plutarco o Arriano parece que, sin embargo, la fuerza patente de los estereotipos forjados superó con creces a cualquier intento serio y objetivo de reflejar la realidad. El hecho de que la leyenda de Alejandro acentuara aspectos como la existencia de pueblos y tierras fabulosos en aquellos confines, la reubicación geográfica de determinados puntos de la leyenda griega como la roca de Prometeo o la patria natal de Dioniso, o el encuentro paradigmático con sabios locales, egipcios, babilonios o indios que ponían a prueba la entidad moral y filosófica del conquistador, parece suficientemente revelador de las consecuencias de la conquista en el terreno de las mentalidades colectivas[156].

---

[156] Sobre la importancia de estos temas en la leyenda de Alejandro, véase Stoneman (2008).

La presencia de numerosos griegos dentro de los territorios del Imperio seléucida no sirvió para mejorar esta clase de percepciones colectivas, dada la concentración de los principales centros de poder en el entorno del Mediterráneo, donde se hallaban situadas las grandes capitales, y el surgimiento de una frontera más real y efectiva con la irrupción de los partos y la creación de un vacío de conocimientos que obras como la de Apolodoro de Artemita trataban, sin demasiado éxito, de poner remedio. De hecho, la percepción de Oriente en la literatura posterior, especialmente en la literatura de ficción que representa la novela, lo convierte en un escenario ideal, exótico, lejano y misterioso, en el que situar de forma apropiada las aventuras, a veces disparatadas y estrafalarias, de sus protagonistas. La perversidad de sus magos, el exotismo de sus paisajes y sus gentes, la extrañeza de sus costumbres, hizo de Oriente el escenario favorito de los autores de este género, en unas obras que iban dirigidas a un público urbano que habitaba en las ciudades del Imperio romano y contemplaba, de nuevo desde la fascinación de la distancia, un mundo situado más allá de los horizontes habituales[157]. El hecho de que el nuevo enfrentamiento de romanos y persas, esta vez los sasánidas, pudiera ser enfocado otra vez desde los antiguos parámetros heroicos que habían caracterizado las guerras médicas como una lucha sin cuartel entre Oriente y Occidente, un Occidente ahora representado por Roma, y el anquilosamiento de los conocimientos reflejado en las obras históricas del periodo constituyen una ilustración evidente de la pervivencia y continuidad de los viejos estereotipos[158].

La realidad histórica, siempre mucho más enrevesada y compleja que la relativa simplicidad de los estereotipos, revela que nunca existió una clara barrera divisoria, al menos de carácter geográfico, entre un mundo oriental heterogéneo y cambiante que se visualizaba sobre todo a través de las grandes sedes de poder como Nínive, Babilonia, Susa o Menfis y de las grandes conquistas llevadas a cabo por sus soberanos más destacados, y un mundo griego igualmente heterogéneo y disperso por toda la cuenca del Mediterráneo cuyos horizontes y proezas resultaban mucho más limitados. La presencia, bien probada por la arqueología, de comunidades egeas en las costas occidentales de Asia Menor desde al menos el periodo final de la Edad del Bronce y, con mayor extensión e intensidad, a partir de los primeros siglos del primer milenio a.C., y el constante intercambio de materias y productos, seguramente también de individuos, en mayor o menor escala, dentro de todo este ámbito, avalan la existencia de contactos continuados que dieron lugar a los procesos de interacción consiguientes entre uno y otro mundo sin que ninguna clase de frontera, física, mental o lingüística pudiera obstaculizarlos. El carácter de las identidades

[157] Baslez (1992) y Romm (2008).
[158] Dignas (2007).

étnicas o culturales, mucho más fluido y menos compacto que el de tiempos más recientes, contribuyó también de forma decisiva a propiciar esta situación. La relativa frecuencia y facilidad de los viajes, sobre todo por mar, el estímulo competitivo y diferenciador de las elites, la existencia de contextos bilingües en muchos de los lugares habitados por los griegos de manera más o menos estable, como la propia Pitecusas, y la existencia bien probada, al menos en Oriente, de círculos de especialistas itinerantes capaces de trasladar técnicas y procedimientos, tanto materiales como espirituales, completan este panorama.

Oriente fue casi siempre el foco principal de atracción y atención para los griegos, a pesar de su temprana presencia en las áreas más occidentales del Mediterráneo, prácticamente hasta la emergencia de Roma en el horizonte y su apabullante expansión por todo el mundo habitado. Los grandes imperios, y con ellos también las grandes oportunidades y los grandes peligros, se hallaban situados en esta dirección. Durante buena parte de su historia el mundo griego giró casi constantemente alrededor de este eje, actuando casi siempre desde la periferia de un mundo cuyos centros de decisión y poder se hallaban muy lejos de su territorio. El poder, la riqueza y la sabiduría procedían siempre de allí y sus destellos o sus consecuencias más tangibles, vehiculadas de forma más o menos directa hasta los ambientes griegos, estimularon siempre una serie de respuestas complejas que no se limitaron a la simple recepción pasiva de sus resultados. De la fascinación al rechazo se abría una amplia y variada gama de reacciones puntualmente condicionada por la oportunidad o la fuerza de las circunstancias. Del apego entusiasta por la forma de vida lujosa que proclama Safo al aparente desdén hacia ese mundo que demuestran en sus afirmaciones otros poetas como Arquíloco o Jenófanes. La variedad de respuestas se percibe bien a través, una vez más, de las páginas de Heródoto, que nos dibuja un perfecto conglomerado de los distintos grados de proximidad o distancia con que afrontaban los griegos su encuentro con Oriente, saltando por encima de los estereotipos y las diferencias. Sin embargo, a pesar de todo, estas últimas existían, y solo hizo falta la agresión persa, con el paso del temor absoluto de la sumisión a la exultante sensación de la victoria inesperada, para que estas se agrandaran hasta el máximo como resultado de la propaganda y el orgullo patriótico.

Oriente, un Oriente más ficticio que real, resultado de la construcción ideológica más que de la observación neutral y desapasionada de otras comunidades con formas de vida algo diferentes, emergió así en el horizonte griego con una fuerza imparable que ni las experiencias personales de quienes viajaron hasta allí, como los embajadores, los numerosos mercenarios griegos al servicio de los persas o todos los componentes de la expedición de Alejandro, fueron capaces de cambiar de forma sustancial, al menos por lo que respecta a la pervivencia del estereotipo tal como ha quedado reflejado dentro de la tradición literaria conservada hasta noso-

tros. Toda la historia posterior se ha construido sobre este estereotipo, desde la Antigüedad hasta nuestros días, sin que los esfuerzos de Heródoto por relativizarlo, los intentos de variar su imagen por Manetón o Beroso, la innegable presencia de numerosos elementos orientales dentro de la cultura griega que fueron integrados y articulados dentro de sus propios esquemas sin aparentes suturas, o el desesperado intento de revertir la situación que han protagonizado más recientemente Martin Bernal y sus seguidores hayan conseguido desmontarlo. La lectura más atenta de los testimonios disponibles, su incremento a través de las fuentes orientales y los hallazgos arqueológicos, la atención preferente de estudiosos ilustres dentro del ámbito del mundo clásico, como Walter Burkert o Martin West, y una más estrecha colaboración entre especialistas de uno y otro campo pueden contribuir de forma decisiva a variar sustancialmente dicho panorama. Solo los esquemas y los prejuicios ideológicos, algunos de ellos generados ya entre los propios griegos, que inventaron la idea de un Oriente ajeno y extraño en abierto contraste con una idea de Grecia y de Atenas triunfalista y arrolladora, construidas sobre la victoria en el enfrentamiento con los persas, han permitido establecer esta dicotomía radical entre dos mundos seguramente muy diferentes pero que, en numerosas ocasiones, se hallaron mucho más cerca y en contacto de lo que hemos supuesto hasta ahora[159].

[159] En este sentido, Wiesehöfer (2005), pp. 27-45.

ÍNDICE DE CITAS

A.: Esquilo, autor ateniense de tragedias del siglo V a.C.
Abyd.: Abideno, historiador griego del siglo III a.C. autor de una historia caldea y asiria.
Alc.: Alceo, poeta griego del siglo VI a.C.
And.: Andócides, orador ateniense de la segunda mitad del siglo V a.C.
Apollod.: Apolodoro, autor ateniense del siglo II a.C. que compuso un tratado mitográfico.
A. R.: Apolonio de Rodas, poeta helenístico, autor de un poema sobre los Argonautas.
Archil.: Arquíloco, poeta griego del siglo VII a.C.
Ar.: Aristófanes, autor ateniense de comedias de la segunda mitad del siglo V a.C.
Arr.: Arriano, historiador griego del siglo II d.C. autor de una obra sobre Alejandro.
B.: Baquílides, poeta griego del siglo V a.C. autor de poemas encomiásticos.
Beros.: Beroso, sacerdote babilonio autor de una historia de su país en griego en el siglo III a.C.
D. H.: Dionisio de Halicarnaso, historiador griego del siglo I a.C.
D. L.: Diógenes Laercio, autor griego del siglo III d.C. que compuso las vidas de los filósofos.
D. S.: Diodoro, historiador griego del siglo I a.C. autor de una historia universal.
E.: Eurípides, autor ateniense de tragedias del siglo V a.C.
Eus.: Eusebio de Cesarea, autor griego del siglo IV d.C. que compuso una Crónica histórica.
Hellanic.: Helánico de Lesbos, autor griego del siglo V a.C. autor de diversas historias.

Hdt.: Heródoto, historiador griego del siglo v a.C.
Hes.: Hesíodo, poetas griego del siglo vii a.C. autor de una Teogonía y de otros poemas.
Isoc.: Isócrates, orador griego del siglo iv a.C.
Minm.: Mimnermo, poeta griego del siglo vii a.C.
Nic. Dam.: Nicolás de Damasco, historiador griego del siglo i a.C.
Paus.: Pausanias, autor de una guía de Grecia en el siglo ii d.C.
Phot.: Focio, patriarca bizantino del siglo ix d.C. recopilador de la literatura antigua.
Pi.: Píndaro, poeta griego del siglo v a.C.
Plb.: Polibio, historiador griego del siglo ii a.C.
Plu.: Plutarco, autor griego del siglo i-ii d.C. que compuso biografías históricas.
Polyaen.: Polieno, autor de una sobra sobre estratagemas bélicas en el siglo ii d.C.
Sapph.: Safo, poetisa griega del siglo vi a.C.
S.: Sófocles, autor ateniense de tragedias del siglo v a.C.
Stesich.: Estesícoro, poeta griego del siglo vi a.C.
Str.: Estrabón, autor griego de una geografía en el siglo i a.C.
Th.: Tucídides, historiador ateniense del siglo v a.C.
Tyrt.: Tirteo, poeta espartano del siglo vii a.C.
X.: Jenofonte, historiador griego del siglo v-iv a.C. Autor de diversas obras.
Xanth.: Janto de Lidia, autor de historias locales del siglo v a.C.
Xenoph.: Jenófanes, poeta griego del siglo vi a.C.

FGrHist: *Fragmente der griechischen Historiker* (Fragmentos de los historiadores griegos perdidos), obra de Felix Jacoby.
PMG: *Poetae Melici Graeci,* colección de los fragmentos líricos a cargo de D. L. Page.
Tod: *Greek Historical Inscriptions* a cargo de M. N. Tod

La citación se hace con arreglo al Liddell-Scott-Jones, *Greek-English Lexicon.*

BIBLIOGRAFÍA

ABUSCH, T. (2001), «The Epic of Gilgamesh and the Homeric Epics», en Whiting (2001), pp. 1-6.

AGOURIDES, C. (1997), «Sea Routes and Navigation in the Third Millennium Aegean», *Oxford Journal of Archaeology* 16, pp. 1-24.

ALONSO NUÑEZ, J. M. (1989), «Un historien entre deux cultures: Apollodore d'Artémita», en M. M. Mactoux y E. Geny (eds.), *Mélanges Pierre Lévêque, vol. 2, Anthropologie et societé,* París, pp. 1-6.

ALTMAN, A. (1988), «Trade between the Aegean and and the Levant in the Late Bronze Age. Some Neglected Questions», en M. Heltzer y E. Lipinski (eds.), *Society and Economy in the Eastern Mediterranean (c. 1500-1000 B.C.),* Lovaina, pp. 229-237.

AMANDRY, P. (1965), «Orfévres grecs à la cour du Grand Roi?», en *Le Rayonnement des civilizations grecque et romaine sur les cultures périphériques,* París, pp. 581-587.

AMBAGLIO, D. (1980), *L'opera storiografica di Ellanico di Lesbo,* Pisa.

AMPOLO, C. (1997), *Storie greche. La formazione della moderna storiografia sugli antichi Greci,* Turín.

AMPOLO, C. y BRESCIANI, E. (1988), «Psammetico re d' Egitto e il mercenario Pedon», *Egitto e Vicino Oriente* 11, pp. 237-253.

ANDRÉ, J. M. y BASLEZ, M. F. (1993), *Voyager dans l'Antiquité,* París.

ARAVANTINOS, V. (2001), «Contenu, contexte et fonction du trésor du palais mycénien de Thèbes (Béotie): une approche économique et administrative», *Ktema* 26, pp. 87-99.

ARNAUD, P. (2005), *Les routes de la navigation antique. Itinéraires en Méditerranée,* París.

ARO, S. y WHITING, R. M. (eds.) (2000), *The Heirs of Assyria. Melammu Symposia* I, Helsinki.

ARRIGHETTI, G. (1966), «Cosmologia mitica di Omero e Esiodo», *Studi Classici e Orientali* 15, pp. 1-60.

Aruz, J. (2008), *Marks of Distinction: Seals and Cultural Exchange between the Aegean and the Orient (ca. 2600- 1360 B.C.),* Mainz.
Arvidsson, S. (2006), *Aryan Idols: Indoeuropean Mythology as Ideology and Science,* trad. ingl., Chicago.
Asheri, D. (1983), *Fra ellenismo e iranismo. Studi sulla società e cultura di Xanthos nella età achemenide,* Bolonia.
Assmann, J. (2001), «Sapienza e mistero. L'immagine greca della cultura egiziana», en Settis (2001), pp. 411-469.
Astour, M. C. (1967), *Hellenosemitica: An Ethnic and Cultural Study in West Semitic Impact on Mycenaean Greece,* Leiden. *Atti del Convegno sul tema: La Persia e il mondo greco-romano* (1966), Roma 11-14 aprile 1965, Roma.
Attridge, H. W. y Oden, R. A. (1981), *Philo of Biblos. Phoenician History. Introduction, Critical Text, Translation, Notes,* Washington.
Austin, M. M. (1970), *Greece and Egypt in the Archaic Age,* The Cambridge Philological Society.
Austin, M. (1990), «Greek Tyrants and the Persians, 546-479 B.C.», *Classical Quarterly* 40, 2, pp. 289-306.
Bachhuber, C. (2006), «Aegean Interest on the Ulu Burun Ship», *American Journal of Archaeology* 110, pp. 345-363.
Bachvarova, M. R. (2005), «The Eastern Mediterranean Epic Tradition from Bilgamesh and Akka to the Song of Release to Homer's Iliad», *Greek, Roman and Byzantine Studies* 45, pp. 131-153.
Backhaus, W. (1976), «Der Hellenen-Barbaren-Gegensatz und die hippokratische Schrift *peri aeron hudaton topon*», *Historia* 25, pp. 170-185.
Badian, E. (1993), *From Plataea to Potidaea. Studies in the History and Historiography of the Pentecontaetia,* Baltimore y Londres, The Johns Hopkins University Press.
Balcer, J. M. (1978), «Alexander's Burning of Persepolis», *Iranica Antiqua* 13, pp. 119-133.
— (1991), «The East Greeks under Persian Rule: a Reassessment», en Sancisi-Weerdenburg y Kuhrt (1991), pp. 57-65.
— (1995), *The Persian Conquest of the Greeks 545-450 BC,* Konstanz.
Baldriga, R. (1994), «Mopso tra Oriente e Grecia. Storia di un personaggio di frontera», *Quaderni Urbinati di Cultura Classica* 46, 1, pp. 35-71.
Ballabriga, A. (1986), *Le soleil et le Tartare. L'image mythique du monde en Grèce archaique,* París.
Barber, E. J. W. (1991), *Prehistoric Textiles. The Development of Cloth in the Neolithic and Bronze Ages with Special Reference to the Aegean,* Princeton.
Barbieri, A. (1951), «Influssi orientali sul pensiero di Platone e dell'antica Academia», *Sophia* 19, pp. 63-70.
Barnett, R. D. (1956), «Ancient Oriental influences on archaic Greece» en Weinberg (1956), pp. 212-238.
— (1975a), «Phrygia and the Peoples of Anatolia in the Iron Age» en *The Cambridge Ancient History, II, part 2,* Cambridge, pp. 417-442.

— (1975b), «The Sea Peoples» en *The Cambridge Ancient History II, Part 2 The Middle East and the Aegean Region c. 1380 -1000 BC,* Cambridge, pp. 359-378.

Baslez, M. F. (1992), «De l'histoire au roman: La Perse de Chariton», en M. F. Baslez, P. Hoffmann y M. Trédé (eds.), *Le monde du roman grec. Actes du Colloque internationale tenu à l'École Normale Supérieure (Paris 17-18 décembre 1987),* París, pp. 199-212.

Bass, G. F. (1987), «Oldest known Shipwreck reveals splendours of the Bronze Age», *National Geographic* 172, pp. 692-733.

— (1997), «Prolegomena to a Study of Maritime Traffic in Raw materials to the Aegean during the Fourteenth and thirteenth centuries B.C.», en R. Laffineur y P. P. Betancourt (eds.), *TECHNE. Craftsmen, Craftswomen and Craftsmanship in the Aegean Bronze Age,* Aegaeum 16, Lieja- Austin, pp. 153-170.

— (1998), «Sailing between the Aegean and the Orient in the second millennium B.C.», en Cline y Harris-Cline (1998), 183-191.

Bats, M. y D'Agostino, B. (eds.) (1998), *Euboica. L'Eubea e la presenza euboica in Calcidica e in Occidente. Atti del Convegno internazionale di Napoli, 13-16 novembre 1996,* Nápoles.

Baumgarten, A. I. (1981), *The Phoenician History of Philo of Biblos,* Leiden.

Baurain, Cl. (1986), «Portées chronologique et géographique du terme Phénicien», en C. Bonnet, E. Lipinsky y P. Marchetti (eds.), *Religio Phoenicia, Studia Phoenicia* IV, Namur, pp. 7-28.

— (1994), «Chypre et l'Égée à l'âge du Bronze. Trafics de biens et d'idées, migrations», *Cahiers de Clio* 120, pp. 17-51.

— (1997), *Les grecs et la Mediterranée orientale. Des siècles obscurs à la fin de l'époque archaïque,* París.

Baurain, Cl.; Bonnet, C. y Krings, V. (eds.) (1988), *Phoinikeia Grammata: lire et écrire en Méditerranée,* Actes du Colloque de Liège, 1988, Namur.

Beckman, G.; Beal, R. y Macmahon, G. (eds.) (2003), Hittite Studies in Honor of Harry A. Hoffner Jr. with Occasion of His 65th Birthday, Winona Lake.

Bell, C. (2005), «Wheels within wheels? A View of Mycenaean Trade from the Levantine Emporia», en Laffineur y Greco (2005), pp. 363-369.

Bennet, J. (1997), «Homer and the Bronze Age», en Morris y Powell (1997), pp. 511-533.

Bentley, J. H. (1993), *Old World Encounters: Cross Cultural Contacts and Exchanges in Pre-modern Times,* Nueva York.

Benveniste, E. (1966), «Relations lexicales entre la Perse et la Grèce ancienne» en *La Persia e il Mondo Greco-Romano,* Roma, pp. 479-487.

Bernabé, A. (1986), «Hetitas y aqueos», *Estudios Clásicos* 90, pp. 123-137.

— (1995), «Influences orientales dans la litterature grecque: quelques réflexions de méthode», *Kernos* 8, pp. 9-22.

Bernand, A. (1994), *Leçon de civilisation,* París.

Bertrand, J. M. (1992), *Inscriptions historiques grecques,* París.

Besso Mussino, G. (2000), «Il miragio indiano tra Oriente e Occidente: prospettive su Megastene», en Sordi (2000), pp. 111-121.
Betalli, M. (1995), *I mercenari nel mondo Greco 1. Dalle origine alla fine del V secolo a.C.,* Pisa.
Bichler, R. (2007), «Herodots Historien unter dem Aspect der Raumerfassung», en M. Rathmann (ed.), *Wahrnehmung und Erfassung geographischer Räume in der Antike,* Mainz, pp. 67-80.
Bidez, J. (1945), *Eos ou Platon et l'Orient,* Bruselas.
Bidez, J. y Cumont, F. (1938), *Les mages hellénisés. Zoroastre, Ostanès et Hystaspe d'après la tradition grecque,* París.
Bietak, M. (1992), «Minoan wall paintings unearthed in ancient Avaris», *Egyptian Archaeology. The Bulletin of the Egypt Exploration Society* 2, pp. 26-28.
— (1995), «Connections between Egypt and the Minoan World: New Results from Tell el-Dab'a/Avaris», en Davies y Schofield (1995), pp. 19-28.
— (1996), *Avaris: The Capital of the Hyksos,* Londres.
— M. (ed.) (2001), *Archaische griechische Tempel und Altägypten,* Viena.
Bietak, M. y Marinatos, N. (1995), «The Minoan Wall Paintings from Avaris», *Ägypten und Levante* 5, pp. 49-62.
Bietenholz, P. G. (1994), *Historia and Fabula. Myths and Legends in historical Thought from Antiquity to the modern Age,* Leiden.
Bing, J. D. (1971), «Tarsus: A Forgotten Colony of Lindos», *Journal of Near Eastern Studies* 30, pp. 99-109.
Birmingham, J. M. (1961), «The Overland Route across Anatolia in the eighth and seventh centuries B.C.», *Anatolian Studies* 11, pp. 185-195
Bittel, K. (1963), *Phrygische Kultbild aus Bogazköy, Antike Plastik II,* Berlin.
Blok, J. H. (1996), «Proof and Persuasion in Black Athena: The Case of K. O. Müller», *Journal of the History of Ideas* 57, 4, pp. 705-724.
Boardman, J. (1967), *Pre-Classical Art,* Nueva York.
— (1980), *The Greeks Overseas. Their Early Colonies and Trade,* nueva ed., Londres.
— (1999), «Al-Mina and History», *Oxford Journal of Archaeology* 9, pp. 169-190.
— (1997), «The Early Greek Sherd at Nineveh», *Oxford Journal of Archaeology* 16, 3, p. 375.
— (1999), «The excavated history of Al-Mina», en Tsetskhladze (1999), pp. 135-161.
— (2000), *Persia and the West. An Archaeological Investigation of the Genesis of Achaemenid Art,* Londres.
— (2002), «Greeks and Syria: Pots and People» en Tsetskhladze y Snodgrass (2002), pp. 1-16.
Boedeker, D. (1988), «Protesilaus and the End of Herodotus' Histories», *Classical Antiquity* 7, pp. 30-48.
Boffo, L. (1983), *La conquista persiana delle città greche d'Asia Minore,* Memorie della Classe di Scienze Morali e Storiche dell'Accademia dei Lincei, 26/1, Roma.

Bolter, J. (1980), «Friedrich August Wolf and the Scientific Study of Antiquity», *Greek, Roman, and Byzantine Studies* 21, 1, pp. 83-99.

Bonimovitz, S. (1998), «On the Edge of Empires: Late Bronze Age (1500-1200 B.C.E.)», en T. E. Levy (ed.), *The Archaeology of Society in the Holy Land,* Londres, pp. 320-331.

Bonnet, C. y Jourdain-Annequet, C. (2001), «Images et fonctions d'Héracles: les modèles orientaux et leurs interpretations», en Ribichini, Rocchi y Xella (2001), 195-223.

Borger, R. (1956), *Die Inschriften Asarhaddons Königs von Assyrien,* Viena.

Borza, E. N. (1972), «Fire from Heaven: Alexander at Persepolis», *Classical Philology* 67, 4, pp. 233-245.

Bosworth, A. B. (1980), «Alexander and the Iranians», *The Journal of Hellenic Studies* 100, pp. 1-21.

— (1996), *Alexander and the East. The Tragedy of Triumph,* Clarendon Press, Oxford.

Bourguignon, A. (2010), «Les origines de l'alphabet grec: status quaestionis», *Les Études Classiques* 78, pp. 97-133.

Bourriot, F. (1981), «L'empire achémenide et les rapports entre grecs et perses dans la literature grecque du V siècle», *L'Information Historique* 43, pp. 21-30.

Bovon, A. (1963), «La representation des guerriers perses et la notion de barbare dans la 1 re moitié du V siècle», *Bulletin du Correspondance Hellénique* 87, pp. 579-602.

Bowden, H. (1996), «The Greek Settlement and Sanctuaries at Naukratis: Herodotus and Archaeology», en M. H. Hansen y K. A. Raaflaub (eds.), *More Studies in the Ancient Greek Polis,* Stuttgart, 17-37.

— (1998), «Great and Wonderful Deeds: The Changing Historiography of the Persian Wars», *Dialogos. Hellenic Studies Review* 5, pp. 101-110.

Bowersock, G. W. y Cornell, T. J. (eds.) (1994), *A. D. Momigliano. Studies on Modern Scholarship,* Berkeley-Los Ángeles.

Bowra, C. M. (1952), *Heroic Poetry,* Londres.

Braun, T. F. R. G. (1982a), «The Greeks in Egypt» en *The Cambridge Ancient History, III part 3,* Cambridge, pp. 32-57.

Braun, T. F. R. G. (1982b), «The Greeks in the Near East», en *The Cambridge Ancient History, III, part 3,* Cambridge, pp. 1-31.

Bremmer, J. (2008), «Balaam, Mopsus and Melampous: Tales of Travelling Seers», en J. Bremmer, *Greek Religion and Culture, The Bible and the Ancient Near East,* Leiden, pp. 133-151.

Briant, P. (1987), «Pouvoir central et polycentrisme culturel dans l'empire acheménide. Quelques réflexions et suggestions», en Sancisi-Weerdenburg (1987), pp. 1-31.

— (1990), «The Seleucid Kingdom, the Achaemenid Empire and the History of the Near East in the First Millennium B.C.», en P. Bilde, T. Engberg-Pedersen, L. Hannestad y J. Zahle (eds.), *Religion and Religious Practice in the Seleucid Kingdom,* Studies in Hellenistic Civilisation I, Aarhus, pp. 40-65.

— (1996), *Histoire de l'empire perse. De Cyrus à Alexandre,* París.
— (2001a), «Histoire et archéologie d'un texte: La lettre de Darius à Gadatas entre Perses, Grecs et Romains», en M. Georgieri, M. Salvini, M. C. Tremouille y P. Vanicelli (eds.), *Licia e Lidia prima dell'ellenizazione.* Atti del Convegno Internazionale 11-12 octobre, Roma 1999, Roma.
— (2001b), «History and Ideology: The Greeks and Persian Decadence», en T. Harrison (ed.), *Greeks and Barbarians,* Edinburgh University Press, pp. 189-210.
— (2010), *Alexander the Great and his Empire* (trad. ingl. con modificaciones y un capítulo añadido), Princeton, Princeton University Press.
Bridges, E.; Hall, E. y Rhodes, P. J. (eds.) (2007), *Cultural Responses to the Persian Wars: Antiquity to the Third Millenium,* Oxford.
Brillante, C. (2001), «Eroi orientali nelle genalogie greche», en Ribichini, Rocchi y Xella (2001), pp. 255-279.
Brinkman, J. A. (1989), «The Akkadian Words for "Ionia" and "Ionian"», en Sutton (1989), pp. 53-71.
Brixe, C. y Lejeune, M. (1984), *Corpus des inscriptions paléo-phrygiennes,* París.
Brosius, M. (2002), «Alexander and the Persians», en J. Roisman (ed.), *The Brill Companion to Alexander the Great,* Leiden, pp. 169-193.
— (2005), «*Pax persica:* Königliche Ideologie und Kriegführung im Achämenidenreich», en B. Meissner, O. Schmitt y M. Sommer (eds.), *Krieg-Gessellschaft-Institutionen: Beiträge zu einer vergleichenden Kriegsgeschichte,* Stuttgart, pp. 135-161.
Brown, R. B. (1984), «Greeks in Assyria: Some overlooked Evidence», *Classical World* 77, 5, pp. 300-303.
Brown, T. S. (1988), «Herodotus' Travels», *Ancient World* 17, pp. 67-75.
Bryce, T. R. (1989), «Ahhiyawans and Mycenaeans. An Anatolian viewpoint», *Oxford Journal of Archaeology* 8, pp. 297-310.
— (2001), *El reino de los hititas,* trad. cast., Madrid.
— (2003), *Letters of the Great Kings of the Ancient Near East. The Royal Correspondence of the Late Bronze Age,* Londres.
— (2003), «Relations between Hatti and Ahhiyawa in the Last Decades of the Bronze Age», en Beckman, Beal y MacMahon (2003), pp. 59-72.
— (2006), *The Trojans and their neighbours,* Londres.
Bunnens, G. (1979), *L'expansion phénicienne en Méditerranée,* Bruselas.
— (1986), «I Filistei e le invasioni dei Popoli del Mare», en D. Musti (ed.), *Le origine dei Greci. Dori e mondo egeo,* Bari, pp. 227-256.
Burkert, W. (1983a), «Oriental Myth and Literature in the Iliad», en Hägg (1983), pp. 51-56.
— (1983b), «Itinerant Diviners and Magicians: A neglected Element in Cultural Contacts», en Hägg (1983), pp. 115-119.
— (1987a), *Ancient Mystery Cults,* Cambridge Mass.
— (1987b), «Oriental and Greek Mythology: The Meeting of Parallels», en J. Bremmer (ed.), *Interpretations of Greek Mythology,* Londres, pp. 10-40.
— (1991), «Homerstudien und Orient» en *Zweihundertjahre Homersforschung. Colloquium Rauricum,* Stuttgart, pp. 155-181.

— (1992), *The Orientalizing Revolution. Near Eastern Influence on Greek Culture in the Early Archaic Age,* trad. ingl., Cambridge Mass.
— (1995), «Lydia between East and West or how to date the Trojan War: A Study in Herodotus», en Carter y Morris (1995), pp. 139-148.
— (1998), «La via fenicia e la via anatolica: ideologie e scoperte fra oriente e occidente», en *Convegno per Santo Mazzarino, Roma 9-11 Maggio 1991,* Roma, pp. 55-73.
— (2001), «La religione greca all'ombra dell'Oriente: I livelli dei contatti e dei influssi» en Ribichini, Rocchi y Xella (2001), pp. 21-30.
— (2004a), *Babylon, Memphis, Persepolis. Eastern Contexts of Greek Culture,* trad. ingl., Cambridge Mass. (versión cast. con el título *De Homero a los magos. La tradición oriental en la cultura griega,* Barcelona, 2002).
— (2004b), «Gyges to Croesus. Historiography between Herodotus and Cuneiform», en Panaino y Piras (2004), pp. 41-54.
— (2005), «Near Eastern Connections», en J. M. Foley (ed.), *A Companion to Ancient Epic,* Oxford, pp. 291-301.
Burns, B. E. (2010a), *Mycenaean Greece, Mediterranean Commerce, and the Formation of Identity,* Cambridge.
— (2010b), «Trade», en Cline (ed.) (2010), pp. 291-304.
Burstein, S. M. (1978), *The Babyloniaca of Berossus,* Sources and Monographs of the Ancient Near East, Malibu.
— (1996a), «The Debate over Black Athena», *Scholia* 5, pp. 3-16.
— (1996b), «Greek Contact with Egypt and the Levant: ca. 1600-500 BC. An Overview». *The Ancient World* 27, 1, pp. 20-28.
— (2009), «Hecataeus of Miletus and the Greek Encounter with Egypt», *Ancient West & East* 8, pp. 133-146.
Bustenay, O. (1979), *Mass Deportations and Deportees in the Neo-Assyrian Empire,* Wiesbaden.
Butler, E. M. (1935), *The Tyranny of Greece over Germany. A Study of the Influence exercised by Greek Art and Poetry over the Great German Writers of the eighteenth, nineteenth and twentieth centuries,* Cambridge.
Cagnazzi, S. (2001), *Gli esili in Persia,* Bari.
Cameron, M. A. S. (1968), «Unpublished Paintings from the "House of the Frescoes" at Knossos», *Annual of the British School at Athens* 63, pp. 1-31.
Canali de Rossi, F. (2007), *I Greci in Medio Oriente ed Asia Centrale. Dalla fondazione dell'impero persiano fino alla spedizione di Alessandro Magno (550-336 a.C. circa),* Roma.
Cantarella, R. (1966), «La Persia nella letteratura greca», en *La Persia e il mondo greco-romano* (1966), pp. 489-501.
Caratini, R. (2002), *L'Égyptomanie, une imposture,* París.
Carrez-Maratray, J. Y. (2005), «Réflexions sur l'accès des grecs au litoral égyptien aux époques saïte et perse», *Topoi* 12-13, 1, pp. 193-205.
Carruba, O. (1995), «La Grecia e l'Egitto nel II milenio», *Rendiconti dell'Istituto Lombardo, Classe di lettere e scienze morali e storiche* 129, pp. 148-151.

CARTER, J. B. y MORRIS, S. P. (eds.) (1995), *The Ages of Homer. A Tribute to Emily Towsend Vermeule,* Austin.
CASSIO, A. C. (1998), «La cultura euboica e lo sviluppo dell'epica greca», en Bats y D'Agostino (1998), pp. 11-22.
CASSOLA, F. (1997), «Rapporti tra Greci e Frigi al tempo di Mida», en Gusmani, Salvini y Vannicelli (1997), pp. 131-152.
CASSON, L. (1991), *The Ancient Mariners. Seafarers and Seafighters of the Mediterranean in Ancient Times,* Princeton, 2.ª ed.
CASTLEDEN, R. (2005), *Myceaneans,* Londres.
CAUBET, A. (1998), «The International Style: A point of View from the Levant and Syria», en Cline y Harris-Cline (1998), pp. 105-111.
CAVANAGH, W. y MEE, C. (1998), *A private Place: Death in Prehistoric Greece,* Studies in Mediterranean Archaeology 125, Jonsered.
CAWKWELL, G. (2005), *The Greek Wars. The Failure of Persia,* Oxford.
CEAUÇESCU, G. (1991), «Un topos de la littérature Antique: l'éternelle guerre entre l'Europe et l'Asie», *Latomus* 50, 2, pp. 327-341.
CERAM, C. W. (1962), *El misterio de los hititas,* trad, cast. Barcelona.
CHAMBERS, M. (1990), «Ernst Curtius», en W. W. Briggs y W. M. Calder (eds.), *Classical Scholarship. A biographical encyclopedia,* Nueva York-Londres, pp. 37-41.
CHERRY, J. F. (2009), «Sorting out Crete's Prepalatial Off-Island Interactions», en Parkinson y Galaty (2009), pp. 107-140.
CHIODI, S. M. (2004), «Eracle tra Oriente e Occidente», en Panaino y Piras (2004), Milán, pp. 93-116.
CHRIST, K. (1972), *Von Gibbon zu Rostovzeff,* Darmstadt.
CIANCAGLINI, C. A. (1999), «Alessandro e l'incendio di Persepoli nelle tradizioni greca e iranica», en A. Valvo (ed.), *La diffusione dell'eredità classica nell'età tardoantica e medievale. Forme e modi di trasmissione.* Atti del Seminario Nazionale (Trieste, 19-20 settembre 1996), Alessandria, pp. 59-81.
CIFOLA, B. (1988), «Ramses III and the Sea Peoples: A Structural Analysis of the Medinet Habu Inscriptions», *Orientalia,* n. s. 57, pp. 275-306.
CLAIRMONT, C. (1954-1955), «Greek Pottery from the Near East», *Berytus* 11-12, pp. 85-141.
CLINE, E. H. (1991a), *Orientalia in the Late Bronze Age Aegean: A Catalogue and Analysis of Trade and Contact between the Aegean and Egypt, Anatolia and the Near East,* University of Michigan.
— (1991b), «Hittite Objects in the Bronze Age Aegean», *Anatolian Studies* 41, pp. 133-143.
— (1991c), «A possible Hittite embargo against the Mycenaeans», *Historia* 40, 1, pp. 1-9.
— (1991d), «Monkey Business in the Bronze Age Aegean: the Amenhotep II faience figurines at Mycenae and Tiryns», en *Annual of the British School at Athens* 86, pp. 29-42.
— (1993), «Contact and Trade or Colonisation?: Egypt and the Aegean in the 14th-13th centuries B.C.», *Minos* 25-26, pp. 7-36.

— (1995), «Egyptian and Near Eastern Imports at Late Bronze Age Mycenae», en Davies y Schofield (1995), pp. 91-115.
— (1996), «Assuwa and the Achaeans: the "Mycenaean" sword at Hattusas and its possible implications», *Annuals of the British School of Athens* 91, pp. 137-151.
— (1998), «Amenohotep III, the Aegean and Anatolia» en D. O'Connor y E. H. Cline (eds.), *Amenhotep III. Perspectives on his Reign,* Ann Arbor, pp. 236-250.
— (1999), «The Nature of Economic Relations of Crete with Egypt and the Near East during the Late Bronze Age», en A. Chaniotis (ed.), *From Minoan Farmers to Roman Traders: Sidelights on the Economy of Ancient Trade,* Stuttgart, pp. 116-144.
— (2008), «Troy as a "Contested periphery": Archaeological Perspectives on Cross-Cultural and Cross-Disciplinary Interactions Concerning Bronze Age Anatolia», en Collins, Bachvarova y Rutherford (2008), pp. 11-19.
— (2009), *Sailing the Wine-dark Sea: Internacional Trade and the late Bronze Age Aegean,* Oxford (1.ª edición, 1994).
— (2010), «Bronze Age Interactions between the Aegean and the Eastern Mediterranean Revisited: Mainstream, Periphery, or Margin?», en Parkinson y Galaty (2010), pp. 161-180.
— (ed.) (2010), *The Oxford Handbook of the Bronze Age Aegean,* Oxford.
Cline, E. H. y Harris-Cline, E. (eds.) (1998), *The Aegean and the Orient in the Second Millennium B.C. Proceedings of the 50th Anniversary Symposium Cincinnati 18-20 April 1997,* Aegaeum 18, Lieja.
Cohen, B. (ed.) (2000), *Not the Classical Ideal. Athens and the Construction of the Other in Greek Art,* Brill, Leiden.
Coldstream, J. N. (1977), *Geometric Greece,* Londres.
— (1982), «Greeks and Phoenicians in the Aegean», en Niemeyer (1982), pp. 261-272.
— (1983), «Gift Exchange in the Eight Century B.C.», en Hägg (1983), pp. 201-207.
— (1993), «Mixed Marriages at the Frontiers of the Early Greek World», *Oxford Journal of Archaeology* 12, 1, pp. 89-107.
— (1998), «The First Exchanges between Euboeans and Phoenicians: Who took the Initiative?», en Gitin, Mazar y Stern (1998), pp. 353-360.
— (2000), «Exchanges between Phoenicians and Early Greeks», *National Museum News,* 11, pp. 15-32.
— (2008), «Early Greek Exports to Phoenicia and the East Mediterranean», en Cl. Doumet (ed.), *Networking Patterns of the Bronze and Iron Age Levant. The Lebanon and its Mediterranean Connections,* Beirut.
Collins, J. B. (2007), *The Hittites and their world,* Society for biblical literature, Boston.
Collins, J. B.; Bachvarova M. R. y Rutherford I. C. (eds.) (2008), *Anatolian Interfaces. Hittites, Greeks and their Neighbors.* Proceedings of an International Conference on Cross-Cultural Interaction, September 17-19 2004, Emory University, Atlanta GA.

Cook, R. M. (1937), «Amasis and the Greeks in Egypt», *Journal of Hellenic Studies* 57, pp. 227-237.
— (1967), «Origins of Greek Sculpture», *Journal of Hellenic Studies* 87, pp. 24-32.
Corvisier, J. N. (2008), *Les Grecs et la mer,* París.
Courbin, P. (1990), «Bassit-Posidaion in the Early Iron-Age», en J.-P. Descoeudres (ed.), *Greek Colonist and Native Populations.* Proceedings of the First Australian Congress of Classical Archaeology held in honour of Emeritus Professor A. D. Trendall, Sydney 9-14 July 1985, Oxford, pp. 503-509.
Crielaard, J. P. (1995), «Homer, History and Archaeology», en J. P. Crielaard (ed.), *Homeric Questions,* Ámsterdam, pp. 201-288.
— (1996), «How the West was Won: Euboeans vs. Phoenicians», *Hamburger Beiträge zur Archäologie* 19/20, pp. 235-260.
— (1998), «Surfing on the Mediterranean Web: Cypriot Long-distance Communications during the Eleventh and Tenth Centuries B.C.», en N. C. Stampolidis, A. Karetsou y A. Kanta (eds.), *Eastern Mediterranean: Cyprus-Dodecanese-Crete 16th-6th centuries B.C.,* Heraklion, University of Crete, pp. 187-206.
— (2006), «Basileis at Sea: Elites and External Contacts in the Euboean Gulf Region from the End of the Bronze Age to the Iron Age», en Deger-Jalkotzy y Lemos (2006), pp. 271-297.
— (2009), «The Ionians in the Archaic Period. Shifting Identities in a Changing World», en T. Derks y N. Roymens (eds.), *Constructs in Antiquity. The Role of Power and Tradition,* Ámsterdam, pp. 37-84.
Crowley, J. L. (1989), *The Aegean and the East: An Investigation into the Transference of Artistic Motifs between the Aegean, Egypt and the Near East in the Bronze Age,* Studies in Mediterranean Archaeology and Literature, Jonsered.
Cunchillos, J. L. (1994), *Visto desde Ugarit. El desciframiento de las escrituras cuneiformes y otros relatos,* Madrid.
Curtis, J. (1994), «Mesopotamian Bronzes from Greek Sites: The Workshops of Origin», *Iraq* 56 pp. 1-25.
Curtis, V. S. (2007), «The Iranian Revival in the Parthian Period», en V. S. Curtis y S. Steward (eds.), *The Age of the Parthians: The Idea of Iran,* vol. II, Londres, pp. 7-25.
Dale, A. (2011), «Alcaeus on the Career of Myrsilos: Greeks, Lydians and Luwians at the East Aegean-West Anatolian Interface», *Journal of Hellenic Studies* 131, pp. 15-24.
Dalley, S. (1996), «Herodotos and Babylon», *Orientalistische Literaturzeitung* 91, 5/6, pp. 525-532.
— (ed.) (1998), *The Legacy of Mesopotamia,* Oxford.
— (1999), «Sennacherib and Tarsus», *Anatolian Studies* 49, pp. 73-80.
— (2003), «Why Did Herodotus not Mention the Hanging Gardens of Babylon?», en P. Derow y R. Parker (eds.), *Herodotus and his World. Essays from a Conference in Memory of Georges Forrest,* Oxford, pp. 171-189.

Dalley, S. y Reyes, A. T. (1998), «Mesopotamian Contact and Influence in the Greek World», en Dalley (1998), pp. 85-106.
Dandamaev, M. A. (1972), «Politische und wirtschaftliche Geschichte», en G. Walser (ed.), *Beiträge zur Achämeniden-geschichte,* Historia Einzelschiften 18, Wiesbaden, pp. 15-58.
Daniels, P. T. (1995), «The Decipherment of Ancient Near Eastern Scripts», en Sasson (1995), pp. 81-93.
Dannenfeldt, K. H. (1955), «The Renaissance Humanist and the Knowledge of Arabic», *Studies in the Renaissance* 2, pp. 96-117.
Daumas, M. (1985), «Aristophane et les Perses», *Révue des Études Anciennes* 87, pp. 289-305.
Davies, W. V. y Schofield, L. (1995), *Egypt, the Aegean and the Levant. Interconnections in the Second Millennium B.C.,* Londres.
De Vries, K. (1980), «Greeks and Phrygians in the Early Iron Age», en K. De Vries (ed.) *Athens to Gordion: The Papers of a memorial Symposion for Rodney K. Young,* Filadelfia, pp. 33-49.
Deger-Jalkotzy, S. y Lemos, I. S. (eds.) (2006), *Ancient Greece. From the Mycenaean Palaces to the Age of Homer,* Edimburgh Leventis Studies 3.
Demand, N. H. (2004), «Iron Age Cyprus: Recent Finds and Interpretative Strategies», en Rollinger y Ulf (2004), pp. 257-269.
— (2011), *The Mediterranean Context of Early Greek History,* Oxford.
Dentzer, J.-M. (1982), *Le motif du banquet couché dans le proche-orient et le monde grec du VII au IV siècle avant J. C.,* Roma.
Desborough, V. R. de A. (1972), *The Greek Dark Ages,* Londres.
Desideri, P. y Jasinck, A. M. (1990), *Cilicia. Dall'eta di Kizzuwatna alla conquista macedone,* Turín.
Desborough, V. R. de A. (1976), «The background to Euboean participation in early Greek maritime enterprise», en F. Emmison y R. Stephens (eds.), *Tribute to an Antiquary. Essays presented to Marc Fitch by some of his Friends,* Londres, pp. 27-40.
Dever, W. G. y Gitin, S. (eds.) (2003), *Symbiosis, Symbolism and the Power of the Past: Cannaan, Israel and its Neighbours from the Late Bronze Age through Roman Palestina,* Proceedings of the Centennial Symposium W. F. Albright Institute for Archaeological Research and American Schools of Oriental Research, Jerusalem May 29-May 31, 2000, Winona Lake.
Dezso, T. (1998), *Oriental Influence in the Aegean and Eastern Mediterranean Helmet Traditions in the 9th-7th Centuries B.C.: The Patterns of Orientalization,* BAR International Series 691, Oxford.
Dickinson, O. (2006a), *The Aegean from Bronze Age to Iron Age. Continuity and Change between the twelfth and eighth centuries BC,* Londres.
— (2006b), «The Mycenaean Heritage of Early Iron Greece», en Deger-Jalkotzy y Lemos (2006), pp. 115-122.
Dignas, B. y Winter, E. (2007), *Rome and Persia in Late Antiquity. Neighbours and Rivals,* Cambridge.
Dihle, A. (1964), «The Conception of India in Hellenistic and Roman Literature», *Proceedings of the Cambridge Philological Society* 190, pp. 15-23.

DILLER, H. (1962), «Die Hellenen-Barbaren-Antithese im Zeitalter der Perserkriege», en *Grecs et barbares,* Entretiens sur l'Antiquité classique VIII, Vandoevres-Ginebra, pp. 39-82.
DILLERY, J. (1999), «The First Egyptian Narrative History: Manetho and Greek Historiography», *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik,* 127, pp. 96-116.
— (2007), «Greek Historians of the Near East: Clio's "Other" Sons», en Marincola (2007), pp. 221-230.
DION, R. (1977), *Aspects politiques de la géographie antique,* París.
DIRLMEIER, F. (1938), «Peripatos und Orient», *Die Antike* 14, pp. 120-136.
DOTHAN, T. y DOTHAN, M. (1992), *People of the Sea. The Search for the Philistines,* Nueva York.
DORNSEIFF, F. (1933), *Die archaische Mythenerzählung. Folgerungen aus dem homerischen Apollonhymnus,* Berlín.
DOWDEN, K. (2001), «West on the East: Martin West'East Face of Helicon and its forerunners», *Journal of Hellenic Studies* 121, pp. 167-175.
DREW GRIFFITH, R. (1998), «The origin of Memnon», *Classical Antiquity,* 17, 2, pp. 212-234.
— (2005), «Gods' Blue Hair in Homer and in Eighteenth.Dynasty Egypt», *Classical Quarterly* 55, 2, pp. 329-334.
— (2008), *Mummy Wheat: Egyptian Influence on the Homeric View of Afterlife and the Eleusinian Mysteries,* University Press of America, Lanham.
DREWS, R. (1965), «Assyria in Classical Universal Histories», *Historia* 14, pp. 129-142.
— (1973), *The Greek Accounts of Eastern History,* Cambridge Mass.
— (1993), *The End of Bronze Age. Changes in the Warfare and the Catastrophe CA 1200 BC,* Princeton.
— (2000), «Medinet Habu: Oxcarts, Ships and Migration Theories», *Journal of Near Eastern Studies* 59, 3, pp. 161-190.
DU PLAT TAYLOR, J. (1959), «The Cypriot and Syrian Pottery from Al-Mina, Syria», *Iraq* 21, pp. 62-92.
DUCHEMIN, J. (1995), *Mythes grecs et sources orientales. Textes réunis par Bernard Deforge,* París.
DUCHÊNE, H. (2003), «L'Odyssée de Victor Bérard en Mediterranée», *Dossiers d'archéologie* 285, pp. 12-19.
DUCHESNE-GUILLEMIN, J. (1966), «D'Anaximandre à Empédocle: Contacts gréco-iraniens», en *La Persia e il mondo greco-romano* (1966), pp. 423-431.
DUHOUX, Y. (1988), «Les contacts entre mycéniens et barbares d'aprés le vocabulaire du linéaire B», *Minos* 23, pp. 75-83.
— (2003), *Des Minoens en Egypte? «Keftiou» et «les îles au milieu du Grand Vert»,* Lovaina la Nueva.
DUNBABIN, Th. (1957), *The Greeks and their Eastern Neighbours,* Londres.
DYER, R. R. (1965), «Asia/*Aswia and Archilocus Fr. 23», *Parola del Passato* 101, pp. 115-132.
DYSON, S. L. (2006), *In Pursuit of Ancient Pasts. A History of Classical Archaeology in the nineteenth and twentieth centuries,* New Haven y Londres.

EBBINGHAUS, S. (2008), «Patterns of Elite Interaction: Animal-headed Vessels in Anatolia in the Eight and Seventh Centuries BC», en Collins, Bachvarova y Rutherford (2008), pp. 181-190.
EDEL, E. (1966), *Die Ortsnamenlisten aus den Totentempel Amenophis III,* Bonn.
EDWARDS, R. B. (1979), *Kadmos the Phoenician. A Study in Greek Legends and the Mycenaean Age,* Ámsterdam.
ELAYI, J. y CAVIGNEAUX, A. (1979), «Sargon II et les Ioniens», *Oriens Antiquus* 18, pp. 59-75.
ELSNER, J. (1997), «Hagiographic Geography: Travel and Allegory in the Life of Apollonios of Tyana», *Journal of Hellenic Studies* 117, pp. 22-37.
EMLYN-JONES, C. J. (1980), *The Ionians and Hellenism. A Study of the Cultural Achievement of Early Greek Inhabitants of Asia Minor,* Londres.
FAGAN, B. M. (2007), *Return to Babylon. Travelers, archaeologist, and monuments in Mesopotamia,* ed. rev., Boulder, Colorado.
FALES, F. M. (1992), *Lettere dalla corte assira,* Venecia.
FALES, F. M. y POSTGATE, J. N. (1992), *Imperial Administrative Records, Part I: Palace and Temple Administration,* Helsinki.
— (1995), *Imperial Administrative Records, Part II: provincial and Military Administration (States Archives of Assyria 11),* Helsinki.
FANTALKIN, A. (2001), «Mezad Hasavyahu: its material Culture and Historical Background», *Tel Aviv* 28/11, pp. 3-165.
— (2006), «Identity in the Making: Greeks in the Eastern Mediterranean during the Iron Age», en Villing y Schlotzhauer (2006), pp. 199-208.
FARAONE, Ch. A. (2002), «From Magic Ritual to Semiotic Game. The Transformation of the Neo- Assyrian Love Spells in Classical and Hellenistic Greece», en A. Panaino y G. Petinatto (eds.), *Ideologies as Intercultural Phenomena,* Milán, pp. 61-74.
FAUCOUNAU, J. (2003), *Les Peuples de la Mer et leur histoire,* París.
FAURE, P. (1968), «Toponymes créto-mycéniens dans une liste d'Amenophis III», *Kadmos* 7, pp. 145-147.
FELDMAN, M. H. (2006), *Diplomacy by Design: Luxury Arts and an «International Style» in the Ancient Near East, 1400-1200 BCE.,* Chicago.
FERRARY, J. L. (1998), «L'oikoumène, l'orient et l'occident d'Alexandre le Grand à Auguste: Historie et historiographie», *Convegno per Santo Mazzarino (Roma 9-11 maggio 1991),* Roma, pp. 97-132.
FESTUGIÈRE, A. J. (1947), «Platon et l'orient», *Révue de Philologie* 21, pp. 5-45.
FINKELBERG, M. (1988), «From Ahhiyawa to Achaioi», *Glotta* 66, pp. 127-134.
— (2005), *Greeks and Pre-Greeks. Aegean Prehistory and Greek Heroic Tradition,* Cambridge.
— (2006), «Ino-Leukothea between East and West», *Journal of Ancient Near Eastern Religions* 6, 1, pp. 105-121.
FLETCHER, R. (2004), «Sidonians, Tyrians and Greeks in the Mediterranean: The Evidence from Egyptianising Amulets», *Ancient West & East* 3, 1, pp. 51-77.

Flower, M. (2006), «Herodotus and Persia», en C. Dewald y J. Marincola (eds.), *The Cambridge Companion to Herodotus,* Cambridge, pp. 174-289.
Fowler, R. L. (1996), «Herodotus and his Contemporaries», *Journal of Hellenic Studies* 116, pp. 62-87.
— (1998/1999), «Genealogical Thinking, Hesiod's Catalogue and the Creation of the Hellenes», *Proceedings of the Cambridge Philological Society* 44, pp. 1-19.
Foxhall, L. (2003), «Cultures, Landscapes, and Identities in the Mediterranean World», *Mediterranean Historical Review* 18, pp. 75-92.
Frahm, E. (1997), *Einleitung in die Sanherib-Inschriften,* Viena.
Frame, G. (1999), «The Inscription of Sargon at Tang-i- Var», *Orientalia* 68, pp. 31-57.
Francis, E. D. (1980), «Greeks and Persians: The Art of Hazard and Triumph», en D. Schmandt-Besserat (ed.), *Ancient Persia. The Art of an Empire,* Malibu, California, pp. 53-86.
Franklin, J. C. (2008), «A Feast of Music: The Greco-Lydian Musical Movement on the Assyrian Periphery», en Collins, Bachvarova y Rutherford (2008), pp. 191-201.
Fraser, P. M. (1996), *Cities of Alexander the Great,* Oxford, Clarendon Press.
Fredricksmeyer, E. (2000), «Alexander the Great and the Kingship of Asia», en A. B. Bosworth y E. J. Baynham (eds.), *Alexander the Great in Fact and Fiction,* Oxford, pp. 136-166.
Freu, J. (1998), «Les relations entre Troie et le monde Hittite. Un problème de géographie historique», en L. Isebaert y R. Lebrun (eds.), *Quaestiones Homericae. Acta Colloquii Namurcensis,* Lovaina-Namur, pp. 95-118.
Froidefrond, Ch. (1971), *Le mirage égyptien,* Aix-en-Provence.
Fuchs, A. (1994), *Die Inschriften Sargons II. aus Khorsabad,* Gotinga.
— (1998), *Die Annalen des Jahres 711 v. Chr. nach Prismenfragmenten aus Ninive und Assur,* Helsinki.
Galanaki, I. *et al.* (eds.) (2007), *Between the Aegean and Baltic Sea. Prehistory across Borders,* Aegaeum 27, Lieja.
Gale, N. H. (ed.) (1991), *Bronze Age Trade in the Mediterranean. Papers presented to the Conference held at Rewley House, Oxford at December 1989,* Jonsered.
Gallotta, B. (1980), *Dario e l'Occidente,* Módena.
Gardiner, A. H. (1947), *Ancient Egyptian Onomastica I,* Oxford.
Gardiner-Garden, J. R. (1987), *Apollodoros of Artemita and the Central Asian Skythians, Bloomington,* Indiana.
Garfinkle, S. J. (2007), «The Assyrians. A New Look at an Ancient Power», en M. V. Chavalas (ed.), *Current Issues and the Study of Ancient Near East,* Claremont, California, pp. 53-96.
Garvie, A. F. (2009), *Aeschylus. Persae,* Oxford.
Geffcken, J. (1929), «Plato und der Orient», *Neue Jahrbücher für Wissenschaft* 5, pp. 517-528.

GEORGACAS, D. J. (1969), «The Name Asia for the Continent: Its History and Origin», *Names* 17, pp. 2-90.
GEORGES, P. (1994), *Barbarian Asia and the Greek Experience. From the Archaic Period to the Age of Xenophon,* Baltimore.
— (2000), «Persian Ionia under Darius: The Revolt Reconsidered», *Historia* 49, 1, pp. 1-39.
GIANGIULIO, M. (1996), «Avventurieri, mercanti, coloni, mercenary. Mobilità umana e circolazione di risorse nel Mediterraneo arcaico», en S. Settis (ed.), *I Greci. Storia, Cultura, Arte, Società, 2, 1, Una Storia greca: Formazione,* Turín, pp. 497-525.
GILLIS, D. (1979), *Collaboration with the Persians,* Wiesbaden.
GINZO, A. (2002), *El legado clásico,* Alcalá de Henares.
GITIN, S.; MAZAR, A. y STERN, E. (eds.) (1998), *Mediterranean Peoples in Transition. Thirteenth to Early Tenth centuries BCE,* Jerusalem.
GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J. *et al.* (1994), *Tierras fabulosas de la Antigüedad,* Alcalá de Henares.
— (2004), «La Odisea y la invención del bárbaro "avant la lettre"» en F. Marco Simón, F. Pina Polo y J. Remesal (eds.), *Vivir en tierra extraña: emigración e integración cultural en el mundo antiguo,* Barcelona, pp. 13-28.
— (2010a), *Geografie fantastiche nella Grecia antica,* L'Erma di Bretschneider, Roma.
— (2010b), «Asirios y griegos: memorias perdidas», en C. Fornis *et al.* (eds.), *Dialéctica histórica y compromiso social. Homenaje a Domingo Plácido,* Zaragoza, pp. 403-430.
— (2011), «El mundo desde Persépolis. El papel de Persia en el conocimiento geográfico griego», en J. M. Cortés *et al.* (eds.), *Grecia ante los imperios. V Reunión de historiadores del mundo griego,* Sevilla, pp. 107-117.
GOOSENS, G. (1949-1950), «Artistes et artisans étrangers en Perse sous les Achémenides», *La Nouvelle Clio* 1-2, pp. 32-44.
GORDON, C. H. (1967), *Homer and the Bible. The Origin and Character of the East Mediterranean Literature,* Ventor N.J.
— (1968), *Forgotten Scripts. The Story of their decipherment,* Londres.
GORDON, P. (1993), «On Black Athena: Ancient Critiques of the "Ancient Model" of Greek History» en *Classical World,* 87, pp. 71-72.
GOSCH, S. S. y STEARNS, P. N. (2008), *Premodern Travel in World History,* Londres.
GOSDEN, C. y MARSHALL, Y. (1999), «The Cultural Biography of Objects», *World Archaeology* 31, 2, pp. 169-178.
GRAF, D. F. (1994), «The Persian Royal Road System», en H. Sancisi-Weerdenburg, A. Kuhrt y M. C. Root (eds.), *Achaemenid History VIII, Continuity and Change. Proceedings of the Last Achaemenid History Workshop April 6-8 1990, Ann Arbor, Michigan,* Leiden, pp. 167-189.
GRAFTON, A. T. (1975), «Joseph Scaliger and historical chronology: the rise and fall of a discipline», *History and Theory* 14, 2, pp. 156-185.
— (1981), «Prolegomena to Friedrich August Wolf», *Journal of the Warburg Institute* 44, pp. 101-129.

— (1991), *Defenders of the Text. The Traditions of Scholarship in an Age of Science, 1450-1800,* Cambridge Mass.
— (1993), *Joseph Scaliger. A Study in the History of Classical Scholarship,* Oxford (2.ª ed.).
— (2001), *Bring out Your Dead. The Past as Revelation,* Cambridge Mass.
Grajetzki, W. (2011), *Greeks & Parthians in Mesopotamia and Beyond 331 BC-224 AD,* Bristol Classical Press, Bristol.
Gran-Aymerich, E. (2001), *El nacimiento de la arqueología moderna. 1798-1945,* trad. cast., Zaragoza.
Graziadio, G. (1998), *Cipro nell Età del bronzo,* Pisa.
Greaves, A. M. (2002), *Miletos. A History,* Londres.
— (2010), *The Land of Ionia. Society and Economy in the Archaic Period,* Oxford.
Greenewalt, Jr., C. H. (1992), «When a Mighty Empire was Destroyed: The Common Man at the Fall of Sardis, ca. 546 B.C.», *Proceedings of the American Philosophical Society* 136, 2, pp. 247-271.
Griffiths, A. (1987), «Democedes of Croton: A Greek Doctor at the Court of Darius», en Sancisi-Weerdenburg y Kuhrt (1987), pp. 37-51.
Griggs, T. (2007), «Universal History from Counter-Reformation to Enlightenment», *Modern Intellectual History* 4, 2, pp. 219-247.
Gruen, E. S. (2011a), *Rethinking the Other in Antiquity,* Princeton y Oxford.
— (2011b), «Herodotus and Persia», en Gruen (2011c), pp. 67-85.
— (2011c) (ed.), *Cultural Identity in the Ancient Mediterranean,* Getty Research Institute, Los Ángeles.
Gufler, B. (2002), «Orientalische Würzeln griechischer Gorgo-Darstellungen», en M. Schuol, U. Hartmann y A. Luther (eds.), *Grenzüberschreitungen. Formen des Kontakts zwischen Orient und Okzident im Altertum,* Stuttgart, pp. 61-81.
Gunter, A. C. (1990), «Models of the Orient in the Art History of the Orientalising Period», en H. Sancisi-Weerdenburg y J. V. Drijvers (eds.), *The Roots of the European Tradition, Achaemenid History V,* Leiden, pp. 131-147.
— (2009), *Greek Art and the Orient,* Cambridge.
Guralnick, E. (1989), «Greece and the Near East: Art and archaeology», en Sutton (1989), pp. 151-176.
— (1992), «East to West: Near Eastern Artifacts from Greek Sites», en D. Charpin y F. Joannes (eds.), *La circulation des biens, des personnes et des idées dans le Proche-Orient ancient.* Actes de la XXXVIIe Rencontre assyriologique international, París, pp. 327-340.
— (1997), «The Egyptian-Greek Connection in the 8th to 6th centuries B.C. An Overview», en J. E. Coleman y C. A. Walz (eds.), *Greeks and Barbarians. Essays on the Interaction between Greeks and Non-Greeks in Antiquity and the Consequences for Eurocentrism,* Bethesda, Maryland, pp. 127-154.
Gurney, O. R. (1976), *The Hittites,* Londres, reed.
— (1992), «Hittite Geography: Thirthy Years On», en H. Otten *et al.* (eds.), *Hittite and other Anatolian and Near Eastern Studies in honour of Sedat Alp,* Ankara, pp. 213-221.

GUSMANI, R.; SALVINI, M. y VANNICELLI, P. (eds.) (1997), *Frigi e Frigio. Atti del I simposio internazionale,* Roma 16-17 Ottobre, 1995, Roma.
GÜTERBOCK, H. G. (1983), «The Hittites and the Aegean World: Part 1. The Ahhiyawa Problem Reconsidered», *American Journal of Archaeology* 87, 2, pp. 133-138.
— (1984), «Hittites and Achaeans: A New Look», *Proceedings of the American Philological Society* 128, pp. 114-122.
HÄGG, R. (ed.) (1983), *The Greek Renaissance of the Eight Century B.C.: Tradition and Innovation.* Proceedings of the Second International Symposium at the Swedish Institute in Athens, 1-5 June, 1981, Estocolmo.
HÄGG, R. y MARINATOS, N. (eds.) (1984), *The Minoan Thalassocracy: Myth and Reality,* Skrifter Utgivna av Svenska Institutet i Athens 32, Göteborg.
HAIDER, P. W. (1996), «Griechen in Vorderen Orient und in Ägypten bis ca. 590 v. Chr.», en Ulf (1996), pp. 59-115.
— (2001), «Epigraphische Quellen zur Integration von Griechen in ägyptische Gesselschaft der Saïtenzeit», en Höckmann y Kreikenbom (2001), pp. 197-215.
— (2004), «Kontakte zwischen Griechen und Ägyptern und ihre Auswirkungen auf die archaisch-griechische Welt», en R. Rollinger y C. Ulf (eds.), *Griechische Archaik Interne Entwinklungen-Externe Impulse,* Berlín, Akademie Verlag, pp. 447-491.
HALL, J. (2002), *Hellenicity. Between Ethnicity and Culture,* Chicago.
— (2005), «Culture, Cultures and Acculturation», en Rollinger y Ulf (2005), pp. 35-50.
HALL, E. (1989), *Inventing the Barbarian. Greek Self-Definition through Tragedy,* Oxford, Clarendon.
— (2007), *Aeschylus. Persians,* Oxford.
HAMILTON, A. (1998), «Los humanistas y la Biblia», en J. Kraye (ed.), *Introducción al humanismo renacentista,* Cambridge, pp. 137-157.
HAMMOND, N. G. L. (1992), «The Archaeological and Literary Evidence for the Burning of the Persepolis Palace», *Classical Quarterly* 42, 2, pp. 358-364.
HANFMANN, G. M. A. (1975), *From Croesus to Constantine,* Ann Arbor.
HANKEY, V. (1988), «Review de Wachmann, Aegeans in the Thebans Tombs», *Journal of Hellenic Studies* 108, pp. 260-261.
— (1993a), «Pottery as Evidence for Trade: The Levant from the mouth of the river Orontes to the Egyptian border; 2. Egypt and Nubia», en E. French y C. Zerner (eds.), *Wace and Blegen. Pottery as Evidence for Trade in the Aegean Bronze Age: 1939-1989. Proceedings for the Conference sponsored by the American School of Classical Studies and the British School at Athens, December 2-3, 1989,* Ámsterdam, pp. 101-116.
— (1993b), «Egypt, the Aegean and the Levant», *Egyptian Archaeology* 3, pp. 27-29.
— (1993c), «A Theban "Battle axe"», *Minerva* 4/3, pp. 13-14.
HANKEY, V. y ASTON D. (1995), «Mycenaean Pottery at Saqqara: Find from Excavation by the Egypt Exploration Society of London and the Rijksmuseum van Oudheden, Leiden, 1975-1990» en Carter y Morris (1995), pp. 67-91.

HANSEN, O. (1994), «A Mycenaean Sword from Bogazkoy-Hattusa Found in 1991», *Annual of the British School at Athens* 89, pp. 213-215.
HARDING, A. F. (1984), *The Mycenaeans and Europe,* Londres.
HARRISON, T. P. (2001), «Tell Tay'yinat and the Kingdom of Unqi», en P. M. M. Davian J. W. Wevers y M. Weigh (eds.), *The World of the Arameans II. Studies in History and Archaeology of Paul Eugene Dion,* Journal for the Study of the Old Testament Suppl. 325, Sheffield, pp. 115-132.
— (2009), «Lifting the Veil on a "Dark Age": Ta'yinat and the North Orontes Valley During the Early Iron Age», en J. D. Schloen (ed.), *Exploring the Longue Durée. Essays in Honor of Lawrence E. Stager,* Winona Lake, pp. 171-184.
— (2010), «The Late Bronze/Iron Age Transition in the North Orontes Valley», en F. Venturi (ed.), *Societies in Transition. Evolutionary Processes in the Northern Levant between Late Bronze Age II and Early Iron Age.* Papers Presented on the Occasion of the 20th Anniversary of the New Excavations in Tell Afis, Bologna 15th November 2007, Bolonia, pp. 83-102.
HARRISON, Th. (2011), *Writing Ancient Persia,* Londres.
HARTOG, F. (1996a), *Mémoire d'Ulysse. Récits sur la frontier en Grèce ancienne,* París.
— (1996b), «Fondements grecs de l'idée d'Europe», *Quaderni di Storia* 43, pp. 5-17.
HATZOPOULOS, M. (1997), «Alexandre en Perse: La revanche et l'empire», *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik* 116, pp. 41-52.
HAUSER, S. R. (2001), «Greek in Subject and Style but a little distorted: Zum Verhältnis von Orient und Okzident in der Altertumswissenschaft», en S. Alterkamp, M. R. Hofter y M. Krumme (eds.), *Poshumanistische Klassische Archäologie. Historizität und Wissenschaftlichkeit von Interessen und Methoden,* Kolloquium Berlin 1999, Múnich, pp. 83-102.
HAWKINS, J. D. (1988), «Kuzi-Teshub and the "Great Kings" of Karkamis», *Anatolian Studies* 38, pp. 99-108.
HAYAJNEH, H. (2001), «First Evidence of Nabonidus in Ancient North Arabian Inscriptions from the Region of Tayma», en *Proceedings of the Seminar for Arabian Studies* 31, pp. 81-95.
HECKEL, W. (1992), *The Marshals of Alexander's Empire,* Routledge, Londres.
HEINRICHS, J. (1987), «Asiens König. Die Inschriften des Kyrosgrab und das Achämenidische Reichsverständniss», en W. Will y J. Heinrichs (eds.), *Zu Alexander der Grosse. Festschrift G. Wirth I,* Ámsterdam, pp. 487-540.
HELCK, W. (1979), *Die Beziehungen Ägyptens und Vorderasiens zur Ägais bis ins 7. Jahrhundert vor Ch.,* Darmstadt.
HELLMANN, F. (1934), *Herodots Kroisos-Logos,* Neue Philologische Untersuchungen, 9 Heft, Berlín.
HELM, P. R. (1980), *Greeks in the Neo-Assyrian Levant and Assyria in Early Greek Writers,* Ph. Diss. University of Pennsylvania.
HELMS, M. (1988), *Ulysses' Sail. An Ethnographic Odyssey of Power, Knowledge and Geographical Distance,* Princeton.

HELTZER, M. (1988), «Cretans in Egypt», *Kadmos,* 27, 2, pp. 167-169.
HENKELMAN, F. M.; KUHRT, A.; ROLLINGER, R. y WIESEHÖFER, J. (2011), «Herodotus and Babylon Reconsidered», en Rollinger, Truschnegg y Bichler (2011) pp. 449-470.
HICKEY, B. J. y FALES, F. M. (eds.) (1987), *Austen Henry Layard tra l'Oriente e Venecia,* Roma.
HIRSCH, S. W. (1985), *The Friendship of the Barbarians. Xenophon and the Persian Empire,* Hanover y Londres.
HIRSCHFELD, N. (1992), «Cypriot Marks on Mycenaean Pottery», en J.-P. Olivier (ed.), *Mykenaïka: Actes du IXe Colloque international sur les textes mycéniens et égéens, Athènes, 2-6 Octobre 1990,* París, pp. 315-319.
HOCKMANN, U. y KREIKENBOM, D. (eds.) (2001), *Naukratis. Die Beziehungen zu Ostgriechenland, Ägypten und Zypern in archaischer Zeit.* Akten der Table Ronde in Mainz 25-27 November 1999, Möhnesee.
HOFFMAN, G. (1997), *Imports and Immigrants. Near Eastern Contacts with Iron Age Crete,* Ann Arbor.
HOGARTH, D. G. (1909), *Ionia and the East.* Londres.
HOLLADAY, J. (1978), «Medism in Athens 508-480 B.C.», *Greece & Rome* 25, 2, pp. 174-191.
HOLTON PIERCE, R. (1971), «Egyptian Loan-words in Ancient Greek», *Symbolae Osloenses* 46, pp. 96-107.
HOOKER, J. T. (1977), *Mycenaean Greece,* Londres.
— (1982), «The End of Pylos and the Linear B Evidence», *Studi Micenei ed Egeo-Anatolici* 23, pp. 209-217.
HOPKINS, C. (1934), «Assyrian Elements in the Perseus-Gorgon Story», *American Journal of Archaeology* 38, 3, pp. 341-358.
HORNBLOWER, S. (1982), *Mausolus,* Oxford. Clarendon Press.
— (2001), «Greeks and Persians. West against East», en A. V. Hartmann y B. Heuser (eds.), *War, Peace and World Orders in European History,* Londres, pp. 48-61.
HORNUNG, E. (2000), *Introducción a la egiptología. Estado, métodos, tareas,* trad. cast., pp. Madrid.
HURWIT, J. M. (1985), *The Art and Culture of Early Greece, 1100-480 B.C.,* Ithaca y Londres, Cornell University Press.
HUTZFELD, B. (1999), *Das Bild der Perser in der griechischen Dichtung des 5. Vorchristlichen Jahrhunderts,* Wiesbaden.
IACOVOU, M. (1999), «The Greek Exodus to Cyprus: The Antiquity of Hellenism», *Mediterranean Historical Review* 14, pp. 1-28.
IMMERWAHR, H. (1966), *Form and Thought in Herodotus,* Cleveland.
— (1988), «A possible Influence of Egyptian Art in the Creation of Minoan Painting», en O. Picard (ed.), *L'iconographie minoenne,* Bulletin de Correspondance Hellénique, Supplément 11, Atenas, pp. 41-50.
IRIARTE, A. y SANCHO, L. (eds.) (2010), *Los antiguos griegos desde el observatorio de París,* Mediterranea, Málaga-Madrid.
IRWIN, R. (2006), *For Lust of Knowing. The Orientalist and their Enemies,* Londres.

Isaac, B. (2004), *The Invention of Racism in Classical Antiquity,* Princeton, Princeton University Press.

Isserlin, B. S. J. (1988), «The Transfer of the Alphabet to the Greeks. The State of Documentation», en Baurain, Bonnet y Krings (1988), pp. 283-291.

Ilsley Hicks, R. (1962), «Egyptian Elements in Greek Mythology», *Transactions of the American Philological Association* 93, pp. 90-108.

Iversen, E. (1957), «The Egyptian Origin of the Archaic Greek Canon», *Mitteilungen des Deutchen Archäologischen Instituts (Abt. Kairos)* 15, pp. 134-147.

— (1963), «Wounds in the Head in Egyptian and Hippocratic Medicine», *Studia Orientalia Ionani Pedersen,* Copenhague, pp. 163-171.

Jacob, Ch. (1991), *Géographie et ethnographie en Grèce ancienne,* París.

James, P. (2003), «Naukratis Revisited», *Hyperboreus: Studia Classica* 9, 2, pp. 235-264.

Janeway, B. (2006-2007), «The Nature and Extent of Aegean Contact at Tell Ta' yinat and Vicinity in the Early Iron Age: Evidence of the Sea Peoples?», en *Scripta Mediterrane,* XXVII-XXVIII, pp. 123-146.

Jasinck, A. M. (2005a), «Mycenaean Means of Communication and Diplomatic Relations with foreign Royal Courts», en Laffineur y Greco (2005), pp. 59-67.

— (2005b), «Micenei e Vicino Oriente», en F. Pecchioli Daddi y M.C. Guidotti (eds.), *Narrare gli eventi. Atti del Convegno in margine alla mostra la bataglia di Qadesh.* Firenze 4-6 decembre 2002, Roma, pp. 209-224.

Jeck, U. R. (2004), *Platonica Orientalia. Aufdeckung einer philosophischer Tradition,* Fráncfort.

Jeffery, L. (1990), *The Local Scripts of Archaic Greece,* ed. aumentada y revisada compuesta junto con A. Johnston, Oxford.

Kantor, H. (1947), «The Aegean and the Orient in the second millennium B.C.», *American Journal of Archaeology* 51, pp. 1-103.

Kaplan, Ph. (2002), «The Social Status of the Mercenary in Archaic Greece», en V. R. Gorman y E. W. Robinson (eds.), *Oikistes. Studies in Constitutions, Colonies and Military Power in the Ancient World Offered in Honor of A. J. Graham,* Leiden, pp. 229-243.

— (2003), «Cross-cultural Contacts among Mercenary Communities in Saite and Persian Egypt», *Mediterranean Historical Review* 18, 1, pp. 1-31.

Kaptan, D. (2002), *The Daskyleion Bullae. Seal Images from the western Achaemenid Empire,* 2 vols., Leiden.

Karageorghis, V. (1968), *Chipre,* Múnich.

— (1990), *Les anciens Chypriotes: entre Orient et Occident,* París.

— (2001), «Patterns of fortified settlements in the Aegean and Cyprus c. 1200 BC», en V. Karageorghis y C. Morris (eds.), *Defensive settlements of the Aegean and the eastern Mediterranean after c. 1200 BC,* Nicosia, pp. 1-12.

— (2004), *Chipre. Encrucijada del Mediterráneo oriental 1600-500 a.C.,* trad. cast., Barcelona.

KARAGEORGHIS, V. y MICHAELIDES, D. (eds.) (1995), *Cyprus and the Sea. Proceedings of the International Symposium,* Nicosia.
KARTTUNEN, K. (1989), *India in Early Greek Literature,* Helsinki.
— (1997), *India and the Hellenistic World,* Helsinki.
KEALHOFER, L. (ed.) (2005), *The Archaeology of Midas and the Phrygians: Recent Work in Gordion,* Filadelfia, University of Pennsylvania Museum of Archaeology and Anthropology.
KEARSLEY, R. A. (1999), «Greeks Overseas in the 8th Century B.C.: Euboeans, Al Mina and Assyrian Imperialism», en Tsetskhladze (1999), pp. 109-134.
KERCHENSTEINER, J. (1945), *Platon und der Orient,* Stuttgart.
KESSLER, K. (1997), «Royal Roads and other Questions of the Neo-Assyrian Communication System», en Parpola y Whiting (1997), pp. 129-136.
KIMBALL ARMAYOR, O. (1987), «Hecataeus' Humor and irony in Herodotus' Narrative of Egypt», *Ancient World* 16, pp. 11-18.
KINGSLEY, P. (1995), «Meeting with Magi: Iranian Themes among the Greeks, from Xanthus of Lydia to Plato's Academy», *Journal of the Royal Asiatic Society* III, 5, pp. 173-209.
KIRK, G. S. (1985), *The Iliad: A Commentary,* vol. I, 1-4, Cambridge.
KIRK, G. S., RAVEN, J. E. y SCHOFIELD, M. (2008), *Los filósofos presocráticos. Historia crítica con selección de textos,* (edición original inglesa, Cambridge, 1987), Madrid.
KNAPP, A. B. (1985), «Alashiya, Caphtor/Keftiu, and Eastern Mediterranean Trade: Recent Studies in Cypriote Archaeology and History», *Journal of Field Archaeology* 12, 2, pp. 231-250.
— (1993), «Thalassocracies in Bronze Age eastern Mediterranean trade: making and breaking a myth», *World Archaeology* 24, 3, pp. 332-347.
— (2008), *Prehistoric and Protohistoric Cyprus. Identity, Insularity and Connectivity,* Oxford.
KNAPP, A. B. y BLAKE, E., (2004), «Prehistory in the Mediterranean: The Connecting and Corrupting Sea», en Knapp y Blake (2004), pp. 1-23.
— (eds.) (2004), The Archaeology of Mediterranean Prehistory, Oxford.
KNORRINGA, H. (1926), *Emporos. Data on Trade and Trader in Greek Literature from Homer to Aristotle,* Ámsterdam.
KOENEN, L. (1994), «Greece, the Near East, and Egypt: Cyclic Destruction in Hesiod and the Catalogue of Women», *Transactions of the American Philological Association* 124, pp. 1-34.
KOPCKE, G. (1992), «What Role for Phoenicians?», en Kopcke y Tokumaru (1992), pp. 103-113.
KOPCKE, G. y TOKUMARU, I. (eds.) (1992), *Greece between East and West: 10th-8th Centuries BC,* Papers of the Meeting at the Institute of Fine Arts, New York University, March 15-16th 1990, Mainz.
KORENJAK, M. y ROLLINGER, R. (2001), «*Kai tode Phokilideo:* "Phokilides" und der Fall Ninives», *Philologus* 145, pp. 195-202.
KRISTIANSEN, K. y LARSSON, T. B. (2006), *La emergencia de la sociedad del Bronce. Viajes, transmisiones y transformaciones,* trad. cast., Barcelona (ed. original inglesa, Cambridge, 2005).

Kristeller, P. O. (1995), «Comment on Black Athena» en *Journal of the History of Ideas* 56, pp. 125-127.

Kuhrt, A. (1982), «Assyrian and Babylonian Traditions in Classical Authors: A Critical Synthesis», en H. Kühne *et al.* (eds.), *Mesopotamien und seine Nachbarn. Politische und kulturelle Wechselbeziehungen in Alten Vorderasien von 4. bis 1. Jahrtausend v. Chr.,* Berlín, pp. 539-553.

— (1987), «Berossus' Babyloniaka and Seleucid Rule in Babylonia», en A. Kuhrt y S. Sherwin-White (eds.), *Hellenism in the East. The Interaction of Greek and non-Greek Civilizations from Syria to Central Asia after Alexander,* Londres, pp. 32-56.

— (1988), «Earth and Water», en A. Kuhrt y H. Sancisi-Weerdenburg (eds.), *Method and History.* Proceedings of the London 1985 Achaemenid History Workshop, Achaemenid History III, Leiden, pp. 87-99.

— (2002a), *«Greeks» and «Greece» in Mesopotamian and Persian Perspectives,* The Twenty-First J. L. Myres Memorial Lecture, Oxford.

— (2002b), «Greek Contact with the Levant and Mesopotamia in the First Half of the First Millennium BC: A View from the East», en Tsetskhladze y Snodgrass (2002), pp. 17-25.

— (2007), *The Persian Empire. A Corpus of Sources from the Achaemenid Period,* Londres.

Kurke, L. (1992), «The Politics of "abrosyne" in Archaic Greece», *Classical Antiquity* 11, 1, pp. 91-120.

Kwasman, Th. (1988), *Neo-Assyrian Legal Documents in the Koujunjik Collection of the British Museum,* Roma.

Kyriakides, E. (2002), «Indications on the Nature of the Language of the Keftiu from Egyptian sources», *Ägypten und Levante* 12, pp. 212-219.

Kyrieleis, H. (1993), «The Heraion at Samos», en N. Marinatos y R. Hägg (eds.), *Greek Sanctuaries. New Approaches,* Londres/Nueva York, pp. 125-153.

— (1996), *Der grosse Kouros von Samos,* Berlín.

Lacroix, L. (1976), «La légende de Pélops et son iconographie», *Bulletin de Correspondance Hellénique* 100, pp. 327-341.

Lackenbacher, S. (2008), «Les étrangers dans l'empire néo-assyrien à travers la correspondance des Sargonides», en J. J. Justel *et al.,* (eds.), *Las culturas del Próximo Oriente y su expansión mediterránea,* Zaragoza, pp. 35-51.

Laffineur, R. (1998), «From West to East: The Aegean and Egypt in the Early Late Bronze Age», en Cline y Harris-Cline (1998), pp. 53-67.

Laffineur, R. y Bach, M. (ed.) (1991), *Thalassa: l'Egée préhistorique et la mer,* Aegaeum 7, Lieja.

Laffineur, R. y Greco, E. (eds.) (2005), *Emporia. Aegeans in central and Eastern Mediterranean,* Aegaeum 25, Lieja.

Lambrou-Philippson, C. (1990), *Hellenorientalia. The Near Eastern Presence in the Bronze Age Aegean, c. 3000-1100 B.C. Interconnections Based on the Material Record and Written Evidence plus Orientalia: A Catalogue of Egyptian, Mesopotamian, Mitannian, Syro-palestinian, Cypriot*

and Asia Minor objects from the Bronze Age Aegean. Studies in Mediterranean Archaeology and Literature, Göteborg.

Laminger-Pascher, G. (1989), *Lykaonien und die Phryger,* Sitzungsberiche Osterreisch Wien.

Lane Fox, R. (2009), *Héroes viajeros. Los griegos y sus mitos,* trad. cast., Barcelona (edición original inglesa, 2008).

Lanfranchi, G. (1990), *I Cimmeri. Emergenza delle élites militari iraniche nel Vicino Oriente (VIII-VII sec. A.C.),* Padua.

— (1996), «Dinastie e tradizioni regie d'Anatolia: Frigia, Cimmeri e Lidia nelle fonti neo-assire e nell'ottica erodotea», en A. Aloni y L. De Finis (eds.), *Dall'Indo a Thule: I Greci, I Romani, Gli Altri,* Trento, pp. 89-111.

— (2000), «The Ideological and Political Impact of the Assyrian Imperial Expansion on the Greek World in the 8th and 7th Centuries BC», en Aro y Whiting (2000), pp. 7-34.

Langdon, S. (ed.) (1997), *New Light on a Dark Age. Exploring the Culture of Geometric Greece,* Columbia y Londres.

Laroche, E. (1958), «Études sur les hiéroglyphes hittites, VI. Adana et les Danouniens», *Syria,* 35, pp. 263-275.

— (1979), «L'inscription lycienne», en H. Metzger *et al.* (eds.), *Fouilles de Xanthos* VI, París, pp. 49-127.

Laronde, A. (1995), «Mercenaires grecs en Égypte à l'époque saïte et à l'époque perse», en J. Leclant (ed.), *Entre Egypte et la Grèce. Actes du Colloque de 6-9 octobre 1994,* París, pp. 29-36.

Larsen, M. T. (1995), «The "Babel/Bible" Controversy and its Aftermath», en Sassoon (1995), 95-106.

— (1996), *The Conquest of Assyria. Excavation in an antique Land,* Londres.

Latacz, J. (2003), *Troya y Homero. Hacia la resolución de un enigma,* trad. cast., Barcelona (ed. original alemana 2001).

Lecoq, P. (1997), *Les inscriptions de la Perse antique,* París.

Lefkowitz, M. (1995), «The Deconstruction of Ancient Greece», en A. Avramides (ed.), *Women of Ideas,* Londres, pp. 103-126.

— (1996), *Not out of Africa. How Afrocentrism became an excuse to teach myth as history,* Nueva York.

Lefkowitz, M. y Maclean Rogers, G. (eds.) (1996), *Black Athena Revisited,* Chapel Hill.

Lehmann, G. (2005), «Al Mina and the East: A Report in Research in Progress», en Villing (2005), pp. 61-92.

Lemos, I. S. (1992), «Euboean enterprise in the eastern Mediterranean: early import at Lefkandi», *American Journal of Archaeology* 96, 338-339.

— (1998), «Euboea and its Aegean Koine», en Bats y D'Agostino (1998), pp. 45-58.

— (2001), «The Lefkandi Connection: Networking in the Aegean and the Eastern Mediterranean», en L. Bonfante y V. Karageorghis (eds.), *Italy and Cyprus in Antiquity: 1500-450 B.C.* Proceedings of an International Symposium held at the Italian Academy for Advances Studies in America at Columbia University, November 16-18, 2000, Nicosia, pp. 215-226.

— (2005), «The Changing Relationship of the Euboeans and the East», en Villing (2005), pp. 53-60.
— (2007), «The Migrations to the West Coast of Asia Minor: Tradition and Archaeology», en Justus Cobet, V. Von Greve, W. D. Niemeier y K. Zimmermann (eds.), *Frühes Ionien. Eine Bestandsaufnahme.* Panionion-Symposium Güzelçamli 26 september-1 oktober 1999, Mainz, pp. 713-727.
Lenfant, D. (2001), «De Sardanapale à Élagabal: les avatars d'une figure du pouvoir», en M. Molin (ed.), *Images et représentations du pouvoir et de l'ordre social dans l'Antiquité, Actes du colloque, Angers, 28-29 mai 1999,* París, pp. 45-55.
— (2004), *Ctésias de Cnide. La Perse. L'Inde. Autres fragments,* Les Belles Lettres, París.
— (2007), «Greek Historians of Persia» en Marincola (2007), pp. 200-209.
— (2009), *Les histories perses de Dinon et d'Héraclide,* París.
— (2011), *Les Perses vus par les Grecs. Lire les sources classiques sur l'empire achéménide,* París.
Lenger, M. Th. (1964), *Corpus des ordenances des Ptolémées,* Bruselas.
Lesky, A. (1950), «Hethitische Texte und griechischer Mythos», *Anzeiger der Oesterreichischen Akademie der Wissenschaften,* pp. 137-160.
Lesley Fitton, J. (2001), *The Discovery of the Greek Bronze Age,* Londres.
— (2002), *Minoans,* Londres.
Levine, M. M. (1992), «The Use and Abuse of Black Athena», *American Historical Review,* pp. 440-460.
Levy, G. R. (1934), «The Oriental Origin of Herakles», *Journal of Hellenic Studies* 54, pp. 40-53.
Lewis, D. M. (1977), *Sparta and Persia. Lectures delivered at the University of Cincinnati, Autumn 1976 in memory of Donal W. Bradeen,* Leiden.
Lewis, D. (2011), «Near Eastern Slaves in Classical Attica and the Slave Trade with Persian Territories», *Classical Quarterly* 61, 1, pp. 91-113.
Lewis, N. (1986), *The Greeks in Ptolemaic Egypt. Case Studies in the Social History of Hellenistic World,* Oxford, Clarendon Press.
Lewis, M. W. y Wigen, K. E. (1997), *The Myth of Continents. A Critique of Metageography,* Berkeley-Los Ángeles.
Lichtheim, M. (2006), *Ancient Egyptian Literature. A Book of Readings, vol. II, The New Kingdom,* Berkeley.
Lie, A. G. (1929), *The Inscriptions of Sargon II, King of Assyria, vol. I, The Annals,* París.
Lion, B. y Michel, C. (2009), *Histoire des déchiffrements. Les écritures du Proche Orient à l'Egée,* París.
Lipinski, E. (1991), «The Cypriot Vassals of Essarhaddon», en M. Cogan y I. Eph'al (eds.), *Ah, Assyria….Studies in Assyrian History and Ancient Near Eastern Historiography Presented to Hayim Tadmor,* Scripta Hierosolymitana 34, Jerusalem, pp. 56-64.
— (2004), *Itineraria Phoenicia,* Studia Phoenicia XVIII, Lovaina.
Lissarrague, F. (1997), « L'immagine dello straniero ad Atene» en S. Settis (ed.), *I Greci, Storia, Cultura, Arte, Società, vol II, Definizione,* Turín,

937-958 (=Th. Harrison [ed.], *Greeks and Barbarians,* Edimburgo, 2002, pp. 101-124).
LLEWELLYN-JONES, L. y ROBSON, J. (2010), *Ctesias' History of Persia. Tales of the Orient,* Londres.
LLOYD, G. E. R. (1991), «The Debt of Greek Philosophy and Science to the Ancient Near East», en G. E. R. Lloyd, *Methods and Problems in Greek Science,* Cambridge, pp. 281-298.
LLOYD, A. B. (1975), *Herodotus. Book II. Introduction,* Leiden.
LOMBARDO, M. (1990), «Erodoto storico dei Lidî» en Nenci y Reverdin (1990), pp. 171-214.
LÓPEZ RUIZ, C. (2009), «Mopsos and Cultural Exchange between Greeks and Locals in Cilicia», en U. Dill y C. H. Walde (eds.), *Antike Mythen. Medien, Transformationen, Konstruktionen. Friz Graf Festschrift,* Berlín, pp. 487-501.
— (2010), *When the Gods were born. Greek Cosmogonies and the Near East,* Cambridge Mass, Harvard University Press.
LÓPEZ SALVÁ, M. (1994), «La literatura del Próximo Oriente en la literatura arcaica y clásica griega», *Tempus* 8, pp. 5-58.
LORAUX, N. (1986), *The Invention of Athens. The Funeral Oration and the Classical City,* trad. ingl., Cambridge Mass. y Londres, Harvard University Press (version original francesa, 1981).
LORAUX, N. y VIDAL-NAQUET, P. (1990), «La formation de l'Athènes bourgeoise: un essai d'historiographie 1750-1850», en P. Vidal-Naquet, *La démocratie grecque vue d'ailleurs. Essais d'historiographie ancienne et moderne,* París, pp. 161-209.
LOUDEN, B. (2011), *Homer's Odyssey and the Near East,* Cambridge.
LUCKENBILL, D. D. (1927), *Ancient Records of Assyria and Babylon, I,* Chicago.
LUKE, J. (2003), *Ports of Trade: Al Mina and Geometric Greek Pottery in the Levant,* Oxford.
LUND, J. (1986), *Sukas VIII. The Habitation Quarters,* Publications of the Carlsberg Expedition to Phoenicia 10, Copenhague.
LURAGHI, N. (2005), «Le storie prima delle storie. Prospettive di ricerca» en M. Giangiulio (ed.), *Erodoto e il modelo erodoteo. Formazione e trasmissione delle tradizioni storiche in Grecia,* Trento, pp. 61-90.
— (2006), «Traders, Pirates, Warriors: The Proto-History of Greek Mercenary Soldiers in the Eastern Mediterranean», *Phoenix* 60, 1,2, pp. 21-47.
MAAS, P. (1931), «Stratonikos (2)», en Pauly-Wisowa RE IV A, 1, pp. 326-327.
MACGILLIVRAY, J. A. (2006), *El laberinto del Minotauro. Sir Arthur Evans el arqueólogo del mito,* trad. cast., Barcelona.
MACQUEEN, J. G. (1978), «The *Assyrioi Lógoi* of Herodotus and their position in the Histories», *Classical Quarterly* 28, 2, pp. 284-291.
MAEIR, A. M.; FANTALKIN, A. y ZUKERMAN, A. (2009), «The Earliest Greek Import in the Iron Age Levant: New Evidence from Tell Es-Safi/Gath, Israel», *Ancient West & East* 8, pp. 57-80.

Mair, V. H. (2006), *Contact and Exchange in the Ancient World,* University of Hawaii Press.

Malkin, I. (1998), *The Return of Odysseus. Colonization and Ethnicity,* Berkeley-Los Ángeles.

— (2011), *A Small Greek World. Networks in the Ancient Mediterranean,* Oxford.

Malkin, I.; Constantakopoulou, C. y Panagopoulou, K. (2007), «Preface: Networks in the Ancient Mediterranean», *Mediterranean Historical Review* 22, 1, pp. 1-9.

Mallory, J. P. (1989), *Indoeuropeans. Language, Archaeology and Myth,* Londres.

Manning, P. (2005), *Migration in World History,* Londres.

Manning, S. W. y Hulin, L. (2004), «Maritime Commerce and Geographies of Mobility in the Late Bronze Age of the Eastern Mediterranean: Problematizations», en Knapp y Blake (2004), pp. 270-302.

Manning, S. W. (2010), «Chronology and Terminology», en Cline (2010), pp. 11-28.

Maran, J. (2006), «Coming to term with the Past: Ideology and Power in Late Helladic III C», en Delger-Jalkotzy y Lemos (2006), pp. 123-150.

Marchand, S. L. (1996), *Down from Olympus. Archaeology and Philhellenism in Germany, 1750-1970,* Princeton.

— (2009), *German Orientalism in the Age of Empire. Religion, Race and Scholarship,* Cambridge.

Marchand, S. y Grafton, A. (1997), «Martin Bernal and his Critics», *Arion* 5, 2, pp. 1-35.

Margueron, J. C. (2004), *Mari, une métropole de l'Euphrate au IIIe et IIe millénaire av. J.C.,* París.

Marincola, J. (2007), «The Persian Wars in fourth century Oratory and Historiography», en Bridges, Hall y Rhodes (2007), pp. 105-125.

— (ed.) (2007), *A Companion to Greek and Roman Historiography,* Oxford.

Markoe, G. E. (1985), *Phoenizian Bronze and Silver Bowls from Cyprus and the Mediterranean,* Berkeley.

— (1992), «In Pursuit of Metal: Phoenicians and Greeks in Italy», en Kopcke y Tokumaru (1992), pp. 61-84.

— (1996), «The Emergence of Orientalizing in Greek Art: Some Observations on the Interchange between Greeks and Phoenicians in the Eighth and Seventh Centuries B.C.», *Bulletin of American School of Oriental Research,* 301, pp. 47-67.

— (2000), *Phoenicians,* Peoples of the Past, Berkeley-Los Ángeles.

Martin, V. (1965), «La politique des Achéménides. L'exploration prélude de la conquête», *Museum Helveticum* 22, pp. 38-48.

Martin, G. T. (1991), *The Hidden Tombs of Memphis: New Discoveries from the Time of Tutankhamun and Ramesses the Great,* Londres.

Masaracchia, E. (1997), «Senofonte tra la Grecia e l'Oriente: note a la Ciropedia», en E. Degani y G. Gnoli (eds.), *Mousa. Scritti in onore di Giuseppe Morelli,* Bolonia, pp. 127-134.

Masson, E. (1967), *Recherches sur les plus anciens emprunts sémitiques en grec,* París.
Masson, O. y Yoyotte, J. (1988), «Une inscription ionienne mentionnant Psammétique I», *Epigraphica Anatolica* 11, pp. 171-179.
Matthäus, H. (1993), «Zur Rezeption orientalischer Kunst-, Kultur- und Lebensformen in Griechenland», en K. Raaflaub (ed.), *Anfänge politischen Denkens in der Antike. Die nahöstlichen Kulturen und die Griechen,* Múnich, pp. 165-186.
— (1999), «The Greek Symposion and the Near East. Chronology and Mechanisms of Cultural Transfer», en R. F. Docter y E. M. Moormann (eds.), *Classical Archaeology towards the Third Millennium. Reflections and Perspectives,* Proceedings of the XVth International Congress of Classical Archaeology, Amsterdam, July 12-17 1998, Allard Pierson Museum Amsterdam, pp. 256-260.
Mazarakis Ainian, A. y Leventi, I. (2009), «The Aegean», en Raaflaub y Van Wess (2009), pp. 212-238.
Mazzarino, S. (1943), «Per la storia di Lesbo nel VI secolo a.C.», *Athenaeum* 31, pp. 38-78.
— (1989), *Fra Oriente e Occidente,* ed. original 1947, Milán.
McGeehan Liritzis, V. (1988), «Seafaring, Craft and Cultural Contact in the Aegean during the Third Millennium B.C.», *The International Journal of Nautical Archaeology* 17, pp. 237-256.
Mee, C. (1986), «A Mycenaean Thalassocracy in the eastern Aegean?», en E. B. French y K. A. Wardle (eds.), *Problems in Greek Prehistory,* Bristol, pp. 301-305.
— (2005), «Anatolia and the Aegean in the Late Bronze Age», en Laffineur y Greco (2005), pp. 137-145.
Meeks, D. (2003), «Locating Punt», en D. B. O'Connor y S. G. J. Quirke (eds.), *Mysterious Lands. Encounters with Ancient Egypt 5,* Institute of Archaeology, Londres, pp. 53-80.
Mehl, A. (2003), «Xanto il lidio, I suoi Lydiaka e la Lidia», en M. Giorgieri, M. Salvini, M. C. Tremouille y P. Vanicelli (eds.), *Licia e Lidia prima dell'ellenizzazione,* Roma, pp. 239-263.
Meiggs, R. y Lewis, D. (1969), *A Selection of Greek Historical Inscriptions to the End of the Fifth century BC.,* Oxford.
Meijer, F. (1986), *A History of Seafaring in the Classical World,* Nueva York.
Meister, K (1982), *Die Ungeschichtlichkeit des Kalliasfriedens und deren historische Folgen,* Palingenesia, 18, Wiesbaden.
Mele, A. (1979), *Il commercio Greco arcaico. Prexis ed emporie,* Nápoles.
Mellink, M. J. (1983), «The Hittites and the Aegaean World: Part 2. Archaeological Comments on Ahhiyawa-Achaians in Western Anatolia», *American Journal of Archaeology* 87, 2, pp. 138-141.
— (1991), «The Native Kingdoms of Anatolia» en *The Cambridge Ancient History, III, part. 2,* 2.ª ed., Cambridge, pp. 643-655.
Mendels, D. (1981), «The Five Empires: A Note on a propagandistic Topos», *American Journal of Philology* 102, pp. 330-337.

Menu, M. (1994), «Analyse du Trésor de Tôd», *Bulletin de la Societé Française d'Egyptologie* 130, pp. 29-45.

Merrillees, R. S. (1982), «John Strange, Caphtor/Keftiu, A New Investigation (Leiden 1980). A Review Article», *Report of the Department of Antiquities,* Cyprus, Nicosia, pp. 244-253.

Merrillees, R. S. y Winter, J. (1972), «Bronze Age Trade between the Aegean and Egypt. Minoan and Mycenaean Pottery from Egypt in the Brooklyn Museum», en *Miscellanea Wilburiana 1,* Nueva York, The Brooklyn Museum, pp. 101-133.

Miller, M. C. (1988), «Midas as the Great King in Attic Fifth Century Vase Painting», *Antike Kunst* 31, pp. 79-89.

— (1992), «The Parasol: An Oriental Status-Symbol in Late archaic and Classical Athens», *Journal of Hellenic Studie,* 112, pp. 91-105.

— (1997), *Athens and Persia in the Fifth Century BC. A Study in Cultural Receptivity,* Cambridge.

— (2000), «The Myth of Busiris: Ethnicity and Art», en Cohen (2000), pp. 413-442.

— (2002), «Greco-Persian Cultural Relations», en *Encyclopedia Iranica on line* s. v. «Greece».

— (2005), «Barbarian Lineage in Classical Greek Mythology and Art: Pelops, Danaos and Kadmos», en E. S. Gruen (ed.), *Cultural Borrowings and Ethnic Appropiation in Antiquity,* Stuttgart, pp. 68-89.

— (2006-2007), «Persians in the Greek Imagination», *Journal of Mediterranean Archaeology* 19/20, pp. 109-123.

Miltner, F. (1952), «Der Okeanos in der persischen Weltreichsidee», *Saeculum* 3, pp. 522-555.

Mitchell, L. (2007), *Panhellenism and the Barbarian in Archaic and Classical Greece,* Swansea, The Classical Press of Wales.

Moggi, M. (1972), «Autori greci di Persika 1: Dionisio di Mileto», *Annali della Scuola Normale Superiore di Pisa* 2, pp. 433-468.

— (1977), «Autori greci di Persika II: Carone di Lampsaco», *Annali della Scuola Normale Superiore di Pisa* 7, pp. 1-26.

Möller, A. (2000), *Naukratis: Trade in Archaic Greece,* Oxford.

Momigliano, A. (1934), «Su una battaglia tra Assiri e Greci», *Athenaeum,* n.s. 12, pp. 412-416.

— (1975), *Alien Wisdom. The Limits of Hellenization,* Cambridge.

— (1979), «Persian Empire and Greek Freedom» en A. Ryan (ed.), *The Idea of Freedom. Festchrift I. Berlín,* Oxford, pp. 139-151.

Monchambert, J. Y. (2004), «Commerce et échanges» en G. Galliano e Y. Calvet (eds.), *Le royaume d'Ougarit. Aux origines de l'alphabet,* París, pp. 116-118.

Montiglio, S. (2000), «Wandering Philosophers in Classical Greece», *Journal of Hellenic Studies* 120, pp. 86-105.

Morgan, L. (1995), «Minoan Painting and Egypt: The Case of Tell el Dab'a», en Davies y Schofield (1995), pp. 29-53.

Morris, S. P. (1989a), «Daidalos and Kadmos: Classicism and Orientalism», *Arethusa,* special issue, pp. 39-54.

— (1989b), «A Tales of Two Cities: The Miniature Frescoes from Thera and the Origins of Greek Poetry», *American Journal of Archaeology,* 93, 4, pp. 511-535.
— (1990), «Greece and the Levant», *Journal of Mediterranean Archaeology* 3/1, pp. 57-66.
— (1992), *Daidalos and the origins of Greek Art,* Princeton.
— (1997a), «Homer and the Near East», en Morris y Powell (1997), pp. 599-623.
— (1997b), «Greek and Near Eastern Art in the Age of Homer», en Langdon (1997), pp. 56-71.
— (2003), «Islands in the Sea: Aegean Polities as Levantine Neighbors», en Dever y Gitin (2003), pp. 3-15.
— (2006), «The View from East Greece: Miletus, Samos and Ephesus», en Riva y Vella (2006), pp. 66-84.
Morris, I. (1998), «Archaeology and Archaic Greek History», en N. Fischer y H. Van Wees (eds.), *Archaic Greece. New Approaches and new Evidence,* Londres, pp. 1-91.
— (2000), *Archaeology as Cultural History. Words and Things in Iron Age Greece,* Oxford.
— (2003), «Mediterraneanization», *Mediterranean Historical Review* 18, 2, pp. 30-55.
Morris, I. y Powell, B. (eds.) (1997), *A New Companion to Homer,* Leiden.
Morrison, J. (1980), *The Ship. Long Ships and Round Ships. Warfare and Trade in the Mediterranean 3000 BC- 500 AD,* Londres.
Most, G. (2003), «Philhellenism, Cosmopolitanism, Nationalism», en M. Haagsma, P. Den Boer y E. M. Moormann (eds.), *The Impact of Classical Greece on European and National Identities. Proceedings of an International Colloquium, held at the Netherlands Institute at Athens, 2-4 October 2000,* Ámsterdam, pp. 71-91.
Mountjoy, P. A. (1998), «The East Aegean-West Anatolian Interface in the Late Bronze Age: Mycenaeans and the Kingdom of Ahhiyawa», en *Anatolian Studies* 48, pp. 33-67.
Moyer, I. S. (2011), *Egypt and the Limits of Hellenism,* Cambridge.
Muhly, J. D. (1970), «Homer and the Phoenicians. The Relations between Greece and the Near East in the Late Bronze and Early Iron Age», *Berytus* 19, pp. 19-64.
— (1972), «The Land of Alashiya: References to Alashiya in the Texts of the Second Millennium B.C. and the History of Cyprus in the Late Bronze Age», en V. Karageorghis (ed.), *Acts of the First International Cyprological Congress,* Nicosia, pp. 201-219.
— (1991), «Egypt, the Aegean and Late Bronze Age chronology in the Eastern Mediterranean: a review article», *Journal of Mediterranean Archaeology* 4, pp. 235-247.
— (2003), «Greece and Anatolia in the Early Iron Age: The Archaeological Evidence and the Literary Tradition», en Dever y Gitin (2003), pp. 23-35.
— (2005), «Travelling Craftsmen: Love' em or Leave'em» en Laffineur y Greco (eds.) (2005), pp. 685-690.

MULLEN, E. T. Jr (1980), *The Assembly of the Gods: The Divine Council in Canaanite and Early Hebrew Literature,* Chico, California.
MÜLLER CELKA, S. (2005), «Evaluation de l'élément mycénien en Asie Mineure à travers les données funeraires», en Laffineur y Greco (2005), pp. 247-257.
MURRAY, O. (1970), «Hecataeus of Abdera and Pharaonic Kingship», *Journal of Egyptian Archaeology* 56, pp. 141-171.
— (1987), «Herodotus and Oral History», en Sancisi-Weerdenburg y Kuhrt (1987), pp. 93-115.
— (1988/1989), «Omero e l'etnografia» en *Atti del VII congresso internazionale di studi sulla Sicilia antica, Kokalos* 34/35, pp. 1-13.
— (2001), «Herodotus and Oral History», en N. Luraghi (ed.), *The Historian's Craft in the Age of Herodotus,* Oxford, pp. 16-44.
MUSCARELLA, O. W. (1977), «The Archaeological Evidence for Relations between Greece and Iran in the First Millennium B.C.», *The Journal of the Ancient Near Eastern Society of Columbia University* 9, pp. 31-57.
— (1989), «King Midas of Phrygia and the Greeks», en *Anatolia and the Ancient Near East. Studies in Honor of Tahsin Özgüç,* Ankara, pp. 333-344.
NEGBI, O. (1992), «Early Phoenician Presence in the Mediterranean Islands: A Reappraisal», *American Journal of Archaeology* 96, pp. 599-615.
NENCI, G. (1990), «L'Occidente "barbarico"», en Nenci y Reverdin (1990), pp. 301-321.
NENCI, G. y REVERDIN, O. (eds.) (1990), *Hérodote et les peuples non grecs,* Entretiens sur l'Antiquité classique, tome XXXV, Vandoeuvres-Ginebra.
NEUGEBAUER, O. (1928), «Zur Geschichte des pythagoräischen Lehrsatzes», *Nachrichten der göttingischen Gelehrten Gesselschaft, Math-Ph. Klasse,* pp. 45-48.
NICOLAI, R. (1997), «Pater simper incertus. Appunti su Ecateo», *Quaderni Urbinati de Cultura Classica* 56, pp. 143-164.
NIEMEIER, W. D. (1998), «The Mycenaeans in western Anatolia and the problem of the origins of the Sea Peoples», en Gitin *et alii* (1998), pp. 17-65.
— (2001), «Archaic Greeks in the Orient: Textual and Archaeological Evidence», *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 322, pp. 11-32.
— (2005a), «The Minoans and Mycenaeans in Western Asia Minor: Settlement, Emporia or Acculturation?», en Laffineur y Greco (2005), pp. 199-203.
— (2005b), «Minoans, Mycenaeans, Hittites and Ionians in Western Asia Minor: New Excavations in Bronze Age Miletus-Millawanda», en Villing (2005), pp. 1-36
NIEMEIER, W. D. y NIEMEIER, B. (1998), «Minoan Frescoes in the Eastern Mediterranean», en Cline y Harris-Cline (1998), pp. 69-98.
NIEMEYER, H. G. (2004), «The Phoenicians and the Birth of a Multinational Mediterranean Society», en Rollinger y Ulf (2004), pp. 245-256.
— (ed.) (1982), *Phönizier im Westen: die Beiträge des Internationalen Symposiums über «Die phönizische Expansion im westlichen Mittelmeerraum» in Köln vom 24. bis 27 April 1979,* Madrider Beiträge 8, Mainz.

Nikoloudis, S. (2008), «Multiculturalism in the Mycenaean World», en Collins, Bachvarova y Rutherford (2008), pp. 45-56.

Nikoronov, V. P. (1998), «Apollodorus of Artemita and the Date of his Parthica Revisited», en E. Dabrowa (ed.), *Ancient Iran and the Mediterranean World. Studies in Ancient History,* Cracovia, pp. 107-122.

Nilsson, M. P. (1932), *The Mycenaean Origin of Greek Mythology,* Berkeley-Los Ángeles.

Ninck, M. (1945), *Die Entdeckung von Europa durch die Griechen,* Basilea.

Nollé, M. (1992), *Denkmäler vom Satrapensitz Daskyleion. Studien zur graeco-persischen Kunst,* Berlín, Akademie Verlag.

Norton, R. E. (1996), «The Tyranny of Germany over Greece?» en Lefkowitz y Maclean Rogers (1996), pp. 403-410.

Nylander, C. (1970), *Ionians in Pasargadae: Studies in Old Persian Architecture,* Uppsala Studies in Ancient Mediterranean and Near Eastern Civilisations, vol. I, Uppsala.

O'Connor, D. (1996), «Egypt and Greece. The Bronze Age Evidence», en Lefkowitz y MacLean Rogers (1996), pp. 49-61.

Oettinger, N. (2008), «The Seer Mopsos (Muksas) as a Historical Figure», en Collins, Bachvarova y Rutherford (2008), pp. 63-66.

Olender, M. (2001), *Las lenguas del paraíso,* trad. cast., Seix Barral, Barcelona.

Oren, E. D. (2000), *The Sea Peoples and their World: a reassessment,* Filadelfia.

Orrieux, Cl. (1983), *Les papyrus de Zenon. L'horizon d'un grec en Egypte au III siècles avant J.C.,* París.

Osborne, R. (1996), *Greece in the Making 1200-479 BC,* Londres.

— (1998), *Archaic and Classical Greek Art,* Oxford History of Art, Oxford.

Ottone, G. (2001), «Erodoto e Fonti orientali a confronto: "Questione occidentale" e relazioni internazionali nella politica estera di Aprie e di Amasi», en L. Criscuolo *et al.* (eds.), *Simblos. Scritti di storia antica,* Bolonia, pp. 7-30.

Padgen, A. (2011), *Mundos en guerra. 2500 años de conflicto entre Oriente y Occidente,* trad. cast., Barcelona (ed. original, 2008).

Page, D. L. (1951), *Alcman. The Partheneion,* Oxford.

— (1975), *Sappho and Alcaeus. An Introduction to the Study of Ancient Lesbian Poetry,* Oxford (primera edición, 1935).

Palaima, T. G. (1991), «Maritime Matters in the Linear B Tablets», en Laffineur y Basch (1991), pp. 273-309.

Pallis, S. (1956), *The Antiquity of Iraq. A Handbook of Assyriology,* Copenhague.

Panagiotopoulos, D. (2001), «Keftiu in context: Theban tomb-paintings as a historical source», *Oxford Journal of Archaeology* 20, 2, pp. 263-283.

Panaino, A. (2001), «Greci e Iranici: confront e conflitti», en Settis (2001), pp.79-136.

Panaino, A. y Piras, A. (eds.) (2004), *Schools of Oriental Studies and the Development of Modern Historiography,* Proceedings of the Fourth An-

nual Symposium of the Assyrian and Babylonian Intellectual Heritage Project, held in Ravenna, Italy, October 13-17, 2001, Milán.
Papadopoulos, J. K. (1997), «Phanton Euboians», *Journal of Mediterranean Archaeology* 10, 2, pp. 191-219.
Parker, S. T. (1976), «The Objetives and Strategy of Cimon's Expedition to Cyprus», *American Journal of Philology* 97, pp. 30-38.
Parker, B. J. (2000), «The Earliest Known Reference to the Ionians in the Cuneiform Sources», *The Ancient History Bulletin* 14, 3, pp. 66-77.
Parker, H. N. (2008), «The Linguistic Case for the Aiolian Migration Reconsidered», *Hesperia* 77, pp. 431-464.
Parkinson, W. A. y Galaty, M. L. (eds.) (2010), *Archaic State Interaction. The Eastern Mediterranean in the Bronze Age,* Santa Fe, Nuevo México, Sar Press.
Parpola, S. (1987), *The Correspondence of Sargon II, Part I. Letters from Assyria and the West,* Helsinki.
— (1993), «The Assyrian Tree of Life: Tracing the Origins of Jewish Monotheism and Greek Philosophy», *Journal of Near Eastern Studies,* 52, 3, pp. 161-208.
— (2003), «Assyria's Expansion in the 8th and 7th Centuries and Its Long-Term Repercussions in the West» en Dever y Gitin (2003), pp. 99-111.
Parpola, S. y Whiting, R. M. (eds.) (1997), *Assyria 1995: Proceedings of 10th the Anniversary of the Neo Assyrian Text Corpus Project,* Helsinki.
Parrot, A. (1974), *Mari, capitale fabuleuse,* París.
Pearson, L. (1939), *Early Ionian Historians,* Oxford.
Pendlebury, J. D. L. (1930), *Aegyptiaca. A Catalogue of egyptian objects in the Aegean Area,* Cambridge.
Pernigotti, S. (1993), «Greci in Egitto e Greci d'Egitto», *OCNUS, Quaderni della Scuola di specializzacione in Archaeologia,* 1, pp. 125-137.
— (2004), *Introduzione alla egittologia,* Bolonia.
Perreault, J. Y. (1986), «Céramique et échanges: Les importations attiques au Proche-Orient du VI au milieu du V siècle avant J.C. Les données archéologiques», *Bulletin de Correspondance Hellénique* 110, 1, pp. 145-175.
— (1993), «Les emporia grecs du Levant: mythe ou réalité?», en A. Bresson y P. Rouillard (eds.), *L'emporion,* París, pp. 59-83.
Pettinato, G. (2000), *Ebla, una ciudad olvidada,* trad. cast. Madrid.
Peyronel, L. (2008), *Storia e archeologia del comercio nell'oriente antico,* Roma.
Pfeiffer, R. (1981), *Historia de la Filología clásica,* trad. cast., Madrid
Phillips, J. (1997), «Petrie in the Aegean» en J. Phillips *et al.* (eds.), *Ancient Egypt, The Aegean and the Near East. Studies in honour of Martha Rhoads Bell,* San Antonio, pp. 407-419.
— (2008), *Aegyptiaca on the Island of Crete in their Chronological Context: A Critical Review.* Contributions to the Eastern Chronology of the Eastern Mediterranean XVIII, 2 vols., Viena, Österreichisches Akademie des Wissenschaften.

— (2010), «Egypt» en Cline (ed.) (2010), pp. 820-831.
Phillips, J. y Cline, E. H. (2005), «Amenhotep III and Mycenae. Further Evidence», en A. Dakouri-Hild y S. Sherratt (eds.), *Autochthon. Papers presented to O. T. P. K. Dickinson on the occasion of his retirement,* Institute of Classical Studies University of London, 9 November 2005, pp. 317-328.
Picard, Ch. (1922), *Ephese et Claros. Recherches sur les sanctuaires et les cultes de l'Ionie du nord,* París.
Picard, O. (1980), *Les Grecs devant la menace perse,* París.
Pingree, D. (1998), «Legacy in Astronomy and Celestial Omens», en Dalley (1998), pp. 125-137.
Podlecki, A. J. (1975), *The Life of Themistocles. A Critical Survey of the Literary and Archaeological Evidence,* Montreal-Londres.
Popham, M. (1994), «Precolonization: early Greek contact with the East», en G. R. Tsetskhladze y F. De Angelis (eds.), *The Archaeology of Greek Colonisation. Essays dedicated to Sir John Boardman,* Oxford, pp. 11-34.
Popham, M. R.; Sacket, L. H. y Themelis, P. G. (1980), *Lefkandi I, The Iron Age,* Londres.
— (1993), *Lefkandi II. The Protogeometric Building at Toumba. Part II: The Excavation, the Architecture and Finds,* Londres.
Porada, E. (1981), «The Cylinder Seals found at Thebes in Beotia», *Archiv für Orientforschungen* 28, pp. 1-70.
Potts, A. (1994), *Flesh and the Ideal. Winckelmann and the Origins of Art History,* New Haven.
Poursat, J. C. (1980), «Reliefs d'applique moulés» en B. Detournay y J. C. Poursat (eds.), *Fouilles executes à Mallia: Le Quartier Mu II,* L'écoles française d'Athènes, Atenas, pp. 116-132.
Prayon, F. (1987), *Phrygische Plastik,* Tubinga.
Pretagostini, R. (1998), «Aristofane "etnólogo": il mondo persiano nella falsa ambasceria del prologo degli Acarnesi», *Seminari Romani* 1, 1, pp. 41-56.
Prontera, F. (2000), «Vision de la grande ville: Da Erodoto a Strabone», en Cl. Nicolet (ed.), *Mégapoles méditerranéennes. Géographie urbaine rétrospective,* École française de Rome, 261, París, pp. 24-31.
— (2001), «Hekataios und die Erdkarte des Herodot», en D. Pappefuss y V. M. Strocke (eds.), *Gab es das Griechische Wunder?: Griechenland zwischen dem Ende des 5. Jahrhundert,* Mainz, pp. 127-134.
— (2011), «L'Asia nella geografía di Erodoto: uno spazio in costruzione», en Rollinger, Truschnegg y Bichler (2011).
Puhvel, J. (1980), «The Indo-European Strain in Greek Myth» en S. M. Burstein y L. A. Okin (eds.), *Panhellenica: Essays in Ancient History and Historiography in Honor of Truesdell S. Brown,* Lawrence, Kansas, pp. 25-30.
Pulak, C. (1997), «The Ulu Burun Shipwreck», en S. Swiny, R. L. Hochfelder y H. W. Swiny (eds.), *Res Maritimae. Cyprus and the Eastern Mediterranean from Prehistory to Late Antiquity,* Cyprus American Archaeological Research Institute Monograph Series 1, Atlanta, pp. 233-262.

— (2001), «The Cargo of the Ulu Burun Ship and Evidence for Trade with the Aegean and Beyond», en L. Bonfante y V. Karageorghis (eds.), *Italy and Cyprus in Antiquity, 1500-450 B.C.: Proceedings of an international symposium held at the Italian Academy for Advances Studies in America at Columbia University, November 16-18, 2000,* Nicosia, pp. 13-60.

Purcell, N. (2003), «The Boundless Sea of Unlikeness? On Defining the Mediterranean», *Mediterranean Historical Review* 18, 2, pp. 9-29.

Quillien, J. (1983), *G. de Humboldt et la Grèce. Modèle et histoire,* Lille.

Quinn, J. D. (1961), «Alcaeus 48 (B 16) and the Fall of Ascalon (604 B.C.)», *Bulletin of the American School of Oriental Research* 164, pp. 19-20.

Raaflaub, K. A. (1997), «Greece», en C. G. Thomas (ed.), *Ancient History: Recent Work and New Directions,* Claremont, California, pp. 5-7.

— (2000), «Influence, Adaptation and Interaction: Near Eastern and Early Greek Political Thought», en Aro y Whiting (2000), pp. 51-64.

— (2004), «Archaic Greeks Aristocrats as Carriers of Cultural Interaction», en Rollinger y Ulf (2004), pp. 197-217.

Raaflaub, K. A. y Van Wees, H. (eds.) (2009), *A Companion to Archaic Greece,* Oxford.

Radner, K. (1999), «Money in the Neo-Assyrian Empire» en J. G. Derksen (ed.), *Trade and Finance in Ancient Mesopotamia. Proceedings of the First MOS Symposium,* Leiden pp. 127-157.

Ragone, G. (1996), «La Ionia, l'Asia Minore, Cipro», en S. Settis (ed.), *I Greci. Storia, Cultura, Arte, Societa,* 2, 1, Turín, pp. 903-943.

Raubitschek, A. E. (1964), «The Treaties between Persia and Athens», *Greek, Roman and Byzantine Studies* 5, 151-159 (=D. Obbink y P. A. Vander Waerdt (eds.), *The School of Hellas. Essays on Greek History, Archaeology and Literature,* Nueva York-Oxford, 1991, pp. 3-10.

Rehak, P. (1997), «Interconnections between the Aegean and the Orient in the Second Millennium B.C.», *American Journal of Archaeology* 101, 2, pp. 399-402.

— (1998), «Aegean Natives in the Theban Tomb-paintings: The Keftiu revisited», en Cline y Harris-Cline (1998), pp. 39-44.

Renfrew, C. (1972), *The Emergence of Civilisation: The Cyclades and the Aegean in the Third Millennium B.C.,* Londres.

Rhodes, P. J. (2007), «The Impact of the Persian Wars on Classical Greece», en Bridge, Hall y Rhodes (2007), pp. 31-45.

Ribichini, S. (2001), «Fascino dall'Oriente e prime lezioni di magia», en Ribichini, Rocchi y Xella (2001), pp. 103-115.

Ribichini, S., Rocchi, M. y Xella, P. (eds.)(2001), *La questione delle influenze vicino-orientali sulla religione greca,* Roma.

Richter, G. (1946), «Greeks in Persia», *American Journal of Archaeology* 50, 1, pp. 15-30.

Ridgway, D. (1997), *El alba de la Magna Grecia. Pitecusa y las primeras colonias griegas de Occidente,* trad. cast., Barcelona.

Riis, P. J. (1970), *Sukas I. The North East Sanctuary and the First Settling of Greeks in Syria and Palestina,* Publications of the Carlsberg Expedition to Phoenicia 1, Copenhague.

— (1982), «Griechen in Phönizien», en Niemeyer (1982), pp. 167-192.
— (1991), «Les problèmes actuels de l'établisement pré-hellénistique de Grecs sur la côte phénicienne (lieux, dates, modalités)», en *Atti del secondo congresso internationale di studi fenici e punici,* Roma, pp. 203-211.
Riva, C. y Vella, N. C. (eds.) (2006), *Debating Orientalization. Multidisciplinary Approaches to Change in the Ancient Mediterranean,* Londres, Oakville.
Roller, L. E. (1983), «The Legend of Midas», *Classical Antiquity* 2, 2, pp. 299-313.
Röllig, W. (1992), «Asia Minor as a Bridge between East and West: The Role of the Phoenicians and Aramaeans in the Transfer of Culture», en Kopcke y Tokumaru (1992), pp. 93-102.
Rollinger, R. (1993), *Herodots babylonischer Logos: eine kritische Untersuchung der Glaubwürdigkeitsdiskussion,* Innsbruck.
— (1997), «Zur Bezeichnung von "Griechen" in Keilschrift-Texten», *Revue d'assyriologie et d'archéologie orientale* 91, 2, pp. 167-172.
— (2001), «The Ancient Greeks and the Impact of the Ancient Near East: Textual evidence and historical perspective (ca. 750-650 BC)», en Whiting (2001), pp. 233-264.
— (2006a), «The Eastern Mediterranean and Beyond: The Relations between the Worlds of the "Greek" and "Non-Greek" Civilizations», en K. H. Kinzl (ed.), *A Companion to the Classical Greek World,* Oxford, Wiley-Blackwell, pp. 197-226.
— (2006b), «Yauna takabara und maginnata tragende Ionier. Zum Problem der griechischen Thronträger-figuren in Naqsch-i-Rustam und Persepolis», en R. Rollinger y B. Truchnegg (eds.), *Altertum und Mittelmeerraum: Die antike Welt diesseits und jenseits der Levante. Festschrift für Peter W. Haider zum 60 Geburtstag,* Oriens et Occidens, 12, Stuttgart, pp. 365-400.
— (2006-2007), «Dareios, Sanherib, Nebukadnezar und Alexander der Grosse: die Organisation grossköniglicher Projekte, deren Infrastuktur sowie der Einsatz fremder Arbeitskräfte», en *Iranistik. Deutschsprachige Zeitschrift für iranistische Studien 9-10 (Festschrift Kettenhofen),* pp. 1-23.
— (2007), «Zu Herkunft und Hintergrund der in altorientalischen Texten gennanten "Griechen"», en Rollinger, Luther y Wiesehöfer (2007), pp. 259-330.
— (2009), «Near Eastern Perspectives on the Greeks», en G. Boys-Stones *et al.* (eds.), *The Oxford Handbook of Hellenic Studies,* Oxford, pp. 32-47.
Rollinger, R. y Korenjak, M. (2001), «Addikritusu ein namentlich gennanter Grieche aus der Zeit Asarhaddon (680-669 v. Chr.). Überlegungen zur ABL 140», *Altorientalische Forschungen,* 28, 2, pp. 325-337.
Rollinger, R. y Ulf, Ch. (eds.) (2004), *Commerce and Monnetary Systems in the Ancient World: Means of Transmission and Cultural Interaction.* Proceedings of the Fifth Annual Sumposium of the Assyrian and Babylonian Intellectual Heritage Project Held in Innsbruck, Austria, Oktober 3rd -8th 2002, Melammu Symposia V, Stuttgart.

Rollinger, R., Luther, A. y Wiesehöfer, J. (eds.) (2007), *Getrennte Wege? Kommunikation, Raum und Wahrnehmung in der alten Welt,* Oikoumene. Studien zur antiken Weltgeschichte 2, Fráncfort.

Rollinger, R.; Truschnegg, B. y Bichler, R. (eds.) (2011), *Herodot und das Persische Weltreich/Herosotus and the Persian Empire Akten des 3. Internationalen Colloquiums zum Thema Vorderasien im Spannungsfeld klassischer und altorientalischer Überlieferungen, Innsbruck 24-28 November 2008,* Classica et Orientalia 3, Wiesbaden.

Rom, J. (1998), *Herodotus,* Yale University Press, New Haven.

— (2008), «Travel», en T. Whitmarsh (ed.), *The Cambridge Companion to the Greek and Roman Novel,* Cambridge, pp. 109-126.

— (2010), «Continents, Climates and Cultures: Greek Theories of Global Structure», en K. A. Raaflaub y R. J. A. Talbert (eds.), *Geography and Ethnography. Perceptions of the World in Pre-Modern Societies,* Oxford, pp. 215-235.

Roosevelt, Ch. H. (2009), *The Archaeology of Lydia. From Gyges to Alexander,* Cambridge.

Root, M. C. (1979), *The King and Kingship in Achaemenid Art: Essays on the Creation of an Iconography of Empire,* Acta Iranica 19, Leiden.

— (1985), «The Parthenon Frieze and the Apadana reliefs in Persepolis: Reassesing a Programmatic Relationship», *American Journal of Archaeology* 89, pp. 103-120.

Roscher, W. R. (1913), *Die hippokratische Schrift von der Siebenzahl in ihrer vierfachen überlieferung,* Paderborn.

Rose, C. B. (2008), «Separating Fact from Fiction in the Aiolian Migration», *Hesperia* 77, pp. 399-430.

Ruijgh, C. J. (1985), «Le mycénien et Homère», en A. Morpurgo Davies y Y. Duhoux (eds.), *Linear B. A 1984 Survey,* Lovaina, pp. 143-190.

Sack, R. H. (2003), *Images of Nebuchadnezzar. The Emergence of a Legend,* Cranbury.

Sakellarakis, E. y Sakellarakis, Y. (1984), «The keftiu and the Minoan Thalassocracy», en Hägg y Marinatos (1984), pp. 192-203.

Sams, G. K. (1993), «Gordion and the Near East in the Early Phrygian Period» en M. J. Mellink *et al.* (eds.), *Aspects of Art and Iconography: Anatolia and its Neighbors. Studies in Honor of Nimet Özgüç,* Ankara, pp. 549-555.

— (1997), «Gordion and the Kingdom of Phrygia» en Gusmani, Salvini y Vanicelli (1997), pp. 239-248.

Sancisi-Weerdenburg, H. (1987), «Decadence in the Empire or Decadence in the Sources? From Source to Synthsis: Ctesias», en Sancisi-Weerdenburg (1987), pp. 33-45.

— (1993), «Alexander and Persepolis», en J. Carlsen, B. Due, O. Stern Due y B. Poulsen (eds.), *Alexander the Great. Reality and Myth,* L'Erma di Bretschneider, Roma, pp. 177-188.

— (2001), «Yauna by the Sea and across the Sea», en I. Malkin (ed.), *Ancient Perceptions of Greek Identity,* Cambridge Mass., 2001, pp. 323-346.

— (ed.) (1987), *Sources, Structures and Synthesis,* Achaemenid History I, Proceedings of the Groningen 1983 Achaemenid History Workshop, Leiden.
Sancisi-Weerdenburg, H. y Kuhrt, A. (eds.) (1987), *The Greek Sources.* Proceedings of the Groningen 1984 Achaemenid History Workshop, Achaemenid History II, Leiden.
— (eds.) (1991), *Asia Minor and Egypt: Old Cultures in a New Empire,* Proceedings of the Groningen 1988 Achaemenid History Workshop, Achamenid History VI, Leiden.
Sandars, N. K. (1978), *The Sea Peoples. Warriors of the Ancient Mediterranean,* Londres.
Sandys, G. (1908), *History of Classical Scholarship,* 3 vols. Cambridge.
Sasson, J. M. (ed.) (1995), *Civilizations of the Ancient Near East,* vol. 1, Nueva York.
Schachermeyr, F. (1986), *Mykene und das Hethiterreich,* Österreischische Akademie der Wissenschaften, Philosophisch-Historische Klasse, Sitzunsberichte, 472 Band, Viena.
Schaeffer, Cl. (1937), «Die Stellung Ras Shamra-Ugarits zur kretischen und mykenischen Kultur», *Jahrbuch des Deutschen archäologischen Instituts* 52, pp. 139-165.
Schmitz, P. C. (2009), «Archaic Greek Names in a Neo-Assyrian Cuneiform Tablet from Tarsus», *Journal of Cuneiform Studies* 61, pp. 127-131.
Schnapp-Gourbeillon, A. (2002), *Aux origines de la Grèce (XIII-VIII siècles avant notre ère) La genèse du politique,* París.
Schneider, P. (2004), *L'Éthiopie et l'Inde. Interférences et confusions aux extremités du monde Antique,* Roma.
Schofield, L. y Parkinson, R. B. (1994), «Of Helmets and Heretics: a possible Egyptian Representation of Mycenaean Warriors on a Papyrus from El-Amarna», *The Annuals of the British School at Athens* 89, pp. 157-170.
Schoppa, H. (1933), *Die Darstellung der Perser in der griechischen Kunst bis zum Beginn des Hellenismus,* Heidelberg.
Schulin, E. (1958), *Die Welgeschichtliche Erfassung des Orients bei Hegel und Ranke,* Gotinga.
Schwab, R. (1950), *La renaissance orientale,* París.
Schwabl, H. (1961), «Das Bild der Fremden Welt bei den Frühen Griechen» en *Grecs et barbares,* Entretiens sur l'Antiquité classique VIII, Ginebra, pp. 3-23.
Segal, Ch. (1971), «Croesus on the Pyre: Herodotus and Bacchylides», *Wiener Studien* 84, pp. 39-51.
Sekunda, N. (1985), «Achaemenid Colonisation in Lydia», *Revue des Études anciennes* 87, 1/2, pp. 7-30.
Sergent, B. (2005), *Les Indo-européens. Histoire, Langues, Mythes,* 2.ª ed. revisada y aumentada, París.
Seton Lloyd, (1980), *Foundations in the Dust. The Story of Mesopotamian Exploration,* Londres, 2.ª edición revisada y ampliada.
Settis, S. (ed.) (2001), *I Greci. Storia, Cultura, Arte, Società,* 3; *I Greci oltre la Grecia,* Turín.

Shabazi, E. Sh. (2003), «Iranians and Alexander», *American Journal of Ancient History* 2, 1, pp. 5-38.
Sheehan, J. (2005), *The Enlightenment Bible: Translation, Scholarship, Culture,* Princeton.
Shelmerdine, C. (1998), «Where do we go from here? And how can the linear B tablets help us get there», en Cline y Harris-Cline (1998), pp. 292-298.
Sherratt, S. (1990), «Reading the texts: Archaeology and the Homeric Question», *Antiquity* 64, pp. 807-824.
— (2010), «The Aegean and the Wider World: Some Thoughts on a World-Systems Perspective», en Parkinson y Galaty (2010), pp. 81-106.
Sherratt, A. y Sherratt, S. (1991), «From Luxuries to Commodities: The Nature of Mediterranean Bronze Age Trading Systems», en Gale (1991), pp. 351-386.
— (1998), «Small Worlds: Interaction and Identity in the Ancient Mediterranean» en Cline y Harris-Cline (1998), pp. 329-342.
Sherwin-White, S. y Kuhrt, A. (1993), *From Samarkhand to Sardis. A New Approach to the Seleucid Empire,* Duckworth, Londres.
Silberman, N. A. (1998), «The Sea Peoples, the Victorians, and Us: Modern Social Ideology and Changing Archaeological Interpretations of the Late Bronze Age Collapse», en Gitin *et al.* (1998), pp. 268-275.
Skon-Jedele, N. (1994), *Aigyptiaka: A Catalogue of Egyptian and Egyptianizing Objects Excavated from Greek Archaeological Sites, ca. 1100-525 B.C.,* Diss. Univ. of Pennsylvania.
Smith, W. S. (1965), *Interconnections in the Ancient Near East,* New Haven y Londres.
Snodgrass, A. (1971), *The Dark Age of Greece,* Edimburgo.
— (1989), *Archaic Greece: The Age of Experiment,* Londres.
Sommer, M. (2007), «Networks of Commerce and Knowledge in the Iron Age: The Case of the Phoenicians», *Mediterranean Historical Review* 22, 1, pp. 97-111.
Sordi, M. (ed.) (1986), *L'Europa nel mondo antico,* Contributi dell'Istituto di Storia Antica 12, Milán.
— (ed.) (2000), *Studi sull'Europa antica,* Studi di Storia greca e romana 1, Turín.
Spalinger, A. (1976), «Psammetichus, King of Egypt: I», *Journal of the Amercan Research Center in Egypt* 13, pp. 133-147.
Spencer, N. (1995), «Early Lesbos between East and West. A "Grey" Area of Aegean Archaeology», *Annual of the British School at Athens* 90, pp. 269-306.
Stähler, K, (1989), «Die Palme der Herrschaft Eurymedon-Votiv und persisches Repräsentationszeichen» en N. Basgelen y M. Lugal (eds.), *Festschrift für Jale Inan Armagani,* 2 vols. Estambul, 307-317.
— (1992), *Griechische Geschichtsbilder klassischer Zeit, Beiträge zur antiken Bildersprache,* Munster.
Stampolidis, N. Chr. y Kotsonas, A. (2006), «Phoenicians in Crete», en Deger-Jakoltzy y Lemos (2006), pp. 337-360.

Starr, Ch. G. (1975), «Greeks and Persians in the Fourth Century B.C. A Study in Cultural Contacts before Alexander», Part I: Political, Economic and Social Developments, *Iranica Antiqua* 11, pp. 39-99.
— (1977), «Greeks and Persians in the Fourth Century B.C. A Study in Cultural Contacts before Alexander», Part II The Meeting of the Two Cultures, *Iranica Antiqua* 12, pp. 49-115.
Staszak, J. F. (1995), *La géographie d'avant la géographie. Le climat chez Aristote et Hippocrate,* París.
Steadman, S. R. y McMahon, G. (2011) (eds.), *The Oxford Handbook of Ancient Anatolia,* Oxford.
Steiner, G. (2007), «The Case of Wilusa and Ahhiyawa», *Bibliotheca Orientalis* 64, 5-6, pp. 590-612.
Stella, L. (1955), *Il Poema d'Ulisse,* Florencia.
Stern, B. H. (1969), *The Rise of Romantic Hellenism in English Literature,* pp. 1732-1786, Nueva York.
Steuer, R. y Saunders, J. B. de C. M. (1959), *Ancient Egyptian and Cnidian Medicine: The Relationship of their Aetiological Concepts of Desease,* Berkeley.
Stevenson, R. B. (1997), *Persika. Greek Writing about Persia in the fourth century B.C.,* Edimburgo.
Stoneman, R. (2008), *Alexander the Great. A Life in Legend,* New Haven y Londres.
Strange, J. (1980), *Caphtor/Keftiu. A New Investigation,* Leiden.
Stronk, J. (2007), «Ctesias of Cnidus: A Reappraisal», *Mnemosyne,* 60, 25-58.
Stroumsa, G. G. (2001), «Richard Simon: From Philology to Comparativism», *Archiv für Religionsgeschichte* 3, pp. 89-107.
Strubbe, J. H. M. (1984-1986), «Gründer Kleinasiatische Städte: Fiktion und Realität», *Ancient Society* 15/17, pp. 253-304.
Stubbings, F. H. (1975), «The Recession of Mycenaean Civilization» en *The Cambridge Ancient History II,* part 2, Cambridge, pp. 338-358.
Sutton, R. F. Jr. (ed.) (1989), *Daidalikon. Studies in Memory of Raymond V. Schoder, S. J.,* Wauconda, Illinois.
Szemerenyi, O. (1974), «The Origins of Greek Lexicon: Ex Oriente Lux», *Journal of Hellenic Studies* 94, pp. 143-157.
Tadmor, H. (1997), «Propaganda, Literature, Historiography: Cracking the Code of the Assyrian Royal Inscriptions», en Parpola y Whiting (1997), pp. 325-338.
— (1999), «World Dominion: The Expanding Horizon of the Assyrian Empire», en L. Milano *et al.* (eds.), *Landscapes, Territories, Frontiers and Horizons in the Ancient Near East,* Padua, pp. 55-62.
Talamo, C. (1979), *La Lidia arcaica,* Bolonia.
Tandy, D. (1997), *Warrior into Traders: The Power of the Market in Early Greece,* Berkeley.
Taracha, P. (2003), «Is Tuthaliya's Sword really Aegean?», en Beckman, Beal y MacMahon (2003) pp. 67-72.
Thomas, R. (2000), *Herodotus in Context. Ethnography, Science and the Art of Persuasion,* Cambridge.

Thomas, C. G. y Conant, C. (1999), *Citadel to City-State. The transformation of Greece, 1200-700 B.C.,* Bloomington, Indiana.
Thompson, D. B. (1956), «The Persian Spoils in Athens», en Weinberg (1956), pp. 281-291.
Tourraix, A. (1999), «Les mercenaries grecs au service des Achémenides», en P. Brun (ed.), *Question d'Histoire: guerres et societés dans les mondes grecs (490-322 av. J.C.),* París, pp. 201-216.
— (2000), *L'Orient, mirage grec. L'Orient du mythe et de l'épopée,* Presses Universitaires du Franc-Comtoises, París.
Tsetskhladze, G. (ed.) (1999), *Ancient Greeks West and East,* Leiden.
Tsetskhladze, G. y Snodgrass, A. M. (eds.) (2002), *Greek Settlements in the Eastern Mediterranean and the Black Sea,* BAR International Series 1062, Oxford.
Tuna-Norling, Y. (1998), *Attische Keramik aus Daskyleion,* Esmirna.
Tuplin, Ch. (1990), «Persian Decor in Cyropaedia. Some Observations», en H. Sancisi-Weerdenburg y J. W. Drijvers (eds.), *Achaemenid History V,* Leiden, pp. 17-29.
— (1996), *Achaemenid Studies,* Stuttgart.
— (1999), «Greek Racism? Observations on the Character and Limits of Greek Ethnic Prejudice», en Tsetkhladze (1999), pp. 47-75.
Tyldesley, J. (2005), *Los descubridores del antiguo Egipto,* trad. cast., Barcelona.
Ulf, Ch. (2009), «Rethinking Cultural Contacts», *Ancient West & East* 8, pp. 81-132.
Ulf, Ch. (ed.) (1996), *Wege zur Genese griechischer Identität. Die Bedeutung der früharchaischen Zeit,* Berlín.
Ünal, A. (1991), «Two peoples on both sides of the Aegean Sea: did the Achaeans and Hittites know each other?», en H. I. H. Takahito Mikasa (ed.), *Essays on Ancient Anatolian and Syrian Studies in the 2nd and 1st Millennium B.C. Bulletin of the Middle Eastern Culture Center in Japan* 4, 16-44.
Ünal, A. *et al.* (eds.) (1991), «The Hittite Sword from Bogazköy-Hattusa, Found 1991, and its Akkadian Inscription», *MÜZE* 4, pp. 46-52.
Vaissière, E. Del La (2007), *Prehistoric Journeys,* Oxbow Books.
Van de Mieroop, M. (1999), *Cuneiform Texts and the Writing of History,* Londres.
— (2005), «The Eastern Mediterranean in Early Antiquity», en W. V. Harris (ed.), *Rethinking the Mediterranean,* Oxford, pp. 117-140.
— (2007), *The Eastern Mediterranean in the Age of Ramesses II,* Oxford.
Van Dongen, E. (2007), «Contacts between pre-classical Greece and the Near East in the Context of Cultural Influences: An Overview», en Rollinger, Luther y Wiesehöfer (2007), pp. 13-49.
— (2008), «The Study of Near Eastern Influences on Greece:Towards the Point», *Kaskal. Rivista di storia, embienti e culture del Vicino Oriente Antico* 5, pp. 233-250.
Van Effenterre, H. (1974), *La seconde fin du monde. Mycènes et la mort d'une civilisation,* Toulouse.

Vandersleyen, C. (2003), «Keftiu: A cautionary note», *Oxford Journal of Archaeology* 22, 2, pp. 209-212.
Vanschoonwinkel, J. (1990), «Mopsos: légendes et réalité», *Hethitica* 10, pp. 185-211.
— (2006), «Mycenaean Expansion», en G. R. Tsetskhladze (ed.), *Greek Colonisation. An Account of Greek Colonies and other Settlements Overseas,* vol. I, Leiden, pp. 41-113.
Vassileva, M. (2006), «Phrygia, The Cimmerians and Assyria», *Eirene* XLII, pp. 65-72.
— (2008), «King Midas in Southeastern Anatolia», en Collins, Bachvarova y Rutherford (2008), pp. 165-171.
Vasunia, Ph. (2001), *The Gift of the Nile. Hellenizing Egypt from Aeschylus to Alexander,* Berkeley-Los Ángeles.
Verbrugghe, G. P. y Wickersham, J. M. (eds.) (1996), *Berossos and Manetho. Introduced and Translated. Native Traditions in Ancient Mesopotamia and Egypt,* Ann Arbor.
Vercoutter, J. (1956), *L'Égypte et le monde Égéen préhellénique. Étude critique des sources égyptiennes, du début de la XVIIIe à la fin de la XIXe Dynastie,* El Cairo.
Vermeule, E. T. (1984), *La muerte en la poesía y el arte de Grecia,* trad. cast., México, (edición original inglesa 1979).
Vian, F. (1974), *Apollonios de Rhodes, Argonautiques Chants I-II,* Collection Guillaume Budé, París.
Villing, A. (ed.) (2005), *The Greeks in the East,* The British Museum Research Publications 157, Londres.
Villing, A. y Slotzhauer, U. (eds.) (2006), *Naukratis: Greek Diversity in Egypt. Studies in East Greek Pottery and Exchange in the Eastern Mediterranean,* Londres.
Vogel, K. A. (1995), «Cultural variety in a Renaissance perspective: Johannes Boemus on *The manners, laws and customs of all people* (1520)», en H. Bugge y J. P. Rubiés (eds.), *Shifting cultures : interaction and discourse in the expansion of Europe,* Münster, pp. 17-34.
Vries, K. De (1977), «Attic Pottery in the Achaemenid Empire», *American Journal of Archaeology,* 81, 4, pp. 544-548.
— (1997), «The Attic Pottery from Gordion», en H. J. Oakley (ed.), *Athenian Potters and Painters,* Oxford, 447-455.
Wachsmann, S. (1987), *Aegeans in the Theban Tombs,* Orientalia Lovaniensia Analecta 20, Lovaina.
— (1998), *Seagoing Ships and Seamanships in the Bronze Age Levant,* Texas University Press.
Walcot, P. (1966), *Hesiod and the Near East,* Cardiff.
Waldbaum, J. C. (1997), «Greeks in the East or Greeks and the East? Problems in the definition and recognition of presence», *Bulletin of the American School of Oriental Research* 305, pp. 1-17.
Wallace, S. (2010), *Ancient Crete. From Successful Collapse to Democracy's Alternatives, Twelfth to Fifth Centuries BC,* Cambridge.

WALLINGA, H. T. (1991), «Polycrates and Egypt: The Testimony of the Samaina», en Sancisi-Weerdenburg y Kuhrt (1991), pp. 179-195.
WALSER, G. (1984), *Hellas und Iran. Studien zu den griechisch-persischen Beziehungen vor Alexander,* Darmstadt.
WARREN, P. (1995), «Minoan Crete and Pharaonic Egypt» en Davies y Schofield (1995), pp. 1-18.
— (2005), «A Model of Iconographical Transfer: The Case of Crete and Eypt» en I. Bradfer-Burdet, B. Detournay y R. Laffineur (eds.), *Kris Technitis. L'artisan crétois,* Aegaeum 26, Lieja, pp. 221-227.
WATKINS, C. (2007), «The Golden Bowl: Thoughts on the New Sappho and its Asianic Background», *Classical Antiquity* 26, 2, pp. 305-325.
WATROUS, L. V. (1992), *Kommos, III the Late Bronze Age Pottery,* Princeton.
WEBB, T. (1993), «Romantic Hellenism» en *The Cambridge Companion to British Romanticism,* Cambridge, pp. 148-176.
WEBSTER, T. B. L. (1964), *From Mycenae to Homer. A Study in early greek literature and art,* Londres.
WEILER, I. (1996), «Soziogenese und soziale Mobilität im archaischen Griechenland. Gedanken zur Begegnung mit den Völkern des Alten Orients», en Ulf (1996), pp. 211-239.
WEINBERG, S. S. (1956) (ed.), *The Aegean and The Near East. Studies presented to Hetty Goldman on occasion of the seventy-fifth Birthday,* Locust Valley, Nueva York.
WEINGARTEN, J. (1991), *The Transformation of Egyptian Taweret into the Minoan Genius,* Studies in Mediterranean Archaeology, Partille.
WEISBERG, D. B. (1980), *Texts from the Time of Nebuchadnezzar,* Yale Oriental Series, Babylonian Texts, 17, Londres.
WENNING, R. (2001), «Griechische Söldner in Palästina», en Hockmann y Kreikenbom, pp. 257-268.
WERNER, J. (1999), *«Die Welt hat nicht mit den Griechen angefangen»: Franz Dornseiff (1888-1969) als Klassischer Philologe und als Germanist,* Leipzig.
WEST, M. L. (1966), *Hesiod. Theogony,* Oxford.
— (1971), *Early Greek Philosophy and the Orient,* Oxford.
— (1978), *Hesiod. Works and Days,* Oxford.
— (1983), *The Orphic Poems,* Oxford.
— (1985), *The Hesiodic Catalogue of Women,* Oxford.
— (1988), «The Rise of Greek Epic», *Journal of Hellenic Studies* 108, pp. 156-159.
— (1997), *The East Face of Helicon. West Asiatic Elements in Greek Poetry and Myth,* Oxford.
WEST, S. (1991), «Herodotus' Potrait of Hecataeus», *Journal of Hellenic Studies* 111, pp. 144-160.
— (2007), «Falsehood grew greatly in the Land: Persian Intrigue and Greek Misconception», en Rollinger, Luther y Wiesehöher (2007), pp. 404-423.
WEST, D. R. (1991), «Gello and Lamia. Two Hellenic Daemons of Semitic Origin», *Ugarit-Forschungen* 23, pp. 361-368.

WHITBY, M. (1998), «An International Symposium? Ion of Chios fr. 27 and the Margins of the Delian League», en E. Dabrowa (ed.), *Ancient Iran and the Mediterranean World. Studies in Ancient History,* Electrum, 2, Cracovia, pp. 207-224.

WHITING, R. M. (ed.) (2001), *Mythology and Mythologies. Methodological Approaches to Intercultural Influences.* Proceedings of the Second Annual Symposium of the Assyrian and Babylonian Intellectual Heritage Project. Held in Paris October 4-7 1999, Helsinki.

WHITLEY, J. (2001), *The Archaeology of Ancient Greece,* Cambridge.

WIDEMANN, F. (2009), *Les successeurs d'Alexandre en Asie central et leur heritage culturel,* París.

WIESEHÖFER, J. (1996), *Ancient Persia,* Londres-Nueva York.

— (2003), *La Persia antica,* trad. ital., Bolonia (ed. original alemana, 1999).

— (2004), «Persien, der faszinierende Feind der Griechen: Güteraustausch und Kulturtransfer in achaimendischer Zeit», en Rollinger y Ulf (2004), pp. 295-307.

— (2005), *Iraniens, grecs et romains,* París.

WILL, E. (1986), «Influence: Note sur un pseudo-concept», en A. Caquot *et al.* (eds.), *Hellenica et Judaica. Hommage à Valentin Nikiprowetzky,* Lovaina-París, pp. 499-505.

WILLETTS, R. F. (1981), «Review of Ruth B. Edwards "Kadmos the Phoenician. A Study in Greek Legends and the Mycenaean Age"», *The Classical Review (New Series)* 31, pp. 236-237.

WILSON, P. (2006), *The Surveys of Sais (Sa el-Hagar), 1997-2002,* Londres.

WINTER, I. J. (1995), «Homer's Phoenicians: History, Ethnography, or Literary Trope? A Perspective on Early Orientalism» en Carter y Morris (1995), pp. 247-271.

WITTKER, A. M. (2004), *Mušker und Phryger. Ein Beitrag zur Geschichte Anatoliens vom 12. bis zum 7. Jh. v. Chr.,* Wiesbaden.

WOLSKI, J. (1993), *L'empire des Arsacides,* Lovaina.

WOOLLEY, L. (1938), «The Excavations at Al Mina, Sueidia», *Journal of Hellenic Studies,* 58, pp. 1-30 y 133-170.

— (1946), «Syria as Gateway between East and West», *The Geographical Journal* 107, 5/6, pp. 179-190.

WOOLMER, M. (2011), *Ancient Phoenicia: An Introduction,* Classical World Series, Bristol.

YALÇIN, U.; PULAK, C. y SLOTTA, R. (eds.), *Das Schiff von Uluburun. Welthandel vor 3000 Jahren, 13 Okt. 2005-16 Juli 2006. Eine Sonderausstellung anlässlich des 75 Järhigen Bestehens des Deutchen Bergbau Museums Bochum,* Bochum, 2005.

ZACCAGNINI, C. (1983), «Patterns of Mobility among ancient Near Eastern Craftsmen», *Journal of Near Eastern Studies* 42, pp. 245-264.

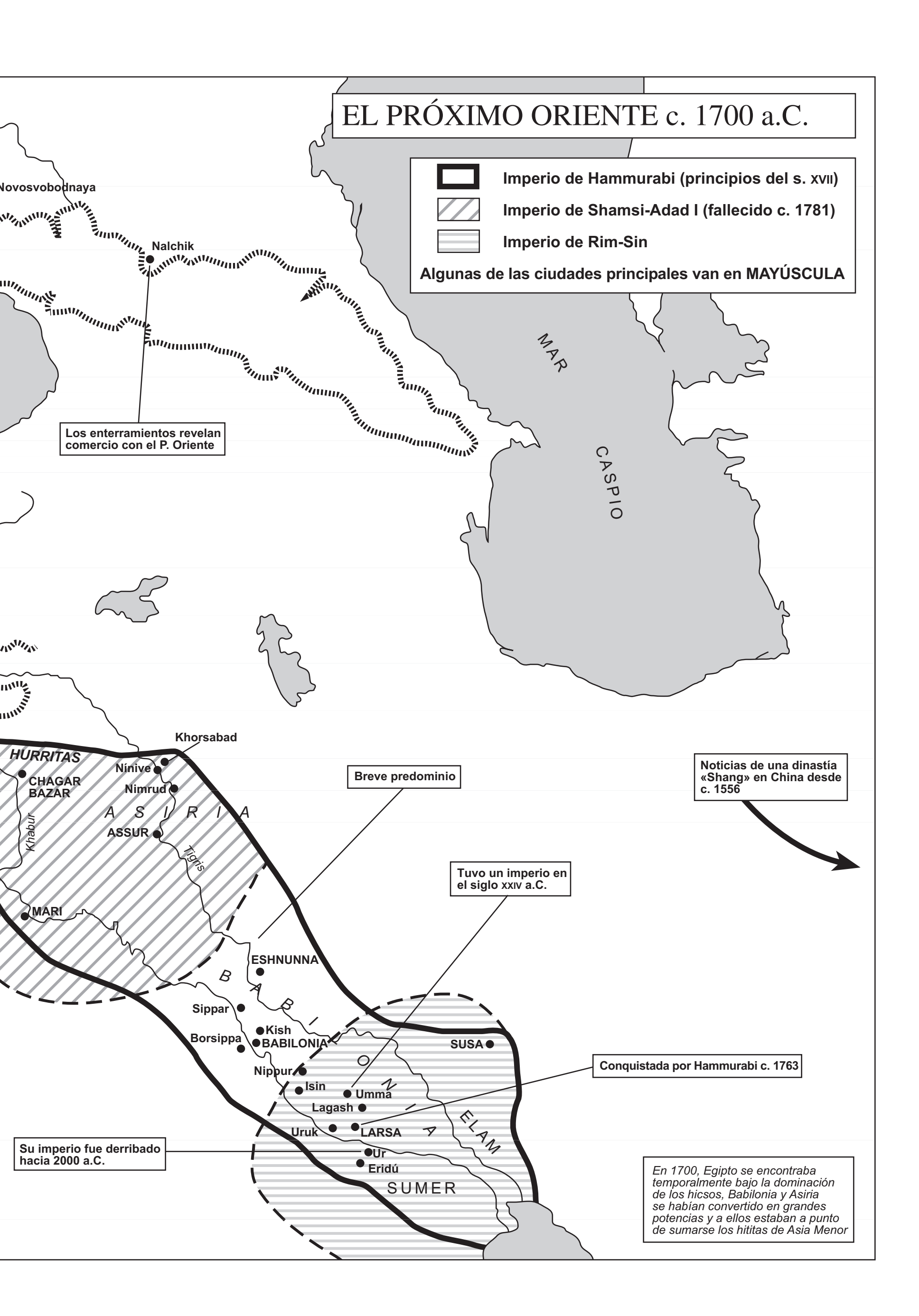
ZAMBRINI, A. (1983), «Idealizzazione di una terra: etnografia e propaganda negli Indika di Megastene», en *Forme di contatto e processi di trasformazione nelle società antiche. Atti del Convegno di Cortona (24-30 maggio 1981),* Pisa-Roma, pp. 1105-1118.

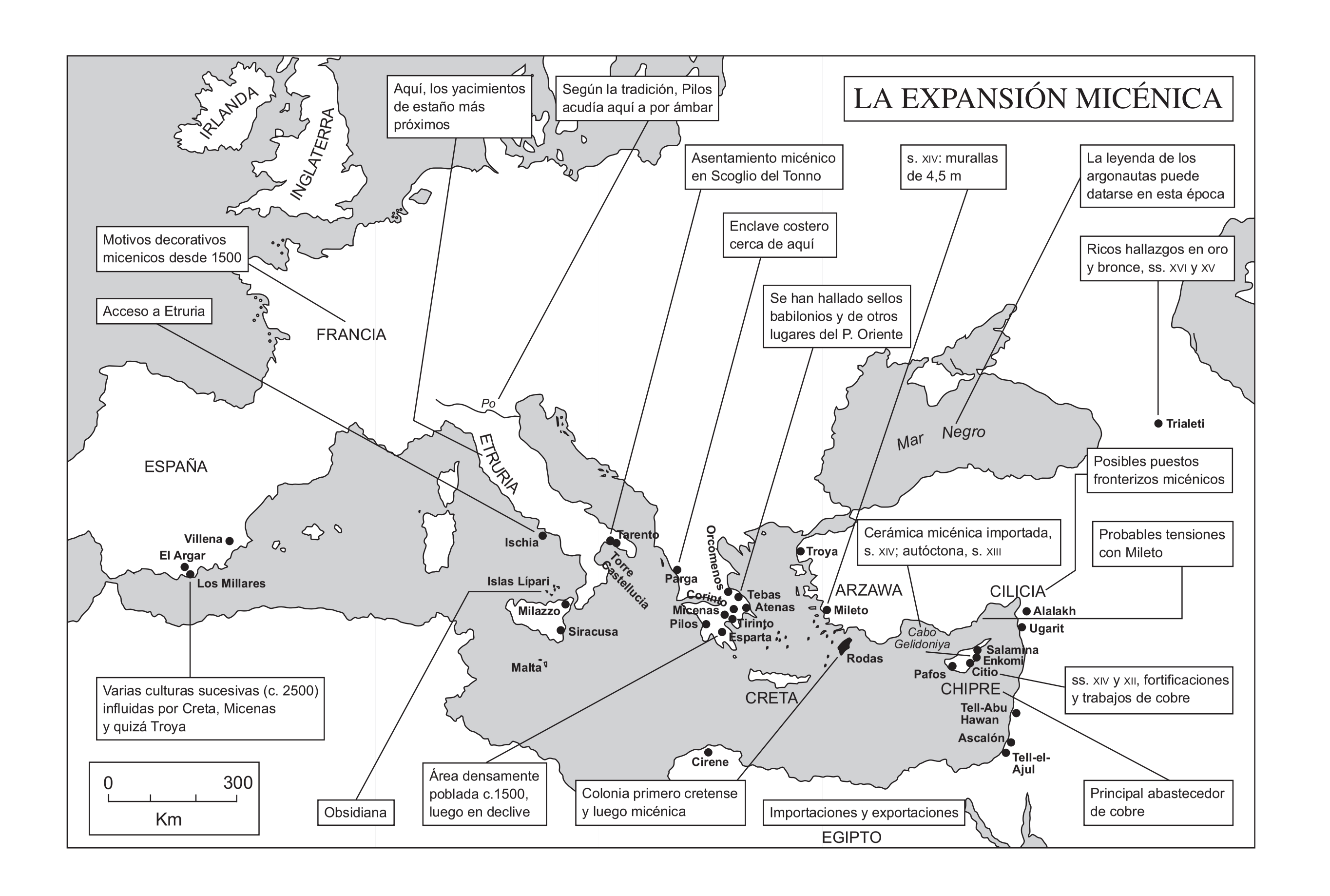
— (1985), «Gli Indika di Megastene», *Annali della Scuola Normale Superiore di Pisa* 15, 3, pp. 781-853.
— (1987), «A proposito degli Indika di Arriano», *Annali della Scuola Normale Superiore di Pisa* 17, 1, pp. 139-154.

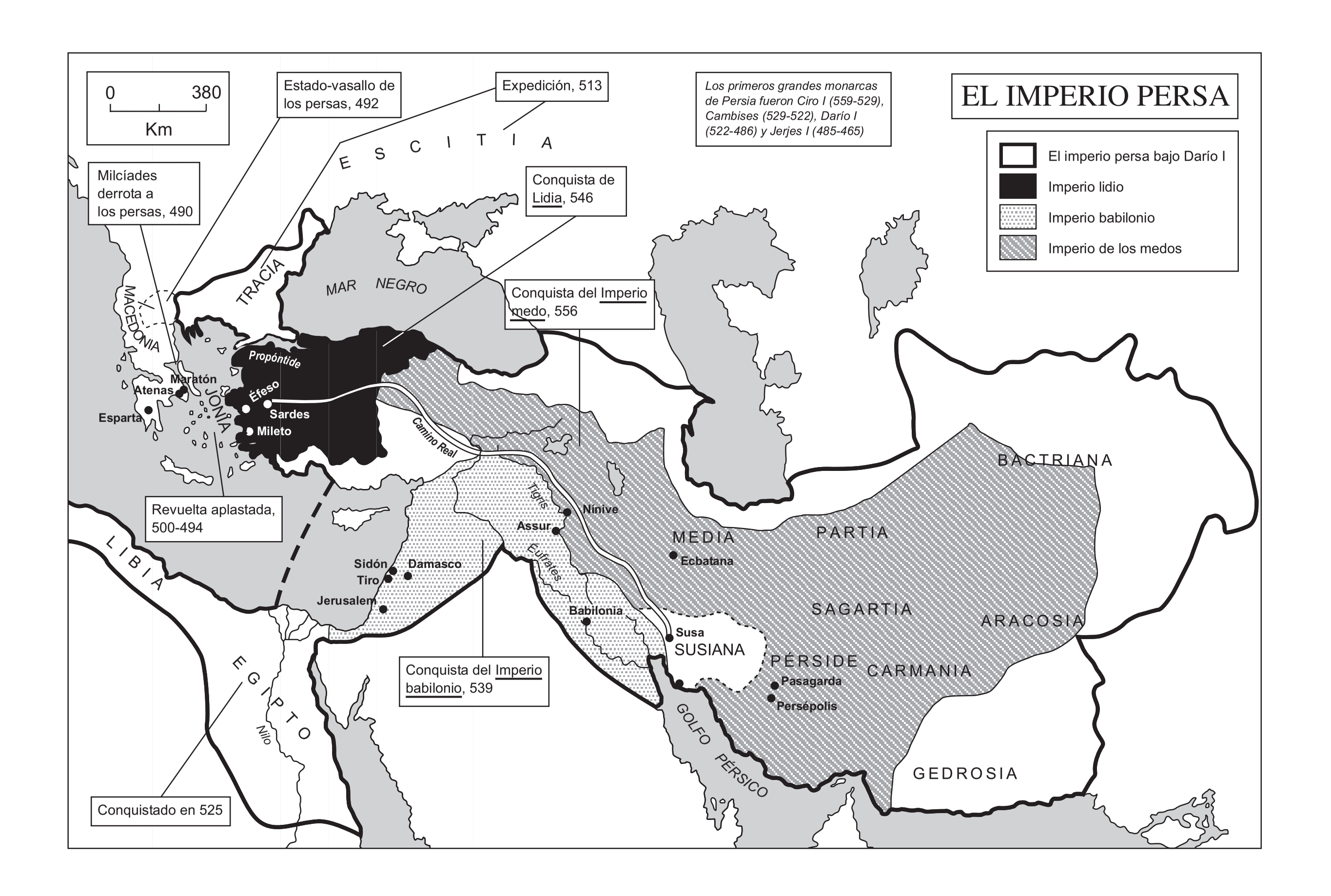
MAPAS*

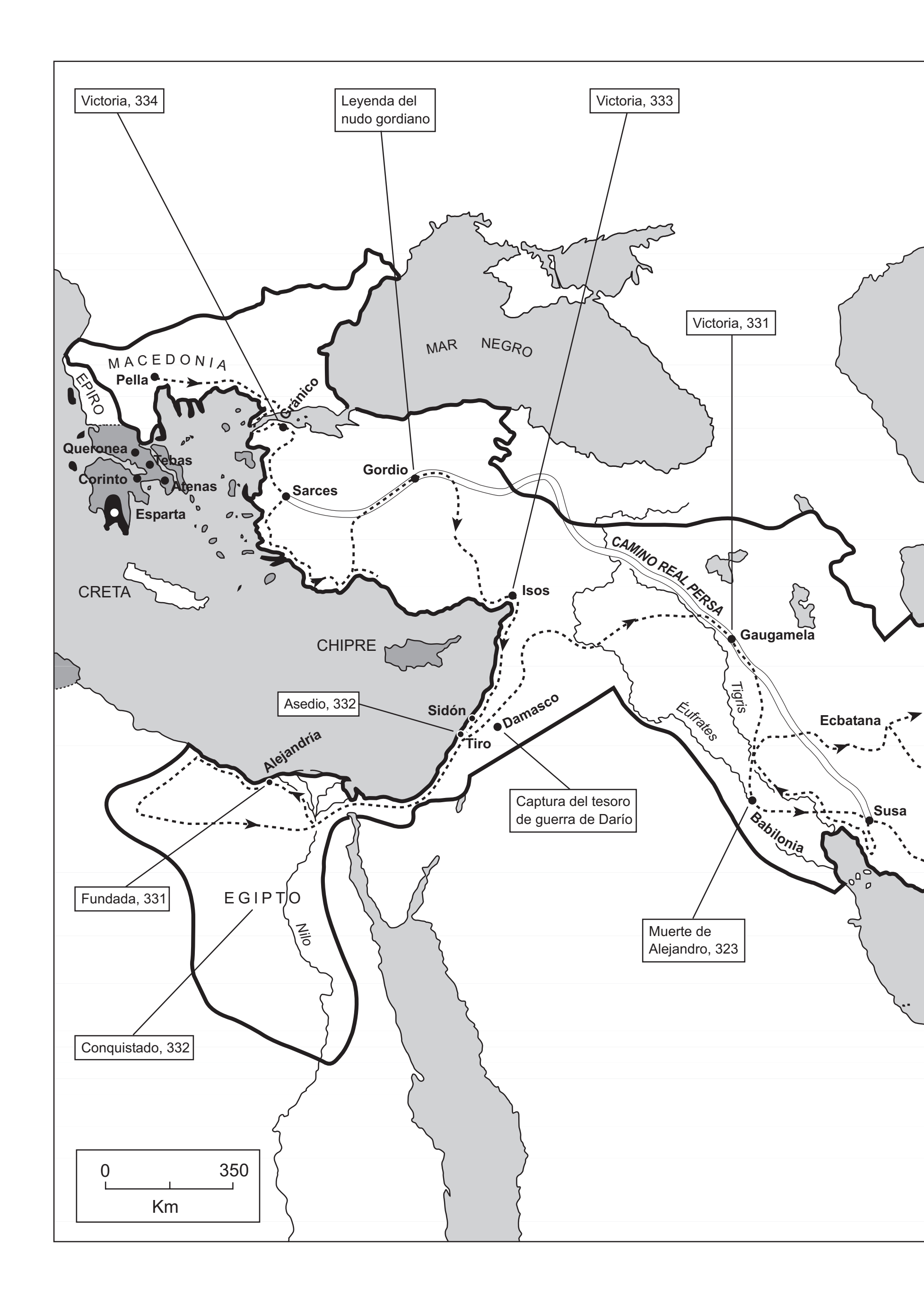
* Fuente de los mapas: M. Grant, *Atlas de historia clásica,* Madrid, Akal, 2009.

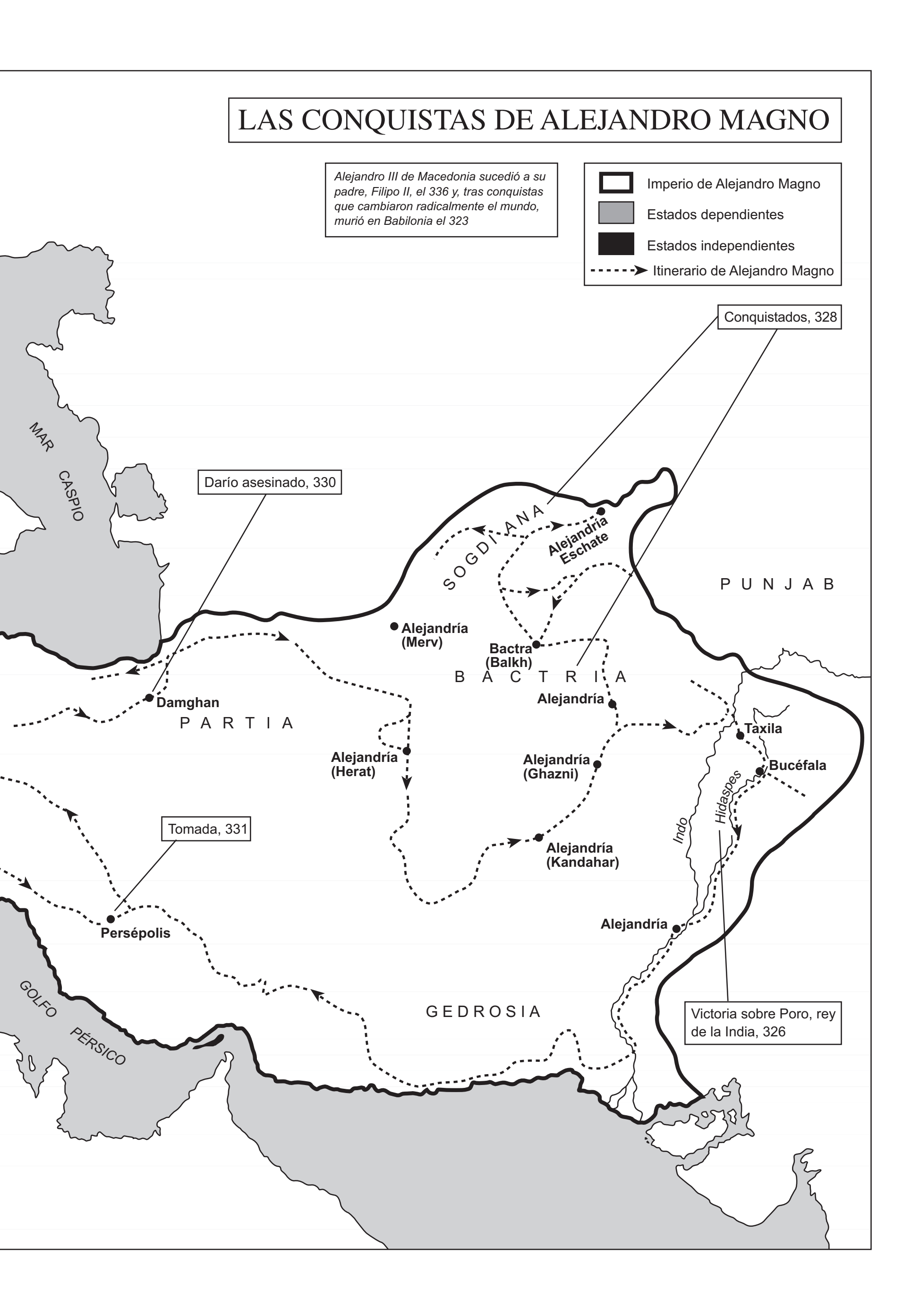

0
160
Km
MAR NEGRO
Kuban
Maikop
Enterramientos c. 2300
Halys
Sangario
TROYA
Dorak
Alacahüyük
HATTUSA
Alisarhüyük
H I T I T A S
Kanesh
Keban
Malatya
BEYCESULTÁN
Meandro
Mileto
Afrodisia
Can Hasan
Karatepe
ADANA
Mersin
Tarso
KARKEMISH
AMIK
Edessa
Haran
Alalakh
ALEPO
Éufrates
Orontes
Ugarit
CHIPRE
Idalium
Hamath
KATNA
Kadesh
Homs
BIBLOS
Damasco
HAZOR
Dan
Megiddo
Desierto
Sirio
Gezer
Gaza
Hebrón
Nilo
HICSOS
EGIPTO
MEMFIS


EL PRÓXIMO ORIENTE c. 1700 a.C.
Imperio de Hammurabi (principios del s. XVII)
Imperio de Shamsi-Adad I (fallecido c. 1781)
Imperio de Rim-Sin
Algunas de las ciudades principales van en MAYÚSCULA
Novosvobodnaya
Nalchik
MAR
CASPIO
Los enterramientos revelan comercio con el P. Oriente
Khorsabad
HURRITAS
Nínive
Nimrud
CHAGAR BAZAR
ASIRIA
ASSUR
Khabur
Tigris
MARI
Breve predominio
Noticias de una dinastía «Shang» en China desde c. 1556
Tuvo un imperio en el siglo XXIV a.C.
ESHNUNNA
BABILONIA
Sippar
Kish
Borsippa
BABILONIA
SUSA
Nippur
Isin
Umma
Conquistada por Hammurabi c. 1763
Lagash
Uruk
LARSA
ELAM
Su imperio fue derribado hacia 2000 a.C.
Ur
Eridú
SUMER
En 1700, Egipto se encontraba temporalmente bajo la dominación de los hicsos, Babilonia y Asiria se habían convertido en grandes potencias y a ellos estaban a punto de sumarse los hititas de Asia Menor


LA EXPANSIÓN MICÉNICA
IRLANDA
INGLATERRA
FRANCIA
ESPAÑA
ETRURIA
Po
Aquí, los yacimientos de estaño más próximos
Según la tradición, Pilos acudía aquí a por ámbar
Asentamiento micénico en Scoglio del Tonno
Enclave costero cerca de aquí
Se han hallado sellos babilonios y de otros lugares del P. Oriente
s. XIV: murallas de 4,5 m
La leyenda de los argonautas puede datarse en esta época
Ricos hallazgos en oro y bronce, ss. XVI y XV
Trialeti
Mar Negro
Posibles puestos fronterizos micénicos
Probables tensiones con Mileto
Cerámica micénica importada, s. XIV; autóctona, s. XIII
Motivos decorativos micenicos desde 1500
Acceso a Etruria
Villena
El Argar
Los Millares
Ischia
Tarento
Torre Castellucia
Islas Lípari
Milazzo
Siracusa
Malta
Parga
Orcómenos
Corinto
Tebas
Atenas
Micenas
Tirinto
Pilos
Esparta
Troya
ARZAWA
Mileto
Rodas
CRETA
Cirene
CILICIA
Alalakh
Ugarit
Cabo Gelidoniya
Salamina
Enkomi
Citio
Pafos
CHIPRE
Tell-Abu Hawan
Ascalón
Tell-el-Ajul
EGIPTO
Varias culturas sucesivas (c. 2500) influidas por Creta, Micenas y quizá Troya
0
300
Km
Obsidiana
Área densamente poblada c.1500, luego en declive
Colonia primero cretense y luego micénica
Importaciones y exportaciones
ss. XIV y XII, fortificaciones y trabajos de cobre
Principal abastecedor de cobre


EL IMPERIO PERSA
El imperio persa bajo Darío I
Imperio lidio
Imperio babilonio
Imperio de los medos
Los primeros grandes monarcas de Persia fueron Ciro I (559-529), Cambises (529-522), Darío I (522-486) y Jerjes I (485-465)
0
380
Km
Estado-vasallo de los persas, 492
Expedición, 513
Milcíades derrota a los persas, 490
Conquista de Lidia, 546
Conquista del Imperio medo, 556
Revuelta aplastada, 500-494
Conquista del Imperio babilonio, 539
Conquistado en 525
E S C I T I A
MAR NEGRO
TRACIA
MACEDONIA
JONIA
Propóntide
Maratón
Atenas
Esparta
Éfeso
Sardes
Mileto
Camino Real
Sidón
Tiro
Damasco
Jerusalem
Tigris
Éufrates
Nínive
Assur
Babilonia
Susa
SUSIANA
MEDIA
Ecbatana
PARTIA
SAGARTIA
ARACOSIA
BACTRIANA
PÉRSIDE
CARMANIA
Pasagarda
Persépolis
GEDROSIA
GOLFO PÉRSICO
L I B I A
E G I P T O
Nilo


Victoria, 334
Leyenda del nudo gordiano
Victoria, 333
Victoria, 331
MAR NEGRO
MACEDONIA
EPIRO
Pella
Gránico
Queronea
Tebas
Corinto
Atenas
Esparta
Sarces
Gordio
CRETA
Isos
CHIPRE
CAMINO REAL PERSA
Gaugamela
Asedio, 332
Sidón
Tiro
Damasco
Alejandría
Éufrates
Tigris
Ecbatana
Susa
Babilonia
Captura del tesoro de guerra de Darío
Fundada, 331
EGIPTO
Nilo
Muerte de Alejandro, 323
Conquistado, 332
0
350
Km


LAS CONQUISTAS DE ALEJANDRO MAGNO
Alejandro III de Macedonia sucedió a su padre, Filipo II, el 336 y, tras conquistas que cambiaron radicalmente el mundo, murió en Babilonia el 323
Imperio de Alejandro Magno
Estados dependientes
Estados independientes
Itinerario de Alejandro Magno
Conquistados, 328
MAR CASPIO
Darío asesinado, 330
SOGDIANA
Alejandría Eschate
PUNJAB
Alejandría (Merv)
Bactra (Balkh)
BACTRIA
Alejandría
Damghan
PARTIA
Taxila
Bucéfala
Alejandría (Herat)
Alejandría (Ghazni)
Hidaspes
Indo
Tomada, 331
Alejandría (Kandahar)
Persépolis
Alejandría
GOLFO PÉRSICO
GEDROSIA
Victoria sobre Poro, rey de la India, 326

ÍNDICE GENERAL

Las historias del mundo griego y de las civilizaciones orientales han constituido habitualmente dos universos paralelos e independientes sin apenas relación. La imagen interesada de una Grecia ideal, fuente y origen de las características definitorias de la civilización occidental, ha constituido también un obstáculo importante a la hora de contemplar la relación estrecha y constante que, a lo largo de la historia, mantuvieron ambos mundos.
En este iluminador libro se estudian las fases principales de esta interacción y las estrechas relaciones que se produjeron entre estos dos espacios geográficos a partir de la Edad del Bronce hasta la época posterior a las conquistas de Alejandro. Asimismo, se analizan los principales obstáculos que nos han impedido obtener una visión más real y compleja de dos mundos profundamente interrelacionados, diferenciados pero condenados a entenderse por los imperativos dictados por la geografía de los recursos físicos y por la inevitable tendencia a la movilidad de los seres humanos.

Francisco Javier Gómez Espelosín, catedrático de Historia antigua de la Universidad de Alcalá, es especialista en historia de Grecia y el mundo clásico. Entre sus publicaciones más recientes destacan *El descubrimiento del mundo. Geografía y viajeros en la Grecia antigua* (Akal, 2000), *La leyenda de Alejandro. Mito, historiografía y propaganda* (2007), *Geografie fantastiche nella Grecia antica* (2010) e *Historia de Grecia en la Antigüedad* (Akal, 2011).



ISBN 978-84-460-3731-6


www.akal.com